



MANUEL MUJICA LAINEZ

Bom ar zo

*Al pintor Miguel Ocampo
y al poeta Guillermo Whitelow,
con quienes estuve en Bomarzo,
por primera vez,
el 13 de julio de
1958.*

M. M. L.

. . . sappi ch'ì' fui vestito del gran manto;
e veramente fui figliuol dell' orsa . . .

Infierno, XIX, 69, 70

I

EL HORÓSCOPO

Sandro Benedetto, físico y astrólogo de mi pariente el ilustre Nicolás Orsini, condottiero a quien, después de su muerte, compararon con los héroes de la *Ilíada*, trazó mi horóscopo el 6 de marzo de 1512, día en que nací a las dos de la mañana, en Roma. Treinta y siete años antes, el mismo 6 de marzo pero de 1475, a las mismas dos de la mañana, había visto la inquieta luz del mundo en una aldea etrusca Miguel Ángel Buonarrotti. La concordancia no fue más allá de un fortuito coincidir de horas y de fechas. En verdad, los astros que presidieron nuestras respectivas apariciones en el ajedrez de la vida, dispusieron sus piezas en el tablero para muy distintas jugadas. Cuando nació Buonarrotti, Mercurio y Venus ascendían, triunfales, desnudos, hacía el trono de Júpiter. Era el baile del cielo, la contradanza mitológica que recibe a los creadores casi divinos. La gloria aguardaba al que abría los ojos bajo ese esplendor que transformaba al firmamento en un salón encendido, todo candelabros, entre los cuales flotaban, transparentes, pausados y ceremoniosos, los dioses elevados en el centelleo del aire. En cambio cuando yo nací, Sandro Benedetto señaló importantes contradicciones en la cartografía de mi existencia. Es cierto que el Sol en signo de agua, reforzado con mi buen aspecto ante la Luna, me confería poderes ocultos y la visión del más allá, con vocación para la astrología y la metafísica. Es cierto que Marte, regente primitivo, y Venus, ocasional, de la Casa VIII, la de la Muerte, estaban instalados, de acuerdo con lo que Benedetto subrayó insistentemente, en la Casa de la Vida y anulados para la muerte y que en buen aspecto con el Sol y la Luna, parecían otorgarme una vida ilimitada —cosa que extrañó a cuantos vieron el decorado manuscrito— y que Venus, bien situada frente a los luminare, indicaba facilidad para las invenciones artísticas sutiles. Pero también es tremendamente cierto que el maléfico Saturno, agresivamente ubicado, me presagiaba desgracias infinitas, sin que Júpiter, a quien inutilizaba la ingrata disposición planetaria, lograra neutralizar aquellas anunciadas desventuras. Lo que sorprendió sobremanera al físico Benedetto y a cuantos, enterados de estas cosas graves, vieron el horóscopo, fue, como ya he dicho, el misterio resultante de la falta de término de la vida —de mi vida— que se deducía de la abolición de Venus y de Marte frente a la necesidad lógica de la muerte y, consecuentemente, la supuesta y absurda proyección de mi existencia a lo largo de un espacio sin límites. Sé que algunos expertos criticaron el

prolijo trabajo de Benedetto, cuyos hermosos signos y figuras hice copiar al fresco, medio siglo más tarde, en una habitación principal del castillo de Bomarzo, y que adujeron que ese planteo era imposible, pero la sabiduría de su autor, tantas veces demostrada, cerró sus bocas refunfuñantes.

Mi padre, condottiero también y famoso, reverenciaba mucho la memoria de su tío, el gran Nicolás Orsini, que había combatido equitativa e indiferentemente, según los términos de los contratos que firmó con las distintas administraciones públicas de Italia, ya en favor ya en contra de los aragoneses, ya en favor ya en contra de los venecianos, y que entre una batalla y otra, cuando hubiera debido descansar y tomar aguas, había tenido tiempo para matar a su madrastra Penélope y a su hermano bastardo, por razones íntimas largas de referir. Esa justa supresión personal de parientes infames había contribuido al respeto que por él sentía mi padre, quien además, como hombre del oficio, admiraba profesionalmente la eficacia mercantil y guerrera de sus hazañas. Por ello, aun siendo de carácter brusco y malhumorado, mi padre, Gian Corrado Orsini, recibió con noble cortesía el horóscopo de Sandro Benedetto, el astrólogo a quien Nicolás consultaba siempre. Lo evidente es que ese horóscopo no le importaba en absoluto. No le importaba que yo hubiera nacido el mismo día que Miguel Ángel Buonarroti; que mi horóscopo fuera más extraño que el del maestro; más extraño y rico también que los del emperador Augusto, Carlos Quinto y el futuro gran duque Cosme, quienes contaban con la singularidad del Capricornio ascendente, muy apreciada por los especialistas. Simuló una urbanidad discreta y no pasó de ahí, porque compartía al respecto la incredulidad irónica de Pico de la Mirandola, a quien había conocido, de muchacho, en la corte del Magnífico. Pico de la Mirandola, autor de las *Disputationes adversas astrologiam divinatricem*, tenía más fe en los pronósticos de los aldeanos con referencia al tiempo —los aldeanos que anuncian que se va a desencadenar una tormenta porque las moscas importunan a un asno— que en los informes de los astrólogos oficiales. Mi padre también. Cinco años antes había nacido mi hermano mayor, Girolamo, el que debería sucederlo como duque de Bomarzo. De tratarse de él, del primogénito, mi padre sí se hubiera interesado en el trabajo de Benedetto, a pesar de su escepticismo, y hubiera formulado cien preguntas y hubiera dado cien vueltas a la cuestión de la profecía, pero se trataba de mí, de Pier Francesco, y yo representaba muy poco para la familia y para el orgulloso egoísmo paternal. Mi madre, que como él pertenecía a la casa de los Orsini, pero a la rama de Monterotondo, murió al año siguiente, cuando nació Maerbale, el tercero y último de sus vástagos, de modo que mi padre quedó viudo por segunda vez —había sido casado en primeras nupcias con una hija del conde del Anguillara— y ya no volvió a contraer matrimonio.

Vine al mundo en tiempos de violencia. Ese año de 1512, el viejo Julio II, el papa terrible, infatigable, que a pesar del mal gálico y la gota que lo retorcián, arrastraba a cardenales, a príncipes y a jefes en cabalgatas furiosas, y que vivía entre soldados, mugrienta de sangre y lodo la piel de carnero que llevaba sobre la coraza, cambió las armas de la guerra por las de la astucia y fingió estar muerto, con un ardid de zorro que pasa de la rigidez al mordisco,

para atraer a la trampa de Roma a los prelados hostiles que, obedeciendo a la política extranjera, se habían reunido en concilio, en Pisa. Cuando los tuvo en su poder, los aterrorizó y los redujo a obediencia. Ese año falleció Pandolfo Petrucci, déspota de Siena, sin que nadie lo llorara, porque su vida estaba atestada de crímenes. Después de un largo interregno republicano, los Médicis volvieron a Florencia, también ese año, con sus dos futuros papas y sus dos duques anodinos y apuestos, el *Pensieroso* y su tío, que se contemplan eternamente en los sepulcros de Miguel Ángel, y Maquiavelo, a regañadientes, se retiró a meditar sobre las décadas de Tito Livio y a planear su retrato del Príncipe, breviario de sabia perfidia. Ese año ascendió al trono el sultán Selim I, el poeta parricida que asesinó a su familia entera y vivió para guerrear. Y Europa se erizó de pánico. El más insigne de los antepasados del pobre Toulouse-Lautrec (quien heredó, si no su porte, su despectiva audacia señorial), Odet de Foix, vizconde de Lautrec, en cuyas filas se batió mi padre, fue herido peligrosamente en Ravena, ese año. Ese año murió Gastón de Foix, un muchacho sobrino de Luis XII, con quince tajos en el rostro, y el rey perdió Italia. Toda Italia resonaba y chisporroteaba con el fragor de las chocadas armaduras. Y ese año empezó a mostrar las uñas Alejandro Farnese, el que sería Pablo III, quien recibió las órdenes de diácono. Pero también ese año, seis meses después de mi nacimiento, Miguel Ángel Buonarrotti hizo quitar los andamios que ceñían como diques de trabado maderamen las pinturas de la Capilla Sixtina; descendió, semejante a un ermitaño profeta que sale de su largo encierro, y la creación del mundo se reveló, potente, gloriosa, voluptuosa, intimidante, en un apasionado entrelazamiento de músculos ágiles y jóvenes, ante el estupor de la corte pontifical que acudía de los campos de batalla, estremecida por la constante presencia de la muerte y del rencor en los campamentos militares, para ver, allá arriba, arriba, arriba, sobre los perfiles torcidos, sobre el dolor de las nuca, sobre el jadeo de las respiraciones y el trémulo silencio, algo que parecía, en su robusta confusión, un mar multicolor de espumas pronto a precipitarse, gritando, bramando, libre de los diques y del mago de nariz rota que lo inmovilizaban, sobre la Italia frenética, huérfana de Dios.

Paradójicamente, mientras la península se debatía en luchas tan cruentas como inútiles, mi belicosa familia inauguraba una era de sosiego. El papa Julio II había obtenido, en 1511, lo que no consiguieron sus santos antecesores; la Pax Romana —así se la llamó— entre las enemigas estirpes de Orsini y Colonna, tan enlazadas por numerosos casamientos, al dar la mano de una sobrina suya a Gian Giordano Orsini, y la de otra sobrina a un Colonna, y al instituir el cargo de asistente al solio, por turno, a favor de un Colonna y de un Orsini, como únicos representantes de la nobleza. Se acuñó entonces una medalla curiosa que muestra la clara alegoría de un oso abrazado a una columna. Los osos de los Orsini y las columnas de los Colonna se reunían por fin. Mi abuelo materno, Franciotto, el cardenal, fue uno de los firmantes de esa paz memorable, a raíz de la cual los tumultuosos patricios romanos que invadían las capillas del Vicario de Cristo, durante las grandes ceremonias eclesiásticas, empujando con soberbia feudal a los príncipes de la Iglesia y

pisoteando con el calzado de hierro los mantos de púrpura, para ocupar los sitios principales del presbiterio y dirigir desde allí, juntas las manos orantes y pegados los labios desdeñosos, miradas altaneras a los fieles, debieron retroceder y agruparse detrás de una balaustrada, pues sólo un Orsini y un Colonna, alternativamente, pudieron exhibir su marcial arrogancia en el privilegiado lugar. Satisfechos de ese modo, los rivales se tranquilizaron, mientras que los demás apretaban los puños, y las antiguas querellas que habían convocado en pos de nuestras banderas flameantes a los Frangipani, los Tebaldeschi, los Alberini y los Annibaldi della Molara, al tiempo que los Colonna acaudillaban con sus gritos de guerra a los Conti, los Cesarini, los Margani, los Corraduci, los Porcari y los Capocci, y que habían manchado de sangre las calles de las ciudades y las rocas de los castillos, cedieron milagrosamente, ya que el oso ancestral de los *Editus Ursae* y de los *filiis Ursis* (como nos complacíamos en apodarnos) abrazaba a la heráldica columna... quizá, vaya uno a saber, refrenando los íntimos deseos de derribarla, y lo hacía con el mismo entusiasmo perdonavidas con que Fabrizio Colonna y Julio Orsini se estrechaban y palmeaban públicamente y sepultaban en las hogueras del pasado las luchas de gibelinos y de güelfos.

Dos siglos antes se había buscado una armonía similar sin conseguirla, cuando Napoleón Orsini y Stefano Colonna jóvenes y ardientes, participaron en la iglesia de Santa Maria in Aracoeli del extraño rito en el curso del cual veintiocho señores prepararon para ellos, en medio de la nave, un baño sembrado de pétalos de rosas y dos perfumados lechos en los que los nuevos caballeros descansaron la noche entera, para, a la mañana siguiente, iniciar las fiestas y torneos con los que el pueblo creyó que la paz se había establecido entre sus jefes iracundos. La esperanza duró poco entonces, pero ahora sí, aparentemente, se había alcanzado la ansiada concordia, y ello acontecía en momentos en que yo llegaba al mundo, en Roma —y por eso el poeta Betussi cantó más tarde con lírica exageración cortesana, dándole bastante gusto a mi hambrienta vanidad, que el Tíber podía jactarse de que yo hubiera nacido en la proximidad de sus riberas—, cerca de la iglesia de Santa Maria in Traspontina donde me bautizaron.

Quedaba ese templo a pocos pasos de nuestro palacio, un palacio oscuro, triste, con salas como mazmorras, tendidas de tapices sombríos en los que apenas se adivinaban las figuras hieráticas, y que no existe ya, pues en 1528, cuando Roma fue saqueada por los españoles y muchas familias preclaras la abandonaron, refugiándose en sus villas y castillos (parte de los Orsini se radicó a la sazón en Viterbo), los míos se establecieron en Bomarzo. Bomarzo ha sido siempre mi casa. No reconozco otra. Por lo demás, el barrio apeñuscado entre el Castel Sant'Angelo y el Vaticano donde nuestro palacio se alzaba, fue pronto uno de los más pobres y deshabitados de Roma. Nuestra morada —a diferencia del Palacio Torlonia que perteneció a León X, y del de los caballeros del Santo Sepulcro, propiedad del cardenal della Rovere, que permanecen todavía en la vecindad— se transformó con el andar del tiempo y perdió toda traza de grandeza, hasta que sus últimos restos anónimos desaparecieron en 1937, al ordenar Benito Mussolini la apertura de la Via della

Conciliazione que da perspectiva a San Pedro, demoliendo, entre el Borgo Nuevo y el Borgo Viejo, la estrecha Spina di Borgo. Mentiría si dijera que lamento esa desaparición. Mi casa, mi casa maravillosa fue Bomarzo. Los recuerdos que conservo del palacio de Roma se circunscriben todavía a unas salas húmedas que ninguna chimenea, por enorme y crepitante que fuese, se atrevía a calentar; a unas angostas ventanas por las cuales se colaba el viento, haciendo tiritar los paños y animando para mi angustia supersticiosa sus escenas fantasmales, como si se desarrollaran allí y esos seres y monstruos fueran lo único viviente del caserón; a unas armas vetustas y unos desgarrados pendones colgados de los muros, bajo los cuales pasaba y repasaba, entre el fulgor de los leños, como un espectro más, la sombra temida de mi padre; y a unos corredores helados por los que mis dos hermanos, Girolamo y Maerbale, me perseguían y hostigaban con picas y estoques amarillos de herrumbre, gruñendo como lobos.

Algo hay, sin embargo, que debiera reconciliarme con el espanto de esas memorias, cuya evocación todavía hoy me intimida —y eso que han transcurrido años y años y años desde que dejé para siempre aquellos aposentos malditos—, y es el recuerdo de mi abuela.

Mi abuela paterna se llamaba Diana Orsini y era viuda de su tío. Lo mismo que no reconozco más casa que Bomarzo, no reconozco en mis venas más sangre que la de Orsini, fuera del aporte de los Colonna que, guerreando incansablemente en mi interior con sus seculares antagonistas, habrá contribuido sin duda a mi desequilibrio. Esos Orsini mezclados con los Colonna en mi cuerpo, citados en mi cuerpo al que tironearon y torturaron con invisibles manos remotas, dieron en las secretas galerías de mi interior, sin que se percatara nadie, sin que nadie más que yo sintiera y sufriera su desatada lucha, atroces batallas. A veces pienso que si sufrí por las irregularidades que traje al mundo —me cuesta emplear la palabra deformidad— ello se debió a ese entrevero en que predominó con insistencia desproporcionada el afluir de una sangre (la de mi abuelo Girolamo Orsini; la de mi abuela Diana Orsini, hija de Orso Orsini, señor de Bomarzo; la de mi abuelo, el cardenal Franciotto Orsini) en las vías que recorrían mi carne débil, y pienso que si mis hermanos se salvaron del estigma fue porque un hado extravagante y cruel, entrevisto por Sandro Benedetto al dibujar mi horóscopo, me designó, no obstante lo que mi destino incomparable puede entrañar de victorioso, para recoger y sobrellevar destructoras herencias no compartidas. De cualquier manera, a pesar de la participación mínima de los Colonna, he sido un Orsini puro, demasiado puro, y por serlo traje conmigo el anatema que acosa a los linajes cuyo engreimiento faraónico los hace sentirse un poco divinos y que rondan, con una ilusoria inquietud olímpica, entre religiosa y fatua, alrededor de los sucedáneos del incesto que en realidad consideran como la única forma capaz de perpetuarlos dignamente.

De no haber sido mi abuela Diana como fue, creo que yo no hubiera sobrevivido a los años de mi infancia. En medio de mis amarguras y resentimientos, su belleza estupenda que no ajaba la mucha edad, y el fervoroso cariño con el cual me envolvió, resplandecen y alumbran mi niñez.

Ninguno me ha querido tanto, ni me ha dado una prueba tan honda de amor como la que referiré más adelante y que, si bien muestra un aspecto inesperado de dureza, terriblemente frío, con relación a mi hermano Girolamo a quien detestaba —como la detestaba él a ella, como lo detestaba yo a él—, afirma su solidaridad conmigo y su afán incommovible de sacrificar a quien fuera, llegada la ocasión, en favor de su nieto Pier Francesco Orsini.

La veo, intacta, luminosa, transparente, en la distancia inmensa del tiempo, cruzar las salas del palacio romano, conjurando con su aparición a los duendes y a los vampiros que lo habitaban. La veo, inclinada en las terrazas de Bomarzo, bajo un quitasol redondo, o avanzando por el jardín italiano de la villa, entre los canteros geométricos, tan radiante que sus ojos azules brillaban más que las alhajas de sus manos y de su seno, y que su piel, adivinada bajo el velo con el cual se protegía del aire, parecía esparcir a su paso una suave claridad, como si toda ella fuera una lámpara de alabastro encendido. Cuando Benvenuto Cellini me contó que al salir de la cárcel del Castel Sant'Angelo poseía una aureola que le rodeaba la cabeza y que podía enseñar a voluntad a sus amigos, pensé de inmediato en mi abuela. Su imagen es inseparable de la idea de luz, de irradiación. Se llamaba Diana, y como Diana tenía el porte majestuoso. Caminaba como si se deslizara. Descendía las escalinatas, en Bomarzo, acompañada por las mujeres que la servían, en el opulento crujir de sus largos ropajes que rememoraban las modas arcaicas de Lorenzo el Magnífico, trémulas en la garganta las perlas familiares, y era como si Diana Artemisa, la de los ademanes seguros y el firme andar —una Diana muy vieja y muy joven— se aprestara a partir para una cacería entre sus ninfas asombradas. Fue ella quien me narró, en las veladas de Bomarzo, las historias de mi estirpe; ella quien me inculcó el orgullo de raza que me estimuló a través de las vicisitudes; ella, ella en verdad —ella y el secreto inexorable que compartimos—, quien me hizo duque de Bomarzo; ella quien alivió la aflicción que mi físico me causaba y quien me alentó a seguir adelante por el camino, por la selva oscura.

Mi niñez romana y campesina y, luego de mi regreso de Florencia, el corto tiempo en que gocé del cariño y de la piedad de mi abuela, en el refugio de Bomarzo, se poblaron de las figuras dinásticas que ella invocaba. No hubo entonces historiador ni archivero que dominara como mi abuela Diana la crónica de nuestra familia, y se consagró a transmitírmela, desde que yo era muy pequeño, lo mismo las paladinas proezas que los bárbaros crímenes, proponiéndose de ese modo —cuando fui mayor me percaté de ello— robustecer mi flaqueza con modelos gloriosos y trágicos que me caldearían como vinos de cepa antiquísima y me impulsarían a enfrentar los laberintos de la existencia con el denuedo viril propio de mi casta, insuflándome eficazmente, más allá de la moral y de los convencionalismos que reverenciamos, una invulnerabilidad que resultaba de la certidumbre de que, al cumplir la hazaña excelsa o al ejecutar el obligado delito violento, yo tendría siempre razón, pues me bastaba recurrir en la memoria al rico anecdotario de mi prosapia para hallar un antecedente oportuno que corroboraría y justificaría mi actitud si lo necesitase. Tan original método pedagógico modeló

curiosamente mi personalidad. No hay que olvidar, por supuesto —me gustaría vindicar a mi adorada abuela—, que las bases sobre las cuales se asentaba la conducta en aquella época eran muy distintas de las de hoy, y que lo que hoy es condenable no lo era en el siglo XVI. Así, por ejemplo, mi padre, mis abuelos y mis bisabuelos habían sido condottieri. Los condottieri comerciaban con la guerra como otros comercian con el trigo. Se emplumaban como faisanes, se cubrían con armaduras forjadas por exquisitos orfebres, pero eran eso ni más ni menos, hábiles comerciantes de la guerra que alquilaban su mercadería militar al mejor postor. Ningún ideal patriótico los guiaba en sus acciones y, según se moviera la balanza política de la demanda y la oferta, no tenían inconveniente en cambiar de aliados, en plena campaña, de acuerdo con sus pecuniarios intereses. Y no se crea que hablo de esta suerte por odio a mi padre: las cosas estaban así establecidas y a nadie se le hubiera ocurrido modificarlas, aunque numerosas ciudades arrojaron las consecuencias de ese régimen incierto. Venecia no halló procedimiento más adecuado, para salvaguardarse de las traiciones, que contratar los servicios de muchos con-dottieri, calculando que eso entorpecería el engaño y la desertión, y facilitaría, a través de las delaciones, su hallazgo a tiempo. Ya he dicho que Nicolás Orsini, conde de Pitigliano, secundó alternativamente a aragoneses y venecianos en filas opuestas. Mi padre, Gian Corrado, tuvo contactos con Brescia y con el Friul; se halló junto a los Médicis, en 1478, en momentos de la conjuración de los Pazzi, siguió a Bartolomé d'Alviano, cuando auxilió a Pisa; participó de la derrota infligida por Bentivoglio; custodió a Monopoli, en Puglia, en 1528, al lado de Lautrec, por encargo de Venecia. Fue valiente y astuto. Supo hacer sus contratos. Iba de acá para allá, con sus hombres espejeantes de sudor y de acero, negros escarabajos heroicos, por los caminos de Italia, dejando las vías imperiales para tomar senderos tortuosos que lo conducían, súbita e inesperadamente, frente a las poblaciones asediadas. Por eso lo he visto tan poco. Era raro que estuviera en Roma o en Bomarzo. Más de una vez, en la alta noche, cuando la bruma envolvía a la acrópolis feudal de Bomarzo, me he empinado en mi lecho para atisbar, por la entreabierta ventana, hacia las rutas de Orte o de Viterbo, su retorno sobrecogedor entre el llamear desmelenado de las antorchas, con ruido de caballerías, de arneses y de hierros y broncas voces de mando que resonaban en la soledad de la campiña, sobre el murmullo de los arroyos, y que insinuaban, a la distancia, en las casas esparcidas, unas luces timoratas que anunciaban que el señor volvía de la guerra.

Los cuentos de mi abuela Diana que me fascinaban más hondamente eran los que aludían a los orígenes de mi clan. Me encantaban sobre todo los que, remontando los ríos de la sangre, alcanzaban, en larga navegación, al instante mágico en que surgía el tótem primordial. La Osa nodriza a la cual debemos nuestro nombre, y en el que la mitología, enlazando genealógicamente a hombres y bestias, nos vinculaba con las leyendas de los dioses, y hacía de nosotros, en cierto modo, por esa alianza inicial con las fuerzas oscuras de la naturaleza, unos dioses también, consanguíneos de las fieras fabulosas que habían reinado en el mundo cuando el hombre quebradizo se escondía de los monstruos gigantescos e implacables y sólo las divinidades se atrevían a

enfrentarlos. Así interpretaba mi imaginación, azuzada por la lectura de los mitos, los relatos de mi abuela.

Nuestro primer antepasado, un jefe godo, tuvo un hijo que fue amamantado por una osa y a quien llamaron Orsino. De él descendemos. La leche de la Osa nutrió nuestra sangre. O procedemos de Caio Flavio Orso, general del emperador Constancio. Es posible. Pero la Osa, es nuestra. Nadie nos la quitará. No la hemos incorporado a nuestro escudo —el escudo de la rosa y la sierpe—, mas la hemos conservado, multiplicándola, en la pareja de osos que sostienen nuestro blasón, los soportes, como se dice en heráldica. Somos *editus ursae*, engendrados por la Osa. Los osos que soportan nuestro escudo nos sirven de apoyo a nosotros también, como negros aliados unidos a los Orsini por un pacto inmemorial. En Bomarzo, cuando no podía dormir porque me desvelaba la congoja, y salía a caminar por los corredores que apenas iluminaba la vacilación del alba, oía unos pasos de felpa, sigilosos, como de alguien que temía hacer ruido y delatarse, y que me acompañaban en mis andanzas nocturnas. Eran los osos, los osos vigilantes de los Orsini, cuyo áspero pelaje se disimulaba en la sombra de las galerías. Me seguían con suave cautela, enormes y mudos. Me cuidaban. Nunca conseguí ver a mi secreta escolta. Alguna vez creí distinguir un fulgor de dientes, un relampaguear de zarpas. Me acerqué de un salto, pero sólo encontré penumbras polvorientas. Hace pocos días leí un poema de Victoria Sackville-West que describe idéntica sensación. En el castillo de Knole, los leopardos de sus armas iban detrás de ella —*velvet footsteps*—, como los osos de nuestro blasón (los osos y no la serpiente; los osos, los osos) marchaban detrás de mí, en Bomarzo. Hay una forma de fidelidad ultraterrena que únicamente los elegidos advierten. Yo la sentí. Yo gocé de ese extraño privilegio.

Los Massimi pretendían derivar de Q. Fabius Maximus; los Muti, de Muzio Scevola; los Cornaro, de los Cornelios; los Antinori de Antenor, príncipe de Troya; el papa Pío II Piccolomini, quizá de los Julios; los Colonna —siempre exagerados— del propio Julio César. Era la moda de entonces, la misma moda que hacía que los patricios de esas casas mandaran esculpir sus bustos con atavíos de emperadores romanos. Todos querían proceder de alguien ilustre, ilustrísimo, cuya mención los ayudaría a pisar firme en los territorios por los cuales los antepasados que reclamaban habían andado con togas y con legiones. Nosotros tuvimos a nuestro Caio Flavio Orso, se explica, general del Imperio. Pero, como Rómulo y Remo a su Loba, tuvimos nuestra Osa. Los osos son terribles. Yo no cambiaría nuestra Osa ni por un águila bicéfala, ni por un fénix, ni por un grifo. El Diablo se convirtió en oso para matar al papa Benedicto IX en el corazón de una selva, y eso que, según nos enseña el primitivo arte cristiano, las apariciones animales del Demonio se reducen a cuatro figuras determinadas: el león, el basilisco, el áspid y el dragón. Tuvo que transformarse en oso para degollar a un papa. El profeta Daniel mencionó a un oso entre las bestias escogidas, cuando refirió su visión de las cuatro monarquías de la Tierra. Osas también, la Mayor, la Menor, hay en el cielo. Se me perdonará mi vanidad osuna, pero considero a los osos como parientes, y me importan mucho. Después de todo, mi vanidad es disculpable, pues ella finca en una forma especial del snobismo que nos aquejó (y exaltó) por igual a

grandes y a pequeños en aquella época, y que no ha perdido su influencia sobre el mundo que evoluciona, aun en los países comunistas.

He tropezado no recuerdo dónde con una frase de Eugenio d'Ors quien, refiriéndose al Renacimiento, declarara que fue un tiempo de neta vocación aristocrática, y señala que cualquier artesano, orfebre, forjador o imprentero, no descansaba hasta obtener, de las autoridades de su gremio, certificados de nobleza. Del gran Miguel Ángel mismo se aseguró que venía del linaje de los emperadores de Alemania, mi amigo Benvenuto Cellini afirmaba que descendía de un capitán de Julio César, aquel del cual resulta el nombre de Florencia; mi amigo Paracelso —de quien hablaré extensamente más adelante—, hijo de un modesto médico de Einsiedeln, juraba que llevaba en las venas la sangre de un príncipe, de quien su padre era hijo natural; Gerolamo Cardano, físico, matemático y medio hechicero, remontaba su origen a la egregia familia de los Castiglione. Ariosto, a la de los Aristei; Giuseppe Arcimboldo, prestidigitador de la pintura, inventor de “cabezas compuestas” y de alegorías manieristas, se vanagloriaba de poseer en su estirpe por lo menos a tres arzobispos, los cuales reposan juntos en una tumba de mármol, en el Duomo de Milán, y no paró hasta que Rodolfo II de Habsburgo lo hizo conde palatino. ¿Qué tiene de raro, entonces, que los Orsini insistamos en nuestro Caio Flavio Orso, en nuestra Osa nodriza y en nuestro jefe godo vencedor de los vándalos, con tanta confianza y naturalidad? Mi abuela me narró esas historias desde que abrí los ojos del entendimiento, con muchas otras de nuestra alcurnia romana. Ellas han significado para mí —cumpliéndose de esa suerte la aspiración tonificante de Diana Orsini— un amparo esencial en el curso de mi vida azarosa. Los osos auxiliares, edecanes invisibles, me rondaron siempre. Me rondan todavía. Aquí les rindo, a mi abuela y a esos monstruos inmateriales y afectuosos, el tributo de mi gratitud. Con la insistencia de su orgullo, que numerosos lectores juzgarán arriesgada y desmoralizadora (particularmente las maestras de las escuelas primarias, si se encuentran entre quienes me leen), Diana Orsini suplió lo que me había negado la naturaleza: la seguridad de mí mismo, de mi propia fuerza que, faltándome, debió recurrir a otras energías, verdaderas o fantásticas, hasta dotarme de un vigor y de una fe que procedían, si no de mí, de una misteriosa cohorte, vieja como la historia de mi familia, y que confundían alrededor de mi estampa débil las corazas del tiempo de Constancio y de Teodosio II, que nos ungió príncipes, con las tiaras papales de Esteban III, de Celestino III y de Pablo I, santos ambos, y la de Nicolás III, el que soñó distribuir Italia entre sus sobrinos Orsini, y con los mantos del sinfín de reinas de nuestra casa, reinas de Polonia, de Nápoles, de Hungría, de Tesalia, de Castilla y emperatrices de Occidente, y con los blandidos espadones de los guerreros Orsini que estremecieron a Italia con el bullicio aparatoso de sus desfiles y contiendas, creando un ancho friso de siete colores que circundaba a mi timidez y a mi agotamiento, un friso en el cual sobresalían, encima de las coronas, de los cetros, de los báculos, de las banderas y de los yelmos realzados de plumas rígidas, las balanceadas estaturas de los osos negros que se erguían con suprema y atemorizante majestad.

Creo que ha llegado el momento de que aborde el tema que hasta ahora he eludido y que por principal debí tratar al comienzo de estas memorias. Me refiero al tema de mi físico. Lo revelaré en seguida, de un golpe, sin perífrasis, aunque me cueste, me duela hacerlo. Allá va: cuando nació, el Esculapio hogareño que tuvo a su cargo la tarea de facilitar mi ingreso en el mundo destacó una anomalía en mi espalda, provocada por la corvadura y desviación de mi columna vertebral hacia el lado izquierdo. Luego, al crecer y definirse mi cuerpo, se tuvo la certidumbre de que aquello era una giba, corcova, joroba, llámesela como se la quiera llamar —ya lo he dicho, ya lo he dicho—, deformación a la cual se sumó otra, en la pierna derecha, que me obligó a arrastrarla levemente y que el Esculapio en cuestión no pudo advertir en el primer instante.

Quienes han escrito sobre mí, con áulica retórica, silenciaron esos defectos prudentemente. Si los detallo es porque ellos contribuyen a explicar mi carácter y porque se trata de algo para mí esencialísimo. Lo cierto es que en el horóscopo de Sandro Benedetto, sobre el cual planea la promesa aparentemente loca de la inmortalidad, de la vida sin término fijo, no se puntualiza, en cambio, el papel que pudo incumbir a los astros en los desórdenes de mi esqueleto maltratado. Algunos artistas restringieron su elogio a mi alma —y al hacerlo incidieron en una adulación tan absurda como los que ensalzaban disparatadamente mi cuerpo, pero por lo menos no contradijeron lo obvio— y así Aníbal Caro me ha apodado “señor bueno”, y Betussi, “verdadero amigo de los hombres y de Dios”, mientras que Francisco Sansovino habló de mi “honorable presencia” y, aún más, de mi “aspecto real”. Claro que yo, sin declararlo abiertamente, lo habré guiado a este último a que lo hiciera. Sansovino comprendió mi urgencia de ser alabado por mi físico, que era mi punto más flaco, y procedió con elocuencia cortesana. Y no ha quedado ni un solo rastro, para el futuro, de tan palmarias y patéticas irregularidades; ni siquiera en mi maravilloso retrato por Lorenzo Loto, el de la Academia de Venecia, una de las efigies más extraordinarias que se conocen, en la cual no figuran para nada ni mi espalda ni mis piernas, y en la que los pinceles de Magister Laurentius, cuando yo contaba veinte años, prestaron relieve a lo mejor que he tenido —ya que menciono lo malo, mencionaré lo bueno también—, mi cara pálida y fina, de agudo modelado en las aristas; de los pómulos, mis grandes ojos oscuros y su expresión melancólica, mis delgadas, trémulas, sensibles manos de admirable dibujo, todo lo que hace que un crítico (que no imagina que ese personaje es el duque de Bomarzo, como no lo sospecha nadie y yo publico por primera vez) se refería a mí sagazmente, adivinándome con una penetración psicológica asombrosa, y designándome *Desesperado del Amor*. Así me veo yo, cuando dirijo mis miradas a la reproducción de ese retrato que cuelga entre los libros, en mi escritorio —el original está lejos ¡ay! y ya no me pertenecerá nunca, y ningún estudioso creará mi palabra de que ése soy yo, Pier Francesco Orsini—, y descubro un romántico parentesco entre la imagen y el *Desdichado* de Gérard de Nerval, tan ajado por el consumo de los literarios glosadores: *le ténébreux, le veuf, l'inconsolé, le prince d'Aquitaine à la tour abolie*. Me encanta, todavía hoy, buscar similitud de ese tipo, posibles afinidades mías con héroes misteriosos y

desventurados, con individuos “interesantes”, pues, ya que no por estrictas razones físicas, dados los inconvenientes que me ha costado tanto enumerar, por otras, más sutiles —y que se vinculan también con definidos aspectos de mis rasgos y de mi apostura—, me percaté desde que empecé a andar por la vida, de que debía compensar con una atracción imponderable las desventajas de mi giba y de mi pierna.

Desde muy niño, obsesionado por mi inferioridad congénita, me apliqué a disfrazarla en la medida de lo posible ensayando ante el espejo las posturas y ángulos más propicios. Me atisbaba en el espejo que había en la cámara de mi abuela, en Roma, y me veía flotar, desmedrado, enclenque, en esa luz verdosa que titubeaba en las habitaciones del lúgubre palacio, color de los tapices, de los muebles, de los retratos y de las panoplias, una neblina irreal desgarrada en jirones transparentes, que no era de aquel tiempo sino procedía de la Edad Media, y había quedado ondulando en los aposentos en cuyos rincones se estancaba, sin lograr salir de su encierro glacial, y que nos envolvía e impregnaba a viejos y a jóvenes, contagiándonos una rara lividez. Me enderezaba, levantaba la cabeza, colocaba la mano en la cintura... En más de una ocasión, mis hermanos me sorprendieron así, y la persecución cruel de la cual me hacían objeto recrudeció entre alaridos de mofa. Mi horror a la fealdad y mi pasión por la belleza, en los humanos, en los objetos, en los juegos de la poesía, que me produjo desengaños y amarguras pero le dio a mi vida un tono exaltado y cierta atormentada grandiosidad, procede de mi horror a mí mismo y del asco resultante que me causaba cualquier aberración teratológica. Cuando mi abuela —cuya beldad obró sobre mí antes de que yo captara el valor de su cariño— me hablaba de Isabel Gonzaga, duquesa de Urbino, a quien quería y admiraba singularmente, y me contaba cuánto la entretenían los enanos que formaban parte de su comitiva y con quienes travesaba en la biblioteca célebre de los Montefeltro —esos enanos para quienes había mandado construir, a medida, una capilla y seis habitaciones—, pensaba divertirme y sin embargo, sentado en la penumbra, junto a su lecho, yo me estremecía de repulsión.

En los sentimientos que evoco hay que rastrear las raíces de mi entusiasmo, compartido con tanta gente de la época, por los testimonios de la antigüedad clásica. En esos sentimientos también, como aclararé más tarde, se afirma la paradoja del Sacro Bosque de los Monstruos que inventé en Bomarzo. Mis contemporáneos del Renacimiento fueron hacia los nobles vestigios de las culturas anteriores, movidos por el mimetismo helénico e imperial que caracterizó a aquel tiempo; por el afán de saber y de establecer los cánones de la exacta hermosura formal que difundieron griegos y romanos; o simplemente por la ambición aristocrática de poseer obras únicas y codiciadas. Yo lo hice por razones más complejas. Quizás esperé que la proximidad de esos sobrevivientes armoniosos actuaría sobre mí como una terapéutica mágica; quizás calculé que, sumergiéndome en un mar de belleza, rodeándome de mármoles rítmicos hasta desaparecer detrás de sus entrelazadas apariencias, como en medio de un ballet inmóvil y fragmentario en el que cada cosa, la lisura de una frente, el arco de un brazo, la proporción de un pecho suscitaba emociones que aliaban a la poesía con las matemáticas, lograría olvidarme de mí mismo.

El desdén que mi padre evidenció hacia mí, desde que se convenció de su impotencia para corregir mi cuerpo contrahecho, fue tan vehemente como el amor que me demostró mi abuela. Gian Corrado Orsini no se resignaba a tener un hijo jorobado, y en lugar de contribuir a que yo olvidara mis imperfecciones, o por lo menos a que las tuviera menos presentes y sacudiera mi pesadilla, no cesaba de recordármelas y enrostrármelas, despiadadamente, con una mueca, con un rápido parpadeo, con un disgusto encoger de hombros, cuando la casualidad nos enfrentaba en uno de los salones de Bomarzo o de Roma. Por eso yo lo rehuía, por eso me alegraba tanto cuando escuchaba, en los patios de una de nuestras casas, los rumores de apresto que preludiaban su partida para una expedición guerrera. Decepcionado, irritado, ese hombre agresivo de quien se cuchicheaban en Bomarzo tantas ferocidades y sinrazones, proclamaba constantemente que él no tenía más que dos hijos: Girolamo, el futuro duque, y Maerbale, a quien pensaba dedicar a la Iglesia, con ayuda de su suegro, el cardenal.

Debo consagrar unos párrafos especiales a mi abuelo Franciotto que, con mi abuela Diana, fue el único consanguíneo directo de esa generación a quien alcancé, pues mis otros dos abuelos murieron antes de que yo viera la luz. Franciotto Orsini había sido condottiero, como la mayoría de mis antepasados. Se había educado en Florencia, en la corte de su tío Lorenzo el Magnífico, y su contacto con ese medio refinado y esteta, si dulcificó sus maneras y le incorporó cierto dandismo palaciego que le resultó de utilidad en la atmósfera pontificia, no penetró en las regiones glaciales de su alma. Era, como mi padre, su yerno y sobrino, un insensible. En 1497 y en 1503, César Borgia lo había capturado y luego le había devuelto la libertad; en 1511 había firmado la Pax Romana con los Colonna; en 1513 peleó contra Bentivoglio. Viudo en dos oportunidades, terminó dejando la coraza por la púrpura, que su primo León X le otorgó en 1515. Desde entonces, soñó con ser papa.

Los Orsini no habíamos tenido a uno de los nuestros, en el trono de Pedro, desde que Nicolás III falleció en el siglo XIII, y nuestro prestigio lo necesitaba. Nuestras finanzas también. Mi abuelo Franciotto pensó que él era el más indicado para salvar esa falla seria, y se entregó a coronar su ambición apostólica con el mismo ahínco que había puesto en sus empresas de armas. Casi obtuvo la tiara en 1522 cuando, imprevistamente, eligieron a Adrián VI; al año siguiente, su arrogancia de gran señor romano enjugó una nueva afrenta, pues Clemente VII ascendió al solio. Nunca se consoló de esos ultrajes. ¡Postergarlo a él, hijo de Orso Orsini, llamado el Organtino, capitán que había patentizado su coraje a favor y en contra de la Iglesia, y nieto de Giacomo Orsini, condottiero de la República Serenísima y del papa Eugenio IV! ¡Y postergarlo sin ningún sentido de los escalafones mundanos y de las prerrogativas de la sangre, para beneficiar, primero, a un flamenco ridículo, de quien todo el mundo se mofaba, y luego para favorecer a un Médicis ilegítimo, a un bastardo de ese Julián de Médicis al que mi padre casi había salvado de la muerte, cuando la conspiración de los Pazzi! Era algo que el cardenal Franciotto Orsini no podía comprender, porque atentaba contra la sana lógica de su clasificación de los valores. Su desesperación y su desencanto habían

sido más agudos cuando Clemente VII, porque esa vez le habían quitado literalmente de la boca el dulce que se aprestaba a saborear. Todo fue por culpa del cardenal Pompeyo Colonna, que vetó su candidatura, oponiéndole el peso inflexible de su enorme influencia. Los Colonna se cruzaban siempre en nuestro camino. ¡Cómo hablaron mi padre y mi abuelo de los Colonna, aquella tarde!, ¡cuánto los maldijeron!

—Pero —señaló el cardenal Franciotto, apagando la voz— no creas que la pasará muy bien el que me ha arrebatado la tiara gracias a ese Colonna infernal. No lo creas. Anda por las calles un pastor andrajoso, venido de los Abruzzos, que pronostica el pronto exterminio de Roma. Y dicen que es un santo.

El soplo milagrero flotó sobre ellos un segundo. No se atrevían a pensar que lo que con la imaginación veían —la ciudad saqueada, incendiada, el pontífice fugitivo—, sería en breve una atroz certeza. Luego mi abuelo retomó el hilo del relato. Hubiera querido envenenarlo al cardenal Pompeyo, y le faltaba decisión. Así era él: un tigre en los campos de combate, y en los cónclaves una liebre. Lo envolvían, lo burlaban. Bramaba como un toro en la intimidad de nuestra casa, y regresaba a la corte pontifical, donde se esmeraba por rehacer las mallas rotas de sus intrigas. Al cabo de un tiempo volvía a nosotros, con esperanzas frescas que mi padre no compartía siempre. Disputaban hasta tarde y, cuando mi padre se había retirado, medio ebrio, el viejo cardenal reordenaba su revuelto manto, se escondía, trepidante, al amparo de la chimenea, mascullando palabras confusas, y sólo se apaciguaba al acariciar su sueño victorioso que le mostraba, en el chirrido rojo y dorado de la hoguera, la forma de una tiara que ascendía, como una cúpula basilical cubierta de piedras preciosas —el zafiro, que palidece en presencia de los impuros; la esmeralda, que se quiebra ante un acto ilícito; el coral, que fortifica el corazón, la crisolita, que cura de la melancolía; el diamante, que salva del miedo; y esa piedra sagrada, azul y verde, de los egipcios, que tiene más que ninguna un poder sobrenatural—: alhajas que relampagueaban en la fogarada crujiente, prometiéndole con sus guiños fúlgidos que Nicolás III y los santos papas de nuestra estirpe que lo habían precedido tendrían en él, en el papa Franciotto, para gloria de la casa de Orsini, un augusto sucesor.

El motivo esencial por el cual no se resolvía a abandonar sus pretensiones es que se suponía predestinado a realizar la aspiración magna de Nicolás III Orsini, y a distribuir a Italia entre sus descendientes, como el Santo Padre proyectó repartirla entre sus sobrinos, alrededor de los estados de la Iglesia, para robustecer el poder peninsular y eclesiástico contra las rapiñas extranjeras y también, con previsor nepotismo, para afianzar el poder exclusivo de los suyos. Ignoro si me hubiera tocado algo, en la división prevista por mi abuelo. No lo creo. Todo hubiera sido para mi padre, para Girolamo y Maerbale; quizás para los nietos de la otra rama, Francisco, el que defendió Siena, conquistó Córcega y casó con una mujer tan virtuosa que la consideraron santa; León, el millonario, el más rico de la familia; y Arrigo, el condottiero, el bandido, que cometió excesos feroces. Pero para mí no hubiera habido nada, nada. Estoy seguro. Nada para Pier Francesco, nada para el deforme, para aquel que, con su jubón y sus calzas, a pesar de la distinción de su rostro y de sus manos y a

pesar de que se empinaba frente a los espejos, parecía un bufón de los Orsini, una especie de Rigoletto sin voz y sin autógrafos baritónicos,

Hasta que por fin mi abuelo se sometió a regañadientes, pues los acontecimientos lo fueron desengañando y repitiéndole que ése no era su destino, y que resultaba más fácil blandir una espada y aullar en mitad de una pelea, flotantes al viento las banderas y las barbas, que especular en el secreto sutil de los cónclaves, y trasladó su intención a los hombros y a la mente de mi hermano menor, el pequeño Maerbale.

Como antes, mi padre y el cardenal se encerraban y discutían durante horas. Yo era a la sazón tan niño, que no lo puedo recordar, pero lo he oído referir a los servidores. Luego se acercaban a Maerbale, fino y menudo, y lo arrullaban un instante en su cuna, casi con respeto, como si rozaran, en vez de sus lanas infantiles, las ropas litúrgicas del Vicario de Cristo. Pero Maerbale no fue papa tampoco, ni siquiera cardenal. Hubo que aguardar mucho tiempo, dos siglos, hasta 1724, para que un Orsini, Benedicto XIII, nos restituyera en el Vaticano la suprema jerarquía. Claro que ni Franciotto ni Gian Corrado Orsini podían adivinarlo, y conspiraban impacientes; en la soledad casera, rodeados por las cotas, los yelmos, los petos y las tizonas que conocían mejor que nadie y en los que el fuego reanimaba, con sus caldeados pinceles, la antigua jactancia marcial de los combates cuerpo a cuerpo que ambos habían emprendido. Barajaban, en apoyo de las perspectivas de sus maniobras, los nombres de los santos y beatos de nuestra tribu, desde el obispo Orsino, los mártires Juan y Pablo y el patriarca Benedicto, hasta la reina Batilde y el cardenal Latino, aquel hijo de Mabilia Orsini que compuso para la eternidad el dramático *Dies irae, dies illa* de los responsos, agregándoles, por descontado, los nombres de los cuatro papas que hasta entonces figuraban en nuestros genealógicos pergaminos. Juzgaban inadmisibles que con esos antecedentes que se exponían el uno al otro sin cansancio, alternando las explosiones rabiosas con las fórmulas de elegante ironía que ambos habían aprendido en la corte de los Médicis, y con los antecedentes que provenían de cardenales, arzobispos, senadores, prefectos y gonfaloneros de Roma, condestables de Sicilia y grandes maestros de los Templarios y de la orden de San Juan de Jerusalén, sin descartar por cierto a nuestras reinas, tan decorativamente góticas, la tiara no llegara por los aires, como un sólido pájaro de oro y de enjorjados reflejos, a posarse sobre la débil cabeza frívola de Maerbale, omitiendo que el propio Franciotto, cardenal diácono y vicario de Stimigliano, Vianello y San Polo, no la había conseguido pese a su terca porfía y al parentesco que lo vinculaba a León X.

Habíanse formado así, en la familia, dos bandos. Por un lado estaban mi abuelo, mi padre y mis hermanos; por el otro, mi abuela y yo. Ni qué decir que el primero era el más fuerte. Disponía en su favor no sólo del número sino de la influencia. En cuanto al hostigamiento con el cual me apretaron desde mi niñez, aunque le di vueltas y vueltas al asunto, no logré comprenderlo entonces. ¿Qué representaba yo para el cardenal, para el condottiero, para Girolamo, atlético, hermoso, musculoso, petulante, obtuso, procaz y despótico, para Maerbale, embrollón, hipócrita, embustero, agraciado también, muy

parecido a mí en los ojos y en el dibujo de los rasgos? ¿Qué podía importarles? ¿Por qué no me dejaban en paz, si yo con ellos no me metía y, al contrario, los esquivaba siempre, madurando en la soledad mi odio solitario? ¿Acaso el porvenir no pertenecía a quienes serían el uno duque y el otro papa o cardenal? ¿Acaso no se descontaba mi anulación; no se calculaba, por mi quebranto descaecido, que viviría poco? ¡Y qué equivocados estaban los cuatro Orsini en lo que a eso concernía, pues quién iba a sugerirles la extravagante idea inverosímil de que algún día (ahora) yo escribiría sobre ellos, en tanto que ellos estarían muertos, bien muertos, reducidos a polvo, con cuatro siglos de muerte y de olvido encima y sin nadie más que yo para recordarlos! Pero la increíble distancia de tiempo que nos separa me permite bucear con más claridad y experiencia en el dilema oscuro, y discernir algunas explicaciones.

Fundamentalmente, es obvio, los ofendía mi aspecto por lo que éste entrañaba de intruso, impropio y chocante en la divina raza de los Orsini, hombres nacidos para la grandeza retórica de los monumentos, para la pompa de los sepulcros teatrales y para inspirar el respeto y la sumisión con su sola y soberana prestancia. Entre los Orsini no hubo gibosos. Apenas si se citaba, fugazmente, la excepción de mi primo Carlotto Fausto quien, empero, se destacó en la milicia por su intrepidez. Mi padre consideraba mi distorsionada figura como una traición de lesa majestad al decoro y al señorío de la parentela. Un día, oculto detrás de un tapiz, lo oí debatir con mi abuelo el problema que mi presencia avivaba a cada instante. Gritaban como poseídos. Enrostraban la responsabilidad decadente de mi hechura a las respectivas ramas de los Orsini a las cuales pertenecían. Gian Corrado barbotó, mesándose la barba:

—Nosotros jamás hemos traído al mundo engendros como ése. Parece cosa del Demonio. O de la puerca infidelidad. Si no fuera por la veneración que merece la memoria de Clarice, pensaría que la madre de Pier Francesco me fue desleal, quien sabe con quién... con uno de esos desgraciados Gonzaga, jorobados de padre en hijo, que espantaron a Mantua con su horror de esperpentos...

Y el altercado, distraído por la remembranza de los príncipes remotos, se apaciguó mientras evocaban pormenores oídos acerca de los señores de Mantua. La giba se había adueñado de ellos por herencia maligna de Paola Malatesta. Su hijo Ludovico, el segundo marqués, había sido giboso. Lo habían sido los hermanos de éste, Alejandro, el místico, y Gian Lucido, el poeta; y luego los hijos de Ludovico, las monjas, la condesa de Gorizia, el tercer marqués, Federico, y esa desventurada, vejada Dorotea, novia de Galeazzo María Sforza, que no llegó a casar con él, pues los Sforza, que aspiraban a una alianza mejor, una alianza con reyes, adujeron para postergar la boda, en el curso de cuatro años de alternativas humillantes, que podía acentuarse en Dorotea la deformación que sufrían sus hermanos y su padre. Sólo en la generación siguiente, la de los vástagos de Federico, se rompió la tradición grotesca, como si se hubiera agotado el veneno que la originaba. Esas menciones despertaron mi curiosidad ávida hacia quienes padecieron, antes de mi nacimiento, similares penurias, y más tarde, cuando pude hacerlo, me interesé por sus vidas infortunadas e hice copias de los versos compuestos por

Gian Lucido Gonzaga en honor del emperador Segismundo y hasta agregué a mis colecciones, como joyeles exquisitos, las delicadas medallas que Pisanello acuñó con las efigies de la familia de Gonzaga. Una frase del cardenal Cesarini, inspirada por el juvenil poeta contrahecho, “espléndido, más que por el cuerpo, por el ingenio y las costumbres”, *ingenio magis quam corpore lucens*, cantó en mis oídos como música celeste, pues se me ocurrió que me estaba dedicada, premonitoriamente, desde la bruma secular. Pero eso sucedió, como digo, mucho más tarde, en tiempos en que yo era ya duque de Bomarzo. El día en que escuché esos nombres por primera vez, no me sirvieron de alivio. Resonaron como injurias, despertando ecos vetustos en la amarilla, verdosa pesadumbre de nuestro palacio romano. El cardenal Franciotto y el condottiero Gian Corrado hablaban de los príncipes de Mantua y de sus corcovas, exagerando los ademanes violentos. Yo me escondía, ¡ay!, me mordía los puños y lloraba.

Además de mi anomalía, lo que sublevaba a mi padre y a mis hermanos era la disposición evidenciada hacia mí por mi abuela, señora cuya calidad humana no podían desconocer, por el ascendiente de que gozaba, más allá de Roma, en Milán, en Rímíni, en Mantua, en Ferrara, en Urbino, en Nápoles, donde la halagaban amistades ilustres. Su reacción —me refiero en este momento concretamente a Girolamo y a Maerbale— se tradujo, ya que no en expresiones de desaire frente a Diana Orsini, pues no se hubieran atrevido a tanto, en una suerte de indulgencia mordaz, como si entendieran que el cariño que mi abuela exhibía por mí venía a ser una forma harto agravante de la conmiseración. Y poco a poco —si bien, como ya he dicho no osaron todavía hacerlo público— su sentimiento se transformó en algo parecido al rencor y también a los celos, suscitado por la noble señora que no sólo no compartía sus actitudes crueles, sino adoptó una posición opuesta que era, por su generosa ternura, la que correspondía, y la aborrecieron en secreto, la aborrecieron como ellos sabían aborrecer, ejemplarmente.

Por último, para terminar con este análisis amargo, anotaré que se me ocurre ahora que si mi padre, mi abuelo, Girolamo y Maerbale procedieron conmigo con tan encarnizada perversidad, fue porque acaso captaron desde el comienzo que yo era distinto en esencia —distinto por torpes razones físicas, pero además por otras mucho más altas, complejas e inaccesibles— al grupo hermoso y ceñudo que formaban. Quizás había en torno de mí algo, un aire, un aura, una vibración que no se puede alcanzar ni explicar y que flota, como un anuncio mágico, alrededor de los elegidos, y presintieron, perplejos pero sin darse cuenta del origen de la turbia desazón que experimentaban, que yo, Pier Francesco —Pier Francesco, el niño bufón; el diminuto Vicino, como me llamaba mi abuela, en recuerdo de su bisabuelo Vicino Orsini, primer señor de Bomarzo—, estaba señalado y reservado por la fatalidad para un destino incomparable, infinitamente superior, por insólito, al que gobernaba sus vidas triviales de pequeños aristócratas. Eso, porque no lo comprendían (y nadie hubiera podido comprenderlo) debió agriar su encono que se manifestó por medio de un acosamiento al que tal vez se unía, pese a su aparente desenfado brutal, cierto misterioso temor. Ojalá haya intervenido ese ingrediente secreto —el miedo— en la cotidiana lucha que ensombreció mi infancia. Ojalá sea así,

porque ello me aseguraría, póstumamente, que aun entonces, aun cuando mi padre me despreciaba, me golpeaba Girolamo, y Maerbale, el cínico, remedaba mi andar y mi traza, hundiendo la cabeza en el pecho y arrastrando una pierna, yo era el más fuerte de todos, el triunfador enigmático, espléndido, si no por el cuerpo, merced al ingenio, como el hijo encantador de Gian Francesco Gonzaga y Paola Malatesta, más espléndido que él, sin duda, pues su crédito finca en la admiración del emperador Segismundo, del sabio Vittorino da Feltre y del cardenal Cesarini, mientras que yo escapo de los repetidos moldes humanos, los rompo, y ni siquiera Pisanello hubiera sido capaz de modelar una medalla digna de mí, de mi enorme victoria y de mi enorme derrota, aunque su cincel impar multiplicara las alegorías de astros y de unicornios.

Lo más doloroso de todo lo que voy exponiendo como una materia vergonzosa y vil, es que yo los hubiera querido, yo los hubiera adorado a Maerbale y a Girolamo, como adoré a mi abuela. Hubiera adorado al cardenal y al condottiero. Los necesitaba; los necesitaba terriblemente, como necesitaba de los osos invisibles que me protegían en Bomarzo durante mis caminatas nocturnas. Pero me rechazaron, me humillaron. Y el resentimiento creció dentro de mí como una planta negra nutrida con hiel. Gerolamo Cardano apunta en las páginas de *De Subtilitate*, que los jorobados son los más viciosos de los hombres, porque el error de la naturaleza envuelve su corazón. No es cierto. A mí me atacaron y me defendí. Me odiaron y odié. Pero ansié delirantemente hasta las lágrimas, que me amaran.

Suprimiré el relato prolijo de las miserias que acompañaron mi niñez, en medio de las caeles mi abuela resplandece como una lámpara portentosa. Hay, sin embargo, un episodio que no debo callar, porque sus imágenes me angustian todavía hoy, como si viviera nuevamente ese momento atroz mientras escribo en la quietud de mi biblioteca, frente a la reproducción del retrato de Lorenzo Lotto, y siento que la sangre me arde en las mejillas, lo mismo que hace tantos, tantos años, y que el corazón me late, ansioso, como me latía, exasperadamente, esa mañana, en Bomarzo, cuando yo contaba once años apenas.

A mis hermanos les encantaba disfrazarse. En ese como en otros aspectos, eran muy italianos. A mí también me gustaba, pero no me atrevía a hacerlo, por temor de acentuar lo ridículo de mi facha. Girolamo había desclavado de las panoplias algunas piezas de armaduras —unas manoplas, una rodela, un casco de los denominados borgoñotas, una espada, una gola decorada con ataujías— y, vistiéndolas y ciñéndolas, daba grandes pasos y lanzaba voces roncadas, como si fuera uno de los condottieri de nuestra estirpe, el condottiero que aspiraba a ser. Su estatura y su vigor, excepcionales para sus quince años, le permitían pavonearse así, a pesar de la carga de hierro. En cambio Maerbale, que tenía diez años, se había improvisado un manto de cardenal con un raído género púrpura; se había colgado del cuello la cruz bizantina que le había regalado nuestro abuelo y, con el don mímico que lo caracterizaba, se divertía imitando al cardenal Franciotto y distribuía a diestro y siniestro exageradas bendiciones, a las que añadía unos macarrónicos latines, muy distintos de los que nos enseñaba porfiadamente nuestro preceptor, Messer Pan-dolfo.

Estaban en uno de los desvanes del castillo de Bomarzo que, a falta de otra función, servían como depósitos, y a los que sólo nosotros entrábamos, de tarde en tarde, tan inmenso era aquel edificio medieval. Habían abierto una ventana, forzándola, y una fina columna de sol, en la que bailaban innumerables partículas de polvo, se había deslizado por ella, plantándose diagonalmente en un ángulo del aposento. Yo andaba por las estancias vecinas, y cuando me advirtieron me llamaron para que admirara sus atuendos respectivos. Tanta opulencia requería público y sólo yo podía procurárselo. Acudí, pensando que más valía hacerlo por las buenas, pues me obligarían a obedecer.

Recuerdo el intenso olor a humedad y cierto tufo acre, a ratones, a cosas encerradas, que impregnaba el desván. Recuerdo perfectamente el rayo de sol que lo cruzaba con su columna trémula y, esparcido en el suelo o desparramado sobre los arcones, un desorden de vestiduras que mezclaban sus manchas de color. En aquellos cofres se guardaban los ropajes que habían pertenecido a las dos mujeres de mi padre: Lucrecia del Anguillara y Clarice Orsini, y también viejos trajes y adornos de nuestra abuela. Girolamo había arrancado los herrajes de las maderas carcomidas, seguro de la impunidad que le prometía la certeza de que, durante mucho tiempo, ningún criado aparecería por la abandonada buhardilla. Telas acuchilladas, que arrojaban las entrañas por las aberturas de las mangas, yacían doquier, entre fabulosos birretes, plumas rotas o deslucidas, piezas de seda, de terciopelo y adamascadas y brocados de plata y oro de aquellos que los mercaderes de Italia, establecidos en Nuremberg, vendían a los alemanes. Algunas alhajas de escaso valor, prendidas a los retazos de género, titilaban aquí y allá con metales y piedras, entre los tabardos, las guarniciones, los bordados con emblemas, los encajes, las arrugadas golillas, las cofias y los velos, que se sumaban en el anárquico trastorno a la envarada rigidez de los vestidos. Mi placer estético, ya muy alerta, triunfó sobre el temor que me causaba siempre la cercanía de mis hermanos, y por unos segundos gocé del quimérico espectáculo que me ofrecía la confusión de elementos, en los que los testimonios de la moda veneciana ponían imprevistos toques orientales, embarullando los rojos, los amarantos, los violáceos y los tonos del limón, el nácar y la aceituna, que atravesaban franjas coruscantes de hilos áureos, y que la mugre del desván y la saña de los lustros y de la polilla convertían en atavíos para espectros.

Poco duró mi gusto. En seguida, imperioso, Girolamo me retrajo a la realidad, entrechocando el hierro de las manoplas.

—Tú también te pondrás una máscara —ordenó—. Serás el bufón de los Orsini.

Maerbale soltó una risa aguda, sacó la lengua y me bendijo.

En vano traté de resistirme. Entre los dos, Girolamo meneándose acompasadamente, como un buzo a quien embota su escafandra, y Maerbale pisoteando la cola púrpura que estorbaba sus brincos, me encasquetaron un birrete chato, del cual pendía una guirnalda sucia, me tiraron sobre los hombros un tabardo chillón, mitad naranja y mitad azul, sobándome la espalda mientras lo hacían, a pesar de mis convulsiones y manoteos, y me anudaron los dedos en torno de un bastón que era casi un báculo.

—El bufón de los Orsini —decretó Girolamo— divertirá al duque y al cardenal.

Se acomodaron sobre un arca, acentuando la solemnidad, y yo vacilé, solo, en el centro del aposento, sintiéndome pavorosamente desamparado con mis ropas grotescas. ¿Qué hacer? ¿Gritar? No me hubiera oído nadie, dentro de la vastedad del castillo. Mi abuela estaba lejos. Permanecí inmóvil, aguardando; podían matarme —juré, sin mover los labios, que podían matarme— pero no me transformaría en el hazmerreír de mis verdugos. Girolamo se impacientó. Se desembarazó del casco, de los guantes, de las mohosas piezas de armadura, que cayeron con estrépito en torno, y entonces me percaté, con sorpresa, de que estaba casi desnudo, como un gladiador adolescente. Maerbale hizo repiquetear de nuevo el histérico cascabel de su risa. Dibujó con la diestra una cruz en el aire y pronunció, gangoso:

—*Postquam prima quies epulis mensaeque remotae crateras magnos statuos et vina coronant.*

Reconocí los versos de Virgilio que Messer Pandolfo nos había mandado traducir el día anterior, y me asombró que Maerbale los recordara, pero Girolamo no me dio tiempo para ordenar mis ideas.

—Si rehúsas cumplir tu deber de bufón —exclamó—, serás la duquesa de Bomarzo.

No entendí qué quería decir, y él, entretanto, a tirones me quitó el disparatado disfraz que me abochornaba y, prestamente, me metió por la cabeza el primer vestido que encontró a mano, me pasó las mangas a punto de rasgarlas, me cubrió la cabeza con un velo, recogió un puñado de alhajas y fue pinchándolas doquier, sobre los pliegues del traje que, demasiado grande para mi pobre estatura, se ensanchaba y agrietaba sobre el piso.

Yo esperaba, mudo de terror. Veía, como en un sueño, la fina, vibrante columna solar, las desparramadas telas; oía la risa infantil de Maerbale; y sentía, en la cara, el aliento de mi hermano mayor, fauno colérico, que se afanaba con broches, collares y brazaletes. Luego retrocedió, echó hacia atrás la cabeza, cruzó los brazos y juzgó su obra.

—Ahora —dijo lentamente— nos casará el cardenal Orsini. Me caso con Francesca, la jorobada.

Maerbale se aproximó, musitando latines borrosos. Estiró los brazos, juntó los pulgares y los índices y adoptó una actitud de eclesiástico recogimiento. En el hueco de la ventana se detuvo un pájaro y se puso a cantar, y al escucharlo, desde el pánico de la pesadilla, fue como si el dulce paisaje de Bomarzo —las ondulaciones, los arroyos, los valles, las encinas, los olmos, los rebaños de ovejas y cabras, las rocas grises, lo más mío del mundo— se introdujera mágicamente en el tenebroso desván del castillo para presenciar la humillación del hijo del condottiero, el cojo, el giboso, que seguía petrificado, vestido con ropas femeniles, ardientes los ojos de lágrimas bajo la neblina del velo, entre un muchacho desnudo que le aferraba una mano y un cardenal niño que inventaba mojigangas litúrgicas, en el centro de una habitación cuyo desquicio abigarrado evocaba los saqueos que ese mismo castillo había soportado siglos atrás.

Entonces hice algo imprevisto: alcé el puño y golpeé con todas mis fuerzas a Girolamo en el rostro, ese rostro de estatua antigua que mi padre ponderaba tanto. Yo mismo me asombré de mi audacia. Había respondido a un impulso insensato, peligrosísimo, del cual no me hubiera creído capaz, y mis dos hermanos me observaban atónitos en el silencio que apenas quebraban, cristalinas, las notas débiles del pájaro. Maerbale rió, pero con una risa nerviosa, artificial; Girolamo se llevó una mano a la cara, que empezó a encenderse. Temblaba como yo. Lanzó un grito entrecortado y luego, apretando los dientes, llameantes los ojos que tenía muy azules, como mi abuela, se abalanzó sobre mí, con una rabia de animal herido. Me derribó sobre los trajes amontonados y sentí que la espalda me dolía horriblemente. Se había puesto de rodillas sobre mi pecho y pensé que iba a mordirme, que no le iba a bastar con ahogarme y castigarme a puñetazos. Y no le bastaba, pues, mientras me zamarreaba y maltrataba, buscaba alrededor, como un loco, algo, algo que le sirviera para que el escarmiento de tamaña ofensa fuera más bárbaro, más definitivo. Hasta que lo encontró. En el suelo, a su alcance, había un revoltijo de joyas incompletas, estropeadas, inútiles. Sus dedos se crisparon en un largo alfiler de oro y, manteniéndome inerte con el peso de su cuerpo, de sus duras rodillas, de sus codos punzantes, me dobló la cabeza y me hundió la aguja en el lóbulo de la oreja izquierda. Su grito feroz, el mío y el de Maerbale se sumaron y retumbaron en la extensión de los desvanes que coronaban el caserón. La sangre me mojó la mejilla y bajó hacia la boca.

—¡No, no! —chilló Maerbale, y sobre la faz descompuesta de Girolamo vi, en un relámpago, la lividez de la suya.

Pero eso no era todo; Girolamo, como tantos hombres cuya iras vesánicas ennegrecen nuestra historia familiar con la crónica susurrada de sus crímenes y de sus torturas, perdía el dominio de sí mismo cuando el estallido de la ira lo cegaba, y necesitaba saciarse en el arrebató, ir hasta la raíz hambrienta de la cólera, alimentándola, para que ésta cediera. Todavía su ímpetu frente al Orsini despreciado que se había atrevido a ofenderlo no había llegado a su punto culminante. Volvió a rastrear, casi sin mirarlas, en el montón de joyas. Su torso, bañado de sudor, espejeaba, como untado con aceites.

Halló por fin lo que perseguía, un pendiente, parte quizá de un aderezo extraviado, con camafeo de amatista que no olvidaré nunca, pues durante dos segundos mortales osciló delante de mis ojos, como algo vivo, como si respirara, como si fuera un insecto extraño, con muchas patas de oro retorcido y un cuerpo morado cubierto de inconcebibles figuras, y clavó su garfio en el orificio que acababa de abrir en mi oreja sangrienta.

—¡No, no! —tornó a chillar, muerto de miedo, Maerbale.

Girolamo aflojó la presión. Sin duda, apaciguada ya su saña, a él también lo asustaba su perversidad. Aproveché para liberarme y, sujetando el pendiente con una mano, pues no me atrevía a quitármelo, y alzando con la otra las faldas del absurdo traje, eché a correr por las galerías, escaleras abajo, rumbo a las habitaciones de mi abuela. El lóbulo me dolía como si me lo hubieran arrancado, y a pesar de ese tormento, la noción de lo irrisorio de mi apostura —un giboso vestido de mujer, con un largo pendiente en la oreja izquierda, que huye, ensangrentado, gimiendo, renqueando, por las salas de un viejo castillo—

, lo que más me escocía era la idea de que, en cualquier momento, podía topar con mi padre. Mis hermanos, que habían reaccionado también, me seguían a la distancia, recelosos de las consecuencias de su acción. Me volví en mitad de la fuga y los divisé, desnudo el mayor, el alto, el esbelto; el más pequeño, cubierto aún con la capa púrpura que en la confusión no había atinado a abandonar. Ya faltaba poco para el aposento de mi abuela. Ya llegaba, ya llegaba a mi refugio, a mi salvación, al lugar donde me cuidarían, me mimarían y me devolverían, dentro de lo relativo, el perdido sosiego.

En ese instante se abrió una puerta y mi padre apareció en el vano. Quedó allí tan tieso como si fuera un retrato señorial, encuadrado por las maderas esculpidas. No formuló ningún comentario; se limitó a enarcar las cejas levemente y luego a fruncir el ceño. La mueca de repugnancia desdeñosa que yo conocía tan bien le desfiguró los rasgos patricios. Yo hubiera preferido que me hubiera insultado, que hubiera demostrado algún interés, alguna curiosidad, frente a este hijo segundo que pasaba llorando, rojas las manos de sangre, ante su puerta. Pero él, en silencio, como si hubiera sido una alucinación, porque la presencia de un personaje de tan hidalgo empaque resultaba imposible en el castillo de Bomarzo, donde los futuros sucesores de los Orsini andaban enmascarados o desnudos, convertidos en brujas y en esclavos, o como si yo hubiera sido un fantasma abominable, ni hombre ni mujer, que se ladeaba por escarnio y mofa —de tal suerte que, al fin de cuentas, no se sabía quiénes eran los seres reales y quiénes los ilusorios, en esa escena breve y peregrina—, dio un paso atrás, entornó la puerta sin ruido y corrió el cerrojo.

Mi abuela me abrazó largamente. Con delicada ternura me sacó el colgajo de camafeos, me lavó, me vendó la oreja, me ayudó a despojarme de las ropas denigrantes. Sus manos ojivales, que a veces comparaba con las mías —si Girolamo había heredado sus ojos azules, yo había heredado sus dedos ahuesados, de grácil contorno, como si nos hubiéramos distribuido las reliquias refinadas de nuestra casa—, se posaron suavemente en mis pómulos, en mis sienes, en mi pelo, durante el desarrollo de mi relato en el que nada callé, y en el curso del cual mis lágrimas humedecieron sus balsámicas manos de reina, mientras sus ojos se velaban también, maravillosamente tristes.

—Tengo algo para ti —me dijo cuando hube concluido—, algo que hoy han hallado en la parte de la Gruta de las Pinturas. Girolamo no puede disponer de más armas que las que descuelga aquí, de los trofeos; pero éstas son unas armas únicas, hechiceras, y estaban en Bomarzo cuando todo el lugar se llamaba Polimartium, por el templo de Marte que había cerca del lago Vadimone.

Me condujo detrás de su lecho y me mostró, ocultas por las cortinas, las armas que un aldeano había descubierto por azar, cuando empujaba su arado en la zona de la Gruta de las Pinturas. Eran unos metales verdosos que, limpiados, fulgían como si hubieran sido espolvoreados con oro fino. Un yelmo, un escudo, una espada de hierro, dos espinilleras, una lanza de bronce y cuatro cuchillos habían sido dispuestos sobre una especie de portentoso muñeco que vigilaba en la sombra, como un guerrero venido desde el más allá del tiempo y sus tinieblas para cuidarme.

Nuestros campesinos solían realizar hallazgos similares, pero hasta entonces no habían extraído nada ni tan completo ni tan turbadoramente hermoso, dentro de su sobria y esquemática grandeza. Hubo que aguardar varios siglos, hasta 1845 (y la espera se estiró más que la de un papa Orsini), para desenterrar en Bomarzo una pieza de esa importancia: el pequeño vaso que desplegó en su dibujo, ante la expectativa y la consternación de los arqueólogos, el primer alfabeto etrusco hasta entonces conocido. Bomarzo entero, en verdad, y su zona de rocas agrietadas en torno de la altura que servía de base a la masa del castillo, era una inmensa necrópolis etrusca, como la próxima de la lucumonia de Tarquinia. Pianmeano, Piano della Colonna y Monte Casuli, las localidades circundantes de Castelluzzo, Rocchette y Castello, rebosaban de testimonios del pueblo más indescifrable de Europa. A veces pienso que en el fondo de mi personalidad sobrevivieron rasgos de esa gente primitiva del lugar, tan poética, tan melancólica, tan lúbrica y sanguinaria, tan capaz de tratar con los demonios como de místicos raptos de loco lirismo, porque Bomarzo estaba saturado de su magia incógnita, fascinante, y las noches de luna, cuando yo salía, adolescente, a caballo, a recorrer el montuoso dominio, sentía encrespase en la lobreguez de los senderos formas que brotaban tal vez de las cavernas, como miasmas, como vapores encantados, las furias, las gorgonas, arpías, moiras, *graie* con un solo diente y un solo ojo, que nacieron viejísimas, *pretidi* orgiásticas, sátiros, ninfas, titanes, jadeantes en la oscuridad; el mundo de esos bosques, el de esos sepulcros de la Tuscia inmemorial a los cuales yo descendí con el preceptor Messer Pandolfo primero y luego con alguno de mis amigos sabios y después, muchísimo después, con guías incoloros, para ver, a la luz bailoteante de las antorchas o a la claridad exacta de las lámparas eléctricas, las siluetas de los luchadores ocres, de las danzarinas y de los monstruos azules que acechaban a Piritoo y a Teseo, agitando las aterradoras diademas de víboras: los actores del drama del amor y de la muerte, del suplicio y de la concupiscencia, prolongados en frescos plutónicos que la humedad roía y que, por eso mismo, resultaban más inquietantes; y para recoger los objetos que tanto entusiasmaron al gran duque Cosme de Florencia, los vasos, los instrumentos de guerra, los relieves, los candelabros caídos alrededor de los sarcófagos y de sus obsesionantes, indiferentes figuras, que sonreían ante la pusilanimidad supersticiosa de los campesinos.

De ese mundo, del Polimartium que fundó Tirreno, rey de Lidia, procedía la armadura que me había regalado mi abuela. De él, tan apartado, me traía un aliado prestigioso que, como un *robot* estático, custodiaría mi sueño. La trasladaron a mi habitación y allí permaneció hasta que desaparecí de Italia. Hace algún tiempo, en el Museo Etrusco Gregoriano, me estremeció una fuerte emoción cuando me enfrenté con las piezas de mi armadura. Aunque se informa al público que procede de Bomarzo, nada indica en la colección vaticana que el férreo conjunto perteneció al duque Pier Francesco Orsini. Los siglos se han encarnizado con el duque, borrando sus huellas, y así como se opina que mi retrato por Lorenzo Lotto, el “Retrato del gentilhomme en el estudio”, representa —¡oh ironía admirable!— a un personaje de la familia de los condes de Rovero, pues la efigie estuvo largamente —no sé por qué— en su casa, en

Treviso, se ignora lo que esas armas etruscas significaron para mí en un momento doloroso de mi vida, como símbolos de solidaridad y de apoyo. Las cosas, de las cuales se afirma que carecen de alma, son dueñas de secretos profundos que se imprimen en ellas y les crean un modo de almas, especialísimo. Desbordan de secretos, de mensajes, y, como no pueden comunicarlos sino a los seres escogidos, se vuelven, con el andar de los años, extrañas, irreales, casi pensativas. Hablamos de pátina, de pulimento, del matiz de las centurias, al referirnos a ellas, y no se nos ocurre hablar de alma. La armadura de Bomarzo tiene alma. Y nos reconocimos en el museo papal.

Mi padre no reaccionó en seguida frente a la repulsión que le había causado el disfraz mujeril de su vástago contrahecho. Pero lo tomó muy en serio, como si yo no fuera un niño y, sobre todo, como si no fuera una víctima. Sin duda anduvo de conciliábulos con Girolamo, quien le presentó la versión que más le convenía del asunto y a quien escuchaba atentamente. Esa semana encontré cuatro y cinco veces al condottiero y siempre rehuí su mirada, pero la sentí pesar sobre mí, sobre mi vacilante estampa, torva, acusadora, hasta que por fin reventó la cólera que fue sobando.

Era hombre de exacerbaciones tremendas. Un día acudió al castillo una delegación de magistrados de Bomarzo, aquellos que se reunían de tanto en tanto para establecer los donativos, tributos y homenajes que el feudatario exigía. Venían a postrarse ante él para implorar su clemencia, pues consideraban excesivas las tasas del vasallaje. Gian Corrado Orsini los escuchó en silencio. Vio, abatidas, las cabezas canas. Y cuando terminó la tartamudeada alocución plañidera, mandó que los encarcelaran y ordenó que se doblara el tributo. En 1503, cuando Bomarzo fue liberado por Bartolomé d'Alviano, mi padre se había batido junto a él, valerosamente, y entendía que el pueblo nunca llegaría a pagarle lo que adeudaba a su arrojo y a su tutela señorial. Aplicaba con rigor, de acuerdo con el código de Viterbo, el derecho que le correspondía sobre las jóvenes esposas y sobre todas las mujeres de condición humilde de Bomarzo, el *homagio mulierum*. Hasta el fin de su vida, y murió a los setenta y cuatro años, guerreando, no se atemperó su hambre carnal. Las criadas, las damas de mi abuela, las campesinas de Bomarzo y hasta las castellanas y doncellas de las propiedades de la zona, desde la fortaleza de Bracciano, construida por Napoleón Orsini, hasta Orte, Vitorchiano y Bagnaia, tenían su insaciable rijosidad. Después supe que muchas lo amaron, pues era capaz de reiteradas proezas sensuales. Al crepúsculo partía a caballo, hundida la barba blanca en el rebozo, sin miedo de los salteadores y sin más defensa que su espada y su puñal, rechazando la escolta de sus pajes y escuderos, y regresaba con el sol alto, muy pálido, muy marcado por las ojeras, gritando que le dieran de comer. Cuando Girolamo cumplió catorce años, lo llevó con él, orgulloso de la elegancia de su cuerpo. Lo inició simultáneamente en las estrategias de la guerra y de la voluptuosidad. Quería que fuera un perfecto Orsini. Muchas veces los espíe, envidiándolos, al tiempo en que las herraduras sacaban chispas de las piedras, en el patio, y los palafreneros se apresuraban a tomar las riendas del anciano duque que descabalgaba de un salto, con la misma agilidad donairosa que su hijo mayor. Se comprenderá, entonces, que mi padre me

execrara, porque yo representaba exactamente lo contrario de su gallardía varonil y principesca y de su ufana actitud frente a la vida sonora de armas, llameante de vivaques y de asedios, jubilosa en el escándalo de las orgías y de las violaciones.

Su calma amenazadora no podía durar. Al quinto día, cuando yo respiraba ya, con la esperanza de que hubiera olvidado el episodio, me hizo llamar con un paje. Una de las peculiaridades de su carácter consistía (como lo que luego sucedió corrobora) en su inclinación al humor negro, a la diversión macabra. Era, en el fondo, un sadista, como Girolamo, su preferido. Por eso se entendían tan bien.

Entré, más muerto que vivo, en la habitación donde solía recibir a sus vasallos y repasar con agrio gesto las cuentas de sus fincas y tributos. Estaba de pésimo talante. En Roma habían elegido papa a Adrián VI, esfumando las perspectivas de su suegro Franciotto, en las cuales cifraba suntuosas ilusiones, y eso había contribuido a exasperarlo sin duda. Era aquél un año nefasto para nosotros. Los suizos impagos se habían amotinado contra su ilustre amigo Lautrec y habían sufrido una derrota, a sus órdenes, en La Bicoque. El mundo se confabulaba frente al señor de Bomarzo. Como no tenía a nadie más indicado que yo a mano, para canalizar su rabia, se acordó de mí. E inventó mi castigo con la refinada imaginación y la atrocidad de un hombre del Renacimiento.

Ya que menciono nuevamente a Odet de Foix, vizconde de Lautrec, señalaré un hecho, a mi juicio, interesante. Sin duda Lautrec y mi padre, que eran íntimos, habrán discutido mi caso alguna vez. El vizconde me había visto en nuestro palacio, en Roma, por casualidad, sin que Gian Corrado Orsini acertara ocultarme. Mi padre se habrá lamentado, con aspereza confidencial, de la fatalidad aciaga que le había impuesto un hijo como yo. Solía hacerlo. Y el bravo, audaz y vanidoso Lautrec, cuyas condiciones de guerrero destaca Brantôme, contraponiéndolas a sus incapacidades de gobernante, lo habrá consolado a su manera, empleando una franca rudeza militar. Ambos se consideraban, en su máscula potencia, como dos semidioses, como dos vivientes estatuas heroicas, paradigmas de sus respectivas estirpes. Y lo irónico de la cuestión es que el nombre glorioso del vizconde de Lautrec, gobernador del Milanesado y de Guyena, teniente general de Francisco I en Italia y hermano de Mme. de Chateaubriand, una de las bellas favoritas del rey, fue eclipsado, en el correr de los siglos, por el nombre de su descendiente Henri-Marie-Raymond de Toulouse-Lautrec-Monfa, un enano pintor que frecuentaba malos ambientes y que fue mucho más deforme que yo. Nadie, fuera de los estudiosos de históricos pormenores, se acuerda del que pensaba ser el Lautrec culminante, el colosal Lautrec de bronce que extendía su bastón de mando sobre Italia; en tanto que nadie más o menos culto desconoce la obra y los detalles de la vida de su monstruoso y genial heredero, un gnomo absurdo, pintor de afiches de cabarets y de prostitutas descoyuntadas, que al valiente capitán Lautrec, de haber podido preverlo, lo hubiera asqueado como una sabandija humana y como un insano mezclador de colores insufribles. Lo mismo pienso yo que mi nombre, si estas memorias se publican algún día,

tendrá que sobrepujar ineludiblemente no sólo al de mi padre, sino a los de los personajes más preclaros del linaje, incluyendo a los santos, a los papas, a Mateo Rosso, el senador del siglo XIII, que originó las tres grandes ramas de la familia; a Napoleón, el del baño de rosas en Santa María in Aracoeli; a Romano, amigo de Santo Tomás; a Nicolás, amigo de Santa Brígida y de Boccaccio; a Raimondello, el que fue a la conquista del Santo Sepulcro y cuya viuda casó con el rey de Nápoles; a Gian Paolo, comandante de las tropas florentinas en la batalla de Anghiari, que inspiró a Leonardo da Vinci; a Gentil Virginio, dueño de tal jerarquía que en una cabalgata precedió a los hijos de Alejandro Borgia, y en el séquito de la coronación de Alfonso II, a los príncipes de la casa de Aragón; a Gian Giordano, figura central de la Pax Romana; al conde de Pitigliano, el homérico; a mi abuelo Franciotto; a los que se batieron en Lepanto; a Virginio, llamado “el señor más grande de Italia”; a Paolo Giordano, duque de Bracciano, hombre de letras, embajador ante Isabel de Inglaterra, a quien Shakespeare ubicó en su *Twelfth Night*, con lo que los Orsini —como se subrayó—, que habían sido cantados por Dante, fueron cantados también por el mayor poeta inglés; y así hasta la célebre Princesse des Ursins, multiplicando las bifurcaciones de nuestro frondoso árbol genealógico, en el que las tiaras, las coronas, las espadas y las mitras asoman doquier, como frutos de oro que chisporrotean en la complicación del follaje. Ninguno de esos nombres insignes erguidos como banderas sobre el cortejo de los osos atávicos, ninguno brillará como el mío, Pier Francesco Orsini. Porque yo soy único en mi dilatada prosapia, soy el único que puede ahora escribir su vida de hace cuatro siglos. Y de esa suerte se da la paradoja cáustica de que un enano y un jorobado excedan en méritos sobradísimamente a los dos guerreros triunfales de los cuales proceden, el vizconde de Lautrec y el duque de Bomarzo, que, por descontado, juzgaban a su gloria de emplumados combatientes como una cumbre suprema, y que, de imaginar lo que luego aconteció, hubieran declarado con amargo desprecio que el mundo, entregado a las aberraciones abominables, se había vuelto loco. Supongo que eso, tan perturbador, tan alterador de moldes preestablecidos, es lo que los británicos llaman “justicia poética”. Una forma póstuma y extravagante del desquite nos hermana, en el tiempo, a Toulouse-Lautrec y a mí.

Claro está que la mañana en que mi padre resolvió, para dar rienda suelta a su mal talante, encararse conmigo y castigarme por algo de lo cual yo no tenía la culpa, no disponía yo de los elementos que aseguran hoy mi superioridad sobre él y, al contrario, era un mísero desvalido, atolondrado en presencia de la majestad de un juez omnipotente, resuelto a condenarme sin oírme.

Por lo pronto, escupiendo de tanto en tanto en la apagada chimenea, me endilgó un exordio sarcástico. Su educación florentina le había enseñado esas retóricas atrabiliarias y mordaces. Florencia era un nido de gente intrigante, dada a las habladorías, implacablemente burlona, y allí había ejercitado su estilo. Se refirió sin disimularlo al oprobio que representaba para la familia — ¡y yo no contaba más que once años!—; ¡me comparó con Girolamo y Maerbale, disminuyéndome; se rió de la armadura que mi abuela me había regalado, la única digna de mí, según él, por inservible; ridiculizó el disfraz de

mujer con el cual me había visto. A medida que peroraba, su indignación crecía. Había comenzado en un tono zumbón y despectivo, pero, como ese tono era ficticio y aprendido en la corte de los Médicis y no correspondía a la realidad biliosa e impaciente de su ánimo, cuya brusca acritud pugnaba por manifestarse, agresiva, sorda a cualquier razón, cambió de modo rápidamente, recurriendo a las palabras soeces y a las inflexiones enérgicas, brutales, que intimidaban a sus soldados. En medio de su vociferación recordó el horóscopo de Sandro Benedetto, que yo no había oído mentar hasta entonces, y se mofó groseramente de los poderes ocultos y la vida sin límites que me prometía. Y mientras él seguía despotricando por mi joroba y diciéndome bufón y farsante, sus insultos sólo me rozaban en la superficie, porque la fantástica revelación de mi destino que, sin proponerse —y probablemente se arrepintió de ello en seguida—, me había comunicado, me distrajo con su asombrosa novedad que no comprendí cabalmente y que parecía forjada a medida para impresionar a mi espíritu poético, por lo que implicaba de quimérico, de mágico y de diferente a la cotidiana materialidad. Pero pronto debí abandonar esos pensamientos, postergándolos para ocasión más propicia, porque mi padre tornaba a aludir concretamente al vestido de mujer que me había puesto Girolamo, gritándome “hijo de Sodoma”, apelativo que entonces no entendí, pero que siguió cantando en mi memoria e interpreté años más tarde, aunque deduje, en aquel momento, por el fuego que arrojaban sus ojos al culminar el alboroto, que su intención debía de ser enrostrarme algo especialmente malo. Se puso de pie, volcando la silla desde la cual me hablaba y me zamarreó.

—Ahora habrá que encerrarte —dijo—. Pero no te preocupes, tendrás compañía.

Tocó un resorte que no advertí, y en el muro se deslizó un panel de madera. En Bomarzo había varios corredores y cuartujos secretos, cuya existencia ignoraban hasta sus propietarios, porque el castillo era antiquísimo y en los siglos XII y XIII, por ejemplo, había tenido más de cien dueños, descendientes de los nobles francos y longobardos que antes lo habitaron, y porque esos herederos minúsculos, cuya posesión, en ciertos casos, sólo se extendía a la cincuentésima parte del señorío, y que vivían allí apeñuscados, en guerrera promiscuidad, destrozándose por bagatelas, bajo el gobierno de un vizconde, de un *vice comes Castri Polimartii*, habían reproducido los escondrijos, agujereando doquier las murallas, para guardarse los unos de los otros (y sus respectivos tesoros mediocres) en oscuras madrigueras. Yo mismo, más tarde, cuando todo Bomarzo fue mío, descubrí un pasadizo subterráneo, que comunicaba el castillo con el Sacro Bosque, en el valle. Lo utilicé mucho.

En la oquedad abierta por la hoja historiada al correrse, no distinguí más que una densa negrura. Mi padre tomó un candelabro, encendió sus tres velas, y me empujó al interior. Puso las luces en el suelo, y a su resplandor verifiqué que me hallaba en una habitación baja y vacía, sin ventanas, oliente a moho. Me volví, para implorar misericordia, y entonces, un segundo, la mirada de mi padre y la mía se cruzaron. Me pareció que vacilaba. Quién sabe... tal vez en ese instante, fugaz, percibió eso, que seguramente emanaba de mí y que me envolvía como un velado anuncio, pero en seguida se recobró y la puerta se ajustó en el vano. Quedé solo.

La habitación estaba totalmente vacía, fuera de un bulto que se alargaba en la extremidad opuesta. Me aproximé, medroso, y lancé un grito. Como en el desván de los arcones, mi voz rebotó, estridente, en las paredes, mezclada con las risas que oí en el aposento donde mi padre había permanecido y que no eran suyas únicamente, pues sin duda ya estaba allí Girolamo, gozando con él de lo que ambos consideraban una burla estupenda.

Aquella estirada forma era un esqueleto, o, mejor dicho, una momia, un personaje que había sido embalsamado por alguien inhábil, quizás un siglo atrás, en tiempos del primer Vicino Orsini, y que ostentaba un ropaje gris, sórdido, de agujereada estameña, con cintajos desvaídos que lo escarnecían y lo transformaban en una obscena parodia. Había sido colocado contra el muro, en posición yacente, afirmando la mandíbula en una mano, el codo en el suelo, y la cabeza, cuya frente se ceñía con una corona de rosas mustias de trapo, mostraba, bajo las sucias flores, algo indefinido y horrible, que parecía una calavera y que también parecía un rostro humano.

Tanto me palpitaba el corazón que creí que me iba a ahogar. Mi grito había contribuido a asustarme, en la enclaustrada soledad, de modo que permanecí mudo, transpirando, sin quitar los ojos de la forma espeluznante. Su sombra se movía en la pared, proyectada por el candelabro, y pensé que el cuerpo se movía también, en la oscilación de las llamas, mostrando las encías y los dientes. Nunca en mi vida he visto nada tan aterrador como mi compañero y su mueca inmóvil, fuera, posiblemente, de cuando creí ver al Demonio en un espejo de ese mismo castillo. Y cuando vi al Demonio yo era ya un hombre hecho y derecho, casi un anciano, y poseía una honda experiencia diabólica, mientras que en ese momento yo no era más que un chico, tierno, indefenso, abandonado frente a un ser siniestro e imposible de ubicar en este o en otro mundo, espectro y cadáver, caricatura, con sus indecentes colgajos, su sayal y su corona de rosas marchitas, de la Muerte, la Gran Muerte que nos rondaba a todos en Bomarzo, brotando de las necrópolis arcaicas y de los esteros palúdicos del vecino lago Vadimone, donde los romanos vencieron a los etruscos, la Muerte a la cual sin cesar se aludía, en los cuentos y en las conversaciones, porque la historia de mi padre, la historia de mi abuelo y la historia de mi familia no eran más que un tétrico tapiz zurcido con muertes afamadas o miserables.

Es probable que mi padre abrigase la esperanza de que la presencia del monje coronado me trastornara definitivamente, y de que mi enajenación lo ayudara a deshacerse de mí para siempre. Sí es así, lo defraudé. Ignoro cuánto tiempo aguanté en la improvisada cámara la tortura, no atreviéndome casi a respirar, vigilando a mi compañero de cárcel que me contemplaba a su vez con las cuencas vacías, desdeñoso, sonriendo levemente ante mi joroba y ante mi espanto. Pudieron ser unos minutos; pudo ser una hora. Chisporroteaban las velas, y la cara del muerto insepulto, ermitaño, guerrero enemigo, emparedado amante o fabricación artificial, hombre inventado, reconstruido sacrílegamente, transformado en mecanismo barroco, vaya uno a saber... se recostaba en el apoyo de la mano seca, brillante, violácea, considerándome desde la distancia de su implacable hastío destructor. Acaso fuera mi cobardía, mi pánico, acaso la media luz, acaso la excesiva penetración dolorosa con que yo observaba al

callado huésped acechante sobre el cual las sombras iban y venían, animándolo, pero a cierta altura advertí que, lentamente, se acentuaba el rictus de su boca y que empezaba a incorporarse. Entonces mi resistencia cedió y perdí el sentido, como si una cuerda demasiado tirante se hubiera roto.

Abrí los desmayados ojos en mi lecho, con mi abuela a un lado y al otro la armadura etrusca. Jamás comentamos, Diana Orsini y yo, la escena cuyos peores detalles ella tal vez no conocía. Mi abuela captó cuánto me angustiaba su recuerdo y, al tanto de la perversidad de su hijo, intuyó de lo que era capaz. Desde ese día noté que su cariño por mí se volvía más intenso.

Lo singular es que aquella noche, por uno de esos misterios caritativos y compensatorios de la naturaleza, en vez de debatirme martirizado por una pesadilla, no sé qué soñé, barajando mis experiencias últimas; un sueño en el que intervenían esqueletos floridos, duquesas, armaduras y gladiadores desnudos —combinación que hubiera hecho las delicias de Sigmund Freud—; un sueño que corrigió y completó mis acumuladas sensaciones malsanas y del cual desperté de golpe, bañado en sudor, entre ansioso y maravillado, habiendo descubierto que hasta un cuerpo tan ruin como el mío es una fuente insólita de extrañas fruiciones. ¡Ay de mí, nací para la sensualidad solitaria a los once años, y por ella he sufrido tanto como los gibosos de Mantua, mis hermanos tristes, como el milagroso Toulouse, otro *ténébreux*, otro *veuf inconsolé*, otro *prince d'Aquitaine à la tour abolie*, galeotes como yo de la desesperada pasión!

Cuando me referí por primera vez a las anormalidades de mi físico —lo que, después de todo, hice con bastante sencillez, y desde ese momento, como si su exposición representara para mí un alivio básico, no ceso de puntualizar, volviendo constantemente sobre el espinoso tema, con la obstinación maniática de un psicoanalizado que describe e ilustra su complejo— contrapuse en la balanza, buscando un nivel, los méritos de mi apariencia, la agudizada intensidad armoniosa de mi rostro, el delicado diseño de mis manos, el *chic* de mi aire patricio y el inquietante misterio que fluía de mí, como un presagio fascinador. Toulouse-Lautrec fue grotescamente ridículo porque el desequilibrio que resultaba de su torso de hombre y de sus miembros infantiles creaba una lastimosa incongruencia. Yo no. Yo tuve una estatura algo inferior a la normal pero no era desproporcionado, y si cuando caminaba cojeaba ligeramente como Byron, y balanceaba mi torso montuoso, sentado o ubicado en favorables penumbras daba la sensación de un individuo corriente, dotado de innata distinción y de rasgos modelados por múltiples generaciones de aristocrático perfeccionamiento. Lo mismo que contrasté esas dos realidades, quiero, ahora que he evocado el recuerdo más acerbo y cruel que me dejó mi padre, enfrentarlo con la memoria más hermosa que le debo. Naturalmente, si se los coteja, se reparará en que las negras tintas ofensivas son, sin comparación, mucho más penetrantes que esta orla estética, pero de cualquier manera narraré el episodio por la influencia que ejerció —al actuar inconscientemente, con su paradoja, en el campo propicio de mi ánimo, agregándole otros elementos significativos— sobre la futura creación del Sacro

Bosque de los Monstruos. Se trata de una impresión poética que, como se verá, conmovió mis zonas más profundas.

Aconteció un tiempo después del suceso del esqueleto enloquecedor que acabo de contar. Mi padre y Girolamo habían estado ausentes durante unos meses. Regresaron a Bomarzo, bien dispuestos. Supongo que la guerra había sido provechosa. Tengo para mí que entonces trajeron al castillo, como parte de su heterogéneo botín, el cuadro de Tiziano inspirado por un paisaje de Catulo que, según aseveraba Girolamo con desplantes de experto, había sido pintado más con los dedos que con los pinceles, pues Tiziano había modelado las figuras mitológicas a semejanza de Dios que formó el cuerpo humano estrujando con las divinas manos el limo. Esa pintura, como otras que había en Bomarzo, no existe ya. Ignoro cuál ha sido su suerte. Las guerras, los incendios, las ventas, los robos... A veces pienso, al visitar los museos y las colecciones, que la mitad del Renacimiento se ha esfumado sin noticias. Y me falta.

Estábamos una noche —era invierno— alrededor de la chimenea, en la sala principal. Mi abuela ya se había retirado. Mi padre, Girolamo y Maerbale se calentaban delante de los leños. Yo, alejado, confundido con las sombras en la parte más oscura del aposento, aguardaba la oportunidad de evadirme sin que se percataran. Me había escurrido sigilosamente hacia una puerta y, cuando me aprestaba a salir y a escapar hacia las habitaciones de mi abuela, mi padre alzó el tono y comenzó a contar algo que tenía que ver con Miguel Ángel. Me detuve y agucé el oído. Era el relato del traslado de la estatua de David a través de las calles de Florencia.

Gian Corrado Orsini había asistido, años antes de mi nacimiento, siendo gonfaloniero Piero Soderini, a esa complicada operación. Durante cuatro días, el gigante de mármol recorrió el camino que separaba el taller del maestro de la Plaza de la Señoría. Cuarenta hombres tiraban de él, por las callejas, y la escena se vincula, plásticamente, con otras, muy antiguas, como la del corcel troyano. Hacían rodar la erguida escultura sobre vigas engrasadas y empleando un sistema de poleas y contrapesos que suspendía al coloso, como una admirable máquina bélica, de una armazón de maderos, y la protegía de los choques. Avanzaba despacio, gravemente, entre la multitud florentina que postergaba su cotidiano ajeteo para discutir la calidad del recién llegado. Todos opinaban, porque en Florencia el arte era un tema de debate popular, como los precios del mercado y la política de la comuna. Avanzaba David y su frente aventajaba a menudo el nivel de los techos. De noche encendían fogatas a sus pies y los adversarios del artista, envidiosos, emboscados, le arrojaban piedras. (La envidia y la imbecilidad de cierto tipo de hombres es eterna y se reproduce a lo largo de los siglos con virulencia intacta: en 1504 apedrearon al David de Miguel Ángel, en 1910, la municipalidad de Florencia juzgó apropiado vestirlo con una hoja de viña, lo que armó un gran revuelo. Los esfuerzos de los Braghettoni desafían a los siglos.) Y a la madrugada, la estatua tornaba a avanzar solemnemente. David no era un pequeño pastor; era un gigante. Al vencer a Goliat, había crecido y se había transformado en él, ante el estupor de los filisteos. En eso consistía el premio de su audacia. Un rey es un gigante. Y mientras los cuarenta hombres voceaban a compás, tirando

de las cuerdas, como si izaran un inmenso velamen, y las vigas giraban con pesaroso crujido, y, entre pausas de encantado silencio, golpeaban las armas de los alabarderos, ladraban los canes, pregonaban los vendedores, retrocedían locas las cabalgaduras, desgañitábanse las comadres, sonaba aquí y allá un laúd, una lira, un clavecímalo, una viola da gamba, una aguda, hiriente trompeta, a la que hacía coro el estridor de los gallos, y el pueblo se arremolinaba, como en una feria, alrededor del andante David, y los jóvenes señores, hermosos, lujosos y sinuosos como leopardos, como los leopardos imperiales fúlgidos de joyas, se ponían a las ventanas, con las doradas meretrices, para acariciar al triunfador de mármol blanquísimo que pasaba, entre el rechinar de los maderos, inmutables los anchos ojos que surgían a la altura de las terrazas y de las cornisas —y el silencio volvía a renacer con majestad sinfónica—, era como si la augusta Belleza, más fuerte que las mezquindades que dividen a los hombres en exiguos bandos avarientos y ambiciosos, entrara definitivamente en la ciudad del Arno, quietas las manos y palpitantes los músculos en la caja rítmica del cuerpo, para asentar allí su permanente monarquía.

El relato había caldeado a mi padre, con el fuego que lo había encendido cuando contemplaba, entre las cortesanas y los nobles toscanos, la marcha gloriosa de David. Él no entendía —yo lo comprendí más tarde— la alegoría de ese desfile, lo que implicaba esa marmórea máquina guerrera de tan serena acción, esencialmente enemiga de la guerra, de la destrucción, de Goliat, de todo lo que el condottiero representaba a su vez, de todo lo que constituía su orgullo y su razón de ser en la vida. Pero, como hombre de su tiempo y de su casta, valoraba a la belleza creada por un artista, y se complacía, mostrando así que podía ser tan refinado como un Visconti, un Sforza, un Gonzaga, un Médicis, un Este o un Montefeltro, en la reminiscencia resplandeciente. De acuerdo con su costumbre, se había puesto a caminar, mientras hablaba, a lo largo del aposento, y yo —fue la única oportunidad— no sentí miedo de su cercanía. Probablemente mi padre percibió en la atmósfera esa efímera aproximación espiritual, porque se detuvo delante de mí y, como distraído, como si no se percatara de lo que hacía, pues entre él y yo se interponía el recuerdo del David de Miguel Ángel, me rozó la cara con un dedo. Luego tornó a sus zancadas militares. Su monólogo se extendió sobre los proyectos colosales de Buonarrotti. No sé si fue él quien entonces me los reveló —no quiero embarullar la cronología— o si me enteré después de algunas de las ideas monumentales que tanto me sedujeron, pero la verdad es que para mí son inseparables de aquella noche, en Bomarzo, y de la forma invicta de David recorriendo con su cortejo de triunfo las calles florentinas. Los planes fabulosos de Miguel Ángel —por ejemplo, el que lo inquietó cuando trabajaba para seleccionar los bloques de piedra destinados a la magnificencia fúnebre de Julio II, y que consistía en convertir la montaña entera de Carrara en una estatua ciclópea; o el de alzar, junto a la iglesia de San Lorenzo, en Florencia, un campanario que sería también una escultura imponente, con las campanas suspendidas en el interior de la cabeza y un palomar en el hueco del tronco, de modo que cuando se echaran a vuelo los bronce, por la abierta boca de la figura se escaparían sus sonidos metálicos y el aleteo palpitante de las

palomas; sueños, delirios, que hacen pensar en el macedonio Dinócrates que, para halagar a Alejandro hubiera querido transformar el Monte Athos en una estatua descomunal, que sostendría holgadamente una ciudad sobre la palma izquierda y tendría en la derecha una copa exorbitante desde la cual se volcarían las aguas de los ríos que fluyen en esa montaña; y también hacen pensar en el *Apenino* de Juan Bologna, el coloso de Pratolino; y también... también en mi Bosque de los Monstruos, en Bomarzo, el Sacro Bosque que yo inventé—, aquellas utopías me hechizaron entonces y después, pero su deslumbramiento alucinante no obró en seguida, y, la noche en que hablaba mi padre, iluminado por las llamas de la chimenea, esa inspirada maravilla quedó relegada a segundo plano, como un fondo de titánicas construcciones que esclavizaban y transfiguraban a la naturaleza, un fondo en cuya confusión se destacaba el perfil de mi padre, quien se detenía, me rozaba la mejilla con un dedo y se apartaba como un San Jorge alanceador de endriagos hacia la región donde se empinaban las criaturas infinitas, atlantes que hundían los rostros de piedra en las nubes, dejándome, más importante que esos desvaríos, frenesí de los genios, la sensación fugaz del índice que, un segundo, al descuido, con una fácil espontaneidad afectuosa, se había posado sobre la cara del hijo jorobado del duque.

Ése fue el único momento auténticamente venturoso que le debí a mi padre; el único en el curso del cual vibramos al unísono. David nos convocó un instante bajo su sombra. Lo demás ha sido llanto escondido, bochorno, agravio, desdén y odio; un alternativo tratarme como si yo no existiera, ignorándome, y como si fuera un irracional que lo impacientaba, castigándome; y, sobre todo, un sordo, reiterado, inexorable hacerme sentir que estaba de más, que no pertenecía ni jamás podría pertenecer al grupo armonioso que formaban él y sus otros dos hijos. Su actitud contribuyó seguramente casi tanto como mi deformidad a forjar mi desdicha. De no haber sido tal la postura de mi padre y de haber contado yo con su alianza y comprensión, como conté con las de mi abuela, creo que el panorama entero de mi vida hubiera presentado facetas muy distintas. Yo no hubiera sido nunca efectivamente feliz, porque la felicidad es algo que me había sido negado desde la cuna, pero hubiera gozado de cierto sosiego parecido a la felicidad. ¡Y cuánto, cuánto necesitaba ese bienestar, ese modo de higiene que la felicidad comporta! Cada vez que surgió en mi camino algo, aunque engañoso, semejante a la felicidad, quise apresarlos desesperadamente porque sabía que no era duradero. Y lo que en mi infancia constituyó mi sola felicidad, el pequeño tesoro acumulado a pesar de las dificultades que se oponían a mi anhelo —aparte de la providencial ternura de mi abuela y del episodio raro que he descripto y que relampaguea en aquellas lobregueces como la gema excepcional de un pobre aderezo arduamente reunido—, fue el recuerdo de mis paseos por la vieja Roma y de mis idas a Bomarzo, pues unos y otras me ayudaron a explorar y descubrir lo mejor de mí mismo: la capacidad de disfrutar de la hermosura y de hallarla donde para los demás se encubría, como ausente, en una columna, en un arco, en la curva de un río, en una nube, en el lánguido vaivén de una rama verde y gris que dibujaba con sus pinceles de sombra caligrafías orientales.

A Messer Pandolfo, a cuyas clases mis hermanos otorgaban escasa atención y cuya palmeta fue rota por Girolamo, se le ocurrió que quizás podría ganar nuestro interés si nos daba sus lecciones andando. Era un curioso peripatético ecuestre. Con él partíamos a caballo, de mañana, a recorrer la ciudad de Roma, y en sus lugares ilustres, haciéndonos sentar al amparo de alguna ruina, discursaba sobre las glorias del Imperio y de la República que se habían desarrollado en esos mismos decadentes proskenios. Girolamo y Maerbale casi no lo escuchaban. Al futuro duque sólo lo atraía lo que se vinculaba con nuestra familia porque intuía, como Maerbale, la relación de esos testimonios con las contingencias de su porvenir espléndido, pero cualquier incidente, unas vecinas que lavaban en el Tíber, una riña junto al arco de Jano, un temblor de mariposas en las termas de Caracalla, los alejaba y distraía. Girolamo se empujaba en el corcel, con actitudes dignas de Verrocchio y de Donatello, cuando nuestra singular cabalgata —integrada por un anciano gárrulo, cultivador de orzuelos, de nariz perpetuamente violeta, matizada por vinos lejanos y recientes, que se protegía con el absurdo quitasol o se arrebujaba con la capa como si llevara una toga; un muchacho cuya gracia y cuyo porte hacían sonreír a las mujeres y descubrirse a los villanos; un niño que soltaba sus carcajadas sin ton ni son; y un jorobado de rostro fino que se enderezaba cuanto podía en la montura— desfilaba por los sitios donde los Orsini habían dejado la honda huella de su importancia.

En los barrios de la Arenula, de Parione, de Ponte, en la zona de los Calderari y de los Catenari, Campo di Fiori y San Lorenzo in Damaso hasta el Cinco Agonale, especialmente en el Campo di Fiori, que fue nuestra plaza de armas, cuando lo rodeaban, como bastiones, las casas de los Capizuchi, Delfini, Branca, Della Valle, Capodiferro, Mellini y Alberteschi; y en el teatro de Marcello, fundido con el Palacio Orsini, que fue nuestro como los antiguos teatros de Balbo y de Pompeyo, y frente a Sant'Angelo, donde fortificamos el Monte Giordano y así, en los apostaderos en los cuales nuestras mesnadas vigilaban al Tíber y a Porta Portese y en toda la parte que se extiende desde el mausoleo de Adriano hasta la Puerta de San Sebastián, Girolamo hacía caracolear su caballo, porque sentía, en la antigua sangre, el brusco latigazo del orgullo. Y yo también, ¡ay de mí!, yo también mientras Messer Pandolfo nos refería que Brancaleone degli Andalò, un podestà de carrera a quien los romanos habían hecho venir de Bolonia, mandó abatir las torres de los barones, las de los Orsini, los Colonna, los Annibaldi, los Crescenzi, los Anguillara, los Savelli, los Conti, gente que puebla el árbol de mi estirpe, hubiera querido matar con mis admirables manos al podestà extranjero del siglo XIII. Alguna vez, en el Coliseo, entrecerrando los párpados, soñé con esas torres perdidas, las que hubo en el propio circo, al pie del Capitolio y siguiendo el río, al pie del Quirinal, y soñé que toda Roma era nuestra, y que los castillos con los cuales se sustituyeron las destruidas atalayas cuando los príncipes amurallamos las colinas como predios propios —nosotros en Monte Giordano; los Colonna, en Monte Citorio y en el mausoleo de Augusto; los Crescenzi, en Monte Cenci; los Savelli, después de los Pierleoni, en Monte Savello, de donde los arrojamos— eran nuestros, sólo nuestros, y que nos pertenecían esas pequeñas,

custodiadas urbes dinásticas cuyos corazones, en el secreto de los baluartes, encerraban luminosos jardines.

Pero, a diferencia de Girolamo, en cuyo ánimo repercutía únicamente lo que se relacionaba con los Orsini y con su poderío, yo me afanaba, en esos largos paseos didácticos que mi hermano mayor abandonó pronto, pues lo requería su nueva vida, junto a mi padre, por irme apoderando de Roma, de la esencia de Roma, que flotaba alrededor de los monumentos y de los palacios, en el calor y en la ventolera, y que me enardecía y levantaba como a un remoto conquistador, acaso como al general Caio Flavio Orso, a quien adeudamos nuestro nombre, o como a Pablo Orsini, el que recuperó Roma para el papa Alejandro V, y el influjo excitante que tantas presencias gloriosas ejercían sobre mí obraba de tal suerte que me olvidaba de mi triste condición, de mi taciturna palidez, de mi corcova, y me enderezaba en la silla o me incorporaba en una roca, entre tumbados capiteles, con la soberbia de un jefe militar que otea su campo memorable.

Erraba, en primavera, en medio de los solemnes despojos. Los pájaros piaban y había, en la hierba, estremecimientos de lagartijas. Bastábame desplazar el follaje para desnudar de sus jirones de hiedra mutiladas esculturas o esas incrustaciones de mármol que ahora están en los museos. Encontré una cabeza de diosa, la llevé conmigo al palacio y, en mi habitación, me puse a limpiarla delicadamente, como dicen que hacía el gran duque Cosme de Médicis con cinceles y martillos diminutos. Los campesinos lombardos que acudían a trabajar en las viñas y a roturar la tierra y que exhumaban, al golpe de la azada, entre las flores silvestres, bustos, medallas, camafeos y hasta esmeraldas y rubíes, que los anticuarios astutos les compraban por un puñado de monedas, se me acercaban, enterados de la afición del niño jorobado, para ofrecerme sus hallazgos barrocos. Así, gracias al dinero que me daba mi abuela nació, entre las burlas irritadas y los celos de mis hermanos, la colección que luego, cuando pude consagrarme a ella, fue una de las pasiones de mi vida, alivio de mi soledad. Así nació también cierta frágil seguridad estimulante, porque los campesinos se dirigían a mí y no a Messer Pandolfo, ni a Girolamo, ni a Maerbale, y me hablaban reverentemente, como se habla a un príncipe y como si mi joroba no existiera.

No todo lo que adquirí a la sazón era bueno. En más de una oportunidad me metieron gato por liebre, pues ya entonces abundaban los falsarios, quienes me vendían a través de esos mismos aldeanos genuinos, fragmentos de piedra con inscripciones frescamente labradas y que ostentaban, bajo el disfraz de las pátinas hábiles, pulcros (demasiado pulcros) latines, que hacían pensar que procedían de los epitafios de Lucrecia y de César y de la tumba de Nerón. Sólo años más tarde me enteré del engaño, cuando se me aguzaron los ojos: sí, en mis colecciones del siglo XVI como en cualquier gran colección actual que se respeta, hubo varias piezas postizas. Eran las que Messer Pandolfo elogiaba más, por la elegancia de los textos. Pero había también, en el conjunto reunido por mí, mucha cosa de calidad. La Roma clásica, que sufrió tanto durante la Edad Media y durante el Renacimiento, por las constantes depredaciones; que perdió, bajo Pablo II, el muro de piedra del Coliseo, empleado en el palacio de

San Marcos, y, bajo Sixto IV, el templo de Hércules y un puente del Tíber, transformado en balas de cañón; la Roma cuyo templo del Sol suministró materiales para Santa María Maggiore y el palacio pontificio del Quirinal; la Roma a la cual Miguel Ángel no vaciló en despojar de una de las columnas del templo de Cástor y Pólux, para que sirviera de pedestal a la estatua de Marco Aurelio, y que Rafael Sanzio privó de otra columna, para modelar una imagen de Jonás; la Roma cuyo mausoleo de Adriano proveyó las piedras de la Capilla Sixtina y que, cuando se edificó San Pedro quedóse sin los arcos triunfales de Fabio Máximo y de Augusto y sin el frontón del templo de Antonino y Faustina; la Roma donde, en tiempos de Clemente VII, mi querido Lorenzino de Médicis —el *Lorenzaccio* de Alfredo de Musset— descabezó varias efigies del emperador Adriano; y que fue robada de tan infinitos mármoles, bajos relieves, sarcófagos o cornisas, cuando los señores y los cardenales erigieron las moradas que hoy la enorgullecen; conservaba tesoros incomparables en los foros abandonados, despoblados. Campo Vacchino, áspera campiña cuyos hierbajos pastaban las bestias al son de las flautas de los zagales que saltaban sobre los podios y los arquitrabes caídos, como si anduvieran sobre riscos abruptos y no sobre labradas maravillas. Frente a esa Roma experimenté, a medida que captaba su esplendor, algo semejante al deslumbramiento que cegó a Buonarrotti cuando, adolescente, entró por primera vez en el jardín del claustro florentino de San Marcos y vio allí, de pie o volteadas, intactas o en fragmentos, las esculturas paganas que coleccionaba el Magnífico. Y frente a ella, como una planta de esa tierra antigua, cultivada por las civilizaciones, humillada, y enaltecida por los siglos, esa tierra permanentemente removida y permanentemente generosa, que se desgarraba el pecho como el pelícano célebre, para entregar, centuria a centuria, sangrando, sus secretos sublimes, brotó mi don de poesía.

He cometido el error de no reunir mis poemas en un volumen. Ahora los he extraviado para siempre. De los que compuse para Adriana dalla Roza, cuando la conocí y muchos años después de su muerte, no permanece ni el recuerdo. Betussi, que dedicó unos versos a la memoria de esa desventurada, en los diálogos en los que razona sobre el amor, y que, para halagarme, destacó los sentimientos que me unieron a la niña que yace en Santa Maria in Traspontina, no menciona las estrofas que yo le consagré. Sobre las rimas filosóficas que mandé grabar en distintas partes del Sacro Bosque y del palacio, en Bomarzo, discuten hoy los epigrafistas, dudando si me las pueden atribuir. Yo debería escribirles y aclarar la cuestión, completando lo que falta de esas descripciones desvanecidas por el tiempo, pero las he olvidado. Además, sucedería lo mismo que con mi retrato de la Academia veneciana y con las armas etruscas. No sé cómo no publiqué yo mismo mis poemas. Francisco Sansovino apunta por ahí que ejercí las letras con una felicidad plena de fecundísimo ingenio, al expresar encantadoramente conceptos nobles y altos. Es verdad. Pero mis obras no existen. Y por culpa mía. Tal vez pensé que un gran señor como yo no debía publicar sus versos, aunque había aristócratas que daban a la estampa los frutos de su odio y de su más o menos legítima agudeza. Me habré dicho, sucumbiendo ante prejuicios tan arraigados como nuestra estirpe, que eso

estaba bien para un Médicis, pero que yo, un Orsini, casta militar y de senadores y gobernadores de la Iglesia Romana, no había venido al mundo para armar el juego perspicaz de los versos —a pesar del cardenal Latino y de su *Dies irae*, y de Antonio Orsini, el epicúreo, poeta y heraldista— sino, en todo caso, como el cardenal Giordano Orsini, para hacer difundir las obras de Plauto recién descubiertas, o, como Valerio Orsini, para proteger al Aretino, porque eso sí nos correspondía, el papel de mecenas intelectuales. Me equivoqué y me arrepiento. Usufructuaría un lugar, pequeño pero mío, en la historia de la literatura italiana, como Betussi, como Molza, como Aníbal Caro. Tenía otras cosas, graves, terribles, de que ocuparme. Mis hijos, mis nietos, pudieron encargarse de la edición. ¡Ay!, si esperamos que nuestros descendientes cumplan lo que nosotros postergamos, sólo nos aguardan —en el caso de que seamos testigos de su indiferencia— despechadas desilusiones. Mi hija Faustina, casada con Fulvio Mattei, barón de Paganica, sólo se inquietó por hacer colocar las armas de su marido en Bomarzo, donde campeaban con señera dignidad las rosas y las sierpes de los Orsini y los lises de los Farnese. Y dejó que mis manuscritos se apolillaran en los mismos arcones donde se guardaban las ropas de mi madre y de Lucrecia del Anguillara, que se emplearon para mi tortura y vergüenza, cuando Girolamo me disfrazó de mujer y me marcó el lóbulo de la oreja izquierda con una cicatriz que no se borró nunca.

Messer Pandolfo, como es natural, me incitaba a continuar por ese camino, pero pronto dejé de mostrarle mis ensayos. En realidad no le interesaban porque no estaban compuestos en latín. Entendía, como el cardenal Bembo, que en el mundo ya se había agotado toda posibilidad de invención literaria y que los escritores no podían seguir más derrotero que el del remedo petrarquista. Y prefería, por supuesto, el idioma imperial. Era uno de esos pedantes que tanto abundaban a la sazón, siervos del paganismo resucitado, de quienes Erasmo se mofa porque sólo consideraban verdaderamente latinas las palabras que Cicerón incluyó en su léxico. Se detenía a veces a departir conmigo, extremando el gangoseo, cuando vagábamos por los foros de Roma, y su deferencia tenía un tono cortesano, pues para él, en su escala de valores, después de Cicerón y quizás de Bembo, figuraban los Orsini. Y esa adulación también me complacía. Pero ni el artificio de sus retóricas lisonjas, ni el agasajo de los aldeanos que me acosaban con monedas y camafeos, ni siquiera la majestad romana que día a día me comunicaba algo de su orsiniano resplandor, conseguían que prefiriera las andanzas por la urbe eterna que nos llevaban hasta las villas de los emperadores, más allá del centro vital circunscrito por la curva grande del Tíber, con los apéndices del Trastévere y la Suburra, a mis idas a Bomarzo. Allí mi pobre placer era mucho mayor que en Roma, porque, por lo pronto, no tenía que regresar al palacio vecino de Santa Maria in Traspontina, cuya melancolía glacial pesaba sobre mis espaldas como otra enorme corcova, sofocándome, apretándome el corazón. Y allí podía salir solo, a cabalgar por los anchos dominios, sin la obligación de soportar la presencia de mis hermanos, quienes, en Roma, ofendidos y mortificados por mi traza, simulaban que yo no pertenecía a su grupo, y se alejaban de mí al galope, en cuanto hallaban un pretexto, a pesar de las protestas de Messer Pandolfo, y

si nos cruzábamos con algunos jóvenes señores que andaban de cacería con sus perros, lo primero que hacían era ridiculizarme ante sus amigos, mostrando cuánto les importunaba una compañía que conceptuaban injusta y deprimente. Fuera de eso, hay que tener en cuenta que Bomarzo y su ducado nos correspondían merced a mi abuela, hija de Orso Orsini, que fue duque de Bomarzo, nieta de Mateo y bisnieta de Pier Francesco, y así hasta Anselmo Orsini, señor de Bomarzo en 1340, y esa circunstancia le confería al lugar, para mí, una seducción incomparable, porque allá, en ese suelo, circuido por ese paisaje, yo me sentía como si estuviera en el regazo de mi abuela, y como si los demás —aun el duque y el futuro duque— fueran intrusos, tan intrusos como el barón de Paganica, mi yerno, el que osó poner junto a los nuestros su blasón.

El viaje de Roma a Bomarzo, que emprendíamos para evitar los calores y las fiebres malignas y que cesó a partir de 1528, pues entonces nos instalamos definitivamente en el castillo, era aguardado con emoción por quien estas páginas escribe. Cada etapa nos acercaba a lo más parecido a la felicidad que conocí. Formábamos una comitiva numerosa, en cuyo centro traqueteaba y sonajeaba el coche de mi abuela —Diana Orsini era dueña de uno de los escasos carruajes de Italia—, rodeado por la cabalgata de sus descendientes, el personal de su casa, que incluía capellanes, monjas y dos bufones, sus servidores y los hombres de armas destinados a fortalecer la mesnada que protegía la propiedad. Sobre mulas, transportábanse cofres y toneles, tapices y armaduras. Las damas se balanceaban en sus jacas y en sillas de manos. Los halconeros llevaban las aves encapirotadas en los puños y cuando, impacientes, aleteaban los halcones, tintineaban sus cascabeles de plata. Alrededor trotaban los mastines, la lengua afuera. Cruzábamos la Primera Porta, que los antiguos llamaban Saxa Rubra, y seguíamos por la Via Flaminia, pasando cerca del arco que Constantino alzó para recordar el sitio donde acampó antes de la batalla contra Maxencio; costeábamos la roca de César Borgia y la campiña que vigila la cumbre del monte Soratte, y llegábamos así a descansar en Civitta Castellana, donde orábamos en el Duomo fulgurante de mosaicos. Luego continuábamos hacia la izquierda hasta Orte, la medieval, y de allí, por Bassano y su iglesia románica, en las cercanías del lago Vadimone, a poco veíamos surgir, en una altura, la forma severa del castillo.

Era un viaje de cuento, fatigoso y admirable. En los sembrados, los cultivadores se incorporaban, se secaban el sudor y nos hacían torpes reverencias. A veces Maerbale y yo nos acomodábamos en el interior del coche de nuestra abuela, y ella, haciéndose aire con un rígido abanico veneciano que semejaba una pequeña banderola, superaba su cansancio y nos refería las historias de los lugares que atravesábamos, historias de batallas y de martirios. Nos asomábamos de tanto en tanto y veíamos las siluetas oscilantes de los hombres de la escolta, sus emplumados birretes, las picas enhiestas y los estoques de arzón; veíamos el grupo lujoso, palaciego, de mi padre, que conversaba con algunos camaradas, viejos guerreros como él; la grácil figura de Girolamo, que iba y venía silbando a los lebreles, harto de nuestra ceremoniosa lentitud; y, a lo lejos, veíamos, como en un sueño, fogatas, cipreses y oscuros campanarios. El campo nos recibía con sus ondulantes

mugidos, el olor fresco de la tarde y sus incontables estrellas, al avanzar el crepúsculo. A medida que nos acercábamos a Bomarzo, se acentuaba la sensación de que nos internábamos en lugares arcanos, de hermético prestigio. Me parecía que otras formas, extrañas, se mezclaban al séquito familiar, entre el crujir de los arneses, el rumor de las mujeres, que rezaban en voz alta el rosario y el graznido de las aves nocturnas. Quizás eran sátiros y ninfas, arpías o gorgonas, escapados de los vecinos arroyos y de esos sepulcros que ocultaban en los matorrales y en las peñas sus pinturas mágicas. Messer Pandolfo se ponía a la portezuela, blanca la cara de polvo, como un payaso, para repetirnos que los etruscos, según Virgilio, se establecieron en Italia hace muchísimas, muchísimas centurias, y que según Herodoto venían de Oriente. Y yo me esforzaba por distinguir en la cerrazón que apenas aclaraba la palidez de los astros, dilatando los ojos soñolientos, qué eran las sombras leves y confusas cuya ronda giraba en torno de los caballos y de los equipajes. Me parecía escuchar voces sobrehumanas, alguna risa breve, el eco de un canto gutural, rápidos chistidos, sobre el gruñir de la jauría, los relinchos y el cascabeleo de los halcones y, estremeciéndome, hacía la señal de la cruz. Pero el perfil armado de Bomarzo presto me divertía de esa ansiedad inexplicable y entonces respiraba profundamente y me quedaba dormido sobre el hombro de mi abuela.

El día siguiente y los próximos me dedicaba a reconquistar el sitio y su atmósfera, que se me habían perdido en la agonía romana. En la sequedad del verano —las lluvias caían en octubre y en noviembre— crepitaban las cigarras y los grillos. La ciudadela se elevaba sobre los techos de la población y era bastante diferente de lo que ahora ve el turista. Ni mi padre ni yo habíamos realizado aún las obras que intentaron convertir el castillo en una villa de acuerdo con el gusto de la época, ni los Lante della Rovere, que nos sucedieron en el siglo XVII, cuando mi nieto vendió la propiedad, habían levantado todavía sus macizos bastiones. A más de 250 metros sobre el nivel del mar, apretábanse las construcciones heredadas. Las estructuras verticales, amarillentas, verdosas, con el color típico de la zona de Viterbo, no se diferenciaban de la tonalidad del pueblo y de la iglesia. Bomarzo y su herrumbre parecían formar parte, como una excrecencia pétreo, del promontorio en el cual la fortaleza se engréa entre dos torrentes: de un lado, a pico, sobre el Morello, mientras que del otro la ladera descendía con rápida inclinación hacia La Concia, el arroyo que, como un foso, limitó mi Sacro Bosque. A mis pies, cuando caminaba por las terrazas, se sucedían en la extensión sinuosa los valles incultos en los que las rocas sobresalían, destrozadas y esparcidas por milenarias convulsiones como semienterradas osamentas, anteriores al Diluvio. El agua cantaba en mis oídos y, entre las peñas y los bosquecillos de olmos, de encinas y de sauces, adivinaba el fluir de los torrentes que se precipitaban, rumorosos, hacia el Tíber, al cual se presentía, cerca, defendido por el castillo de Mugnano que perteneció a los Orsini desde el siglo XIV y en cuyas intermediaciones Carlos Orsini, duque de Mugnano, combatió contra el ejército de Alejandro Borgia. Rebaños de ovejas y de cabras movíanse alrededor, y se respiraba una paz de égloga, un poco triste, con campanas, zumbas de abejas y balidos, nostálgica de lejanas pompas,

que se transmutaba en una angustia indescifrable, honda hasta las lágrimas y el escalofrío, pero alucinante también de tenebrosa hermosura, cuando la noche brotaba como un vaho de los secretos cursos de agua, en el aletear de los murciélagos, y ascendía sobre las copas de los árboles, sobre las piedras, sobre la acrópolis y sobre el humo hogareño de Bomarzo, formando, arriba, un lago renegrido, proyección de los lagos de la región, el Trasimeno, el Bolsena, el Vico y el Bracciano, y de los pantanos de Vadimone donde se extinguió la potestad de los etruscos, un lago en el que navegaba la barca de la luna, al impulso de sus callados remeros y en cuyas ondas flotaban, persiguiéndose y llamándose con ávidos gritos de pájaros, las divinidades furtivas.

Mi vida se dividía entre los baños en el Tíber y en los arroyos, a donde solía llevarme mi abuela, a escondidas de los demás, pues sabía que por nada me desnudaría ante otra persona; las excursiones a caballo, con algún paje, cuando mi padre no estaba en el castillo, ya que entonces, por miedo de encontrarlo en los caminos de vuelta de sus aventuras de amor, prefería encerrarme a leer; las lecciones de Messer Pandolfo que recibía con Maerbale, y en el curso de las cuales mi interés por la antigüedad se fue acentuando; el incipiente entusiasmo arqueológico que, acompañado por los estornudos de mi profesor, cuya nariz violácea delataba la humedad de las tumbas, me conducía a parajes que casi nadie conocía y que los aldeanos consideraban malditos, y a hallar panteones que la apatía y la naturaleza extraviaron después y que los especialistas descubrieron oficialmente mucho más tarde; el huir de mis hermanos, de mi padre y del cardenal que de tanto en tanto nos visitaba con noticias de sus ilusiones y fracasos pontificios y que, no habiendo conseguido el capelo para Maerbale bajo León X, su primo, dudaba de obtenerlo de Clemente VII, el Médicis bastardo, lo que agriaba su carácter de por sí ácido y fastidioso; y la espera, difícil de precisar, de algo, algo que debía suceder, mientras mi sensualidad se desperezaba y el mundo entero se mudaba en visiones nuevas, carnales, que dislocaban los paisajes, los seres y los objetos, acoplándolos, recreándolos, y que les otorgaban una tremenda y perturbadora realidad que yo no compartía con ninguno. Como en las pinturas de Mantegna, las nubes asumían frente a mí contornos humanos. Veía, en el cielo, muchedumbres promiscuas y, al desatarse las tormentas, oía sus apasionados choques. Veía largos cuerpos que se enlazaban. Trémulo, con la curiosidad y el terror voluptuoso con que bajaba a los sepulcros donde me aguardaban los luchadores ocres, los caballos azules, los músicos y las bailarinas, me acariciaba a mí mismo, como si yo fuera un instrumento musical insustituible de cuyo complejo registro me iba apoderando, para arrancarle sus quejas más sutiles y profundas y cuya vibración abría, frente a mi nimiedad, perspectivas de vértigo.

A estas inquietudes agregóse, desde que mi padre me la reveló involuntariamente, la preocupación derivada del horóscopo de Sandro Benedetto y de su anuncio inverosímil, que yo consideraba durante horas, puesto de codos en el alféizar de mi ventana. ¿Qué será —barruntaba— de mi vida? ¿Cuál será mi destino? ¿Viviré tanto que mi vida se internará, latente, en la neblina de los tiempos futuros, como las estrellas estudiadas por el astrólogo

de Nicolás Orsini parecían indicar, violando los plazos que la fatalidad asigna? ¿O, por el contrario, lo cual, dadas mis flaquezas, sería incomparablemente más lógico, me extinguiré cualquier día de éstos, como un cirio mustio? Y, si mi existencia no sigue ni uno ni otro de esos contradictorios caminos —ni el segundo, breve, ni el primero, sin aparente conclusión— y evoluciona dentro de los límites normales, ¿cómo transcurrirá su desarrollo? Mi padre es viejo —me decía—; mi abuela, viejísima. Quedaré entre Girolamo y Maerbale, mis enemigos. Y entonces ¿no me dejarán un rincón, una celda, en Bomarzo, para que en ella enclaustre mi deformidad como un monje, y mi actividad se reduzca a leer, a escribir versos, a frotar camafeos y monedas y a mirar los valles por la ventana? ¿O continuarán hostigándome hasta destruirme? Como yo era un niño todavía, aunque el dolor me había hecho madurar temprano, me formulaba estas preguntas confusamente, pues mi índole le daba a mi permanencia en el mundo, con simultánea intensidad, el tono de un relato fantástico, con pavorosas implicaciones únicas, y el de un vegetal despreciado y patético. Pero el planteo del astrólogo —al que mi padre había aludido una vez para escarnecerme con su locura— me socorrió, en esa época de congoja (si bien yo mismo tenía que rendirme, cuando en él meditaba, ante la evidencia de su desatino); me socorrió más aún que mi abuela, porque yo presentía, por lo avanzado de su edad, que su auxilio no duraría mucho, mientras que el anuncio de Benedetto me concedía, sobre mis hermanos, una superioridad excéntrica. Y sólo después, los años siguientes, en Florencia, lejos de mi familia, cuando la turbulenta variedad de la corte me distrajo con sus fiebres y me sentí menos abandonado y más dueño de mí mismo, relegué la memoria de ese horóscopo insensato a lo más íntimo de mi espíritu, donde, sin embargo, desdibujada, la promesa continuó latiendo, pues era algo tan sustancialmente mío que jamás me desamparó.

Girolamo invitaba a amigos y primos, compañeros de armas, a Bomarzo. Bajo la dirección de mi padre y de mi abuelo, aprendían el arte remunerador de la guerra. Yo acechaba su adiestramiento, sus evoluciones, las luchas a golpes, el entrevero de sus petos y de sus espadas. Respiraba, alivianado, cuando salían con los halconeros. Aunque Maerbale era muy pequeño, lo incorporaban a sus partidas y su risa perpetua repiqueteaba entre los cascabeles. Al regreso bebían como hombres y algunos se embriagaban. Mi padre y mi abuelo observaban sus andanzas desde las galerías y a veces compartían los improvisados festines de los que participaban varias mozas del lugar, casi siempre de buen grado, pues los miembros de la banda, que oscilaban entre los diecisiete y los diecinueve años, eran esbeltos y ágiles, repentinamente zalameros y capaces también de insólitas altanerías violentas, como gente del linaje de Orsini que se juzgaba, por su alianza con santos y reyes, un poco pariente de Dios. Luego, hartos de hostilizar a los bufones que reiteraban sus imbecilidades eternas, y aprovechando que mi abuela dormía, los muchachos salían a buscarme, porque mi facha y mi desconsuelo constituían para ellos la diversión mayor y, si yo no había tenido la precaución de refugiarme junto a la anciana señora, era inútil que pretendiera atrincherarme en mi aposento. Se comprenderá pues, que yo no me apartara de Diana Orsini, lo que agravaba la cólera y el menosprecio de mis

primos. Pero, con todo, y esto dará la medida de cuánto he querido a ese lugar y de qué extrema ha sido mi captación de su esencia y de su afinidad recóndita con mi propia esencia misteriosa, aun entonces no hubiera cambiado por nada mis idas a Bomarzo. Allí mi personalidad vejada se encumbraba en la soledad; allí comprendía que, en el fondo —y eso es lo que, turbiamente, debía desazonar por encima de lo demás a los Orsini—, yo era, de los descendientes de Vicino, gran duque de Bomarzo, el que poseía más secretas raíces hundidas en el suelo ancestral, el más unido telúricamente a ese sitio extraño, insondable, metafísico, tan nuestro, tan mío... tan mío que ahora, cuando me entero por el Almanaque de Gotha de que, desde 1836, un Borghese —el primero fue un cuñado de Paulina Bonaparte— es duque de Bomarzo por decisión papal, siento que me sofoca una furia digna de mi padre, ante providencia tan arbitraria. Después de mí no ha habido más duques que mi hijo Marzio y mis nietos Horacio y Maerbale: los duques de Bomarzo terminaron con ellos en 1640. Sin remedio.

En aquel dominio, las presencias etruscas, recogidas por generaciones, se le metían a uno en la sangre. Y las presencias romanas también. Había, en el campanario de la iglesia, un bajorrelieve que subsistía del tiempo en que el edificio había sido una fortaleza imperial. En su mármol se perfilaban tres esculpidas figuras, revestidas con togas, con los paludamentos que usaban en las campañas militares los caudillos. Messer Pandolfo me había explicado la jerarquía de ese ropaje. Y yo descendía del castillo a contemplarlo. Hubiera querido deslizar mi mano, lentamente, sobre el relieve, porque me parecía que palpitaba, como vivo. Los nombres de las familias que se establecieron en la zona, después de la derrota de los etruscos —los Rutili, los Domizi, los Vibii, los Ruffini— escritos en lápidas contemporáneas, vibraban en mi imaginación como el del general Caío Flavio Orso, y yo sentía que, a través de ellos, me vinculaba en el origen de la progenie con los héroes de Etruria y con sus dioses ambiguos. Valoraba, por supuesto, lo que Bomarzo significó desde que, a partir del siglo VIII, constituyó con Ameria, Bieda y Orte el núcleo fundador del Patrimonio de San Pedro, y valoraba lo que fueron sus apóstoles, sus mártires cristianos, San Eustizio, San Anselmo, el obispo a quien designó un milagro, cuando una voz celeste lo proclamó ante los clérigos, y lo que importaron para su progreso espiritual, pero mi sensibilidad respondía mucho más ricamente al acicate de las pretéritas sugerencias que aludían al pasado inicial, viejo como la tierra madre en la cual estaba sepulto y de la cual emergía, victorioso, alarmante, ofuscante, con el metal de los trípodes, las páteras, los espejos, los candelabros, los ídolos, los arneses; con las piedras de los anillos; con el barro de la alfarería barnizada, negra, amarilla y roja.

Ese ritmo de vida, establecido desde que yo podía recordar, se quebró cuando frisaba los doce años. En esa época, Girolamo, Maerbale, Messer Pandolfo y yo acompañamos a nuestra abuela durante una visita a parientes. Diana Orsini, octogenaria, no temía al ajetreo de los duros caminos del Lacio. Era fiel a la tradición de cortesía familiar que le habían transmitido en su infancia, y no vacilaba en recorrer leguas azarosas, en su coche tirado por

cuatro caballos, rígida, impecable, intangible, el rostro cubierto por un velo transparente, para llegar a palacios distantes, donde su presencia era acogida con ceremonioso respeto, como si recelara algo de litúrgico, de sacerdotal, concerniente a los ritos seculares de la estirpe, que sólo los Orsini podíamos practicar y entender, pues ella simbolizaba, con su equilibrada nobleza, en medio de tantas violencias pendencieras que se resolvían continuamente en disputas, voces broncas y centellear de armas, la dignidad soberana de nuestras ínclitas mujeres, tan preponderantes que cuando, por ejemplo, una de ellas, Clarice, de la rama de Monterotondo, tía de mi abuelo el cardenal, casó con Lorenzo el Magnífico, a nadie se le ocurrió que debía llevar a Florencia dote alguna, ya que bastaba con el brillo de su nombre para exaltar a los mercaderes artistas con quienes consentíamos en aliarnos.

Fuimos aquella vez a Bracciano, uno de los castillos más grandes de Europa, con seis torres feudales, propiedad de los Orsini de Gentil Virginio, el opulento señor que he mencionado ya y que en un desfile pasó delante de los príncipes aragoneses, el mismo que después fue envenenado, acuñando sin querer, con su biografía de gloria y de crimen, una típica medalla del Renacimiento. Y fuimos a Anguillara, donde residía Carlos Orsini, su hijo natural, conde del Anguillara, y hermano de ese Antonio de ejemplar donosura a quien llamaban Epicuro, y que sobresalió en Nápoles por sus versos latinos e introdujo la moda barroca de las heráldicas empresas.

Una mañana, seguido por Messer Pandolfo, cabalgué de Anguillara a Cerveteri y de allí al mar cercano. Boscosas colinas rodeaban al castillo de Palo, también propiedad de los Orsini, fuerte edificio cuadrado y almenado que batían las olas, y que el papa León X había convertido en coto de caza. Yo conocía el lugar, pues había asistido en él, mezclado con los pajes, a una de las cacerías del pontífice, en cuya corte el cardenal Franciotto desempeñaba las funciones de montero mayor y tenía a su cargo todo lo que concernía a las partidas cinegéticas. En aquella oportunidad, más de trescientas personas, encabezadas por los jóvenes prelados, poetas, músicos y guardias suizos que no se separaban del papa León, habían poblado el paraje que ahora se ofrecía a mis miradas desierto y silencioso. Recordé el estruendo de las trompas y de los estampidos, que amedrentaban a las fieras y las obligaban a escapar de sus cubiles, cercados por telas y redes; y la alegre, vibrante cabalgata comandada por mi abuelo y por los cardenales Salviati, Cibo, Ridolfi, Cornaro y Hércules Rangone y por un teólogo, Egidio de Viterbo, que blandía el estoque y la rodela. Pasaron, veloces, detrás de un negro jabalí, en el relámpago de las armas diversas, las férreas mazas, las cimitarras, los dardos, las ballestas y las lanzas cortas, fulgentes al sol los breves cascos cincelados, los collares de oro y los tahalíes, sobre las ropas purpúreas. Iban alrededor los mastines, cuyos nombres extraños yo sabía, uno por uno, pues mi abuelo los adoraba: Nebrofare, Icnobate, Lacone, Argo... Y el papa, a la distancia, en una altura, entre sus tañedores de laúd, junto a Fra Mariano, el bufón, giraba con lentitud, como un buey sagrado, la taciturna cabeza bulbosa, desproporcionadamente grande, sobre el corpachón espeso que rumiaba y resollaba, y subía hasta los ojos el monóculo chisporroteante, como si estuviera consagrándolo entre el índice y el pulgar de la mano insólita, nerviosa, burilada y femenina, cuya

belleza sorprendía a los embajadores. Si algún aldeano se aproximaba, respetuoso, a besarle el pie, no podía hacerlo, por las gruesas botas y espinilleras que lo protegían. Ese día murió el halcón preferido de mi abuelo, destrozado por un águila. Era un ave única, que le habían enviado desde Creta, y el cardenal Orsini, para quien mis desgracias significaban tan poco, sollozó de dolor y de ira al verlo caer entre los árboles. La sensibilidad de mi abuelo era muy especial. Lo sepultó en una torre, y sobre la losa esculpida con los diseños de nuestro escudo, mandó poner la cadena y la caperuza del halcón y las cortadas cabezas de muchas aves cazadas en la zona. Si hubiera tenido talento, hubiera escrito la vida de ese halcón griego, como hizo el propio Luis XII de Francia para honrar la memoria de su perro Relais. Pero no lo tenía, y el homenaje del cardenal se redujo a aquella lápida de picos y de plumas sangrientas; a aquellos duros ojos que seguían mirando, redondos como los del pontífice, en el horror de las cabezas rostrales tronchadas, y que fueron para mí, durante largo tiempo, una pesadilla. Acosaron mis noches, en Bomarzo.

Volvía a verlos, mientras galopaba a la vera de Messer Pandolfo y, por un momento —si es cierto que las escenas vívidas dejan su impronta en los sitios—, la soledad del lugar se colmó de rápidas figuras que corrían, flameantes los mantos escarlatas, detrás de un jabalí invisible, mientras un halcón moribundo se balanceaba en el aire.

Pronto la paz del ámbito de apoderó de mí y mi imaginación febril se fue serenando. En la parte de la playa que se extiende en los alrededores del castillo, mi maestro, congestionado por el calor y el zarandeo, echó pie a tierra, se acomodó al amparo de una suave duna, abrió el quitasol, abrió también su Virgilio, a poco cabeceó, deslizáronsele las gafas y se tumbó a dormir con inocencia ejemplar. Yo, que había desmontado con él, subí de nuevo a caballo y, tras breve andar por la ribera, avisté un hombre y un muchacho que se ocupaban en juntar guijarros y conchillas, seleccionándolos con tal atención que excitaron mi curiosidad, porque parecía que estaba buscando perlas y piedras preciosas, en lugar de unos cantos comunes. Me mantuve alejado, aunque deseaba entablar conversación, pues a causa de mi deformidad siempre puse distancia frente a los extraños. Ellos comentaban sus hallazgos con desproporcionado regocijo, y en determinado momento ambos levantaron la cabeza y me miraron. Entonces me percaté de que el mayor, que era fuerte y membrudo y llevaba una barba corta, aparentaba algo más de veinte años, y que el otro, de extraordinaria belleza, tendría catorce. Me llamaron, agitando los brazos, y me aproximé.

—¿Por qué no bajas del caballo? —inquirió el hombre.

Yo, que temía que extremara la familiaridad y que acaso abusara de mi indefensa endebles, mofándose con su compañero de mi giba, opté por decirle quién era, esperando que mi nombre, que resonaba con eco tan señorial en toda Italia, ganaría más prestigio aún en ese sitio, que como la zona adyacente, por muchas leguas pertenecía a los Orsini, y que desecharía cualquier idea ingrata. Pero el hombre no se inmutó:

—Si tú eres Orsini —me respondió con altivez— yo soy Cellini, Benvenuto Cellini, orfebre, y con estas manos puedo fabricar en una hora tales maravillas

que, así fueras el emperador de Alemania, me tratarías con deferencia y me encargarías que te hiciera una corona, seguro de que no lucirías nada igual. Y además soy caballero y tengo en mi escudo una flor de lis sustentada por una garra de león, y desciendo de aquel Fiorinus, capitán de Julio César, oriundo del castillo de Cellino, por quien Florencia fue bautizada. Tú me dirás si los Orsini pueden jactarse de tan buena sangre.

Hablaba con un tono equívoco, de modo que era bastante difícil percibir dónde comenzaba la ironía y dónde terminaba la verdad. Si yo hubiera sido mayor y hubiera poseído más experiencia de las cosas del mundo, me hubiera percatado en seguida de que lo que lo guiaba, al expresarse así, era, al revés de lo que aparentaba, un hondo acatamiento de los valores aristocráticos, y que le encantaba, valiéndose de mi extrema juventud, tratarme de igual a igual, lo que no se hubiera atrevido a hacer delante de mi abuela o de mi padre, como no hubiera osado tampoco fanfarronear con su capitán Fiorinus. Los señores éramos nosotros, lo mandaba la disciplinada armonía, y si resultaba que un modelador de metales iba a salir refregándonos sus antepasados y comparándonos con los nuestros, *filiis Ursis* como nadie ignora, estábamos perdidos y el orden entero de la sociedad se descalabraba en el caos. Por suerte, para tranquilidad del equilibrio que regula las humanas relaciones, tales disparates no podían producirse sino en una ocasión como la que relato, sin consecuencia alguna, por anónima, y que ponía en el mismo pie, fugaz y absurdamente, a los Orsini y a los Cellini.

El muchacho se echó a reír. Para conservar mi jerarquía, pues yo mismo, a pesar de mis cortos años, comprendía lo ridículo del planteo, cambié de tema y les pregunté qué buscaban en la orilla.

—Buscamos —me respondió Benvenuto— algunos guijarros de hechuras raras, porque la Naturaleza es una artista sutil e inventa con más inspiración que nosotros y siempre nos está enseñando lecciones de color y de forma. Si bajas, podrás ayudarnos a buscarlas.

Vacilé, todavía tironeado por la incertidumbre. Quizás no hubieran reparado en mi corcova, gracias a mi posición en la montura. El muchacho dio un paso y me alargó la diestra, con una sonrisa tan clara que salté a la playa sin pensarlo más. Durante unos segundos, nos contemplamos. Ambos eran hermosos y llevaban los jubones medio abiertos, mostrando la desnudez de los torsos salpicados de arena. Ardía el sol. Golpeaba el mar con la orla de su oleaje. Yo, frente a ellos, debía parecerme a uno de esos pajarracos lastimosos que caminan con torpeza, balanceándose. La joroba me pesaba como si fuera de hierro. Me sentí miserable, horrible. Hubiera querido escabullirme y al mismo tiempo permanecer con ellos, charlando, ufano de su compañía. Cellini no se alteró, ni parpadeó siquiera, y volviéndose hacia el otro que, desconcertado, había adoptado una expresión entre sorprendida y grave, dijo:

—Éste es Paolino, mi aprendiz.

Y agregó, dirigiéndose al muchacho:

—¿No ves qué cara fina tiene el príncipe y qué grandes ojos oscuros?

Di unos pasos y, tratando vanamente de disminuir mi torsión, me puse a revolver el pedregal. La pareja me infundía una confianza que yo no había experimentado hasta entonces. Era como si, súbitamente, hubiera descubierto a

mis verdaderos hermanos. Bromeaban, removiendo los guijarros, y yo captada en su proximidad una atracción desconocida. Me fascinaba que Benvenuto fuera un orfebre, pues eso lo conectaba en el tiempo con los artífices que habían concebido las obras que yo había ido reuniendo en la campiña romana. Además, mi serenidad nacía no sólo del hecho de que las tierras que pisábamos formaran parte de la heredad de los Orsini, sino del aire que respiraba alrededor y que proyectaba, en la atmósfera salina, como un espejismo transparente, la imagen amada de Bomarzo, porque, como la de mi castillo, toda aquella zona, extendida desde el lago de Bracciano hacia el mar, había sido, bajo el poderío etrusco, un centro de singular importancia, y Cervéteri estaba construida sobre las ruinas de Caeré, capital de una de las doce lucumonias de Etruria, de suerte que yo, tan misteriosamente consustanciado por algún secreto de mi sensibilidad absorbidora de arcanos mensajes, con aquel pueblo desaparecido, cuya subterránea presencia discernía como un rdomante, había sentido, mientras atravesaba las calles modestas de Cervéteri, cómo se aguzaba la emoción que me provocaban las sacras supervivencias ocultas en la antigua Caeré, rodeada de profundos barrancos con promontorios que avanzaban hacia la planicie, donde se apretaban, invisibles, las tumbas de las fantásticas necrópolis, y eso me había comunicado una especie de peregrino vigor, que acentuaba ahora la cercanía cordial de Benvenuto y Paolino.

Cellini me tendió algo que brillaba.

—Es para ti —me dijo—. Consérvalo en memoria de este encuentro.

Era un anillo de acero puro, incrustado de oro.

—Lo hice —añadió— inspirándome en los que aparecen en las urnas llenas de cenizas y que, según cuentan, son amuletos que procuran la felicidad.

Lo deslicé en el índice izquierdo, como si hubiera recibido un regalo del papa. Desde entonces, lo usé siempre. De hombre, lo llevaba en el meñique. Entre las infinitas cosas que he perdido desde entonces incluyendo el horóscopo de Sandro Benedetto: las cartas del alquimista Dastyn al cardenal Napoleón Orsini, que representaron tan eminente papel en mi destino; el cuadro de Lotto; mis hornos, fuelles, alambiques y esos aparatos de nombres sonoros e ilustres, el *atanor* y el *kerotakis*; la armadura etrusca del Musco Gregoriano; y los objetos curiosos que enriquecieron mis colecciones, a pocas años tanto como a esa sortija de oro y de acero que hacía girar en mi meñique y cuyo contacto creo que me transmitía, por su condición de talismán y porque había sido cincelada por el orfebre más admirable de todas las épocas, un poder mágico que si no fue el de lograr la felicidad anunciada, por lo menos me ayudó a enfrentar, constantemente unida a mí, ciñéndome, la tristeza hostil del mundo.

A Cellini le gustaba perorar. Me refirió que había enfermado en Roma, a consecuencia de la peste y de una mujer, y que se había refugiado en Cervéteri, en casa de su amigo el pintor Rosso, para curarse. Hizo el viaje en un caballo tan gordo y peludo que parecía un oso, y Benvenuto lo recordaba con alegres aspavientos. Era evidente, de acuerdo con sus narraciones, su ánimo fatuo, que por cualquier motivo lo empujaba a encolerizarse, a sacar el puñal y a exigir sangre, pero, a diferencia de los hombres de ese tipo que yo había visto y que

me erizaban (los mismos que hacían las delicias de Girolamo, en las comidas de bravucones presididas por mi padre), Benvenuto, quizás porque su condición de artista y los rasgos más íntimos de su compleja personalidad incluían otras facetas, totalmente distintas, que mi niñez precoz procuraba discernir y que descollaban sobre sus aspectos de espadachín quisquilloso, me mantenía pendiente de sus labios, como de los de mi abuela cuando me contaba una leyenda de orgullo y reciedumbre, en la que los Orsini se revolvían con metálico estruendo. Además, mientras me hablaba, mechaba al relato teatral con guiños dedicados a Paolino, en pasajes cuyo alcance yo no podía interpretar, y de tanto en tanto suspendía la oratoria para mostrarme entre la arena, repentinamente reverencioso y devuelto a su exacta condición por una fuerza atávica, alguna piedra más original y pulida, como un mercader que exhibe sus joyas, ladinamente, ante un príncipe. Y esas actitudes espontáneas, proviniendo de alguien a quien yo admiraba, consolidaron mi vacilante timidez, a pesar de su tono familiar, pues me percaté de que me concedía con una facilidad auténtica e incontenible —especialmente valiosa por proceder de quien cifraba su arrogancia en su independencia viril— aquello que yo había añorado siempre y que me habían negado mi padre y mis hermanos, aquello que constituía, para un niño tan dotado y tan desheredado como yo, vástago de gente demoníacamente soberbia, una necesidad indeclinable: el respeto. Yo me había fijado en un nimio detalle, extraviado en el borbotón de palabras de mi nuevo amigo, y era que, según él, el caballo que lo condujo de Roma a Cervéteri, a la casa del pintor florentino a quien los franceses llamaron después *Maître Roux*, parecía un oso, y entonces se me ocurrió, pues mi imaginación alerta se nutría de esas coincidencias sutiles, que el oso de mi escudo, la Osa nodriza cuyos pasos yo oía, *velvet footsteps*, en los corredores de Bomarzo, lo había transportado en su heráldico lomo, más o menos disfrazada de caballo grotesco, para que se encontrara conmigo en la playa del castillo de Palo y para que yo agregara una experiencia fundamental a mi escaso caudal afectivo. Gracias a Benvenuto Cellini, artífice único, y gracias a la Osa ancestral, yo había conseguido por primera vez lo que hasta entonces había anhelado sin distinguir su real sustancia: el respeto que enaltece y vigoriza, y eso —más adelante lo traduje así, dándole una calidad alegórica, porque me fascinaban las alegorías— se producía por la alianza en una sola y extraña figura, que afectaba ser risible pero que en verdad era prodigiosamente conmovedora, de los dos elementos esenciales que se fundían en mi individualidad: la pasión del arte y la pasión de la raza, con la certeza de que ambos, fortalecidos el uno por el otro, me auxiliarían en la andanza terrena que yo estaba condenado a seguir y seguir con mi fardo al hombro.

Ausente del efecto que me causaban sus revelaciones, Benvenuto, sin transición, me declaró lo que Paolino significaba para él.

—Este muchacho —dijo—, este loco, es demasiado hermoso para vivir como los demás. Merced a él he entendido muchas extravagancias de los dioses, que consignan los griegos. Pero sufre de melancolía. Sabrás que mi padre, constructor de puentes, de molinos y batanes, se destaca por la forma maravillosa con que trabaja el marfil y fabrica clavicordios, violas, arpas y laúdes. Adora la música y se propuso que yo fuera no un orfebre sino un

tañedor de flauta. Me persiguió desde pequeño, me acosó para que dejara los buriles y me consagrara al instrumento que odio. Y sin embargo, cuando Paolino se pone mustio, yo tomo mi flauta y toco, toco, hasta que Paolino sonrío y la cara se le ilumina. Tú no puedes comprenderlo. Salgo de los brazos de las mujeres, de las prostitutas, de Pantasilea, de Casandra o de Livia, y a mi regreso al taller tengo que encontrarlo aguardándome. Sin él no haría nada.

Cellini hablaba desordenadamente. Saltaba de un tema al otro, y yo, con su anillo de acero en el índice, sentía como si me hubiera aferrado la mano mientras parloteaba. Era obvio que quería divertirme. Había acumulado las piedras elegidas, levantando una breve pirámide, y le incorporaba de cuando en cuando un guijarro, con mil precauciones para evitar el derrumbe. Me refirió, sin volver la cabeza, que un día lo habían invitado a una fiesta en casa del escultor Michelagnolo de Siena y a la que asistieron varios jóvenes artistas, el Bacchiacca, Julio Romano, Gian Francesco, discípulo de Rafael de Urbino, el poeta Aurelio d'Ascoli. Habían convenido que cada uno llevaría una cortesana y que el que no cumpliera pagaría la cena de los demás. Benvenuto contaba con la compañía de una Pantasilea, pero debió cederla al Bacchiacca, quien, por otra parte, estaba enamorado de la espléndida mujer. Acercábase la hora de concurrir a la comida y Benvenuto no había hallado pareja, hasta que, aguzando el ingenio, urdió vestir con ropas femeninas a un muchacho de dieciséis años, un estudiante de latín, hijo de un español que fabricaba utensilios de cobre y que vivía cerca de su casa. Nadie advirtió el engaño. Al contrario, el estudiante pasó por la más bella de las meretrices. Sólo al final se reveló la burla, entre los aplausos de los asistentes. Era tal el entusiasmo de Michelagnolo que alzó en brazos al orífice y se desgañitó gritando: ¡Viva el señor!, ¡viva el señor!, en medio de los alaridos de los pintores, las rimas del poeta y los celos decepcionados de las busconas.

Al evocar la escena, Benvenuto reproducía, con el brío bufón de sus veintidós años, la voz de Michelagnolo de Siena, un hombracho fornido, grandote, mayor que el resto de la compañía ruidosa. Parodiando el episodio, tomó por los codos a Paolino y lo subió en el aire, exclamando: ¡Viva el señor!, ¡viva el señor!, con tanto ímpetu que unos pescadores que cincuenta metros más allá remendaban sus redes giraron hacia nosotros las cabezas sorprendidas.

He releído la historia no hace mucho, en las memorias de Benvenuto Cellini, donde el autor incluyó más pormenores de la aventura, pero el texto no me ha impresionado, comparándolo con la versión que oí de boca del protagonista. Es que lo que me turbó en la playa no fue la anécdota en sí, que después de todo no pasaba de una mascarada vulgar, sino la circunstancia, para mí todavía desconcertante, de que lo que a mí me había valido la rabia de mi padre y su castigo desmesurado en la celda del esqueleto (un vestido de mujer que en mi caso, para colmo, me habían obligado a endosar), a Benvenuto y a su amigo les había proporcionado, en cambio, el aplauso y las felicitaciones de un grupo de hombres jóvenes que, según deduje, despuntaban entre los artistas más notables de la época. Percibí entonces con claridad algo que ya había advertido en mi soledad romana, o sea que lo que para unos está mal para otros está bien y que los bandos proceden, en su rechazo o en su aprobación, con

igual sinceridad y vehemencia, de manera que la justicia pura escapa a las decisiones humanas, gobernadas por normas preestablecidas pero dirigidas también por factores inherentes a la sensibilidad de cada uno y al enigma que presidió la elaboración inexplicable y caprichosa del alma propia de cada ser. Lo percibí, huelga decirlo, embarulladamente, como todo lo que acontecía en ese período en que se multiplicaban mis conflictos psicológicos, pero no me cansaré de repetir, para que el lector mida mi situación en la infancia, que yo era un chico excepcionalmente precoz y vigilante y que a los doce años mi inteligencia y mi intuición sobrepasaban las corrientes, a causa de mi temperamento peculiar, de mi físico también peculiar y del medio agresivo en el cual me desarrollé y que me compelió a afinar vislumbres y defensas.

Paolino se incorporó, alborozado, del pedregal que escudriñaba.

—¡Miren lo que he hallado! —exclamó—. ¡Nunca he visto una piedra como esta!

Era redonda, roja, con vetas azules. Benvenuto la tomó y se entusiasmó:

—Una maravilla —comentó—. Debo besarte por haberla encontrado.

Se acercó y lo besó en la boca. Luego se tornó hacia mí y añadió:

—A ti te besaré como a él, señor Orsini; hay que celebrar el hallazgo.

Me abrazó y sentí en la cara su aliento que olía a vino. Sentí sus manos crispadas en mi joroba.

En ese momento oí, detrás, la voz de Girolamo que me llamaba. Nos volvimos y lo divisamos, junto a Messer Pandolfo, en la cresta de la duna que nos había ocultado su proximidad. Estaban ambos a caballo y mi hermano se perfilaba enérgicamente sobre el turquesa del cielo, con las ropas ajustadas que le recortaban el cuerpo ceñido.

—¡Vamos! —ordenó Girolamo—. ¡Nos esperan!

Me solté de los brazos del orfebre. Paolino me tuvo el estribo y monté a caballo.

—¡Adiós, príncipe! —bramó Benvenuto—. ¡No te olvides de Cellini!

Regresamos a Anguillara al galope, sin cambiar palabra. Con el rabillo del ojo, yo espiaba, de vez en vez, la faz azorada de Messer Pandolfo que se aferraba a las bridas, y el rostro altanero de Girolamo, sus labios apretados, la mueca de asco y desdén que tan bien conocía. Tres días más tarde, de acuerdo con lo previsto, retornamos a Bomarzo. Pero antes de la partida, Paolino llegó al castillo y acechó mi paso por una de las avenidas. Estuve con él apenas un momento; el pobre muchacho temía que lo descubrieran, como si hubiera sido un criminal.

—Benvenuto te envía este regalo —me dijo.

Y me ofreció, en la palma abierta, una medalla de oro, una de aquellas medallas con emblemas y fantasías que los señores solían lucir en los sombreros. El artífice había cincelado para mí, en el anverso, el oso y la rosa de mis armas y en el reverso, con exquisito trazo, bajo el diseño de mi nombre, Pier Francesco Orsini, una garra de león que sujeta una flor de lis, tan menuda que era menester aguzar mucho la mirada para apreciar el contorno pulcro. Esa medalla sí figura en mi retrato por Lorenzo Lotto, aunque la mayoría de los visitantes de la Academia de Venecia, donde me hastió frente a los turistas en

la sala VII, no la habrá notado. Si se fijan la verán en el sombrero de terciopelo que pende detrás, a la izquierda, sobre el cuerno de caza.

En Bomarzo fui convocado a una junta de familia. Participaban de ella el cardenal, mi padre, Girolamo y Messer Pandolfo, este último bastante atribulado por el papel que le incumbía.

—Hemos resuelto —decretó Franciotto Orsini— mandarte a Florencia. Que Dios se apiade de tu alma. Aquí, con los halagos de tu abuela y tu deplorable inclinación, te perderías irremisiblemente. Debes endurecerte para la vida. En Florencia, tu padre y yo hemos aprendido cuanto sabemos, lejos de nuestras casas, enfrentándonos con el mundo, y no nos ha ido tan mal. Diana ha aprobado nuestra decisión. Se corre el riesgo, hijo mío, de que la familia tenga que avergonzarse de ti.

En verdad formaban un grupo imponente, con la gran mancha roja del purpurado en el centro y, en perspectiva, flanqueándolo, como en uno de esos cuadros decorativamente religiosos que reúnen a los aristócratas donantes y a los doctores de la Iglesia, congregados por el pintor bajo un techo de doradas vigas, la superposición de las mangas acuchilladas de Messer Pandolfo y los petos metálicos de Gian Corrado y de Girolamo, con unos sabuesos, y un paje casual que sostenía una alabarda —y cuya presencia me abochornaba más que ninguna—, porque los señores estaban prontos a irse también, pero a la guerra. Yo quise replicar. Había presentido que algo extraordinario, concerniente a mi existencia, estallaría, y a pesar de mi cortedad estaba dispuesto a defenderme. Quise decir, con infantil arrebato, que si Girolamo me había vestido de mujer y yo había incurrido por ello en la saña de mi progenitor, eso carecía de importancia, y que había artistas, famosos artistas, que aplaudieron a un muchacho ataviado de mujer, pero las palabras me salieron a sacudones, mezcladas con el hipo del llanto, y mis jueces no entendieron nada de mi entrecortada argumentación, que no les interesaba en absoluto. Mi padre se alteró, sobreexcitado. Se plantó ante mí y me dio un guantazo en la mejilla. La oreja que Girolamo me había horadado con el alfiler de oro, meses antes, empezó a sangrar.

—¡Fuera! —chilló empujándome— ¡Fuera, bufón, ahembrado! ¡Mañana te vas con Pandolfo!

Disparé hacia la habitación de mi abuela, arrastrando la pierna por las galerías. Me llevaba aquella imagen última de mi padre, a quien nunca volví a ver, una imagen que, curiosamente, como explicaré más adelante, y acaso por un traumatismo angustioso que tal vez aclaren los psicólogos y los expertos en psicoanálisis, se borró de mi memoria, al cabo de un tiempo, esfumando los rasgos sombríos de Gian Corrado Orsini, y que me costó recuperar. Y me llevaba, sirviéndole de fondo, las estampas próceres de mi abuelo y de mi hermano, el viejo prelado y el joven guerrero, que se erguían en la vanidad del mando y de la armadura. Al dolor del escarnio se sumaba un sentimiento de alegría rencorosa. ¿Cómo?, ¿encontraban motivos para corregirme y, en lugar de someterme a una estricta guardia y observación, me desterraban lejos de sus pesquisas? Extraño modo de resolver el problema que se habían planteado. Yo ignoraba qué habían aprendido en Florencia, pero de lo que estaba seguro es de

que en la vida no les había ido tan bien como proclamaba Franciotto: él no había conseguido la tiara ni siquiera el capelo para Maerbale, a pesar de sus pregonadas influencias, y mi padre no paraba de protestar por la zozobra que le causaba la paga siempre postergada de sus soldados y por la pobre compensación de los botines, pues el papa, el emperador, Venecia, Milán o Nápoles apartaban para sí las presas mejores. Lo cierto es que querían deshacerse de mí, hartos de una presencia que los injuriaba, y que habían escogido un pretexto que mi candor no me permitía comprender, porque si en algo confiaba yo, aturullado por las oscuras alusiones, era en mi simple inocencia. Me iría, claro está, me iría. En cualquier parte estaría mejor que entre ellos; aun entre los Médicis desconocidos. Moriría. Pero, ¡ay! debería abandonar hasta quién sabe cuándo, quizás para siempre, a Bomarzo y su sortilegio inquietante que me infiltraba tan mágico vigor; debería abandonar a mi abuela y su calor y su dulzura. Apretaba en un puño la medalla de Cellini y en la otra mano un anillo, como si escondiera dos reliquias, dos talismanes. Lloraba y me parecía que el manantial de mis lágrimas no tenía fin. Lloré hasta el alba en el regazo de mi abuela, quien me consoló como podía, acariciándome bondadosamente el pelo negro, lacio, que me caía sobre el pómulo y sobre la oreja herida y quien, en medio del relato sin cesar iniciado, entre sollozos, de mi infinita desventura y la injusticia de los hombres, me rogaba que me tranquilizase, que tuviera paciencia, porque ya llegaría mi hora y debía aprestarme para ella cerca de los Médicis, que eran la gente más sutil de Italia, ufanos de su parentesco con los Orsini. Y al decirlo, al prometerlo, ponía tal énfasis y garantía en sus palabras, que terminé por adormecerme, lo mismo que cuando, desde su carruaje, columbraba los muros del castillo de Bomarzo, término del largo viaje, y reposaba, acunado por el vaivén del coche y refrescado por el perfume que emanaba de su seno, como si sus perlas fueran aromáticas, un perfume que me recordaba a Bomarzo y a las rosas de su jardín.

Al día siguiente partí para Florencia con mi preceptor y dos pajes. Estos últimos tenían ambos dieciocho años mientras que yo entraba en los trece. El uno, Beppo, magro, rubio, siempre despeinado, era hijo de una aldeana de Bomarzo y, según se murmuraba, de mi padre. Cuando oí lo del parentesco en las cocinas del castillo, la noticia me desconcertó. En vano indagué, en su rostro, en su cuerpo, persiguiendo algo en común con Girolamo, con Maerbale, conmigo. No se nos parecía. Yo creía, ingenuamente, que la sangre de los Orsini, siendo tan única, señalaba a sus poseedores y los separaba del resto de la humanidad. Beppo tenía un ánimo chacotón, rijoso. Siempre andaba acosando a las criadas y eso lo acercaba a mi padre y a Girolamo, pero le faltaba, no obstante su elegancia natural, lo que a ellos los distinguía esencialmente, propio de la gente nacida para el mando. El otro, Ignacio de Zúñiga, huérfano de un hidalgo español archipobre, afincado en Nápoles, quien lo había confiado a mi padre, era moreno, esbelto, más menudo, de mucha reserva, con inquietudes religiosas y, a fuer de español y de caballero, enemigo del desdorado trabajo manual. Messer Pandolfo los llamaba el Día y la Noche, por ser el primero tan blanco y expansivo y el segundo tan oscuro y secreto. No se llevaban bien. Por cualquier cosa se estaban querellando. Beppo, tal vez a

causa de su turbio origen, obraba como si una alusión mínima pudiera agraviarlo, y eso que era de por sí alegre y dispuesto a divertirse. Quiso llevarse por delante a Ignacio desde que lo conoció, y éste lo puso serenamente en su lugar. A la entrada de Arezzo, unos malandrines intentaron robarnos y tuvimos que defendernos. Los pajes se portaron con tal eficacia que huyeron los salteadores. Esa acción compartida estableció entre los muchachos una especie de amistad, de tregua. Mi abuela les había entregado unas ropas con nuestros colores, plata y gules; la rosa y la sierpe del blasón cosidas en el pecho. Al español le disgustaba el abigarramiento; hubiera preferido el negro señoril: en España, le dijo a Messer Pandolfo, ni siquiera los bufones se hubieran atrevido a vestirse como los cortesanos romanos y florentinos. En cambio a Beppo le encantó aquella algarabía policroma y siempre revoleaba de aquí para allá la pierna plateada y la pierna roja, como un volatinero.

Hicimos noche en Arezzo. Viajábamos muy despacio, a causa de Messer Pandolfo, quien se quejaba de la aspereza del camino. Dormimos en una posada o, mejor aun, en ella durmió mi preceptor. Ignacio quedó afuera, caminando, escudriñando el cielo y rezando hasta el amanecer. Yo me retiré al aposento que compartía con el dómine, pero ni sus ronquidos, ni las alimañas, ni la emoción provocada por la novedad de mi porvenir inminente me dejaron descansar. Al rato salí también y no osé perturbar a Zúñiga porque, a pesar de la miseria de su condición, me impresionaba su porte y aquella fe que yo, exacerbado por la tiranía de mis angustias y distraído por la exploración del mundo, no compartía. Anduve una hora bajo las estrellas, cavilando. El recuerdo de la iniquidad familiar me calentaba la sangre en las venas. Cuando volví a mi cámara, oí voces en una vecina habitación. Por el hueco de la puerta mal cerrada vi a Beppo afanándose en un catre con la hija del posadero. Los dos estaban desnudos y muy ocupados. Yo no había sido testigo hasta entonces de esos ejercicios, de los cuales tenía, a través de fragmentos de conversación que había recogido al azar y atesorado en la memoria, sometiéndolos a análisis tan equivocados como empeñosos, una noción teórica y somera. El espectáculo me interesó profundamente, así que, vacilando, me apoyé en el oscilante tablón de la puerta, que giró con gruñidos sobre los goznes. Los amantes se incorporaron en la callada confusión de su lucha y me descubrieron en el vano, con un candil en la mano izquierda y los ojos que se me salían de las órbitas. La moza trató de escabullirse, pero Beppo la retuvo. Extremó la audacia hasta llamarme quedamente y proponerme que compartiera su agradable quehacer. Se encaraba conmigo, invitante, irónico. Yo dudé, tironeado por el miedo, por la sofocación de la vergüenza, por las ganas de tocar aquella piel fina, por el pasmo que me causó el lomo flaquísimo del paje, con sus vértebras —tan armónicamente colocadas, ¡ay!, sin desviación alguna—, punzando como prontas a estallar, desde la nuca que a medias tapaba la pelambreira amarilla, pero reuní bastante entereza para sobreponerme y comprendiendo cuánto importaba una actitud así para el futuro de mi autoridad en la urbe de los Médicis, me acerqué al lecho y a su revoltijo, temblándome la cera en la mano, y descargué un bofetón sobre la mejilla del paje. Entonces, cuando él cambió súbitamente de expresión, mudando la de complicidad lasciva por la de dolor,

sorpresa y cólera, advertí cuánto se parecía a Girolamo, pues su cara, siendo tan distinta, me recordó en seguida a la de mi hermano, el día en que tuve que golpearlo, en el desván del castillo, porque exigía que Maerbale llevara adelante la farsa de nuestra boda. No dijo nada, se mordió los labios y me dirigió una mirada negra de odio, en la que percibí el desprecio que sentía por mí y por mi desgraciado aspecto, y en la que asomó también la evidencia fatal de su parentesco, ya que de esa manera sólo me miraban mis hermanos.

La mujer, que por descontento ignoraba quién era yo, apartó con rudeza la cobija para que yo apreciara en su totalidad su cuerpo, como si quisiera humillarme con su jadeante desnudez, y dijo por lo bajo:

—¿Vas a dejar que te trate así un jorobado bellaco mal nacido? ¿Qué clase de hombre eres tú? ¿Y no le pegas?

Quedé aletado un momento ante la revelación de su carne. Hubiera dado lo que no poseía por volver hacia atrás la clepsidra del tiempo y retrotraerme al instante en que Beppo me había sugerido que los acompañara en el camastro, pues ahora, mal pese a mi timidez y a mi osamenta, comprendía que nada me hubiera dado tanto placer como el aprendizaje de aquellos misterios encendidos. Pero ya era tarde.

Beppo saltó al piso y yo creí que se iba a desquitar y me apresté a protegerme con el cobre del candil. Permaneció frente a mí, llameante el pelo de trigo, la cintura ajustada, el vientre cóncavo, las caderas breves, exhibidas la mancha y el péndulo del sexo. Y se dominó. Recogió con pausa socarrona las ropas multicolores que proclamaban con su heráldico dibujo que era mi servidor y, arrastrándolas como si arrastrara nuestro escudo por el polvo del albergue, hizo una gran reverencia exagerada, como si yo hubiera sido el cardenal Franciotto, y declaró:

—Señora, este caballero es el ilustrísimo Pier Francesco Orsini, hijo segundo del señor duque de Bomarzo y yo soy su paje.

Y salió de la habitación, alejándose por el corredor, a pesar de estar desnudo, con segura solemnidad. Yo salí detrás y gané el aposento donde Messer Pandolfo, a mil leguas de estos tristes episodios, soñaba a media voz y hacía crujir los dientes. Más tarde escuché el leve choque de las espuelas de Ignacio de Zúñiga que regresaba a su habitación, y oí que mis pajes discutían hasta tarde, apagando el tono, de suerte que aunque me esforcé arrimando la oreja al tabique, no conseguí saber de qué trataban. Lo intuía, claro está. No podían litigar otra cosa. Estarían debatiéndome, examinándome, mofándose, y lo que me apenaba es que Zúñiga participara de la controversia, que no sería tal sino un común acuerdo frente al corcovado torpe, imbécil, fantasmón, espantapájaros alzado hasta en la intimidad de las más recónditas delicias.

Me levanté temprano, tras la noche en vela, resuelto por lo menos a captarme la voluntad del español, ya que había perdido la de mi medio hermano. Ignacio vino a mi encuentro con sobria amabilidad, y le expresé que tenía la certidumbre de que, si se conducía bien a mi servicio y causaba una feliz impresión en Florencia, prosperaría su fortuna. Le hablaba como si yo no hubiera sido arrojado de Bomarzo; como si en verdad fuera el príncipe que pretendía ser, un príncipe que viajaba a Florencia por su capricho, para visitar a Hipólito y a Alejandro de Médicis y a Clarice Strozzi, cuando la realidad era

harto diversa, y Zúñiga podía esperar muy poco de mi amistosa disposición. Me respondió unos monosílabos corteses, en los que se me ocurrió distinguir un matiz finísimo de vilipendio, pero lo cierto es que yo vivía prevenido y detectando incorrecciones, y que era injusto que considerara ya al hidalgo católico como un enemigo más de los muchos que me rodeaban, aunque es cierto también que su condición de hidalgo, de hombre de una casta semejante (a mucha distancia por supuesto) a la mía, aguzaba mi susceptibilidad en su caso, porque ansiaba obtener su aprobación antes que la de Messer Pandolfo y la de Beppo, el presunto bastardo, convencido de que solidaridades como la de Ignacio me ayudarían a enfrentarme con la vida y a soportar mis innatas torturas.

Llegaron Messer Pandolfo y Beppo, y montamos a caballo.

—¿Habéis reposado bien? —preguntó, rozagante, el preceptor—. ¿Reposaron bien el Día y la Noche?

Citó a Virgilio:

—*Nox ruit et fuscis tellurem amplectitur alis*. Cae la Noche y abraza a la Tierra con sus alas sombrías

Y se puso a canturrear jubilosamente.

Yo di acicate a la cabalgadura y me adelanté. El tierno, ondulante paisaje de Toscana me circundaba, subrayado por filas de cipreses. Hubiera bastado con cubrir de oro el fondo azul del cielo, para que nuestra pequeña compañía se transformara en uno de esos séquitos que avanzan, diminutos, detallados, entre riscos, viñedos, torres y árboles triangulares, bajo ángeles rígidos, por la empinada perspectiva de las viejas pinturas. Pero la belleza, mi gran alivio, no obraba contra la amargura que me había envenenado el corazón. Me volví hacia los míos, en un recodo, y observé que Messer Pandolfo me seguía, a cincuenta pasos, declamando con amplios ademanes, y que a la zaga Ignacio y Beppo charlaban cordialmente; Zúñiga, con grave medida, mientras el segundo señalaba al castellano los accidentes del paisaje, enarcando ya el brazo plateado, ya el brazo rojo. Llevaban de las bridas a dos mulos con mi equipaje. Recordé a la mujer de la posada y me pareció que las áureas colinas pintaban las formas de sus pechos acostados, y que los árboles erguidos, áureos también, destacados en el espacio por un primitivo pincel, reproducían con su esquemático diseño la figura de Beppo cuando se había plantado frente a mí, desnudo, en el enredo del camaranchón, y la figura todavía adolescente de Benvenuto Cellini, la mañana de Cerveteri, todo lo que para mí, hasta entonces, había significado un avance, un progresar temeroso en el predio de la sensualidad y de sus brumosas sugerencias. Y al avistar a Florencia, las lágrimas agolpadas en mis ojos la convirtieron en un lugar distinto de cuanto yo conocía, acaso en una de esas vagas poblaciones de las leyendas que yacen sepultas en lo hondo de los lagos y del mar, porque las lentas nubes grises pasaban sobre ella y sobre sus cúpulas y sus campanarios, sobre la reverberación de sus palacios y de sus pórticos y la adivinada lámina del Arno, como si fueran cetáceos enormes que flotaban en la acuática irisación de mi llanto sobre la paz letal de la ciudad hundida. Sólo cuando las campanas empezaron a tañer, dialogando, y un ancho vuelo de golondrinas se desplazó encima de los muros, como una mecida oriflama, me convencí de que Florencia

se desperezaba, densa de gente y de pasión, y de que en ella me aguardaba la vida con sus armas prontas. Apreté entonces las espuelas para llegar cuanto antes a la ciudad a la cual debía la única memoria feliz de mi padre, la ciudad por cuyas calles había desfilado el David gigantesco, camino de la Señoría, y donde la belleza imperaba. No debí apresurarme tanto. ¿Qué le llevaba yo a Florencia, capital de la hermosura, qué le llevaba yo que no fuera mi fealdad, mi desdicha, mi ultraje, mi desubicación en el mundo, mis ansias de amor y de amistad y la certeza de que me estaba vedada la clara alegría, porque donde yo aparecía mi sombra de fantoche, de Polichinela vanidoso, manchaba el suelo con su irrisión? ¿Y qué podía darme ella a cambio, si mi presencia era suficiente para romper el equilibrio de su orden, logrado con el rítmico rigor de una música cortesana, en el que las palabras y los edificios, los gestos y los mármoles, lo muy nuevo y lo muy antiguo, se respondían como los instrumentos de una partitura?

Messer Pandolfo conocía a Dante. No le gustaba pero lo conocía. Su exagerado amor por la lengua latina le impedía apreciar nada que estuviera escrito en otro idioma. Espoleó también su cabalgadura, y cuando estuvo junto a mí se entretuvo lanzando al aire mañanero las imprecaciones celebérrimas del Alighieri contra la ciudad que lo había desterrado.

—¡Nido de malicia —gritó—, mala selva, ciudad de avaricia y de orgullo, ingrata, inestable, planta del Demonio!

Y levantando más la voz todavía:

—¡Zorro inmundo, loca, mujer ebria de ira, oveja sarnosa que infecta al rebaño!

Le rogué que callara. No veía yo a Florencia como el poeta ciego de encono. La veía, a medida que nos acercábamos, como lo más exquisito que había visto hasta entonces, más bella aun que Roma. Verdad es que Messer Pandolfo no había acumulado esos denuestos porque odiara a Florencia, sino para mostrar su erudición.

II

INCERTIDUMBRES DEL AMOR

Desde que ingresamos en la ciudad hasta que llegamos al palacio de los Médicis, en la vía Larga, donde viví casi tres años de 1524 a 1527, Florencia se me brindó en sus calles con el milagro de sus estructuras. Observé en aquella ocasión y los siguientes días, cómo organizaban su cadencia acordada los cuatro puentes que atravesaban el Arno y las once fortificadas puertas; cómo brillaban al sol las ascuas de las cúpulas y los campaniles; cómo se alineaban los palacios, en cuyos pórticos y en cuyos bancos de piedra parloteaba la multitud. Fuera de Venecia, no he andado por ciudad tan gárrula. Los comerciantes se interpelaban delante de sus tiendas; hervía el mujererío en los mercados; la pasión del juego a floraba doquier, en los grupos que estimulaban a los ajedrecistas y a los que arrojaban los dados con seco golpe; y la pasión de la música lo envolvía todo, con un ondulante sonar de clavicímbalos, de órganos, de violas, laúdes, arpas, cuernos, trombones y violoncelos, que se mezclaba al rumor de las charlas. La gente discutía y reía por cualquier cosa, soplando sobre los géneros que se ofrecían en venta, derrochando burlas. Por una esquina desembocaban abanderados de corporaciones que acudían a una asamblea y el Agnus Dei en campo de azur de los peleteros y el carnero blanco en campo de gules de los laneros, se agitaban rozando las cornisas. Los hombres acosaban a las mujeres a piropos. Pasaba una cortesana seria, aristocrática como una señora principal, en una enjaezada mula, seguida por un cortejo que incluía a patricios y prelados jóvenes, y los curiosos quedaban boquiabiertos ante la gracia del porte de la meretriz, mientras su nombre corría de labio en labio. Un paje llevaba su papagayo, como si fuera un halcón, y otro un monito perfumado de ámbar y azahar. Aunque Florencia había aflojado mucho los nudos clericales que le impuso Savonarola, un mundo de monjas y frailes circulaba alrededor de sus cien conventos, y el pueblo se descubría delante de algún cardenal, de algún gran señor, en tanto que, en las plazas, se arremolinaban los holgazanes en torno de los ciegos, los mendigos y los narradores de fábulas, quienes salmodiaban los versos de amor y de guerra que refieren las leyendas de Ginebra degli Amieri o de San Albano, de Orlando el Furioso, de Lanzarote, de Constantino, de Vespasiano, de Nerón.

Se sentía en Florencia, más que en ninguna otra parte, la fuerza de la vida. Se sentía latir y vibrar y estremecerse a la ciudad de puerta en puerta. Y se

sentía al arte también, la presencia permanente, vital, del arte. Los rostros, los ademanes, se transfiguraban en esa atmósfera, como si requirieran el fondo familiar de las pinturas o el modelado del mármol y del bronce para destacarse con intensidad propicia. Iban por la calle unos niños cantando, danzando, y componían un bajorrelieve de Mino da Fiesole o de Luca della Robbia; iban unos graves, pulcros adolescentes, y era Donatello; iba un guerrero, y era Pollaiuolo; iban unos paisanos, y era Ghiberti; iba un caballero delgado, como una flor el traje de brocado de plata, y era Benvenuto Cellini; iban unas damas, con collares de rica armazón y alhajas en las mangas de terciopelo, ceñidas las frentes por aros de oro, y era Pontormo; iba un atleta, y era Miguel Ángel.

Recuerdo que aquella vez, flanqueado por mis tres acompañantes, recorrí entre asombrado y temeroso el trecho que me separaba de mi residencia futura. Sufría por la idea de que esos mozos tan bellos y tan desenvueltos, que regresaban como efebos griegos del estadio o acudían a las casas de los humanistas y de las cortesanas, y que usaban el pelo corto y una barba fina, y de que esas mujeres estatuarias, que caminaban, según su condición, con el devocionario en la mano o con el cántaro y el bulto al hombro —y a las cuales añadían su exotismo las esclavas circasianas y tártaras de anchos ojos tristes—, se fijaran en mí, en mi giba, y dijeran algo que pudiera atraer hacia mí la atención en el trajín sonoro. Algo dijeron sin duda los irónicos florentinos, pero yo seguí adelante, erguido en mi cabalgadura hasta que la espalda me dolió, aparentando no percatarme de las mofas y no advertir tampoco la irrespetuosa fruición con que Beppo saludaba a las muchachas.

Así llegamos al palacio. Quiso la casualidad que en su gran patio cuadrado de entrada, en su *cortile*, estuvieran reunidos los personajes descollantes que actuaron en el drama de mis años próximos, porque uno de ellos, Hipólito, se aprontaba a partir de caza y no volvería hasta el día siguiente y los demás presenciaban el apresto. De modo que los abarqué a todos juntos, súbitamente, no bien desmonté: ocho personajes distribuidos en el ámbito que fue testigo de los triunfos y las penurias de los Médicis y que había acogido a papas, a emperadores, a reyes, a príncipes y a los hombres más sagaces y sensibles de su tiempo, como entrada del palacio en el cual Cosme, Padre de la Patria, fundó el poder de su dinastía, en el cual Lorenzo presidió su corte deslumbrante, en el cual creció León X, en el cual Clemente VII planeó el futuro político de los suyos, el *cortile* que había atravesado también, tumultuosa, la fuga de sus moradores hacia sus destierros sucesivos.

Eran ocho personajes ubicados concertadamente, como en un fresco, puesto que todo tenía, en la Florencia de entonces, una calidad, un tono pictórico. Entre la columnata diseñábanse los tres sarcófagos romanos, uno de los cuales había contenido los restos de Guccio de Médicis, gónfa-loniero doscientos años atrás; las esculturas antiguas, los Marsyas, el David de Donatello, el David del Verrocchio, los medallones que imitaban los camafeos que pertenecieron al Magnífico. Abriáse encima la *loggia* cubierta, el belvedere que llamaban la *altana*, a la que se asomaban, coronando las plásticas perspectivas, varias arremangadas mujeres con tapices y con ropa recién lavada, prontas a tenderla, y que espiaban al patio, curiosas de la impaciencia de los caballos, de las voces

de los monteros, del ruido de las ballestas y los arcabuces. Y, a pesar de que la concurrencia era numerosa y por demás excéntrica, pues Hipólito solía rodearse de una compañía fantástica, especie de lujoso circo, yo sólo distinguí en el primer momento a los ocho personajes situados en el centro del *cortile* que bañaba una suave claridad y que, como los famosos de Pirandello, parecían, más que seres reales, entelequias o alegorías que aguardaban al artista que debía interpretarlas, y, siendo tan vivos, se diferenciaban sustancialmente del ajetreo que los circuía con una confusión aleteante, ladrante y rechinante de aves de presa, de armas, de perros y de servidores, y se aislaban, gloriosamente únicos, intocables, de la maquinaria teatral que se preparaba en torno para que continuaran declamando sus papeles.

En el medio mismo, de suerte que la entera composición giraba sobre su eje, y que Luca Paccioli, el “monje ebrio de belleza”, cuando realizó su trabajo sobre la proporción divina, y Leonardo da Vinci, su ilustrador, hubieran podido utilizarlo para explicar sus leyes armónicas, estaba Hipólito de Médicis. Se presentía, alrededor, regida por las inflexiones matemáticas de la Sección de Oro, la telaraña pujante de geométricas figuras que sostiene la armazón de los cuadros del Renacimiento, pues los demás personajes evolucionaban, cada uno en su órbita, usándolo de punto de referencia y ajustando a la suya la cadencia de su proceder.

Hipólito tenía quince años. Era hermoso, viril. Su tío Clemente VII lo había enviado a Florencia poco antes, como *capo* de la ciudad, pero lo titulaban alteza serenísima y lo apodaban, como a su abuelo, “Magnífico.” Le gustaba destacarse, olvidando la sabia lección de su antepasado Giovanni de Bicci, quien enseñaba a sus hijos que los Médicis debían hacerse señalar lo menos posible con el dedo. Por eso le fue tan mal después. En aquella época, con ser tan inseguro el destino de los jefes, ni le pasaba por la cabeza la idea de que su vida concluiría pronto. Era un muchacho de grandes ojos, vestido de seda negra con mangas escarlatas, que jugaba con Rodón, su perro favorito. Supe más tarde que alternaba los ejercicios violentos, casi mitológicos, como domador de caballos y como atleta capaz de saltar con los pies juntos sobre las espaldas de diez hombres y de perforar con sus flechas una coraza, con la poesía y con la traducción de Virgilio. Tradujo todo el libro segundo de la *Eneida* al italiano. A mí me fascinó de entrada. También a Messer Pandolfo, pero por razones más intelectuales.

A su lado, menor pues sólo contaba trece años, hallábase su primo Alejandro, venido de Nápoles. Era oscuro de tez, de pelo negro y gruesos labios. Se decía que su madre había sido una criada de mi tía Alfonsina Orsini, mujer de Pedro de Médicis, pero otros aseveraban que era hijo de una esclava mora. En cuanto a su padre... algunos pretendían que era hijo natural de Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, mientras que el resto atribuía su paternidad al propio Clemente VII y justificaba así la extraña preferencia del pontífice. Lo cierto es que tanto él como Hipólito eran bastardos, lo cual irritaba a los florentinos. Lo era también el propio papa, y eso sacaba de quicio, en Italia, a mucha gente.

Junto a Alejandro reía un niño que pertenecía en cambio a la rama legítima de los Médicis. Lorenzino, aquel que lo asesinó más tarde, y que en ese tiempo

andaba por los nueve años y era frágil y maleable y amigo de las bufonerías. Sin saberlo, se ensayaba ya para cumplir el ideal del cortesano de Baltasar de Castiglione, que debía poder practicar no sólo las bromas sino hasta los juegos del bufón. Quizás, si sus interlocutores se hubieran aproximado lo suficiente, hubieran descubierto, en el fondo de sus ojos, una chispa, una llama.

Era el preferido de Clarice de Médicis, señora mucho mayor que los restantes, pues había cumplido treinta años y había casado con Filippo Strozzi, gran caballero de cuya ambigua conducta hablaré más adelante. Ella sí era una Médicis verdadera, sin sombra espuria, hija de Pedro y nieta de Lorenzo el Magnífico, hija y nieta asimismo de dos Orsini, Alfonsina y Clarice, mis parientas cercanas. En la cara le brillaba la inteligencia, como le brillaba en las maneras hieráticas la calidad. Se la veía al otro lado de Hipólito, soberbiamente vestida, moviéndose en el olear del brocado esmeralda y azafrán que caía en rígidos pliegues, apoyados los dedos sutiles en los hombros de dos niñas: Catalina de Médicis, la que fue reina de Francia y sumaba, como Lorenzino, a los rasgos de la gente de Florencia, dada a las bromas y a la ironía, cierta reserva glacial que a veces, siendo tan pequeña, le endurecía el rostro; y Adriana dalla Roza, la romana a quien tanto amé y que usaba en el anular un topacio para protegerse de las acechanzas de Eros.

Y cerraban el tema central de la composición, algo atrás, la nota púrpura del cardenal Silvio Passerini, magro, rasurado, fingido, designado tutor de Hipólito y de Alejandro por Clemente VII y encargado de gobernar a Florencia en su nombre, con mano férrea, y su protegido Giorgio Vasari, Giorgino, el pintor, que conocía a Virgilio de memoria.

Así he conservado intacta, en el recuerdo, la imagen de los ocho personajes palatinos. Sobre ellos descendía, como si un foco central la proyectara en el corazón del *cortile*, la áurea vibración solar, reverberando en géneros y metales, inflamando rubies y plumas, mientras que en el intercolumnio aparecían y desaparecían las grupas y las crines de los caballos piafantes y entraban y salían los escuderos, los lacayos y los esclavos de Hipólito, recibiendo de tanto en tanto, como un toque pictórico, en un peto, en las piernas, en la arista del brazo, una breve pincelada de luz que enaltecía la diversidad extravagante del séquito del cazador, formado por moros del África del Norte, por arqueros tártaros, por un bullir de caras y de torsos cuyos tintes iban del lustroso negro del ébano a la amarillenta palidez del marfil, y de crenchas rebeldes domadas por gorros y turbantes multicolores. A veces una mano finísima, cubierta de sortijas que espejeaban como caparazones de coleópteros, emergía de la sombra, empuñando una cimitarra, alzando un carcaj, en una sacudida de élitros y de antenas; o el belfo de un palafrén, blanco de espuma, brotaba de la vaguedad de los sarcófagos y de las estatuas, tironeado por uno de los servidores. Y esa segunda zona circundante enmarcaba a la interior con un ritmo ágil que contrastaba con la quieta, sonriente, lejana apostura de los señores, pues la mayoría de los africanos y de los asiáticos poseían una ligereza furtiva de saltimbanquis, malabaristas y acróbatas de cuerda floja, y sus brincos y piruetas, sus gritos en dialectos bárbaros y sus cómicas contorsiones, tenían la virtud de subrayar la esbelta elegancia de Hipólito y sus allegados, completando de ese modo el estético planteo que a

mis ojos se ofrecía y que era como un resumen de la gracia de Florencia, inquieta y ceremoniosa, estupendamente cosmopolita, lo más opuesto del mundo al medio de mi casa, en Bomarzo (donde empero se aspiraba a imitarlos), pues allí todo se ceñía a los dictados de una orgullosa tradición militar. A esa tradición arcaica, de un hermetismo heroico tal vez pasado de moda, este pueblo de comerciantes opulentos y de coleccionistas ingeniosos la desdeñaba, así como los míos los desdeñaban a ellos, ya que si los Médicis nos consideraban hasta cierto punto primitivos —hay diríamos: medievales— los Orsini los juzgaban a ellos, sus parientes, como unos advenedizos barulleros, más preocupados del buen gusto, que es cosa superficial y femenina, que del manejo de las armas, que es cosa de hombres. Pero la verdad es que los Orsini envidiaban a los Médicis un poco, bastante, y no les perdonaban que, salidos de la oscuridad de los trámites bancarios, fueran capaces de darles lecciones de urbanidad y de refinamiento.

Mi gran placer sensual ha derivado siempre —aún hoy persiste esa jerarquía— de la felicidad de los ojos. Ni el orden melódico más exquisito, ni el aroma más raro, ni el contacto de la piel humana más dorada y suave, ni el vino, ni el beso, pueden procurarme el goce que los ojos me brindan. Tampoco, como para ciertas mentes superiores, el juego filosófico con cuanto implica de estímulo trascendente, suple para mí lo que los ojos me regalan. Ni siquiera el juego poético que tanto amo. Los ojos son para mí las compuertas por las cuales penetra en mi interior el río rumoroso y tornasolado del mundo. Desde que llegué a Florencia mis ojos se deleitaron como si hasta entonces no hubieran captado su posibilidad de regocijo. Avancé por las calles hacia el *cortile*, saboreando. Era como si las experiencias visuales más embriagadoras que en Roma y en Bomarzo había acumulado, nada significaran, en su nimiedad, ante ese henchido júbilo. Y la fruición que procedía del concierto de los colores y de las contexturas, enlazándome como si lo rigiera un director eximio, culminaba para mis ojos en ese patio de piedra rodeado de estatuas musicales, y en la visión de las figuras que flanqueaban a Hipólito de Médicis.

Lo singular —y eso muestra con qué rapidez opera el Destino— es que, si bien aprecié en sus mínimos detalles la maravilla de la composición que voy describiendo, mis ojos fieles, alertas, extremaron su perspicacia sensible hasta señalarme como algo aparte —además, claro está, de la estampa primordial de Hipólito, sol victorioso de ese sistema planetario— a dos efigies que, con ser tan numerosa la compañía y tan imponente el grupo de los ocho personajes fundamentales, descollaron un instante de las complejas resonancias de la forma, como si de repente, en un brevísimo silencio de los instrumentos afinados, dos notas altas y solas —una de flauta, quizás, otra de címbalos— cantaran no en mis oídos sino en mis ojos, con su apartada y poderosa vibración. Y esas notas fugaces y persistentes provinieron de la niña que he nombrado ya, Adriana dalla Roza, menina o doncella de honor de la pequeña Catalina de Médicis, cuyo largo cuello, ojos violetas y cabellera de un rubio veneciano, me impresionaron en seguida, como el donaire de sus movimientos y la recatada galanura con que llevaba su vestido de seda celeste de falda redonda, con una escarcela pendiente del cinturón de oro, y que se agitaba como un pájaro en las penumbras del *cortile*; y de un hombre inmóvil, uno de

los muchos servidores orientales de Hipólito de Médicis, que en mi valoración del cuadro se opuso esencialmente, un segundo, no sólo a Adriana sino al resto de los dinámicos participantes de la inminente cacería por su calma firme, estatuaria, y que, apoyado en una alabarda, erguido el turbante azul con plumas rosas sobre la cara de ídolo, negra y fina, desnudo el negro torso sobre la pompa de los pantalones acampanados de damasco turquesa, transmitía una sensación de equilibrio invulnerable, tan robusto, pese a la descarnada enjutez de su silueta, que parecía no un ser humano sino una decoración más, puesta bajo la *loggia*, a un costado del vasto vestíbulo, por los artistas de la casa. Escuché fugitivamente, en el vocerío, esas dos notas distintas, y de inmediato la niña y el esclavo se borraron en el tumulto, porque los caballos avanzaban ya, con escándalo de arneses y de gritos de mando, y la composición se deshacía y dispersaba ante la sorpresa de mis ojos.

Hipólito, desde lo alto de la silla de montar, fue el primero que me distinguió, con mis tres acompañantes, en el portal del palacio. Mi arribo le había sido anunciado por mi abuelo, en carta lacónica, así que en seguida bajó del caballo y, apartando moros y turcos, acudió a darme la bienvenida, iluminada la cara por una expresión tan perfectamente cortés que mi miedo, si no cedió del todo, aflojó los nudos que lo agarrotaban. Fue aquél, de cualquier manera, el momento más duro para mí, el que más temía, el del encuentro inicial con quienes compartirían mi vida durante los años próximos. Ignoro si Franciotto Orsini, en su carta, se habrá referido a mi singularidad. Supongo que no. A los Orsini les repugnaba mencionarla ante extraños. Tal vez Hipólito estuviera al tanto de ella, pues presumo que el “caso” del hijo del duque de Bomarzo sería conocido en las cortes italianas y especialmente en Florencia, fragua de habladurías. Sea ello lo que fuere, Hipólito no toleró que me inclinara, como había proyectado, ante su alteza serenísima, ni permitió que lo llamara por ese título —que aventó y barrió en el aire, con rápido ademán indiferente—, sino que me abrazó y palmeó mis hombros, cuidando que sus manos no rozaran mi espalda humillante. Se dirigió a mí con el apodo ancestral que mi abuela me daba, Vicino, y al oírlo resonar tan lejos de su querida y añorada presencia se me apretó el corazón. Agasajado por Hipólito, que me parecía el más despejado, cordial y esbelto de los hombres, yo transpiraba de angustia. Los demás acudieron a la zaga, aglomerando su curiosidad. Clarice, Catalina y Adriana me besaron en la boca, de acuerdo con la costumbre de la época que imponía que las damas besaran la mano del caballero, que si éste era noble le besaran la mejilla, pero que si derivaba de una prosapia ilustre juntaran sus labios con los suyos. Y cuando los míos se posaron, levemente, en los de Adriana dalla Roza, y tuve tan cerca su frente redonda, sus cejas que se abrían como negras plumas y sus ojos violetas en los que se insinuaban unas microscópicas estrías de oro, semejantes a las que pintaban los guijarros de Benvenuto Cellini, temblé, pobre de mí, como pronto a desfallecer. Fue entonces cuando advertí el topacio de su sortija, la piedra destinada a protegerla contra las trampas del amor, y presentí confusamente que tendría que sufrir por su culpa. Aun así, todo se desarrolló mucho mejor de lo que yo esperaba. Sólo Alejandro de Médicis, el negroide, el Otelo de la compañía, al

estrecharme en sus brazos paseó por mi espalda sus dedos crueles, sin formular comentario alguno, y me dedicó una sonrisa tan burlona que me azoró que los esclavos la notaran. Y, en efecto, algún movimiento de asombro y algunas muecas de picardía se produjeron y entre los palafreneros creció un murmullo y una mujer, en la *altana* donde tendían la ropa, rompió a reír, pero Hipólito giró sobre los talones y, azotándose las botas con la fusta, impuso silencio con un grito. Besé el anillo del cardenal Passerini, en el cual fucilaba, como en la diestra papal, un zafiro, indicando que los príncipes de la Iglesia participaban de la omnipotencia pontificia, e Hipólito, a cuyos ojos, como a los míos, nada se escapaba, me rogó que le mostrara la medalla de mi birrete. Era la que me había regalado Benvenuto, por intermedio del pequeño Paolino, y que ostentaban las figuras de nuestro escudo, y no bien le respondí, tartamudeando, de qué cincel procedía, me la elogió y la estuvo analizando durante buen espacio. La medalla de Benvenuto Cellini fue mi artístico pasaporte. Todavía hoy, a siglos de distancia, se la agradezco. A Hipólito, a Clarice Strozzi, a Lorenzino y a Giorgio Vasari les interesaba mucho más que el desplazamiento de mi columna.

Avancé por el *cortile* señorial, sintiendo que docenas de ojos me picoteaban la espalda. Silvio Passerini, cardenal de Cortona, huesudo, mundano, ronco por el resfrío, en la mano un pañuelo timbrado con sus armas, me iba hablando de la amistad que lo unía a mi abuelo Franciotto, y me recordaba que ambos habían recibido el capelo juntos, en 1517, cuando la prodigalidad de León X creó treinta y un cardenales, pero yo lo escuchaba apenas. La sangre me zumbaba en los oídos y las lujosas palabras sueltas sobrenadaban en su rumor. Me desvié con él y con las niñas, pausadamente, hacia la escalinata que conducía a las habitaciones superiores, y a mitad de camino nos volvimos para presenciar la partida de los cazadores que, las armas en alto y vibrantes los cuernos, nos saludaban. El prelado estornudó, esbozó en el aire la señal de la cruz y, detrás de su dibujo, que suspendió en el aire una cuadrada reja invisible, observé el garbo con que los jinetes saltaban a las monturas y, confundido en el tumulto de lebreles y pajes, a la vera de los negros que llevaban, sujetos con Traíllas de plata, varios de esos guepardos asiáticos, amarillentos, de larga cola y patas ágiles, que revolvían las cabezas gatunas y que, según se dice, son los animales más veloces de la tierra, supremos cazadores, torné a ver, efímera, relampagueante, la silueta del esclavo de plumas rosadas que, al pasar bajo nuestra atalaya, dobló la orgullosa cabeza de rey mago. Sentí en ese instante que otro codo tropezaba suavemente con el mío. Era el de Adriana dalla Roza, y el contacto sólo podía ser casual, pues estaba muy ocupada, como Catalina de Médicis, en agitar un pañuelo. Me invadió una felicidad misteriosa, imprevista, como si bebiera un sorbo del vino griego de mi padre. Busqué los ojos de Messer Pandolfo, de Ignacio de Zúñiga, para comunicársela con un parpadeo, pero no los hallé, y, guiado por el cardenal de Cortona, seguí subiendo la escalinata, esforzándome por infundir a mis trece años y a mi maltrecha arquitectura la arrogancia propia de un Orsini, de un miembro de esa familia tan vieja, tan noble y tan célebre que sus descendientes, aun los entorpecidos por afligentes jorobas, usufructuaban, como es justo, el acatamiento de los comerciantes bien educados.

Mi primera noche florentina tuve un raro sueño. Soñé que iba por el jardín de Bomarzo, con mi abuela y el cardenal Passerini. En el jardín asomaba el David de Miguel Ángel, más empinado que los cipreses. Yo me desprendía de las manos de la señora y del cardenal y llegaba hasta el pie de la estatua, que se elevaba y se elevaba, hasta que su cabeza se hundía en las nubes, como cuentan que sucedió con la Torre de Babel. Me hallaba, entre las piernas abiertas del coloso, como debajo de la bóveda de un arco de triunfo, y aguardaba, sin saber qué, algo que debía producirse. Entonces, ordenados como los danzarines de un ballet, Hipólito de Médicis, Adriana dalla Roza y el negro cazador surgieron entre las piernas de mármol. Hipólito se colocó en el centro del arco y los otros dos se adelantaron hacia mí, al son de unas violas escondidas, por la derecha y por la izquierda, y me besaron en los labios alternativamente, mientras su alteza serenísima nos contemplaba, grave, aferrados los guantes tachonados de piedras preciosas a la cadena de oro que pendía de su cuello. Y en esa cadena fulguraba la medalla de Benvenuto Cellini, fulguraba tanto que terminó cegándome y dejándome solo y trémulo en la oscuridad que encendían allá y aquí, como las estrellas de un firmamento, las piedras de los guantes y las figuras de la medalla, la osa y la flor.

Antes de dormirme, esa tarde misma, tuve la primera impresión de las divisiones que separaban a los Médicis. Algo había oído, en Bomarzo, acerca de las discordias que agriaban entre sí a los florentinos: los *Palleschi*, por un lado, adictos a la familia gobernante, derivaban su nombre de las famosas *palle*, las píldoras del escudo mediceo que ni siquiera con las flores de lis de Francia que incorporaron por gracia de Luis XI lograron ennoblecerse cabalmente por el otro, los *Piagnoni*, los llorones, como los apodaban por burla sus enemigos, eran los émulos de los fanáticos que aparecieron como adictos de Savonarola y de su tiranía monjil. Pero éstos constituían los bandos callejeros, los de los motines, los de los atentados, los que brotaban vociferando en las horas de revolución. Lejos estaba yo de suponer que dentro del palacio de la via Larga y en el seno de la familia, las pasiones opuestas encrespaban a quienes hubieran debido aliarse para defenderse. El palacio hervía de intrigas. Los bastardos se oponían a los legítimos. Y ni siquiera esas fracciones presentaban contornos muy claros, porque los bastardos no se llevaban bien: Hipólito entendía que él era el jefe del estado, el *capo* de la ciudad, ungido por el papa Clemente, mientras que Alejandro roía el freno, aguardando su ocasión, sin duda azuzado por el mismo Clemente VII, su presunto padre, y se encabritaba cada vez que llamaban a su primo “alteza”. Lo cierto es que quien en realidad gobernaba, sofocando de impuestos a los florentinos, era el cardenal Passerini, y que los dos muchachos precoces —uno de quince, el otro de trece años— jugaban a la política y a la autoridad a fuerza de caballos y de trajes. Y de los legítimos, Clarice Strozzi simbolizaba la nítida tradición del Magnífico y del Padre de la Patria, y se empeñaba por adoctrinar desde la infancia a Lorenzino, su pariente distante, para que el poder volviera a la rama genuina, sin mácula de adulteración, en tanto que la pequeña Catalina, la “Duchessina”, odiaba al grosero Alejandro pero en cambio adoraba a Hipólito, el encantador. Pasó un tiempo antes de que yo captara detalladamente

esos matices, mas la tarde de mi llegada, como he dicho ya, me bastó una breve conversación con Clarice para valorar el vigor de su temple y comprender qué energías inesperadas encerraba su voluntad.

Me llamó aparte, cuando me encontró vagando por los salones y, como si pretendiera distraerme, se puso a hablar de ese palacio, de lo que era y de lo que había sido. Mi sensibilidad agradecía desmesuradamente cualquier testimonio que evidenciara una preocupación por mi persona. Nada podía darme más placer que eso, que me hablaran así, cordialmente, sencillamente, como si la barrera de mi físico no existiese, como si yo fuera uno de los tantos príncipes niños de la casa de Orsini a quienes era justo halagar y divertir. Y el placer creció en aquella oportunidad porque provenía de una mujer hermosa y seria, de treinta años, cabeza, en cierto modo, de la familia que me albergaba.

Iba yo, maravillado, de un objeto a otro, y Clarice me explicó que las cosas que veía carecían de importancia, comparadas con los tesoros que su abuelo Lorenzo había reunido allí y que desaparecieron en el saqueo de 1494.

—Me lo ha contado mi padre —añadió—. Cuando yo era muy pequeña, prefería ese cuento a los demás. Los aposentos del Magnífico relampagueaban. Estaban allí los tapices de Flandes y los seis cuadros de Uccello, con la batalla, y los camafeos y los infinitos cristales de su colección, las sardónicas, las calcedonias, las amatistas, el relicario de rubíes y de perlas, los libros con miniaturas. Todo eso brillaba. Mi padre decía que cuando me describía los objetos perdidos, me brillaban los ojos.

—Todavía te brillan —dije yo, y en efecto sus ojos oscuros brillaban bajo el arco de las cejas, como si en ellos se reflejaran las ágatas, los ónices y los cristales que hoy andan dispersos por las vitrinas de tantos museos del mundo, en Italia, en Francia, en Inglaterra, o como si por su fondo pasara, revuelta, la gran batalla de Uccello, toda estandartes y lanzas y armaduras.

—Mi abuela —prosiguió—, tu tía Clarice Orsini, era severa. No entendía de paganismos. Detestaba a los maestros platónicos. No podía ver la escultura en la que Hércules triunfa sobre Anteo. Bajaba los párpados. Era en eso una Orsini cabal. Yo no lo soy. Tengo más sangre de Orsini que de Médicis, pero siento como una Médicis. Me gustan el rigor, el orden, cierta aspereza —y eso es de Orsini—, pero me gusta sobre todo la vida, el esplendor de la vida —y eso es de Médicis. Tú tampoco me pareces totalmente Orsini, a pesar de la repetición de esa sangre en tus venas. Mejor así. Pero la sangre de Orsini es nuestro lujo.

Henchí el pecho cuanto pude, adulado, seducido. Me llenaba de arrogancia oír hablar de ese modo de mi stirpe. aunque a los Orsini de Bomarzo —fuera, por supuesto de mi abuela Diana— sólo les adeudaba malas memorias. Clarice se había propuesto, evidentemente, cautivarme, y lo iba logrando. Aludió a las dos Orsini, su madre, y su abuela, para acercarnos más aún. Me tomó una mano, la de la sortija de Benvenuto, y prosiguió:

—Era estupenda mi abuela. Debió ser semejante a la tuya, a esa admirable mujer.

Al pronunciar esas palabras, se apoderó de mí por completo, y su dominio creció mientras continuaba:

—Tú me recuerdas a Diana Orsini, Vicino.

Y en seguida se lanzó a referirme lo que conocía de la boda de la suya con Lorenzo el Magnífico:

—Cuando se casó, llevaba en la frente el diamante de los Médicis, que es único. Y murió a los treinta y ocho años. Yo también moriré pronto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Aquí —bajó el tono de la voz— no me quieren. Sólo Catalina y Lorenzino me quieren. Pero tú me querrás.

—Te querré. No te mueras, Clarice... Yo... yo no moriré nunca...

Me arrepentí de haberlo dicho. Ella rió y su risa iluminó la estancia:

—Ojalá no mueras, Vicino. Creo que todos moriremos. Pero antes debo hacer muchas cosas. El Santo Padre —su voz era un hilo— tampoco me quiere.

Me hundió las uñas en la manga y, al acercar su rostro al mío, vi destacarse, como una máscara que se podía quitar y que le modificaba los rasgos, las pomadas con las cuales se untaba, el blanco de las mejillas, el rojo de la boca, y olí el alcanfor que, mezclado con aceite de almendras dulces y con cera, le suavizaba la piel. La máscara terminó:

—Los bastardos están contra nosotros, contra Catalina, contra Lorenzino, contra mí; no lo olvides. Pero nosotros somos los verdaderos Médicis. Este palacio es nuestro.

Se alejó hacia la puerta. Llevaba tantas perlas en el vestido y de tal manera temblaban cuando se movía, que pensé que una lluvia de perlas iba a quedar en el salón como estela de su paso.

Después me enteré de que no era feliz con Filippo Strozzi, su marido, quien no salía de las casas de las meretrices. En Roma, el caballero visitaba con asiduidad a Tulia de Aragón, a Camila de Pisa, las cortesanas intelectuales que escribían poemas y facilitaban sus lechos. Les mandaba unas cartas retóricas. Y entre tanto Clarice, que había casado con él cuando contaba quince años, tenía clavada en el pecho la obsesión del poder de los bastardos y de su propia flaqueza, y lentamente, amorosamente, sin que nadie lo presintiese, preparaba el ánimo de Lorenzino para el crimen. Pero eso, el crimen, aconteció catorce años después de lo que voy narrando, y cuando se produjo hacía mucho que Clarice había muerto. En la época de mi llegada a Florencia, Lorenzino de Médicis era todavía un niño. Todavía no era Lorenzaccio.

Como solía hacer cuando mi padre regresaba de la guerra o de la cacería, me levanté muy temprano para acechar la vuelta de Hipólito. El fantástico sueño que describí me había intranquilizado, y fui el primero que, escondido en el belvedere, presencié el retorno. Se me ocurre ahora que Beppo, mi paje, me espiaba —quizás por orden de mi padre o de mi hermano mayor, quizás por cuenta propia—, porque poco antes de que la comitiva de Hipólito invadiera el *cortile* surgió, nacido de las sombras, con su permanente sonrisa, para saludarme y esfumarse al segundo.

Los cazadores habían cobrado varias piezas espléndidas. Dos jabalíes se balanceaban, colgados de sendas picas que a hombros conducían los guardabosques. Y las aves rapaces muertas, mezcladas, hirientes como navajas las alas y los espolones, sobresalían de los morrales y de grandes cestos. El cortejo entró en el patio metiendo bulla Hipólito se apeó a la luz de las

antorchas que avivaba imágenes en los rincones, en el secreto de los sarcófagos. Levantó la cabeza y me descubrió en la *altana*. En seguida, con tres brincos elásticos, estuvo junto a mí, afectuoso, vehemente, jactándose del éxito de su batida y recordando la pericia de mi abuelo, montero mayor de León X. Me señaló en el humo de las antorchas, los jabalíes, los ciervos, los lobos, los zorros que desfilaban, pendientes las cabezas. Entonces distinguí al esclavo que me preocupaba y comprendí que si había abandonado la cama y había salido al frío del amanecer no había sido para admirar el regreso de Hipólito sino para volver a ver al desconocido de rostro negro, barba breve y largos ojos que había andado por la intimidad de mi sueño. Como el día anterior, se apoyaba en su alabarda; como el día anterior, llevaba un turbante azul con plumas rosas. Esta vez, bañado por la claridad violenta, naranjada, con la cual las teas embadurnaban el *cortile*, aprecié mejor la arista de sus pómulos, la firmeza de sus manos, el grosor de sus labios, las perlas barrocas que titilaban en sus orejas, las pulseras que cerca de los codos apretaban sus brazos, el vigor que emanaba de su ágil figura. Quise saber en seguida quién era, pero antes, para disimular mi interés —no porque lo considerara culpable sino porque yo, por motivos evidentes, no debía correr el riesgo de manifestar interés absolutamente por nadie, pues mi curiosidad podía desencadenar una tormenta de burlas—, pregunté a Hipólito por otros integrantes de su séquito, y el joven *capo* de Florencia, al advertir mi intriga, hizo restallar su fusta en la *loggia* y dio algunas órdenes rápidas. Súbitamente, el *cortile* se transformó en una pista de circo. Aquellos hombres exóticos, fatigados por horas de tensión y de exigencia física, olvidaron el cansancio. La alegría del juego los metamorfoseó. Pirámides humanas de complicada trabazón crecieron como pulpos, como arañas gigantescas, en el centro del *cortile*. Alrededor otros saltaban como simios o bailaban danzas atléticas al son de los panderos, dando rienda suelta a un júbilo animal, triunfador del agobio. Rotaban las pirámides con fulgir de epidermis negras, bronceadas y ocres, estiradas sobre los músculos, con fosforecer de ojos y de dientes, con airones de crines, de rodetes, de plumas, e Hipólito, que de tanto en tanto azotaba al aire con el látigo, me iba diciendo de dónde procedían sus servidores y explicando sus virtudes. Cuando tocó el turno al que me interesaba especialmente y que coronaba, impávido, una pirámide monstruosa, cuyos brazos y piernas entrelazados parecían pertenecer a un ser solo, acaso a uno de los dioses extraños que esos mismos esclavos adoraban en sus remotos países, Hipólito me contó que hacía más de diez años que estaba en Italia, pues había llegado a Roma en la fastuosa embajada que el rey Manuel de Portugal envió a cumplimentar a León X, y que en esa ceremonia inolvidable había montado y guiado al célebre elefante Annone, que el monarca mandó como obsequio al pontífice.

Más tarde, recogiendo datos de aquí y de allá, pude reconstruir la corta biografía de Abul (que así se llamaba, como un personaje de las *Mil y Una Noches*). Había nacido en el norte de África, no recordaba en qué lugar. Un pirata lo había secuestrado, de niño, luego del incendio de su aldea, y lo había vendido a los portugueses que mercaban esclavos. Había aprendido el arte

difícil y antiguo de adiestrar elefantes y entre ellos había vivido siempre. Cuando Annone, el elefante más soberbio y majestuoso de su tiempo, fue embarcado con destino a la corte de Lisboa, Abul embarcó con él. Le cuchicheaba palabras constantemente, lo consolaba, lo tranquilizaba; no hablaba con ningún otro. Pero en Lisboa Abul se enamoró de la hija de un zapatero, la cual sucumbió ante la fascinación del muchacho negro que pasaba, sentado sobre el testuz del elefante, envuelto en un manto rojo, como un emperador. Y si Abul no olvidó a Annone, por lo menos compartió el cariño que le dedicaba. Hasta que le ordenaron que se sumara a la embajada que saldría para Roma, pues Annone sería entregado al Santo Padre. Abul habló al elefante una noche, quedamente. Ansiaba permanecer en Lisboa, amando a la hija del fabricante de babuchas, mostrándose por las calles con su manto rojo, y le dijo a su compañero que se aprestaban a conducirlo a una tierra donde lo tratarían muy mal. Annone —que no en vano ostentaba un nombre cartaginés de gran alcurnia, y que en consecuencia no estaba dispuesto a tolerar vejámenes— se negó obstinadamente a partir. Entonces, el propio rey de Portugal, Don Manuel de Aviz, el Afortunado —tal es el cuento, con rey, con elefante, con negro armonioso que sabe el idioma de los proboscidios—, al enterarse de que todo era una maquinación de Abul, urgido de amor por la zapatera, llamó al esclavo y le comunicó que lo mataría si el elefante no salía para Roma y él sobre su lomo. De modo que Abul, que apreciaba más a su vida que a la muchacha portuguesa, no tuvo más remedio que razonar de nuevo con el enorme Annone y aclararle la situación, confesándole que había estado erróneamente informado y que el país que lo aguardaba allende el mar era un verdadero paraíso. Persuadido, Annone subió a la nave, con el melancólico Abul. La hija del zapatero los siguió hasta el puerto llorando, y los grandes señores que habían ido a despedir a la embajada, a cuyo frente zarparía el heroico Tristán de Acunha, todo collares de oro, guanteletes y hierros floridos, la apartaban, irritados, sin entender qué tenía que hacer aquel dolor tan vulgar y estridente con el viaje de un elefante que se va a arrodillar delante del papa.

Abul obtuvo su compensación plena cuando se presentó ante León X, sentado sobre los calcañares, casi desnudo encima de la cabezota balanceada de Annone, en el centro de la comitiva que desenroscaba su fasto en el puente del Castel Sant'Angelo, y que Su Santidad contemplaba, extasiado, a través del monóculo, desde la eminencia del castillo, porque constituía el espectáculo más fabuloso que se había ofrecido a sus ojos de catador de lo bello. Iba la bestia prodigiosa, la primera de esa traza que aparecía en la ciudad desde la caída de los emperadores romanos, moviéndose pausadamente, entre el clangor de las trompetas y los pífanos, precedida por muchas damas e hidalgos vestidos de terciopelo escarlata, en pos de un moro que montaba un caballo blanco, resplandeciente, y conducida por un sarraceno, pero quien en verdad la guiaba, dirigiéndole de vez en vez una palabra secreta, era Abul, el triunfante Abul que brillaba allá arriba como una alhaja de obsidiana, de azabache y de rubíes y que con una mano acariciaba y sosegaba a un leopardo agazapado en el vaivén del lomo. Ese lomo sostenía, sobre la gualdrapa carmesí, un castillo de plata con muchos torreones, uno de los cuales estaba destinado a la exposición del Santísimo Sacramento y otro llevaba un cáliz, y los otros varios cofres con

ornamentos sacros. Seguían los mulos enjaezados, los felinos, los exorbitantes papagayos roncós y, detrás, los embajadores, en el medio de los cuales avanzaba el famoso Tristán de Acunha, conquistador de islas lejanas, cuyo rostro pétreo se burilaba entre la geometría cortante de las alabardas y los penachos de las aves encendidas, como si todo lo que se mostraba allí fuera un sueño suyo, el sueño de un vencedor de bárbaras tribus para Don Manuel el Afortunado, y como si aquel tapiz de las Indias, que desplegaba su policromía a lo largo del puente del Castel Sant'Angelo y que, cuando los participantes se asomaban a los parapetos, volcaba su enjoyado lujo en la inquietud del Tíber, tan experto en procesiones extravagantes, hubiera sido bordado con los hilos de los sueños del descubridor. Pero Abul iba más alto que él. Abul iba, con el leopardo, encima de la muchedumbre atónita, como si bogara en la proa de una mecida galera del rey de Portugal, surcando un mar de cabezas asombradas y sintiendo contra los flancos del navío imponente, en lugar de los golpes de los albatros y de las gaviotas, los aletazos de las aves selváticas del trópico, el papagayo, el guacamayo, el ara, que prolongaban alrededor su electricidad, su chispear alborotado, sus descargas de un azul de esmalte o de mariposa y de un amarillo de azufre. Partido el séquito portador de mensajes y de regalos, Annone quedó en la Ciudad Eterna al cuidado de Abul, en el Belvedere del Vaticano, a donde el pueblo iba a verlo danzar al son de los pífanos. Pero después quisieron humillarlo. Messer Giambatista Branconi dell'Aquila, camarero pontificio, encargado de su mantenimiento, separaba para sí una tajada principal, en la renta que se dispuso para alimentar al elefante. El papa resolvió utilizar a este último, como elemento de burla, para la coronación en el Capitolio de un bufón poeta, que ceñiría el lauro de Petrarca; y Annone, dignamente, seriamente, cuando atravesaban el puente de Sant'Angelo que había sido testigo de su marcial victoria y que ahora vibraba de risas y sarcasmos, echó por tierra al truhán. Seguramente obedeció a una breve orden de Abul, quien tampoco se resignaba a tales decadencias. Poco después Annone murió, de enfermedad, dicen unos; de tristeza, de vergüenza, sospecharon otros. Lo enterraron junto a la entrada del Vaticano; Rafael de Urbino pintó su efigie, un poeta compuso su epitafio en hexámetros. Abul, vacío, perdido, huérfano, vagó por Roma, hasta que Hipólito de Médicis, siempre a la caza de curiosidades, lo incorporó a su servicio y lo llevó a Florencia.

He narrado la historia de Annone tan prolijamente, porque muchos años más tarde, en Bomarzo, en la época en que decoraba el Bosque de los Monstruos, quise que en él se eternizara la memoria del elefante de Abul, y mandé que una de las rocas fuera esculpida siguiendo el modelo de su forma. El año pasado, cuando estuve en Bomarzo, observé que ya no quedan casi rastros de la figura del propio Abul, roída por el tiempo, que se yergue sobre la testa, delante del castillejo afirmado en el lomo. En cambio, a quien se distingue bastante bien todavía bajo la traza de un soldado romano, es a Beppo, mi paje. El elefante enrosca su trompa en torno del cuerpo del soldado, de Beppo, y lo destruye. Más adelante se comprenderá el sentido de esta alegoría.

En momentos en que, al lado de Hipólito de Médicis, presenciaba la *féerie* del *cortile* y el juego de las sombras que las antorchas agigantaban en los

muros, muy lejos me hallaba yo de imaginar que el afilado, luciente personaje que coronaba una de las pirámides giratorias se transmutaría, con el andar del tiempo, en un símbolo. Abul estaba más lejos que yo de pensarlo, porque siquiera yo me había fijado en él, mientras que él no parecía haberse percatado de mi presencia. Pero no... en esa ocasión tuve por primera vez la impresión de que me miraba. Fue en una de las rotaciones de la humana pirámide que lo mantenía en la altura. Nuestros ojos se encontraron y chocaron la fracción de un segundo. Entonces, como antes, sentí contra el mío el roce de un brazo. Era el de Adriana. Había acudido con Catalina de Médicis, corriendo, volando, por las galerías, arrojadas unas capas de pieles sobre los hombros, flotantes las destrenzadas cabelleras, con un paje que corría también, portador de un candelabro. La bulla de los volatineros las había despertado y venían, tiritando desnudas bajo las pieles, atraídas por el regreso de Hipólito. Yo, embriagado por el espectáculo de los equilibristas y los héroes, por la amistad del Magnífico Hipólito, por aquel palacio encantado, por el negro cornac que se delineaba ante mí con el sutil contorno de una alhaja del Renacimiento, uno de esos quiméricos broches que penden sobre el escote de las bellas, y por la cercanía de Adriana dalla Roza, a quien sentía jadear contra la balaustrada, hice algo que no sé cómo me atreví a hacer —porque no hay que olvidar que no tenía más que trece años; que sobre mi espalda se empinaba un promontorio y que no era más que el hijo segundón del duque de Bomarzo, desterrado de las paternas posesiones—: lentamente (sin mirarla, claro está, sin mirarla ni una vez), deslicé mi mano, mi helada, loca, incontenible mano izquierda en la que se mezclaban el oro y el acero de Benvenuto Cellini y que se movía como si no me perteneciese, como si fuera un animal de cinco ten-táculos y un solo ojo, de acero, de oro, posado en la penumbra de la balaustrada, independiente de mí, un animalejo no domesticado, muy hermoso y muy desconocido, o, por lo menos, irreconocible para mí en la oportunidad en que escapaba de mi fiscalización, y libre pero infinitamente cauteloso, que se alejaba reptando por la balaustrada, deslicé esa mano, o mejor dicho mi mano se deslizó por sí misma, dotada de voluntad y de inteligencia, hasta tocar la mano de Adriana que, ajena a todo, reposaba más allá en el antepecho de la *loggia*, y se apoderó de ella. Y en el instante en que eso aconteció, mi mano tornó a ser completamente mía, abandonando su individualidad autónoma, de manera que me encontré con que yo era plenamente responsable de aquel desvarío. No supe qué hacer, si retirarla o dejarla, si inmovilizarla o prolongar la iniciada caricia de la cual no tenía la culpa, y en esa duda advertí que Adriana, a quien yo había creído, bastante absurdamente, insensible frente a mi actitud, pues, distraída por la improvisada fiesta y por el relampaguear de tantos cuerpos desnudos que combinaban sus ritmos, quizás no se había dado cuenta de mi audacia, asumió a su turno la iniciativa en el secreto juego, en la pantomima que se escondía en los claroscuros de la balaustrada, y me tomó la mano desembozadamente, clavándome apenas en la palma sus largas uñas. Algo se me anudó en la garganta: nubláronseme los ojos, y el rey Baltasar desapareció de la cúspide de la pirámide, como desaparecieron sus acompañantes y toda la gimnástica arquitectura que poblaba al *cortile* de trémulas construcciones. Sin verla, porque por nada del mundo hubiera osado volverme hacia ella, vi a

Adriana, solamente a Adriana dalla Roza, como si de repente me hubiera cubierto de ojos, como si yo fuera un Argos o un pavo real o un mitológico tigre sembrado de ojos abiertos, en vez de un giboso lívido de terror; vi a Adriana junto a mí, su mano en la mía, su mirada violeta y áurea, su cuello que era como un tallo exquisito, sus pechos que pugnaban, que tal vez asomaban entre las pieles nocturnas. Así estuvimos, ese amanecer, unos segundos. Yo creí que sería feliz en Florencia. Lo era en ese momento. Era tan feliz, gozaba y sufría tanto, que pensé enfermar y que, aunque no hubiera cambiado por nada el mudo privilegio que se me otorgaba, desprendí mi mano de la de la niña y, balbuciendo excusas, desesperado de irme, arrepentido, furioso y embelesado, regresé a mi aposento, dejando atrás el fuego de artificio de los acróbatas de Hipólito de Médicis, que continuaba entre las columnas del patio como si formara parte de un trabado mecanismo, de un reloj colosal que era imposible detener y que reiteraba y reiteraba las figuras de Abul, de los tártaros, de los bereberes, ascendiendo, descendiendo, tendidos los brazos, las pupilas como carbunclos, revueltas las lanudas pelambreras, los torsos bruñidos de sudor, delante de Adriana.

En Florencia fue mi maestro el ilustre Pierio Valeriano, Giampietro Valeriano Bolzani, que gustaba oírse llamar Pierus Valerianus. Era el preceptor de Hipólito y de Alejandro de Médicis, nombrado por Clemente VII, y ejercía su tarea bajo la vigilancia del cardenal Passerini. Giorgio Vasari y yo compartíamos sus clases, a las que asistía también, en la penumbra, Messer Pandolfo. A este último lo encandilaba la personalidad del famoso polígrafo, y pronto se puso a imitarlo. Pero Messer Pandolfo, pequeño dómine de provincia, andaba muy lejos de su modelo, y lo que de él recogió fue cierto barniz de literaria amargura, cierta mezcla de resentimiento y de mordacidad *high-brow* que no le quedaba nada bien, porque le faltaba inspiración para ejercerla y no condecía con la simple bondad de su espíritu. La verdad es que aunque Pierus Valerianus tenía razón en parte, cuando daba rienda suelta a sus acerbas críticas motivadas por las penurias de los hombres de letras, las cuales brotaban, súbitas, en medio de un comentario de Platón o de Plinio, su propia vida, según pude colegir, no había sido tan desagradable. Había nacido en Belluno, cuarenta y siete años atrás, en el seno de una familia muy pobre, y su iniciación en la existencia —que evocaba con altivo rencor— lo había conducido de tumbo en tumbo a bajos menesteres domésticos. Poseía, empero, una llama, una luz, y a los quince años comenzó a estudiar por su cuenta. Desde entonces su existencia cambió. Asombrados por su excepcional poder de asimilación, eruditos como Valla y Lascaris le enseñaron el griego. Corrió la celebridad de su memoria, de la portentosa rapidez con que devoraba los textos que se le ofrecían, colmando sus márgenes con notas de poligloto. Se mentaba la fruición arqueológica con que había clasificado las antigüedades de Belluno. Escribía torrencialmente, soltando una catarata de papeles con versos y prosas, y escribía sólo en latín, como es natural. Atraído por esa fecundidad, precipitóse hacia él, hasta que ambas corrientes formaron una confluencia y un delta oportunos, el favor de los príncipes solicitados por el saber clásico que los apasionaba. Bembo, Julio II, León X y Clemente VII fueron sus mecenas. Y

cuando Clemente XII le confió la educación de sus dos sobrinos destinados a gobernar la ciudad más culta de Italia, le dio con ello una prueba rotunda del favor más alto, aquel por el que bregaban ansiosamente todos los intelectuales de la península. Sin embargo, tales éxitos no arrancaron la planta maligna que crecía en el corazón del maestro, sembrada en su niñez miserable, o que quizás había traído con él al mundo. Cualquier ocasión era buena para que sacara hacia afuera, hacia el sol de Florencia, sus duras ramas espinosas. No empleaba el tono hiriente sino el melancólico, pero quien lo escuchaba percibía, debajo de las frases plañideras que recordaban a los *piagnoni*, a los llorones savonarolianos, el erizamiento de las púas, la armada cactácea permanente. Pierus Valerianus levantaba la vista de un diálogo platónico y, con un pretexto mínimo, se lanzaba a lamentar la desventura de quienes han elegido el áspero camino de la docencia o de la investigación y ven transcurrir sus vidas triplemente acechados por la envidia, por el desdén y por el hambre. Algunos años después, cuando se produjo el saqueo de Roma, aquel espectáculo atroz le sugirió un libro, *Contarenius sive de litteratorum infelicitate*, en el cual se ocupa exclusivamente de sus atribulados colegas. Al leerlo, han vuelto a brotar de sus páginas muchos de los personajes a quienes Pierio Valeriano invocaba durante las clases florentinas. Casi no hay escritor de entonces que no haya sido ubicado por él en un peldaño de su escala de infelicidades. Hombres sin cesar sujetos al capricho de los grandes ambulan por sus páginas; hombres que, en tiempos de revuelta, perdían primero sus sueldos y luego sus cargos; hombres cuyos manuscritos eran quemados en los incendios de las ciudades y en las destrucciones urgidas por las pestes; hombres corridos a insultos y calumnias por sus propios colegas; hombres que, en las labradas cárceles de los palacios, añoraban la ausente libertad de la cual gozaba el fraile mendicante más mínimo. Tal vez ésa fuera la causa de la pesadumbre de Valeriano, esa última: la noción de que era un prisionero en el palacio de la via Larga. Sin embargo, Pierio no hubiera podido vivir en otro lugar. Necesitaba la atmósfera del palacio, su tono, sus bibliotecas, sus antiguas colecciones; sentir que su sombra prolongaba tantas sombras memorables, la de Marsilio Ficino, la de Poliziano, la de Pico de la Mirandola... Lo he dicho: la protesta, las hieles del agravio, estaban metidas, estancadas dentro de él y nada podía contra eso. Después de todo, los escritores y los profesores, corona del humanismo, que, no obstante la retórica del miramiento, vivían eternamente postergados por los dueños de los señoríos, quienes los consideraban un poco como bufones y un poco como criados, en todo caso como miembros de una casta especial, aparte, a la que no había que tomar muy en serio porque entonces era capaz de volverse peligrosa (ya que los señores barruntaban que anhelaba usufructuar el poder, fundándose en presuntas razones de inteligencia), no la pasaban mal en los caserones florentinos del siglo XVI.

Cuando Pierio Valeriano se aplicaba y discurría sobre algún tema de su especialidad, como sobre arte poética, por ejemplo, que le inspiró uno de los tratados más notables posteriores a Aristóteles, sus discípulos —con excepción de Alejandro, a quien esos asuntos no le importaban— conocíamos momentos de rara ventura. Sobre todo Hipólito y Giorgio Vasari. He señalado la preocupación de Hipólito de Médicis por los estudios clásicos, que lo llevó a

traducir al italiano un libro de la *Eneida*. En cuanto a Vasari, se atrevía a declamar buena parte de la *Eneida* de memoria y a eso debía su inclusión en el círculo aristocrático de los Médicis. A la edad de doce años, el cardenal Passerini lo había descubierto en Arezzo, su ciudad natal, donde lo dejó estupefacto que Giorgino no sólo pintara y dibujara cuanto se le antojaba, sino también le sirviera, como letanías, los cantos virgilianos, y lo llevó consigo a Florencia. Allí residía en casa de Nicolás Vespucci, caballero de Rodas, y afinaba su aprendizaje con maestros como Miguel Ángel, Andrea del Sarto y Baccio Bandinelli, pero cotidianamente aparecía por el palacio, bondadoso, sonriente, preguntón, anotando cuanto le referían —por algo compuso después las biografías de tantos pintores, escultores y arquitectos— con una sola vanidad fatigosa: la del parentesco que lo unía al admirable Luca Signorelli (luego supe que era bastante remoto), el cual, cuando Vasari, a quien llamaba *parentino*, tenía ocho años, le había pronosticado un porvenir artístico maravilloso que el joven pintor nos recordaba de tanto en tanto.

Frente a Giorgino, a Pierio Valeriano y a Messer Pandolfo, nosotros —Hipólito, Alejandro y yo— éramos unos seres de otra pasta, modelados con un material más pulcro. O por lo menos, nos creíamos tales. La evidencia de esa desigualdad básica, presente hasta en el caso de Alejandro, el bastardo mulatón, exasperaba las ocultas acrimonias de Valerianus. Ella se marcaba en mí más todavía que en los Médicis. Yo habré sido un jorobado, pero he sido sin duda un príncipe. Saltaba a los ojos. Siempre tuve esa certidumbre, alimentada por mi abuela, que me ayudó a andar por la vida entre mis osos heráldicos. Pero mi condición de Orsini y de legítimo —que ambos Médicis habrán envidiado seguramente en el secreto de sus corazones— no pudo despojarme de mi joroba, y por eso tuve que humillarme y renunciar a parte de mi educación principesca que hubiera sido imposible. ¿Cómo hubiera hecho yo para participar en los deportes que Hipólito, Alejandro y hasta Lorenzino, a pesar de su fragilidad, practicaban: la carrera, la lucha, la natación, el salto, la equitación, la danza? ¿Me imagina alguien a mí danzando? ¿Me imagina ejercitando los pasos, floretas, saltos al lado, saltos en vuelta, encajes, medias cabriolas, cabriolas atravesadas, vacíos, vueltas de folias, cruzados y reverencias, que los Médicis dominaban tan bien y que ensayaban a veces con las niñas, con Catalina, con Adriana, bajo la vigilancia de Clarice Strozzi? No. Eso no era para mí. ¡Cómo me hubiera mirado Alejandro! Y si Beppo hubiera acertado a asomarse al salón... Para mí eran, en cambio, los versos que a escondidas trazaba en honor de Adriana, bajo la influencia de Messer Pierio, por descontado, en engolado latín, imitando pobremente a Tibulo, a Propertio o a Catulo, o en mi propia lengua, tan majestuosos que parecían latines traducidos, y que no osaba mostrarle.

Después de la escena del alba, en el belvedere, aceché sin lograrlo la aparición de otro momento, de otra chispa de intimidad entre Adriana y yo. Era como si aquello no hubiera sucedido. Hasta llegué a dudar del episodio, como si hubiera fantaseado, como si hubiera sido parte de la fiebre del sueño que me deslumbró durante mi primera noche de Florencia. Adriana no abandonaba un aire de distante amabilidad que yo, tan tímido, tan trabado por mis desventajas físicas, no me arriesgaba a romper. Íbamos a veces, siguiendo la costumbre

toscana, a devanar el día en las afueras de la ciudad. Salíamos de mañana y encontrábamos esparcidos en los alrededores los grupos que merendaban y departían a la sombra de los árboles, cerca de la carreta provista de cojines que había servido para el traslado de las damas. Permanecíamos así el día entero, contando cuentos, entonando canciones, yo algo alejado de la compañía, observando los bocetos que multiplicaba Giorgino. Los esclavos del séquito de Hipólito, requeridos por su amo, desembocaban en nuestro refugio al atardecer, brillantes de sudor por las carreras y los furiosos galopes, y nos divertían con sus juegos.

Una vez, hacia el crepúsculo, estábamos reunidos así. Nadie faltaba, porque hacía calor y quienes no se habían amparado en la frescura de los patios habían huido de Florencia. Veíamos allá abajo, con el fondo glauco y gris de las colinas, a la ciudad, la cúpula gigantesca de Santa María del Fiore, el Baptisterio, rayado de blanco y verde. Los cipreses se deshacían, hechos de vapor, de bruma. Beppo e Ignacio de Zúñiga seguían de pie, detrás de mí, como correspondía a mis pajes. Los africanos improvisaron una pantomima confusa, entrecortada de malabarismos, remedaban los flechazos, los golpes de las mazas, las guerras en comarcas de infieles. Hipólito se estiró en la hierba a mi lado y bostezó. De repente pidió un laúd. Tocaba también la viola, la flauta, el cuerno. ¡Qué no sabía él! Templó el instrumento y ejecutó una danza misteriosa, lenta, mientras los salvajes decorativos de su cortejo retrocedían hacia las cavidades de la penumbra. Cintilaba en la fronda el blancor de los dientes, como si se hubiera poblado de extraños insectos luminosos que se encendían y se apagaban. Adriana dalla Roza suspiró delante de mí, erecta en su almohadón, y fue como si su largo suspiro colmara la tarde y flotara sobre Florencia, alado, leve y triste. Hipólito seguía tañendo y súbitamente un hombre surgió de la fronda. Era Abul. No llevaba turbante; su rasurado cráneo se recortaba nítido, como un casco, sobre la precisión del perfil, de la barba, del negrísimo pecho de laca que cruzaba un ancho collar de piedras azules. En cada mano blandía una cimitarra, y con ellas bailó un baile ceremonioso, agitándolas en tersos molinetes o alzándolas, rígidas, rituales, como cirios. Bailaba sin mirarnos, como si no estuviéramos presentes, como si girara, esgrimiendo las dos hojas curvas de acero, alrededor de su elefante triunfal.

—¿Te acuerdas de él? —me dijo Hipólito—. Es el que trajo a Annone, el elefante, desde Portugal, para León X; el que hablaba con el elefante.

—Sí —le respondí—, lo recuerdo.

Hipólito deslizó su mano una vez más sobre las cuerdas.

—Al elefante —prosiguió— lo pintó Rafael.

Cesó la música. Abul cayó de hinojos y el cardenal de Cortona inició un breve aplauso, golpeando tres dedos sobre la palma. Aplaudió Catalina de Médicis. Gritó Lorenzino. Giorgio Vasari arrojó una flor al africano que continuaba de rodillas, cerrados los ojos, las cimitarras curvas en el césped como dos alas de plata.

Pierio Valeriano citó a Lucrecio. Messer Pandolfo citó a Horacio. Adriana, inesperadamente coqueta, se volvió hacia mí y me sonrió.

—Se llama Abul —agregó Hipólito—. Si quieres, te lo regalo.

La posesión de Abul me llenó de terror y de alegría. Cuando Hipólito me lo regaló, haría un año que yo estaba en Florencia. Trato ahora, desde lejos, infinitamente lejos, trato de ordenar mi cabeza, de indagar en mi memoria, y de entender cómo pasó y se escabulló ese año, qué sucedió con el tiempo, y comprendo que la novedad de aquella vida, al revolucionar mis anteriores hábitos y lanzarme repentinamente al corazón de un mundo distinto, al que debí adaptarme, torció mis nociones preestablecidas y me envolvió en una especie de torbellino cuyo vértigo puso alas a los días y a las horas. Los meses seguían andando. Atropellábanse los acontecimientos. Los astrólogos predijeron otro diluvio y el fin del planeta, para un mes de febrero próximo; lo aguardamos, con oraciones, con bromas, y al transcurrir febrero, quemamos los libros de los astrólogos. Sin *peur* y sin *reproche*, murió el caballero Bayardo. Francisco I fue prendido en Pavía. Reformáronse los franciscanos y nacieron los capuchinos. Murió también la renombrada Julia Farnese, la “Bella” hermana del futuro papa Pablo III, y pariente mía por su casamiento con el Orsini señor de Bassanello a quien llamaban el Monóculo, pues era tuerto. Al llegar a Florencia la noticia de su fallecimiento, Alejandro de Médicis no me escatimó las pullas, pues nadie ignoraba el desairado papel que su marido había desempeñado en la época en que ella era amante del papa Borgia. Lo dejé hablar. Que desahogara su encono de bastardo. Después de todo, el parentesco era asaz distante.

Mi abuela me escribía a menudo. En cambio jamás recibí una línea ni de mi padre, ni de mis hermanos, ni del cardenal Franciotto. Cada diez días se apeaba en el *cortile* el mensajero de Bomarzo. En sus cartas, mi abuela me refería las modificaciones arquitectónicas que mi padre había emprendido en el castillo. Los príncipes, impulsados por la lectura de los poetas griegos y romanos, descubrían el encanto de la naturaleza, y los alrededores de las ciudades comenzaban a poblarse de villas grandes como palacios, con estatuas, con fuentes, con escalinatas, con parques umbrosos. La idea de la *villeggiatura*, con lo que ella comporta de aristocrática imitación del modo de vivir antiguo y de desdén por las inquietudes propias de las capitales, brotaba y se expandía. Gian Corrado Orsini no quiso ser menos que los demás y se entregó al gozo de construir. Yo continué después la obra y la conduje a su esplendor máximo, pero en ese período, cuando Beppo me presentaba las cartas de mi abuela que yo besaba antes de romper los sellos, me acongojaba pensar en lo que estaría aconteciendo en mi adorado Bomarzo, y sentía que me despojaban arteramente de lo más mío, porque muchas veces no lograba captar exactamente qué quería decirme mi abuela en su prosa salpicada de elegantes ironías, y recogía la equivocada impresión de que el castillo medieval de los Orsini había sido derribado piedra a piedra, y de que, más tarde, quién sabe cuándo, si tenía la suerte de regresar al familiar refugio, no reconocería mi casa. La realidad era muy otra, y mi padre se limitaba, según comprobé en su momento, a disfrazar el castillo, dándole unos falsos aires palaciegos pero sin conseguir que perdiera nada de su vigorosa, casi brutal esencia.

A mis hermanos, Diana Orsini apenas los nombraba. Quizás calculaba que su recuerdo podía importunarme. Y yo ansiaba enterarme de sus vidas. Adivinaba, allende las líneas trazadas por el firme pulso de mi abuela, que

interponían entre ellos y yo un enrejado de tinta cortesana, la evolución de Girolamo, todavía más despótico, más cruel, y de Maerbale, más cobarde, más frívolo. Detrás de la minuciosa escritura, mechada con noticias de los vecinos y con alusiones a la existencia dentro del propio Bomarzo —la yegua a la que mordió una víbora y que hubo que matar; el hallazgo de unos vasos etruscos; el florecer de las rosas en el jardín; la lectura en alta voz del largo poema de Ariosto, cuya segunda edición había aparecido recientemente—, yo veía diseñarse las gráciles figuras enemigas de mis hermanos y, aunque era feliz en Florencia, una súbita nostalgia me oprimía el pecho. No sufría por la falta de Girolamo o de Maerbale o de mi padre; sufría porque cualquier mención de ellos se vinculaba invariablemente con el recuerdo de mi abuela, y a ella sí la extrañaba, ella sí me hacía falta entre los extranjeros. Al principio creí que iría a visitarme, siendo tan viajera, y le rogué en mis cartas vehementes que lo hiciese, pero pronto dejé de reclamárselo, comprendiendo que el cardenal y mi padre se lo habían prohibido y que eso formaba parte de mi desalmado destierro, de mi extirpación del círculo familiar de los bellos Orsini, y me resigné a no volver a verla, acaso para siempre, lo que intensificó la amargura que fermentaba en mi corazón. Soñaba entonces, soñaba mucho, y mi abuela invadía mis sueños, de suerte que yo deseaba la caída de la noche, pues ella me devolvería el simulacro bondadoso de la que amaba tanto, y si bien mis compañeros de Florencia eran incomparablemente más cordiales que los que me habían hostigado en Bomarzo con su saña, prefería a la amistad de Clarice, de Hipólito y de Giorgino Vasari la imagen intocable de mi abuela que me devolvían los sueños.

En el palacio de la via Larga el tiempo se había detenido mágicamente y era imposible medir su curso. Los estudios a la vera de Pierio Valeriano me embargaban y me aislaban del correr de los días. A la *Duchessina* y a Adriana dalla Roza sólo las encontraba ante testigos. Ellas también se preparaban, afilando sus armas, para ingresar en un mundo en el cual la mujer, abandonando la reclusión pasada, representaba junto al hombre un papel preponderante. Aprendían latín y griego, hasta conversar en esas lenguas; conocían a los escritores clásicos y a los actuales; cantaban los versos de Virgilio al son del laúd; discutían a Cicerón; bailaban con exquisita donosura, cultivaban el arte complejo de fascinar. Y fascinaban, poéticamente, como si fueran algo incomparablemente prodigioso, casi monstruoso, una mezcla de pájaros saltarines, vestidos de estupendos plumajes, y de sabios mundanos capaces de discurrir sobre Vitruvio, sobre Plinio, sobre Columela, sobre Petrarca, sobre el divino Rafael. No ha de sorprender, pues, que los minutos no les alcanzaran para el pequeño jorobado de las manos sensibles que las contemplaba de lejos, ruborizándose, disimulándose en el grupo de los donceles, detrás de tantas espaldas perfectas, de tantos hombros armoniosos, de tantas piernas derechas como estoques.

Mi soledad sensual crecía y simultáneamente mi concentración en mí mismo, en el pobre cuerpo deforme que constituía el único instrumento de mi pasión y que, con una triste fidelidad que lo hubiera hecho acreedor por lo menos a una parcela de mi cariño, en lugar del odio que me inspiraba, continuaba estremeciéndose, gimiendo y saboreando en retraída vergüenza la

fugaz alegría que le procuraban los fantasmas que yo manejaba a mi antojo. Una noche, como en Arezzo, Beppo, que había bebido más de la cuenta, quiso arrancarme de esa peligrosa incomunicación autárquica, e iniciarme, con alguna de las mujeres que entibiaban su lecho, en el intercambio voluptuoso que mi adolescencia añoraba desesperadamente. Era una idea fija; ignoro qué fruición personal esperaba obtener del postergado espec-táculo. Lo mismo que en Arezzo, lo rechacé con fría cólera. Terminé prescindiendo de él totalmente, como si no fuera mi paje, como esquivaba a Alejandro de Médicis, en cuya precocidad ardiente presentía una censura burlona, quizás la sospecha de mis torpes, angustiados manejos. Y también, por razones diametralmente opuestas, prescindí de Ignacio de Zúñiga, cuya piedad y severo equilibrio me enrostraban calladamente mi carencia pecadora de un fervor espiritual de altas proyecciones. De manera que si insisto en que en Florencia fui feliz al principio, ello debe interpretarse comparando la vida que allí llevé con la que en Bomarzo me impusieron. En Florencia estaba, por lo demás, Hipólito de Médicis, paradigma de la generosidad, pero Hipólito desaparecía a menudo, reclamado por sus cacerías, por las ceremonias públicas de la Toscana, por la frecuentación de las hembras famosas. Estaba Clarice Strozzi, pero ella me atormentaba con su obsesión frente a los bastardos y con los planes que ante mí exponía desembozadamente, en el secreto de su habitación —Lorenzino se echaba a sus pies como un lebrél obediente—, alimentando el fuego cuyas llamas encenderían a la Toscana del futuro, devuelta a los Médicis legítimos. Y estaba por último Abul, finísimo, esbelto como un rey negro del Veronés, nacido para decorar una pintura mitológica, en el techo de un palacio, cerca de Cleopatra agonizante, entre palmeras, columnatas y cortinados; pero Abul, como Hipólito, se esfumaba durante un mes o más, hacia lejanos combates con osos y jabalíes. Así que cuando su amo me lo regaló, caprichosamente, sin previo aviso, vacilé antes de aceptarlo —sabiendo que lo aceptaría, importándoseme un comino la opinión de Beppo y de Ignacio de Zúñiga—, pues no me juzgaba digno de esa propiedad desmesurada. Sin embargo su posesión, en lugar de alegrarme plenamente, me desazonó. Me cohibía con su dignidad, con el misterioso ritmo que emergía de lo hondo de su ser y que se reflejaba tanto en la cadencia de sus movimientos como en la calma de sus miradas. Y desde que Abul fue mío multipliqué más que antes, como si en ellos buscara distracción, alivio y estímulo para continuar enfrentado a la azarosa existencia que me había fijado el destino y cuyas implicaciones laberínticas no lograba percibir, los versos clandestinos en los cuales ensalzaba, torturando metáforas y metros, la hermosura de Adriana dalla Roza, la maravilla de sus ojos violeta, color del Egeo, el alabastro de sus manos en las que brillaba el topacio que excluía la posibilidad tumultuosa del amor.

Mi abuela me contagió en esa época su vehemente entusiasmo por el gran poema de Ariosto que ella había recibido, a su vez, de su amiga Isabel Gonzaga, duquesa de Urbino... aquella cuya predilección por los enanos tanto me afligía. Leí, pues, los 46 cantos del *Orlando Furioso* (completé la lectura más tarde, cuando vio la luz la tercera y definitiva edición) y, fascinado por el descubrimiento de un mundo de prodigios, leí también los dos poemas anteriores que giran como decoradas ruedas barrocas alrededor de los

paladines: los 28 cantos del *Morgante* de Luigi Pulci, y los 69 cantos del *Orlando Enamorado* de Mateo Maria Boiardo. Esas lecturas, fabulosos folletines poéticos, hubieran sido difíciles hoy para mi impaciencia, pero en aquel entonces me apasionaron porque, con sus infinitos episodios, situaciones, personajes y entrelazados vínculos familiares de afecto y de perfidia, fueron algo así como los *romans-fleuves* del Renacimiento. Por encima de su interés fantástico, me seduce su épico humorismo. Mi sensibilidad ha reaccionado siempre de la misma manera, y si hoy me atraen los escritores más diversos, de Dante y Shakespeare y Góngora a Proust y Joyce y Virginia Woolf (y también al zarandeado y admirable autor de *Lolita*) es —además, claro está, de su calidad esencial muy honda— por la sal de ironía terrible que, en medio de un párrafo aparentemente grave, los torna de súbito capaces de sonreír y de reír, y los relaciona con las pinturas flamencas que, en la opulencia de sus composiciones, abren pequeños postigos insólitos hacia zonas de gracia cotidiana y pintoresca, que nos aproximan vertiginosamente a sus autores, borrando la majestuosa separación del tiempo y las circunstancias.

¡Cómo gocé con los *Orlandos* y el *Morgante*! ¡Qué influencia, qué enorme influencia ejercieron sobre mí! ¡Cómo me ayudaron a vivir entonces, poblando mi vida de reflejos áureos! Lo que yo no podía hacer, lo que no podría hacer nunca, otros lo hacían por mí, saltando armados de los folios. Comprendo el fervor que suscitaron. Comprendo que la marquesa de Mantua y Galeazzo Visconti se trabaran en disputa sobre la preeminencia de Rolando o de Reynaldo, como si discutieran los méritos de Pompeyo y de César. Quien había ingresado en aquel mundo de feroz encantamiento sentía vibrar a sus héroes alrededor, más vitales que los crueles fanfarrones que nos rodeaban. La brutalidad solapada de los condottieri y de los príncipes envenenadores, que tanto me sobrecogía, la de mi padre, precipitándome en una celda que encerraba a un esqueleto coronado de rosas; la de mi hermano Girolamo, persiguiéndome con sus amigos ebrios en las noches de Bomarzo, se transformaban en las páginas de Ariosto en un loco, divino forcejeo de gigantes y de campeones, que galopaban o violaban impulsados por una especie de santa alegría higiénica. Todo crecía en esas páginas; todo era inmenso. Olvidado de mí mismo, entraba en los relatos como un guerrero, como un gigante más, como si me enderezara y como si una de las hadas que por ellos circulan me hubiera despojado, gracias a un toque breve, del bulto que el destino me había echado sobre los hombros. ¡Oh maravilla! ¡Maravilla de la maravilla!

Messer Pandolfo no aprobaba mi transporte. Juzgaba a Ariosto demasiado popular y un poco chabacano. Aquello de *fra l'una e l'altra gamba di Fiammetta...*, del Canto XXVIII, lo sacaba de quicio. Sus anteojeras de dómene rústico no le dejaban ver más allá de los arquetipos clásicos, entre los cuales se movía su pluma de escoliasta, segura de no equivocarse. Él estaba por Aquiles y Eneas, quienes poseían pasaportes homéricos y virginianos, legalizados oficialmente, desde la remota antigüedad, con muchos sellos eruditos. Rolando y Astolfo le parecían invenciones sospechosas, de anónima raíz, que se deslizaban furtivamente entre los bustos sacros y osaban parangonarse con ellos. Para él no eran más que unos aventureros auspiciados por acróbatas y

recitadores ciegos, en los mercados, desprovistos de la nobleza augusta que es patrimonio indiscutido de la *Ilíada* y la *Eneida* y que los poetas cultos cantaban sucumbiendo ante una suerte de snobismo al revés, con el vicio imperdonable de sustituir el latín ritual de los vates por la lengua subalterna de todos los días. Claro que no expresaba su repudio en voz muy alta y se limitaba a monosilábicas reticencias, pues no quería comprometerse frente a los señores frívolos cuyo favor ansiaba. En cambio Pierio Valeriano —a quien, por otra parte, se cita en el *Furioso*— daba a regañadientes su beneplácito al poema, con la sagacidad dúctil que le confería el largo uso cortesano y que le enseñaba que los señores, por alguna misteriosa razón irritante, no se equivocan al dictaminar sobre lo que atañe más sutilmente al refinamiento, y que las grandes damas ilustradas, conductoras de la opinión, que originan las modas (y que, invariablemente, en el curso de los siglos, fundan o impulsan las instituciones de arte), son dueñas de un olfato especial que les permite discernir intuitivamente los nuevos valores del espíritu ligados con ciertos aspectos particulares de la civilización.

La verdad es que las cortes elegantes de entonces, imitando a las de Ferrara, Mantua y Urbino, deliraban con las historias de caballería, en las que reconocían algo así como la exaltación de las proezas de sus antepasados mitológicos, de lo más suyo, de lo que más justificaba sus prerrogativas. Y aunque los barones simulaban mofarse indulgentemente de las gentes sencillas y crédulas que sólo podrían apreciar la envoltura exterior de los complejos relatos, y que, en las plazas, oían atónitas a los narradores ambulantes que referían la ficción de Brandimarte y de cómo fue robado de la casa paterna y vendido como esclavo, hasta que se descubrió que ese sarraceno era hijo del rey de la Isla Lejana y casó con su adorada Fiordalisa, otra sierva del mismo señor, al saberse que a su vez era hija del rey Dolistone... los barones sólo simulaban mofarse, acodados a las ventanas de sus palacios porque luego, riendo y frotándose las manos, hacían subir las escalinatas a los rapsodas zurcidos de cuentos, y se deleitaban con sus fábulas de mágico atletismo. Messer Pandolfo no los entendía. Se necesitaba para ello ser más aristocrático, como nosotros, como los Gonzaga y los Montefeltro, o más plebeyo, como los auditorios de las plazuelas. En una palabra, se necesitaba ser más auténtico, menos artificial. A mí me conmovieron como a Diana Orsini. Miraba a esos héroes como parientes. Si me hubieran dicho que Bradamante, la hermana de Reynaldo que iba por los caminos revestida con luciente armadura y lidiaba de igual a igual con los hombres, formaba parte de mi genealogía, no me hubiera inmutado lo más mínimo, porque en mi genealogía figuraba la princesa de Taranto, María d'Enghien, esposa de Raimondello Orsini, conquistador del Santo Sepulcro, y esa princesa, heredera de magníficas posesiones, de viuda defendió a Taranto como un capitán valiente, con espada y coraza, contra el rey de Nápoles, de Sicilia, de Hungría y de Jerusalén, con quien terminó casándose, todo lo cual podría constituir cómodamente un canto más del *Orlando Furioso*, y si Bradamante resultaba una sucesora mítica de Hipólita, reina de las Amazonas, y de Camila, la que secundó con sus armas a Turno contra Eneas, María d'Enghien había sido, en Italia, su genuina sucesora en carne y hueso.

El recuerdo de aquellas alegorías gravitó sobre mí poderosamente. Años después, cuando conseguí llevar a cabo el Sacro Bosque de los Monstruos cuya semilla maduraba en lo profundo de mi ser y que fue el corolario artístico de muchas y distintas contribuciones, la memoria de los *Orlandos* me sugirió algunas de sus esculturas extrañas, hombres descomunales, dragones y arpías, de modo que si el *surrealismo* de mi creación —que provoca actualmente el estupor de maestros de esa escuela tan imaginativos como Salvador Dalí— debe buscarse en fuentes telúricas como la que provee la tradición etrusca local, o en homenajes sentimentales como el que suscita el elefante de Abul, también se lo debe buscar en el hechizo que brota de Boiardo y de Ariosto, caldeado de genial fantasía. Desde cierto punto de vista, el Sacro Bosque de Bomarzo ha sido, en piedra, lo que *Orlando Furioso* fue en peregrinas palabras. Uno y otro inician una época, una revolución en el arte. Me ufano de lo que dentro de esa revolución me corresponde y que los críticos no me han reconocido hasta ahora. Se ha escrito que el *Furioso* representa, con Boiardo y Pulci, la última forma del interés por la poesía de los paladines. Sí, pero además representa la primera forma de otro interés, moderno. Lo mismo sucede con mis estatuas. Un mundo estético nuevo, más libre, aguardó detrás de mis Maravillas, monumento elevado a Orlando, a Ruggiero, a Reynaldo, a Angélica, a Astolfo, a Bran-dimarte, a Bradamante, a Grifone, a Aquilante, a Fiordiligi, a Atlante, al mago Merlín.

Lo que acentuaba no poco para mí el interés de esas lecturas, es que yo había identificado a sus personajes con mis compañeros de Florencia y de Bomarzo. Hipólito era Orlando; Clarice Strozzi, Bradamante; Pierio Valeriano, Merlín; Beppo era Branello, el siervo ladrón, el que robó a Angélica el anillo encantado... ¡ay, después comprobé la exactitud de esa sustitución literaria!; Benvenuto Cellini era Astolfo; mi padre y Girolamo eran Agramante y Rodomonte, los reyes enemigos de los paladines; Catalina de Médicis era Marfisa; Adriana no era sino muchas mujeres, porque era las enamoradas sucesivas que surgen en los cantos; y Abul... a Abul lo busqué dentro del poema hasta que hallé a Aquilante el Negro, hermano gemelo de Grifone el Blanco, y entonces yo quise ser Grifone, porque eso significaba que juntos partiríamos en pos de aventuras y que, protegidos por nuestras dos hadas, por el Hada Bruna y por el Hada Blanca —cuyos papeles estaban, democráticamente, a cargo de la zapatera de Portugal y de Adriana dalla Roza— combatiríamos el uno al lado del otro y mataríamos al cocodrilo sanguinario que cuidaba al malhechor de Egipto, hijo de un hada y de un duende. Éramos los amigos de Astolto (de Cellini-Astolfo), el bromista, el que decía las verdades, y como Astolfo estuvo en una isla que era en realidad una ballena, a semejanza de las descritas por los soldados que iban a América y a las Indias Orientales, mandé después esculpir una ballena en Bomarzo, transformando una roca colosal en un monstruo de abiertas fauces.

En el jardín del palacio de la via Larga, en el *viridarium* umbroso que los Riccardi destruyeron torpemente un siglo más tarde, cuando lo compraron a los Médicis, entre los arbustos tapados en forma de ciervos, de perros, de elefantes y de galeras de velamen henchido, yo me escondía a leer, después de las lecciones. A veces Abul venía a echarse a mis pies y yo adivinaba en sus ojos

que quería que le narrara una de esas historias alucinantes. Entonces le contaba el episodio de cuando Aquilante el Negro y Grifone el Blanco lucharon, inseparables, para obtener las armas de Héctor, el troyano, o el episodio de cuando defendieron a Angélica; y, si la brisa rizaba el follaje, deducía que el Hada Blanca y el Hada Bruna nos espiaban detrás de los setos de boj. O si el azar facilitaba que Adriana y Catalina aparecieran por el jardín, me atrevía a conversarles y estaba tan compenetrado de la música de los endecasílabos y del lenguaje de Ariosto que me afanaba por reproducirlo en mis discursos y creía hablar en verso. Ellas rompían a reír y yo, sin saber si reían de mis metáforas absurdas o de mi facha más absurda todavía, caía de las nubes, convertido por los magos ruines en un probado retórico, y me avergonzaba, me desesperaba, sondeando en sus ojos la exacta razón de su risa, hasta que, en la próxima oportunidad, nuevamente hechizado por la magia del Furioso, tornaba a repetir mis inflamadas pobrezas y a angustiarme.

Así vivía yo, como en un sueño. Así se me escapaban los meses. Todo era sueño en Florencia: Hipólito, Ariosto. Adriana, Abul, Orlando, Bradamante. El maestro Pierio Valeriano había dispuesto que estudiáramos la *Historia Natural* de Plinio, que enseña que no hay nadie más desgraciado ni más orgulloso que el hombre, y que enseña también que ningún ser posee una vida tan frágil ni pasión tan ardiente. Y su texto anotado iluminó mi imaginación con más y más figuras quiméricas: el basilisco, cuya mirada quema la hierba y destroza los peñascos, el fénix, que vive tanto tiempo como el que requieren el sol, la luna y los cinco planetas para recuperar su posición inicial, el hipocentauro, el dragón, el unicornio, el grifo de largas orejas y pico curvo; la esfinge de pelaje rojizo; el catoblepas cuya cabeza es tan pesada que la arrastra y cuyos ojos dan la muerte; las yeguas que fecunda el viento... Todo, las personas, la literatura, el estudio, era como un sueño multicolor, con cúpulas, con pórticos, por el cual cruzaban, fulgurantes, veloces amazonas y animales inverosímiles. Todo fue un sueño que alimentaba mi imaginación y mis ansias de muchacho frágil y ardiente, consustanciado con la afirmación desdeñosa de Plinio. Un sueño...

Hasta que enfermó Adriana.

Era la suya una enfermedad misteriosa, cuyo diagnóstico escapaba a los físicos de Florencia. Los primeros días, para impetrar el favor del cielo en socorro de la niña, Clarice Strozzi mandó comprar una figura de cera a la via del Servi en la cual trabajaban los fabricantes de imágenes: una muñeca que, con su pelo rubio, pretendía reproducir los rasgos de Adriana, y la envió a la iglesia de la Annunziata, donde la suspendieron entre luminarias, consagrando la paciente a la Virgen. Pero Adriana no mejoró. De nada sirvieron los médicos ignorantes, a quienes Henri Cornelius Agrippa compara con los buitres que revolotean alrededor de la carroña y que, según él, trotaban melancólicamente de una botica de apotecario a la otra, inquiriendo si no había orinas para examinar. Probablemente el mal se vinculaba con la peste que había asolado a Florencia dos años antes, a la cual se mentaba como el castigo peor que la ciudad había sufrido desde el siglo XIV, y que resurgió poco más tarde, tremenda, devastadora, entre un séquito de charlatanes que recetaban pociones inútiles y que, asustados, desaparecieron pronto. Adriana dalla Roza

languidecía en su lecho del palacio. Adriana, más bella que nunca, en la habitación sombría que olía a drogas, encendidos los extraños ojos violetas, se había tornado tan exangüe y transparente que su cara recordaba el tono de ciertos camafeos imperiales, con unas venas muy azules en las sienes. Sus manos yacían sobre las cobijas, como muertas. Había enflaquecido tanto, que el topacio se le deslizaba del anular, presto a caer. Así la vi muchas veces, durante cuatro semanas.

De noche, cuando nadie se enteraba de ello, yo me dirigía a su aposento de puntillas, metiéndome con un cirio parpadeante por los pasillos solitarios. Cuidaba de ella una mujer de la casa de Clarice, llamada Nencia, hembra madura ya, cuarentona, de caderas fuertes, cuyo tufo acre se mezclaba al de las pócimas y que, no bien llegaba yo, me acogía con una sonrisa cómplice, me hacía una reverencia cortesana, abandonándome la silla donde cabeceaba junto al lecho y se apartaba hacia el fondo de la sala en penumbra. Me acomodaba allí; estiraba los pies sobre un taburete; y toda mi tarea consistía en velar a mi adorada, cuyo delirio, salpicado de palabras confusas, crecía con el amanecer. A veces llevaba uno de mis libros, para combatir la modorra, y entonces la habitación se colmaba de encantamientos. Como Ariosto multiplica en su poema los nombres de los sitios de Italia que se prolongan desde los Alpes hasta Sicilia, los episodios cobraban para mí una alarmante realidad. Entrecerraba los ojos e invocaba a Merlín, para que acudiera y, con un filtro, con un ademán, salvara a Adriana. Otras veces Nencia se adelantaba a hablarme quedamente, como si brotara, con su rostro enérgico y un andar inesperadamente elástico para su volumen, de las vagas colgaduras que contribuían a la magia del lugar, pues damas prisioneras habían tejido en esos paños, siglos atrás, las figuras de otras damas, como ellas reservadas y tristes, que se marchitaban eternamente entre lebreles y árboles. Nencia era soltera y ya entonces confieso que su proximidad me inquietaba un poco, porque de repente su mirar se inflamaba sobre la autoritaria nariz y, aunque extremaba las fórmulas de respeto, su presencia acechante se añadía a la perturbación que nacía del ámbito. Me hablaba de su niñez, en una aldea de los alrededores de Roma. Su devoción por los Orsini rayaba en la extravagancia. Se le llenaba la boca cuando aludía a uno de los nuestros. Sentía, en seguida lo advertí, una admiración ciega por las viejas familias, por los títulos, por la gloria de los linajes. De tanto en tanto se atrevía a formular una pregunta y yo, adulado por su curiosidad, me apresuraba a responder, desenredando la madeja de los parentescos y de las vidas, como si alzara ante sus ojos ávidos una punta del velo que cubría al orsiniano sanctasanctorum. También departíamos, para burlar al sueño, sobre consejas de duendes y de milagrería. Le conté lo que en Plinio había leído, acerca del hipocentauro que desde Egipto enviaron al emperador, conservado en miel; y ella me refirió lo que sabía del monstruo que exhibieron en Roma, en el Campo di Fiore, cerca del Palacio Orsini, y que tenía cuerpo de niña, cola y cabeza de gato. Cuando la escuchaba, oteaba hacia los rincones, temeroso de espectros.

Esa intimidad estimuló su audacia, y una noche —recuerdo que Nencia se había sentado a los pies de la cama y que yo estaba en mi ubicación habitual, alargado sobre el taburete, con el libro abierto en las rodillas— en mitad de

una conversación en la que yo, a media voz, le explicaba la posición de mi abuelo Franciotto dentro de la corte de Clemente VII, exagerando quizás su crédito en la camarilla del pontífice, la mujer avanzó el busto redondo, extendió una mano y me tocó una pierna, como obedeciendo al interés que en ella despertaba el relato. Aquel contacto insólito, envuelto en un soplo de su olor recio, me produjo asco y cierta desazón difícil de clasificar, sensual sin duda, que no era desagradable, de modo que, sonrojado, volví a la lectura de *Orlando Furioso*. Me halagaba, por supuesto, observar la importancia que la solterona concedía a cuanto se relacionaba con los míos (me había dicho, en una oportunidad: “los Orsini están hechos de otra pasta que los Médicis, señor Pier Francesco”), pero me halagaba más comprender que, aunque muy mozuelo y jorobado, yo había sido capaz de provocar —yo mismo, yo solo, yo, por mis propios y miserables méritos— un interés especial en esa mujer hecha y derecha, con una sombra de bozo en el labio y unas carnes firmes sobre las cuales jugueteaba, en el escote, el oro de las velas. Mas al punto, como arrepentida de su temeridad, Nencia se alejó hacia el fondo del cuarto, hacia el refugio verdinegro de los tapices, como si se esfumara en un bosque, y recobré la calma lentamente, en la contemplación de la inspiradora de mis versos, que se desvanecía, fantasmal, bajo el desorden de las coberturas, tras la geométrica irrealidad cristalina que proyectaba con su tornasol el reflejo de los frascos. Luego, como en pasadas ocasiones, terminé por adormecerme, y no sé si soñé que Nencia me acariciaba o si en verdad me acarició, resbalando sus manos trémulas sobre mis piernas desiguales, como si rozara una reliquia, porque eso éramos los Orsini para ella, unas reliquias mundanas y guerreras, unos relicarios de divina sangre que se veneraban en los palacios más nobles de Europa, ya que en todo gran palacio contábamos con aliados y parientes y los cuarteles de nuestro escudo se entrelazaban con los de las casas principales en Italia y allende sus fronteras; y entonces hasta yo, por participar de la sangre de la Osa, hasta yo, que cuando tropezaba con mi propia efigie en un espejo daba vuelta la cabeza, merecía que se me idolatrara secretamente y que se me tocara y acariciara con supersticioso temor y deleite, como si de mí emanara un fluido sacro, antiguo y triunfal como nuestra raza obedecida. Pero esta vez, en la duermevela —y, lo repito, acaso soñando— creí discernir en la presión reverencial que se me dedicaba un elemento más, voluptuoso, lujurioso, algo que me iba dirigido individualmente y que se desprendía y desplazaba de aquella atmósfera de admiración general hacia sectores míos, algo que nadie podía compartir. Insisto en que quizás se tratara de una alucinación elaborada por mi íntima y dolorosa lascivia en permanente acecho, siempre pronta a inventar propicias imágenes, si bien, cuando retorné como un espectro a mis habitaciones, llevé conmigo, entre repugnante y ufana, la sensación de una conquista que me causaba una nueva inquietud.

Entre tanto, Adriana parecía mejorar despacio, como si su adolescencia fuera triunfando del mal. Muy débil, sujeta aún a intermitentes desvaríos cada vez más espaciados, me reconoció y me agradeció mi solicitud. La mujer se borró entonces, como si no existiera, confundiendo lo mismo que en los primeros días con los pliegues neblinosos de los tapices, pero yo —tal era la debilidad de Adriana— no arriesgaba a prolongar la charla con la pequeña, de

modo que un oscuro silencio solía pesar sobre nosotros. Me entretenía meditando en mi pasado injusto y en mis perspectivas futuras. Nadie me vedaba imaginar, y en mis fantasías el destino de Adriana y el mío se anudaban, porque yo, prodigiosamente, ya no era jorobado, así que retornábamos a Bomarzo juntos, a reinar al lado de mi abuela. Otras quimeras —la de un porvenir heroico, digno de las hazañas de los Orsini; la de ensalzadas victorias literarias; la de la venturosa amistad del negro Abul, compartida con Adriana; la de la privilegiada inmortalidad que me prometía el horóscopo de Sandro Benedetto— flotaban alrededor, aleteantes, reverberantes como el mundo de los *Orlandos*; y la verdad es que si yo volvía noche a noche a acurrucarme a la vera de mi pobre amada, lo hacía no sólo para vigilar su sueño intranquilo, sino para gozar, en su aposento callado, de una vida ficticia y gloriosa, recreada sin cesar. Hacíalo también porque al alivio que allí experimentaba, trezado con utópicas ilusiones que lograban la consistencia de una realidad feliz, se sumaba la turbadora emoción que me causaba la presencia de la otra mujer, la mujer que hubiera podido ser mi madre pero que me desasosegaba con sensaciones equívocas, y que yo vislumbraba, más allá de los candelabros, como algo denso y escudriñante.

Un día, al alba, nuestra soledad se rompió. Abrióse la puerta del cuarto, y Beppo entró por ella, fija en la cara la sonrisa de siempre. Me dijo que había estado en mi habitación, suponiendo que yo lo había llamado, y que al no encontrarme a horas tan altas, agitado, había salido a buscarme por los salones. La evidencia del pretexto me irritó. Me irritó que me hubiera descubierto allí y seguramente hubiera perdido los estribos y lo hubiera castigado, como en Arezzo cuando me propuso que compartiese su cama y su ramera, de no mediar la proximidad de Nencia y de Adriana. Me limité, pues, a ordenarle que se retirase, dominando apenas mi cólera, y mientras le hablaba velozmente observé con qué velocidad sus ojos andaban por la habitación, apoderándose de cuanto ésta contenía, desde mi figura, cuya giba abrumó más aún mis espaldas, hasta la figura yacente del lecho, que a su vez lo envolvió en la claridad afectuosa de su mirada, y hasta la tercera figura que, asomada en la media luz de su ángulo, lo saludaba con una corta inclinación y respondía a su sonrisa eterna con otra sonrisa cordial.

Aquella intromisión efímera quebró el encanto. Desde entonces se me antojó que la atmósfera había cambiado, como si en ella se hubiera introducido un tósigo impalpable. La noche siguiente, Nencia dejó su aislamiento para preguntarme si Beppo estaba a mi servicio hacía mucho tiempo y para inquirir, con enojosa indiscreción, sobre su familia. Barrunté que tendría noticias de la leyenda de su origen, que lo convertía en mi hermano bastardo, y que el propio Beppo habría difundido sin duda, en la cuadra de los pajes, para aumentar su crédito. Le contesté bruscamente, zanjando la cuestión con una mueca despreciativa, sin darme cuenta de que así confirmaba los rumores, pero comprendí que no había conseguido vencerla y, a medida que la semana fue andando, una sospecha cruel —la de que Beppo, tal vez de mañana, cuando yo asistía con los Médicis a las clases de Messer Valeriano, era muy capaz de visitar a escondidas el aposento de Adriana dalla Roza— creció en mi ánimo, sin que nada firme contribuyera a alimentarla; creció como una intuición, como

aviso sutil de peligro. Interrogué a Ignacio y a Abul al respecto, con subterfugios, pues me parecía desdoloroso revelarles una duda tan agravante, pero no supieron aclararme nada. Interrogué también a Nencia, quien no me entendió o simuló no entenderme ya que yo presentaba mi demanda sibilina con tales vueltas y excusas que era muy posible que no se me entendiera. Con Clarice y Catalina era inútil hablar: por miedo del contagio de esa desconocida fiebre, jamás penetraban en la parte del palacio donde Adriana padecía entre la impotencia enfática de los médicos. Lo incuestionable es que el encanto se había quebrado, y que aunque continué acudiendo al lugar de mi desazón —y en dos ocasiones llegué a él antes de mediodía, escapándome con una evasiva de la clase— nada pude averiguar, y, de no haber sido yo tan celoso y desconfiado, quizás hubiera olvidado el incidente y las consecuencias que maliciaba mi aprensión.

Por esa época intensificó mi alarma la pérdida del topacio de mi amiga. Noté que no estaba en su anular una noche, no bien me instalé, y con alterada voz lo indiqué a su acompañante. Era imposible consultar a Adriana, postrada en un semisopor, de suerte que la mujer y yo nos pusimos a rastrearlo por el suelo y las cobijas, alzando el candelabro cuyo resplandor molestaba tanto a Adriana que ella me rogó que lo alejase. Nencia me prometió que a la mañana siguiente investigaría mejor, cuando acomodara a la enferma, y que estaba segura de hallarlo. Pero el anillo, el mágico anillo que constituía para Adriana una defensa semejante a la de una armadura hechizada, no apareció entre las cuatro paredes.

Para que se valore la intensidad de la agitación que me causó el extravío de la sortija, debo insistir en los rasgos supersticiosos de mi espíritu que yo compartía, por otra parte, con los hombres más cultos del siglo. El papa Pablo III Farnese que ciñó la tiara poco después, vivió rodeado de ocultistas y de astrólogos, y al proceder así participaba de la convicción agorera de Boccaccio, quien, dos centurias atrás, creía a pie juntillas en el presagio por los sueños y que Eneas había visitado el Infierno realmente. Las sabientes damas que conversaban en latín, los señores famosos que gobernaban los estados, daban por verdadera la sustancia de los duendes y la posibilidad de escudriñar en lo pasado y en lo porvenir. Obraban como los dictadores contemporáneos nuestros —Hitler es un ejemplo célebre—, los cuales, a semejanza de los remotos monarcas de Egipto, de Caldea, de Grecia y de Roma, que interrogaban al vuelo de las aves, a las entrañas de las víctimas, a la lengua de las sacerdotisas inspiradas por arcanos vapores, no dieron un paso sin consultar los signos en las estrellas, en los naipes o en el dibujo de las manos. La inclinación a lo oculto ejerce sobre los hombres un raro y justificado poder. Thomas de Quincey calculó que por cada superstición del tipo de las que desvelaban a los paganos, nosotros poseemos veinte. Lo calculaba en el siglo XIX; ahora probablemente poseemos más. Recuérdese, respecto a este asunto, la curiosidad que en mi caso desató el horóscopo de Benedetto, augur de un capitán tan serio como Nicolás Orsini, cuya hija, por lo demás, casó con un hermano del pontífice Farnese que cité antes, lo cual anudó de linaje a linaje los lazos de la superstición. Por lo que atañe a tan arduo problema habría mucho por escribir. Se han escrito libros enteros y seguirán escribiéndose. Yo constituyo, de todos

modos, la prueba viva de que los planteos aparentemente lógicos que rigen el mundo, para tranquilidad de sus habitantes, son susceptibles de modificarse de súbito, violando las leyes de reputación más sólida. Y no hay que olvidar que yo he visto al Diablo, *vu, de mes yeux vu*. He creído y creo que algunos de los seres que llamamos muertos son capaces de aparecérsenos, en condiciones determinadas. Creo que nos rondan siempre. Creo que nos espían desde los balcones del cielo que menciona Baudelaire y que si lo juzgan oportuno se descuelgan de ellos por escalas de neblina. Y he creído y creo que ciertos objetos, ciertos árboles, ciertos edificios, no son lo que afectan, en su fingida inmovilidad obediente. En aquel entonces, por descontado, moviéndose en un clima más propicio, entre brujas volantes y eruditos que afirmaban, como Paracelso, la efectividad de silfos y ninfas, o que juraban poseer, como Cardano y, algo más tarde, Torcuato Tasso, un demonio familiar, mi fe etrusca en las fuerzas secretas, y en su injerencia en nuestro medio absorto, se robustecía continuamente. A corta distancia de Florencia, hacia Fiésole, en Fontelucente, hechiceras de ojos y dientes postizos extraían el agua mágica. Más al sur, en Norcia, cerca de Spoleto, se alzaba, amenazador, el gran centro nigromántico de los Apeninos, donde se consagraban los libros esotéricos y donde residían, en un pozo, las hermanas de la Sibila de Norcia y la tía del hada Morgana. Aretino lo anota, quizás por burla, quizás también con disfrazado pavor. Se deducirá, sobre la base de tantos antecedentes, la angustia con que comprobé la falta de la sortija de Adriana.

La niña no podía aclarar lo acaecido. Su debilidad barajaba las imágenes del delirio con las reales. Tenía la impresión de que Beppo había estado a su lado, pero no coordinaba sus memorias. Después supe que no me decía toda la verdad y entendí la razón por la cual callaba Nencia. El topacio de las vírgenes se había volatilizado, se había tornado invisible, como el anillo que, en el *Orlando Enamorado*, su padre dio a Angélica, y que usufructuaba la virtud de hacer desaparecer a quien se lo metía en la boca y de conjurar cualquier encantamiento cuando se lo llevaba en el dedo. El siervo Brunello, mandado por el rey Agramante, robó la sortija de Angélica y consiguió el reino de Tingitana. Alguien había robado la sortija de mi hermosa y había conseguido tal vez otro reino. Torturé a Beppo a preguntas, como un inquisidor. Lo conminé con mi tono más intimidante; le prometí dinero; se lo di. Y no obtuve más que negativas. Su rostro, que el tiempo modelaba y embellecía a semejanza del de mi hermano Girolamo, permaneció impasible. Entonces, puesto que Adriana había sido despojada de la casta piedra que la defendía de las trampas eróticas, presumí —yo contaba todavía catorce años y mi ingenuidad corría paralela con mi complejo apasionamiento, hecho para apuntar simultáneamente a varios seres distintos— que la joven, inerme, me otorgaría su amor, y redoblé el fuego ineficaz de mis baterías poéticas, miradas lánguidas y suspiros, colocándome en el claroscuro de su habitación de manera que sólo mi cara fina, de acentuado patetismo, y mis nobles manos elocuentes obraran como emisarios de mi ternura. Pero ella opuso a mis ataques el muro de su indiferencia desmayada y hasta, algunos días, se me antojó que aparentaba estar amodorrada, cuando yo me introducía en su cuarto. Una hora después me quedaba, como siempre, dormido (porque el pobre jorobado nervioso, flaco,

desgastado, se dormía auténticamente) y volvía a soñar que Nencia me acariciaba los brazos y los muslos con perita persuasión.

En el ínterin, sin previo aviso, el cardenal Franciotto Orsini llegó a Florencia.

Mi abuelo viajaba, como correspondía a su investidura, con una comitiva de treinta personas. En su palacio de Monterotondo y en el que habitaba en Roma, no lejos de la iglesia de S. Giacomo degl'Incurabili, su casa alcanzaba a un centenar de servidores. Aunque no me alegró verlo, me alegró pensar que me traería noticias directas de Bomarzo, y su lujo lisonjeó mi vanidad cuando desmontó en el *cortile*. Acudí a recibirlo allí, con el cardenal Passerini, Hipólito y Alejandro. Bastaba ver a mi abuelo para aquilatar su nobleza. La vida militar, la majestad eclesiástica, la educación en el medio de Lorenzo el Magnífico, y la invulnerabilidad que otorgan la sangre vieja y la garantía de encontrar doquier a parientes en posición encumbrada, combinábanse afianzando su prestigio. Ese cúmulo de circunstancias lo había ayudado a triunfar sobre los fastidios de unas finanzas en perpetuo desorden, fruto del despilfarro que imponía la emulación de los demás cardenales. A pesar de que sus rentas eran cuantiosas, no llegaban a cubrir los gastos de Monterotondo y vivía siempre al margen de la ruina. Para ayudarlo, su primo León X le había transferido la herencia del obispo Silvio Panonio, pero luego resultó que esa herencia no era muy sustancial, pues años antes el citado obispo había empeñado parte de sus bienes en favor del cardenal de Aragón, que sin embargo poseía enorme peculio. Franciotto Orsini debió enzarzarse en pleitos con la sucesión del cardenal, a fin de enfrentar a sus propios acreedores, y no le quedó más remedio que entregar algunas de sus propiedades a la viuda del banquero Chigi. Por eso, cuando mis padres se casaron, mi abuelo sólo pudo liquidar el quinto de la dote establecida. Mi padre se entendía con él —eran, lo he dicho ya, muy parecidos—, pero no bien se presentaba un motivo de discusión, le enrostraba la falta de cumplimiento de su promesa. Yo los oí varias veces, en Bomarzo y en Roma, trenzarse en ásperas disputas. Aquellos 1.200 ducados que aún tenía que abonar de la dote —y eso que mi madre ya había muerto— desesperaban al cardenal Franciotto. Su prodigalidad no conocía límites. Las libreas de sus criados, vestidos con los colores de los Orsini, costaban una fortuna, lo mismo que el entretenimiento de sus armas, de sus jaurías, de sus caballos, de los halcones que le enviaban de Chipre, de Creta y del norte de África, y que las fiestas con las cuales pretendía remedar el esplendor mediceo. Mentábanse sus mitras de seda, sus pieles de armiño, de marta cebellina, de camelote forrado, sus espuelas de oro. El cardenal Orsini se ufanaba de su pompa. Sólo conmigo era tacaño. Por eso me sorprendió que, no bien puso pie en tierra y me tendió su mano a besar, me entregara una gruesa cadena adornada con zafiros. Lo hacía para lucirse delante de los Médicis, quienes lo acogieron como a un deudo ilustre; Passerini le besó la mejilla.

Su afán por brillar en el círculo de los descendientes del Magnífico —de quienes, empero, se mofaba en conversaciones con los otros Orsini, pues los juzgaba advenedizos y bastardos— era obvio. Costaba reconocer en aquel caballero cortesano, tan obsequioso con las damas, que extremaba los

melindres hasta el amaneramiento, al anciano colérico de Bomarzo. Como muchos grandes señores, reservaba la mala educación y el mal humor constante para entrecasa, de modo que el propio Hipólito, cuando quise darle a entender que esa actitud no pasaba de un disfraz superficial y que en nuestras tierras tenía fama de violento, me reprendió diciéndome que exageraba y que no debía permitir que se agriara mi carácter, pues el collar de zafiros que colgaba sobre mi pecho proclamaba los sentimientos generosos del padre de mi madre.

Pavoneándose, en la primera tertulia, el cardenal refirió la ocasión en que había contribuido a salvar la vida de León X. Yo había escuchado el cuento veinte veces, y la compañía reunida en la sala de aparato lo conocía también, pero seguimos prolijamente el relato (yo pensaba en Adriana, en Nencia, en lo que estarían haciendo), mientras mi abuelo declamaba como un actor que vuelve y vuelve a repetir su parte, y describía la caza en la que un lobo atacó al papa y en la cual Francisco Orsini y los cardenales Salviati, Cibo y Cornaro lo ampararon, en la polvareda que levantaban los perros, hasta que, cuando el capitán Aníbal Rengoni ultimó a la fiera de una estocada, Su Santidad —cuyo cielo estaba poblado de muchos dioses— declaró que su cabeza no hubiera estado mejor protegida si hubiese tenido a Marte por defensor. En aquella misma oportunidad se habían celebrado los funerales de un halcón de mi abuelo en una torre del castillo de Palo (creo que esto lo he narrado ya; probablemente me estoy repitiendo como él) y esa anécdota gustó más que la otra. Clarice Orsini declaró que no hay mejores halcones que los de Creta, que son verdaderos príncipes, y miró de soslayo a los ilegítimos, a Alejandro y a Hipólito.

Franciotto Orsini trajo también noticias de la situación de la Iglesia. Había sabido que algún tiempo antes, durante la peste de Roma, un griego había embaucado al pueblo con una farsa. Aseguraba el griego que había domado un toro, murmurándole al oído palabras secretas, y lo había sacrificado en el Coliseo con ritos paganos, delante de un grupo de imbéciles, para aplacar, según decía, a las potencias infernales. Los romanos supusieron terminadas sus penurias y hubieron de convertir al toro en dios. Cuando los esbirros papales trataron de encarcelar al engañador, se produjo un tumulto, así que fue menester organizar procesiones expiatorias, con gente que se golpeaba el pecho. Me acordé de Abul hablándole al elefante Annone. Entonces adiviné que algún día mandaría elevar un monumento al elefante, y que Annone, por su vínculo con Abul, para mí sería como un dios. Pero su evocación del griego sacrílego no agotaba el capítulo de agravios del cardenal. En las calles de la Ciudad Eterna habían surgido unos ermitaños sospechosos, que vociferaban y llamaban anticristo al Santo Padre, y la gente había descubierto el presagio de un astrólogo de Urbino, quien le había confiado a Agnesina Colonna, hacía más de veinte años, que Roma sería saqueada por enemigos venidos del norte, pues se lo anunció el examen de las constelaciones de Cáncer y de Capricornio. Mi abuela se escandalizaba. Ponía los ojos en blanco y unía hipócritamente los dedos orantes. ¡Dónde iría a parar el mundo! En el fondo le encantaba asustar a los parientes de Clemente VII, mientras proclamaba su respeto filial por el pontífice. No había conseguido absolutamente nada en pro de Maerbale, que ya tenía trece años; ni siquiera una promesa. A Rafael Riario, a Juliano della

Rovere, el que fue Julio II, y a Hipólito de Este, les habían dado a los diecisiete el capelo. Hipólito fue obispo a los nueve; y un decenio después, Nicolás Caetani di Sermoneta fue exaltado a la púrpura a los doce. Contrariamente, para Maerbale Orsini no parecía haber perspectivas y las alusiones de su abuelo se deshacían frente al despego del Vicario. Claro que el cardenal calló esos descalabros íntimos y continuó enumerando calamidades públicas. Su colega Silvio Passerini meneaba la desconfiada cabeza de pajarraco avariento y se encomendaba a la Virgen María.

La única vez que mi abuelo me recibió a solas, sin una nube de gentileshombres y criados alrededor —en realidad no había ido a verme; Florencia constituía una etapa en su viaje hacia sus más lejanas posesiones—, me dio sobre los míos informes muy escasos. Mi padre y Girolamo guerreaban de nuevo. La ruptura del tratado de Madrid por el rey Francisco de Francia, una vez libre, avivaba las brasas del odio. Mi abuela empezaba a decaer. Salía con Maerbale —al nombrármelo junto a Diana Orsini, aprovechó para hincarme un agujijón de celos—, a caminar lentamente por el jardín de Bomarzo. Los imaginé, pesaroso: ella, erecta, apoyada en su bastón; él brincando graciosamente, respirando las flores; un paje y unos galgos detrás. Las obras de la villa progresaban poco. El cardenal no aprobaba los desembolsos de su yerno, que en su opinión eran inútiles, así que cambió de conversación. Mis estudios no le interesaban. Plinio... Horacio... Catulo... Bostezó; me observó con el lente que usaba plagiando a León X, y su ojo, que el grueso cristal abultaba como el de un batracio, paseó sobre mi espalda, sobre mis piernas. Me despidió con un breve ademán del guante y abrió su libro de horas. No sé si el cardenal rezaba, pero de tanto en tanto hojeaba un devocionario muy hermoso, miniado por Cosimo Rosselli.

Pocos días antes de su partida, mi abuelo mostró las uñas y tuvo una idea despiadada. Acaso lo hizo para burlarse de mí; acaso para probarme; acaso de buena fe, porque su plan se ajustaba a su concepto de la virilidad; acaso para llevarse a Bomarzo, de regreso, los detalles picantes de una anécdota que haría reír hasta las lágrimas a mi padre y a Girolamo, procurándoles una maldita y turbia alegría; acaso, por último, para congraciarse socarronamente con los Médicis, pues no sabía qué pensaban de su nieto, el jorobado, y por nada del mundo hubiera interrogado a Hipólito o a Clarice sobre tan espinoso tema, ni menos hubiera querido dejarles suponer que la consanguinidad lo cegaba torpemente cuando se trataba de mí.

Se le ocurrió que yo, que aún no había cumplido quince años, ya estaba en edad de conocer lo más íntimamente posible a una de las meretrices famosas a las que cortejaban caballeros y prelados y cuyos séquitos, señalados por un boato y una seriedad que rivalizaban con los de las damas principales, me habían deslumbrado desde mi llegada, a su paso que anunciaba el áureo tintineo de las mulas, por las calles florentinas. De haber sido otro su carácter y otra su disposición frente a mi desgracia, tal vez yo pudiera deducir ahora que, al proceder así, mi abuelo trataba de destruir los complejos que sin duda embarazaban y sofocaban a su nieto deforme, pero descarto esa probabilidad y me atengo a la conjetura primera de que el suyo fue un pensamiento

gratuitamente incompasivo, con ciertos ribetes sádicos. Confió su plan a Hipólito, quien lo halló acertado —él, sí, estoy seguro, al actuar de esa suerte, lo hizo calculando que era para mi bien—, y entre ambos maquinaron la conspiración en la que ingresó pronto, sin revelarme tampoco palabra del asunto, Beppo, listo siempre para expediciones de esa laya. Conmigo iría también Giorgino Vasari, para hacer frente a igual experiencia. Pero no era sencillo llevar a la práctica un proyecto como el que combinaban y se requirió el influjo del *capo* Hipólito y del cardenal para que se cumpliera en corto plazo.

Las cortesanas —que antes se habían llamado, con más exactitud, pecadoras, *peccatrici*— se dividían a la sazón en tres grandes grupos. Había las meretrices *honestae*, las de prestigio mayor; las de candela, *de lume*, así designadas, según algunos, porque, a falta de servidores, iluminaban ellas mismas las traidoras escaleras ante sus huéspedes, y que frecuentaban de noche los bancos de piedra que flanqueaban las fachadas de los palacios; y había por fin las que sumaban a la prostitución distintas profesiones (camiseras, lavanderas) y solían reunirse en los barrios alejados, en casas que simulaban dedicarse al negocio de colocar criadas, a las cuales acudían los funcionarios y los literatos pobres, los desventurados que mi maestro Pierio Valeriano describe, quienes allí comían, charlaban y realizaban los ejercicios más o menos trascendentes que motivaban su presencia en tales sitios. Entre unas y otras categorías, circulaban por los pórticos de Florencia determinadas viejas insalubres organizadoras de citas y vendedoras de hierbas, untos y filtros de amor. Un muchacho de mi condición, hijo del duque de Bomarzo y nieto de un cardenal de la Santa Iglesia Católica, sólo podía ensayar sus armas en batallas de ese género, dentro del primer grupo, el de las *honestae*, lo cual complicaba las cosas, pues las *honestae* eran sumamente difíciles y se daban grandes aires. He aludido ya a la inquieta maravilla con que yo veía desfilar sus cortejos numerosos, cuando se dirigían a misa o a los baños públicos o se visitaban entre sí, trasladándose con un tren que podían envidiar las señoras de linaje y fortuna. Los jóvenes patricios aprendían en sus casas el arte de las buenas maneras. En ese sentido fueron tan útiles aliadas de la civilización como las *cocottes* de la Francia de Napoleón III y de comienzos de este siglo. Para obtener una cita en una de sus fastuosas residencias, centro del snobismo intelectual, era menester poner en marcha todo un mecanismo de empeños y créditos importantes, y aun así a veces era necesario aguardar largo tiempo para alcanzar tan alto favor. Eso, como es natural, las había engreído. Hubo una, en Roma, que era hija (así se murmuraba, por lo menos, cosa que ella no desmentía) precisamente de ese poderoso cardenal de Aragón que dilapidó, antes de que mi abuelo la usufructuara, la herencia del obispo Panonio. En su casa se discutía a Petrarca, e Hipólito de Médicis elogió su cabellera en versos que perduran. Hubo otra tan soberbia que no toleraba que ningún hombre se le acercase si no lo hacía de rodillas, para lo cual su casa estaba sembrada de almohadones. La que a mí me tocó en suerte era, por cierto, una de las *honestae* en cuestión, pero una de las menos ilustres. Respondía al nombre de Pantasilea, de acuerdo con la costumbre que exigía que las meretrices *comme il faut* buscaran sus apodos en la historia antigua o en los mitológicos entreveros.

Quizás no haya olvidado el lector que cuando fugazmente con Benvenuto Cellini, en la playa del castillo de Palo, me narró el lance de su asistencia a una comida de artistas con un muchacho español disfrazado de mujer, pues cedió la cortesana que debía acompañarlo a uno de sus amigos. Esa cortesana era Pantasilea. Desde entonces, aprovechando el tiempo, Pantasilea había progresado. Del círculo de los artistas había ascendido holgadamente al de los señores y eclesiásticos que les encargaban sus obras; y de Roma, por razones que luego se explicarán, se había ido a Florencia, donde presto fue notoria. En ella fijó sus ojos Hipólito de Médicis, cuando el cardenal Orsini le comunicó su propósito. Mi abuelo y el príncipe hicieron funcionar las ruedas de la intriga, y —el desembolso debió ser sustancioso— consiguieron para pocos días después, con idas y venidas de Beppo, combinar la entrevista buscada. Presumo que Beppo aprovechó su condición de correo y de banquero provisorio, además de su cara hermosa, para lograr los favores de Pantasilea sin ningún dispendio personal. Lo presumo porque, conociéndolo, me parece obvio que así fuera. Quién sabe si no esgrimió el argumento de que, ya que tenía que despabilar a un jorobado, era lógico que la mujer se desquitara de antemano con un mozo de tan buena estructura. O quizás se habrá cobrado de esa suerte su comisión. De cualquier manera, el hecho carecía de importancia.

Mientras se desarrollaban unos manejos que tan de cerca me incluían, yo estaba a mil leguas de imaginarlos. Seguía visitando escondida y nocturnamente a Adriana; seguía recorriendo, de tarde, con Abul o con Ignacio de Zúñiga, los lugares donde la preza de la galante aristocracia florentina se congregaba para comentar los acontecimientos ciudadanos y donde la amistad y el parentesco de los Médicis contribuían a que se tolerase mi facha sin aparente sorna. Entre los mármoles de la Plaza Santa Liberata, de tan deliciosa frescura, en el banco de los Spini o en la galería de los Tornaquinci, una de las quince mentadas *loggias* que convocaban a la gente trivial y grave de la ciudad, oía las glosas de política, de adulterio, de pintura, de letras... Hasta que por fin, cuando todo estuvo pronto, mi abuelo me anunció que al día siguiente por la tarde gozaría de la prerrogativa de una visita (“una visita amorosa”, me dijo) a la casa de Pantasilea.

La noticia me anonadó. Si bien me picoteaba el lascivo hormigueo, no concebía que nada así pudiera suceder. Y menos, mucho menos, de ese modo. A veces pensaba que, en un momento imprevisto, mi encuentro fundamental con una mujer —con *la* mujer— tendría que producirse, y especulaba con la idea de que ello acontecería como resultado de las circunstancias, del azar, del destino, casi lógica e ineludiblemente, como una enfermedad desemboca en la convalecencia, pero nunca provocando con organizada alevosía el contacto ansiado y temido. Y, de haber organización previa, lo que jamás me pasó por la mente fue que ella estaría a cargo de mi abuelo, cuya indiferencia patente alternaba, cuando se trataba de mí, con una repulsión velada apenas, de manera que mi primera deducción, al recibir el golpe insólito, fue que el plan de Franciotto Orsini recelaba una trampa. El miedo de una burla, de un escarnio, se añadió entonces al otro miedo, al miedo esencial que yo experimentaba frente al misterio de la mujer, como consecuencia de mi físico singular y de la forma en que éste había modelado mi tortuosa psicología. Temblé. Mi aspecto

debió ser ridículo en ese instante y comprendo la sonrisa leve que asomó a los labios del cardenal, aumentando mi angustia. Para mi abuelo, para mi padre, para Girolamo, para la larga línea de nuestros espléndidos antecesores, aquellas cosas terribles se habrían presentado, cuando surgieron en sus caminos, como lo más sencillo y natural de la tierra. Estaban hechos para enfrentarlas, dominarlas y gozarlas. Yo, maniatado por mi timidez y por la obsesión de las trabas de mi cuerpo que, en lugar de facilitar el hallazgo de ese mundo desconocido, meta de un viaje difícil, tenían que entorpecerlo y hasta imposibilitarlo —por la aversión que sin duda suscitarían en mi ignorada compañera de ruta—, había postergado sin término la probabilidad de tal encuentro y, si en alguna ocasión, en sueños, lo imaginaba, lo revestía de un aire irreal, como si perteneciera al ámbito de la fantasía. Si sucedía, que sucediera; allá se vería entonces... Entre tanto, refugiado en la incomunicada fruición secreta que yo mismo desencadenaba y que no implicaba el riesgo de ningún rechazo, puesto que, mientras mi pobre sensualidad se enardecía, era yo, como un titiritero avezado, quien manejaba a voluntad a los actores que intervenían en sus escenas, y refugiado también en la reclusión de un dédalo sentimental que embargaba mi ánimo y poblaba mi soledad con emociones distintas, a las que Adriana, Nencia y Abul contribuían con la diversidad de sus personalidades, creía no requerir nada más para subvenir a mis exigencias adolescentes. Que me dejaran en paz: eso es lo que anhelaba. Que se olvidaran de mí; que me dejaran...

Era vano ensayar de oponerse. Demasiado bien sabía yo cuál era el talante de mi abuelo. Cualquier intento contrario agravaría las cosas.

—Hipólito de Médicis —me dijo el cardenal— ha tenido la bondad de consentir en acompañarte. Puedes darte por bien servido, con un príncipe de escudero. Yo no lo hago por respeto a esta púrpura. Antes, cuando ceñía armas, era diferente... Hubiera ido contigo. Irá asimismo tu paje Beppo, que es tan avisado. E irá ese muchacho pintor, Vasari. Creo que él también —sonrió mi abuelo y mostró su boca desdentada— hará su visita inicial a Venus. Felices ustedes. Envidiables...

Lo único que obtuve, pues la batalla estaba perdida de antemano, fue que Abul participara de nuestra empresa. Con él a mi lado me sentiría más seguro; Franciotto Orsini me lo concedió graciosamente. Reverberaba de buen humor. Me tendió un frasco y añadió:

—Perfúmate, Pier Francesco. El joven príncipe debe ir perfumado. Y ponte el collar de zafiros. Será como si yo estuviera allí.

Pasé una noche atroz, aguardando. No me atreví a llegar a la habitación de Adriana, tal era el estado de mis nervios. Dormí apenas y mi sueño sobresaltado se colmó de imágenes confusas, de entreverados cuerpos que creaban una especie de Laocoonte carnal y monstruoso. Me desperté de madrugada, bañado en sudor. El recuerdo de Beppo y de la hija del posadero, entrevistos en Arezzo, me perseguía. Lo único que me infundía cierta confianza era el nombre de la meretriz, Pantasilea. Acaso fuera la misma de Benvenuto Cellini y, si yo le hablaba del artífice y de la amistad que me había demostrado —abultándola hasta probarle que éramos íntimos—, tal vez la cortesana me trataría indulgentemente y me ayudaría, con mi giba, con mi vergüenza, con mi

apocamiento, con mi orgullo, con mi espanto, con las cargas innatas de las cuales no podía despojarme, a pasar el trance injusto que el cardenal Franciotto les imponía a mis próximos quince años infelices.

Hasta esa edad, los dos episodios de mi existencia que me impresionaron más fueron el enfrentamiento con el esqueleto coronado de rosas, en Bomarzo, y la aventura con Pantasilea, en su casa florentina. Ambos me dejaron en la boca un sabor acre y aceleraron el ritmo tumultuoso de mi corazón. Planeo ahora, por encima del tiempo enorme, hacia el último, y, a pesar del muro de siglos que se interpone entre nosotros, revivo su angustia con una intensidad que me ahoga. En mi memoria, a pesar de su índole diametralmente distinta, no consigo separarlos, tal vez porque en ambos casos mi sensibilidad sufrió congojas similares, hijas del terror ante lo desconocido, ante lo agresivamente misterioso, vinculado en las dos ocasiones con la ansiedad perpleja que el cuerpo humano me comunicaba, y que en la una era provocada por el pavor arcano de la muerte y en la otra por la alarma ante el secreto de la vida. Vida y Muerte, como dos figuras alegóricas, la Mujer Desnuda y el Esqueleto, presiden así el portal que da acceso a mis primeras emociones más hondas. Luego diré cómo, en el Bosque de Bomarzo, me ocupé de esos símbolos.

Me resigné, pues, a mi condena, que para los demás hubiera sido una fiesta incomparable, y al día siguiente a la establecida hora, partí para lo de Pantasilea con mis acompañantes. Me irritaba que Giorgino Vasari, que atravesaría por una iniciación igual y que era apenas un año mayor que yo, aparentemente no participara de mi desasosiego. Su carácter franco y simple hacía que tomara todo con naturalidad. Pero él era un hombre como cualquier hombre, y yo no. Yo era un error, un desorden de la naturaleza. ¿Quién podía ser feliz, haciéndome feliz? ¿Quién podía ganar placer acariciándome? ¿Nencia? ¿Tenía yo acaso la certidumbre de que Nencia me había acariciado, de que no había inventado sus caricias? ¿Y Pantasilea? La meretriz, por motivos profesionales, había visto desfilar muchos cuerpos por su lecho público, pero seguramente no habría visto ninguno como el mío. Mi cuerpo no era de los que se desnudan sino de los que se esconden. No podía ser usado por los demás como un instrumento de alegría. Si para mí lo era, ello se debe a que, aun en sus desórdenes, la naturaleza es sabia, y su piedad no deshereda totalmente a sus hijos.

Extremé el cuidado en mi indumento color cereza; me bañé en perfume; me puse el collar de zafiros; colgué una perla de mi oreja horadada, aunque me dolía un poco, pues las originalidades que en Bomarzo suscitaban el repudio, en Florencia se aplaudían e iniciaban las modas, y me reuní con mis compañeros en el *cortile*. Hipólito, de azul y avellana, con diamantes en el birrete y un lirio florentino en los dedos, que llevaba para Pantasilea, estaba más hermoso y más comunicativo que nunca. Me palmeó, me tomó del brazo y salimos a la calle. Iba del otro lado Giorgino, algo preocupado, es cierto, con el paño gris prestado que no le ajustaba muy bien y a la zaga caminaban Beppo y Abul, el primero ufano de las ropas de plata y gules, nuestros colores, que él consideraba tal vez los suyos y que entonces perdían su carácter de librea. Mi abuela le había dado esas ropas que su estiramiento había obligado a alargar.

En cuanto a Abul, andaba ceñido, como un bailarín por su malla, por un traje blanco y oro que había sido de Filippo Strozzi y que Clarice le había regalado, cuando entró a mi servicio, porque la divertía el contraste de aquellas nieves sedosas y el fúlgido azabache de sus manos y su cara. Él era el único que no se cubría la cabeza. Los demás nos coronábamos con unas plumas danzarinas. Formábamos así, mientras avanzábamos por las vías de la ciudad más bella de Italia, un grupo de policromía gárrula, en cuyo centro se disimulaba un jorobado tímido y en el que no faltaban ni la nota oscura del africano esbelto ni la nota señorial del paje con bordados heráldicos, para mostrar a la gente que a nuestro paso se abría y que saludaba a Hipólito, la condición excepcional de quienes, sin duda alguna, se dirigían con tan luminosos atuendos, haciendo llamear los matices y las crestas, como pájaros orgullosos, a una empresa de amor.

Dije que Pantasilea había progresado. Su casa lo evidenciaba. Era una casa que olía a ámbar y a agua de rosas. Alabastros y pórfidos proclamaban sobre las esculpidas credencias, la generosidad de sus amantes. Los tapices evocaban el rapto de las Sabinas, en un retorcimiento de mujeres forzadas y de caballos enardecidos, pero yo, tan apto para gozar con esos estéticos lujos, no los aprecié, atento sólo a la náusea que me estremecía. Una larga mesa colmada de vinos y manjares centraba la habitación principal donde nos introdujeron, la cual, vecina de la *loggia*, en el primer piso, se bañaba de suave claridad. En aquella *loggia* se entreveían unos pavos reales, cuyas semicirculares colas abiertas parecían indicar para el resto, con sus esmaltes azules y verdes, la entrada del jardín del Paraíso. Yo, azarado, no los consideré así, porque según esa superstición personal de mi abuela, que sus nietos compartíamos, los pavos reales acarreaban mala suerte y tanto lo creía Diana Orsini que en nuestro palacio de Roma había mandado quemar un tapiz en cuyo follaje resplandecía una de las aves de Juno. Su cercanía me confirmó, desde el principio, que mi visita a Pantasilea no produciría nada bueno. Y el grito agorero de los pavones, que acompañó mi presencia desde la próxima terraza, es inseparable, todavía hoy, del recuerdo de mi ensayo angustioso, pues todo el tiempo, aun cuando no los veía, los sentí alrededor, arrastrando los terribles plumajes o desplegándolos en nefastos abanicos. Los oigo ahora, en la biblioteca donde escribo estas páginas.

Había en el aposento varias mujeres, amigas y protegidas de Pantasilea — una de las cuales estaba destinada a Giorgino— que nos acogieron con ceremoniosa medida, ya que las cortesanas habían aprendido a no extremar las manifestaciones, imitando en eso también a las señoras aristocráticas que les servían de modelo. Vestían todas de brocado, con telas acuchilladas y pródigos escotes que descubrían sus pechos firmes, y sus alhajas, que reproducían doquier los espejos y los vidrios, desparramaban sobre los muros y los muebles sus brasas movedizas. La pampa de los ropajes y las joyas titilaba también en un curioso poliedro de cristal que colgaba de la techumbre, como una lámpara, y que me intrigó como un instrumento de brujo. Dos viejas encapuchadas cuchicheaban en la penumbra. Pero Pantasilea no estaba allí. Nos dijeron que vendría pronto; que acababa de regresar de los baños. Hipólito bebió un vaso de vino y, fiel a su costumbre, pidió un laúd y se puso a cantar.

Luego Beppo tocó no sé si una resina o una pavana, que Hipólito y Giorgino bailaron con las mujeres. Hasta ese momento las cosas no andaban mal. Aquello se parecía a una de las fiestas de palacio presididas por Clarice de Médicis. Verdad que las muchachas, riendo, acosaban a Abul, cuyo tinte y elegancia las fascinaban, y que, por su condición de esclavo mío y probablemente para no inquietarme más, pues sabía cuánto me amedrentaba esa expedición, rehuía sus audaces exigencias; pero a mí me dejaban tranquilo. Era notorio que estaban al tanto del caso especial que se les presentaría, y les agradecí desde lo hondo del alma que no mostraran ninguna sorpresa ante mi aspecto. Las dos viejas se me acercaron, con mil aspavientos, mientras proseguía el baile, llamándome “señor duque”, como si yo lo fuera, y me ofrecieron de beber, charlotteando ávidas, preguntándome cuál era mi exacto parentesco con los Médicis, y yo, recobrando algo mi apostura ante la mención de temas que tanto importaban a mi vanidad, consentí en responderles y en apurar dos, tres, cuatro copas de vino trebbiano, en pos de un coraje ficticio.

Entonces apareció Pantasilea. Su cabellera roja, teñida con los reflejos sutiles caros a los venecianos, en la cual se entrelazaban unas frescas hojas de laurel con hilos de perlas, como en la frente de una poetisa; la blancura de su piel, que alisaba el aceite de almendras; el dibujo purísimo de sus rasgos; sus ojos verdes, su boca frutal, su fragilidad armoniosa, la cadencia de sus movimientos, la gracia de su pecho, levemente pintado para realzar su forma; los rubíes sembrados en su túnica transparente que se desvaía en la vaguedad de los tonos de la flor de la glicina; su voz, un poco ronca, que resonaba como si siempre hablara por lo bajo, confidencialmente... de nada me he olvidado... Ha transcurrido el tiempo, el largo tiempo y no he perdido un pormenor de la delicada orfebrería que era Pantasilea... Apretaba contra el seno un perrito, un gozquecillo maltés, blanco, enrulado, de ojos muy negros, semejante al que contempla a San Jerónimo, en el óleo del Carpaccio de la Scuola degli Schiavoni.

Mi corazón aceleró sus latidos de terror y de maravilla... Cesó la música. Detuviéronse las parejas, o Hipólito, Giorgino y yo nos acercamos a saludarla; Hipólito lo hizo familiarmente, abrazándola y basándola en la boca, y le entregó el lirio que le llevaba, con tanta nobleza en el ademán de sus diecisiete años como si le entregara un cetro. A mí, Pantasilea —que no parpadeó al mirarme— me besó en la boca también, pero rozó mis labios apenas, como Clarice, Catalina y Adriana, cuando me dieron la bienvenida en el palacio de los Médicis, porque la cortesana seguía en todo los usos señoriales. Prueba de ello es que a Vasari, que no era noble, sólo le tocó la diestra con los labios fruncidos. Su llegada cambió el aire de la reunión. Nos sentamos, nos acomodamos en muebles cubiertos de cojines, y la meretriz encauzó la conversación hacia las novedades de la literatura. Le gustaba poner en esas entrevistas venales y sensuales un barniz intelectual. Los escritores la frecuentaban, le obsequiaban sus libros. Yo respiré, aliviado. Quizás la aventura no fuera más allá. Se habló de los últimos autores (Hipólito daba la réplica con un tono de sofisticada superioridad algo excéntrica, con cierto dandismo sarcástico) y, como se hablara también de Ariosto, de la segunda edición de su poema, pude murmurar una palabra, una frase, a propósito de mi

ídolo, que Pantasilea juzgó atentamente, frunciendo las cejas y deslizándose el índice por la mejilla, como si yo hubiera sido Pierio Valeriano o el cardenal Bembo. Detrás, de pie, Abul y Beppo escuchaban. Las criadas ofrecían las copas grandes como cálices, los rubíes de la túnica de la meretriz rivalizaban con los rubíes del vino. Vasari le preguntó qué significaba el poliedro de cristal que del techo pendía, y ella condescendió a explicarle que era la exacta reproducción de un diseño de Leonardo da Vinci, uno de los que figuran en el tratado de la *Divina Proportione* de Luca Pacioli y que se ven también en el retrato del matemático por un discípulo de Piero de la Francesa. Hipólito se mostró muy enterado de esos misterios científicos, que yo ignoraba por completo, y la charla, en la cual ya no pude terciar, rodó entonces hacia las virtudes de la *Sección Áurea*, que interviene en la construcción del pentágono regular pues es la división de un segmento en media y extrema razón, cuyas propiedades —e Hipólito citó al propio Fra Luca Pacioli— corresponden en semejanza a Dios mismo. El *capo* hubiera podido seguir así durante media hora, y la meretriz lo atendía con un rictus cortés, mientras hablaba, señalando el objeto mágico que se balanceaba allá arriba y que parecía resumir en el fulgor de sus facetas toda la sabiduría del mundo, hasta que una de las viejas se acercó a Pantasilea y le susurró al oído. Ella sonrió brevemente y me miró. Sentí que los colores me subían a la cara.

—Que siga la danza —dijo Pantasilea—. El príncipe Orsini y yo debemos entretenernos aparte de graves asuntos.

Creció la algazara de las mujeres. Un pandero saltó, rebotó y agitó sus sonajas. Vibró el laúd. La cortesana me tendió la mano, como una reina, depositó en el suelo cuidadosamente al perrito maltés, que se sacudió y nos precedió corriendo, y juntos nos retiramos. Por la *loggia* entraban, con el sol tardío, los rumores de Florencia, mezclados con los gritos aciagos de los pavos reales. Alcancé a distinguir, en un espejo, la silueta blanquinegra de Abul, doblada en un saludo.

De espejos estaba cubierta la habitación adonde Pantasilea me condujo, y eso que no había prosperado todavía la boga que luego creció y a la cual se debió que, cuando Catalina de Médicis era reina de Francia, decorara una de las salas de su palacio, en París, con ciento diecinueve espejos. Me vi reflejado en ellos con horror. En los muros, entre los paños de tapicería, múltiples jorobados vestidos de color cereza, con una perla balanceándose sobre la sien y al cuello un collar de zafiros, me contemplaron, sonrojados por la soflama del pudor que avivaba la proximidad de la meretriz y por la vergüenza que emanaba de mi cuerpo. No les valía de nada a esos engendros repetidos por los cristales la seducción de sus caras nobles y de sus ojos tristes. No les valía de nada su adolescencia, su lozanía. Los espejos copiaban desde todos los ángulos mi traza de bufón, y si los que tenía enfrente me devolvían mi imagen desde la perspectiva mejor, pues me brindaban los ángulos más propicios del rostro y el contorno más oportuno de las manos, ellos me reservaban también —al aprisionar conjuntamente la figura que les tendían los otros espejos, ubicados detrás de mí— la visión maldita de mi torcido espinazo y la certidumbre de que esas lunas enemigas que me cercaban traicioneramente conspiraban para

abochornarme con su aterrante cortejo de polichinelas. Me acordé, un segundo, del día en que Girolamo y Maerbale me disfrazaron de bufón, en Bomarzo. Como esa vez, un pendiente colgaba de mi oreja horadada. Tuve espanto de mí mismo, espanto, espanto, y cerré los ojos. El perrito maltés, revolcándose en las pieles y derribando la pila de libros que había sobre el piso en un rincón del cuarto, se puso a ladrar ridículamente, como si él también, con su voz aguda, fuera una pequeña cortesana y estuviera burlándose del príncipe Polichinela, de aquel que leía los versos inmortales, soñaba con ser un gigantón maravilloso, como Briareo, como Anteo, como Caligorate, más todavía, como ese colosal rey Morgante que usaba por arma un badajo de campana y que reposa entre las tumbas de los gigantes en Babilonia. Pero yo no era más que un enano. Ahora lo advertía. A pesar de que poseía una estatura casi normal, yo no era más que un pobre enano, por el hecho estúpido de acarrear una giba sobre los hombros.

Lo peor que pudo hacer Pantasilea, para tranquilizarme, fue hablarme de los jorobados con naturalidad. Me asombra que se le ocurriera. Evidentemente, había captado mi angustia —no se necesitaba ser un psicólogo astuto para deducir su origen— y en su ingenuidad calculó que, procediendo de ese modo, establecería entre ambos una camaradería, una complicidad, que facilitaría nuestra relación. Pero no se puede tratar naturalmente a lo que desquicia la naturaleza. Y mientras ella se desvestía, recurriendo, en el azar de sus lecturas, al recuerdo glorioso de Esopo, al mucho menos glorioso de Tersites, a quien Ulises llama *orador facundo* y a quien el mismo Ulises vapuleó con su cetro, y por fin a la remanida memoria de Alejandro y Gian Lucido Gonzaga, el místico y el poeta de la corte de Mantua, yo sentía crecer en mi corazón el encono, que iba formando allá adentro una piedra negra y dura, y ese encono me cegaba y me impedía gozar, como cualquier mortal hubiera gozado, del esplendor sensual que a mis ojos se ofrecía en tanto se deslizaban la túnica y los velos, y Pantasilea, con una inconsciencia pavorosa, continuaba hablando y hablando, desnuda ante un público desesperado cuyas gibas pasaban de un espejo al otro y creaban, en aquel aposento, una minúscula y extraña cordillera de corcovas color cereza que se movía vagamente.

La cortesana se estiró en un diván, ofrecida, y me alargó los brazos. Me acerqué tímidamente y me senté a su lado, entre cojines. Apretó su cadera contra mi muslo y entonces aconteció lo que yo tanto temía y que en realidad era imprescindible para que se cumpliera el propósito del contrato: sus diestras manos comenzaron a despojarme de mis ropas, con un conocimiento de las trabas añadidas que organizan el indumento masculino que de no estar yo enterado de ella, me hubiera informado en seguida acerca de su profesión por la técnica pericia que evidenciaba y que Pantasilea ejercía sin desposeerse del aire intelectual, como absorbido, que contrastaba con la voluptuosidad de su rostro. Pero no le permití que lograra su objetivo totalmente y, vestido a medias, hundida en las almohadas mi joroba, permanecí junto a esa costosa desnudez célebre, tan blanca que resplandecía en la penumbra. Ella me atrajo más; me besó, me estrechó, ¿Debo seguir describiendo una escena previsible y penosa, la inútil insistencia de su habilidad, lo infructífero de mi colaboración? Mi enorme complejo me agarrotaba, me helaba. Me pesaba mi joroba; me pesaba todo lo que reptaba y se escondía en los arcanos de mi personalidad.

Estaba delante del fuego, tiritando. Y si bien apartaba mis ojos de los muros, en los cuales sabía que una decena de gibosos mimaban mis ademanes inconducentes, decuplicando su regimentada pantomima para escarnecer a Pier Francesco Orsini, el imbécil, el torpe, y acaso —puesto que lo más insólito es posible dentro del hechizo de un espejo— adoptaban otras rijosas posturas y reían calladamente, la presencia de esos hermanos hostiles contribuía a mi fracaso seguro. ¿Cómo imaginé por un instante que las cosas se hubieran desarrollado de distinta manera, como sin duda tenían lugar en la habitación destinada a Giorgino Vasari? Aunque no hubiera contado con esos desalmados testigos, era fatal que el indigno episodio se realizara así, porque había un testigo del cual no hubiera conseguido desembarazarme jamás, y ese testimoniante analizador era yo, yo mismo, el dromedario sudoroso que mordía los labios de Pantasilea y que, simultáneamente, se desdoblaba y observaba la escena y la juzgaba con lúcida censura. Apelé a los recursos más ignominiosos para salir del paso, sin obtenerlo. Sustituí el cuerpo vivo que se brindaba, rico de sangre y de suavidades y de asperezas, por fantasmas cuyo socorro impetré pensando que me ayudarían. ¡Ay de mí, la inquietante Nencia, la bella, conmovedora Adriana, y Abul, también Abul, superponiéndose hasta originar un solo ser monstruoso, indiscernible, que participaba de sus opuestos rasgos, más terrible que los monstruos que enumera Plinio, relevaron en el lecho a Pantasilea con vana impetuosidad! Me acuso de la felonía de mi artificio estéril. Pedí auxilio a la literatura, a la Fiammetta de Ariosto que me había enardecido cuando leía la descripción de su amatoria gimnasta con el griego, en el albergue de Játiva, y no pude recuperar mi arrebatado de entonces. Estaba perdido... perdido... Y lo que más me perturbaba no era que se frustrara la ocasión que en mis soledades ansiaba ardientemente, confirmándome que me estaba vedada, junto a una admirable mujer, la sana felicidad que exalta la carne hasta el olvido de la miseria propia, sino las consecuencias inexorables que auguraba de ese hecho cuando se conociera, el redoble de las befas, el nuevo aporte que mi fracaso agregaba al caudal del desprecio que, aun disimulado, yo sentía latir entre quienes constituían mi mundo. Quise entonces evitar por lo menos la publicidad de lo que mi exageración hipersensible consideraba un descrédito definitivo, y me apliqué a ganar la buena voluntad y el silencio de Pantasilea utilizando para ello, como una alianza, como un arbitrio supremo, la mención de mi amistad con Benvenuto Cellini, a quien suponía vinculado a la meretriz, pues calculaba que así la distraería hacia otros intereses y obtendría en todo caso su indulgente solidaridad.

¡Nunca lo hubiera hecho, Dios mío! Debo decir —pues de lo contrario mi *gaffe* hubiera sido imperdonable— que yo no había podido leer aún lo que Benvenuto cuenta en sus memorias sobre su relación con Pantasilea por la simple razón de que todavía faltaban treinta años para que empezara a escribirlas y dos siglos para que las diera a la estampa, por primera vez, un médico filósofo. Lo único que yo conocía, porque él me lo había narrado, era la anécdota de cuando el orfebre concurrió a una comida en casa del escultor Michelagnolo de Siena con un muchacho disfrazado de mujer, habiendo cedido su Pantasilea al Bacchiacca. Pero ignoraba lo que había sucedido después. Ignoraba que un joven muy hermoso, llamado Pulci, que cantaba tan

prodigiosamente que hasta Buonarrotti dejaba sus trabajos para ir a escucharle, y a quien Cellini recibió con entusiasmo, había provocado la pasión de la meretriz, y que Benvenuto, celoso de ambos, hirió a Pulci, a pesar de que, asustado el violento artífice, éste nunca se quitaba la cota de mallas, y había herido también, en la nariz y en la boca, a la propia Pantasilea. Ella me lo refirió entrecortadamente. Sus ojos echaban llamas en ese instante. La veo como si la escena hubiera acontecido ayer, apelotonada en el lecho, crispados los dedos en los cojines, mostrándome la cicatriz que descendía hasta sus labios. Pulci había muerto en casa de la cortesana, y no obstante que su fin se debía a una caída del caballo, la mujer lo atribuía a los hechizos de Benvenuto. Odiaba al artista. Yo no podía haber acudido a un aliado peor. Y seguramente me odiaba a mí también por haberlo evocado. ¡Qué mala suerte, qué perra suerte la de Pier Francesco! Inmóvil en mi rincón, oí sus envenenadas recriminaciones. Los pavos reales gritaban afuera y el pequeño can, como si respirara el aire de cólera, rompió a ladrar en torno del lecho.

Lo único que acerté a murmurar, para aliviar el percance, fue que, si bien se mira, a esos acontecimientos debía su traslado a Florencia y el extraordinario prestigio del cual ahora gozaba, pero se negó a atenderme. Según ella hubiera alcanzado el mismo éxito en Roma, porque le sobraban condiciones. Le respondí que sí, que era la mujer más espléndida de la tierra, y rió con una risa breve que parecía un silbido.

—Ninguno lo diría, señor Orsini —contestó con mucha razón—, si se tiene en cuenta la débil impresión que te he causado.

Volvió a atraerme, con una fuerza que nadie hubiera adivinado en una persona tan frágil; llevó mi mano a su pecho y agregó: —Esta sortija es de Benvenuto. Creí reconocerla, pero no estaba segura. Dámela, príncipe. La destruiremos. Es obra de un brujo.

Me la arrancó, tironeando, pero yo antes hubiera dejado que me desnudaran que perder el anillo que valoraba como mi talismán. Nos pusimos a discutir a manotones y ella, divertida de su furia, se echó a reír de nuevo. Entonces se me ocurrió lo del collar. Le daría los zafiros de mi abuelo, le daría cualquier cosa con tal de que me devolviera la sortija de acero y oro. Recogí del suelo la cadena en la cual estaban ensartadas las piedras azules y le propuse:

—Mira, Pantasilea, te regalo mi collar de zafiros. Tú me das la sortija y yo te doy el collar.

Lo hice relampaguear en la media luz. Los espejos se colmaron de estrellas. Era una alhaja rara, noble, que el cardenal tendría probablemente de mi abuela o de su padre. En Monterotondo, según Beppo, había cofres llenos de joyas. Me pareció tan magnífico, culebreando entre mis dedos, que decidí aumentar el beneficio del trueque.

—Devuélveme la sortija, no reveles nada de lo que aquí ha sucedido, y el collar es tuyo.

Pantasilea recapacitó, tentada. La codicia la embellecía de tal modo, sonrosándola de matices, que creí que en ese instante, provocado por su cuerpo que se alzaba, terso, tendido, del desparramo de las almohadas, hubiera sido capaz de poseerla, pero no me atreví a ensayarlo.

—Está bien —resolvió—, aquí la tienes.

—¿Y no dirás nada?

Los zafiros resbalaban sobre sus pechos, sobre sus hombros.

—Nada, nada.

Rió, y su risa se confundió con los gritos de los pavones.

—Antes de que te vayas, te mostraré mi alacena secreta.

Se puso de pie y yo la seguí, con la sortija reconquistada, acomodándome las ropas, suponiendo que me enseñaría su cosecha de aderezos, su tesoro de meretriz. Ella iba adelante y caminaba con tanta gracia, desnuda, que se dijera que arrastraba un manto de reina. Había, en el extremo de la habitación, un mueble cerrado.

—Ábrelo —me ordenó—; conocerás los secretos de Pantasilea.

Hice girar su puerta y en el primer momento no comprendí de qué se trataba, pues lo que contenía, en lugar de fulgir, era opaco y despedía apenas una claridad de marfiles. Luego retrocedí, ahogando un gemido. En los estantes se exhibía una exposición macabra: cráneos, huesos, trozos de piel humana, sórdidos andrajos arrebatados tal vez de las tumbas, frascos rebosantes de dudosos líquidos. El esqueleto de un sapo, colgado de una hebra, se balanceó suavemente. Recordé que le había oído contar a Nencia que algunas cortesanas recibían de las hechiceras esos despojos horribles, con los cuales fabricaban sus filtros de amor. La angustia que me había oprimido en Bomarzo, cuando mi padre me aprisionó con la osamenta, renació intacta, atroz como si por arte de magia oscura hubiera vuelto al encierro espantoso. Posiblemente alguien le había relatado a Pantasilea mi experiencia cruel, puesto que nada que me concernía se ignoraba, y, para burlarse, para vengarse quizás, para enloquecerme, me espeluznaba con el repugnante espectáculo. Me volví hacia ella, trémulo de pánico y de cólera, pero Pantasilea huía ya, leve, luminosa, encendida la roja cabellera, sin más adorno de su desnudez lechosa que el chisporroteo de los zafiros, rítmica como una ninfa de Botticelli, escoltada por los brincos del perrito maltés, hacia la sala donde aguardaban mis compañeros. Traté de perseguirla, pero debí detenerme. El niño acorralado que yo era a la sazón se tumbó en el lecho, exhausto. Busqué refugio en la memoria de mi abuela, de Adriana, de Benvenuto, de Abul, y no me ampararon en mi descorazonamiento. El olor de la meretriz flotaba en la atmósfera y, asqueado, percibí que a él se mezclaba el de la carroña demoníaca de la alacena. Después me enderecé lentamente y salí por los corredores hacia el aposento donde pendía el fatídico poliedro de cristal, como quien va a la tortura.

Hipólito y Giorgino habían partido ya. Abul y Beppo me esperaban rodeados de las mujeres. Estaban alimentando a los pavos reales, en la *loggia*, y Pantasilea, vestida ahora con una transparente túnica escarlata, pasaba entre ellos. No me arriesgué a incorporarme al grupo, para evitar la cercanía de las aves de mal agüero, y aguardé en el salón a que me vieran, fingiendo interesarme por los tapices del rapto de las Sabinas. Pero como cada vez se alejaban más por la abierta terraza y lo ridículo de mi situación crecía, me decidí a salir. Aunque nadie sonrió ni pronunció palabra (en los labios de Beppo tal vez se posó la sombra de una sonrisa), de inmediato comprendí que Pantasilea me había mentado y que conocían mi descalabro. Lo advertí en sus ojos, en algo sutil que para Abul era pesaroso y para los demás grotesco y que

vinculaba a esos seres distintos con invisibles lazos. Alcé la mirada, eludiendo a los pavones, y eché mano de toda mi energía para ordenar (y mi voz resonó en mis oídos, extrañamente, como la del cardenal Orsini):

—Ya es tarde. Vamos.

La despedida fue breve. Pantasilea me dio su beso de Judas y luego ella y sus acompañantes se inclinaron con una profunda reverencia delante del jorobado, pero me percaté de que eso formaba parte de la burla. La meretriz se despojó del laurel que le ceñía la frente y me lo ofreció como a un triunfador; era extremar la ironía y lo arrojé al suelo.

—Vuelve a visitarme, príncipe —dijo Pantasilea—. Hablaremos de Ariosto.

Beppo me tendió los guantes; Abul me tendió el birrete, y salimos. Marché erguido, a la cabeza.

Florenia giraba alrededor, como una rueda de oro, sin que la notara. Hubiera querido cortarme las venas; hubiera querido tirarme al Arno. Estaba loco de humillación. Sólo un instrumento mágico —el cuerno encantado de Astolfo; la espada Durindana de Orlando; Balisarda, la espada del hada Falerina— hubiera podido salvarme, y ningún nigromante se acordaba de mi miseria. Llegamos así a la Plaza de Santa Croce, cuyos torneos cantó Poliziano. Los palacios reverberaban en el crepúsculo. Atravesé la anchura de la explanada y, porque me dolía el pecho y se me nublaron los ojos, me paré, con el pretexto de oír la fábula, detrás de un grupo de artesanos que escuchaba a un narrador. Advertí, muy próximos, a Beppo y a Abul, y me llevé la mano al cuello, abierta como si yo fuera una figura de un retrato. Todo resultaba tan irreal que yo hubiera podido ser una imagen pintada. Algunos reconocieron al señor Orsini, que residía en el palacio de la via Larga, y se apartaron, dejándome avanzar al frente con mis servidores. El narrador era ciego y viejo y se acompañaba con un violín. Refería la historia de Ginebra de Ravena y yo, que la sabía demasiado, pensé retroceder, pero ya era tarde. Ya era tarde para que no escuchara las coplas aborrecibles. Apreté los puños y me entregué a la mala suerte, a la saña inexorable de los pavos reales.

El padre de Ginebra la destinaba a casarse con un jorobado de Ravena (aquí mis vecinos me espionaron con el rabillo del ojo, y el ciego del violín, que no podía darse cuenta de su dureza, encogió los hombros y se retorció, simulando una giba, delante del príncipe giboso que estaba de pie en el primer plano), pero Ginebra amaba a un adolescente, Diomedes, que era bello como Antinoo y que se paseaba, vestido de seda verde, en un caballo blanco. Ginebra se casó, y Diomedes, disfrazado de mujer, entró a su servicio. Un día, el jorobado, que no se había dado maña, no obstante sus esfuerzos, para hacer suya a su mujer, trató de propasarse con la joven criada y descubrió que, aunque no tenía ni un pelo en el rostro, la criada poseía elementos que indicaban, indiscutiblemente, que pertenecía al sexo masculino. Los amantes empujaron al jorobado por una escalera, como en una escena de retablo de títeres, y el marido se rompió el cráneo. La dulce Ginebra lo remató y los amantes heredaron sus bienes. Cuando concluyó el cuento, nadie osó aplaudir. Únicamente el ciego se reía, y su violín también con una risa cascada. Abrí mi escarcela y le arrojé tres florines de oro. Su ruido metálico cantó en el silencio. Los recogió el lazarillo que me clavó los ojos inocentes, y el anciano,

quitándose el gorro, me agradeció tan espléndida fortuna. Pero nadie le dio una moneda más y el grupo se disolvió en un instante; esa noche, los mozos comentarían el episodio en los soportales de los Tornaquinci.

—¿Qué sucede? —preguntaba el ciego, y el lazarillo no acertaba a explicárselo.

Nos alejamos y yo iba ya como un sonámbulo, de suerte que debí apoyarme en el brazo de Abul. ¿Qué tenía, para que se me acosara constantemente, sin concederme reposo? La historia de Ginebra, de Diomedes y el jorobado que me habían lanzado a la cara, abofeteándome públicamente para coronar una tarde de oprobio, se revelaba como una alegoría de mi existencia. Sobre ella flotaba el recuerdo de Girolamo, obligándome a vestirme de mujer, pero Diomedes lo había hecho para alcanzar una victoria de astucia, y yo sólo conseguí con ello el desprecio y la ira de mi padre. Y ese jorobado que no había podido gozar de Ginebra de Ravena y que, sin saberlo, requería a un hombre con ropas femeninas... y que luego se precipitaba y moría en una escalera...

Algunos rezagados, que habían quedado en un rincón de la plaza, charlaban, cuando crucé junto a ellos, del mundo nuevo hallado a la otra parte del mar, donde antes se aseguraba que la Tierra concluía. Hernán Cortés ya había conquistado México, y las noticias se encendían de oro y de sangre. Allá, lejos, lejos, hubiera ansiado irme, porque América era la verdadera tierra de *Orlando Furioso*, y entre sus monstruos yo hubiera pasado inadvertido.

En el palacio, mientras ascendía a mis habitaciones arropado por las sombras de la escalinata, mis nervios cedieron y rompí a llorar como un niño, ahogándome, doblándome, repitiéndome que para mí todo había terminado y que en verdad lo mejor que podía hacer, para liberarme, era dejarme morir. Entonces Abul se adelantó, me tomó en sus brazos y me besó. Sentí sus labios húmedos en la comisura de mi boca, con el sabor de mis lágrimas Beppo dijo algo, no sé qué dijo pero debió de ser algo desagradable y torpe, y yo le tiré un golpe y otro y otro que cayeron al vacío, pues el muchacho echó a correr escaleras arriba. Le dimos caza, insultándolo, sin alcanzarlo; Abul, mucho más ligero; yo, cojeando detrás. Cuando irrumpí en la cuadra de los pajes, mis dos servidores estaban separados por la cuja donde Beppo dormía y se observaban, listo el uno a dar el salto y el otro a hurtar el cuerpo y escapar. Entre ambos, en la pared, había clavada una copia burda del escudo de los Orsini que Beppo consideraba suyo: la rosa, la sierpe, los osos. El símbolo de tantas glorias que había flameado en banderas para las cuales yo, Orsini réprobo, significaba un baldón, aumentó con su presencia admonitoria el dolor que me desgarraba. Si yo hubiera sido el ilegítimo, ¿qué habría podido ser sino un bufón más, en la casa de mi padre?; si Beppo hubiese sido el legítimo, si lo hubiese reconocido Gian Corrado Orsini, ahora estaría en Bomarzo con Girolamo, con Maerbale, con los primos, con los amigos, bruñendo las armas de torneo y de guerra. Me di cuenta de que la intensidad de mi odio únicamente era digna de parangonarse con la suya, pues a ambos nos sobran razones para aborrecernos y la envidia atormentaba igual al señor y al criado. Abul saltó sobre la cama espigado, magnífico como Aquilante el Negro. Su piel y su traje de nieve echaban lumbre. Al desordenar la cuja con sus brincos, un objeto cayó a mis pies, que recogí. Era la sortija de Adriana. Después mis dos pajes

desaparecieron, el uno del otro en pos, corriendo, corriendo, sorteando las camas revueltas y las ropas esparcidas, hacia la puerta extrema de la cámara que se esfumaba en una neblina de arneses y de piezas de armadura.

El topacio me quemaba los dedos. Su piedra amarilla encerraba lo único que le faltaba a mi veneno, la *última* gota de hiel. Con él en la mano, como si llevara un ascua, busqué el camino del aposento donde agonizaba mi amor. Necesitaba saber en seguida y recibir la estocada postrera; casi diría que ansiaba recibirla y tumbarme para siempre. Pero en mitad de mi andanza topé con Pierio Valeriano y Messer Pandolfo, portadores de libros con plumas y tinteros, quienes me detuvieron sin parar mientes en mi aspecto demudado que la penumbra escondía.

—Un topacio... —declaró Pierio Valeriano, pausadamente—, piedra saludable, piedra de vírgenes, de castidad... Los cristales de la naturaleza son muy interesantes. Un topacio... Consultaré a mis lapidarlos, a ver qué informan al respecto.

—Yo poseo una copia del poema de Mardobus —terció Messer Pandolfo con orgullo—, que menciona setenta piedras preciosas en casi ochocientos hexámetros.

—Y yo poseo el *Speculum Lapidum* de Camilo Leonardi de Pesaro, médico de César Borgia, que cita por orden alfabético doscientos setenta minerales.

—También está el *De Mineralibus* de Alberto Magno.

—Es cierto. Lo he hojeado aquí, en la biblioteca de los señores. Y hay un tratado arábigo-persa...

—Los consultaremos.

—Un topacio... Señor Pier Francesco, ¿a qué tanta premura?... Si no me equivoco, el topacio es una de las doce piedras que adornaban la placa cuadrada que el sumo sacerdote de Israel llevaba sobre el pecho... ¿A qué tan apurado, señor Orsini?

¿Dónde se ocultan —pensaba yo en mi desvarío impaciente— mis osos gigantes, mis osos centenarios, mi guardia?, ¿por qué no acuden?, ¿por qué no me ayudan?, ¿ignoran que más que nunca los necesito hoy?, ¿acaso he dejado de ser el príncipe Orsini y ya no merezco su escolta?, ¿qué puedo hacer solo?, ¿qué puedo yo, jorobado, cojo, con mis catorce años deshechos, con la Muerte que me ronda hambrienta, contra la Vida?, ¿y mi inmortalidad?, ¿y mi horóscopo?

Y los dómnes, entre tanto, se pasaban el topacio de Adriana y peroraban en latín.

La luz fugaz que había sido Adriana chisporroteaba apenas cuando entré en su habitación. Pronto moriría, y aquel aposento, con sus borrosos tapices, quedaría a oscuras. Me llegué a su lecho, y advertí que la Muerte comenzaba a enseñorearse ya de sus ojos violetas que se habían tornado opacos, perdido el brillo de oro de sus estrías. Toda ella semejaba, en su descarnada rigidez, en los blancos pliegues de los linos bordados que la moldeaban, esculpida, marmórea, y ensayaba el dibujo de la estatua sepulcral. Ardían los cirios frente a las imágenes religiosas y a los exvotos y se oía en la penumbra el bisbiseo de las monjas orantes. Supe por Nencia que los médicos habían dicho que no había

más remedio que resignarse ante el fin próximo. Supe también que Catalina y Clarice habían estado a verla y que la última le había dado un inútil brebaje, preparado por una vieja herbolaria, para agotar los medios de salvación. Grandes relicarios la rodeaban, traídos de la basílica de San Lorenzo, y el tiritar de las velas insinuaba en sus cristales y en sus orfebrerías, coágulos y huesos santos. Caí de hinojos, olvidado del grave motivo circunstancial que me conducía allí y, cosa que no hacía desde largo tiempo, me puse a rezar. Hubiera querido contribuir con algo a socorrerla, y me acordé de los venerados vestigios de San Anselmo que se conservan en Bomarzo, pero estaban demasiado lejos, así que, a falta de otra ayuda, recurrí supersticiosamente a mi talismán, al anillo de Benvenuto Cellini, y se lo acerqué a los labios. Adriana me miró sin reconocermé, y en la quietud del aposento sus labios se entreabrieron bajo el aro de metal y murmuró: Beppo... Beppo, como si respondiera a las aprensiones que me acongojaban, con una voz baja y distinta en la que nada permanecía de su rica vibración. Entonces sentí renacer mis celos y mi cólera, retiré el anillo, saqué de mi escarcela la otra sortija, la que había hallado en la cuadra de los pajes, y la tendí a Nencia, que nos contemplaba sin disimular su culpable zozobra. Tomé a la mujer por la muñeca, con un ademán violento del cual no hubiera sido capaz en circunstancias normales. Y la atraje afuera, al corredor, para que las monjas no escucharan nuestro diálogo.

En cinco minutos me enteré de todo. Nencia no podía escondérmelo ya. Además Nencia se hubiera valido de cualquier método solapado para atacar el amor que yo sentía por Adriana, y seguramente pensó que esa revelación secundaria eficazmente sus fines. Me informó, rehuyendo mis ojos, que la niña moría loca de amor por el paje. Beppo la había visitado varias veces y ambos, Adriana dalla Roza y él, habían ganado el mutismo de la cuidadora quien, creyendo que la llama de ese amor devolvería la salud a la pequeña (así me lo explicó, por lo menos) se había convertido en su cómplice. Me juró que no había sucedido nada, pues nada hubiera podido suceder, dada la extrema languidez de la joven, y que ésta ni siquiera le había entregado voluntariamente la sortija a Beppo, quien una mañana se la quitó del dedo exangüe. Pero la lucidez de los celos me hizo intuir la verdad debajo de esa cháchara anhelosa. Lo que Beppo se había propuesto, ante todo, era erigirse en rival de su amo, derrotarlo; luego, porque cuando inició sus visitas no se vislumbraba todavía el desenlace, que pudo ser otro y desembocar en el restablecimiento de Adriana, había calculado que, si ésta recobraba la salud, acaso huirían juntos y uniría su destino al de la doncella noble, rehabilitándose de su bastardía y de su innata sujeción; y por último, por más que Nencia protestara de su actitud de prescindente neutralidad y de la forma en que había amonestado a Beppo, yo adivinaba que su ciega devoción por los Orsini la había empujado a ayudar a uno que, si bien ilegítimo y ocultado, participaba tal vez del linaje que le inspiraba devoción tan servil; y presentía que ella había calculado quizás que de esa manera se vería libre de una antagonista poderosa y, en consecuencia, estaría en condiciones inmejorables para consagrarme sin trabas su fervor dinástico y su sensualidad equívoca, ganando una victoria cuyos frutos materiales yo no me atrevía a concebir, pero que se vinculaban, sin duda, con

las caricias que me había dedicado. Si Nencia tardó escasos minutos en ponerme al tanto de la aventura, yo tardé mucho en alcanzar estas deducciones. Le arrojé el topacio a la cara y salí en busca de Abul. Estaba resuelto: era menester anular a Beppo, el dañino, el temerario; terminar con sus trampas, con sus audacias, con sus burlas. Se lo comuniqué al africano en vagas palabras que implicaban una orden. Al día siguiente, Hipólito de Médicis saldría de caza. Yo le pediría que llevara con él a mis pajes, y dejaba a Abul la iniciativa de su proceder. Hasta en eso fui cobarde: eché sobre sus hombros la responsabilidad del crimen, desligándome de ella con insinuaciones, con eufemismos.

El esclavo se inclinó y puso su frente sobre mi mano extendida, en señal de obediencia. No volví a verlo esa noche, ni la mañana siguiente cuando, al alba, se alejó del palacio, hacia Cafaggiolo, el séquito de los cazadores. No volví a verlo jamás. La idea cruel de que eso sucedería ni me pasó por el espíritu que, de haberlo yo sospechado, nunca le hubiera sugerido una actitud que lo desgarraría de mi existencia; pero la vida es misteriosa y juega con dados invisibles, no nos deja prever la secuencia dilatada que se esconde en la semilla de nuestros gestos fugaces. Cuando partí de Bomarzo, no presumí que mis ojos tímidos no se posarían de nuevo sobre la figura imponente de mi padre; y cuando, temblando de ira, impulsé a Abul para que acabara con la pesadilla de Beppo, no recelé que, al proceder de ese modo, también lo perdía a él, también perdía a Aquilante el Negro, y que aunque Abul no muriera, era como si los enviara juntos a la muerte.

Los dos días siguientes casi no me aparté del lado de Adriana, sin importármeme que Clarice Strozzi me llamara y me censurase por tan exagerada exhibición de mis sentimientos. Pensó, por descontado, que Adriana y yo éramos unos niños, y que una vehemencia como la mía carecía de gravedad. Por lo demás, eso me interesó poco. Viví, a lo largo de horas dolorosas, para observar la declinación de mi amada; para aguardar noticias de los cazadores; para espiar, en los rostros de los moradores del palacio, lo que sabían acerca del miserable papel que Pier Francesco Orsini había desempeñado en la casa de Pantasilea y que seguramente, a través de la insidia de Beppo, habría trascendido.

Adriana se fue agotando más y más, en medio de los cirios sofocantes y de las letanías. Con un rosario entre los dedos, respondí al rezo quejumbroso de las monjas. De Hipólito y sus servidores no hubo novedades, y no osé enviar a Ignacio de Zúñiga hasta el valle de Mugello, en pos de algún rumor concerniente a su comitiva, de miedo de avivar las sospechas. En cambio cada vez que abandonaba el aposento de Adriana para andar espectralmente por el palacio, y me cruzaba en las galerías y en el *cortile* con la gente numerosa de los Médicis, mi susceptibilidad me daba a entender que todos me miraban de distinta manera, como si me escrutaran con sorna, aun aquellos que incuestionablemente no podían tener aviso de mi traspíe en lo de la cortesana. Hasta, en una ocasión, reprendí con rabia desmesurada a un mozo escudero de los Strozzi porque se divertía como un tonto imitando los ladridos de un perro,

para hacer reír a otros pajes, y me pareció que remedaba al can maltés de Pantasilea que hubiera merecido los pinceles del Carpaccio.

Clarice y Catalina participaban de las plegarias en la habitación de Adriana, con Nencia y otras mujeres palatinas, pero el flaco alivio que obtuve para mis inquietudes no provino de ellas sino de un niño de doce o trece años quien, con desconcertante apego, no se alejó de mí durante esos dos días, como si intuyera los diversos conflictos que en mi ánimo guerreaban. Era Lorenzino, Lorenzaccio de Médicis, el curioso personaje a quien yo había visto entre sus parientes, cuando llegué al palacio de la via Larga y con quien me había encontrado desde entonces en contadas ocasiones.

He leído últimamente varios libros que tienen por tema su escurridiza personalidad, y en ninguno de ellos he hallado una alusión a las visitas que en esa época hizo a Hipólito y de las cuales no queda rastro en documentos. Huérfano de un despilfarrador absurdo, Lorenzino vivía con su madre y sus hermanos menores, cerca de Florencia, en la villa ancestral de Calaggiolo, disfrazando la escasez económica con las apariencias del señorío. Era moreno, endeble y aristocrático, más bien agraciado que hermoso. Se movía con natural galanura, tan delgado y armónico que conmovía verlo. Lo roía una tristeza elegante (los ingleses la llamarían *becoming*), que probablemente derivaba de su patricio aislamiento consagrado a las lecturas clásicas; de su pobreza; del comprender que él, primer varón legítimo de las dos ramas de la estirpe, estaba condenado a una existencia oscura; de las sutiles insinuaciones con que Clarice y Felipe Strozzi le indicaban la injusticia de su posición y preparaban su espíritu, arteramente, como ya lo había preparado su padre, para la represalia. No tenía más que un amigo, un hijo de Ricardo de Médicis, y hasta se murmuró algo acerca de esa apasionada intimidad, como se comentó también, en un momento, el afecto excesivo que Clemente VII mostró por este sobrino misterioso, pero puedo asegurar, pues conocí bastante su medio, que fueron calumnias. Lorenzino no había dado todavía pruebas de la posibilidad de una mudanza de su carácter como la que luego se produjo, y que transfiguró al niño grave en un parásito descarado, organizador de los placeres de ese mismo Alejandro de Médicis a quien asesinó. Aparecía de tarde en tarde por la via Larga, con su pedagogo Zeffi, un viejo sacerdote de rudimentaria cultura, y su goce mayor consistía en escuchar al maestro Pierio Valeriano y en conversar con Hipólito y con Giorgino Vasari, sobre Plutarco y sobre Virgilio. Aprendió más allí que en Padua y en Bolonia. Solía encerrarse con Felipe Strozzi, a oírle glosar temas de la historia florentina, y no hay duda de que ese escéptico dilettante, ya inflamado, ya irónico, lo fue emponzoñando con su desprecio de las cosas divinas y humanas y con el desdén y la envidia de los usurpadores. Felipe era un hombre ambiguo, formado en la escuela de Maquiavelo. Cuando le convenía, se presentaba como uno de los jefes de la oposición oligárquica frente a los bastardos; y cuando eso secundaba sus intereses, se pasaba al bando opuesto. Muchos grandes señores compartieron entonces su acomodada actitud. Fue él quien prestó a Alejandro de Médicis, duque de Florencia, su anterior enemigo, el dinero para construir la fortaleza destinada a poner coto a los sueños levantiscos de los toscanos. En esa fortaleza pagada por él murió, encarcelado, escribiendo sonetos e invocando a la libertad, como un héroe de la

vieja Roma. Poseía una seducción personal que obraba sobre Lorenzino, el auténtico sucesor desheredado del mando mediceo. Lo modelaba como si estuviera hecho de cera. Pero Lorenzino nos abandonó pronto. Su madre, no bien se acentuó el riesgo de una invasión por parte de las tropas imperiales, lo mandó a Venecia, con su pedagogo, y aun allí el muchacho debió sufrir nuevas humillaciones, ya que, a pesar de ser él el mayor, tanto el dux como los embajadores de Francia y de Inglaterra agasajaron a su primo Cosme, el futuro gran duque, que había llegado a Venecia al mismo tiempo y que, aleccionado por su ambiciosa madre, lo relegó arbitrariamente a un segundo plano. Todo eso contribuyó, como se deducirá, a amargarlo, a extraviarlo y a afilar su acero homicida.

Nada permitía prever, en la época en que me dio tan discretos testimonios de bondad, su evolución posterior. Acaso sus contenidos agravios fraternizaron con los míos. Lo cierto es que, durante esas horas aciagas, sentí a mi lado su presencia amistosa, y que aquella suave figura infantil, puesta de hinojos en la cámara que olía a cirios y a pociones, es inseparable para mí de un recuerdo profundo. A veces, sin decir palabra, Lorenzino me tomaba una mano y me sonreía levemente, con una sonrisa fatigada de niño anciano, y su grácil elegancia que atravesaba la habitación como en un baile o en un sueño, me distraía de mis pesares.

Adriana dalla Roza murió a la medianoche del segundo día. Nuestro vínculo había sido tan singular que todavía hoy no consigo definir concretamente la índole del sentimiento que me inspiraba y que se parece tanto al amor (un ansia, una insatisfacción provocada por mi soledad y mi físico, por la urgencia de que alguien hermoso, deseable, me asegurase que no era ilógico; si no que me amaran, por lo menos que necesitaran de mi cariño), ni puedo conocer con certeza hasta donde alcanzaron los lazos que la unieron a Beppo. La imagen —la última— que me ha legado, y que la convirtió en una pétreo escultura, me hizo pensar a la sazón (pues cuanto me sucedía se exaltaba al influjo de los estudios latinos) en lo que refiere Ovidio en sus *Metamorfosis* acerca de la joven que, amada sin esperanzas por un adolescente de Chipre, dejó que se suicidara a su puerta y, mientras se llevaban el cadáver, fue mudada por Venus en una estatua de piedra. Verdad que quien había muerto no era yo, pero algo mío, muy mío, cierto candor, cierta nobleza, murió junto al lecho de Adriana, para siempre. Quiso el destino que la enterraran en Roma, en la misma iglesia de Santa Maria in Traspontina donde fui bautizado. La esfinge que erigí después en Bomarzo fue consagrada a su memoria. Nadie lo ha dicho hasta este instante. Adriana ha sido para mí como una esfinge, por momentos tierna y hasta audaz, como cuando su mano acarició la mía en el palacio de los Médicis, o cuando sentí la dulzura de su pecho en la balaustrada del *cortile*; por momentos también despiadada y traidora, como cuando se prendió de mi paje, desairando mi cuidadosa porfía, y afrentó mi orgullo. Me inspiró muchos versos perdidos. Años más tarde, en un tiempo en que su recuerdo amoroso había sido sustituido por otros, más hondos, seguí cantándola por medio de estériles ejercicios literarios. Había sido una emoción y se transformó en un tema. En el curso de aquella remota noche florentina, la lloré abrazado a Lorenzino y a Clarice creyendo, en mi ingenuidad y en mi desengaño, que no

me consolaría nunca. Lloraba también por mi vergüenza en lo de Pantasilea, por Beppo, por Abul. Lloraba por ella y por mí mismo, tal vez más por mí mismo.

Y a la mañana siguiente, tibias aún mis lágrimas, fui pérfidamente desleal a la remembranza de Adriana dalla Roza.

Salía yo, temprano, de la mortuoria cámara, cuando Nencia se acercó a hablarme.

—Has sufrido, príncipe —me dijo—, lo sé. Y no has sufrido únicamente por el fin de Adriana.

La alusión a mi fracaso ante Pantasilea era demasiado clara para que no la entendiese. Estaba junto a mí con su maduro cuerpo brindado en la generosidad del ropaje. Me tomó una mano:

—No te inquietes —añadió—; un Orsini no puede ser objeto de menoscabos.

Apartóse luego un poco y me hizo una reverencia:

—Quisiera ayudarte.

La miré con más detención que otras veces, y eso que la conocía bien: opulenta, firmes las caderas pródigas, una sombra en el labio superior, los ojos negros, con una expresión entre autoritaria y suplicante. Me alzó, me envolvió en sus brazos, me besó en la boca largamente, y sentí que mi cuerpo despertaba de su sopor y le respondía.

—Tenemos que considerar este asunto más por lo menudo —me susurró al oído, y recordé palabras casi iguales de Pantasilea—. Aquí te aguardo dentro de una hora.

Regresó a la habitación de Adriana y yo me dirigí a la mía. Temblaba y creí que iba a dar diente con diente. Aquella mujer de cuarenta años, tan fuerte y tan sumisa, tan obsecuente y tan experimentada, ante quien los de mi casa poseían un prestigio legendario; aquella mujer que había heredado de sus mayores un fervor enriquecido a lo largo de centurias de servidumbres dedicadas a glorificar a los Orsini, quienes habían concluido transmutándose, para ella y los suyos, en unos ídolos lejanos y todopoderosos, labrados en un metal tan divino que sus jorobas se volvían aureolas y su ronquera majestad; aquella mujer fanática, efervescente, transportada en su frivolidad modesta por los ritos del acatamiento mundano, codiciosa de señores, ávida de familiaridades ilustres; aquella mujer había esperado pacientemente la muerte de Adriana para invadir mi intimidad, como si con Adriana se hubiera quebrado la única traba que se interponía entre nosotros, y ya no pudiera contenerse en su afán de obtener una relación extrema. Su actitud me llenó de ufanía y de miedo. Alguien, fuese por lo que fuese, me deseaba concretamente, me deseaba. Para los cálculos de alguien, el pequeño exiliado de la espalda deforme representaba la pasión, con su violencia y sus complicaciones. Libre del recato que le imponía mi sentimiento agudo, que ardía como una lámpara mientras yo velaba junto al lecho de la joven agonizante, libre de esa joven y de su fascinación, la plebeya osaba aproximarse a sus dioses y convivir con ellos. Yo intuí en su actitud, antes que la probabilidad del placer, la hipotética ocasión de redimirme. Si Nencia, que me conmovía tan extrañamente, no lo

lograba, ninguno podría conseguir mi rehabilitación. Era imprescindible que yo lo intentase, pero vacilé. Tantas zozobras me habían agitado en el curso de las últimas horas, sucediéndose sin concederme descanso, que actuaba como un autómatas en las manos del Destino. Acudiría... no acudiría... Si todo terminase como en la casa de Pantasilea, estaba perdido para siempre. No pensé en Adriana, en su rígida carne aún templada, en su alma que flotaba alrededor de nosotros. Pensé solamente en mí mismo.

La puerta de la habitación de Messer Pandolfo estaba entornada y encima de la mesa distinguí su sobado ejemplar de Virgilio. El preceptor dormía. Entré calladamente. Confiaría mi suerte a la decisión de otros dioses, más soberanos que los Orsini, por medio de las *Sortes Virgilianae*. En Bomarzo solíamos practicar esa adivinación popular, que entregaba al azaroso oráculo de un libro la resolución de problemas nimios o arduos. ¿Acaso no corría sangre de magos por las venas de Virgilio? ¿Acaso, a través del hechizo dantesco, no lo consideramos como un nigromante, como un vaticinador? Me sometería a lo que me decretara la *Eneida*.

Volví sus páginas, cerrando los ojos, deslicé el índice sobre uno de los folios y leí:

—*At Venus aetherios inter dea candida nimbos
dona ferens aederat, natumque in ualle reducta
ut procul egelido secretum flumine uidit
talibus adfata est dictis seque obtulit ultro...*

Traduje mentalmente: “Entre tanto Venus que había atravesado, brillante, las etéreas nubes, estaba ahí con sus presentes. Vio aislado, en el fondo del valle, a su hijo separado de sus compañeros, sobre la fresca ribera, y le dirigió estas palabras, mostrándose ante él...”

Pero no necesitaba enterarme de cuáles eran las palabras de Venus a Aquiles. Me bastaba con ese mensaje. Me bastaba que la divinidad del amor se manifestara ante su hijo, “aislado” “separado de sus compañeros” como Pier Francesco Orsini. Me bastaba que el Amor mismo surgiera ante el solitario. Y si no leí lo que seguía, fue porque ansiaba que el pronóstico virgiliano coincidiera con mis aspiraciones ocultas, a las que el texto infundía un sacro vigor, y porque, como otras veces, había podido descargarme de la responsabilidad de un gesto decisivo. Los dioses lo habían resuelto y ellos eran mucho más sabientes que yo y estaban en condiciones de dictaminar si lo que yo me aprestaba a hacer ofendería o no la memoria de Adriana. La sombra de Adriana no se rebelaría contra las determinaciones celestes. A la hora fijada busqué a Nencia, que fue puntual.

Me guió por las escaleras y entramos en la capilla del palacio

—Diremos una oración —arguyó—, para que la muerta nos perdone.

Rezó por lo bajo y yo, de pie a su lado, capté lo desusado de la situación, renunciando a concentrarme. El bailoteo de unos pocos cirios alumbraba, como si los fuera pintando, los frescos de Benozzo Gozzoli que cubrían totalmente los muros del pequeño oratorio. No he visto jamás una cabalgata de tan bella fantasía. El juvenil Lorenzo, el emperador de Bizancio y el patriarca de

Constantinopla, representaban a los Reyes Magos en el séquito triunfal. Clarice Strozzi me había explicado a quiénes retrataban los otros personajes: Pandolfo Malatesta, señor de Rímini; Galeazzo Maria Sforza, hijo del duque de Milán; los Médicis; Victorino da Feltre, Nicolás da Uzzano, el propio Gozzoli... Desfilaban, metálicos, multicolores, ataviados con lujoso capricho, sobre caballos de jaeces espléndidos, en un paisaje de cipreses y torres —Careggi, San Gimignano—, de rocas, de bosques, de jardines, como si se encaminaran centelleando hacia una fiesta en la corte florentina.. Camellos y animales feroces contribuían a la extravagancia. Volaban los pájaros misteriosos. Y quien me impresionaba más era ese muchacho que lleva un leopardo a la grupa del corcel. Pero no... quien esta vez me impresionaba era el arquero negro que se yergue junto al caballo de Sforza, porque me recordó a Abul, y entonces la escena poética, casi oriental de tan curiosa y alhajada se transformó, estremeciéndome de pavor, en la cacería de Hipólito de Médicis. Hipólito era el adolescente Lorenzo que ciñe una rara corona; Beppo era el muchacho del leopardo, vestido de azul, que se volvía a observarme, sujeto el felino por una cadena... Me miraban los demás, desdeñosos, desde lo alto de las cabalgaduras, desde la magia de un mundo que me condenaba en silencio... Y la cabalgata seguía girando con lenta ceremonia. Aquél era Lorenzaccio; aquél era mi padre; aquél, el cardenal Orsini; aquélla, aquélla con ropas de paje, era Adriana... y estaban encerrados conmigo en una inmensa pajarera que rutilaba al sol. Me miraban, callados, como unos jueces aristocráticos, tan ilustres que mi culpa crecía y me postraba ante ellos. Quise huir y Nencia me retuvo. Me apretó contra su pecho. Con una mano me tapó la boca. En la escalinata resonaban voces. La mujer cerró la puerta.

Los compañeros de Hipólito regresaban y se oía el estrépito de sus armas al chocar piedras roídas. Discutían animadamente. Repetían a los del palacio que Beppo había muerto de un ballestazo de Abul, y que mi esclavo negro había desaparecido. Por más que lo buscaron, batiendo los matorrales, explorando, interrogando a los guardabosques, subiendo a las colinas, no lo pudieron encontrar. Los bereberes desnudos conducían por la escalinata el cadáver de Beppo, sobre los hombros, en unas angarillas, volcada la cabeza. Tendría abiertos todavía los ojos azules, semejantes a los de Girolamo, a los de mi abuela, porque hasta eso me había robado: los ojos claros de Diana Orsini. Nencia advirtió, en mi cuerpo tenso, el horror que me sacudía, y se pegó a mí. Entonces, casi sin dejarme respirar, mientras la fúnebre comitiva se alejaba por los corredores, me arrastró al suelo.

¡Señor, Señor, Adriana dalla Roza había muerto; Beppo había muerto por orden mía; Abul se había ido tal vez para siempre, y yo estaba ahí, debatiéndome sobre una hembra que hubiera podido ser mi madre y que me arrancaba de las entrañas una rápida, confusa, desesperada delicia! ¡Yo me hacía hombre y alcanzaba esa terrible victoria en brazos de la Muerte, que para poseerme había adoptado la máscara de una mujer enloquecida de lujuria! ¡Y eso sucedía en un sitio sagrado, en la capilla de los Reyes Magos, profanada por mí! El Día había muerto; había muerto la Noche también —los que Messer Pandolfo debió apodar el Día y la Noche, porque la Noche era Abul y no Ignacio de Zúñiga— y ahora, como las dos figuras de Miguel Ángel en la

tumba del duque de Nemours, Abul y Beppo custodiaban al invisible sepulcro de Adriana en una región incandescente que yo no conocería jamás, y hacia la cual partía, sin un rumor, sin que se agitara un pliegue de las vestiduras fabulosas, la cabalgata de Benozzo Gozzoli. Y yo estaría solo perpetuamente, solo con mi pecado. Mis lágrimas, tan fáciles, no corrieron. Mi corazón se endurecía, como si hubieran engarzado en su lugar un topacio gigantesco, el topacio de Adriana. Nencia, consciente de su salvaje desvarío, había escapado por fin, dejándome tendido sobre las losas de mármoles raros de serpentino, de pórfido. No me atreví a alzarme. Los caballeros de oro continuaban alrededor, con lanzas y plumas, acechándome. Me espantaba tropezar con los pintados ojos del niño del leopardo. O descubrir, en el altar de Filippo Lippi, quién sabe qué iracundo prodigio.

Ignoro cuánto tiempo quedé en esa posición, hundida en las manos la cabeza, aguardando la venganza augusta. ¿Quién era yo, quién era a los catorce años?, ¿un monstruo? ¿La deformación que torturaba al cuerpo se había infiltrado hasta mi alma, retorciéndola?, ¿de qué me servía el escepticismo orgulloso?, ¿quién era yo, y para qué había venido a la Tierra y por qué no me quemaba un rayo purificador? Si me hubiera animado a rezar... Pero eso hubiera sido añadir a la profanación el sarcasmo.

Entonces oí que gritaban mi nombre por las galerías. Ignacio de Zúñiga me buscaba. Me estiré hasta la puerta, empujé la hoja y le respondí con un hilo de voz. No sé si comprendió lo que había pasado, cuando me halló, desordenada la ropa, tirado como un perro. Me refirió brevemente lo que yo sabía y trató de incorporarme, pero me negué a obedecerle.

—He pecado —murmuré—, he pecado contra Dios y contra el hombre.

Cayó de rodillas a mi lado y comenzó a rezar. Con él también había sido injusto. Como Ariosto en la corte de Hipólito de Este, Ignacio padecía en la del otro Hipólito. Como Ariosto hubiera preferido una existencia sencilla, en lugar de la pompa que yo le había impuesto, entre los Médicis vanos. Levanté mis ojos hasta su cara y vi que estaba iluminada como la de un santo y que sus labios se movían apenas. En el techo, entre los casetones policromos, se recortaba el monograma de Cristo. Lo mismo que un perro, besé la mano fría de mi servidor. Me pasó un dedo sobre la boca impura, como si me la limpiara. Luego me fui quedando dormido.

Soñé que estaba en un parque rocoso, poblado de enormes esculturas. Era el parque de Bomarzo. Yo no podía entenderlo aún, pero ése era el parque futuro de Bomarzo, mi obra peregrina. Y en medio de los monstruos, los dragones, los titanes, que emergían de la fronda, experimentaba un alivio maravilloso. Me perdía entre ellos, como en una floresta encantada y, aunque los demás temían a su ejército fantasmal, yo los amaba, amaba a mis monstruos de piedra, porque sólo rodeado por su guardia, por sus zarpas, por sus fauces, por sus colosales esqueletos agrietados, sería capaz de seguir viviendo, viviendo, viviendo eternamente.

El remordimiento y el dolor me enfermaron. Me avergoncé de mí mismo. Cuando me recuperé, una semana más tarde, estaba en plena crisis mística. Duró tanto como el resto de mi permanencia entre los florentinos, o sea un año entero. De no mediar mis inconvenientes físicos, hubiera iniciado los estudios

para recibir las órdenes sacerdotales, pues, estimulado por Zúñiga, pensé que me había tocado la gracia, despertando en mi alma réproba la religiosa vocación. Mi abuelo reanudó, algunos días después, su viaje hacia el norte de la península. Me despedí de él y le rogué que me bendijera. Por primera vez, reconocía en Franciotto Orsini al hombre de Dios. Pero si yo creía haber cambiado, el cardenal seguía siendo el mismo. Trazó sobre mi frente la señal de la cruz, con un brusco ademán más guerrero que eclesiástico.

—He sabido —me dijo, afinando la burla— que el collar que te regalé quedó en manos de Pantasilea. No te lo reprocho. Está bien que un señor de tu casta sea pródigo, pero siempre que eso se justifique galantemente... porque, según entiendo, a cambio de los zafiros nada alcanzaste, hijo mío, y saliste de su casa como en ella habías entrado.

Se azotó las botas de montar con la fusta, como solía hacer mi padre, y me contempló sonriendo. Yo hubiera podido replicarle que si el asunto lo inquietaba había materia para apaciguarlo, pues el candor de su nieto pertenecía al pasado, aun del punto de vista de las comprobaciones materiales, pero apreté los labios y ofrecí el callado sacrificio de mi vanidad.

Las cartas que en ese período envié a mi abuela estuvieron salpicadas de citas de los libros sacros. Ella me contestaba sorprendida, sin atreverse a compartir mi entusiasmo ni a esbozar un epigrama. No era piadosa y probablemente se devanaba los sesos en pos del motivo de mi evolución, que habrá atribuido a un trastorno del crecimiento, y que la intrigaba en un medio tan pagano como el de los Médicis. Me enteré de que Ignacio de Zúñiga, en respuesta a la única carta que Diana Orsini le dirigió, le insinuó que yo había sufrido una mudanza fundamental por la muerte de Adriana, pero a mi vez eludí aclarar las dudas afectuosas que su correspondencia me traía y hablarle, además de Adriana, de Nencia, de Beppo, de Abul, de cuanto me roía el corazón y me mantenía despierto, las noches largas, frente a un breviario. En cuanto a Nencia, no me persiguió más. Había conseguido lo que ansiaba. Quizás soñaba con tener un hijo del linaje de Orsini. Felizmente no vino. La modificación de mi conducta y la magra alegría que había derivado de mi atribuida sensualidad, calmaron el entusiasmo de mi captora. Y el resto, Hipólito, Lorenzino, Alejandro, Clarice, Giorgio Vasari, tampoco se metió conmigo. Otros problemas los preocupaban. El propio cardenal Passerini, cuando lo consulté sobre ciertos escrúpulos teológicos, me dijo que estaba demasiado absorbido por los asuntos de estado para ponerse a resolver mis perplejidades, y me señaló que es peligroso dedicarse a ahondar algunos textos, porque la tentación de la herejía suele ser el castigo de la curiosidad neófita. Insistió en que volviera a Ovidio y a Catulo. Me propuso que ensayara la caza con halcones.

Lo cierto es que, paralelamente con mi desazón espiritual —que me hacía reiterar las confesiones a un paciente dominico del convento de San Marcos a quien por poco trastorné—, se desarrollaron los acontecimientos históricos que alteraron la vida de Florencia y provocaron mi regreso.

El emperador azuzó a los Colonna contra Clemente VII y lo obligó a encerrarse en Sant'Angelo, su ciudadela. El barrio de Borgo, en Roma, donde estaba nuestro palacio, fue entregado al saqueo. Robaron el guardarropa de

Clemente de Médicis, una de sus tres tiaras, los cálices, las cruces, los paramentos de San Pedro; arrojaron por las ventanas del Vaticano lo que no podían acarrear. Una vez libre, el papa se desquitó, demoliendo catorce castillos y pueblos de los príncipes encabezados por el cardenal Pompeyo Colonna. Felipe Strozzi había sido uno de los rehenes pontificales, y Clarice viajó en su litera a Roma y logró salvarlo. Les faltaba tiempo, pues, y tranquilidad, para ocuparse de mis especulaciones. Luego se produjo la orden de Carlos Quinto al condestable de Borbón y a Lannoy para que marcharan sobre los estados eclesiásticos, y Lorenzino partió a Venecia. El bárbaro Friendsberg avanzó con sus mesnadas teutonas, blandiendo una soga con la que juraba ahorcar al Vicario de Cristo. Después lo fulminó una apoplejía. Las tropas acamparon a las puertas de Roma y el papa tornó a pertrecharse en Sant'Angelo, con trece cardenales —entre los cuales se hallaba mi abuelo— y tres mil personas de toda índole que entorpecían las operaciones militares. Benvenuto Cellini (la noticia me alegró en medio de tantas tristezas) contribuyó a defender el bastión, como artillero. Fue entonces cuando hirió al príncipe de Orange, con un trozo de metralla, y mi abuelo, furioso, quiso mandarlo matar, pues entendía que con eso se malograban las perspectivas de pacificación. Se me ocurre que la ojeriza del cardenal Orsini contra el orfebre tuvo, entre otras raíces, la de su imperdonable actitud hacia mí. El cardenal no había olvidado el consejo familiar que se convocó en Bomarzo, después de mi breve encuentro con Benvenuto en la playa vecina de Cervéteri y que motivó mi absurdo destierro a Florencia. Cellini desmontó la tiara y las joyas del Santo Padre; las cosieron en sus vestiduras rituales y en el traje del Cavalierino, un muchacho que había sido palafrenero de Felipe Strozzi, y Clemente VII no toleró que dañaran al artífice. Los episodios subieron de tono, precipitándose. Roma fue conquistada en una hora y saqueada sin freno. Los soldados imperiales que habían atravesado Italia cubiertos de andrajos, andaban ahora por sus calles vestidos de plata y oro. Sus sombreros relampagueaban por las pedrerías, y sobre sus pechos velludos se balanceaban las sargas de perlas de las grandes damas y de las meretrices. Mi abuela perdió su collar célebre. Mujeres ataviadas con suntuosidad demente, y cortejos de servidores, seguían doquier a los rufianes, portando cuadros, esculturas, vasos preciosos y los espadones de sus amos, enhiestos como símbolos priápicos, que se entrelazaban de ajorcas y cintas. El hierro de la Santa Lanza fue atado a su pica por un lansquenete de Lutero y, en las tabernas, entre los copones del Santísimo, rebosantes de vino, el Velo de la Verónica pasó de mano en mano. Entre tanto, en Sant'Angelo, no callaban las letanías y el fragor de los estampidos. El aroma del incienso envolvía al castillo que se levantaba, sahumado, en el horror, como una sagrada colina, último refugio de la fe y el orden.

Las noticias que los fugitivos sembraban en Florencia enardecían al populacho. A fines de abril de 1527, cuando las huestes del condestable bajaron sobre la Toscana, la multitud se amotinó en la plaza de la Señoría, aprovechando la breve ausencia de los cardenales Passerini, Cibo y Ridolfi y de Hipólito de Médicis. Se dijo que habían huido de la ciudad, pero no era cierto. Demasiado bien sabíamos, los que quedábamos en el palacio, que habían

salido al campo a pedir la ayuda del duque de Urbino y del marqués de Saluzzo. Aquel 26 de abril fue tremendo. Viernes, día aciago. Los rumores contradictorios eran esparcidos de sala en sala, por los pajes y los arcabuceros, y nosotros aguardábamos, alrededor de Clarice, como en torno de una fortaleza, rozando de tanto en tanto sus opulentas faldas como si tocáramos las vestiduras de un santo o de un rey mientras el pueblo deliberaba, frente a la Señoría, sobre la expulsión de los Médicis. Renacían los viejos gritos de libertad, que rebotaban, iracundos, entre los tapices. Los huéspedes de la via Larga, aislados, sin aviso de los cardenales que trataban con las tropas de Montefeltro, ignorantes de lo que en su propia casa acontecía, vagábamos entonces de un aposento al otro, empujados por los pajes, y mirábamos los objetos raros que podían desaparecer una vez más. Cuando nos gritaron que desde las ventanas de la Señoría habían arrojado piedras sobre la turba y que habían roto un brazo del David de Miguel Ángel, el David de mi infancia, el único recuerdo hermoso que mi padre me había dejado, me escondí para llorar. Regresaron por fin Hipólito y los absortos cardenales, como si volvieran de una fiesta mundana, hablando atropelladamente de cómo los habían agasajado el duque y el marqués, y se restableció una ficción de paz. La República había durado una tarde, pero los Médicis estaban condenados ya. El 12 de mayo supimos, seis días después del pillaje de Roma, que el desenfreno bestial se había desatado en la Ciudad Eterna. El cardenal Passerini nos contó que se murmuraba que el emperador, al enterarse de los excesos de sus mesnadas incontenibles, había sido presa de amargura. Meses después nos enteramos de que la corte española vistió luto por los sacrilegios, lo cual era bastante paradójico. Y el 11 de ese mes Clarice de Médicis representó su gran escena teatral, la que probablemente ensayó durante años y había encendido de fulgor dramático sus ambiciones solitarias, aunque jamás imaginó que se produciría en circunstancias tan atroces. Entró en el palacio de la Señoría, donde Passerini esperaba como un criado las resoluciones del Consejo que repetía la palabra revolución. Hipólito, Alejandro y Catalina rodeaban al cardenal tembloroso, y la nieta del Magnífico increpó con irónica acritud a los bastardos, incapaces de proteger la herencia de los Médicis legítimos, olvidando que su padre había salido de Florencia en circunstancias aun más penosas para los descendientes del *Pater Patriae*.

En la via Larga se desbandaron los moradores lastimosos, abatida la arrogancia de la época de dominio. Sólo la pequeña Catalina quedó, como rehén de la República. Huyeron Hipólito, Alejandro, el cardenal, seguidos por la turba de esclavos africanos y asiáticos que trataban de preservar los cofres llenos de obras de arte y de libros, amontonados atolondradamente, sin elegir, y que corrían detrás de sus amos, entre los galgos nerviosos y los espantados relinchos, mientras la plebe destrozaba los escudos y quebraba los roeles y las flores de lis. ¡Qué distinto cortejo del de Benozzo Gozzoli, de su ceñida música, de su elegancia para una mascarada palaciega! Aquí no había cortejo; había desastre, consternación, gritos airados, anarquía. Felipe Strozzi, siempre inseguro, acompañó hasta Pisa a Hipólito. Yo escapé también, con Messer Pandolfo que apretaba su Virgilio, y con Ignacio de Zúñiga que rezaba el rosario, indiferente, cuando nos lanzamos al río vociferante de la chusma. Pantasilea, desde su terraza, semiescondida en el vaivén de sus mujeres que,

sin proponérselo, reproducían las actitudes estéticamente espantadas del tapiz del rapto de las Sabinas, me reconoció por la giba, en el tumulto, y me arrojó una rosa. Tal vez comprendía por fin, en su lúcida pesadumbre, que con el muchacho jorobado, el trágico Orsini de la via Larga, *le veuf, l'inconsolé*, se marchaba uno de los últimos señores verdaderos y que lo había hecho sufrir como a ninguno de sus tristes amantes. Un pavo real saltó al parapeto, y su cola de meretriz colgó sobre el centro de la fachada, como un bordado blasón maléfico. Rodón, el perro favorito de Hipólito, que anduvo detrás de nosotros un rato, olió la pisoteada rosa y luego sus aullidos gemebundos se apagaron en una de las calles henchidas de gente frenética. Tañían las campanas, en tanto los ladrones invadían el palacio de los Médicis y lo pillaban una vez más. Dos días después estábamos en Bomarzo. Desde la muerte de Adriana y de Beppo, mi vida había sido, como la de Italia, una torva pesadilla, atravesada, aquí y allá, por los relámpagos de un fervor impetuoso.

La serena visión de la estructura de Bomarzo, en su alto aislamiento, me conmovió tanto que descendí del caballo, ardientes los ojos de lágrimas, y besé el suelo querido. Allá estaba mi casa, herrumbrosa, dorada, en la fina transparencia del aire primaveral que estremecía los campos. El fascinante misterio del lugar, su milenaria fuerza etrusca, poblada de presencias invisibles, más viejas todavía que mi raza, se apoderó de mí como cuando era niño, ahogándome, disolviendo en mi pecho la piedra aguda que lo oprimía. La voz familiar del agua cantó en mis oídos. Me saludaron unos pastores. Y pensé, quiméricamente, incorregiblemente, como cuando había llegado a Florencia, casi tres años atrás, que tal vez podría ser feliz entre los míos, a pesar de todo, con la ayuda de Dios.

III

APARICIÓN DE LA MAGIA

Mis intenciones y mi ánimo cambiaron pronto. Todo conspiraba allí para alejarme de mi nueva vida. Me volvía a encontrar con la vida anterior a mi viaje a Florencia, y simultáneamente, debilitadas por el interés con que valoraba lo que más metido tenía en la sangre —mi viejo, fundamental Bomarzo—, palidecían las imágenes de Adriana, Beppo y Abul, que un año atrás habían colmado mi desesperación. No los olvidaba, por cierto, pero a esa edad las inquietudes se sustituyen con rápido egoísmo. En el caserón de los Médicis, durante los meses que se extendieron entre la muerte de Adriana y el regreso a Bomarzo, yo actué casi exclusivamente bajo el severo influjo de Ignacio de Zúñiga. Su presencia y su actitud eran los más indicados, en esa oportunidad, para apaciguarme y reconciliarme conmigo mismo. Fue aquella una etapa de transición, en la que los elementos emocionales obraron con fuerte impacto, anulándome, y en la que, estimulado por el español, pensé hallar en la religión el puerto que requería la tormenta desatada en mi alma. En Florencia me encontraba solo y nadie tenía tiempo que consagrarme, ocupados como estaban por los acontecimientos militares y políticos que tan de cerca atañían a los palaciegos. Cuanto me rodeaba —el propio palacio, las calles florentinas, la proximidad de Nencia— rebosaba de alusiones trágicas, y aunque el tiempo fue cumpliendo su acción sutil de roedor, las huellas del pasado próximo se hallaban demasiado cerca para que, súbitamente, al entrar en una habitación, no surgieran ante mí episodios y figuras impresionantes. De haber sido mi fervor religioso auténtico y no —como había sido— la consecuencia de remordimientos dolorosos y de la prédica tenaz de Ignacio; de haber tenido mi fe cristiana raíces más hondas, más seguras que las circunstancias, no hay duda de que mi vida, toda mi vida, hubiera cambiado para siempre, merced a la acción conjunta de la angustia, del arrepentimiento y de las exhortaciones, pero yo carecía de la base necesaria para construir sobre ella el luminoso edificio de la piedad. Mi religión, pues la tuve, estaba hecha bajo la influencia de mi abuela y de la magia de Bomarzo, de cierto paganismo ancestral que ubicaba a mi familia en altares deslumbrantes y que imponía que yo, el miembro más mísero de esa estirpe, ganara también mi lugar en el Olimpo de los Orsini, un lugar que, si era mío por imposición del Destino,

exigía un esfuerzo de conquista, puesto que, a diferencia de mis hermanos, de mis parientes y de mis antecesores, yo había traído al mundo la paradoja de ser y no ser, al mismo tiempo, un privilegiado. Mi abuela me había formado dentro de esas ideas heredadas —erróneas, culpables, vanas, llámeselas como se prefiera—, y si el lector la censura por ello deberá proceder cautamente y pesar el pro y el contra en balanzas exquisitas, porque cuanto me atañe es intrincado y múltiple. Diana Orsini, a su vez, había crecido en el clima de ese culto, del cual derivó su fortaleza, y calculó que, para robustecer a su nieto, que precisaba más que nadie sostenes y auxilios, debía transmitirle las esencias de un vigor que se afirmaba no en lo divino sino en lo humano, y que confería a lo humano la calidad de lo divino, reemplazando la divina fuerza ausente, cuya única supervivencia vaga era la de una compleja superstición, con el empuje de una veneración dinástica, pródiga en ejemplos célebres. La suplencia de algo tan alto por algo tan pequeño —ahora puedo verlo así, pero entonces carecía de perspectivas para apreciarlo en sus exactas proporciones— explica muchos aspectos de mi proceder nefasto, pero aun enfocando las cosas con una lucidez a posteriori, pienso que mi abuela debe ser considerada indulgentemente y hasta absuelta, ya que su equivocada actitud brotó del afán de beneficiarme, dándome por apoyo lo único que poseía. Tanta era la energía que resultaba de ese planteo orgulloso, compartido con naturalidad por los míos, que no bien regresé a Bomarzo, y recomencé, como bajo una enorme campana de cristal, a respirar el aire enrarecido que había alimentado mi infancia, torné a ser el que había sido antes de la violenta crisis florentina. Claro que esto no se produjo en seguida, pero era fatal que se produjera, si se tiene en cuenta la fragilidad de mis quince años; la falta de asidero íntimo que en mi personalidad había encontrado la prédica de Zúñiga; el misterioso dominio que Bomarzo ejercía sobre mí, con sus espectros paganos secularmente vinculados a los míos; y la lógica veneración que yo sentía por mi abuela, a quien, por ser mi gran aliada de siempre, yo miraba también como la suprema fuente de sabiduría.

Las primeras palabras que brotaron de sus labios, cuando caí en sus brazos luego de la larga ausencia, fueron para decirme cuánto me había embellecido en la Toscana. Me observaba y me lo repetía. Me condujo frente a uno de sus espejos y me mostró en él mi cara fina, modelada en los pómulos de un suave tinte mate, que poseía los rasgos de mi retrato definitivo. Como ella estaba a mi lado, ocultando mi joroba, y su imagen querida, de transparente hermosura, suprimía mis defectos, hallé que tenía razón, y que el muchacho de grandes ojos dolientes que me contemplaba desde la zona poética del espejo podía atraer con su físico inquietante. Me felicitó por el *lucco*, el típico manteo sin mangas de los florentinos, que yo había adoptado aunque casi no se usaba ya en la ciudad de los Médicis, porque su amplitud y su capucha disimulaban mi espalda, y desde entonces, en el curso de la vida, lo llevé siempre, de paño o de damasco, negro, morado o rojo, forrado de tafetán, de tabí, de terciopelo, de seda o de pieles, según las estaciones.

Mi padre y Girolamo andaban en las guerras que sacudían a Italia. Maerbale, que se había espigado y tenía ya el dejo aristocrático que le dio tanto prestigio, y que se acentuaba gracias a su nariz un poco larga, noblemente dibujada, y a la sonrisa de lejana displicencia que no abandonaba nunca, bajo

las sombras del pelo revuelto, me acogió con una frialdad que no era agresiva. Cuando Girolamo no estaba en Bomarzo, mejoraban nuestras relaciones. De modo que entre el cariño de mi abuela y el señorío prescindente de mi hermano menor, la atmósfera del castillo me infundió una paz desconocida, acentuando la sensación de felicidad que había experimentado no bien avisté, desde el camino, mi casa.

En cuanto a Bomarzo, los andamios cubrían su fachada principal. Labrados materiales se acumulaban en sus terrazas, y, muy temprano, el golpeteo de los obreros que rompían y esculpían las piedras, nos informaba de que proseguía la obra de su transformación. Pero Bomarzo era recio como la armadura de un gigante, y aunque añadiesen adornos a su coraza, no conseguirían modificar su fiereza, áspera como la roca en la cual asentaba su empaque medieval.

Continué paseando con Ignacio y leyendo los libros que me ofrecía, aunque el interés que de ellos emanaba —y Zúñiga lo advirtió presto y me recriminó inútilmente— fue decreciendo, y esas caminatas se espaciaron más y más, hasta que las suprimí. En cambio me encantaba salir con mi abuela, apoyado en uno de sus bastones, a recorrer, junto a su silla de manos, la posesión. Nos cubríamos de pieles, porque apretaba el frío. De tanto en tanto hacíamos alto para criticar, a la distancia, el carácter de los cambios incorporados al castillo, o para hablar de *Orlando Furioso* o, como cuando era pequeño, de los Orsini y de su gloria y de las incógnitas que me reservaba la vida. A lo largo de las andanzas, le fui abriendo mi corazón, lentamente, porque noté cuánto bien me hacían sus comentarios, y le narré las penas que había sufrido por Adriana, por Beppo y por Abul. Ella me escuchaba con grave intensidad, tratando de discernir la verdad en el laberinto de mis aclaraciones, y luego aplicaba su inteligencia a desfallecer el complejo de culpa que esa evocación evidenciaba. No veía mis pecados; veía la necesidad de rescatarme. Se pensará que su compasiva inclinación habrá contribuido a que yo fuera lo que fui, revistiéndome de precoz dureza, y que si más tarde mi vida se desarrolló como explicaré, ello deriva en buena parte de la ciega pasión de Diana que quería, por encima de todo, proteger el quebranto de su nieto contrahecho; pero reclamo la tolerancia de los jueces y les pido que recuerden las particularidades del caso —las mías y las suyas, poniéndolas bajo el signo común de los Orsini— al sentenciar a mi abuela. Mi abuela cometió actos reprochables —y el peor de todos, aquel que marcó el rumbo de mi existencia, no se había producido todavía— y no obstante yo no puedo condenarla, porque sé que sus errores y su crimen fueron el fruto desdichado del amor. De cualquier manera, no puedo condenarla, pues sería como condenar al aire que uno respira, que eso fue mi abuela para mí: el aire que respiré y que me mantuvo hasta que, desaparecida ella, debí valerme solo, sin lazarillo, sin nadie, en un mundo extraño y adverso.

Dos meses y medio después de mi regreso a Bomarzo, el cardenal Orsini llegó con noticias frescas de Roma. El papa había podido huir del Castel Sant'Angelo a Orvieto, disfrazado de buhonero, con un solo acompañante, merced a la ayuda de ese mismo cardenal Pompeyo Colonna que le había dado tanto quehacer y que ahora multiplicaba las pruebas de una devoción obsequiosa. Así había escapado, con ropas de faquín, un colchón sobre la

cabeza, doscientos años antes, Cola di Rienzi, pero lo reconocieron por el brazalete de oro. Menos lujoso y más hábil, el papa tuvo también más suerte. En la Ciudad Eterna, no bien se supo la temeraria fuga, el pueblo se entregó a una alegría delirante, pensando que habían terminado sus miserias, y una multitud de monjes y de sacerdotes afluyó a San Pedro para cantar el tedéum. La furia impotente de los invasores no alcanzó límites. Mi abuelo había pasado momentos de zozobra, en tiempos de la lucha contra los Colonna; pues integró el grupo de rehenes que sirvieron de garantía cuando Clemente VII abandonó Sant'Angelo por primera vez pero el cardenal Pompeyo (el mismo que había impedido que fuera papa, en el último cónclave) lo llevó consigo a Subiaco y lo colmó de honores. Luego, durante el largo asedio de las tropas imperiales, tornó a encerrarse con el pontífice en el Castel y no se separó de su lado. Nos detalló su ira contra Benvenuto Cellini, dedicándome unas miradas torvas. Y habló de la peste. La peste se había desatado en Roma como un flagelo divino. Lo peor es que, sin distinguir la justicia de las causas, diezmaba por igual a sitiados y sitiadores. Los cadáveres se amontonaban en las calles.

Mi abuelo quedó con nosotros, olvidado del feudo de Monterotondo. Ya no salía, como antes, a caminar por los alrededores del castillo y a detenerse en las casucas de nuestros paisanos, a probar los vinos que subían para él de los sótanos con ceremoniosa solicitud. Permanecía en su habitación, sobre las piernas un manto de armiño, y se parecía a los reyes de los cuentos. El viejo condottiero rezaba unas misas interminables. Había visto demasiadas infamias y atrocidades para que eso no conmoviera su fatigado corazón.

Durante los días más crudos de febrero, los españoles partieron de Roma para Nápoles. Los teutones se fueron también cargados como altares, y cuando desaparecieron por la puerta de San Giovanni, la gente agolpada en el camino dio rienda suelta al júbilo, distraída momentáneamente del horror de la plaga, tan cruel que un año más tarde todavía merodeaban por las calles manadas de lobos que atacaban a los hombres. En junio, el Santo Padre se trasladó de Orvieto a Viterbo, y el cardenal Orsini acudió a besarle la mejilla. Cuando, en octubre, pudo regresar a Roma, Clemente VII lloró de espanto ante la ciudad en ruinas, incendiada, que había perdido la mitad de su población.

Entre tanto, en Bomarzo, mi vida se desarrollaba plácidamente. Con Messer Pandolfo, empecé a traducir a Lucrecio. La invocación inicial a Venus me recordó la aventura con Nencia, pero aparté esa imagen pecaminosa y, para castigarme, compuse una oda en loor de Adriana que destruí con sobradas razones. Una mañana, junto al arco donde más tarde hice grabar las sentencias contradictorias sobre la Vida y la Muerte, observé que unos artesanos, aprovechando el reposo, labraban unas piedras —el blando *peperino* volcánico local—, dándoles toscas formas fantásticas que traían a la mente la tradición etrusca de ese suelo. Dichas figuras me hicieron evocar el sueño de las estatuas colosales que me había suspendido de maravilla en el oratorio de los Reyes Magos y, cuando recorrí las abruptas plataformas que se escalonaban en el valle, más allá del jardín italiano de mi abuela, tuve por primera vez la idea, vaga, difusa, de lo hermoso que sería transformar las rocas que en su fragosidad emergen, en inmensas esculturas, y tanto me emocionó esa extravagante visión que, sin imaginar que un día se llevaría a cabo y que ella

sería como el resumen de mi singular existencia, transporté a mi aposento unos trozos de piedra dúctil y los coloqué, como ofrendas, a los pies de la armadura que me había regalado Diana Orsini después del episodio del esqueleto coronado de rosas, porque creí descubrir, entre esas armas verdes de herrumbre y esa materia tan familiar al contacto de mis manos, un esencial parentesco, que las vinculaba también conmigo mismo y con los obreros nacidos en Bomarzo que trepaban por los andamios del castillo. Energías oscuras, milenarias, comenzaron a reptar y a moverse en mi interior, desperezándose, desveladas por un incentivo aparentemente tan trivial como el recreo de unos paisanos que se distraían tallando pedruscos. Sentí como si esa tierra reclamara de mí la expresión alegórica de su secreto, y sentí que ese secreto se confundía tan estrechamente con mi propia vida que ambos constituían un todo inseparable, de suerte que si alguna vez elevaba el raro monumento a la magia de Bomarzo que se iba gestando en mi espíritu y que principiaba a dibujarse, pálido, como si se despojara de antiquísimas nieblas, al mismo tiempo situaría en mi heredad de Etruria, como en el proscenio de un teatro, a los personajes estatuarios que simbolizaban con sus actitudes las etapas de mi existencia excepcional. Pero para que yo estuviera en condiciones de concretar plásticamente esa doble y única metáfora, y de comprender lo que se esperaba de mí, era necesario que anduviera mucho aún por la vía espinosa, desgarrándome, recogiendo emblemas y sangrientas púas. No lo vi entonces, por supuesto, con la nitidez con que ahora explico el proceso, pero algo semejante a una intuición de dolor y de gloria me sobrecogió cuando hablaba pausadamente con los artesanos y revivía mi desazonante sueño premonitorio mirando de vez en vez, por encima del erizo de los andamios, hacia las nubes —esculturas también— que plasmaban y deshacían sobre el cielo puro sus fugaces relieves; y cuando volvía a mi cámara llevaba conmigo un lastre esotérico, como si el aire de Bomarzo hubiera fecundado espléndidamente al jorobado ridículo y hubiera hundido en sus entrañas la semilla de una hermética misión.

Por esos días mi abuela recibió unas líneas de mi padre, quien le informaba que los venecianos le habían confiado la custodia de Monópoli, a las órdenes de su amigo Lautrec. El francés debía marchar contra las posesiones de Carlos Quinto en el norte de Italia, en tanto que otro ejército, secundado por la flota de Génova, atacaba al reino de Nápoles. En agosto, Lautrec reconquistó el Milanesado para Francisco I, pero murió de la peste, y los restos de sus fuerzas, aniquilados por Antonio de Leiva, capitularon en Aversa, luego que Andrea Doria se pasó al emperador. Gian Corrado Orsini no regresó a Bomarzo, como habíamos supuesto. Quizás el dolor de la pérdida de su ilustre camarada, a quien el duque de Sessa, nieto de Gonzalo de Córdoba, mandó elevar un suntuoso sepulcro, lo impulsó a seguir andando, con sus diezmados hombres de armas, por la destrozada península. En cambio, quien regresó fue Girolamo, y con ello mi vida entera se halló frente a una de sus grandes encrucijadas y torció por nuevo rumbo.

Girolamo no vino solo. Como otras veces, lo acompañaban parientes y amigos de su edad, ensoberbecidos por la madurez precoz que les conferían sus

hazañas. Eran los mismos de siempre, bronceados, parlanchines, gritones, ignorantes, pendencieros, dotados de una elegancia espontánea y de un sentido innato de lo bello que se reflejaba en el arte seguro con que elegían sus camafeos y sus joyeles y con que opinaban sobre arquitectura, sobre música, sobre teatro. Habían sido derrotados, pero se habían batido bien. Y no cesaban de hablar y de atropellarnos con sus fanfarronerías. Se instalaron en las habitaciones principales de Bomarzo, que se transformó así en una especie de campamento militar. Las armas se acumularon sobre las mesas y los arcones, se alinearon contra las paredes. Entre los jarros de vino asomaban los guanteletes y las desceñidas espadas. En los patios, los criados bruñían piezas de acero. Por nimiedades se agriaban las disputas, y los muchachos, como gallos de riña, de un salto, mostraban los espolones. Blandían las dagas y golpeaban las rodela, tajeándose y reconciliándose. El cardenal Orsini, encerrado en su aposento, nada podía contra los jóvenes señores de su sangre que se creían dueños del mundo. Al contrario, a veces aparecía su fantasma rojo, detrás de una puerta, y sonreía nostálgicamente al verlos luchar con brincos de gimnastas, o bailar juntos, o rodear a Maerbale que inventaba unas mímicas locas. Mi abuela y sus damas eludían su trato. Los guerreros se enmohecían en la inacción, hartos de cazar, de querellarse, de acosar a las hembras del villorrio. Entonces, como antes, se dedicaron a perseguirme. Sufrí más que en las pasadas ocasiones, porque ya no era niño y entendía que la importancia de mis experiencias de los años últimos me otorgaba una personalidad digna de respeto. Ellos, que eran astutos, y más que ninguno Girolamo, olfatearon ese flamante retoño de vanidad, y se aplicaron con ahínco mayor a fastidiarme. Tenían arrebatos de crueldad infantil cuando organizaban las humillaciones. Las cosas fueron subiendo de punto, hasta que temí por mi vida, porque ningún juego sádico parecía colmar su hastío. Me acechaban detrás de las columnas, desenvainados los puñales; parodiaban mi andar; me obligaban a seguir sus danzas; me rompían y robaban los libros; forzaban la puerta de mi cuarto, de noche, desmoronaban la barricada de muebles que yo había apilado, con mil sofocos, para protegerme, y entraban allí también, desnudos, obscenos, a trastornarme con sus pantomimas. Messer Pandolfo comunicó la situación a mi abuela, a quien no osé, abochornado, referir esos martirios, y ella suspiró y habló con Girolamo, de modo que se suspendieron los tormentos, pero recrudecieron unos días después, cuando el tedio volvió a excitar a mis verdugos. Pensé huir, buscar refugio junto a Hipólito de Médicis, que se había reunido con el papa en Roma, donde —consiguiendo lo que jamás lograría Maerbale— su tío lo obligaría pronto a aceptar de mala gana un capelo cardenalicio. Me detuvo nuevamente la vergüenza de exponer mi degradación y mi debilidad, mostrando a la faz del mundo cómo se maltrataba, en sus propias tierras de Bomarzo, al hijo segundón del duque. Diana Orsini tornó a intervenir, y Girolamo se atrevió por primera vez a enfrentarse con la autoridad de la anciana señora, de cuyos reproches llegó a burlarse, diciéndole que un hombre construido como yo, baldón de la estirpe, sólo podía servir para divertir a los príncipes genuinos. Mi abuela se mordió los labios y recurrió al cardenal, pero Franciotto Orsini, reblandecido, se lavó las manos, alegando que seguramente exageraba, y es muy probable que en la intimidad de su corazón

—a pesar de sus muecas compungidas— estuviera de la parte de Girolamo y sus cómplices, en quienes reconocía, ya próximo su fin, la turbulencia de su juventud de condottiero para la cual lo único que contaba eran los arrestos del desenfado de los bravucones, y a cuyo áspero fondo no había alcanzado el refinamiento florentino del que tanto se afanaba. Debí soportar el peor de los vejámenes, y fue que mi abuela —a mí, que ya tenía dieciséis años— me hizo dormir en su aposento, donde pasé las noches en vela, oyendo, abajo, la bulla de mis primos que improvisaban canciones sobre el giboso afeminado, o escuchando, más tarde, como lo único que podía procurarme cierto alivio, la respiración pausada de Diana Orsini, reloj que medía mis horas de soledad. Descorría a medias, a veces, el cortinaje que nos separaba de la habitación donde descansaban las damas, entre las cuales había algunas muy jóvenes, y mi desazón se complicaba con otros problemas ante el espectáculo que como una señal más de desprecio, pues ni siquiera me consideraban un hombre, inocentemente le ofrecían con su abandono a mi erotismo avizor, denso de visiones recogidas en la ciudad de los Médicis y en la casualidad de mis trajines por el castillo, y que no poseía más recurso para desahogarse que mi propio, triste e insatisfecho amor. Al amanecer, cuando cesaba el escándalo de los bebedores, me dormía, extenuado, y las pesadillas prolongaban mi tortura. Ni siquiera me quedaba el arbitrio de añorar la vuelta de mi padre, o de escribirle, pues demasiado enterado estaba de sus sentimientos hacia mí.

La angustia terminó, repentinamente, una mañana en que, aprovechando que mis enemigos se habían ido de cacería a Bracciano y que apretaba el calor, me fui a bañar en el crecido Tíber. Me acompañó mi abuela, deseosa también de un poco de sosiego. Ignorábamos los dos que Girolamo había quedado en el castillo.

Yo, que no me aventuraba a desvestirme ante nadie, lo hacía ante mi abuela por una costumbre que se remontaba a mi niñez, y porque ella fue hasta ese momento, de cuantos me rodearon, la única que me infundió confianza con su cariño y tomó con naturalidad lo que para los demás era motivo de repulsión o de mofa. Permaneció en su silla de manos, leyendo al amparo del sol, y mandó a sus servidores que se alejaran hasta desaparecer de nuestra vista. Puesta en su pequeña hornacina, como una imagen religiosa en cuyo vestido relampagueaban los diamantes, me vigilaba desde allí y a veces me gritaba algo afectuoso, quitándose las gafas y levantando los ojos del libro. Chapoteando, feliz entré en el agua. Nadaba mal, apenas, como se supondrá, y no me apartaba de la ribera, pero gozaba intensamente el placer del agua fría, sintiéndola deslizarse sobre mi pecho, sobre mi pobre espalda, sobre mis miembros, con larga caricia cordial. En ese instante, Girolamo surgió de la espesura. Quizás había pensado bañarse; o habrá adivinado que yo lo haría, al vernos partir del caserón, y nos siguió escondiéndose.

Se irguió a caballo, en la orilla, entre unas rocas, y comenzó a arrojarme piedras y a vocear insultos, con una insistencia diabólica, incomprensible en quien contaba ya veintiún años y se había distinguido en la guerra y en las cortes. No tenía yo con qué hurtar mi cuerpo flaco y torcido a la saña de sus comentarios y sus proyectiles. No me resolví a lanzarme a la corriente, ni

tampoco a ganar la costa, donde me atraparía con facilidad, de modo que me cubrí como pude de las piedras, hundiendo en el río la aleta dorsal que me convertía en un menudo vestigio acuático. ¡Cómo lo odié entonces! ¡Cómo odié su imbecilidad, su saña, su desproporcionado aprovechamiento! ¡Cómo odié también su hermosura, la gracia de su porte que aun odiándolo no dejaba de valorar en el reverbero que incendiaba las matas! Se había abierto la camisa y su pecho moreno resaltaba, fuerte, en el desorden de la ropa. Las largas piernas enfundadas en dos medias amarillas pendían hacia la tierra que debía heredar, pintada cada una de un solo y diestro trazo de pincel, y era todo él como un fino arbusto brotado de esa tierra. Un mechón sudado le caía sobre la frente. Brillaban sus dientes blancos, sus ojos azules.

Nuestra abuela descendió del vehículo con fatigada lentitud, llamándolo, y se aproximó, apoyada en el bastón de oro. Sus rasgos bellísimos estaban transfigurados por la cólera. Girolamo giró hacia ella y, perdida ya la reserva del acatamiento y de la cortesía, le gritó que si yo era como era —dijo: una sabandija nauseabunda— eso se debía a ella y a la degeneración de los suyos, pues el otro jorobado de la casa de Orsini, Carlotto Fausto, había salido de su rama. Se encararon a la distancia, y comprendí, por la expresión de mi hermano y por lo que iba mascullando, qué hondo era el rencor que le inspiraba Diana Orsini. Ahora, disparatadamente, Girolamo le enrostraba la desgracia de su pariente, el marido de Julia Farnese, que había deshonrado a los nuestros con su ridículo infortunio conyugal, en tiempos en que su mujer fue la amante del papa Alejandro Borgia. El asunto, traído de los cabellos, no guardaba ninguna relación ni con Carlotto Fausto, ni conmigo, ni tampoco con ella, irresponsable de esos descalabros, pero Girolamo no se contenía ya, como si se hubiera roto el dique envenenado de su resentimiento, y continuaba desgañitándose. Mi abuela, asombrada, muda, dio un paso más, blandiendo la vara de oro, y entonces sucedió lo que ninguno de nosotros dos se explicó nunca. El caballo negro de Girolamo me miraba como si quisiera hablar, como si, a semejanza del Xanthus de Aquiles, poseyera el don de la palabra y pudiera prevenirme contra las posibilidades de mi muerte próxima. Pero no se trataba de mi muerte. La muerte rondaba ese paraje desde que los hombres lo frecuentaban. Allí se habían trabado en batallas las huestes bárbaras de Totila y de Narsete, de Alboino y del exarca de Ravena. Allí, cerca de Mugnano, San Ilario y San Valentino habían sido arrojados al Tíber, por orden del procónsul de Ferento, allí había encontrado su fin San Secondo. El caballo me miraba y algo lo asustó, tal vez los espectros que flotaban en las aguas inquietas. Lanzó un relincho, levantó las manos y Girolamo vaciló en la montura. Mi hermano cayó luego hacia adelante, y su cabeza golpeó contra una piedra. Rodó hasta el río semidesvanecido y la corriente lo arrastró hasta otra piedra, que lo detuvo.

Yo hubiera podido salvarlo. Todo el drama se resume en esta frase que escribo, siglos después, con mano temblorosa. Hubiera dependido de mí que Girolamo se salvara. Y de mi abuela también, si hubiera alertado a los servidores. Yo hubiera podido llegar a la piedra casi sumergida que se iba enrojeciendo de sangre y junto a la cual su pelo flotaba, abierto, desflecado, como un alga oscura y bermeja. Nos imploró con los ojos agrandados por el terror y por el sufrimiento. Alcé los míos hasta los de mi abuela, que en la

altura, vestida de blanco, se encendía de fulgor diamantino, como una diosa de esos lugares, venida de las tumbas en las que se abrazaban los luchadores ocres, y vi cómo estiraba una mano, para retenerme, y cómo se llevaba la otra a los labios, para imponerme silencio. Nos observamos apenas el espacio de una chispa y eso bastó. El caballo braceaba y galopaba a la distancia. Un pájaro, un mirlo, se paró en una rama y rompió a cantar. Era el mismo canto que yo había oído, años atrás, en la ventana del desván de Bomarzo, cuando Girolamo y Maerbale me ataviaron de mujer, y que me había evocado entonces, en medio de la congoja, al paisaje querido que había visto florecer mi alma. Mientras el mirlo hacía espejear sus plumas renegridas y continuaba desgranando las clarísimas notas, ausente del horror como un poeta hechizado, aquella escena distante volvió a mí con toda su desesperación, llamada por los trinos que no me hablaban ahora de la placidez estática del sitio sino de la incomasión de mi hermano brutal. Cerré los ojos un segundo, tiritando en el agua, y cuando los reabrí observé que Girolamo se esforzaba por aferrar sus dedos crispados a la roca y que luego, vencido, se abandonaba a la corriente, braceaba con inútil empeño y se sumergía en la marcha del río. Sólo en ese instante elevé mi voz ronca cuanto pude, y la de mi abuela le hizo eco en la orilla. Atraíamos a los criados cuando ya era tarde. El mirlo, temeroso, vaciló. Desvió hacia Diana Orsini el ojo amarillo, las patas amarillas, amarillas como las piernas delgadas de Girolamo que pronto flotarían, como dos largos peces muertos, en la irisación de su mortaja líquida y, rayando de negro el aire, el pájaro se echó a volar. El caballo, loco, huía también hacia la cima de Bomarzo.

Todo adquirió la pompa necesaria y una especie de majestad sinfónica. La cámara donde colocaron el cuerpo de Girolamo, cubierto con su armadura, fue tendida de negros paños. Mi abuela se vistió de blanco, porque para ella, como para las antiguas reinas de Francia, el blanco era señal de luto. Maerbale y yo cambiamos nuestras ropas por otras, negras, que descendieron de los cofres del desván. Desaparecieron los guantes, las sedas, las joyas. El cardenal mandó llamar a los monjes de los monasterios próximos, y las plegarias no cesaron noche y día. Enviamos un mensajero a mi padre, con la noticia que lo sumiría en un dolor terrible y sentí lástima por él, viejo, solo, privado de lo que más amaba. Pero no debía ablandarme, no debía dejar que la piedad me debilitara. Debía echar mano de cuanta energía dispusiese. Supimos por el emisario que el condottiero había recibido la carta, más nada contestó ni volvió a Bomarzo. Lo aguardamos cuatro días renovando los cirios y las oraciones. Por orden mía le pusieron a Girolamo el yelmo, como si lo encerraran dentro de un férreo estuche, e insistí en que le apretasen la visera, para no ver más su rostro desfigurado. Así, convertido en una escultura, podía soportar la cercanía del cadáver. La gente del castillo acataba mis órdenes, acudía a mí, que era ahora el heredero y, en ausencia de Gian Corrado Orsini, el jefe de la familia. Mi abuela, espantada sin duda de lo que había hecho, se enclaustró en su aposento, donde nadie entró. Muy tarde, velada, se sumaba a los frailes que repetían sus preces. Su actitud huraña, que los demás atribuyeron a su pesar ante la pérdida del mayor de sus nietos, de la que había sido testigo, y la actitud del cardenal que lloraba y lloraba, sin articular palabra, con balbuceos seniles, afirmaron mi

autoridad. Maerbale me abrazó. Los compañeros de Girolamo se apartaban a mi paso, silenciosamente, en las salas que resonaban con el *Dies illa, dies irae* compuesto, centurias atrás, por el cardenal Latino, hijo de una Orsini. —*Libera me, Domine, de morte aeterna in die illa tremenda*, salmodiaban los monjes, y yo no tenía tiempo para los remordimientos. Esperaba a mi padre. Esperaba el encuentro con mi padre. Por primera vez me sentía fuerte, imprescindible. Iba hacia mi destino, entre cadáveres, Beppo, Girolamo... y yo no tenía más que dieciséis años. Me vi, por casualidad, en un espejo y me sorprendió la dureza de mi rostro. Pero no podía ocuparme de mí mismo. Esperaba a mi padre. Y mi padre, aunque sabíamos que andaba por los alrededores, no llegó. Al cuarto día resolví que sepultaran a Girolamo en la Iglesia de Bomarzo. Sus camaradas, con ropajes negros, lo bajaron en hombros desde el castillo por el camino empinado. La armadura relampagueaba al sol, y a los lados de las parihuelas los fúnebres paños se arrastraban, rozando la tierra que el muchacho hermoso no dominaría ya. Los obreros de los andamios, los cultivadores, los feudatarios, los siervos, lo seguían, y sus lebreles, retenidos por los pajes, aullaban al paso del cortejo, olfateando la muerte. A las puertas de las casas había mujeres, con niños en los brazos; alguno sería hijo de Girolamo. Se incorporaron al cortejo, detrás del cardenal Franciotto que caminaba lentamente, agobiado por la casulla de oficiante entre los hombres que habían ceñido franjas de luto sobre los blasones bordados. Los frailes cantaban solemnemente, hundidas las caras en la penumbra de los capuchones. Vinieron obispos de Roma para honrar al nieto del cardenal. Movíanse en el séquito sus mitras góticas blancas. Me besaron uno a uno, después de la ceremonia. También me besó mi abuelo, mojándome la mejilla con sus lágrimas. Los guerreros recogieron sus armas y partieron de Bomarzo. Había terminado la fiesta. Ya nada tenían que hacer allí, porque ahora el señor, el duque, sería ese mismo jorobado a quien tanto habían perseguido y de quien se despedían aprisionando sus manos en sus guanteletes, como si fueran sus amigos. De buena gana hubieran cambiado al muerto por mí y me hubieran precipitado en su tumba. Se volvieron a observarme, apoyados en las grupas, mientras se alejaban con sus pajes, sus lanzas, sus pendones que reiteraban el escudo de la rosa y la serpiente. El sol se derrumbaba sobre la masa ciega de Bomarzo, transformándola en un ascua de oro. Quizás me maldijeron. Si algo sospechaban, devoraron sus sospechas inútiles. Y en esos cuatro días, mi abuela y yo no nos miramos ni una vez.

La muerte de Girolamo no me inquietó como la de Beppo, a pesar de que, si en ambos casos yo era el responsable, esta vez había visto morir a la víctima, había visto su rostro demudado, implorante en los momentos últimos en que se aferraba a la vida, y eso debió intensificar con imágenes atroces y ciertas la pesadilla de mis remordimientos. Pier Francesco Orsini maduraba en el crimen. Mi experiencia me endurecía. Además, esta vez la angustia culpable se compensaba con grandes ventajas. La desaparición del paje sólo había quitado de mi camino a un importuno audaz; la de mi hermano suprimía a un verdadero enemigo, agresivo, peligroso, que quizás hubiera terminado destruyéndome, lo cual me afirmaba en la idea de que había actuado en defensa propia, y, por si

eso no bastara, su eliminación me hacía duque y le daba a mi flaqueza, con el título y cuanto implicaba —lo advertí en seguida de la muerte de Girolamo—, un soporte de bases seguras, hincadas en la roca ancestral de Bomarzo. Y no era todo: en este segundo contacto con el homicidio yo no estaba solo: tenía un cómplice, puesto que a Abul, que no fue más que un ejecutor material en la ocasión pasada, no correspondía contarle como tal. Mi abuela había sido mi cómplice... o, quién sabe, acaso yo había sido meramente el ayudante de mi abuela, a cuya potente iniciativa se debió el asesinato de Girolamo, o el dejarlo morir que es lo mismo. La culpa se distribuía y resultaba más fácil de llevar. Mi abuela cargaba con la parte mayor. Y como ella constituía para mí un paradigma de perfección y nada que ella hiciera podía estar mal, la muerte de Girolamo revestía los caracteres de un acto justo. A medida que los días transcurrieron fui, insensiblemente, desembarazándome de mi fracción de responsabilidad y convenciéndome más y más de que la única comprometida era mi abuela. A los ojos de mi cobardía, ella asumió el papel inexorable de agente del Destino. Mi vida y mi muerte habían equilibrado un segundo los platillos de una balanza, junto al Tíber, y Diana Orsini había contribuido, con un ademán breve que tenía el vigor de una orden, a salvarme. No pensaba yo, cegado por el egoísmo y por el odio, cegado también por el júbilo de sentirme libre, que se trataba de la vida o la muerte de Girolamo. Sutilmente, lo había desplazado en el planteo, como si de ese gesto dependieran mi salud o mi perdición y no las de mi hermano. Y entonces, en lugar de horrorizarme de mí mismo y de mi abuela, debí agradecerle a Diana Orsini su intervención rescatadora.

Para que se comprendan mis reacciones, es menester ubicarse en la época y recordar que yo pertenecía a un linaje en el cual, como en todo clan ilustre de entonces, el crimen cobraba cierta familiaridad, por su reiteración a lo largo del tiempo. Giannantonio Orsini ultimó a un espía de su padrastro el rey de Nápoles, y distribuyó su cuerpo en veinte pedazos, enviando un trozo, como ejemplo, a cada una de las ciudades de su jurisdicción; Matteo Orsini emponzoñó a Ugolino Monaldeschi; su hijo Nicolis llevó a un Ranieri, matador de su padre, a Roma, lo paseó desnudo en un carro, un lunes santo, y mandó que lo desgarraran con hierros candentes y que arrojaran sus restos al Tíber; Reynaldo Orsini ayudó a matar a Thomas à Beckett, en la catedral de Cantorbery, y después peregrinó a Jerusalén; Penélope Orsini, concubina de su primo, hizo degollar al hijo legítimo de su amante, para que el bastardo lo heredara; ambos —Penélope y el sucesor espurio— fueron exterminados a su turno por Nicolás Orsini, el gran guerrero, el homérico, aquel cuyo experto en planetas trazó mi horóscopo, y al proceder así el condottiero ganó la admiración entusiasta de mi padre; mi primo Orso apuñaló a su mujer en el puente de Pitigliano y luego fue decapitado por sus vasallos; Francisco Orsini, abad de Farfa, ha sido famoso por sus asesinatos: cuando Pablo III lo excomulgó y dispuso que lo detuvieran y ejecutaran, se pertrechó en un castillo, con sus hijos naturales, y nadie lo sacó de sus bastiones. Todavía faltaba añadir a la lista el crimen famoso de Paolo Giordano Orsini, duque de Bracciano, héroe de Lepanto, yerno de Cosme de Médicis, gran duque de Toscana, quien ahorcó a su consorte fingiendo que la abrazaba, a causa de su

infidelidad con el paje Troilo Orsini. Esa última muerte no debió impresionar excepcionalmente al fogueado gran duque, cuando hizo el resumen de su existencia, si se tiene en cuenta que de los hermanos de su hija Isabel de Médicis, esposa del uxoricida, María fue envenenada; Lucrecia, sacrificada por su cónyuge, Alfonso de Este; y Pedro borró de este triste mundo a su mujer. Se dijo también —pero esto no se ha probado y con la nómina anterior me parece que basta— que de los otros dos hermanos, el cardenal había sido muerto por su propio padre, Cosme I, quien vengó de ese modo a su hijo García de Médicis, asesinado por el cardenal Giovanni. Los ahogamientos, desnucamientos, estrangulaciones, intoxicaciones definitivas, pasadas a cuchillo y demás carnicería, alternaban en las evocaciones genealógicas que mi abuela me había presentado desde mi infancia, con las proezas militares espléndidas, con los triunfos del mecenazgo artístico y con las glorias de la santidad. Crecí en una atmósfera en la que el crimen era algo tan natural como la hazaña bélica y los casamientos provechosos. Eso contribuyó, como es lógico, a modelar mi psicología, a curtirme. Y ni siquiera puedo acusar a mi abuela de haberme pervertido, porque, como ya he escrito y repito para que se entienda bien, tales episodios, reproducidos constantemente en el seno de las demás casas principescas de Italia, constituían algo fatídico, ineludible y hasta obvio. Los crímenes de mi familia se conocen y describen en los textos como sus heroísmos, por su posición descollante. Es uno de los precios que paga la celebridad y que empurpura al laurel. Estoy seguro de que si se pudiera rastrear en la evolución de las cepas modestas, a lo largo de cuatro o cinco siglos, se hallarían acontecimientos similares. Si los Orsini matamos a más, es porque éramos más poderosos y en consecuencia teníamos más enemigos y suscitábamos más envidias y venganzas, pero el crimen y la santidad son las dos desembocaduras supremas, en el sino del hombre, y ambos, conocidos o no, están presentes en toda serie de eslabones humanos. De manera que si cuando Beppo fue asaeteado por mi orden en el valle frondoso de Mugello sufrí por falta de experiencia propia, cuando Girolamo desapareció en la corriente del Tíber apenas experimenté algún arrepentimiento fugaz, ya que, a medida que transcurrían los años y me templaba y encallecía con tantos ejemplos antiguos y contemporáneos, vinculados a mi vieja y maltratada estirpe, iba perdiendo la noción de responsabilidad y valorando cada vez menos la frágil vida de mis semejantes. Ni en el caso de Beppo ni en el de Girolamo se mancharon de sangre mis manos. No se mancharon jamás. Numerosos antepasados míos enrojecieron las suyas hasta que se dijera que anduvieron por el mundo sin conseguir descalzarse unos terribles y húmedos guantes escarlatas. Yo no. Mi cobardía no lo hubiese soportado.

Los meses de Florencia que sucedieron al fin de Beppo y en los cuales pensé que había cambiado y que hasta vestiría el sayal, no habían hecho en mí verdadera mella. A la primera ocasión me traicionaron mi debilidad ambiciosa y mi falta de fortaleza para perdonar agravios. Ignacio de Zúñiga, que sin duda percibió ciertas implicaciones graves en las circunstancias que rodearon a la muerte de Girolamo, me pidió permiso para regresar a España. Lo sofocaba el aire denso del castillo. Se lo otorgué con tristeza, porque lo quería y porque su energía austera fascinaba a mi flojedad, pero lo cierto es que me estorbaba

como una encarnación de mi conciencia descartada a la cual me negaba a oír. Partió, y más tarde, cuando Loyola fundó la Compañía de Jesús, supe que había ingresado en la nueva milicia de Cristo. Corrieron muchos años, exactamente hasta la gloriosa batalla de Lepanto, el 7 de octubre de 1571, antes de que tornáramos a vernos.

Mi padre, entre tanto, no volvía, y eso, que hubiera debido tranquilizarme, me sumía en temerosa inquietud, pues yo no dejaba de cavilar en que, sin resignarse a que el giboso fuera el sustituto de su adorado primogénito y el heredero del ducado, estaría tramando algo contra mí, como permitía prever la larga lista de supresiones violentas que acabo de consignar. Probablemente, perdido Girolamo, querría que lo sucediera Maerbale. De modo que en esa época sólo comí lo que me mandaba cocinar mi abuela con sus mujeres de confianza. El polvo de un diamante molido, disimulado en los alimentos, me hubiera despachado al otro mundo; o aquel polvo blanco, de gusto tan agradable, que obraba lenta y gradualmente, sin que de él quedaran rastros, y con el cual el papa Borgia envenenó en Sant'Angelo al cardenal Giambattista Orsini, que era ciego.

La zozobra por mi existencia no dejó lugar, pues, al remordimiento. En cambio mi abuela, que debía ser invulnerable por lo mucho que había visto y sobrellevado en el curso de su dilatada vida, se dobló y aflojó su resistencia. Era muy vieja ya, viejísima. La sombra de mi hermano, de su nieto mayor, acosaba sus noches. A veces me apretaba contra su pecho, convulsa, ojeando alrededor.

—Ha sido por ti —me dijo en una ocasión, y noté que en pocas semanas había desmejorado increíblemente y daba muestras de una decrepitud que nunca pensé que alcanzaría—, por ti, Vicino. Me he condenado por ti.

Aunque carecía de fe, la anciana abrigaba una devoción supersticiosa por la capilla de San Silvestre, edificada en el monte Soratte, tan antigua, que al contemporáneo monasterio se retiró un tío del emperador Carlomagno. De niño, mi abuela me había conducido hasta esa cumbre, como su madre la había llevado a ella. Aquel viaje significaba para nosotros algo así como una iniciación sin palabras. Se me ocurrió, para distraer sus terrores, proponerle una peregrinación al pequeño oratorio, y que nos alojáramos unos días en el convento. Fuimos allá en dos sillas de manos, fijas sobre cabalgaduras, porque me cansaba la ascensión a caballo. Nos acompañaban Messer Pandolfo y varios servidores. Silvestre se llamaba el papa del undécimo siglo que, según la leyenda, vendió su alma al Diablo para obtener el trono de San Pedro: y el monte donde se elevaba la capilla de San Silvestre, patrono del pontífice hechicero, había estado consagrado antes a Apolo, numen tutelar del arte adivinatoria. Esas dos influencias misteriosas, coincidentes en el paisaje de hondos precipicios que cantaron los poetas imperiales, removían en mi espíritu perturbadoras premoniciones e inflamaban mi ingénita pasión por lo secreto y lo fantástico. Mi abuela esperaba hallar en el monte la paz que reclamaban sus atormentados desvelos. Yo buscaba en él, instintivamente, ignorándolo todavía, quizás presintiéndolo con inquietud confusa, algo más singular, lo que los antiguos buscaban temblando en Eleusis: el sendero invisible que guiaría mis pasos hasta la zona oscura y riesgosa hacia la cual tendía, sediento, lo más

escondido y mío de mi alma compleja, la cual empezaba a columbrar la existencia del camino tentador que avanza, zigzagueando, rumbo a las mágicas nieblas cuya penetración Dios prohíbe. Y de ambos, por lo menos yo encontré en el monte de Apolo un atisbo de lo que buscaba y que tanta influencia ejerció sobre mi extraña vida.

Al alba del segundo día salí del monte a caballo, fatigado de la reclusión monástica y obsesionado por mi abuela que no cesaba de recordar la muerte de Girolamo y de buscar atenuantes a la inercia con que la había permitido. Si mi abuela —como era patente— lo había hecho para salvar a su nieto dilecto, disminuido por la inferioridad de sus condiciones, y para ayudarlo a enfrentar una existencia que de otra suerte hubiera sido imposible, y acaso también —lo cual es más reprochable, dada su alta edad, y se volvió contra Diana Orsini— para asegurar la dignidad señorial de sus últimos años, amenazada por la soberbia de Girolamo, lo hecho, hecho estaba, y era inútil pretender justificarlo ni menos enmendarlo. Ahora había que seguir adelante y encarar la vida nueva que brotaba de ese crimen. Claro que nuestras posiciones eran distintas, porque la vida se extendía delante de mí, mientras que la suya estaba cumplida ya. De cualquier modo, su explicable actitud, sus quejas, su perplejidad, su miedo, que en breve espacio la cambiaron física y espiritualmente, no condecían con el júbilo cruel que me invadió cuando, pasados los primeros momentos de desconcierto y pavor por lo realizado, abarqué las vastas perspectivas que se abrían a mis ojos, como consecuencia de nuestro acto y, aun reverenciando a mi abuela y agradeciéndole silenciosamente lo que le debía a su decisión, que para la moral más indulgente puede resultar monstruosa, me embarazaba su presencia y sentía la necesidad de gozar a solas, sin que nada empañara su brillo, de mi flamante situación y sus insólitas proyecciones. Salí, pues; escapé a caballo, por unas horas, a beber el viento.

Flotaba todavía en el cielo la luna llena. Tomé la carretera de Roma, la via Flaminia, y cuando había pasado la roca del duque Valentino, avisté en un costado de la ruta una sombra que se movía entre los cipreses. Era un mulo, que masticaba las hierbas. Más allá, sentado en una piedra, estaba un hombre. Se puso de pie, antes de que yo llegara y, plantándose en mitad del camino, agitó los brazos indicándome que me detuviera. Temí que se tratara de un salteador, pero cuando distinguí su apariencia tranquilizadora frené al animal.

—Párate —me gritó—, aunque no sé si eres humano o demonio, y socorre a este desgraciado.

Tan asombrosas palabras aguijonearon mi curiosidad y pensé que sería un mendigo extravagante, pero su traza no era la de un pordiosero. Frisaba los treinta años y su ropa mostraba su condición de intelectual, tal vez de pedagogo. Frené la cabalgadura y se me acercó tomándola de la brida. No había nadie más en el paraje y únicamente se percibía el croar de las ranas que se zambullían en las charcas ocultas, pero no experimenté ninguna alarma.

—Dime tu nombre —rogó— y concédeme unos minutos.

—Pier Francesco Orsini, hijo del duque de Bomarzo —declaré, y noté que retrocedía un tanto para mirarme mejor. Sus ojos, que fulguraron en la claridad de la luna, buscaban la silueta de mi joroba.

—He sabido de ti —prosiguió— por mi amigo Pierio Valeriano, preceptor de los príncipes de Médicis, quien te aprecia. Yo soy Ángel Manzolli, llamado Palingenio. Por el *Iucco*, calculé que eras florentino.

También yo le había oído mencionar a mi maestro Valeriano al humanista que trabajaba a las órdenes de la casa de Ferrara, y esa designación de *Palingenio* me había inquietado desde el primer instante, porque la vinculé con el misterio de mi horóscopo, ya que la palingenesia, practicada por físicos audaces, aseguraba la posibilidad del renacimiento de la vida, de la vuelta reiterada a la vida desde las profundidades de la muerte. Recordé que Ángel Manzolli preparaba un libro, un poema filosófico, y recordé su título armonioso, *Zodiacus Vitae*. Se lo dije y observé que, halagado por su fama, aflojaba la tensión que le crispaba los músculos y le encendía los ojos. Descendí del caballo y me senté a su lado, en la ancha piedra. Le declaré, para darle tiempo de serenarse pues era evidente su turbación, que venía del monasterio de San Silvestre y había salido a disfrutar de la hermosura de la noche.

—Como tú vengo de allí —me interrumpió—, de la ermita de un hombre santo.

Hizo una pausa, poblada del rumor de los batracios y del murmullo de la campiña romana, y añadió:

—Serás pariente próximo del cardenal Franciotto Orsini.

—Es mi abuelo.

—Entonces, a ti más que a ninguno debo referir lo que me acaba de suceder.

Y me contó una historia fabulosa, que consignó después en su *Zodiaco* y que pesó sobre mi existencia toda, pues a ella le debí el conocer a Silvio de Narni.

Palingenio había partido del monte Soratte dos horas antes que yo. En la sacra soledad de las peñas consagradas a Apolo había dedicado la tarde a la meditación, junto al ermitaño, analizando la vanidad de las cosas humanas y afirmándose en su creencia de lo precario y nimio de nuestra vida. Al caer la noche resolvió regresar a Roma, y en la carretera, en el mismo sitio donde conversábamos, le aconteció la más extraña aventura que pudo soñar. Tres hombres se llegaron a él, llamándolo por su apellido, y le preguntaron de dónde procedía. Les respondió de buen talante y uno de ellos lo increpó, cuando mencionó al hombre santo de la montaña:

—¡Oh tonto! ¿Por ventura imaginas que hay alguien sabio en la Tierra? Los únicos sabios son los seres de la altura, y no obstante que hemos adoptado la pobre forma de hombres, nosotros pertenecemos a ese orden superior. Yo soy Saracil, y éstos son Sathiel y Jana. Nuestro imperio se halla cerca de la Luna, donde reside la multitud de seres intermedios que ejercen dominio sobre la Tierra y el Mar.

El filósofo, demudado, se atrevió a inquirir qué iban a hacer a Roma, y el mismo demonio le contestó que uno de sus hermanos, Amón, había sido encarcelado por las artes mágicas de un muchacho de la aldea de Narni, paje del cardenal Orsini, porque los hombres, a causa de su esencia inmortal, eran capaces de reducir a cautiverio a los espíritus, y el propio Saracil había sido

encerrado por un alemán en una redoma de duro vidrio, hasta que un monje le devolvió la libertad.

—Ahora nos proponemos rescatar a nuestro compañero Amón, y aguardamos las noticias que nos traerá el emisario que mandamos a Roma.

Una brisa leve sopló en ese instante, y otro demonio más, el cuarto, se manifestó y fue acogido por sus hermanos alegremente. Enteráronse por él de que el papa reanudaba su alianza con los españoles y se aprestaba a arrancar de cuajo la herejía luterana, y eso colmó el alborozo diabólico, porque entonces la sangre fluiría en espesos ríos y de su corriente roja los espíritus lunares sacarían miles y miles de almas que precipitarían al Infierno. Dicho esto, esfumáronse las cuatro apariciones y Palingenio quedó solo en el plateado camino, medio desvanecido de terror, hasta que, al cabo de infinito tiempo, escuchó el redoble de los cascos de mi cabalgadura.

Cuanto yo había aprendido desde mi infancia, entre los herederos de los etruscos y los librescos cortesanos de los Médicis, acerca de los engendros de Lucifer que sin cesar nos rodean y persiguen, acudió a mi mente. Los demonios preocupaban a grandes y pequeños. Lutero, el Anticristo, aseguró que se esconden dentro de los monos y los papagayos. Los estudiosos consiguieron penetrar el secreto de sus nombres: Asmodeo, Behemoth, Leviatán, Onocentauro, Cacodemonio... Y pocos años más tarde, el ilustre Jean Wier, médico del duque de Clèves, enseñó que su monarquía comprende 72 príncipes y 1.111 legiones. La gente firmaba pactos con el Diablo, acudía al sabat; los escritores convivieron con demonios familiares, como el gallo rojo de Cardano, como los perros negros de Bragadini, como el del economista Bodin. Por eso se multiplicaron los exorcismos, y a las mujeres poseídas les colocaban sobre la cabeza las reliquias de San Zanobi y el manto de San Juan Gualberto. El aire estaba preñado de demonios. Para las narices sutiles, a todo olor, del aroma delicioso a la carroña puerca, se mezclaba un rastro de azufre. Y en el lugar donde Palingenio me hablaba, en la carretera de Roma a cuyos lados se erigían, en el vaivén enlutado de los cipreses, las ruinas de los sepulcros, y donde se perfilaba, presidiendo el paisaje, la peña de Apolo, sentíase, más que en sitio alguno, su amenazadora, desazonante presencia, que brotaba del croar de las ranas, de los chapuzones de los sapos, del aleteo de los murciélagos, bestias sabáticas, del escalofrío de los árboles fúnebres, de la lívida linterna lunar que disfrazaba y hechizaba las cosas, y de la narración de Palingenio, testigo de atroces maravillas. Para colmo, me enteraba ahora de que alguien estrechamente conectado con nosotros, con nuestro cotidiano trajín, un paje de mi abuelo, se había atrevido a invadir ese mundo vedado. Y yo, en vez de rechazar con horror tales espantos y de santiguarme y escapar hacia el refugio del monasterio de San Silvestre, adivinaba bruscamente que mi existencia se iba iluminando con una nueva luz y que estos prodigios se relacionaban en cierto modo con mi horóscopo y eran, en consecuencia, inseparables del fundamento de mi vida.

—Debes encontrar al paje de Narni, señor Orsini —me dijo el poeta—, y desenmascararlo ante el cardenal.

Se lo prometí, aunque no pensaba hacerlo sino aprovechar la peregrina revelación. De vuelta al convento, callé lo que sabía. No lo comuniqué a nadie, ni siquiera a mi abuela, cuando regresamos a Bomarzo.

No recordaba cuál podía ser, dentro de la numerosa servidumbre del cardenal, el muchacho de Narni, pero era fácil averiguarlo. Supe pronto que se llamaba Silvio, que estaba en el palacio romano de mi abuelo, cerca de la iglesia de San Giacomo degl'Incurabili, y que debía llegar a Bomarzo en la semana próxima, para reincorporarse al séquito de Franciotto Orsini. Mi jerarquía de heredero del ducado y la blandura senil del cardenal me habían infundido una audacia desconocida, de modo que no vacilé en pedirle directamente que me permitiera agregar a Silvio de Narni a mi casa, pues, con la pérdida de Beppo, de Abul y de Ignacio de Zúñiga, me había quedado sin pajes para mi inmediata atención. Mi abuelo, que no tenía muy presente al mozo, confundido dentro del centenar de personas que lo rodeaban y que comprendía desde maestresalas hasta capellanes, fámulos, monteros, espadachines y muchos parásitos, me lo concedió en seguida.

Narni es una población vecina de Bomarzo. Fui allí la mañana siguiente, con el pretexto de ver, en el Duomo, las estatuas de San Giovenale y de San Antonio Abad por el Vecchietta y, valiéndome de artimañas de espía, averigüé que Silvio, que sólo contaba dos o tres años más que yo, era reputado, entre los adolescentes que se reunían a charlar alrededor de la fontana, por la rareza de su carácter, y que se le atribuían ciertos misteriosos, inexplicables poderes, por lo cual la buena gente había respirado de alivio cuando el cardenal Orsini lo añadió a sus domésticos y se lo llevó a Roma. Inquieto, me consagré a aguardar su regreso a Bomarzo. Como si de ello dependiera mi vida, varias veces, a lo largo de la jornada, salía a las terrazas donde trabajaban los obreros y miraba hacia el camino, a la espera de mi nuevo servidor. Por fin apareció, cabalgando una mula perezosa, y el mayordomo del cardenal, aleccionado por mí, lo informó de su cambio de destino que aceptó sin comentarios.

Silvio de Narni era en aquel entonces un jovencito largirucho, tan flaco que los huesos se le marcaban bajo la estirada piel. Su fealdad procedía de la pequeñez de sus ojos, de una boca demasiado grande, a la cual le faltaban varios dientes, y del cabello seco, pajizo, que le caía a ambos lados de la cara como una raleada peluca; pero, quizás por conocer a través de Palingenio sus extraños antecedentes, yo descubrí en él, cuando se presentó a saludarme, una singular atracción. A veces quedaba como abstraído, tumbado en uno de los portales o entre los canteros del vasto jardín y yo, que disimuladamente no lo perdía de vista, creía captar en el brillo de sus ojos un fulgor gatuno. En breve fuimos inseparables, ante la sorpresa celosa de mi abuela, que no acertaba a comprender mi predilección por un individuo tan mediocre. Le argüí que Silvio me divertía, pues, nacido en la zona y descendiente de campesinos afincados allí varias centurias a las órdenes de los Orsini, sabía infinitos cuentos curiosos y había andado por lugares que nos pertenecían y que nosotros, sus dueños, sospechábamos apenas. No mentía al hablar así. Guiados por él, Messer Pandolfo y yo visitamos algunas necrópolis etruscas que se olvidaron más tarde y que la curiosidad de los arqueólogos no desenterró hasta siglos después.

Precedidos por mi paje, que alzaba una antorcha y nos indicaba los riesgos del descenso resbaladizo, bajamos a húmedas cuevas, a desembarazar las pinturas terribles sepultadas por las lluvias, la maleza y los desmoronamientos, desde la época en que allí se elevaba la ciudad de Marte, en una región que, con la Maremma toscana, es la que ha conservado más intactos los rasgos etruscos. Mi colección se enriqueció con piezas importantes que juntos limpiamos y clasificamos, porque cuanto se refería a ese mundo le interesaba vehementemente.

La reserva de Silvio no se traicionaba jamás. Cuando estábamos solos, conduje la conversación, en distintas ocasiones, hacia el tema de la demonología, vinculándolo con esos frescos diabólicos y con la atmósfera de Bomarzo, impregnada, según le dije, de oscuras sugerencias, pero el muchacho fingió no entenderme y no me atreví a insistir, temeroso de despertar suspicacias. Para ganar su confianza, aparenté adaptarme en todo a su gusto y apreciar sobremanera su juicio, lo cual no me costaba en absoluto porque lo cierto es que me agradaba su compañía, ya taciturna, ya locuaz, y me distraía, en los momentos más insólitos, con reflexiones fantásticas. Una amistad singular —que hubiera sido auténtica de no mediar mi posesión de su secreto sobrecogedor— se anudó entre el jorobado y su paje, y no había transcurrido un mes sin que yo conjeturara ciertos aspectos de su carácter, que me propuse halagar para adentrarme en su confianza. El más saliente era una sensualidad violenta que, frenada por el hermetismo cauteloso de Silvio, aguardaba la ocasión de dar rienda suelta a sus ansias sin comprometerse. En cuanto lo descubrí, me dediqué a alcanzar su intimidad por ese camino. Pensaba yo que lo dominaba a él, que paso a paso lo transformaba en mi juguete, y lo que en realidad acontecía es que Silvio iba asentando sobre mí su imperio. Cuando me percaté de ello, al cabo de un tiempo, ya era tarde para retroceder. Y entre tanto, con esas fintas y sutilezas que ocupaban la mayoría de mis horas, me fui apartando de mi abuela y anulé los últimos resabios de desazón que me quedaban como fruto de la muerte de Girolamo. Pero también es justo apuntar que, de no haberme impulsado mis propias tendencias por ese enmarañado rumbo voluptuoso, yo no lo hubiera seguido en la pendiente en la cual, con estúpido candor, creía precederlo.

Empezamos a salir, como mi padre, como mi hermano mayor, a acechar a las mozas del lugar. Maerbale nos acompañaba y pronto se enteraron en Bomarzo de que se habían reiniciado las correrías nocturnas de los señores y de que el *homagio mulierum* continuaba en todo su vigor. Asegurado en mi condición de heredero, perdí mi timidez. La habilidad de Silvio de Narni facilitaba mis aventuras y yo, ufano, casi había olvidado mi joroba y el propósito que me acercaba al paje, hasta que, repentinamente, nuestras andanzas comenzaron a modificar su derrotero, complicándose, y Maerbale dejó de salir con nosotros. De un tirón brusco, Silvio empuñó las riendas y nos lanzamos. La verdad es que yo fui un típico hombre del Renacimiento y que como tal no dispuse de las trabas que en otros períodos de la historia obran como esenciales ligaduras. Echado a gozar, quise gozar en plenitud. Y corrí, anheloso, insaciable, deslumbrado, en pos del muchacho que había tenido a un

demonio preso y que ni aun en las oportunidades de entrega más total al vértigo apasionado se despojaba de su alarmante y vigilada lucidez.

Mi abuela intuyó algo, en el aire, en mi actitud, pero Diana Orsini se despeñaba velozmente, más allá de los noventa años, por la etapa postrera de su vida, y nada podía ya sobre mí. Hasta entonces había luchado contra el Tiempo y lo había vencido; ahora, harta de combatir, se rendía. Tuvo, súbitamente, su edad, su inmensa edad, que la convirtió en algo semejante a Bomarzo, pétreo, oscuro e inmóvil. Sus ojos azules se iluminaban, de tanto en tanto, como los claros valles de Bomarzo entre las rocas carcomidas. Tal vez presintió entonces que su nieto querido era paradójicamente feliz en su embriaguez morbosa y en el fondo sólo eso, que yo fuera feliz a cualquier precio, le importaba.

Ocupábase a la sazón de administrar los estados de mi padre un excelente hombre, viudo, obeso y temeroso de Dios, llamado Manucio Martelli. Vivía con sus dos hijos mellizos de dieciséis años, Porzia y Juan Bautista, en una amplia casa que todavía existe, sobre el pasaje que del pie del castillo conduce a la iglesia de la Virgen del Valle, y que ostenta nuestro escudo sobre el portal. La presencia de las armas de los Orsini en ese sitio indicaba para mí, con su alegoría heráldica, que no sólo la casa nos pertenecía, como todo el lugar, sino que quienes habitaban en ella nos pertenecían también. Así lo habían considerado mi padre, mi abuelo y los anteriores Orsini; así lo consideré yo. El escudo representaba la impresión de un sello hundido en la piedra y —aunque invisible— hundido también en la carne de los moradores, a modo de las marcas que se ponían a los antiguos esclavos. La idea puede parecer hoy repugnante, inhumana, y lo es, pero entonces se acogía con la más absoluta naturalidad por quienes habían sido educados como nosotros.

Porzia y Juan Bautista eran muy hermosos, rubios, finos, tan idénticos que se los confundía cuando cambiaban sus trajes por broma. No me extrañaría que llevaran en las venas, por imprudencia de alguna antecesora, sangre de Orsini. No se mezclaban con las gentes del pueblo, porque, como hijos de nuestro administrador, que prolongaba a su vez una dinastía de colectores y urdidores de impuestos y tasadores de cosechas, disfrutaban una posición intermedia entre la masa de labriegos y servidores y los amos del castillo. Messer Pandolfo les había explicado rudimentos de latín, de matemáticas y de música, que su inteligencia aprendió fácilmente, y ambos poseían un don feliz para inventar bailes y pantomimas. Mi abuela los llamaba de tanto en tanto a su habitación a fin de que, dirigidos por Maerbale, la distrajeran con sus graciosos remedos. Solía vérselos solos, por los senderos de Bomarzo, armando trampas para atrapar pájaros, pescando o buscando piedras bonitas. Cuidaba de ellos un viejo, tío de Manucio Martelli, porque su padre debía abandonarlos a menudo y desaparecía por una semana o más cuando se lo exigían sus tratos en ferias y poblaciones del contorno. Silvio de Narni los admiró por primera vez un día en que danzaron al son de una viola en el aposento de mi abuela. Y como Silvio, cansado del monocorde perseguir de muchachas más o menos dóciles, comenzaba a aburrirse en Bomarzo y a añorar las complejas diversiones de Roma, se le ocurrió, para aventar el tedio, inquietarlos y corromperlos. Eran

los dos muy niños, muy ingenuos, y eso azuzaba la libertina inclinación de mi paje. Me lo comunicó, y yo, que no hacía más que lo que me sugería, para estrechar nuestro vínculo, acepté de buen grado el plan. Debo añadir que, antes de que me lo insinuara, Porzia y Juan Bautista me perturbaban ya, borrosamente, por eso, tan equívoco, que tenía su semejanza, su juego burlador de sexos, y que me recordaba a ciertos personajes disfrazados de Ariosto.

Riendo, organizamos el ataque, como un cazador que prepara una importante cacería, un safari. No había que descuidar detalle si deseábamos triunfar en la empresa. Y nos consagramos a ella, con la fruición propia de dos ociosos pervertidos. Empezamos por lisonjearlos con distinciones, con pequeños obsequios, dándoles a entender que para nosotros significaban algo aparte del resto del vecindario, al cual superaban —cosa cierta, de cualquier modo— por su calidad y por su elegancia instintiva. Nuestra actitud los halagó, particularmente a Juan Bautista que, siendo hombre, ansiaba más que su hermana afirmar su categoría de pretendiente al tono de los señores. Salieron con nosotros, en varias oportunidades, a merodear por los alrededores, en ausencia de su padre y cuando su tío abuelo dormía unas siestas imponentes. Silvio les enseñó a adiestrar un halcón y yo, como si pertenecieran a mi linaje, les fui narrando historias de los Orsini, en especial aquellas que mostraban que los príncipes no se rigen por principios éticos que son trabas creadas para los villanos obtusos. Aderecé las narraciones, adornándolas, adaptándolas, de acuerdo con lo que me inspiraba mi imaginación para los fines perseguidos, y avancé así con suma cautela, en el dominio de su confianza, secundado por Silvio que, con la misma falsa simplicidad directa, forjaba episodios de esa índole, que ubicaba en el palacio del cardenal, en Roma, o en otras casas ilustres. De esa suerte, mientras jugábamos a quién era más audaz, fuimos embadurnando sus pobres mentes. Pronto, en lugar de salir los cuatro juntos, comenzamos a apartarnos en parejas, cambiando de compañeros en cada ocasión, lo cual activaba su desconcierto, y llegamos a establecer una atmósfera turbadora que, si bien no habíamos pasado todavía la etapa del ejercicio dialéctico, instauró entre ambos grupos una familiaridad *sui generis* que los mellizos, habituados hasta entonces a una vida pacata y repetida, acogieron conmovidos, en momentos en que se despertaba, buceando, su sensualidad. Ignoro qué confidencias se habrán hecho el uno a la otra en esa época, pero no dudo de que Silvio y yo constituimos el centro de sus conversaciones y de que nuestras imágenes los mantuvieron insomnes hasta tarde en sus lechos respectivos. La circunstancia de que el futuro duque participara del solaz excitante contribuyó principalmente, estoy seguro, a enturbiar sus conciencias, porque su padre los había formado desde niños en el acatamiento de los Orsini, que él, por supuesto, compartía, y que como en el caso de Nencia, cobraba entre los Martelli características de adoración. El jorobado Orsini, el de la noble cara y las perfectas manos, el que sería dueño de cuanto se abarcaba desde las terrazas del castillo, condescendía a franquearse con ellos, lo cual era tan extraordinario que constituía un timbre honroso para los favorecidos. El propio Manucio me lo agradeció, enterado superficialmente de esa increíble amistad, sin sospechar lo que recelaba, y le respondí que tanto Juan Bautista como Porzia me parecían unos seres

excepcionales y que, no disponiendo en la zona de nadie de mi edad capaz de conversar conmigo —pues mis primos y los camaradas de Girolamo no habían vuelto a Bomarzo—, sus hijos suplantaban dichas ausencias. Me reiteró el agradecimiento, rojo de felicidad, cruzadas las manos sobre el vientre magnífico, calculando quizás que de esos lazos anudados en la adolescencia podía depender el porvenir de su prole. Y si, en lo que me atañe, mis antecedentes y mi probable influjo posterior habían concurrido a allanar el camino de la seducción, en lo que atañe a Silvio lo facilitó, a pesar de su fealdad sin dientes, el misterio que emanaba de uno que había pactado con el Demonio y que infundía a sus gestos mínimos una ambigua fascinación secreta.

Por fin, cuando supusimos que la situación había madurado, resolvimos coronar nuestra campaña. Porzia y Juan Bautista se habían perdido en un dédalo. Ya no distinguían el bien del mal, ni lo natural de lo que no lo es. Contra sus reacciones primeras, habíamos alzado un muro de sofismas, cubierto de atribulantes matices, encerrándolos en él, mostrándoles en aquella confusa reclusión lo ridículo de las convenciones y dejándoles entrever que, si persistían en ellas, jamás se diferenciarían de los campesinos que roturaban la tierra de sol a sol y que vivían como animales. Utilizamos sus instintos como instrumentos delicados, que pulimos y afinamos, hiriendo aquí y allá una y otra cuerda, para que produjeran los raros sonidos justos. Los acosamos, los sumimos en la perplejidad, en una desvelante delicia; les probamos que más allá del territorio reducido y monótono en el cual se mueve la vulgaridad de los humanos existe un mundo inmenso, poblado de peligrosas maravillas, que únicamente los iniciados alcanzan. La parte que incumbió a Silvio de Narni, dentro de una tarea tan sutil y desmoralizadora, fue preponderante. Yo no hice más que seguirlo, como un discípulo del tentador, aportando, claro está, las sugerencias que nacían de mi tenebrosa imaginación instigada por el juego, que así vi yo lo que tramábamos, en mi torturada irresponsabilidad, como un juego, como el pasatiempo de un príncipe hartado. No me detuve a reflexionar que lo que en verdad estaba haciendo, además de subvenir a las exigencias de mi lubricidad epicúrea, era medir mis fuerzas, demostrarme a mí mismo que el contrahecho, el giboso, era capaz, si se lo proponía, de doblegar y vencer a espíritus puros, los cuales, por sus condiciones, hubieran figurado como las conquistas más preciosas en la nómina de un profesional avezado del arte de ganar amores. Y tengo que confesar por último que posiblemente me empeñé en corromperlos para que, despojados de su candor, enlodados, se acortara la distancia que los separaba de mí, pues sentía celos de ellos, de su belleza, de su diafanidad, y quería que sus almas se volvieran gibosas como mi condenado cuerpo, con lo cual estaría menos aislado en mi singularidad deforme. ¿Cómo era yo a los diecisiete años? Demasiado bien sabía cómo era físicamente, pero por dentro, en lo recóndito, en lo arcano esencial, en lo que se elabora en las fraguas más íntimas, no conseguía definirme aún. La muerte impía de Girolamo había acentuado el desequilibrio congénito del inestable Vicino Orsini quien, a través de ella, había percibido las fruiciones de la impunidad y las que resultaban de su nueva jerarquía de delfín de Bomarzo, a quien todo se le debía y toleraba. Avanzaba, ciego, destrozando, ocultándome de mí mismo entre las

ruinas, como si la pureza fuera un espejo que había que romper para no ver reflejadas en su serenidad mis malditas obsesiones.

Combiné la profanación, aleccionado por Silvio. Con un pretexto, valiéndome de mi autoridad, envié a Manucio a Rieti, por el día, y no bien partió a la siesta, invité a los mellizos a que visitaran con nosotros las tumbas etruscas del lado de Piamiano. Picaba el sol y allá fuimos, aprovechando que en el palacio y en el pueblo dormía la gente y que no tropezáramos con intrusos. Nos abrazábamos furtivamente en el camino, riéndonos, descalzándonos para hundir los pies en el agua, comiendo frutas del cesto que llevábamos. Encendimos una antorcha para iluminar la oscuridad fría del sepulcro. Sentíamos, pegados contra nosotros, temblar a los mellizos, de miedo, de inquietud, de espera. Alrededor, las fragmentarias pinturas de los héroes desnudos nos contemplaban con sus ojos carcomidos que la humedad leprosa tornaba más irreales. Lo mismo que en la capilla de Benozzo Gozzoli, plásticas figuras me rodeaban en el subterráneo con su quieta morbidez, y ahora las dos escenas se superponen y complementan en mi memoria, por virtud de esas decoraciones distintas y análogas, como indicándome que en el Renacimiento hasta los sucesos abominables, si no se justifican en sí mismos, por lo menos se metamorfosean y embellecen estéticamente, como parte de la cresta de una gran ola triunfal que cubre todos los actos y amalgama en su promiscuidad lujosa a lo culpable con lo glorificador. Pero en el palacio florentino, la cabalgata de los Reyes Magos, testigo de mi angustia novel frente a Nencia, había puesto al episodio un marco refinado de áurea cortesanía, mientras que en el ámbito de los duques Orsini los frescos primitivos de Etruria intensificaban con su rudeza ritual y brutal el frenesí de la violación; y lo que destaca cuán rápido fue mi progreso en esas lides, es que mientras que entre los dioses mundanos de Florencia yo había sido el poseído, fui el poseedor entre los dioses impetuosos de Bomarzo.

Huían por los muros de la necrópolis las arañas, las bestezuelas silenciosas. Un sapo se hinchaba en una esquina. Como éstas son las memorias sinceras de un señor cautivo del Diablo y no una novela pornográfica —aunque no sé de qué modo las clasificará la imprevisible censura actual— no abundaré en pormenores. Sólo diré que, por la expresión espantada de los mellizos, me percaté, cuando caímos en la tierra húmeda, de que me había equivocado al pensar que ya estaban sazonados para la aventura definitivamente. Sus pupilas iguales se dilataron por igual en el penumbroso reducto que la Muerte regía. Y diré que sus cuerpos magros, color arena, de caderas enjutas, eran tan iguales que costaba reconocerlos a la escasa luz. Al aflojar el enlazamiento, ambos escaparon, como dos animalitos, y Silvio y yo quedamos tendidos sobre la tierra. Apagóse la antorcha, y las arañas, una a una, regresaron a la paz de los rincones, a tejer de nuevo, encima de los rostros inmutables de los etruscos, sus velos de bruma.

No contábamos con lo imprevisto que, por lo demás, suele producirse en estos casos en la misma forma que aquella vez. No contábamos con que Messer Manucio Martelli, amodorrado por los vapores de la siesta, a la cual renunció con mil suspiros, olvidaría ciertos papeles imprescindibles para sus

transacciones en Rieti, y tendría que volver grupas al caballo cuando ni siquiera había alcanzado a Narni. Mientras buscaba los documentos en sus gavetas, llegaron a la casa del escudo, furtivamente, Porzia y Juan Bautista y tropezaron con él. Su aspecto, su desorden, sus lágrimas, su rubor, fueron más elocuentes que sus balbuceos contradictorios. En escasos minutos, Messer Manucio los obligó a confesar. El buen hombre quedó anonadado por el horror. Jamás se le había ocurrido que algo así pudiera acontecer por culpa de sus amos. Ni siquiera había imaginado, en su sencillez limitada, que cosas así sucedieran. Si en alguna ocasión había oído mentar hechos semejantes, sin duda pensó que los narradores exageraban y que, de cualquier modo, ellos constituían algo remoto, casi fantástico, el triste privilegio de las cortes disolutas, pero que eran imposibles en Bomarzo, en un lugar sano y simple, poblado por gente que sólo vivía para trabajar y honrar a Dios. Su sensibilidad de aldeano burócrata no captaba la inusitada atmósfera sensual en la que Bomarzo estaba prisionero y que era como una de las telarañas de los sepulcros próximos, viscosa y viejísima, urdida a lo largo del tiempo con hilos etruscos, romanos, bárbaros y, más recientemente, entretejida con las hebras áureas de los Orsini, una malla de filamentos oscuros que de repente chisporroteaba y que se balanceaba entre el castillo y las tumbas, entre el Tíber y las rocas, y sofocaba al lugar con su trama eterna.

Probablemente lo primero que decidió fue acudir al palacio, a pedir justicia a Diana Orsini y al cardenal, pero pronto abandonó la idea porque mis abuelos eran demasiado ancianos para que se les planteara el problema y dictaran el castigo. Conocía la debilidad con que mi abuela encaraba cuanto se refería a mí, y Franciotto no servía ya de nada. Además, para él, el señor seguía siendo Gian Corrado, y el condottiero estaba a la sazón guerreando frente a las fortificaciones de Florencia, entre las huestes mandadas por Clemente VII a recuperar la ciudad para la familia del pontífice. Tal vez habrá vacilado, sin resolverse, abrumado por el dolor y la perplejidad, hasta que acordó partir con sus hijos hacia Florencia. Le abrió su corazón únicamente a Maerbale y éste tomó partido y optó por acompañarlos, calculando quizás que de todo ello sacaría alguna ventaja, pues cuanto contribuyera a ennegrecer mi figura ante mi padre —harto propenso a fallar contra el vástago que odiaba— redundaría en beneficio del menor de los Orsini y contribuiría, vaya uno a saber cómo, a robustecer las ocultas pretensiones al ducado que nutría seguramente desde que había renunciado al capelo.

De noche, pues, como unos salteadores, salieron de Bomarzo. Los mellizos irían llorando en silencio. Ataron a los cascots de las cabalgaduras unos paños, para que no se los oyese, y sólo por la mañana, cuando Silvio se asomó a la ventana de Porzia, a recoger las impresiones de la aventura y a proyectar la manera de prolongarla esa tarde en mayor escala, se enteró de la partida de los Martelli y de que Maerbale se había ido con ellos. Dedujimos de inmediato lo sucedido y que galopaban en pos del condottiero. Eso, como se supondrá, me sumió en las más terribles zozobras. Gian Corrado poseía ahora una razón más para regresar a su castillo, armado del rayo justo, y fulminar a su despreciado sucesor. Un instante pasó por nuestras mentes la idea de la fuga, pero la rechazamos en la certidumbre de que la cólera paterna nos alcanzaría donde

nos escondiésemos. Pesamos también el pro y el contra de comunicarle la situación a mi abuela, presentándola con los tonos más propicios para ganar su alianza, y nos inclinamos al fin por callar, pues la materia del asunto era demasiado ardua para que se la expusiésemos a una mujer de noventa años... o a ninguna mujer. Después de todo, no resulta fácil decirle uno a su abuela que ha intervenido en los manejos que nosotros habíamos usado con los mellizos, por mucho que se aderecen los detalles y muy indulgente y moderna que sea la interlocutora. Esperaríamos. Enfrentaríamos la borrasca. Negaríamos las acusaciones. Sostendríamos que eran inventos de Maerbale, con la complicidad de unos niños, para desplazar a su hermano. Y en cuanto a esos niños, era arduo predecir cómo reaccionarían. En el primer momento, sorprendidos, nos habían traicionado, pero ahora, más serenos, acaso nuestro influjo operase y recuperásemos el dominio que los había hecho nuestros. Había que esperar. ¿Qué podía acontecer?, ¿qué era lo peor que podía acontecer? Gian Corrado no se atrevería a matarme. No era ningún santo. Su biografía estaba sembrada de episodios peores que el que me enrostraría. O tal vez me matara... Tal vez me encerrara con el esqueleto y me dejara morir allí, de hambre, y de angustia. Huir... implorar el socorro de Hipólito de Médicis... El brazo de mi padre se prolongaría, armado de hierro, sobre el palacio del cardenal. Los Médicis no podían rehusarle nada a su amigo. Ocultarnos en Narni... Sería estúpido. Mi joroba me delataría siempre.

Esperamos hasta la noche. Tarde ya, cuando nos aprestábamos a dormir —o a no dormir, a desesperarnos; dormíamos juntos, en el mismo lecho, de acuerdo con la promiscua costumbre de la época—, me arriesgué a dar el gran paso. No me quedaba qué perder. Ningún arbitrio humano sería capaz de ayudarme. Restaban los otros arbitrios, los que no dependen de los humanos. En la oscuridad, medio cubierta la cara por las sábanas, con voz insegura le revelé a Silvio lo que Palingenio me había referido en la carretera de Roma, el encuentro con los demonios, y le pedí que, si sabía hacerlo, invocara su auxilio. Sonó entonces, en la profundidad del parque, el grito de un ave extraña. Salimos a la ventana, pero nada se veía entre las densas sombras. La ventana de mi abuela se iluminó súbitamente y la anciana apareció en su recuadro encendido, con una toca blanca. Agitó los brazos como un títere.

—¡Un pavo real! —exclamó—, ¡hay un pavo real en el jardín!, ¡lo he oído gritar!, ¡que lo busquen!, ¡mala suerte para los de Bomarzo!

Flamearon algunos hachones, que se pusieron a brincar locamente. En el terciopelo enlutado de la campiña que apenas acusaba las formas del paisaje bajo su funda tétrica, brillaban las luciérnagas como diamantes esparcidos, y era como si la noche arrastrara su manto por el suelo.

—No se lo ve —decían los servidores—. No hay nada.

—Debió ser una ilusión —comentó una voz de mujer.

—No hay ningún pavo real —apuntó Messer Pandolfo—. Es la noche que gime. La noche gime como Dido: *Quid moror?*, ¿para qué seguir viviendo?

Pero nosotros lo habíamos oído, como Diana Orsini. Retrocedimos lentamente hasta el centro de la habitación y Silvio prendió las velas de un candelabro. Nos cubrimos porque estábamos desnudos.

—Mala suerte para los de Bomarzo... —murmuré, repitiendo las palabras fatales de mi abuela.

—Haré lo que pueda —susurró Silvio—. Hoy es miércoles, día de Mercurio, en que Eva engendró a Caín, día adverso. Tengo lo necesario: una rama de avellano salvaje que corté con un cuchillo nuevo, hace dos días, en momentos en que el sol aparecía en el horizonte. Habrá que traer dos cirios benditos.

Comprendí entonces la razón por la cual, de repente, abandonaba el lecho al alba. Iba, como los brujos herbolarios, a buscar las plantas de los conjuros. Me eché el ropón florentino sobre la carne y descendí a la iglesia. De camino, descolgué del clavo del cual pendía, junto a la puerta de la habitación de mi padre, la gruesa llave del templo. Salí después del castillo, atravesé la plazuela y entré en la iglesia, iluminándome con una farola. A ambos lados del altar mayor, ardían en la penumbra unas lámparas tenues. De una parte, a la izquierda, estaba el cuadro de la Virgen que distribuía rosarios a los señores de nuestra estirpe, y que yo aborrecía tanto, porque mi padre había hecho pintar a Girolamo y a Maerbale a sus pies, excluyéndome. De la otra, se desdibujaba el óleo de San Sebastián, su lívida desnudez flechada destacándose sobre un fondo azul. En ese altar había siempre cirios. Pasé, sin mirarlas, delante de las reliquias de San Anselmo, que se veneraban en un túmulo de piedra, y tomé dos velas. La sombra de mi joroba caía sobre las losas de la nave, como un fardo negro.

Me explicó que emplearía las fórmulas del *Sanctum Regum* y que no garantizaba su eficacia.

—Sería más propicio —añadió— bajar a la zona de los sepulcros, pero tenemos que apurarnos. Lo haremos en la terraza.

El muchacho me pareció inopinadamente muy viejo. Hundiéronse más todavía las líneas profundas que le marcaban el rostro, a los costados de la boca. Sacó un frasco de una alacena y lo estudió a la luz. Contenía un líquido aceitoso.

—No olvides los cirios, señor Orsini.

Yo oficiaba de criado ahora. Salimos de nuevo a la terraza. La espesura de sombras comenzaba a aclararse, perfilando suavemente los contornos. Chistaban las lechuzas en los parapetos. Silvio se desnudó completamente, y su cuerpo huesudo, escuálido, sin gracia, brilló como un largo marfil. Con el aceite, dibujó en el suelo un triángulo, y puso a ambos lados los dos trozos de cera bendita. Temblaron dos breves corozas de fuego sobre los pabilos. Debajo de la figura, escribió el monograma sacro IHS, flanqueado por varias cruces. Luego entró en el triángulo, levantando la rama de avellano salvaje. El ritmo de su voz onduló con cadencia monótona. Se oían, en las pausas de la invocación, los llamados de las lechuzas, el aleteo de los murciélagos y, de vez en vez, el trino purísimo de un pájaro que ascendía de los valles, saludando la agonía de la noche. La noche negra y hermosa me recordó a Abul. Era como si Abul estuviera con nosotros.

—Emperador Lucifer, señor de los espíritus rebeldes, te ruego que me seas favorable, mientras convoco a tu ministro, el gran Lucífugo Rofocale. ¡Oh

Astaroth, gran conde, séme favorable también, y haz que el gran Lucífugo se manifieste con traza humana y me conceda, por el convenio que he sellado con él, lo que deseo! ¡Oh gran Lucífago, te ruego que dejes tu morada, dondequiera se encuentre, y que vengas a hablar conmigo! Si te niegas a venir, te obligaré por la fuerza del Dios viviente, del Hijo y del Espíritu. Acude pronto, o te atormentaré eternamente por el poderío de mis graves palabras y por la gran Clave de Salomón, que el rey utilizó para obligar a los espíritus rebeldes a aceptar su pacto. Lo exijo. Aparece en seguida o te acosaré con la fórmula todopoderosa de la Clave: Aglon Tetragram Vaycheon Stimulamathom Erohares Retragsammathon Clyoran Icion Esition Existien Eryona Oera Erasyn Moys Meffias Soter Emmanuel Sabaoth Adonai, te conjuro, amén.

Su tono crecía en la vaguedad del amanecer y temí que alertara al palacio dormido. Cesaron los rumores. La noche, como un monstruo inmenso, escuchaba. Los fantasmas etruscos se habrían incorporado entre las rocas. Ya se distinguía, en la terraza, la osamenta de los andamios.

—Está aquí —me dijo, estremeciéndose—. Tú no lo ves, pero está aquí.

Me incorporé y escudriñé las masas lóbregas que nos rodeaban y que se movían en el palpitar de los cirios. El sudor me corría por la cara. Maquinalmente, apreté el anillo de Benvenuto Cellini, mi talismán.

—Obedéceme —comandó Silvio de Narni—, obedéceme, demonio, por la virtud del pacto. Socórreme. Que Messer Manucio Martelli no consiga llegar hasta el duque. Socórreme. Que el duque no sepa nunca lo que sucedió en la tumba de Piamiano.

Una voz rauca, que me erizó los cabellos, y que pudo ser la de Silvio, disfrazada, respondió:

—Te obedezco.

El paje salió del refugio del triángulo encantado. Con los cirios de la capilla quemó la rama de avellano salvaje, y el humo titubeante se desperezó y levantó su delgada columna.

—No temas. Hemos terminado. El duque no lo sabrá ni intentará nada contra ti.

Un estruendo fragoroso sacudió mi habitación, a nuestras espaldas. Nos asomamos, temblando. Silvio apretaba las ropas contra su desnudez. La armadura etrusca que está en el Museo Gregoriano se había desplomado y sus piezas esparcidas multiplicaban en el suelo los reflejos negros y verdes, como cubiertas de sangre mohosa. Golpeó a la puerta, jadeando, una criada de mi abuela, a preguntar qué pasaba. Mi abuela no había pegado los ojos durante la noche entera. Desde que creyó oír en el parque el grito nefasto del pavo real, no hacía más que repetir que la desgracia se abatiría sobre Bomarzo. El paje y yo recogimos los trozos de metal cuya confusión evocaba a los jefes descuartizados en los combates de Ariosto. Nos acostamos, adheridos el uno contra el otro; yo rezaba sin mover los labios. La mañana entró tímidamente en la habitación.

Tres días después, los vigías apostados en las alturas anunciaron que un cortejo procedía hacia el castillo por la dirección de Orte. La nube de polvo que envolvía a los caballos se encendía como una hoguera remota, con el llamear de las armas.

—Es mi padre —le soplé a Silvio— que regresa a Bomarzo. Estamos perdidos.

Me miró y meneó la cabeza. La cabalgata se desplazaba lentamente. Mi abuela, de pie a mi lado en la misma terraza donde el paje había realizado la invocación, me puso una mano en el hombro.

—Vuelve mi hijo Gian Corrado. Ahora moriré en paz, Vicino.

Desvié de los suyos mis ojos y adiviné, en las piedras del piso, las huellas del triángulo y del monograma pintados con aceite.

El duque regresaba a Bomarzo entre sus hombres. Maerbale venía con ellos, trayendo su bandera mustia. Regresaba Gian Corrado Orsini, acostado, destrozado, muerto, tan desfigurado que era imposible reconocer su cara. Lo transportaban dos mulas cubiertas con gualdrapas fúnebres. Pier Luigi Farnese, hijo del futuro papa Pablo III y emparentado con nosotros por su casamiento con Girolama Orsini, hija del conde de Pitigliano, me abrazó cuando me entregó los despojos y me dijo que mi padre había terminado como un héroe delante de la asediada Florencia. Me contó que hasta el último instante, la soldadesca se había asombrado del vigor del anciano que trepaba a las trincheras con la agilidad de un adolescente y bramaba de coraje. Esgrimía una maza como Hércules y sus órdenes restallaban en medio de los estandartes de los osos y la rosa ancestral. Ese Pier Luigi, unido más tarde estrechamente a los azares de mi conducta, fue el primero que me llamó duque de Bomarzo, y cuando me nombró así una convulsión sacudió mi carne execrada. Nublóse la escena y caí sobre el cuerpo de mi padre, que había sido descoyuntado como la armadura que me había dado mi abuela, despedazado no sé —nunca lo supe— si por los demonios o por los hombres, mientras las flechas y las balas volaban a su alrededor, incendiando la guerra florentina. Tampoco supe jamás si Manucio Martelli alcanzó a delatarnos.

Mi padre se había cubierto de gloria, pero su causa no había sido la buena. Eso no importa, porque la gloria no tiene nada que ver con la bondad de las causas; depende, en realidad, de los puntos de vista y, por descontado, de un dinamismo empeñoso. Gian Corrado se jactaba, al morir, de sus setenta y dos años. Quizás fuera algo menor y se agregara edad por coquetería. La llegada de su cuerpo mutilado me sumió en el estupor. Durante ese día entero —lo enterramos al siguiente— no me aparté de su lado. Había adquirido ya la costumbre de los velatorios desazonantes, vinculados con posibles responsabilidades mías, pero ninguno me impresionó tanto como ése. Hacía varios años que no veía a mi padre, y aquella lejanía, sumada a trastornos psicológicos frutos del odio, de la desilusión y del remordimiento, obró sobre mí de la manera más extraña. Cuando me incliné, en la capilla, encima de su rostro deshecho, advertí con desesperación que se había borrado de mi memoria. Recordaba tales y cuales rasgos aislados, el color de sus ojos, el de su piel, ciertos tics, ciertas expresiones, pero no podía ensamblarlos para reconstituir el rostro perdido. A veces, en un relámpago, éste se me aparecía y cuando pensaba haberlo apresado de nuevo, tornaba a desvanecerse, como si sobre el dibujo fugaz hubieran pasado una esponja. Creí enloquecer. Alrededor, acaso por contraste, los demás personajes se recortaban con nitidez escultórica:

mi abuela, toda ojos celestes y arrugas, una mancha amarillenta en el pómulo izquierdo, sacudiendo de tanto en tanto la cabeza, como un pájaro, y hablando sola; Maerbale, tan parecido a mí y tan esbelto, dirigiéndome miradas furtivas porque no sabía hasta dónde había penetrado el nuevo duque la razón de su partida de Bomarzo, y ansiaba congraciarse conmigo, para lo cual extremaba la solicitud y, a falta de otro pretexto, me trataba como si el dolor me hubiera anonadado, lo que resultaba irónico; el cardenal Orsini, hundido en su silla, el mentón clavado en el pecho y la barba desprolija derramada sobre la púrpura; Pier Luigi, insolente, seductor, triunfante la aristocrática nariz aguileña, como si no estuviéramos enterados de que el marqués del Vasto lo había destituido ignominiosamente de su comando en las tropas imperiales, por una acción oscura, y espionando a los pajes sin disimular su avidez sensual, lo que corroboraba lo que de él se decía; Messer Pandolfo, agrandados los orzuelos detrás de las gafas, doblado con reverencia servil; Silvio de Narni, midiendo con desportilladas sonrisas las ventajas que obtendría de mi situación, hasta que no me quedó más remedio que sugerirle que se retirara, actitud que prueba las fuerzas flamantes que le debí al ducado; el fondo sinuoso, penumbroso, de las damas de mi abuela, de los frailes, de los guerreros, cuyo coro ensalzaba monótonamente al capitán.

No, la causa de mi padre no había sido la buena, en el sitio florentino que se prolongó diez meses y que conoció tantos hechos heroicos y tanta negra traición desde que en setiembre de 1529 el ejército del príncipe de Orange surgió en el valle del Arno y comenzó el bombardeo de la ciudad que Clemente VII, secundado por el emperador, aspiraba a recuperar para los Médicis. La buena causa tuvo por campeones a Francesco Ferrucci, el gran defensor; a Miguel Ángel Buonarroti, que fortificó a Florencia; a Stefano Colonna, que salió al frente de los jóvenes patriotas, con camisas blancas echadas sobre las armaduras. La causa mala tuvo un infame, un Judas, el pérfido Malatesta Baglioni. Mi padre estaba del lado del papa y de los Médicis por viejísimos motivos familiares y probablemente por otros que se relacionan con la economía de los condottieri y con su desdén frente a la noción de lo justo y lo injusto, pero no podía ignorar de qué parte luchaban la equidad y la generosa pasión de independencia; no podía ignorar que cada golpe suyo contribuía a afianzar, en lo porvenir, una corona sangrienta para Alejandro de Médicis, el negroide, el bastardo del pontífice, el único Médicis a quien detesté en la ciudad del lirio, por ruin, por inferior, por taimado. Ni el sacrificio ni la gallardía de la metrópoli ilustre detuvieron a los invasores. No les importó que, en torno de sus murallas, los propios florentinos hubieran arrasado cuanto pudo estorbar la defensa o brindar escondite al enemigo, demoliendo aldeas, iglesias, villas fragantes; destruyendo tesoros; talando frutales y viñedos. A pesar del asedio, el comercio siguió en pie, como si los mercaderes quisieran que nadie dudara de su desafío. Durante el carnaval, se jugó en la plaza de Santa Croce —aquella donde escuché, mal que me pesara, la historia de Ginebra de Ravena y de su marido giboso— un partido de pelota, y los músicos treparon al campanario, para que los rufianes de Borbón se enteraran de que en la ciudad había fiesta. Y nada de eso, tan bizarro, tan hermoso, aplacó la furia de los que anhelaban a toda costa imponer su voluntad y reinstaurar la arrojada dinastía.

Uno de ellos fue mi padre, el que yacía ahora en la capilla de Bomarzo, rodeado por quienes comentaban el esplendor de sus hazañas y aseguraban que su nombre debía inscribirse en la nómina de los lares de los Orsini, junto a los de los capitantes más valientes.

Yo no conseguía recuperar su rostro. Evoqué las grandes ocasiones en que lo había visto: la vez del encierro con el esqueleto, en que ese rostro había ardidado, transfigurado por la rabia; la vez que nos narró el avance del David de Miguel Ángel hacia la plaza de la Señoría, y en que lo había embellecido la admiración. Busqué su imagen junto a los leños de la chimenea monumental, apagada, reconstruyendo a ambos lados el cuadro gárrulo de Gian Corrado, del cardenal, de Girolamo, de los primos que ensayaban sus ballestas. La busqué en el recuerdo de sus bélicas partidas, con estrépito de metales, cuando los pajes le servían un jarro de vino sobre el escudo; en su regreso de los merodeos de amor, lívido, la barba al viento. Y no la hallé. Me eludía; se mezclaba con otras efigies familiares, descendidas de los retratos que conservábamos en Bomarzo y en el palacio de Roma, las cuales participaban de determinados rasgos suyos, y cuyos modelos, plantados en el empaque de los óleos, la mano en la cintura o teatralmente extendida, la coraza fulgente, casi acuática en su vibración luminosa, rodeados por la alusión de los trofeos, reiteraban la majestad de su porte. Se me escapaba esa cara fuerte y fina. Varios días anduve por los salones y por las terrazas de Bomarzo, por su jardín, por sus contornos, como distraído. La gente lo atribuyó a las preocupaciones que derivaban de mi nuevo estado. Silvio de Narni no logró divertirme. Habrá barruntado que quería apartarlo, como a un cómplice molesto, pues ya no lo necesitaba. No es cierto: lo necesitaba más que nunca. Prefería no tenerlo junto a mí, porque intuía que quizás la desaparición de mi padre del campo de mi memoria se conectaba de algún modo con las prácticas mágicas de la noche en que convocó al demonio, y entonces su sola presencia bastaba para acentuar mi inquietud. Él mismo comprendió por fin y se alejó hábilmente. En cuanto a la parte de influjo que pudo incumbirme en la muerte de mi padre, confieso que me intranquilizó muy poco. La deseché por absurda y atribuí a la casualidad los lazos tendidos entre la escena de la terraza y los funerales de la capilla. Lo único que turbaba mi euforia, en momentos en que sobrepasaba la etapa inicial en la carrera de mi vida, era el misterioso escamoteo de mi padre. Me sentía deshabitado, casi robado.

La ceremonia en la cual los feudatarios acudieron a rendirme homenaje coincidió con la llegada de un mensajero portador de una carta del papa Clemente. Me expresaba en ella su pena por la muerte ejemplar de su aliado, y me ordenaba que asistiera en el próximo mes de febrero, y en Bolonia, a la coronación de Carlos Quinto. El emperador estaba en esa ciudad desde noviembre. Era su primera visita a Italia, a la pobre Italia que le debía tanto correr de sangre y tanta destrucción. El saqueador de Roma, el sitiador de Florencia, sería ungido por el Vicario de Cristo. Si las decisiones de la Providencia son imprevisibles, también lo son las de la política. Güelfos y gibelinos se reunían para honrar al amo. Apreté los dientes y respondí que iría. Entre tanto aproveché la carta y la hice leer a los funcionarios, campesinos y hombres de armas que me aclamaban en la sala mayor de Bomarzo. Se pusieron

de hinojos: los bendijo el cardenal, que no sabía bien qué hacía; y Messer Pandolfo emprendió la fastuosa lectura. Erguido en un estrado, el duque giboso escuchaba. Maerbale alzaba con ambas manos el simbólico espadón paterno. Las banderas antiguas pendían alrededor en jirones. La ceremonia cobraba un aire militar, paradójico dada la facha del primer actor. ¿Dónde andarían Porzia y Juan Bautista Martelli?, ¿dónde andarían Ignacio de Zúñiga y Abul? Hubiera querido que me viesen. Hubiera querido que me viesen Beppo y Girolamo. Volqué el *Iucco* sobre mi hombro, mostrando su forro de marta. Llovía dulcemente y hacía frío. En un extremo del aposento vasto, observé una figura que seguía de pie, en medio de los vasallos de rodillas. Era alto y se envolvía en una capa monjil. Nadie parecía haberse percatado de su distinta actitud. Irritado, pensé detener la lectura y gritarle que se hincara, y cuando me aprestaba a hacerlo, levantó la cabeza y reconocí a mi padre. Carecía de rostro, pero lo reconocí. En lugar de sus rasgos, una mancha informe se extendía debajo de su pelo gris. Apreté el brazo de Messer Pandolfo, quien interrumpió el parlamento y volvió los ojos, sorprendido. Acompañó mi mirar desorbitado hacia el rincón donde el espectro se iluminaba vagamente, y la concurrencia giró también en pos de la causa del desconcierto del duque, pero el fantasma se había esfumado ya. Me estremecí, me pasé la diestra por la frente sudorosa.

—Continúa, Messer Pandolfo.

Y el pedagogo continuó traduciendo los elegantes latines, esforzándose por ensartar los vocablos más musicales. Maerbale depositó la espada sobre un almohadón y me sostuvo. Arreciaba la lluvia. Desfiló la gente del pueblo, la de Foglia, Castelvechio, Montenero, Collepico, Castel Penna, Chia, Collestato, Torre, de las posesiones que luego repartiría con Maerbale, a besarme las frías manos. A mis pies se acumulaban las alegóricas ofrendas, las frutas, el trigo, las tórtolas, las hogazas, los frascos de vino, las rosas cultivadas bajo techo que evocaban a la rosa triunfal de los Orsini.

Como cuando era niño, entré demudado en la habitación de mi abuela. Hilaban algunas mujeres en torno y al advertir mi expresión se retiraron. Quedaron, flanqueando el lecho, los telares, los husos, los ovillos multicolores. La lluvia golpeaba en los paneles de las ventanas. Abrí uno y el agua me mojó las mejillas y la boca. Friolenta, mi abuela recogió las cobijas hacia su cuerpo, y me rogó que cerrase. Su voz frágil se confundió con el maullido de los dos grandes gatos blancos que saltaron elásticamente al suelo desde el abrigo de la cobertura. Todavía vacilé unos momentos antes de resolverme a referirle la pavorosa aparición que se me había manifestado esa mañana, y a confiarle la congoja que me atormentaba desde que llegaron a Bomarzo los despojos de mi padre, pues la vi muy pequeña, muy descaecida, muy lueña, como si ella tampoco perteneciera a este mundo, pero mi desolación triunfó sobre cualquier reserva y, sin considerar su estado ni el daño que mis revelaciones podían causarle, fui volcando sobre su debilidad la angustia que con ninguno —ni siguiera con Silvio— me atrevía a compartir, porque se trataba de algo anterior a mi trato con Silvio de Narni, algo cuyas raíces se adentraban en lo hondo de mi infancia y que sólo Diana Orsini era capaz de comprender y explicar. Me escuchó, doblando la cabeza.

—Gian Corrado anda por el castillo —me respondió al fin— y no es el único que ha venido a agitarnos. También anda por aquí Girolamo. La casa está embrujada. Quisiera morirme hoy, ahora.

Los gatos volvieron a brincar sobre el lecho. Eran tan cautelosos que no añadieron una arruga a las mantas. Erectos, trémulas las colas espléndidas, fosforescentes las pupilas, me miraron. La anciana sintió mi flaqueza y suspiró, sacó la mano del resguardo tibio, me atrajo hacia ella y me acarició suavemente.

—¡Pobre nieto mío!, ¡pobre duque!, ¡cuántos pesares te esperan! Yo me iré pronto, Vicino.

Luego pareció meditar. El tambor de la lluvia batía sobre los campos. Ilumináronse los ojos azules.

—Después de la coronación, ve a Recanati. Hay allí, en el convento de Santo Domingo, un cuadro con muchas figuras. Una de ellas... aguarda... —y mi abuela indagó, titubeante, en el vasto almacén de su memoria—... aguarda... San Segismundo... eso... San Segismundo es el retrato de tu padre... Ve a verlo.

Lo mismo que otras veces, sus palabras operaron como un bálsamo sobre mí. Claro que iría. Ardía ya en deseos de partir en busca del remedio, como si mi paz dependiera del encuentro de una imagen.

Posé los labios sobre el pergamino de esa mano abandonada. Ella notó que me aprontaba a salir y me retuvo. Se encendió de lucidez.

—Debes casarte, Vicino. Piénsalo. Ahora eres tú el duque y Bomarzo necesita una mujer. Cásate con una Farnese. La hora de los Farneses se acerca.

Parecía, entre sus gatos, una pitonisa. Me maravilló observar cómo trabajaba su inteligencia práctica, a una altura de la vida en la que lo lógico hubiera sido que se desentendiese de cuanto la rodeaba, sobre todo después del desequilibrio que para su entereza había significado la muerte de Girolamo. Me maravilló que en su aislamiento quebrantado y en su aparente renuncia al contacto con la realidad siguiera tan informada, tan alerta, porque era verdad que la estrella de los Farnese subía —su videncia lo presintió como si, de repente, desprendiéndola de la actualidad, su vejez cercana a la tumba la proyectara hacia lo porvenir—, y era verdad que aquella victoria coincidiría con el crepúsculo de los Médicis.

Más tarde medité en lo que me había dicho. Recordé que alguna vez le había oído mencionar a mi padre el políptico de Recanati. Nos había contado la inclusión de su imagen en él por el pintor Lorenzo Lotto. ¡San Segismundo!, ¿qué relación guardaba mi padre con San Segismundo y por qué lo había personificado?; ¿sería por un mero capricho del pintor o por una razón más íntima y secreta?; ¿quién fue San Segismundo? Lo pregunté a Messer Pandolfo, concedor de hagiografías, y me contó que el santo había sido un rey de Borgoña, convertido al catolicismo, el cual, a pesar de haber mandado matar a uno de sus hijos, había sido exaltado a la gloria de los altares por la Iglesia, pues terminó como un mártir. Las noticias me dejaron caviloso. Si el duque de Bomarzo no había logrado eliminarme, como el rey de Borgoña a su vástago, no dudaba yo de que la idea le habría pasado por la cabeza más de una vez, y aunque el políptico era anterior a mi venida al mundo, apunté correspondencias

alegóricas entre el santo cuya representación invistiera el condottiero, príncipe como él, y mi propia existencia acosada.

En cuanto a los Farnese, su vínculo con los Orsini se perdía en la antigüedad, si bien su jerarquía y la nuestra no podían compararse. La distancia que nos separaba de ellos no alcanzaba a tanto como la que nos apartaba de los Médicis, mercaderes toscanos, pero no la desconocía nadie un poco enterado de estas cosas. En los últimos tiempos la redujeron los enlaces: Ulises Orsini, mi tío bisabuelo, había casado con Bernardina Farnese; Ángel Farnese, hermano del próximo papa, casó con una Orsini; su hermana Julia —Julia la Bella, la que nos dio tanto trabajo—, con Orsino Orsini; y con Girolama Orsini, Pier Luigi Farnese, hijo del Santo Padre. El propio Santo Padre Pablo III tuvo sangre nuestra: su abuela materna, su abuela Caetani de Sermoneta, era una Orsini. Los Farnese y los Orsini entremezclaron sus follajes diversos, y eso había elocuentemente del progreso de las nuevas *vedettes* mundanas que, en busca de soportes aristocráticos, ponían en aprietos la imaginación de los estudiosos a sueldo, encargados de componer su genealogía, los cuales, de pequeños señores de la zona viterbesa, los habían ascendido paso a paso, gracias a muchos zurcidos y parches históricos, a la categoría de descendientes de la noble familia romana de Farnacia. No ignoraba yo —me lo había enseñado Messer Pandolfo— que cinco siglos atrás algunos miembros de esa estirpe habían participado con los nuestros, los Este, los Monaldeschi y los condes del Anguillara, en la lucha contra los gibelinos Colonna. No ignoraba tampoco que, tres centurias después, una turba comandada por los Orsini y por Bindo di Soana había destruido el castillo de los Farnese en Ischia, asesinado a tres hermanos Farnese y precipitado a otros dos en un pozo. Esos antecedentes les doraban los escudos, pero seguían lejos de nosotros. Cada vez que habíamos suprimido a uno fue como si lo ennobleciéramos, por el mero hecho de ocuparnos de él, pero les faltaba bastante para alcanzar al prestigio de los *editus Ursae*. Son cosas que no se adquieren así nomás. Sólo hacia 1400 comenzaron a pisar fuerte, con su Ranuccio III, senador de Roma, que merced a los papas Martín IV y Eugenio IV redondeó un considerable dominio en la parte volcánica extendida al sudoeste del lago de Bolsena. Vino luego Ranuccio IV, el que pereció gloriosamente en la batalla de Fornovo, vino la alianza matrimonial con los ilustres Caetani de Roma, a cuyo linaje perteneció el papa Bonifacio VIII; vinieron las alianzas con mis parientes. Los Farnese respiraron por fin, seguros. Desde el comienzo de su ascensión, en Viterbo habían recorrido un camino arduo, y aunque había, entre los eruditos, gente aferrada y tozuda que seguía insistiendo en que procedían de un modesto origen alemán o longobardo, y que probaba que el injerto de los patricios romanos en la genealogía era una invención indigestible, los Farnese nos trataron de igual a igual. Habían multiplicado los castillos y habían mandado pintar en sus salones, como más tarde en el suntuoso Palacio Farnese, escenas teatrales con pontífices y guerreros, pero los Farnese y los Orsini, sin proclamarlo, teníamos conciencia de la anchura esencial que nos separaba. Cuando yo nací y se firmó la Pax Romana, a los Farnese no les cruzó por la mente la idea peregrina de intervenir en ese pacto. Los otros señores se hubieran echado a reír. Era un asunto para Orsinis y Colonnas, únicos

asistentes hereditarios al solio de San Pedro. Los Farnese retrocedieron con los demás, en airado montón, detrás de las balaustradas basilicales. Ahora, el cardenal Alejandro Farnese, trémulo de ambición, bregaba más que ninguno por el adelanto de su casa. Lo ayudaron la Vannozza, amante de Rodrigo Borgia, y su propia hermana Julia, vergüenza orsiniana, que convivía con el círculo del papa español. Alejandro Farnese usufructuaba las prerrogativas de cardenal desde 1493 y había tenido, en Pisa y en Florencia, maestros célebres. Sus hijos, legitimados por Julio II y León X, crecieron mientras crecía el paterno poder del prelado que, no bien cantó su primera misa, se destacó entre los miembros más severos del colegio sacro. Su influencia gobernó los cónclaves. Clemente VII, a quien había acompañado filialmente en Sant'Angelo, como mi abuelo, durante el saqueo de Roma, declaró que, de ser ello posible, lo hubiera designado su sucesor. Y Alejandro lo sucedió en el trono cuatro años después de lo que voy narrando, merced a los arbitrios de mi amigo Hipólito de Médicis que, ingenuamente, no sabía con quién se estaba metiendo. Sí, mi abuela tenía razón como siempre. Una Farnese me convenía, le convenía a Bomarzo. Al evocar estas referencias, no pensaba yo en mi giba, cegado por mi nueva investidura, sino en Bomarzo. Bomarzo pasaba antes que nadie y que nada. Y por lo demás, ¿acaso la mujer más hermosa de la época, ensalzada por Ariosto, Julia Gonzaga, no había casado con un Colonna viejo, cojo, manco y estropeado? Un Orsini vale un Colonna. Vale más. Y yo era giboso pero era joven.

Esas ideas me distrajeran de otras inquietudes. Dejó de preocuparme el fenómeno de la ausencia del rostro de mi padre, que se desvanecía en una vaguedad de agua y de bruma. En Recanati lo recuperaría. Evité desplazarme solo por el castillo, por si se producía algún encuentro sobrenatural, ya que andaban sueltas las fuerzas oscuras, pero presentí que no se repetiría. Aquella aparición había sido seguramente fruto de mis nervios durante la ceremonia del homenaje. Lo que mi abuela había podido ver por su lado —y acerca de lo cual prefería ignorar detalles— sería consecuencia de la larga edad y del insomnio. Había que olvidar esas terribles fantasías... tratar de olvidarlas... Y me dediqué a preparar minuciosamente mi viaje a Bolonia. Quería presentarme ante Clemente VII y Carlos Quinto —un bastardo y un flamenco, gente medradora y bárbara— como correspondía a mi calidad. Llevaría conmigo al cardenal Franciotto, manejable, obediente y decorativo, símbolo rojo de nuestra fama militar y eclesiástica. Esperaba que su púrpura disimularía mi joroba; que la haría desaparecer, por un truco de prestidigitación, entre la pompa de sus pliegues, entre las banderas, entre los arneses, entre el brillo sonoro del metal, entre el bracear aprendido de los caballos, entre la gracia armoniosa de los pajes.

Algo más me agitaba especialmente, desde que sucedí a mi padre en el ducado, y era hallar la cámara secreta donde el condottiero me había encerrado con el esqueleto que ceñía una corona de flores mustias. Aquella visión macabra obró como un veneno sobre mi adolescencia. Indagué discretamente entre mi abuela y los viejos servidores, sin conseguir ningún dato valioso que me condujera al reducto. Sabían todos que Bomarzo escondía pasadizos y

celdas clandestinas, construidos, en su mayor parte, en la época en que, después de la demolición de Polimartium por los húngaros y el establecimiento del primer señorío en la fortaleza, tuvo ella por dueños conjuntos a los cien descendientes de ciertos barones francos y longobardos que, para ocultar sus bienes respectivos y defenderse los unos de los otros, abrieron en las murallas y en la roca armarios y corredores, pero los habían disimulado tan acertadamente que su rastro se había perdido. Aunque teníamos la impresión de movernos en medio de un laberinto insondable, cribado de subterráneos —lo cual, cuando uno se detenía a pensar en ello, confería a esos taladrados muros, de tan aparente fiereza, una peligrosa debilidad—, sólo de tarde en tarde, al guiar el azar el pico de un obrero, afloraban a la superficie los testimonios confirmatorios de una realidad que muchos juzgaban leyenda. Pero cuanto se descubrió eran meros fragmentos de la red que se extendía hacia adentro, por las entrañas del castillo, y los huesos no aparecieron tampoco en el período en que los albañiles, prosiguiendo las obras que iniciara mi padre, derribaban paredes y perforaban parapetos para aligerar decorativamente la mole de Bomarzo. La osamenta, si mi padre no la había mandado retirar (hipótesis casi inadmisible) seguiría estirada en su cárcel oscura y desde ella gobernaría al palacio. Eso es lo que me preocupaba: la idea de que mientras el esqueleto continuara allí, emponzoñando como un cáncer la médula de Bomarzo, Bomarzo no sería mío totalmente. Sin que yo me diera cuenta, el esqueleto invisible había llegado a transformarse en algo semejante a esa conciencia de la cual yo me había desembarazado. Recóndito y temible, capaz de humillar con su solo recuerdo, vigilaba.

Hice memoria, esforzándome, de la famosa escena en la que Gian Corrado Orsini me arrojó al hueco que presidía la lúgubre figura. Había tenido lugar en la habitación donde mi padre solía recibir a su gente, para tratar los asuntos de su estado. Mi progenitor se había puesto de pie, volcando la silla desde la cual me increpaba, junto a la chimenea; me había zamarreado; luego había oprimido algo en el muro, y en éste se había descorrido —de acuerdo con la gran tradición de los episodios de misterio arquitectónico y medieval— un panel. Hurgué ese lienzo, milímetro a milímetro, y no cedió. Los golpes no me revelaron nada. Realicé la pesquisa muchas veces, encerrándome bajo llave en el aposento, con el pretexto de estudiar las cifras de los gravámenes. Me acompañaba únicamente Silvio de Narni, quien conocía la historia de mi pasión sepulcral, y al rato, aburrido de auscultar paredes, se echaba en el piso —reproduciendo sin querer, con su flacura filosa, la imagen yacente del esqueleto burlón— y se ponía a dibujar y a leer. Yo, entre tanto, abandonado el muro que no respondía a mis caricias, a mis tanteos y a la tenacidad de mis puños, recorría el resto de la cámara, repitiendo en los otros paños la misma investigación inútil. Hasta que una tarde mi paciencia fue recompensada, si no con lo que perseguía, con un hallazgo importante.

En la parte precisamente opuesta de la habitación a aquella en la que mi padre había hecho funcionar el resorte, rocé, al deslizar mis dedos sobre una comisa, una flor tallada en el revestimiento. Mis yemas afinadas en estas exploraciones, advirtieron en seguida algo distinto en la contextura del adorno. Apoyé, apreté, y una puerta se abrió en el muro. Lancé un grito, y Silvio, que

seguía acostado en el suelo, sin verme, pues lo separaba de mí una larga mesa, se incorporó y de un salto estuvo a mi lado. Un soplo de aire frío y nauseabundo entró por la oquedad. Encendimos una palmatoria, desenvainamos las dagas y nos asomamos a la negrura. Allí, a pocos pasos, estaría quizás el esqueleto abominable. Había una celda o calabozo, semejante a la que en mis recuerdos guardaba los trágicos residuos, pero no era la misma. Estaba vacía. Sólo la ocupaba un arcón, arrimado contra lo que debía ser el muro externo. Alcé su tapa, y el vaivén de la llama me mostró, en el fondo, unos pergaminos. Reconocí la letra alta, autoritaria y como colérica, de mi padre. Me llamó Silvio:

—Por aquí va una galería.

Tomé los folios y lo seguí. Un corredor estrecho y bajo —tan bajo que hasta yo debí encorvarme para introducirme en su túnel maloliente— descendía con ásperos escalones en la oscuridad. Bajamos, apartando las telarañas, espesas como líquenes, que nos rodeaban y se nos metían, legañosas, en los ojos, enredándonos en las bocas y en el pelo. La vela prendió en aquella madeja chispas breves que la humedad apagó pronto. Bajamos y bajamos, girando, escupiendo, manoteando, gateando, cayendo, sofocándonos. Costaba respirar. Anduvimos mucho, tomados de las cinturas, de los brazos, de las piernas, temiendo a cada instante que se extinguiera la luz, la cual, llevada casi a ras del suelo, nos revelaba la rugosidad de las rocas y el temblor de los cenicientos tejidos. A veces el túnel se empinaba tanto que resbalábamos, el uno del otro en pos. Silvio iba adelante, con la palmatoria. Yo, cojeando, aferrándome a las piedras, rompiéndome las uñas, sentí que mis manos sangraban sobre los estrujados pergaminos. Por fin desembocamos, siempre en la densa oscuridad, en una zona donde la galería avanzaba horizontalmente, y comprendimos que habíamos cubierto la distancia que media entre la planta superior del castillo y las terrazas del jardín de mi abuela, y que probablemente ahora estábamos debajo de ese jardín. Allí pudimos incorporarnos y, luego de seguir en línea recta un buen espacio más, nos detuvimos en lo que parecía el término del asombroso pasadizo: una caverna redonda en la que se filtraba una leve claridad, indicándonos que, como el resto de la excavación, había sido tallada en la roca viva, y que no evidenciaba ningún rastro que permitiera individualizar la época en que quienes me precedieron en el dominio de Bomarzo realizaron una obra tan ardua. Nos acercamos al lugar por el cual se insinuaba la luz y advertimos que, subiéndome yo en hombros de Silvio, conseguiríamos alcanzarlo. Así lo hicimos y me hallé frente a un matorral tupido que cerraba la salida. Sus zarzas me arañaron y tuve que ganar mi paso a cuchilladas. Silvio se asió de mi diestra y trepó también. Unos segundos más tarde cruzamos la espesura y nos echamos, jadeantes, en la hierba. Nos hallábamos en pleno bosque. Las telarañas hundidas en nuestro pelo y los rasguños que nos tajeaban las caras nos habían convertido en dos ancianos grises.

El crepúsculo incendiaba las malezas y las peñas con flavo resplandor. El sitio vibraba, como bajo la acción de un hechizo. Las salpicaduras leonadas y violetas que el ocaso distribuía sobre las rocas, las metamorfoseaba en felinos y en gigantes, como si la naturaleza ensayara, premonitoria, lo que ese paraje

sería alguna vez por obra mía. Cantaban los pájaros, transmitiéndose mensajes cristalinos, y la brisa empujaba, desde las viñas y las huertas, perfumes suntuosos. Nos limpiamos como pudimos, nos lavamos en el arroyo, y regresamos al caserón lentamente.

—Ha de ser una construcción muy antigua —le expliqué a Silvio—; acaso del tiempo de los barones longobardos.

—Nos conviene haberla descubierto —me respondió—. Tal vez un día tengamos que utilizarla.

Por su tono entendí que descontaba que nuestros destinos eran inseparables, y eso, que hubiera debido aportar cierto sosiego a mis perspectivas de soledad melancólica, me irritó.

De vuelta a la sala paterna, para afirmar que ni ese hallazgo, ni la ceremonia mágica de la terraza y su triángulo hermético, ni nada de lo que de mí conocía, le otorgaban mayores títulos de intimidación (lo cual no era cierto, pues la verdad es que, aunque yo no lo quisiera, estábamos ligados por lazos fuertes), le ordené que me dejase. Obedeció de mala gana. Sin duda ardía, como yo, en deseos de examinar los pergaminos que yo continuaba aferrando y que enrojecía mi sangre.

Me encerré, pues, y fui desplegando sobre la mesa los manuscritos. En uno de ellos, Gian Corrado había confeccionado —seguramente en un momento de jactancia— la lista de sus posibles vástagos de adulterio. Eran doce, y el nombre de la madre, campesina de Bomarzo o servidora de los castillos próximos, figuraba junto a cada uno. Beppo estaba entre ellos. En el texto siguiente, el condottiero había detallado lo que su suegro le adeudaba todavía en concepto de dote: 1.200 ducados. Luego había dos cartas iguales, dirigidas la una al papa y la otra al cardenal Orsini. Mi padre declaraba en ellas su voluntad de que, si Girolamo fallecía antes de sucederlo, sus prerrogativas y sus bienes pasaran a Maerbale. “Mi hijo Pier Francesco —expresaba— carece de las condiciones morales y físicas que exige la sucesión. Espero que Maerbale usará la firmeza que le impongo para recluirlo en Bomarzo. Que Dios nos perdone y que la gente olvide que Pier Francesco existió nunca.” El último pergamino contenía el horóscopo de Sandro Benedetto que me auguraba vida eterna. No es difícil, dado su carácter, que mi padre lo incorporara a sus preciosos escritos, por burla. El miniado diseño era muy hermoso. Las imágenes alegóricas de Marte, de Venus y de Saturno se entrelazaban con las líneas que correlacionaban las influencias de los astros, sobre letras hebreas. A un lado, mi padre había escrito: “Los monstruos no mueren.”

Permanecí largo tiempo, tal vez horas, delante de los pliegos. El duque anterior se había propuesto desheredarme por indigno, recurriendo para ello a la autoridad del Sumo Pontífice, que nuestra tradición güelfa acataba como infalible, lo mismo en lo material que en lo espiritual. ¿Por qué, entonces, no había regresado a Bomarzo, después de la muerte de Girolamo? ¿Se habría arrepentido? ¿Habría postergado, semana a semana, la vuelta que acarrearía mi destrucción? En lugar de desesperarme, me alegró esa prueba final de su odio, que refirmaba tantos indicios anteriores. Ni el fantasma de Girolamo ahogado en el Tíber, ni el de mi padre, vagando sin rostro por las cuadras del castillo, podían inquietarme ya. Al contrario, aquellas dos cartas me infundían ánimos

para cumplir algo tan único que borraría sus memorias y que mostraría a los hombres sorprendidos de qué era capaz Pier Francesco Orsini. Encendí fuego en la chimenea y quemé los documentos. ¿Qué me importaba la docena de rústicos que Gian Corrado me había dado por hermanos adulterinos?, ¿qué me importaban las cartas con las cuales se había pretendido despojarme de lo mío, de ese Bomarzo que era más mío que de ningún otro? La fogata creció, devorando miserias. Corté cuidadosamente la inscripción que mi padre había añadido al horóscopo y la arrojé al fuego.

Doblé el dibujo de Benedetto y lo guardé en la gaveta que custodiaba nuestras ejecutorias y las informaciones de las proezas de los Orsini. Haría copiar la pintura anunciadora, en un fresco que cubriría una de las paredes del castillo, en la sala de más aparato: la desnudez de Venus, el yelmo de Marte, los músculos de Saturno agrícola, el arco de la Luna, la áurea risa del Sol. Ese escudo me pertenecía sólo a mí y era más bello que los restantes.

Entré en la habitación de mi abuela, para rogarle que me curara las heridas. La estancia semejava un taller de alfayates antiguos. Las mujeres se habían retirado, dejando en desorden la iniciada labor, para proseguirla al día siguiente, y por doquier se veían retazos de las ropas que Maerbale y yo tendríamos que usar en la coronación de Carlos de Habsburgo. Torpes diseños, explayados sobre los taburetes, servían de modelos. Mi manto rojo, arcaico, larguísimo, de rey mago, y el bonete con la media corona ducal, vestían a un muñeco improvisado. Se notaba la astucia artesana (y cortesana) con que las mujeres habían tratado de disfrazar mi joroba, agregando más y más pieles a un costado de la espalda. Me adelanté hacia mi abuela, entre el desbarajuste de adornos, pisando terciopelos, y le dije que había caído del caballo, en un zarzal. Necesitaba que me cuidaran, que me mimaran. Los gatos blancos se apretaron contra mí, acentuando los suaves ronroneos, y ella, a pesar de su mucha vejez y fatiga, se afanó con paños mojados, murmurando palabras de consuelo.

—Vicino... —suspiraba—, pobre Vicino...

Me adormecí en sus brazos. Soñé —siempre soñaba— que Marte y Venus me conducían por un corredor penumbroso. El olor a carroña daba náuseas. Llevaba en la cabeza mi corona de oro. La mano de Venus era firme como la de un hombre, y la de Marte, delicada como la de una mujer. Al término del camino, me aguardaba el esqueleto, y yo, sin miedo alguno, me tendía junto a él, hasta que, poco a poco, iba desapareciendo, como si el esqueleto me absorbiera, y me iba transformando en él, de modo que ambos constituíamos una sola masa tétrica. Mi diadema era sustituida por la suya de flores marchitas. A través de sus cuencas vacías miré a los dioses, al guerrero y a la enamorada que me sonreían, inclinándose ante el coronado señor que, como si se asomara a un palco de enrejados huesos, los contemplaba, más allá de la muerte.

IV

JULIA FARNESE

Iban y venían las hormigas, por todos los rumbos, entre los hormigueros italianos. Procedían en filas ondulantes. Cuando sus caravanas se cruzaban, se detenían a saludarse y a parlamentar, y luego seguían andando con sus cargamentos multicolores. Para Dios —y ahora para mí también que reveo aquel afán desde una distancia que nivela orgullos— los estandartes parecían briznas, y los armados señores eran como insectos que brillaban al sol invernal. Subían y bajaban por las colinas; entraban en los desfiladeros; cruzaban bosques; vadeaban ríos, hormigueando. ¿Era aquello una hojita verde, o era un palio? Y aquello otro, ¿era una ciudad con muchas torres, o una piedra caída entre la hierba? Iban y venían, acarreando cosas resplandecientes, pero se notaba que lo hacían sin gozo, obedeciendo a órdenes, a costumbres, a vanidades. Uno de esos hormigueros se llamaba Bolonia y había en él una hormiga especial llamada el Emperador. Sus infinitos súbditos acudían a rendirle homenaje, y sus cortejos se atravesaban constantemente, con briznas, con pendones. Llegaban de los extremos de Europa, rezumando rencor, desconfianza y avidez. Los hombres-hormigas, coruscantes, que relampagueaban en las carreteras de Italia, no le perdonaban al jefe extranjero que se aprestaban a coronar, el saqueo que habían sufrido en Roma, o la destrucción que continuaba sufriendo Florencia, y, si se contaban entre los enriquecidos por el pillaje, consideraban que sus servicios valían mucho más que las ventajas que habían logrado y que se afirmaban en las robadas joyas que lucían. Se paraban a beber en las tabernas, en las ciudades surgidas en las rutas, y los bodegoneros abrían tamaños ojos ante sus collares y ante las cruces preciosas que titilaban en sus sombreros emplumados. El papa, en cambio, el que ceñiría la corona a la Sacra Cesárea Majestad, debía bajar los párpados para no ver aquellos despojos de la Iglesia de Cristo que afluían sin cesar a Bolonia, exhibidos insolentemente. Y los enemigos más acérrimos del Vaticano, vasallos también de ese mismo emperador que tenía tantos bienes como problemas, tampoco estaban satisfechos, porque el príncipe se erguía delante de ellos como el verdugo de las extrañas ideas religiosas que alimentaban y que empezaban a roer al mundo nuevo. Tan inseguro resultaba todo, tan frágil, que ni el papa ni el emperador se habían atrevido a realizar las ceremonias en la vieja

Roma, cubierta de recientes cicatrices, muchas de las cuales sangraban todavía, y que Clemente VII de Médicis, para dirigirse a Bolonia, había dado un rodeo evitando a su Florencia natal donde se execraba su nombre asociado a los de los sitiadores.

También la evité yo, con mi séquito. Era éste bastante nutrido. El cardenal ocupaba el coche de mi abuela que constituía uno de nuestros mayores lujos, a pesar de que carecía de muelles, pues en Florencia, por ejemplo, sólo en 1534 — o sea cuatro años más tarde— aparecieron los primeros carruajes, introducidos por las damas de la casa de Cibo. Sobre su techo crujiente, acomodóse parte del equipaje. El resto llevábase en un carro y en mulas. Nosotros —Maerbale, Messer Pandolfo, mis jóvenes parientes Mateo, Segismundo y Orso Orsini (la flor de los amigos de Girolamo que, mal que les pesara, tuvieron que acompañarme); los pajes encabezados por Silvio y los hombres de armas, formando un total de treinta personas— fuimos a caballo. En Bomarzo había dejado, en lugar de Manucio Martelli, de cuya suerte nada se conocía, a un nuevo administrador, Messer Bernardino Niccoloni, probablemente ansioso de medrar desfigurando números.

Durante el viaje, quizás lo más digno de ser tenido en cuenta fueron los esfuerzos de mis primos por ganarse mi buena voluntad. Yo era, a los dieciocho años, el jefe de la familia, y su destino de allegados pobres dependía de mi decisión. Me divertí observando los diplomáticos prodigios con que los tres trataron de aventar el odio que yo había acumulado contra ellos, en la época en que rodeaban y adulaban a Girolamo y conquistaban su simpatía a mis expensas pues sabían que el camino más cómodo para complacer a mi hermano mayor era vejarme. Ese cambio de táctica y de baterías, impuesto por la modificación de posiciones y por mi inesperado y veloz acceso al dominio, resultaba harto difícil de lograr, por no decir imposible, y ni siquiera su maravillosa astucia italiana, rica en heredadas sutilezas hipócritas —única herencia que poseían— lograba imponerse en seguida sobre lo delicado de la situación, porque los acontecimientos estaban demasiado próximos y habían sido demasiado intensos para que pudiéramos disimularlos. Después de la muerte de Girolamo, a quien habían servido como lacayos desde la niñez, obedeciendo los consejos de sus padres y sus propias inclinaciones lúbricas que condecían con el carácter y los gustos del presunto sucesor —cuyo cadáver habían llevado a la tumba como si con él enterraran el oro prometido de sus esperanzas— se me habían acercado tímidamente. Los gallos de ayer eran hoy dulces palomas. Imagino sus conversaciones, sus intrigas, en sus casas destartaladas del valle, ornadas con el repetido escudo de Orsini, que regía la sombra roqueña de Bomarzo. Imagino sus cálculos, su angustia. ¿Qué podían aguardar? ¿Cómo debían proceder para seducirme, para que el duque olvidara, mientras suplían las injurias con la abyección? Mateo, Segismundo, Orso... los tres algo mayores que yo; los tres, primos entre sí y primos segundos míos; los tres morenos, magros, lacios, nerviosos, inseparables, compensando con la elegancia de los ademanes la modestia de la ropa que se ennoblecía con algún regalo —broche, tahalí o pluma— de Girolamo; los tres hambrientos de rapiña y de prestigio; valientes cuando la guerra lo exigía y cobardes cuando lo había exigido la tortura del jorobado. Cabalgaban junto a mí y, aun sin mirarlos, yo sentía que sus ojos lobunos ardían en la oscuridad, como encendidos carbones cuya combustión se unía a la de las hachas humeantes. Cuando nos deteníamos, se deslizaban de los corceles y bregaban el honor de tenerme el estribo. Eran especuladores,

soportarían mucho por ambición, mas también eran temibles: secretos, intrincados y peligrosos como el corredor oculto de Bomarzo. Conversaban poco, ignorando qué cuadraba decir, y vigilaban las palabras sueltas, perezosas, que yo les arrojaba como huesos. Si advertían que les cerraba todas las puertas, se conjurarían con Maerbale y me dejarían tendido a puñaladas. Al mismo tiempo que ellos jugaban su juego escabroso, yo debía jugar el mío, darles a entender que me habían ofendido y que la cólera del señor entraña riesgos imprevisibles, pero insinuarles también que mi magnanimidad grandiosa implicaba el enigma de ventajas futuras que había que merecer. Más atrás, Maerbale me espiaba, como Beppo. En aquella época los muchachos maduraban vertiginosamente. Se vivía rápido, porque en cualquier momento, a causa de un relámpago acerado, se podía cesar de vivir. Todo ello me distraía de otros pensamientos, como la inquietud que me provocaba mi próxima presentación ante Carlos Quinto, y me hacía paladear a pequeños sorbos el vino de una triste victoria. Mientras anduviéramos en grupo, flanqueados por mi escolta, nada tenía que temer. En medio de los tres lobos acechantes, yo debía parecer un osezno, con mi *lucco*, mi forrado tabardo florentino al que había mandado añadir, sobre la espalda, para esconder mi giba, un ancho cuello de pieles. Me había convertido, miméticamente, de tanto andar entre osos de piedra, de madera, de terciopelo y de oro, en un osezno. Los animales sagrados de los *editus Ursae* protegían así al duque de Bomarzo, comunicándole una ficción de fortaleza. Sólo me quitaba aquella ropa cuando, fatigado de cabalgar y de que me dolieran las coyunturas, compartía el coche con mi abuelo. Me echaba entonces el ropón sobre las rodillas y leía *El Cortesano* de Baltasar de Castiglione, manual de las buenas costumbres del Renacimiento. Hubiera querido ser intachable como si, al hacer mi reverencia ante el papa y el emperador, todos los Orsini, desde el hipotético general Caio Flavio Orso, me estuvieran juzgando.

Nos paramos de noche en Forli, en una posada. Dispuse que se descargaran los equipajes y le entregué a cada uno de mis primos un traje nuevo, rojo, plata, oro, y verde, nuestros colores. Los recibieron con algazara de entusiasmo, pues eso los redimía de la penuria de presentarse en la corte como unos desamparados, y les sugerí la probabilidad del perdón. Comimos juntos, con el cardenal, Messer Pandolfo y Maerbale, en el ajetreo del hostel lleno de gente que acudía a las fiestas de Bolonia. Desde una mesa de prelados jóvenes, nos sonreían las meretrices. Silvio pasó las fuentes. Mis primos hablaban con cautela del emperador; de los beneficios de la Paz de las Damas, firmada entre su tía Margarita de Borgoña, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I; hablaban de la devolución de Milán a los Sforza, como gobernadores imperiales; hablaban de los sucesos de Florencia; de los proyectos de César sobre Hungría; de los luteranos; del corsario Barbarroja. Tanteaban el terreno y me atisbaban de hito en hito, detrás de las manos enrejadas, rompiendo el pan, pasándose los jarros, poniéndose de pie para escanciarme, con una mezcla de homenaje y de familiaridad. Como no penetraban el curso de mis ideas políticas, mientras conocían muy bien, en cambio, cuáles habían sido las de Girolamo, pronto a cualquier concesión provechosa, no se aventuraban a opinar, desenredando el ovillo inventado por el papa y el emperador. Reían y dejaban de reír repentinamente. Yo pronunciaba frases escasas, a menudo sin sentido, y los miraba en el fondo de los ojos. Adivinaba que se estrujaban los sesos por comprenderme, por captar el oráculo, la voz señera del castillo, del oso con joroba. Aunque los detestase, era imposible no admirar la hermosura de los tres,

acentuada por la tensión que les alargaba hacia mí las facciones, que les quemaba los ojos negros, que les hundía las uñas en la mesa.

Al terminar la comida, me sentí mal. Terribles vómitos me sacudieron. Mi abuelo quiso confesarme, tal vez para salir de varias curiosidades antiguas, pues en sus espaciados instantes de lucidez, como si anhelara ganar el tiempo perdido en el reblandecimiento, se volvía exageradamente agudo. Pensé que me habían envenenado, pero todos habíamos probado la misma carne de cabrito dorado con azafrán, la misma torta de harina. Por mi dolencia, que me dejó macilento, estremecido de náuseas, debimos permanecer siete días en Forlì. Dormía con Silvio de Narni, las espadas desnudas al alcance de las manos y dos hombres fieles estirados delante de la puerta. Atribuí el mal a las emociones acumuladas durante el último año. Silvio me curó, con mejunjes de hierbas que olían a menta. No sé si echó en la poción algo diabólico. A causa de ese accidente, perdimos la primera parte de las ceremonias, aquella en la cual Carlos Quinto ciñó la corona de hierro de rey de los longobardos, que unos magistrados trajeron desde Monza. Llegamos a Bolonia el 21 de febrero de 1530, junto con el duque de Saboya, vicario del imperio, el nuevo duque de Milán, el de Baviera y el obispo de Trento, embajador del rey de Hungría. Dentro del coche zangoloteado, la cabeza me pesaba como si la corona de hierro me oprimiera la frente. Mi abuelo me hacía respirar perfumes.

En Bolonia no cabía un alma más. Fuera del duque de Ferrara, que no acudió por diferencias con Clemente VII, y del de Mantua, que no se presentó por pleitos con el de Monferrato, habíanse reunido alrededor del palacio que albergaba desde hacía meses al Sumo Pontífice y a su Majestad, todos los grandes señores italianos. A mí no vino nadie a recibirme, pues los demás estaban pendientes de Carlos de Saboya, casado con la hermana de la emperatriz, y porque nadie me conocía aún, fuera de los Médicis. Sin embargo, calculo que el coche de mi abuela llamó la atención. Los lansquenets alemanes, vestidos de blanco y turquesa, las picas al hombro, apartándose a nuestro paso, lo señalaban con el dedo. Me acordé de Abul, de su impresión de triunfo cuando cruzaba las multitudes sobre la grupa de Annone, y me acerqué varias veces a la portezuela, a charlar con el cardenal de cualquier cosa (había montado a caballo al entrar en la ciudad), indicando así que el carruaje nos pertenecía. Sucediera lo que sucediese, yo conservaba bastantes rasgos de niño y ciertas formas de mi vanidad continuaban siendo muy infantiles.

Como había tenido la prudencia de reservar alojamiento por medio de los familiares de mi abuelo, nos acomodamos en casa de un médico, mi hermano, mis primos y yo, tolerablemente. Franciotto Orsini se incorporó al Sacro Colegio. En esas ocasiones, pasmaba su eficacia. Los soldados dormitaron en las plazuelas, en torno de los vivaques. Peleaban y había que tranquilizarlos, para que no desgarraran sus indumentos costosos. Mataron a uno, hijo de una aldeana de Bomarzo, de la madre de Beppo, pero legítimo. Hacía frío y me dolía la cabeza.

Por la mañana, fui a saludar a los Médicis, acompañado por Maerbale, Mateo, Segismundo y Orso. La sociedad evolucionaba, adecuando sus conveniencias, como siempre, al alza y la baja de los valores que dependían de la influencia mudable de los poderosos, y por ello era posible algo tan desproporcionado y tan contrario a las jerarquías como el hecho de que no fueran los Médicis quienes visitaban a los Orsini, sino los Orsini quienes visitaban a los Médicis, y para colmo a unos Médicis bastardos.

Bullía tal muchedumbre por las calles que resultaba difícil avanzar. Así como, por una ficción motivada por las pompas y ritos imperiales, la iglesia de San Petronio hacía las veces de basílica de San Pedro, y sus altares habían sido rebautizados con las advocaciones de los que se veneraban en el templo mayor de la cristiandad, para que los actos de la coronación se desarrollaran como si se hubieran efectuado en Roma; Bolonia, la antigua ciudad universitaria, se había convertido temporalmente en capital del orbe. Sus intrincadas callejas parecían prontas a reventar en la llanura, tal era el gentío que las henchía, dialogando en lenguas y dialectos extraños. Pululaban sobre todo los españoles, llegados de Barcelona en las quince galeras, naos, urcas y carracas de Andrea Doria, y los alemanes recién enriquecidos en los saqueos. El lujo de las libreas distinguía a los criados y pajes de los hidalgos de España. Delante de nuestros caballos, Silvio de Narni gritaba, orgullosamente.

—¡Paso al duque de Bomarzo!, ¡paso a los príncipes Orsini!

Pero la multitud estaba demasiado habituada ya a las presencias y a los nombres ilustres, en esa inmensa cocina gloriosa donde se mezclaban las especias aristocráticas que luego alimentarían al *Gotha* con siglos de sangre, para que los Orsini impresionáramos a la plebe. Y, por otra parte, no éramos los únicos Orsini llegados a Bolonia. Los tablados entorpecían las plazas, adornados con guirnaldas, con emblemas. Sobre las puertas y ventanas pendían divisas ingeniosas, pinturas e imágenes de las victorias del emperador, de sus reinos y de las tierras descubiertas por su orden allende el mar. A los blasones conocidos, a las águilas, castillos, leones y lises que circundaba el collar del Toisón, sumábanse nuevas figuras de emplumados salvajes relucientes de pedrerías. Detrás del mundo viejo, rigurosamente clasificado con etiquetas de metales y colores de un orden estricto, por la sabiduría heráldica, acechaba otro mundo, misterioso y atroz, que brotaba de las selvas de América surcadas por enormes ríos a cuyas márgenes se elevaban los templos consagrados a los dioses crueles, y ese mundo de suntuosa barbarie era obligado artificialmente, monstruosamente, a participar de la fiesta cortesana que convocaba a los frágiles patricios europeos con los cuales nada tenía que ver y a los que tal vez era capaz de destruir con sus zarpas de oro. Entre el palacio que albergaba a Clemente VII y a Carlos Quinto y la Iglesia de San Petronio, donde se realizaría la coronación, habían tendido un alto pasadizo abierto, por el cual los dignatarios irían, a la vista del pueblo y como actores que circulan en un proscenio, hasta el altar mayor. Y allí también se multiplicaban los ramos de laurel y de hiedra, en torno de los escudos papales e imperiales.

—¡Paso al duque de Bomarzo!, ¡paso a los príncipes Orsini! —se desgañitaba Silvio de Narni, mientras mi gente golpeaba a los bobalicones con las picas, y si algunos se apartaban voluntariamente no era tanto por evitar los porrazos como por el asombro de ver, en un corcel blanquísimo, a un duque con joroba. Yo devolvía aquellas miradas que de sorprendidas se mudaban en burlonas, con mi expresión más impasible, como si flotara sobre nubes, pero si alguien me hubiera deslizado entonces una mano encima del corazón hubiera advertido que latía con espantada locura. De repente, frené mi caballo. Había creído divisar, junto a un pórtico, a Abul. Juraría que había visto su cara fina que engulló la muchedumbre. Busqué en el mar de cabezas, y seguimos adelante. De buena gana hubiera soltado las riendas, en las que temblaba como un insecto la sortija de Benvenuto Cellini, y me hubiera zambullido en esa corriente oscura para hallar a mi paje negro, mas no podía ser; me debía al papel que iba representando en medio de

mis parientes hermosos. Me consolé, diciéndome que imaginaba visiones, hijas de mi debilidad.

Descabalgamos frente al palacio donde se alojaba Alejandro de Médicis. El presunto hijo del papa había desplazado a Hipólito en el orden de las jerarquías, y correspondía visitarlo primero. Era a la sazón duque de Pina y pronto, después de la traición de Baglioni y la derrota de Ferruci cuando la desangrada Señoría ordenara deponer las armas, sería protector y duque hereditario de Florencia y casaría con Margarita de Austria, hija natural de Carlos Quinto. En esa familia, como en la de Morny durante el siglo XIX, todo sucedía naturalmente. Entre tanto, su primo el cardenal Hipólito se roía las uñas, componía versos, cazaba faisanes e ideaba venganzas sin consistencia.

No sé cómo nos hicieron pasar, porque en ese instante mismo se desarrollaba en el palacio una escena absurda, cuya intimidad no admitía testigos extraños. En un aposento vasto, rodeados por los bustos indiferentes de filósofos y poetas de la antigüedad, discutían Alejandro e Hipólito. A unos pasos, echado en el suelo, Lorenzino de Médicis se entretenía con un estilete, clavándolo de tanto en tanto en el piso como si ensayara, sin saberlo, el gran acto teatral de su vida. Rodón, el perro favorito de Hipólito, reconquistado después de la fuga de Florencia, retozaba alrededor de los señores. Más allá, algunos africanos del séquito del cardenal, asomados a las ventanas, comentaban las andanzas del público callejero, para nosotros invisible, con ademanes de micos, y reían estrepitosamente.

Alejandro giró hacia los esclavos y exclamó, furioso:
—¡A callar, imbéciles!

Los tres años que habían transcurrido y en que habíamos dejado de vernos, habían contribuido a modelar a los jóvenes de la via Larga. Alejandro el Moro, vestido de verde, había ganado corpulencia al hacerse hombre. Me miró, y la inquina esencial que nos separaba desde que éramos muchachos se restableció, intacta, como si no hubiera pasado un día. El cardenal de veinte años se irguió en el oleaje de la púrpura y me abrió los brazos, feliz de encontrar un pretexto para poner fin a la querrela que chisporroteaba en el aire.

Maerbale y los tres Orsini, cohibidos, permanecieron en el umbral de la puerta. Yo avancé y, aunque hubiera debido saludar primero a Alejandro, aproveché la circunstancia de que estuvieran juntos y del grado eclesiástico de su primo, para inclinarme ante éste y hasta, extremando la insidia y para desquitarme del desdén evidente del duque, llamé a Hipólito —fingiendo que mi turbación me hacía equivocarme— *alteza serenísima*, su título del tiempo en que había sido amo de Florencia. El cardenal me alzó y esquivó mis palabras con un gesto irónico:

—La alteza serenísima ha muerto, Vicino. Ahora soy un padre de la Iglesia.

Nadie lo hubiera tomado por tal. Parecía un militar, un cazador disfrazado con ropas clericales. Me estrechó y sentí el poder de sus músculos endurecidos por las justas gimnásticas. Sus ojos, sus ojeras, delataban el desenfreno pero, a diferencia de los de Alejandro, se encendían de generosidad. Atraje a mis parientes, sin saludar al duque todavía, y se los presenté. Luego repetí ante Alejandro la ceremonia. Me respondió fríamente. Lorenzino, iluminado de alegría, vino a abrazarme, y los africanos, volviéndose y descubriendo al príncipe giboso a quien su señor quería, cayeron de hinojos y tocaron con las frentes el suelo. Hasta Rodón acudió, ladrando, resoplando, a ponerme las patas en los hombros y lamerme las manos. A pesar de la actitud del Moro, que descontaba,

me colmó de júbilo la recepción, sobre todo porque ella demostraba a los de Bomarzo la intensidad familiar de los lazos que me vinculaban con los sobrinos del pontífice. En ese momento, curiosamente, sentí con plenitud que yo era el duque de Bomarzo; lo sentí más aún que cuando mis vasallos me habían rendido pleitesía en el castillo, después de la muerte de mi padre, porque fue como si Hipólito me hubiera ungido y como si mi snobismo recibiera, de una gente que siendo ilegítima era tan principal y tan buscada y lisonjeada, la definitiva consagración. Que el lector no refunfuñe y trate de comprenderme: yo era así, frívolo, superficial —siendo, por otro lado, profundo y complejo—; tenía ansias de reconocimientos que me afirmaran en la posición mundana que me correspondía, aunque contaba también con una inmunidad congénita que se afianzaba en mi sangre y en derechos que suponía divinos. Era, simultáneamente, muy seguro y muy inseguro. De ahí procedía mi desequilibrio, como he ido reiterando en estas memorias. Y me encantaba que Maerbale, que sin duda se consideraba con más títulos que yo a la histórica sucesión paterna, y Mateo, Segismundo y Orso —los Orsini iracundos por defraudados—, que me habían hostigado con tanta saña en la época del esplendor de Girolamo, cuando me juzgaban una mera sabandija ridícula, tuvieran la prueba rotunda de que yo poseía algo que no había conseguido ninguno de mis dos hermanos aparentemente superiores: una situación, una autoridad y un valimiento entre los omnipotentes que suscitaban más envidia y frente a los cuales, mal pese a su bastardía y a nuestros antecedentes ilustres, inmemoriales como las piedras de Roma, y a la altivez de nuestra abuela Diana y de nuestro abuelo el cardenal Franciotto, no pasábamos de ser unos pequeños y codiciosos caciques provincianos... aunque nos doliese confesar, en nuestro fuero íntimo, ese menoscabo dentro de las categorías elegantes que por nada del mundo hubiéramos reconocido de palabra, pues nos hubiéramos dejado arrancar la lengua antes de resignarnos y aceptar lo obvio.

Ya anticipé que nuestra entrada había interrumpido una disputa. Alejandro, vibrante, los ojos como brasas, todo él comparable con un raro pajarraco verde de cara negra, que se balanceaba enfurecido, pretendió detener a Hipólito, quien inició unas explicaciones que subrayaban lo grotesco de su pretensión. Pero era tarde.

—El duque está irritado, porque en la ceremonia del 24, la de la coronación imperial, no le tocará el mismo papel que tuvo a su cargo hace dos días, cuando Su Majestad recibió la corona longobarda.

—Es lo que me corresponde —tronó Alejandro.

—En aquel acto —añadió Hipólito—, el marqués de Astorga llevó el cetro; el marqués de Villena, el estoque; Alejandro, el globo del mundo; y el marqués de Monferrato, la corona de Lombardía. Iban delante de Su Majestad, como cuatro antorchas. En cambio se ha fijado que en la ceremonia de pasado mañana, Monferrato llevará el cetro, el duque de Urbino, la espada; el duque de Baviera, el orbe; y el de Saboya, la corona imperial. A Alejandro lo han dejado afuera.

—¡Me las pagarán! —rugió el duque—. ¡Hablaré hoy con Su Beatitud! El papa no me niega nada. ¡Ya verán esos insolentes!

—El papa no podrá modificarlo —arguyó su primo, impertérrito—, porque el emperador ha establecido esas distinciones. El duque de Baviera representa a los electores de Alemania.

—¡A los puercos!, ¡todos son herejes!

—No lo es el duque de Baviera.

Se oyó la vocecita inocente de Lorenzino que, tendido en el suelo, sacudía la cabezota del perrazo:

—¿Y eso qué importa? Mi tía Clarice decía que soy el jefe de los Médicis, y a mí me mandan siempre dentro del montón de los pobres príncipes.

Rió, no se supo si como un niño divertido o como un hombre colérico. Los bastardos guardaron silencio unos segundos y lo observaron con curiosidad. Ese niño no era como su primo Cosme, el astuto. Nunca se podían predecir sus reacciones. A mí me rozó también su punzada: tendría que desfilarse con los “pobres príncipes” y, aun ahí, mi sitio no sería de los mejores.

Alejandro, desentendiéndose de la interrupción, tornó a encararse con Hipólito:

—Claro, a Su Señoría no le interesa porque goza de un lugar asignado en medio de los cardenales y probablemente ayudará a sostener la capa imperial en San Petronio.

—Alguna ventaja debe recaer en quien ha abandonado las glorias de la tierra por otras más altas. Aunque preferiría irme al Mugello a cazar, si fuese posible.

Hipólito sonreía, y los Orsini escuchaban boquiabiertos.

—¡Le arrancaré el mundo al duque de Baviera!

—El mundo —suspiró el cardenal, santiguándose— no es de Su Excelencia ni es del bávaro. Tampoco es de Carlos Quinto. Es de Dios.

Se enderezó más todavía, con el garbo de sus veinte años atléticos, y conteniendo la réplica de su primo, que sería agravante, acaso una blasfemia, dibujó una cruz en el aire:

—Los bendigo, in nomine Pater, Filius et Spiritus Sanctus. Repórtate, Alejandro de Médicis.

Me puso una mano en el hombro y terminó:

—Vamos, Pier Francesco.

Nos inclinamos y salimos, precedidos por la algarabía de los africanos. Uno de ellos sujetaba a Rodón con una trailla de plata.

—¿Por qué dijiste eso, Lorenzino? —preguntó el prelado.

—Por burla, por risa.

—Quizás ignores —agregó Hipólito dirigiéndose a mí— que Clarice Strozzi ha muerto.

Me entristeció la noticia. La nieta del Magnífico había entregado su alma hacía dos años y no me lo había comunicado nadie. Recordé su frente pura, la gracia de su óvalo, su firmeza, su arrogancia, cómo le obedecíamos sin discutir.

—Aquí no hacemos más que acalorarnos por tonterías. ¡Si supieras, Vicino! Esta coronación ha sido un infierno... que Dios me perdone.

De repente, los bustos de los filósofos que rodeaban a Alejandro me parecieron de barro; el duque me pareció un mulato rencoroso; las telas en las cuales habían sido pintados los trofeos que decoraban las calles me parecieron miserables, el alto pasadizo y los doseles, unos tinglados de feria; los soldados esparcidos en las plazas, unas tropas ocupantes, que estaban ahí para acallar las protestas del pueblo: en general, esos personajes y esos actos impresionan mucho más a través de las descripciones fervorosas de los cronistas, encargados de dorar telones, que vistos como los vi yo. El 24, día de San Mateo, cumpleaños del emperador augusto, y quinto aniversario de la fecha en que los capitanes de Carlos detuvieron al rey de Francia, en Pavía, llevó el globo del mundo el duque de Baviera, y Alejandro mordió el freno.

Cuando nos separamos de Hipólito, apretados por la multitud que se encrespaba alrededor de su silla de manos, comenté a mis acompañantes, lánguidamente:

—En Florencia peleaban por cualquier cosa. Pero son ambos muy discretos. El disimulo les viene de la sangre Médicis. Si hablaron delante de ustedes de asuntos tan íntimos fue porque yo estaba ahí, que soy como de la familia.

Y de ese modo, para brillar ante mi hermano y los Orsini rústicos, no vacilé en emparentar con los bastardos.

Dejamos los caballos a los pajes y regresamos a pie, pues era más cómodo. En un remolino de gente creí ver a Juan Bautista Martelli, como antes creí haber visto a Abul. Se lo indiqué a Maerbale, pero desapareció. Juan Bautista era rubio y delicado, tipo que se reiteraba entre los muchachos de su edad que servían en las casas pudientes, de modo que, como en el caso anterior, atribuí el hallazgo a una coincidencia de semejanzas. El populacho de Bolonia escamoteaba los espectros de mi pasado. En otro remolino, mientras procurábamos asegurar nuestra marcha con los codos, topamos con Pier Luigi Farnese, el hijo del futuro papa, el que había conducido los restos de mi padre desde Florencia hasta Bomarzo.

—¡La plebe anda levantada, señores! —nos gritó—. ¡Duro con ella y adelante!

Su enérgico perfil sobresalía sobre las caras temerosas. Algunas pústulas emparchadas denotaban, en sus mejillas, las huellas del mal terrible que inspiró a Fracastoro el poema *Syphilidis*, publicado en Venecia ese mismo año y que sostiene que la presencia de ese mal se debe a la conjunción de los tres planetas superiores, Saturno, Júpiter y Marte, la cual es muy rara. Lo que en cambio no era nada raro es el morbo en cuestión, que los italianos achacaban a los franceses, y los franceses a los italianos, y que muchos proclamaban traído de América por los españoles, de suerte que los pueblos de Europa se descargaban los unos en los otros de su responsabilidad. Tantos estragos ejercía, que su destrucción prometía sobrepasar las de las enfermedades epidémicas conocidas desde hacía siglos: la peste, la tisis, la sarna, la erisipela, el ántrax, la lepra, el tracoma.

Pier Luigi tomó cariñosamente el brazo de Segismundo Orsini, asombrado de tal privilegio:

—No nos separaremos, amigos. Juntos, nos protegeremos mejor.

Seguimos así, apartando comparsas, y advertí que Farnese hablaba al oído del menor de los Orsini. Imaginé lo que le iría soplando, porque nadie ignoraba sus inclinaciones.

Por la tarde, de acuerdo con lo combinado por nuestro abuelo, concurrí con Maerbale a testimoniar mis respetos al papa y al emperador. De camino, mi hermano me señaló un grupo de damas, arracimado en un ventanal, desde el cual arrojaba flores a los paseantes.

—¡Aquélla! —exclamó sin retenerse—, ¡qué hermosa es!

Acompañé su mirada y divisé, en el centro de las doncellas, una que con su belleza las eclipsaba. Vestía de color ocre, con mangas anchísimas, agobiantes. Una gruesa red, también ocre, que le descendía sobre el cuello, aprisionaba su pelo castaño, undoso. Marcábansele, bajo el collar de corales, los pechos pequeños y firmes. Sus anchos ojos claros se posaron sobre nosotros un segundo, y luego los alejó. No le importábamos.

—Jamás he visto a nadie así —prosiguió Maerbale—. Quisiera conocerla.

Yo también lo quería. Sentí clavado, un instante, el aguijón de los celos. Se me ocurrió que con sólo observarla y desearla, Maerbale me estaba despojando de algo que me pertenecía porque, por el mero hecho de ser yo el duque de Bomarzo, ninguno de mi casa debía ambicionar nada sin consultarme. Los celos han sido siempre uno de mis grandes motores. Pero al mismo tiempo me gustó que, en momentos en que nos dirigíamos a enfrentar lo que relumbraba pirotécnicamente como una de las principales emociones de nuestra vida, Maerbale se distrajera de su preocupación suntuosa con pormenores sensuales, pues eso probaba que, a pesar de todo, los Orsini seguíamos siendo lo que siempre habíamos sido, gente temperamental, de fácil enamoramiento, y aquel rasgo íntimo pasaba antes que las exigencias que nos imponían las circunstancias, por solemnes y codiciadas que éstas fuesen. Los demás irían a ver al papa y al emperador, como si fueran a recibir el Santísimo. Nosotros no; nosotros lo hacíamos familiarmente, sin otorgar a ese episodio más trascendencia que la de un trámite burocrático derivado de nuestra posición, mientras que nada —ni siquiera la idea alarmante de que poco después nos hallaríamos ante los dueños omnímodos de almas y haciendas, elegidos por Dios para esa tarea incomparable— podía desviarnos de lo que esencialmente y desde hacía varias centurias había constituido nuestra máxima y gozosa inquietud. Y entonces redoblaron mis celos porque al ser Maerbale quien me daba el aristocrático ejemplo de su desinterés cortesano y de su fidelidad a una actitud que evidenciábamos, cotidianamente, me demostraba que él era más Orsini que yo, más digno de serlo, y ello, por emulación exasperada, excitó mi curiosidad hacia la niña que provocaba tales reacciones de independencia.

Interrogué a los vecinos, pero desconocían quién era la joven de los ojos claros. Envié a Silvio a averiguarlo, y regresó sin noticias.

En el palacio nos introdujeron en una cámara densa de gentileshombres que aguardaban la ocasión de saludar a los jefes de la cristiandad. El cardenal Orsini, sostenido por un paje, vino a rescatarnos de aquella masa dorada, anónima pese al lujo de los trajes y los nombres. Las cruces de las órdenes españolas — Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa— se repetían sobre las capas, alrededor. Nos llevaron a otro aposento, donde debimos esperar largamente.

—Al papa se le besa el pie —volvió a aleccionarnos el cardenal—, y al emperador, la mano.

La recomendación carecía de utilidad: durante una semana habíamos ensayado la liturgia de las genuflexiones, y había aprendido yo lo que correspondía que el duque de Bomarzo, en un breve discurso, transmitiera a las sacras personas. De nada me sirvió esto último. Se me trabó la lengua o experimenté, de repente, un gran cansancio, en tanto valoraba la superfluidad de mis preparativos y de cuanto sucedía, pues se me antojó que aquellas escenas no pertenecían a la realidad y que, como las que León Bautista Alberti había inventado el siglo anterior, con cámaras en las cuales aparecían el sol, la luna y misteriosos paisajes, eran vanas ilusiones ópticas.

Ambas entrevistas fueron muy rápidas. Formamos en la hilera que, conducida por el dédalo de muchas habitaciones desnudas, desfilaba delante de Su Santidad y de Su Majestad Cesárea. El papa corroboró que era más político que el Habsburgo o que necesitaba más apoyo. Me levantó y tuvo un recuerdo para mi padre.

—Encomendamos en nuestras oraciones a Gian Corrado Orsini. Ha sido un caballero católico de singular valía, lo mismo que vuestro abuelo, el cardenal.

Mientras eludía sus espléndidos ojos, recordé fugazmente los desmanes paternos, las muchachas violadas en Bomarzo, la vejación de los magistrados, los impuestos y la horca.

—El cardenal Hipólito me ha hablado de ti con elogio, duque.

Mascullé una frase de agradecimiento, furioso conmigo mismo, con mi poquedad.

El emperador no dijo una palabra. Me sorprendió la palidez de sus treinta años, el color plateado que Pablo Giovio cita; el frío de sus ojos azules; el mentón heredado, célebre, que como la nariz borbónica y la hemofilia de la casa de Hesse, constituye para las monarquías un certificado de autenticidad regia. En mi caso, la giba era única; sólo la compartía con Carlotto Fausto. Si todos los Orsini la tuviesen, me hubiera incomodado no poseerla. Por un dolor de cabeza, al partir de Barcelona, el emperador se había cortado el cabello, que hasta entonces se usaba largo en España, y fue como si con esa decisión la Edad Media terminase. Los señores hispanos lo imitaron, pues no en vano apunta Shakespeare que los grandes no siguen las modas, sino las originan. A la sazón se comentó que algunos de ellos habían llorado al separarse de sus luengos bucles, pero me cuesta creerlo. Probablemente serían los vasallos de Flandes y Alemania, países tan fieles después a esa costumbre, por hábito de ciega obediencia, que hasta hoy van en primer término, en materia de rapes militares de raíz. Besamos la diestra imperial, y luego ésta ascendió hacia el Toisón de Oro, despidiéndonos con una mímica parca. Otros príncipes nos pisaban los talones, para repetir el juego ritual.

—Es un fatuo —le confié a Maerbale al salir—, o un tímido.

Tal vez el amo del mundo participara de ambas flaquezas. Volví a acercarme a él al día siguiente, cuando me armé caballero.

Esa noche —procedíamos en Bolonia, precursoramente, como unos turistas que aspiran a aprovechar cada minuto de su tiempo y que, luego de recorrer la galería de retratos históricos, no quieren perderse ni el *dancing* comentado ni el barrio de mala fama— Maerbale fue con Silvio a una casa de ramerías. Me propusieron que los acompañara, pero no accedí. Me irritaba que hubieran combinado la aventura sin prevenirme; me irritaba también la amistad, la complicidad que implicaba esa resolución. Si mi hermano ganaba el afecto de Silvio de Narni, me despojaba de lo único que poseía auténticamente, por mis solos méritos, pues lo demás —los honores, el castillo, las vastas heredades— era fruto del azar cronológico... aunque no, también era fruto de un episodio sucedido en el Tíber, de los manoteos de un muchacho que se ahogaba, del silencio de mi abuela; nada mío, si bien se mira, fue fruto azaroso; todo lo conquisté con penurias. Pero Silvio constituía algo especial dentro de mi vida. Quería para mí, para mí solo, a ese personaje flaco, desdentado y temible. Pensé prohibirles que fuesen, pero advertí que eso disminuiría mi autoridad, en lugar de afirmarla, y probablemente robustecería su alianza. El peor de los enemigos es el aguafiestas; y si el aguafiestas es jorobado y las va de mandón, resulta insoportable. Me mordí los labios y, consolándome sin conseguirlo, me dije que al permanecer en nuestra residencia marcaba la distancia que separaba al príncipe del segundón y del paje, pues no debía el duque de Bomarzo andar entre prostitutas; eso quedaba para los de menor responsabilidad y cuantía. Me metí en

la cama, abrí el poema de Fracastoro y, sin ni siquiera confesármelo a mí mismo, aguardé su regreso. Los celos, los celos más ruines que son aquellos a los cuales no tiene acceso el amor sino otros sentimientos, más tristes y oscuros, me roían. No logré enfrascarme en la lectura del poema latino, tan inesperadamente dedicado al que sería cardenal Bembo. La historia larga y enrevesada del pastor Sifilo, atacado por la enfermedad venérea porque había ultrajado a Diana, y del trasplante del morbo de América a Europa, llevado por los marineros profanadores, me dejaba impasible. Para mí, la sífilis no eran los discursos de unas ninfas ni las profecías de un pájaro herido, ni las torpezas alambicadas de un pastor, sino las horrendas bubas que había visto en las caras de los soldados españoles e italianos y que las mujeres de nuestro pueblo transmitían con ahínco mortal.

Silvio volvió muy tarde, cuando ya mis nervios no daban más y me aprontaba a salir en su busca, repitiéndome, para no mirar cara a cara las razones de mi zozobra, que podía haberles acontecido algo peligroso. Lo recibí duramente pero mi reacción violenta cedió al observar que venía vendado y que una mancha de sangre enrojecía el lienzo que le tapaba la mejilla. Me narró su singular aventura.

En casa de las hembras se habían encontrado con Porzia, la hija de Messer Manucio Martelli, mi antiguo administrador. Ella y su hermano Juan Bautista —nuestras víctimas del sepulcro de Piamiano— habían huido de la custodia de su padre, poco antes de llegar a Florencia, donde Messer Manucio se proponía revelar el delito a Gian Corrado Orsini y reclamar su venganza. Los mellizos vagaron de pueblo en pueblo, ocultándose en las granjas, viviendo de la caridad de los paisanos. Por fin no les quedó más remedio que usar el cuerpo de Porzia, para mantenerse, y de ese modo se adiestraron en el negocio carnal a una edad en que debían estar estudiando gramática. Alcanzaron así a Bolonia, engolosinados por el anuncio del gran concurso de gente que allí habría con motivo de las fiestas de la coronación, lo cual facilitaría su pobre comercio. La belleza y la juventud de la muchacha llamaron la atención de una mala pécora embaidora que rondaba los mercados, dedicada a organizar entrevistas rítmicas entre personas inquietas, de sexos opuestos, y por ese motivo la niña había terminado en casa de las meretrices, convirtiéndose pronto en su atracción principal. A Maerbale, que como se recordará no había participado en la violación del sepulcro subterráneo, Porzia lo había fascinado con su encanto ingenuo que no había perdido a pesar de ejercer una profesión en la que la ingenuidad suele decolorarse y desaparecer en breve. Estaban, pues, entregados a manejos agradables, cuando Juan Bautista, presumiblemente escaso de fondos, apareció por la mancebía. En poco tiempo, las dificultades de la vida lo habían endurecido. Nadie hubiera reconocido en él al mocito cuya traza delicada se confundía con la de su gemela, y de quien habíamos usado y abusado con tan desenvuelta fruición. Era ahora un hombre de pies a cabeza, y quizás un hombre de cuidado. Traía un espadón sonoro y dos compañeros mayores, de tajo en la cara y blasfemia a flor de boca, y no bien vio a Maerbale y a Silvio, olvidando que el primero había sido el aliado de su padre después de la tropelía, desnudó el acero, cosa que sus edecanes imitaron, y arremetió contra los huéspedes, a quienes ya no les quedaba nada por desnudar. En los relámpagos de las hojas blandidas, Juan Bautista saltaba como una gacela y brillaba como un dios. Mi hermano y mi paje se defendieron débilmente, con unos taburetes, ayudados por otro muchacho que, para su desgracia, compartía sus juegos eróticos. Porzia y las demás meretrices chillaron como si las asesinaran; surgió la ronda; Maerbale se dio a conocer, lo mismo que su socio

circunstancial, que resultó ser un Farnese; y los tres bravucones —además de las inocentes enamoradas— salieron rumbo a la cárcel por atacar a señores de tanto fuste. Entonces Farnese, Fabio Farnese, muy enterado de los lazos que a Orsinis y Farneses unían, propuso a Maerbale correrse hasta el palacio donde se alojaba, para pasar allí el trago áspero, compensándolo con otro de buen vino. En el palacio encendieron luces, alborotóse la servidumbre, y presentáronse azoradas las hermanas del muchacho: Julia, Yolanda y Battistina, bajo el mando de su padre, el magnífico Galeazzo Farnese. ¡Cuál no sería el asombro de Maerbale cuando comprobó que Julia era la misma doncella angelical cuya hermosura lo había hechizado, desde el florido balcón, cuando regresamos de la visita regia! Relataron un lance confuso, con lansquenetes ebrios de Antonio de Leiva —riñas así sucedían con cualquier pretexto—, y fueron inmediatamente lavados, vendados y agasajados, lo mismo que Silvio de Narni. Se sirvió vino, se hizo música; todo terminó en fiesta. A Galeazzo Farnese le gustaba reír y seguramente intuyó la verdadera causa del desorden, pero eso no hizo más que intensificar su entusiasmo de hombre ya retirado de las lides rijosas, que vive de anécdotas, de reflejos. Con vanidad bonachona explicó a Maerbale que era primo hermano de Pier Luigi Farnese, como hijo de Bartolomé, señor de Montalto y hermano de Julia la Bella, la mujer de Orsino Orsini, aquel de la memorable desventura matrimonial. Claro que eso último no se mencionó. Mientras los caballeros conversaban, las niñas circulaban alrededor, con jarros de vino tibio, con dulces. La sorpresa agrandaba sus ojos claros, violetas (pensé en los ojos de Adriana dalla Roza). Julia tañó el laúd; cantó Battistina; bailó Yolanda. Hablaron después de artistas; mostraron un camafeo que les había tallado Benvenuto Cellini; aludieron a las visitas de Tiziano, el pintor a quien había encargado su retrato Carlos Quinto. Y Maerbale quedó en volver.

Aquellas noticias, comunicadas a borbotones por el paje, me enconaron sobremanera. A la traición que significaba la partida de Maerbale con Silvio, sumábase esta otra, de haberseme adelantado en el conocimiento de la joven del balcón. Ni por un instante me detuve a medir el enorme daño que le había causado a Porzia, y el abismo en el cual la había precipitado. Me preocupaban otros acontecimientos: la independencia de Maerbale, su influjo sobre Silvio, la nueva amistad de los Farnese. ¡Tan luego Farnese! ¡Farnese! ¡La familia en cuyo seno, por recomendación de mi abuela y por mi propia intuición, me convenía buscar a la que sería la duquesa de Bomarzo! Arrojé las cobijas, me planté delante de Silvio y, cuando creí que iba a apostrofarlo espléndidamente, mostrándole, pese a su posición de gestor demoníaco, quién era el amo, y enseñándole los riesgos de oponerse a los caprichos de mi autoridad, me encontré con que no era capaz de dominarme, con que la larga espera rencorosa y las emociones del relato habían agotado mis reservas de energía, y con que, en lugar de la escena de despecho señorial que proyecté, le ofrecía otra, opuesta, de histeria balbuciente, más propia de una mujer cegada por los celos insanos que de un príncipe ofendido. Las lágrimas, los sollozos me impedían hablar. Silvio me miraba, entre estupefacto y sonriente. Luego se relajaron sus músculos, dio un paso hacia mí, torció su espinazo punzante y me besó la diestra. Había comprendido exactamente qué me pasaba.

—Tiene razón, Vuestra Excelencia —me dijo—. Tienes razón —añadió tuteándome—, y perdóname. Ven ahora a dormir. Mañana aclararemos estos asuntos.

Le obedecí como un niño, me arropó y me acarició la frente.

—Ya te oí, cuando comentabas a Julia Farnese con Maerbale. Si la quieres, será tuya.

—Debo casarme, Silvio, y eso me asusta. Me asusta todo. Debo casarme, por Bomarzo.

—Te casarás, duque.

Sopló el candil y nos dormimos. Al día siguiente, muy temprano, me desperté poseído por una dinámica fiebre y por la inquietud de retomar, con ayuda de Silvio, las riendas perdidas. Había que proceder y pronto. Envié mi paje —a quien desde entonces, precisamente, comencé a llamar “el secretario”, para indignación de Messer Pandolfo, que soñaba con esa jerarquía— a casa de Pier Luigi Farnese, a pedirle que me llevara esa tarde a presentar mis saludos a su primo Galeazzo. Pier Luigi olfateó sin duda lo que yo perseguía, calculó que ello convenía al adelanto de los suyos, y accedió, siempre que con nosotros fuera Segismundo Orsini. Así lo dispuso, y Segismundo acudió a mi convocatoria. No sé a quién asombró más esa preferencia, si a él o a mí, porque para mí los tres Orsini indigentes de la zona de Bomarzo, los turbulentos favoritos de Girolamo, eran tan iguales entre sí que a menudo los confundía y que, si a veces equivocaba sus nombres a propósito, para humillarlos, a veces también los embarullaba sin pretenderlo. Tal vez Segismundo, el menor del terceto, fuera también el más hermoso, con su cara de halcón, sus negros ojos fijos, su esbelta delgadez y aquella ansiedad que de él emergía constantemente, como un entremecimiento o una tensión casi invisibles.

Bastaba recorrer los primeros salones suntuosos del palacio que usufructuaba esta rama de la familia, durante su corta permanencia en Bolonia, hasta llegar a aquel en el cual se habían reunido los moradores con el fin de agasajar a sus visitantes, para apreciar la privanza de la cual gozaban los Farnese en la corte pontificia, gracias a la influencia del decano del Sacro Colegio, el cardenal Alejandro Farnese, ante Clemente VII. En momentos en que la mayoría de los huéspedes de la atestada Bolonia se aglomeraba fastidiosamente en el hacinamiento de casas incómodas y promiscuas, estos Farnese, que ni siquiera pertenecían a la línea principal, vivían allí con holgura, como si estuvieran en el feudo de Canino. Por esos salones, en los que los escuderos alternaban con los lacayos, y en los que, encima de lebreles bostezantes, impudicamente despatarrados en sus sueños, los tapices especialmente traídos cubrían los muros húmedos con desnudeces alegóricas que dominaban los lirios azules sobre oro de la estirpe, fui, balanceando mi giba, entre Pier Luigi y Segismundo. Me había puesto un justillo color naranja y el tabardo con enorme cuello de armiño caía sobre mi joroba. Me repetía que no había motivo para estar nervioso y empero lo estaba. Descalzándome los guantes y volviendo a calzarlos; deteniéndome a elogiar tal o cual paño con escenas de la guerra de Troya; parándome para rozar el lomo de algún perro que, de tan aburrido e indolente, ni siquiera me gruñía, contentándose con clavarme los ojos vítreos de bestia embalsamada; y fingiendo no ver —aunque lo veía muy bien y eso, que no hubiera debido inmutarme por obvio, me sacaba de quicio— que Pier Luigi había rodeado audazmente la cintura de mi primo Orsini, llegué al aposento donde Galeazzo obsequiaba a varias personas, más de las que había esperado encontrar allí.

En el centro de la habitación, inmenso, pesado, comunicativo, triunfal, agitando la cabezota que enmarcaba un par de orejas de Buda, Galeazzo departía con dos cardenales; su tío Alejandro y mi amigo Hipólito de Médicis, un

sexagenario y un doncel veinteañero. Galeazzo derramaba jovialidad. Era uno de esos individuos tremendamente vitales que convidan, con su sola presencia, a gozar del mundo. Parecía flamenco. Su extrema euforia hacía que la gente lo buscara, hasta por razones higiénicas, pues, en ese tiempo anterior a las vitaminas, obraba como un estimulante. También obraba su gran fortuna. Hablaba con verbosidad opulenta, y los dos prelados seguían su discurso: Alejandro, encubriendo una semisonrisa, replegado gatunamente sobre sí mismo, respondía de tarde en tarde con monosílabos; Hipólito, moviéndose impaciente, tamborileaba con los dedos en los brazos de su sillón. Ambos vestían similares púrpuras, pero cualquiera los hubiese tomado por un príncipe de la Iglesia y su joven acólito.

Pier Luigi nos condujo ante ellos e hizo las presentaciones. Besé las dos manos tendidas, rugosa la una, la otra lisa, cuidada. Hipólito me atrajo y me abrazó, según su costumbre. Advertí la mirada sagaz con la cual, bajo la capota de los párpados, el futuro papa envolvía a su hijo mayor. Alejandro no ignoraba nada de su vástago Pier Luigi. De inmediato captó lo que junto a él significaba Segismundo, y alzó una ceja laxa y desdeñosa de hombre tenazmente mujeriego, cuyo apartamiento de las escaramuzas sensuales, para honra de su investidura, no le privaba de experimentar solidaridades y repugnancias retrospectivas. Casado desde hacía más de un decenio con Girolama Orsini, Pier Luigi era padre de cinco retoños, el último de los cuales nació ese año de 1530, pues sus devaneos por otros rumbos no le impedían cumplir un deber conyugal impuesto sobre todo por su gran respeto a los Orsini. Una larga línea de reyes brotaría de su sangre impura. Su bastardía —tuvo por madre a una aristócrata que terminó uniéndose en matrimonio con un barón romano— había sido legitimada por Julio II. Me tocó andar por la vida entre ilegítimos. En verdad es injusto que algunos de mis contemporáneos famosos de entonces —como Leonardo y Paracelso— sufrieran a causa de su condición de hijos naturales, cuando tantos hubo (y estas memorias abundan en ejemplos de ellos) a quienes su calidad de frutos del amor sin contrato pareció servirles de aliciente en la carrera de los honores. Lo que pasa es que hasta para ser bartardo hay que tener suerte, y una cosa es serlo del papa y otra de un notario de Vinci.

Galeazzo Farnese me acogió fastuosamente. Aprisionado entre sus brazos, como entre los de uno de mis soberbios osos protectores, espíe, mientras el anfitrión barbotaba recuerdos de su heroica amistad con los condottieri Orsini y en especial con mi padre, el grupo que formaban detrás Maerbale y las tres Farnese. Maerbale no había perdido el tiempo. Me irritó entonces más que nunca, porque la belleza de Julia era tal que resplandecía. De la diestra de Galeazzo, quien me guió en una extraña figura de baile trazada por un gigante y un pequeño giboso, me acerqué a saludarlas.

—El señor duque de Bomarzo —anunció el titán, y los muros ancestrales crecieron en mitad del aposento, empujando las paredes ornadas de estatuas solemnes, e infundiéndome ánimos con su pétrea tutela.

Pero ¿qué podía yo esperar del socorro de Bomarzo, ante la gracia de Maerbale, que por otra parte compartía el bomarziano auxilio? Mi hermano era muy semejante a mí; poseía mis mismos ojos oscuros, mis pómulos, mi boca, mis dedos ahusados; lo que no poseía era el bulto que me asomaba sobre el hombro, ni la pierna más corta. Fingí no verlo —cosa imposible— y no retribuí su saludo, mientras las niñas, una a una, obedientemente, rozaban con los míos sus labios nuevos. Pronto se sumó a nosotros Segismundo, huyendo de Pier Luigi. Pienso

que sólo entonces mi primo captó las intenciones del capitán, pues ni siquiera se le había ocurrido que él podía provocar tales sentimientos en un individuo barbudo y llagado, que se señalaba por su inflexibilidad rigurosa al frente de los destacamentos militares.

Nuestra entrada había interrumpido la conversación, que se reanudó a poco. Se charlaba, como en la entera Bolonia, de los actos del día siguiente. El asunto de las precedencias cocinaba las ambiciones, y si el duque Alejandro de Médicis había querido obligar a su padre a que influyera para que se le asignara la misma categoría arbitraria que se le había otorgado en la coronación de hierro, Pier Luigi insistió ante el suyo —a quien incumbiría ungir con el óleo santo el hombro derecho del emperador— para que se modificara el ceremonial y se le concediera un puesto de más relieve.

—¿Qué ventajas acarrea entonces —interrogó, mientras su progenitor lo fulminaba con los ojos— ser hijo de un cardenal?

—Muchas ventajas —le respondió el prelado—. Por lo pronto, la de estar aquí diciendo sandeces.

Creí que iba a continuar la discusión, pero Alejandro cruzó los dedos y se encerró en su hábito, como un rojo caparazón de molusco. Más tarde supe que le temía a Pier Luigi, capaz de atrocidades. Se me ocurrió que ya que estos dos hijos espurios de jerarcas eclesiásticos se afirmaban en tales circunstancias para ganar encumbramientos decorativos, símbolos de sus posiciones en el mundo, también podía valerme yo de mi condición de nieto de un cardenal para alcanzarlo, pero sentí de repente una gran fatiga y un gran despego, y me desentendí del asunto. De cualquier manera, el protocolo había sido examinado y debatido durante meses y era inútil pretender cambiarlo.

Sacándose de encima al porfiado —quien lo hacía tal vez para brillar ante Segismundo— el cardenal Farnese contó que Carlos Quinto había conocido el día anterior a una hija, habida en Flandes de una dama de Perusa y a quien guardaban las religiosas del monasterio de San Lorenzo de Collazón, cerca de esa ciudad. Llamábase Doña Tadea y andaba por los ocho años. Abundó en detalles, como si el hecho de que el emperador tuviera una hija de contrabando bastara para justificar a los suyos y al propio hijo del papa. El tema era espinoso y, luego de haberlo iniciado con vehemencia retórica, el cardenal lo dejó caer.

—Parece que una cuestión que levanta ciertas inquietudes —añadió— es el puente de andamios por el cual desfilarán el papa, el emperador y sus cortejos, hasta San Petronio. Lo han probado veinte veces, pero hay quienes dudan todavía de su estabilidad. El peso será muy grande, y el emperador, a quien llegó el comentario, ha enviado a sus ingenieros a examinarlo y ha dicho que estamos en las manos de Dios. Espero —concluyó, persignándose— que Dios tendrá en cuenta a este viejo siervo suyo, si se aflojan las maderas...

Yo, entre tanto hablaba, no quitaba los ojos de Julia, pero ésta rehuía los míos, embargada en un coloquio con Maerbale. La conversación volvió a virar, y Alejandro e Hipólito, coleccionistas ambos, se interesaron por mis colecciones incipientes. Habían oído mentar a la armadura etrusca de Bomarzo y querían saber qué era con exactitud. Luego Hipólito me pidió la sortija de Benvenuto, para mostrarla a Galeazzo, y trajeron el camafeo de Cellini. Estábamos examinándolo —y yo ardía en deseos de apartarme del grupo central y de acercarme al de los jóvenes, en medio del cual restallaban las carcajadas brutales de Pier Luigi—, cuando entró un hombre de más de cincuenta años, de noble perfil y barba blanca, disimulada la calvicie bajo un casquete de seda negra. Se

inclinó profundamente, y cuando me saludó me llamó, exagerando el título, *Señoría Ilustrísima*. Era Messer Tiziano Vecellio, de Pieve di Cadoro.

Los cardenales le preguntaron por el retrato de Su Majestad, que pintaba por sugestión de Hipólito, quien lo había recomendado al César. Aspiraban a conocer cómo lo representaba, cosa que se había ocultado hasta entonces, y el artista, arrastrando el deajo veneciano, sonrió, sin osar negarse a tan eminentes interlocutores, y describió la figura hidalga, el tabardo de martas rubias, el raso amarillo, el joyel de diamantes del birrete, los guantes de ámbar, el pormenor curioso del espantamoscas, la mano que acaricia a Sampere, el mastín. Especificaba como si pintase, deteniéndose en el juego de los matices, de los claroscuros, modelando el aire con los dedos, y en verdad se sabía que pintaba no sólo con el pincel sino frotando con las yemas exquisitas, alternando el relieve de los toques macizos con tenues delicadezas transparentes que su mano lograba como un hechicero.

—Yo quisiera retratarlo a caballo, revestido de su armadura, un río y árboles y nubes al fondo. Algún día lo haré.

El corro se rompió, distraído, y me detuve a platicar con el maestro. Recordamos a Ariosto, mi adorado, a quien Tiziano había tratado en la corte de Alfonso de Este, duque de Ferrara, después de la muerte de Lucrecia Borgia y del matrimonio del duque con la plebeya Laura Dianti. El poeta había confiado al pintor el destino que reservaba a muchos de sus personajes, mientras componía el *Orlando*, y más tarde, cuando admiré las obras del cadorino, deduje que, aunque él no lo confesara, celoso como era de cuanto se refería a la originalidad de su creación, Tiziano se inspiró más de una vez en los héroes ariostescos para organizar su mundo espiritual y voluptuoso. Pero en ese momento y al par que lo escuchaba con una reverencia que no excluía el deajo señorial que mi abuela me había enseñado que debía emplear en mis relaciones con la gente de paleta y de pluma, mi nerviosidad no me permitía gozar con estética plenitud de lo que me iba narrando, pues mis ojos, traicionándome, huían hacia la ventana donde se habían apartado Maerbale y Julia. De otra Julia Farnese, con increíble falta de tacto, me entretuvo después el cardenal Alejandro, quien aludió a nuestro parentesco a través de su hermana, Julia la Bella, casada con Orsino Orsini, magnífico cabrón de nuestra familia. Lo oí sobre ascuas elogiar su hermosura y su ingenuidad. Demasiado enterado estaba yo de lo que el cardenal debía a esa hermana, en su carrera codiciosa hacia las llaves de San Pedro, pero entre nosotros, los de Bomarzo, ubicados en la posición opuesta y dueños de una susceptibilidad aguzada por las burlonas alusiones, no se la nombraba nunca. Me pareció que se estaba mofando de mí y le clavé los ojos, para hallar, en respuesta, un manso mirar prelaticio de anciano que evocaba las glorias de los suyos y que no me engañó.

Logré alejarme por fin y, aprovechando que Julia había quedado entre Pier Luigi y Segismundo, me aproximé a iniciar, ruboroso, timorato, una corte tan torpe y absurda —movida, más que por el directo interés, por la rivalidad de mi hermano— que inmediatamente vi pasar por su rostro sin afeites las sombras de la ironía, la sorpresa y el desaire. Volvió Maerbale, con un refresco para la doncella, y mi animosidad burbujeó frente a su gracia. Por malevolencia, sin pararme a reflexionar, hice algo loco: empujé su brazo y el líquido se volcó sobre la falda celeste de la niña. Antes de que reaccionaran, porque evidentemente la culpa era mía sola, giré hacia Maerbale y lo apostrofé por su descuido. Se me encendieron las mejillas, y Julia retrocedió, asustada.

—¡Quien no sabe andar entre damas y no conoce más trato que el de las meretrices —grité—, entre damas no debe andar!

Me arrepentí inmediatamente de mi imbecilidad y mi grosería, pero ya era tarde para volver sobre lo avanzado. Galeazzo Farnese acudió, palaciego, conciliador, meciendo la hinchazón colosal del vientre, estiradas las zarpas que cubrían los zafiros y los rubíes exorbitantes.

—¡No es nada! —repetía—. ¡No es nada, señor duque!

Julia esbozó una reverencia y se retiró. Maerbale se refugió en la tapizada penumbra, confundiendo con ella. No la abandonó hasta que partimos, y yo, miserable de mí, extraviado, perdidos los estribos, únicamente conseguí aumentar la impresión de barbarie palurda que había causado mi exabrupto, pues me dediqué a enumerar delante de Galeazzo las propiedades que constituían mi patrimonio, sin ton ni son, con pretextos infantiles, esperando disparatadamente ganar su voluntad con ello, como si Galeazzo, Alejandro e Hipólito hubieran sido tres traficantes orientales y no tres grandes señores pontificios, de suerte que —y me di muy bien cuenta de ello, pues todo el tiempo, mientras lo hacía, sufría y me odiaba—, más que el heredero de una tradición ilustre, antigua como Roma, más que el miembro de una familia de emperatrices y conquistadores, de papas y héroes, parecía un advenedizo vulgar, que explayaba su fortuna ante los príncipes, asombrado de lo que poseía, esperando deslumbrar a quienes sonreían interiormente, pues no necesitaban —no les importaba— deslumbrarme a su vez, cosa que hubieran podido hacer si lo hubieran querido, ya que sus posiciones y fortunas superaban en mucho a las mías, mal pese a los Orsini y a su magnificencia inmemorial. Han transcurrido cuatro siglos y no he olvidado ni una minucia de aquella primera entrevista con los Farnese de Galeazzo. Todavía hoy, cuando la recuerdo, me sube a la cara una ola quemante. La memoria de nuestras ridiculeces, de nuestros grotescos desbarros, puede más que la de nuestros éxitos.

Maerbale y yo no cambiamos palabra mientras regresábamos a nuestro alojamiento. Al que más se le oyó la voz fue a Segismundo. No salía de su sorpresa, ante el rápido interés que había suscitado en un individuo tan encumbrado como Pier Luigi. Para no decepcionarlo, callé lo que sabía acerca de esos intereses súbitos del militar, dirigidos a menudo a gente de la más baja estofa. Segismundo se había hecho su composición de lugar, diciéndose —y repitiéndonos— que si había provocado tales reacciones ello se debía a que Pier Luigi había reconocido en él al Orsini, al gran señor, pese a su condición disminuida, pero esa argumentación no valía de nada, fuera de salvaguardar su hombría, pues Orsini éramos todos. Además, de tanto en tanto y ya que las auténticas razones de la atracción resultaban tan claras que no se podían disfrazar, acalorábase nuestro primo ante las pretensiones de Farnese, que evidentemente perseguían fines muy concretos relacionados con el sexto mandamiento de la Ley de Dios. Observé que Orso y Mateo, que habían ido a esperarnos a la puerta del palacio, en lugar de burlarse de él por la situación creada, tan opuesta a sus principios varoniles de secuaces de Girolamo en numerosas orgías con hembras del pueblo, trataban el asunto con naturalidad, y que hasta Mateo llegaba a argüirle que no fuera tonto y no desbaratara por prejuicios una intimidad que acaso facilitase su progreso en el mundo. Ellos eran así, inescrupulosos. También lo era yo. También lo era, ya que de esto hablamos, el Renacimiento. Y observé que esa complicidad confesada en torno de algo turbio y productivo contribuía a romper el hielo que los separaba de mí (pues

conocían, por Maerbale, mi intervención en el asunto de Juan Bautista y Porzia), y que mi actitud reprochable en casa de Galeazzo Farnese, cuando increpé a mi hermano, en vez de debilitar mi posición con su torpeza, ablandaba la de Maerbale, arbitrariamente insultado por mí en público. Estaban habituados desde la niñez a formar en las filas del más fuerte, y entendían, según su corto criterio, que con mi violencia caprichosa yo había demostrado que, si lo quería, podía proceder, aun ante los grandes, con el inmotivado despotismo propio de los duques de Bomarzo. Maerbale captó esas mudanzas sutiles, y sospecho que él, igualmente, tuvo la sensación, por vez primera, de que yo era capaz de imponer mi antojo, y eso lo sumió en recelosa inquietud. Desunido de sus aliados circunstancialmente, se limitó a callar y a proclamar su cólera con miradas que no osaban ser demasiado despreciativas puesto que nos incluían a los cuatro restantes.

Llegamos a la casa donde nos hospedábamos; gané mi habitación y en ella hallé a Silvio de Narni, a quien puse al tanto de lo sucedido. El ex paje y actual secretario estaba entregado a una curiosa tarea. Había fabricado dos muñecas de estopa, burdamente vestidas con retazos.

—Ésta —me comunicó— es Julia Farnese; y ésta es Porzia. Julia te pertenecerá y Porzia será mía, no sólo porque me gusta sino porque me ofendió su mellizo.

Temí que sus manejos provocaran algún daño a la hija de Galeazzo y así se lo dije, pero me tranquilizó al punto.

—Nada malo pasará; pasarán cosas buenas. Ya verás, señor duque.

—Quiero casarme con ella.

—No lo dudes. Amón, Saracil, Sathiel y Jana, los demonios cuyo imperio se encuentra cerca de la Luna y que vagan por la carretera de Roma, son mis amigos.

Continuó aderezando las efigies, y luego humedeció una de ellas con su saliva; se pinchó el brazo y dejó caer unas gotas de sangre en la cara de la muñeca que correspondía a Porzia. Después me deslizó la mano por la boca y sentí asco de esa piel ácida. Mojó la figurilla que representaba a Julia, con mi saliva y con mi sangre, que obtuvo punzándome un dedo con una aguja.

—He aquí la sangre de sapo —agregó, alzando un frasco oscuro—. La sangre de sapo es infalible. La receta proviene de un hechicero francés, de Carcasona.

Destapó el pomo y volcó su contenido sobre las muñecas. Un hedor repugnante se fue iniciando en la habitación en penumbra.

—Ahora sacrificaremos una mariposa, sólo una mariposa. La idea parece singular, pero da resultados óptimos. Y es poética.

Abrió una cajita y sacó una mariposa negra y blanca, que aleteó desesperadamente.

—Ha sido difícil conseguirla. En Forli, cuando enfermaste, trabé relación con un muchacho que las colecciona. Había hallado ésta en pleno invierno, y se la compré, pensando que podría servirme. La pagué cara.

—Aquí tienes un ducado.

La atravesó con la misma aguja y la acercó al candil sujetándola por el minúsculo estoque. En seguida ardió; chisporroteó su cuerpo; transformáronse sus alas en unas llamas breves.

—Amón —invocó Silvio de Narni—, en ti confío. Te liberé de mi redoma; libéranos tú a nosotros. No queda más —terminó dirigiéndose a mí— que colocar cada muñeca en la puerta de la casa que corresponde.

Envolvió los trapos en su capa y salió. Yo aguardé su regreso. Imágenes de mi vida flotaron durante una hora en la atmósfera que, aunque empujé los postigos y dejé entrar por la ventana el aire frío de febrero, no se purificó de sus miasmas insinuantes. Las mujeres que me habían preocupado dibujaron en los muros su ronda discordante: mi abuela Diana diosa sin edad, Parca que tejía la tela de mi existencia, para quien, tratándose de mí, nada debía ser imposible; Clarice Strozzi, azote de usurpadores como una romana de los grandes siglos, sostén de un ideal dinástico de inteligencia y de vigor, muerta antes de haber realizado su altivo sueño; Adriana dalla Roza, lírico frenesí, alerta generosa de la infancia, a quien tal vez amé con un amor pleno y que fue, de cualquier modo, lo más próximo al amor por una mujer que había conocido; Pantasilea, dorada alegoría de mi humillación en el cortejo de pecado que se compra; Nencia, pasión litúrgica de los Orsini, que me robó en una capilla (digo bien: me robó) una virtud que yo no poseía ya; las vagas aldeanas de Bomarzo, sobre cuyos cuerpos dóciles pretendí imitar las acrobacias dictatoriales de mi padre y de Girolamo, proclamando así mis derechos a un dominio que se fundaba en costumbres orgullosamente concupiscentes, las cuales requerían el testimonio de esos cuerpos vejados para afianzar la permanencia imperiosa de una viejísima tradición; Porzia Martelli, bifurcación del torrente pasional o exaltación aceptada de otras turbaciones de más trastornador escalofrío, a causa de ese Juan Bautista tan inseparable de ella, tan enraizado en su carne gemela que ambos formaban una sola y bicéfala seducción; y por fin Julia Farnese, ansia de legitimidad, de orden, al amparo de la intacta hermosura, y también fiebre devoradora de los celos que exigen la propiedad no compartida. La ronda femenina de mis dieciocho años giraba en la estancia donde había ardido una mariposa blanquinegra, paradójico homenaje al Macho Cabrío, y yo, en medio de las impalpables beldades, aguardaba al paje desdentado que gobernaba con ademanes mágicos la posibilidad de prolongar esos giros en una guirnalda de pechos y caderas que se internaría, vibrando, en las cavernas sin luz del Tiempo. Me sentía insignificante y agotado, mientras las fuerzas herméticas trabajaban alrededor, como si no estuviese en la habitación normal de una casa burguesa, sino en un taller donde maquinarias inexplicables y silenciosas trabajaban para mí —o contra mí— con obstinada presión.

Cuando volvió, Silvio me informó que no había tropezado con inconvenientes.

—Delante del palacio del rey Enzo de Cerdeña, Amón se me manifestó, en una columna de fuego, y me confió que Mearbale debía cuidarse del día de mañana.

—Dile tú a Maerbale que se cuide.

—Se lo diré.

Supuse que no le diría nada y que, por otra parte, exageraba su relación con los demonios para aumentar ante mí su prestigio. Esa familiaridad de los agentes maléficos con un pequeño paje de Narni resultaba inarmónica. Creía yo todavía que los demonios, siendo príncipes, deben entenderse con los príncipes directamente, tan metido tenía en el ánimo el concepto de las jerarquías.

Ya no pude dormir, pues al amanecer se ubicó en la plaza principal lo mejor de las infanterías española y alemana, con harto ruido. Comenzaban los preparativos de la coronación imperial. Mandé buscar a Segismundo Orsini, y lo envié ante Galeazzo Farnese, con mi sortija de Benvenuto. Era lo que más apreciaba, y como el padre de Julia la había alabado, resolví regalársela. Había

meditado largamente, antes de resignarme a desprenderme de mi talismán, del aro de acero y oro que significaba para mí algo tan importante como lo que su topacio había sido, en Florencia, para Adriana dalla Roza. Mi yerro del día anterior era de los que imponen una reparación trascendente. A poco retornó con el anillo y palabras afectuosísimas de Galeazzo. Ningún argumento —expresaba su mensaje— hubiera justificado que aceptara mi obsequio, pues había comprendido cuánto valoraba yo la joya. En cambio me sugería que, luego de las ceremonias en San Petronio, acaso al otro día, no dejara de visitarlos. Julia había preguntado por mí. Estaba de pie, muy temprano, alistándose para los festejos.

—¿Qué cuentas, Segismundo?

—Repito lo que me dijo: que Julia Farnese ha preguntado por ti.

Un segundo, se asomó a mi recuerdo la forma basta de la muñeca de Silvio. Confundí a Julia y al pelele de estopa en una sola imagen. La niña se convirtió en un títere con los ojos pintados de violeta y una falda celeste sobre la cual se extendía la mancha del fresco que le ofreciera Maerbale.

De repente la figurilla ardió, como ilustrando el refrán de España: “El hombre es fuego, la mujer estopa; viene el Diablo y sopla.” Quizás ese fuego procedía de la mariposa quemada o de la columna candente de Amón, si esa columna y Amón existían en verdad. Interrumpió estas reflexiones peligrosas la llegada de un lacayo de Pier Luigi Farnese. Traía, para Segismundo, en nombre de su amo, un gracioso birrete de terciopelo color avellana, con una transparente pluma azul, fija por un broche de perlas barrocas. Se lo probó ante un espejo, encantado a pesar de mis ironías.

—¿Crees que debo conservarlo?

—Creo que sí. Los regalos afluyen esta mañana, y si Galeazzo no debió guardar el mío, tú, en cambio, debes guardar el de Pier Luigi.

Salió corriendo, bailando, a mostrarlo a sus primos. Ya no parecía como cuando entramos en Bolonia, un pequeño halcón altanero, todo contenida violencia, sino un pájaro lujoso de jaula cortesana, con un leve airón azul. Hasta los modales del muchacho, bruscos y agresivos, empezaban a aflojarse y a cambiarse por otros, afelpados, rebuscados, fruto de la sutil metamorfosis que se iba operando en él como consecuencia de la constante vigilancia de sí mismo que ejercía, ahora que tenía una nueva e inesperada conciencia de su valor, y que lo impelía a exhibirse bajo un aspecto que consideraba, por refinado, más atrayente, pero que en realidad lo era mucho menos que la personalidad que hasta entonces le conocíamos, casi hosca de tan varonil. Verifiqué de esa manera qué endeble había sido la psicológica armadura que había ceñido en la época de su amistad con Girolamo y hasta unas horas atrás, y cómo es posible que los hombres muy jóvenes, por razón de una influencia que les abre inéditas perspectivas, se modifiquen rápidamente, adaptándose a situaciones que ignoraban o detestaban, y cuyas semillas estaban presentes, listas para germinar, aunque ellos mismos no lo supieran, en lo más secreto de su modo de ser.

Deslicé la sortija en el meñique y fui a vestirme para la ceremonia. Silvio, gravemente, sin comentar la reacción de Julia, que le referí, me acomodó las pieles en la espalda y me ayudó a poner el manto rojo y el bonete ducal con la media corona. Hubiera querido que mi padre me viese así, majestuoso como un monarca antiguo, pero claro que eso no pasaba de ser una fantasía, pues en tal caso quien hubiese llevado el manto sobre los hombros y la corona sobre la cabeza hubiera sido él. Y, como otras veces, la cara de Gian Corrado Orsini se

me apareció, la fracción de un instante, brumosa, y luego se esfumó sin que yo consiguiera redimirla de su misterioso olvido.

Aquel 24 de febrero de 1530 debió haber sido uno de los grandes días de la historia de Bolonia, y aunque lo fue del punto de vista de la crónica oficial, no lo fue plenamente para quienes lo vivimos y sobre todo para quienes no nos dejamos embaucar con oropeles. Faltaba, ya lo he dicho, un ingrediente que no se suple: el calor popular. Y luego, tal vez por dificultades que en Roma se hubieran salvado, se advertía, debajo de la hinchazón de la pompa, cierta ordinariez municipal de los materiales, cierta precariedad de bambalina que se desarmará durante la noche, concluido el espectáculo, arrancando papeles y rompiendo cartones. Pero se echó mano de cuanto se obtuvo, para que la coronación de la Majestad Cesárea pudiera contarse, a los infinitos súbditos lejanos, en forma satisfactoria y hasta deslumbrante, con muchos nombres sonoros, mucha ropa buena y ceremonias prolijas cuyo ritual arcaísmo proclamaba, a la faz del orbe, la continuidad hereditaria del derecho divino que regía la sucesión.

Cuando salí con mis acompañantes me dirigí, de acuerdo con lo que se preestableciera, al palacio papal e imperial. Convergía allí, simultáneamente, una multitud de prelados, príncipes y caballeros de todas las naciones, ricamente vestidos. La fantasía del indumento inventaba locuras, si bien daba muestras de encauzar el furor anárquico de la centuria anterior. Calzas y calzones, gregüescos imponentes, mangas acuchilladas y acolchadas, esclavinas, agujetas, cintillos, capuchones, bufandas de marta cebellina, cinturones, jactanciosas bragaduras, corazas extravagantes, sombreros fabulosos y un follaje de plumachos revueltos, transformaban a los hombres en animales quiméricos, en gorgonas y grifos y en esos monstruos que los cartógrafos creaban para decorar los desiertos de África y de Asia. Si en los pasados días había sido arduo avanzar entre el gentío, la dificultad se multiplicó hasta lo imposible la mañana de San Mateo en que el emperador cumplía treinta años. El color deliraba en la anchura de la plaza, con los soldados de Borgoña, de terciopelo azul, amarillo y blanco; los servidores cardenalicios, de morado y negro; las sobrecubiertas y sayos de brocado, con bordados escudos; los rasos, los damascos, el oro y la plata, los penachos, las gualdrapas, los estandartes en los que tremolaba el águila de Carlos y la roja cruz de la Liga; las ballestas, las lanzas emperifolladas de flores, los pífanos, los tambores y sus cintas; los emblemas que pendían de las ventanas que atascaban los curiosos. Aturdía el estrépito. No callaban ni las trompetas ni los atabales, en aquel Juicio Final que hubiera transportado al Bosco, hirviendo de alabarderos, de arcabuceros, de piqueros, de arqueros, de Ballesteros, de camareros, de caballeros, de estudiantes, de monjes y de pueblo también, que se apiñaba donde conseguía un hueco libre o donde no lo conseguía, y sobre el cual llovían golpes a los que replicaba con palabras soeces. Por suerte no hacía calor. En un ángulo de la plaza asaban un buey entero, relleno de cabritos, de puercos, de conejos y de aves; y la gula medieval, la gula más antigua todavía, del tiempo de los Césares insaciables, contribuía a la diversión con su bestial prestigio, encarnada en el inmenso vacuno que rotaba en el fulgor de las brasas, y cerca de cuya mole repleta manaban sin cesar, por las bocas de dos leones abiertas en una pared, sendas fuentes de vino blanco, mientras que otra, de tinto, saltaba del pecho de un águila de piedra, y desde las alturas del palacio arrojaban sobre la ávida muchedumbre tortas, frutas, panes, confituras y nueces, que caían, en el apuro, mezcladas con piezas de las vajillas. Sí, se hizo lo posible porque la

algarabía fuera extrema, sin exagerar el gasto. A la par que avanzábamos, con riesgo de que yo perdiera mi corona la mañana en que Carlos Quinto ceñía la suya, vimos, en la misma plaza, al verdadero héroe de la fiesta, el gigantesco Antonio de Leiva, que venía de dar guerra a los venecianos y vivía pidiendo más guerra, a pesar de la gota que le tullía los miembros y le ligaba con paños el dolor de las manos y los pies. Sus soldados lo habían conducido en hombros y allá arriba, encaramado, torcido por el sufrimiento, el gran capitán contemplaba, sobre un fondo de banderas, el choque de los cortejos multicolores que luchaban por alcanzar los muros del palacio. Nosotros formábamos uno de esos mil séquitos distintos. Con el mío llegué por fin a la meta, torcida la media corona y las pieles casi arrancadas, transpirando no obstante la temperatura. Nos separamos en la puerta, pues mi hermano y mis primos debían precederme en los lugares que nos habían asignado en San Petronio.

Había tanta gente adentro del palacio como afuera, sólo que la de adentro era de mejor calidad. Nobles y eclesiásticos subían y bajaban escaleras, se cruzaban en el *cortile* apresuradísimos, sin saludarse, restableciendo apenas el orden de sus ropas, añorando agujas, peines y baños, inquiriendo a troche y moche qué había que hacer, a dónde había que ir, apartándose porque creían que quien descendía las gradas era el propio emperador, cuando en realidad se trataba del marqués de Aguilar, o del comendador de Calatrava, o del duque de Nassau, centelleantes, o de Galeazzo Farnese, que bamboleaba la triunfal barriga, junto a su hijo Fabio, o de Pier Luigi, que me guiñó un ojo, o del duque de Baviera, que berreaba en alemán y en un latín denso de dudas. A la postre, el papa salió vestido de pontifical, seguido por cincuenta y tres obispos y arzobispos y los cardenales y magistrados de Roma y de Bolonia, en el llamear de báculos y mitras. Iniciaron la marcha hacia el templo, por el alto pasadizo famoso. Clemente VII iba en su silla gestatoria, balanceándose como si fuera en una barca sobre un mar de cabezas, de plumajes y de hojas de hiedra entrelazadas con los escudos en el maderamen. Mi abuelo se apoyó en el pasamanos, agobiado por la capa pluvial. Lo sostuvo el cardenal de Médicis. Bendecían a diestra y siniestra, como si cortaran con los guantes rojos el aire que rutilaba de pedrerías. Crujieron los andamios. Hacían crac, crac, crac, y el Sacro Colegio continuaba su desfile entre ese coro imprevisto. Mi abuelo se sonó la nariz; brilló el lino en sus manos. Abajo, el hormiguero aplaudía débilmente y algunos, que la soldadesca no lograba individualizar, hacían ruidos groseros o gritaban cosas chuscas.

Luego que el papa se detuvo en el altar mayor, los cardenales de Ancona y de Sancti-Quatro regresaron a buscar al monarca, y el emperador surgió, antecedido por los portadores de insignias. Llevaba el globo del mundo el duque de Baviera. Detrás iba Alejandro de Médicis, aparentando una displicente calma, pero, aun siendo tan negro, se le adivinaban los rubores. Pasó Carlos de Habsburgo, en la frente la corona de hierro, ataviado con el traje que Tiziano pintaba. El marqués de Cenete, con la pinza de dos dedos, le levantaba la orla del manto. Metiéronse en el puente —crac, crac, crac, crac— y el hormiguero aplaudía sin entusiasmo. La palidez del emperador era tal que se sentía como si Europa palidiera, y como si sobre la América distante, sus cordilleras, sus florestas, sus llanuras se extendiera una larga palidez, una cenicienta llovizna que los dioses de oro atisbaban asombrados. Algunos señores —entre ellos Galeazzo Farnese, que resoplaba como un jabalí— echaron a correr a través de la plaza, sin ninguna dignidad, para ocupar sus sitios en la iglesia. Yo, flanqueado por cuatro esbirros de mi séquito, fui entre esos acelerados príncipes, recogiendo mi falda como una

mujer o como un fraile, y apretando con la otra la corona de mi bonete. Despejamos el camino a empujones. Voceábamos:

—¡Soy Galeazzo Farnese! ¡Soy el duque de Bomarzo! ¡Soy Pier Francesco Orsini! —y esta última indicación surtía algún efecto.

De esa suerte alcancé, boqueando, el punto, debajo mismo del pasadizo, que me habían reservado Maerbale y los demás, y desde el cual se veía muy poco de lo que acontecía en el altar mayor, que obstruía una columna. Carlos ya había jurado defender a la Iglesia Católica, ante el cardenal Salviati. Ahora lo estaban desnudando del ropaje imperial para ponerle la capa y el roquete de canónigo de Santa María de las Tres Torres de Roma, como era costumbre entre los pasados emperadores. Eso acontecía en una capilla especial, a la derecha. Luego el soberano entró en el templo, donde lo recibieron mi abuelo y otro cardenal muy anciano. Su capa debía pesar como si estuviera forrada de plomo, a semejanza de las de los hipócritas que Dante describe, y se suponía que mi abuelo y su acompañante, ambos caducos y temblorosos, estaban allí para ayudarlo a soportar la carga tremenda, aunque yo no sé quién secundaba a quién, en tanto los tres caminaban por el puente, sofocados, pues lo más probable es que el joven, aun siendo emperador, añadiera en ese momento, a la fatiga de su agotadora envoltura, la que le ocasionaba el ir arrastrando a los dos viejos prendidos de la enorme prenda de brocado que centelleaba. Desfilaron, lentísimos, sobre nuestras cabezas, crac, crac, crac, crac, a modo de tres caracoles colosales. En el remoto escenario de cirios e incienso, columbré al papa, orando de rodillas. De vez en vez se quitaba y se colocaba los anteojos, para leer los textos, y entonces, al brillo del altar y de quienes oficiaban, se sumaba un breve relámpago, algo así como el aleteo de un insecto luminoso alrededor del pontífice. Estalló un trueno, y el pasadizo cedió, derrumbándose una parte sobre nosotros.

A mí me salvó la columna que tanto me fastidiaba... y la promesa de mi horóscopo. Entre ayes, precipitáronse varios guardias en el vacío, empujando trozos de vigas. Mateo, Orso y Segismundo salieron ilesos, por milagro. Murió un caballero flamenco y hubo magullados y heridos. A Maerbale lo golpearon fragmentos de cornisa, que lo derribaron bañado en sangre. El demonio Amón había recomendado que se cuidase, con conocimiento de causa. Mientras mis primos lo socorrían y Segismundo limpiaba con la manga el arrugado birrete, regalo de Pier Luigi, vi, arriba, en una nube de polvo, como si flotaran ya en la atmósfera de la inmortalidad celeste, al emperador y a los dos cardenales. Carlos Quinto, impasible, torció la cara grave para apreciar el descalabro. Su larga quijada se movía como si rezase. Tanteó el hombro de mi abuelo, serenándolo, se acomodó la dalmática, y reanudaron la procesión. Me dijo Mateo que a Maerbale se le había quebrado una pierna, y ordené que entre él y Messer Pandolfo lo condujeran a la casa del médico donde vivíamos. Sería complicado hallar al físico en el tumulto, pero nada mejor correspondía hacer. Salieron refunfuñando, sobre todo Pandolfo, que proyectaba describir la ceremonia en hexámetros latinos.

Transportaron a las víctimas, desembarazaron y barrieron el estropicio, lo que me valió ganar unos metros en la nave, y renació la calma. Un vecino auguró que aquel desastre, que pudo ser mucho más serio, significaba que ningún otro emperador sería coronado, pues el Habsburgo, luego de haber pasado, cortaba el paso a los que quedaban atrás. Continuaron desarrollándose los ritos: la imposición de nuevo manípulo y vestiduras de diácono; el unto del hombro por el cardenal Farnese; el beso de Clemente y de Carlos; la presentación de las

insignias... El embajador de Venecia trajo el aguamanil, y los sacerdotes cantaron la epístola en latín y en griego.

Varias personas se habían corrido adelante, escondiéndome totalmente la visión del espectáculo, pues, siendo pequeño, por más que me estirara sólo distinguía un negro telón de cabezas. Eso echó leña al irritado fuego que yo venía alimentando desde que comprobé la modesta posición que me habían concedido en el cortejo. ¿Con quién creían esos hijos de mala madre que estaban alternando? ¿Bastaba mi joroba —porque a ella, como siempre, atribuí esencialmente el agravio— para que se olvidasen los servicios prestados por mi familia, durante siglos, a la causa de la Iglesia? ¿Sería por mi tradición güelfa? ¿La distribución de lugares habría estado a cargo de los secretarios gibelinos del emperador? Sin embargo yo había divisado a señores pertenecientes al círculo más estrictamente papal, amigos de mi padre, en las primeras filas. ¿Y entonces? ¿Y los papas Orsini: Esteban, Celestino, Pablo, Nicolás?, ¿y los santos?, ¿y los mártires?, ¿y las emperatrices?, ¿y la reina de Nápoles?, ¿y los treinta cardenales Orsini que culminaban en mi propio abuelo, al cual incumbía un papel tan principal en las ceremonias que su nieto no conseguía ver? ¿Acaso no era yo el duque de Bomarzo?, ¿acaso no era yo, con joroba o sin joroba, el duque de Bomarzo?

Declaré, en voz suficientemente alta para que en torno se oyese (pues el ofendido resquemor no anulaba mis recortes de prudencia, y no me convenía romper lanzas, abiertamente, con el monarca que horas después me armaría caballero, y de quien dependía en parte mi destino), que me inquietaba la fractura de mi hermano, y abandoné la iglesia de San Petronio, la cual, por llevar el nombre de un dandy escritor romano —además del de un venerable obispo boloñés—, resultaba singularmente cara a mi espíritu de poeta aristocrático sahumado de snobismos retóricos. Salí por la nave principal, erguido, despacio, como si acabaran de coronarme, escoltado por Orso y Segismundo. Todavía faltaba bastante para concluir los protocolos. No se llega a emperador sencillamente. En ese momento, el papa entregaba a Carlos Quinto el desenvainado estoque, salmodiando en latín: “Recibe el cuchillo, don santo de Dios, con el cual venzas y quebrantes a los enemigos del Dios de Israel.” ¡El Dios de Israel! Siempre andaban los judíos de por medio, en estas fórmulas. Apreté el anillo de Benvenuto Cellini, y abrí la otra mano fina sobre la cadena de oro que me cruzaba el pecho. Yo era un romano, como Petronio.

La multitud aguardaba en la plaza el regreso del emperador. Se sabía que, según el hábito, arrojarían monedas recién acuñadas, y los pobres se calentaban al sol que decoraba los palacios y que, como un incomparable miniaturista, puntualizaba la exquisita gradación de matices que se extendían desde las sobrias tonalidades de los muros recortadas en anchos planos, hasta los ínfimos pormenores perdidos en el laberinto policromo de las armas y los trajes. Algunos hambrientos merodeaban alrededor del buey que giraba imponentemente, perforado por un asador grande como la lanza de Briareo, y otros habían comenzado a comer lo que les echaban por las ventanas, o adquirían vituallas a los vendedores ambulantes que circulaban pregonando su mercancía de pasteles, quesos y jamones. Un bufón remedaba, en un soportal, los ritos que se realizaban en San Petronio, con una diadema de lata. Reían los estudiantes, hasta que los soldados disolvieron el grupo. Trajéronme mi caballo, y empecé a atravesar la plaza paulatinamente. Orso tiraba de su brida. Algunos vagabundos, al ver mi

media corona, acudieron a mendigar, enseñándome las pústulas del poema de Gerolamo Fracastoro. Había resuelto apostarme en un rincón propicio, para presenciar con comodidad el desfile sin que sus integrantes me notaran, cuando, en la vocinglería pedigüña, distinguí un ladrido breve que me pareció reconocer, aunque no logré ubicarlo; un ladrido agudo, entrecortado, voluntarioso, de animalejo habituado a los mimos. Busqué con los ojos, desde la altura enjaezada, mirando entre las patas y las piernas, y Orso recogió y levantó con ambas manos, mostrándomelo, al emisor de esos gruñidos impertinentes. De inmediato supe que era aquel bulto blanco, enrulado y rabioso: era el perrito maltés de Pantasilea. Una rosa cayó a mis pies, como cuando huía de Florencia, y se me antojó que, por un prodigio, la máquina del tiempo había andado hacia atrás y tornaba a proyectar gastadas imágenes, porque, gracias a la mágica virtud de esa flor y ese can, escapados de una figura transcurrida, la muchedumbre tumultuosa que se encrespaba a diestra y a siniestra, en toda la amplitud de la plaza, en vez de esperar la salida de Carlos Quinto de San Petronio, acechaba la de los Médicis, desterrados de su palacio florentino.

Alcé los ojos y, lo mismo que hacía cuatro años, vi, en una terraza cubierta por cuyo parapeto andaban dos pavos reales, a Pantasilea. Me llamaba, con graciosos mohínes; me rogaba que le devolviera su favorito maltés. Tomé en brazos al gozquecillo, dije a mis primos que se llevaran el caballo y no se ocuparan de mí, pues nos encontraríamos en nuestro albergue, y entré en la casa de la meretriz. A la ira nueva que me causaba el haber sido postergado en el orden de las jerarquías de la coronación, sumábase desde ese instante otra, antigua, que me acicateaba en el recuerdo, y que me subrayaba, en lugar de los aspectos felices de nuestro contacto fugaz —la belleza de la carne desnuda de la cortesana y sus juegos e industrias para obtener sin fruto que el niño respondiera a sus instigaciones profesionales—, las desgraciadas reminiscencias de ese encuentro, que se destacaban, vívidas, en mi ánimo ultrajado y vengativo; sus risas, sus burlas, la macabra broma de la alacena colmada de despojos humanos, de esqueletos de sapos, de horrendos líquidos, de la utilería amatoria que le habían procurado las hechiceras. Ella lo había olvidado sin duda, o no le daba importancia. Habían transcurrido desde entonces cuatro años, y los infinitos hombres que se turnaron sobre su cuerpo, en ese período, se encargaron seguramente de borrar aquella memoria fútil, con otras muchas. Además, cuando eso sucedió, yo era un muchachito sin experiencia, en tanto que en 1530 era el duque de Bomarzo, una distinta persona, una distinta entidad, responsable, ilustre, pudiente (mal pese a los secretarios de Carlos Quinto), digna de cualquier halago. Pronto corroboré la disparidad de las situaciones.

Avanzó hacia mí, en la vasta sala vacía, y me tendió los brazos, lo cual me dio a entender que conocía las muertes de mi padre y de mi hermano y mi accesión al título. Parecía aun más hermosa, pues semana a semana aprendía nuevos afeites. El cabello rojo, descubriéndole la frente, pendía a ambos lados de la cara con finos tirabuzones ceñidos por claras turquesas que enmarcaban su ovalada blancura y sus ojos verdes, espejeantes como ciertos insectos. Movía —manejaba— su cuerpo armonioso con más gravedad, con más lentitud que antes, o por lo menos tuve esa impresión, como si en el andar de cuatro años se hubiera percatado de las ventajas que, para realzar sus méritos físicos, derivaban de un ritmo lánguido. Quizás fuera esa la cadencia que utilizaba con relación a los opulentos señores y ya la empleara en su época florentina, pero en nuestra primera entrevista no me juzgó digno de tan noble despliegue, mientras que ahora

—ahora que yo tenía dieciocho años y era duque— me dedicó lo mejor de su repertorio pantomímico. Me besó, y la dulce presión de sus labios gruesos avivó en mi recuerdo sensaciones dolorosas. Tomó al perrito y lo besó con igual entusiasmo; luego dio unas palmadas, y una mujer, a su orden, trajo vino y confituras. Me sugirió que me despojara de la corona y el manto, y así lo hice, casi pidiendo disculpas, pues, solamente preocupado por el reverdecer hiriente de mi encono, no había reparado en lo grotesco de mi apostura, de mi traza de giboso disfrazado de rey de naipes, la cual contrastaba, por mi rigidez de muñeco, con el desembarazo sinuoso de la meretriz, tan maravillosamente vital en su artificio. Nos sentamos en un ancho mueble oriental de cojines, de esos que tanto le gustaban, y me escanció vino de un jarro.

—Tenemos tiempo —me dijo—. Vuestra Excelencia podrá apreciar el espectáculo desde mi ventana. ¿Cómo no está en San Petronio?

Le mentí que había abandonado el templo porque me incomodaba la excesiva aglomeración. No le hubiera confesado la verdad aunque me torturasen: que había salido de allí agraviado por la injusta modestia de mi sitio. Le pregunté desde cuándo se hallaba en Bolonia, y me respondió que hacía un mes. Venía de Florencia directamente. Se nubló la luz de sus ojos verdes, al narrarme las peripecias de su partida de la ciudad asediada.

—Era imposible escapar. Ensayé cuanto medio se me ocurrió, hasta que, con harto riesgo y empleando a una de mis servidoras, que lo conocía, conseguí entrar en conversación con un capitán del príncipe de Orange. ¡Ay, señor duque! ¡Su Excelencia no imagina los momentos malísimos que pasé! ¡Aquellas zozobras para engañar a los centinelas, aquellas rápidas palabras, aquellos manoteos en la penumbra de las murallas! Por fin arreglé con él, que a cambio precisamente del collar soberbio que me había obsequiado Su Excelencia y que, luego lo supe, era regalo del cardenal, su abuelo, facilitaría mi fuga. Lo que entorpecía la operación es que por nada del mundo me hubiera resignado a dejar mis pavos reales: aunque fuese una pareja quería llevar conmigo. El capitán rió, pensando que se trataba de un capricho de mujer loca, y acabó por acceder. Así que una noche, muy tarde, me tizné las mejillas; me puse una ropa de aldeana; hice un bulto con mis joyas, que deslicé bajo mi falda; metí los pavones dentro de dos grandes cestas de mimbre que había mandado aprestar, atán道les los picos para que no alborotaran; metí allí también la figura de cristal dibujada por Messer Leonardo da Vinci y, acomodándome en un borrico como pude, con una canasta a cada lado, emprendí, más muerta que viva, la peor aventura de mi existencia.

Mientras peroraba, yo veía, suspendido de la techumbre, el célebre poliedro que rotaba delicadamente, recogiendo en sus facetas irisadas el temblor de las luces. Era el poliedro de la Divina Proporción de Fra Luca Paccioli, el que resumía en la exactitud de sus relaciones la musicalidad áurea, como un símbolo del gobernado equilibrio del Renacimiento, y esa presencia, que debía haberme tranquilizado con su mensaje cadencioso, acentuó la amarga animosidad que me carcomía, pues contribuyó a remover en mi mente remotas imágenes odiadas, de fracaso y desprecio, cuya angustia me había acompañado en el tiempo cada vez que las evoqué.

—El capitán —prosiguió Pantasilea, sin captar mis reacciones— aspiraba a algo más que el collar de zafiros de Su Excelencia, para permitir mi fuga. Era un bruto. Debí entregarme no sólo a él sino a tres de sus soldados, antes de que me franqueara el paso a través de los campamentos enemigos. A todo accedí, como comprenderá Su Excelencia. Horas después, maltrecha, asqueada, habiendo

salvado mis alhajas no sé cómo, dada su ubicación, estaba fuera de riesgo. Desde entonces, mi única ambición consistía en llegar a Bolonia donde coronarían al emperador.

Pensé, al oírla, en Porzia Martelli. Ella también había soñado con llegar a la ciudad que convocaba a las mujeres de placer de Italia, alrededor de los señores más ricos del orbe, y que yo había entrevisto, en las ventanas alegres.

—Cuando me detenían en los nevados caminos —iba diciéndome la meretriz— y pretendían robarme los pavos reales, pues me había embadurnado tanto las manos, el rostro y el pelo que ya nadie aspiraba a servirse de mí, contenía a los vagabundos previniéndoles que habían sido comprados por la señora marquesa de Mantua, y que si me los quitaban ella se daría maña para hallar a los malhechores, pues un pavo real no es cosa que se esconde fácilmente. No imaginaban que, debajo de mi saya, ocultaba alhajas mucho más valiosas... y no crea Su Señoría que aludo a mi encanto personal. Así salvé a los pavones y a lo que me pertenecía y así aparecí por Bolonia, una tarde. Alquilé este palacio; tomé una criada, pues las circunstancias no permitían más por el momento; me instalé, avisé al cardenal de Médicis y a otros amigos, y luego —se echó a reír, con su admirable risa cantarina—, luego que la noticia corrió por la ciudad y me reconocieron, la gente de pro afluyó como en Florencia... Soy una mujer práctica. Lo único que deploro es el collar del señor duque. El señor duque ha crecido muy bien. ¡Y qué intensa y perfecta cara tiene!

Mis labios cortaron su última frase. La derribé ahí, encima de los almohadones; le desgarré el vestido, que no obstante el rigor de la estación seguía siendo vaporoso y delataba la gracia suave y estudiada de su cuerpo; le arañé los pechos pintados; la poseí gloriosamente, tapándole la boca para que no gritara, enredando mis piernas en las suyas, para inmovilizar sus rodillazos, redimiéndome, limpiándome de antiguas timideces y frustraciones. Sobre mí cabalgaba mi giba, que se redimía también. El perrito ladraba en torno, como en la pasada ocasión. Teniéndola tan cerca, advertí la cicatriz que debía a Benvenuto Cellini, enrojecida por los esfuerzos, y la delicada red de arrugas que le descendía a los lados de la boca, que se estiraba hacia las sienes, que le señalaba con levísimo pincel la lisura de la frente blanca.

—Eres vieja, Pantasilea —murmuré.

Quedamos abrazados, confundidos, jadeantes.

—¿Por qué has hecho esto, Orsini? —tartamudeó—. Yo hubiera cedido de buen grado.

—Eres vieja, Pantasilea; te sobran arrugas.

Se soltó una mano y me abofeteó:

—¡Vil, jorobado, puerco!

El aire retembló como si hubiera estallado la ciudad. Disparaban los cañones y los arcabuces; sonaban las trompetas, los instrumentos dementes; las campanas se echaron a volar en honor del hijo del Hermoso y de la Loca, heredero del mundo. El papa y el emperador caminaban hacia el portal de San Petronio.

—¡Ya vienen! —y los ojos de Pantasilea brillaron de entusiasmo—. ¡Vamos a la ventana!

—¡Imperio, Imperio! ¡España, España! —bramaban los legionarios de Antonio de Leiva.

Todavía la retuve con mi peso:

—¿Te acuerdas de cuando me pusiste delante de tu armario repleto de podredumbre, en Florencia?

—¡No es cierto! ¡Nunca tuve tal armario!, ¡no es verdad!

Volví a taponarle la boca y la arrastré por los pasillos. Me mordía los dedos. En sus estertores sollozaba:

—¡Jorobado!, ¡sapo!

Sus ojos relampagueaban, verdes, verdes, verdes, y pensé que eran dos insectos malignos y saldrían volando por las galerías tétricas. Aún no estaba saciado, aún aspiraba a vengarme, con una idea tan pueril, tan propia de un adolescente, que si la consigno en estas páginas, con vergüenza, es porque me he prometido a mí mismo ser fiel a mis memorias, hasta en lo más estúpido. Hallé por fin lo que buscaba, una habitación interior, sin aberturas. Ella había ansiado asistir al desfile imperial; acaso exhibirse ante sus amigos, desde su ventana, entre sus pavos reales; acaso llamar a algunos de los principales para mostrarse entre ellos, como correspondía a una meretriz de tanto fuste. Pues bien, no lo haría: ni la verían a Pantasilea, ni Pantasilea vería nada. De su servidora no había rastros; habría escapado, o estaría a la puerta. Di un empellón a la cortesana, la encerré, y regresé al aposento de recibo. En el estruendo, los golpes y exclamaciones de Pantasilea se perdían. Me subí a un escaño, arranqué el cristal mágico y lo hice trizas contra el piso. Los mármoles del suelo reverberaron, como si hubiera volcado sobre ellos una lluvia de diamantes. Luego, semioculto por las colgaduras, me asomé a la ventana. Gemía el maltés a mi lado, fijándome los negros ojitos, enseñándome los dientes.

El esplendor del triunfo culminaba en la explanada. El papa en un caballo turco, y el emperador en uno blanco, aderezado riquísimamente, el uno con la tiara y el otro con la corona, avanzaban bajo un palio que sostenía la flor de los gentileshombres. Encabezaban la marcha los familiares de los cardenales y los príncipes también a caballo; los de los Médicis y los de Carlos Quinto, con telas de oro de sus colores y divisas; los cuarenta regidores de Bolonia y los doctores de los colegios; el gonfaloniero de la Justicia; los estandartes del papa, del emperador, de Roma: los trompeteros, los atabalersos, las cuatro hacaneas blancas de Su Beatitud; el colegio de los abogados consistoriales de Roma; los clérigos, los acólitos, los cubicularios; después el Santísimo Sacramento, en una engualdrapada yegua de cuyo cuello colgaba una campanilla y que precedía un subdiácono en una mula, con una linterna de cristal, doce caballeros con hachas de cera encendidas rodeaban al cuerpo de Nuestro Señor; seguían mis pares, los príncipes, duques, condes, marqueses, barones, capitanes, del inconmensurable imperio, entre pajes y lacayos de apretada hermosura, y ellos —los príncipes— hermosos también, aun los feos, aun los ancianos y seniles, con tanta cadena de oro, tanto estribo de oro, tanta brida de perlas, tanto ojo de águila, tanto pelo encrespado, tanta elegancia marcial de Italia, de España, de Alemania, de Francia, de Flandes, de Hungría; y los ballesteros de maza, y los reyes de armas de Carlos Quinto, de Francisco I, de Enrique VIII, de Carlos III de Saboya, que lo tenía por su pretensión al reino de Jerusalén; y los que sembraban puñados flamígeros de monedas tintinantes, que arrebatava la turba; y los cardenales, de dos en dos, con muchos palafreneros; mi abuelo, erguido como en sus años de guerra, haciéndome feliz, haciéndome llorar de orgullo; y los cuatro príncipes portadores de las insignias supremas; y el palio, flotando sobre el papa y el emperador, este último siempre palidísimo, como si su corona fuese de espinas; y los embajadores, los prelados que no eran cardenales, y por fin cuatro compañías de hombres de armas. La gloria efímera y espléndida del mundo atravesaba a Bolonia, como si en ella hubiera desbordado un río de metal fulgente que

cabrilleaba al sol. Divisé a Tiziano dibujando en un cuaderno, volteando velozmente las páginas; a Galeazzo, que imponía por la sola majestad de su carne inmensa y dura; a mis primos, que de repente me parecieron bellos como unos ídolos de bronce; a la pluma azul de Segismundo flotando en la brisa, pero él iba más adelante, junto a Pier Luigi Farnese. Comenzaron a despedazar al buey, y las bocas se mojaron, anhelosas, empujándose, en los manantiales de vino. Uno de los pavones abrió la cola y me escondió parte de la plaza. Si me hubiera atrevido, lo hubiera lanzado sobre la muchedumbre. De cualquier modo, desdeñé la superstición y, sin retenerme, exclamé:

—¡Imperio! ¡Imperio!

Me sonrojé de mi tontería. Debía haber vivido al papa, como güelfo que era. Sonreí, me puse el bonete, contemplándome un rato ante el espejo, y descendí la escalinata. En el *cortile* de Pantasilea se había refugiado, entre otra gente, un húngaro que conducía un oso atado a una cadena. Me acerqué demasiado y la bestia gruñó. Encendido de euforia por el espectáculo estético que acababa de presenciar y por el cobarde desquite que acababa de obtener, estiré una mano, toqué la pelambre áspera, aunque el hombre me previno que me cuidase, y la mantuve allí unos segundos, acariciando el lomo caliente. El oso se alzó en dos patas, saludándome, y los que miraban aplaudieron. Tal vez el animal estuviera bien domesticado; tal vez no fuera más que un pobre oso, manso como una oveja; o tal vez haya reconocido a su hermano, al *editus Ursae*, al osezno Orsini ante quien los osos levantaban, a lo largo de los palacios y los parques, la rosa del escudo familiar.

El consejo de mi abuela, la fractura de Maerbale, las pruebas de cordialidad de Caleazzo Farnese y el desagravio que yo suponía haber obtenido del desdén de Pantasilea, que vindicaba otras humillaciones, me incitaron a dar un paso que no hubiera osado en distintas circunstancias, al cual me impulsó también el alborozo saludable que experimentaba como fruto del teatral desfile —pues nada me conmovía tanto como la suntuosa belleza—, y que no conseguía empañar la arbitrariedad evidenciada por los organizadores del protocolo frente a un miembro conspicuo de una de las dos estirpes —Orsini y Colonna— a las que pertenecían los asistentes al solio pontificio. No bien mi abuelo regresó de Santo Domingo, donde el emperador había armado varios caballeros, fui a felicitarlo por su actuación en la ceremonia, y a sugerirle que solicitara a Galeazzo Farnese la mano de su hija Julia para el duque de Bomarzo. El cardenal, rejuvenecido por el acicate de la pompa, me escuchó en silencio, se rascó la cabeza, me miró de hito en hito y respondió:

—Así lo haré, si lo deseas. Eres ahora, por tu condición, libre de elegir. Pero antes consultaré con Su Beatitud y con el cardenal Farnese. Por mi parte, apruebo tus propósitos. Ojalá se cumplan, ya que das muestras de reflexión y madurez. La niña es agraciada y rica y de una familia afirmada y ascendente. Quizás su tío abuelo sea el próximo papa... o quizás lo sea yo, porque eso pertenece a los designios más secretos y altos de la Divina Providencia. De cualquier modo, la alianza conviene, y que tengas por papa a tu abuelo o al tío de tu mujer, ello redundará en mayor gloria para Bomarzo. Me voy ahora mismo a ver al Santo Padre.

Esa tarde, un paje me trajo noticias suyas: Franciotto Orsini había obrado con una velocidad que confirmaba que bajo el efecto del entusiasmo, dominaba a sus reumatismos mentales. Tanto el papa como el cardenal decano habían dado su

aprobación, y Galeazzo, si no contestó definitivamente, había insinuado esperanzas que eran casi promesas.

El júbilo me dejó medio anonadado. Me sentía muy hombre, tomando decisiones graves. Escribí a mi abuela, anunciándole los trámites que se ajustaban a la sabiduría de sus avisos, y opté por mandar la carta en su coche, con Maerbale, Messer Pandolfo, Orso, Mateo y una escolta integrada por la mitad de mis hombres de armas. A Segismundo lo conservaba junto a mí, pues barruntaba que podía serme útil, por su influencia sobre Pier Luigi, primo del padre de mi dama. Maerbale y los Orsini iniciaron una protesta y se estrellaron contra mi inflexibilidad. Había aprendido a lanzar órdenes irrevocables y yo mismo me asombraba de ello. Por lo demás, la entablillada pierna de mi hermano requería reposo y atención en nuestra casa. El argumento, que me vino de perilla, no admitía discusión, por rotundo. Me desembarazaba así de unos acompañantes que no necesitaba y de un posible rival peligroso. Amontonaron los equipajes y partieron, tragando rebeldía. Messer Pandolfo me dijo que puesto que, según refiere Virgilio imitando a Homero y a Hesíodo en esas descripciones de fragua heroica, Vulcano, el Ignipotente, a requerimiento de Venus forjó para Eneas un escudo en el cual grabó la entera historia de Italia y de los triunfos romanos, sería interesante que yo le insinuara al emperador —cuya buena voluntad hacia mí exageraba lisonjeramente— que hiciera cincelar un escudo en el cual figuraría la totalidad del desfile de su coronación, pues no cabía imaginar nada más espléndido. Lo escuché, pensando en otras cosas. Seguía hablándome, a través del ventanuco del carruaje, cuando indiqué al cochero que fustigara los caballos. Arrancaron en una nube de polvo y de resabios de la *Eneida*.

Por Silvio de Narni me enteré de que las muñecas preparadas según las experiencias del hechicero de Carasona empezaban a operar benéficamente. Reconozco que, con tantas idas y venidas, había olvidado las figurillas untadas con nuestras salivas y sangres. Porzia había citado a Silvio para esa noche, asegurándole que había logrado calmar a su hermano. Si un flaco, desmolado, de pelo pajizo, alcanzaba tan pronto su fácil victoria, ¿por qué no la obtendría también el duque de Bomarzo? Acaso mi muñeca reposara sobre el corazón de Julia y le transmitiera un propicio desasosiego.

Pocas veces me he sentido tan alegre como entonces. Le regalé un joyel de Girolamo a Segismundo, y a Silvio una escarcela con cuatro monedas de oro. Luego, auxiliado por mi primo y mi secretario, me apresté para la ceremonia en la que Carlos Quinto me armaría caballero y que tendría lugar después de la comida. En verdad, no me ajusté al rito. Hubiera debido pasar la noche anterior orando en una iglesia, confesar y comulgar. Nada de eso hice. Me di por confesado y absuelto, considerando como tales a la breve conversación retrospectiva que mantuve en Forli con el cardenal Orsini, cuando me creyeron envenenado y el padre de mi madre trazó sobre mi frente la señal de la cruz y murmuró las palabras del perdón divino; y a la extremaunción que en aquel momento recibí, sin percatarme casi, tan mal me sentía, la juzgué suficiente para cumplir con las exigencias de la regla. La declaración sacramental de los pecados acumulados desde entonces, quedaría para otro instante. Conceptuaba yo que me sobraban títulos para que se realizara el aparato de armarme caballero. *Era* caballero y en lo referente a esas cosas me entendía directamente con Dios. Quien lleva en la sangre a cuatro papas y a dieciocho santos y beatos, no puede ser tratado como un cualquiera. Si me sometía al juego ceremonial era para cumplir con la costumbre, como todos mis antepasados, porque mi falta de

prejuicios no se avenía a luchar contra ciertas prácticas esenciales de mi mundo, y porque el hecho de que la consagración procediera de Carlos Quinto — coyuntura bastante excepcional y prestigiosa— redundaría en mi mayor crédito, no tanto entre mis pares como entre la gente de Bomarzo y entre aquellos cuyo snobismo se fija complacidamente en esos detalles. Por lo demás, mi propio snobismo estaba de por medio: me gustaba que Carlos Quinto armara caballero al duque de Bomarzo; me parecía que eso encajaba perfectamente dentro de lo equitativo y contribuía a borrar la mala impresión de mi postergamiento jerárquico en el acto de la coronación imperial. Frente a ese gusto pugnaba un disgusto: el que me imponía una exhibición más —e importante— de mi joroba, delante del monarca y de su corte, y el que me imponía la idea de que Carlos Quinto tocara mi deformación, como señalándola, con su estoque pues lo ordenaba un formulismo varias veces centenario. Mi abuelo tendría a su cargo las funciones de padrino, en la ceremonia. Según los requisitos del ritual, hubiera debido velar junto a mí, a lo largo de la noche, en la iglesia de Santo Domingo — la noche que pasé ansioso, leyendo la *Syphilidis* y espiando el regreso de Maerbale y de Silvio de la casa de las meretrices donde hallaron a Porzia—, pero lo persuadí de que, por su mucha edad y salud escasa, no le convenía hacerlo, pues era más provechoso que reservara sus débiles energías para el trabajo ímprobo que le asignaban en San Petronio, y le aseguré que mis primos podían suplantarle. El cardenal había vacilado y concluyó por acceder. Tampoco él otorgaba excesiva trascendencia a las etiquetas de la caballería. Como militar que había sido, opinaba que los caballeros se hacen en la guerra y no entre genuflexiones, y dudaba mucho de que yo entrelazase el laurel guerrero a la espada virgen que me iban a ceñir.

Al caer la tarde, pues, con Segismundo y seis hombres portadores de antorchas, me dirigí al palacio. Silvio me había pedido permiso para no concurrir al acto que coincidía con su cita con Porzia, y aunque hubiera preferido que me viese actuar ante el emperador, no modifiqué sus planes para que no dedujera que yo confería desproporcionado valor a la ceremonia.

Había, como siempre, mucha gente en la residencia del emperador. Otros señores, como yo, serían armados por mano del monarca, y entre ellos aguardé, en una cámara vecina de aquella en la cual Carlos Quinto concluía de comer, desde la cual avistábamos al César que, sentado a la mesa solo, exhibía su gula portentosa, mientras los grandes señores se afanaban alrededor, sirviéndolo. A un lado, departían algunos próceres, entre quienes se hallaban mi abuelo, el obispo de Malta, canciller de Alemania, el cardenal de Ancona y Alejandro de Médicis que se entrometía invariablemente donde estuviera el soberano. Mi presencia suscitó cierta curiosidad. Varios de mis vecinos habían tratado a mi padre o a Girolamo y me conocían de mentas, y se me acercaron amablemente a charlar. Les respondí lo mejor que pude, y pensé que mi vida futura entrañaba la posibilidad de desenvolverse normalmente, entre Julia y mis pares, lo cual daba un desmentido categórico a mi progenitor a su plan de desheredarme en favor de Maerbale, por carecer yo de “las condiciones morales y físicas que exige la sucesión” —sus palabras se habían burilado en mi memoria—, pero a poco creí discernir en los jóvenes patricios una reserva, una befa velada, una sarcástica complicidad, que probablemente no existían, ya que estaban demasiado inquietos por la gravedad del papel que tendrían que representar en seguida, y el estado de gracia que les imponía su presumible comunión debía alejarlos de tales muestras de inclemencia orgullosa; y me replegué en mí mismo, suspirando.

El emperador se lavó los dedos y se levantó, trasladándose a una silla que especialmente le habían apercebido. Entonces vino a prevenirnos un mayordomo y comenzó nuestra prueba. Éramos nueve. Entramos en una sala contigua, donde nos revistieron unas camisas más o menos similares y unas pequeñas cotas de malla. La mía había sido tejida ex profeso y, aunque la había ensayado antes, advertí que me tironeaba en la espalda, torciéndose a un lado. Pusiéronme encima el manto ducal que ya había usado en San Petronio. Así ataviados —y yo rojo de vergüenza, si bien aparentaba una calma que estaba lejos de gozar—, fuimos introducidos en el aposento del emperador, que trascendía a carne asada. La cota me pesaba y entorpecía mis movimientos. Tiré de ella, histérico, y un señor de mirada triste acudió a ayudarme y a atármela con un cordel de su capa. Le pregunté su nombre.

—Don Pedro de Mendoza, de la casa del Infantado.

Algunos años después supe que había fundado una ciudad, Buenos Aires, por los extremos australes de América, y que había muerto en el mar. Tenía, en la cara y en los dedos, las mismas pústulas que afeaban a Pier Luigi Farnese, y había andado en el saqueo de Roma, pero se le distinguía la calidad en los desmanes.

Mi abuelo se aproximó, tomó mi diestra, cumpliendo su función de padrino, y juntos avanzamos. Sería el primero y eso me caldeó vanidosamente. Lo había obtenido el cardenal Orsini. Hice una reverencia, me arrodillé delante del emperador y esperé. El corazón me latía, golpeando, golpeando, y me zumbaban las sienes. Tan cerca estaba del amo del mundo que, mezclado con los restos del tufo a comida y a habitación encerrada donde ardían dos braseros, percibí, más allá también del aroma de incienso que todavía lo sahumaba, su olor a hombre joven, el olor a transpiración que emanaba de su cuerpo fatigado por la larga liturgia y sofocado por los ropajes macizos. Me acometieron, de repente, unos locos deseos de que me abrazara (yo experimentaba a menudo deseos así, disparatados), pero seguí de hinojos, los párpados bajos, las manos juntas.

El duque de Urbino presentó el estoque y, al levantarlo su majestad, se desprendió el pomo de la empuñadura, cayendo al suelo y desengarzándose varias perlas. Decididamente, los Orsini no teníamos suerte. Las consecuencias de la desorganización en las solemnidades coronarias se reflejaban sobre nosotros. Cuando se derrumbó el pasadizo en San Petronio, uno de los heridos fue Maerbale, y a mí —tan luego a mí, que ansiaba que el acto transcurriera pronto y que estaba inmóvil en el suelo, trabado por la desesperada timidez— me tocaba que se rompiera el arma imperial. Infirieron algunos —siempre se deducían pronósticos de los acontecimientos anormales, y más en Italia— que eso significaba que el emperador, obligado a ausencias, no podría gobernar bien su ejército, por falta de una cabeza principal; y otros sacaron en conclusión que el emperador jugaría su espada en Levante, de donde procedían las perlas, y que sus soldados usufructuarían las riquezas de los turcos.

Ajustaron la empuñadura, y yo continuaba de rodillas, hasta que me atreví a alzar los párpados y vi, perplejos, irresolutos, sobre mí, los ojos miopes de Carlos Quinto. También él sufría en ese instante, a causa de lo ridículo de la situación; también él era tímido, flaqueza que presentí bajo la coraza de su autoridad; y esa coincidencia, que durante unos segundos lo tornó patéticamente humano, provocó entre ambos, con ser tan grande la lejanía que nos separaba, una comunicación huidiza y profunda, que duró lo que el intercambio de nuestras miradas nerviosas. En torno permanecían mi abuelo y otros caballeros y prelados,

con mis guantes, con las espuelas de oro. Para ganar tiempo, el cardenal bendijo esos símbolos. Por fin el emperador volvió a esgrimir el estoque, con mucho cuidado, y me rozó con él el hombro. El contacto fugaz del acero me estremeció, como si me estuviera quemando la giba detestada, y como si aquel cauterio aplicado por la mano regia pudiera librarme quirúrgicamente de mi congénito horror. Me conmovió una pena física y extraña, tan singular que no sabría si, al pronunciar las palabras definitivas, en nombre de Dios y de los santos héroes, el Habsburgo lo hizo en un castellano teutónico o en un latín reprobable. El resto ocurrió como si todos estuviéramos hipnotizados. Alejandro de Médicis, tal vez por orden del papa y con innegable fastidio, me ciñó las espuelas; mi abuelo me ciñó la espada; besé la punta de los dedos cesáreos; toqué con los labios su rodilla y oí al cardenal Orsini que me recomendaba por lo bajo:

—No te enredes en la espada, Vicino. Aquí está Segismundo. Véte a casa y acuéstate a descansar.

La caballería... los torneos... Durindana, la espada de Orlando, que había pertenecido al troyano Héctor, y de la cual dijo la Muerte que, blandida por el paladín, podía más que cien hoces tuyas... el choque de las armaduras frente a las murallas de las ciudades... el adversario enfocado detrás de las rejas del yelmo... las banderas, flotantes en el bélico fragor... la Cruzada, el Santo Sepulcro... ¡qué lejos estaba todo eso del duque jorobado, que sin embargo se creía un caballero cabal, pues había aprendido desde niño —desde antes, desde los orígenes de su estirpe— que debemos desdeñar adquirir por medio del sudor, según proclama Tácito, aquello que es susceptible de adquirirse por medio de la sangre!; ¡qué lejos estaba todo eso no sólo de mí sino también del mundo en el cual vivía, donde el rey de Francia se hacía armar caballero por Bayardo y pactaba con los infieles!

Salí, hipnotizado. A la puerta, una masa de carne se arrojó sobre mí y me estrechó contra su volumen espeso, cortándome la débil respiración.

—Julia accede a tu pedido, caballero —me declaró Galeazzo Farnese—, con tanta alegría como yo. La he consultado porque soy un hombre moderno. Lo único que te ruego es que me la dejes un año más, antes de llevártela. No cuenta más que quince años; soy viudo. No me la quites tan pronto, duque. Tampoco la visites ahora; ya la verás la vida entera. Si la vieses, quizás te arrepentirías y no cumplirías con mi condición, pues es muy hermosa. Te manda esta sortija y te pide la tuya a cambio.

Hipnotizado, hipnotizado, me despojé del anillo de Benvenuto Cellini y deslicé en su lugar el que Farnese acababa de darme.

Su hijo Fabio se adelantó. La ropa le ajustaba de tal manera, según la moda de entonces, que parecía desnudo, y su elegante cuerpo de adolescente se erguía, como si sus mangas hinchadas, redondas, aerostáticas, lo único suelto y opulento de su traje multicolor, fueran capaces de suspenderlo en el aire.

—También te envía este regalo —añadió el joven—. Es un regalo de niña; un regalo ingenuo; recíbelo como tal y perdónala. Asegura que te traerá suerte.

Colocó en mi mano tendida la muñeca de Silvio de Narni, a la cual Julia le había agregado una rosa. La rosa de los Orsini se abría ante mí, fresca, sobre un instrumento de brujería. Tomé lo que me ofrecía, aún absorto; los abracé a ambos y salí a la noche en la que los astros copiaban el ritual de la coronación, alrededor de la luna, con millares de cirios y de espadas titilantes. Las torres de Bolonia se empinaban como espadas enhiestas. Esa noche había espadas doquier. Y había gente beoda, que andaba a los tumbos o dormitaba boquiabierta en los

umbrales. Algunos cantaban los versos feroces del Aretino, contra el papa, el emperador, el rey de Francia, los tres bastardos Médicis, y los guardias se los llevaban a empellones, acallando sus gritos con golpes de ballesta en las caras. Se rompieron muchos dientes ese 24 de febrero.

En nuestro alojamiento encontré a Pier Luigi y a Silvio. El primero me solicitó que autorizara a Segismundo para que quedase a su servicio por un tiempo y, al comprender por la expresión del muchacho que ése era su deseo, otorgué el permiso con una inclinación de cabeza. El secretario me suplicó que le permitiera traer a Porzia con nosotros, y no sólo a ella sino a su hermano Juan Bautista. Lo consentí —aquel día hubiera suscrito cualquier contrato— y hubo gran algazara. Los mellizos, que preveían mi decisión ocultos en una habitación próxima, vinieron a besarme las manos. Corrió el vino y, como cuando entretenían con sus pantomimas a mi abuela, los Martelli bailaron al compás de una viola. Nadie se explicaría que ese doncel tan parecido a su hermana fuese el mismo que había atacado a mi paje para vengar nuestras extravagancias. Mientras danzaban, fui a desprenderme de la cota torturadora, del manto y de las espuelas. Me ayudó Silvio, a quien le mostré el muñeco que me había entregado Fabio Farnese.

—Es justo que este aliado recoja el precio de su trabajo y celebre el éxito como nosotros, Excelencia; ha cumplido su misión —exclamó el secretario, y enrojé la cara de estopa con un chorro de vino.

—Parece sangre.

—Es vino, Excelencia.

Me eché a reír. Con la cota férrea me había despojado del aturdimiento que me embargaba.

—Te dictaré una carta que llevarán en seguida a casa de Galeazzo Farnese.

Y le dicté una inflamada carta de amor para Julia; la carta de un poeta señorial que ha leído *El Cortesano*.

En el salón seguía el festejo. Cuando nos reunimos con los bailarines, Silvio brindó:

—A la inmortalidad de Su Excelencia.

Recordé la frase amarga de mi padre: *Los monstruos no mueren*, y me sobresalté. Bebí un jarro de vino, sin detenerme. Juan Bautista se me acercó, entornando los ojos y alisándose el pelo. Sin duda quería aludir a nuestra aventura del sepulcro de Piamiano. Me incomodó que el supuesto espadachín pasase así, porque le convenía, de la guapeza agresiva a la condescendencia ahombada. ¿Su ambición calculaba que, para ganar cuanto el favoritismo implica, debía emplear ese método? ¿Dónde relegaba su virilidad, sus mandobles, la lucha que había espantado a las meretrices en un loco cacareo de gallinas? Lo aparté bruscamente. Hacía muy poco que Carlos Quinto me había armado caballero, que Alejandro de Médicis se había doblado a mis pies y que me habían comunicado la aceptación de Julia; no estaba yo para diversiones equívocas propias de muchachos sensuales.

—Sírveme más vino.

Por la mañana, todavía no despejados los vapores de la ebriedad, partí con Silvio, Porzia, Juan Bautista y una escolta de cuatro pajes y seis soldados, hacia Recanati. Mi abuelo regresaría a Roma, en una de las sillas de manos del papa. Pusieron la muñeca en un arca, junto a mi media corona y a *El Cortesano* de Baltasar de Castiglione. La sortija de Julia, un aro de rubíes, me estorbaba en el

dedo. Extrañaba la otra, la de Benvenuto, mi talismán. Si hubiera estado en mi cabal juicio, cuando me la requirió Farnese, no me hubiera separado de ella.

Los caminos, como a la venida, rebosaban de gente. El imperio, detenido unas horas, se ponía nuevamente en marcha. Yo iba en pos del rostro de Gian Corrado Orsini. ¡Tanto lo odiaba; lo envidiaba, lo admiraba, lo amaba, en el fondo, tanto!

V

EL DUQUE DE LOS GATOS

Durante el viaje de Bolonia a Recanati, largo, complicado, por malos caminos, no hubo más novedad que una tentativa de asesinato cerca de la posada donde pernoctamos en Rímini. Me tiraron una cuchillada en una calleja, pero me protegió la coraza de cuero de búfalo, cubierta de seda, que llevaba. Lo atribuí a maquinación de la rencorosa Pantasilea. Los guapetones mercenarios se escabulleron en las sombras, perseguidos por Juan Bautista y Silvio de Narni, y desde entonces redoblé la precaución. En el expeditivo Renacimiento eso era cosa de todos los días; no iba yo a perder el sueño por tan poco.

Luego de nuestra llegada a Recanati, no me decidí a entrar inmediatamente en la iglesia de Santo Domingo, meta de mi peregrinación, como si temiera el enfrentamiento con mi padre, más arduo que el de los modestos espadachines de Rímini. Vagué a lo largo de dos días, con mis escuderos, por la ciudad estirada en las suaves colinas como en terrazas que delimitan los murallones. Subí a la torre dominante y desde ella abarqué la anchura del paisaje prodigioso, por leguas y leguas, reposando los ojos en la vibración del Adriático o siguiendo, como en un mapa, la cromática diversidad de los Apeninos. Si me arrimaba a Santo Domingo, me detenía en su portal, a estudiar. Vencí al cabo mi vacilación, y el políptico se alzó ante mí, con su gran compartimiento central y los cinco que lo rodean, sobre las tres pequeñas divisiones distribuidas en la peana, pero era tanta la oscuridad que ordené a Silvio, mi único acompañante, que encendiera una antorcha. Brotó la llama y fue como si Lorenzo Lotto volviera a pintar porque a medida que Silvio se movía delante del altar de la Virgen, surgían nuevas zonas de forma y color, y el políptico se componía y descomponía con ritmos plásticos. Un fraile, que oraba a la distancia y que era, con unas viejas murmuradoras de rosarios, el solo testigo del episodio, acudió a averiguar qué acontecía, y cuando supo que el duque de Bomarzo buscaba la efigie de su padre en la vastedad del óleo, pidió una caridad y nos dejó tranquilos.

Mis miradas, entre tanto, andaban de un postigo al otro, sobre la extensión de la pintura, del panel medio, con la Virgen que desde su trono otorga el escapulario al fundador de los predicadores, y esos azorados ángeles músicos, y las tiaras arquitectónicas de San Urbano y San Gregorio, hasta las distintas escenas que, como en otros tantos teatrillos, se suceden alrededor: la Pietá superior, el cuerpo desnudo de Cristo, las mangas suntuosas de su Madre y el ojo de la Magdalena que espía, como el de una *tapada* peruana, en la penumbra azul de su manto; Santo Tomás de Aquino y San Flaviano, magníficamente lujoso

éste, de pie en el recuadro de la izquierda; San Pedro Mártir, a cuya beatitud no incomoda la cuchilla hundida en el cráneo, y San Vito, patrono de Recanati, grueso, femenino y blando, a pesar de la armadura y del lanzón, exhibiéndose en el de la derecha; Santa Catalina de Alejandría y San Vicente Ferrer, a un lado arriba; y al otro, Santa Catalina de Siena y San Segismundo, como si estuvieran asomados de medio cuerpo en sendos balcones. Ese, San Segismundo, era mi padre. ¡Claro que lo era! Mi padre, pintado en 1506, un lustro y un año antes de que mi venida al mundo le causara tan colérica decepción... Pero, aunque inmediatamente lo reconocí, ¡qué apartada, qué opuesta resultaba esa imagen de aquella, escondida hasta entonces en mi memoria, que yo recuperé al punto, cuando comparé el retrato de Lorenzo Lotto con el que afloraba por fin, intacto, nítido, de la bruma de mis recuerdos!

El veneciano había ubicado en la altura a un caballero vestido de terciopelo apagado, con unas delgadísimas franjas de piel de marta en las bocamangas y en los hombros, un arrogante cinturón de oro y una doble cadena de oro también, cuyos eslabones se entrecruzaban sobre la negrura de su pecho. Una mano se apoyaba en la cruz de una espada como en un bastón de dandy, y la otra pendía, abierta, perfilando la pulcritud palaciega de su dibujo. La cabeza, enmarcada por la cabellera y la barba rubia, poseía una misteriosa belleza, realizada por la finura de las cejas y por el diseño de los ojos tristes, y el modelo sugería una impresión de desapego elegante, casi de refinado desdén, junto a la santa que, con el corazón entre los dedos, como si sostuviera una fruta exquisita, se volvía hacia la dirección contraria. Todo él rezumaba aristocracia, displicencia, cierto frágil amaneramiento incomprensible en alguien que había sido tan robustamente vital, condottiero celebrado, y que se concretaba en esa diestra inútil, colgante como una borla, a la que nadie hubiera imaginado empuñando una espada o engarfiándose en las salidas rocosas de los muros, durante las conquistas de las fortalezas

¿Cuánto tiempo permanecí allí, asombrado, dudando, tratando de entender? Movíase la antorcha y con ella se movía el coro de las efigies, reiterando el austero blanquinegro que iba de un panel al otro, en los hábitos monacales, y que acompañaba con sobrio retornelo musical la polifonía de los ropajes cortesanos; pero yo no veía más que a Gian Corrado Orsini, y aunque el artista lo había situado a un costado de la composición, la grácil estampa de mi padre, desplazada por los vaivenes del hacha encendida y por la atención angustiosa con que yo la observaba, constituía ahora el centro del políptico, y los restantes personajes rotaban en torno, como en una esfera armilar por cuyos círculos desfilaban lentísimamente figuras celestes y mundanas, rindiéndole cadenciosa pleitesía.

¿Qué significaba ese retrato? ¿Qué me enseñaba? Empinado ante el altar, me esforzaba yo por interpretar su símbolo. ¿Quería decir que, frente a la verdad que creemos poseer como única, existen otras verdades; que frente a la imagen que de un ser nos formamos (o de nosotros mismos), se elaboran otras imágenes, múltiples, provocadas por el reflejo de cada uno sobre los demás, y que cada persona —como ese pintor Lorenzo Lotto, por ejemplo— al interpretarnos y juzgarnos nos recrea, pues nos incorpora algo de su propia individualidad, de tal suerte que cuando nos quejamos de que alguien no nos comprende, lo que rechazamos, no reconociéndolo como nuestro, es el caudal de su esencia más sutil, que él nos agrega involuntariamente para ponernos a tono con su visión de lo que para él representamos en la vida? ¿No existiremos como entidades

particulares, independientes? ¿Cada uno de nosotros será el contradictorio resultado de lo que los demás van haciendo de él, de lo que los demás forjan, por esa necesidad de transposición armonizadora que cada uno siente como un medio de comunicación; por esa necesidad de verse a uno mismo al ver al otro? ¿Cada uno de nosotros será *todos*, si estamos hechos de repercusiones que los demás se llevan consigo? ¿Andaremos por el mundo entre espejos enfrentados y deformantes, siendo nosotros mismos esos espejos? Pero no... porque cuando yo me pienso, a mí mismo, sin el aditamento que cada uno, para sí, me añade, me pienso tal cual soy, en mi desnuda limitación auténtica. ¿Y acaso esas incorporaciones no dejan rastros, no desfiguran, no mimetizan, no nos hacen actuar a menudo de diversa manera ante la diversa gente, dándonos, sin que nos percatemos de ello, lo que esperan de nosotros, multiplicándonos, diluyéndonos? Mi padre había sido para mí un hombre violento —y nada más que violento— porque mi íntima violencia, nacida de la repulsa que yo tenía la seguridad de provocar en él, sólo había destacado, dentro de su complejidad, los índices agresivos. Y sin embargo una vez, sólo una vez, cuando había entrado con él en el aura mágica del David de Miguel Ángel, traspasando la costra del resentimiento que emanaba de él, sin duda, pero que yo también, como un contagio escamoso, le transmitía, había entrevisto en su alma una dilatada perspectiva diferente, de amor a lo bello, a lo gigantesco y equilibrado, en cuya planicie familiar sembrada de graves esculturas y atravesada por el viento de las nobles frases majestuosas, quizás hubiéramos podido comprendernos y convivir. Pero no me había internado entonces en ese camino erizado de dificultades que provocaba el áspero pudor y que acaso ocultaba en su extremo a la paz, y seguí la senda opuesta que, haciéndome sufrir tanto, era empero la más fácil, pues lo único que yo me limité a hacer era continuar proyectando sobre el condottiero la luz macilenta de mi rencor y ver exclusivamente lo que me mostraban sus resplandores lúgubres: el orgullo, la ira y la violencia, que le pertenecían entre muchas otras cosas, mas eran sobre todo mi violencia, mi ira y mi desesperado orgullo. En cambio para Lorenzo Lotto, para lo que Magister Laurentius recelaba de ambiguo, de melancólico y de poético, Gian Corrado Orsini se había concretado en un ser fundamentalmente equívoco, al responder al vínculo de la incertidumbre ansiosa de Magister Laurentius con lo que él, por su parte, encerraba de turbio, de vago, en las cámaras más secretas de su intimidad. Cada pintor se retrata a sí mismo, porque cada pintor recoge y subraya en el modelo lo que se le asemeja y se activa y brota a la superficie, llamado por su pasión. Cada uno de nosotros se ve a sí mismo, en los demás. Somos ecos, espejismos, reverberaciones cambiantes.

¿Y si yo estuviera equivocado? ¿Si todo este reflexionar frente a San Segismundo no fuera más que un juego retórico? ¿Si Lorenzo Lotto, más lúcido que yo, más maduro de experiencia, sin las trabas que yo traje a la tierra, se hubiera adentrado en la genuina psicología de mi progenitor y hubiera desentrañado su hondo misterio, el que yo no supe intuir porque los celos me cegaban? ¿Si mi padre hubiera estado mucho, mucho más cerca de mí de lo que yo pensaba, de mis penumbras, de mis indecisiones dolorosas ante las perplejidades de la vida?

—Se parece a ti —susurró Silvio de Narni.

¿Se me parecía? ¿Mi padre y yo parecidos? ¡Qué disparate! Nadie lo había dicho hasta ese momento... Y con todo, había algo, en ese ademán, en esa apostura, en el volver de la cabeza, en el largo de la cara, en la recta nariz, en el

trazo de las cejas, en el aire, eso es: en el aire impalpable y obsesionante, que me indicó que Silvio no hablaba sólo estimulado por la adulación. ¡Parecidos! Quien se pareció a mi padre fue Girolamo. Siempre lo repitieron, si bien tenía los ojos de mi abuela. Maerbale y yo procedíamos físicamente de la otra rama, del cardenal Orsini de Monterotondo. Pero ahora debía rendirme ante lo evidente: a los dieciocho años, con el pelo partido como el suyo, aunque el mío era castaño y yo lo recogía sobre las orejas, la similitud se afirmaba, indiscutible. Mis manos, en las que yo cifraba tanta presunción como Galeazzo Maria Sforza en las suyas, célebres, hubieran podido confundirse con las del retrato. Las levanté, a la claridad de la tea, y estuve analizando un rato el contorno de las falanges, que se ensanchaba apenas en las coyunturas. Brillaron los rubíes sangrientos de Julia Farnese. Examiné, como si no me pertenecieran, la palidez transparente de mis dedos, los canales venosos que atravesaban el dorso pulido, las mágicas líneas de las palmas en las cuales estaba probablemente escrita la historia de un porvenir que no osaba imaginar y que penetraba en la prieta, infinita maraña del Tiempo. ¡Qué extraño! Hubiera jurado que las manos de mi padre eran más cortas, más anchas, más duras, más fuertes. Las manos que me habían empujado hacia el horror del esqueleto, en Bomarzo, y que habían esbozado en la atmósfera la silueta triunfal del David...

Caí de rodillas y recé una oración. Por primera vez le dedicaba una oración plenamente sincera a Gian Corrado Orsini, al San Segismundo que había muerto a su hijo y no obstante había ingresado en la gloria inmaculada del santoral. ¿Sabemos algo, nada, de nadie? ¿Por ventura conocemos a alguien, a su última verdad sellada? ¿Qué sabía yo de mi padre? Las interrogaciones que no habían cesado de atormentarme desde que entré en Santo Domingo me tironeaban con el dibujo de sus garfios hirientes. Me revolvía dentro de su enrejada prisión de arpones. A lo mejor —a lo peor—, al pretender desheredarme, lo que mi padre había intentado era impedir que yo prolongara, en Bomarzo, sus propios pecados y deficiencias, los más agudos, los que se destilaban en alambiques más complejos. No me había condenado a mí; se había autocondenado.

Sentí que una ola de ternura me invadía y subía a mis ojos en lágrimas calientes. Recé por él, pero recé también por mí. Mis preces no fueron dirigidas a ningún poder abstracto e invisible, ni al Dios de las Batallas, ni al Dios de la Misericordia, sino a esas damas y a esos caballeros que giraban despaciosos alrededor del príncipe débil vestido de negro terciopelo señorial; a Santa Catalina, que le volvía la espalda; al enjoyado San Flaviano; a los niños con alas, sorprendidos, que cuando nos alejáramos, tornarían a tañer el violín y el laúd, levemente, en el silencio y la neblina de la iglesia. Les pedí que me ayudaran a recorrer el mundo con mi carga, como mi padre lo había recorrido con la suya.

Silvio me tocó el codo:

—No llores, duque; no temas. El futuro te pertenece.

Quise rechazarlo; huir de lo que representaba, pero de repente me vi tan solo y tan extraviado, tan confundido en medio de esa floresta de columnas y de altares desde los cuales me atisbaban las imágenes puras con frío reproche, que me incorporé y lo abracé, sollozando.

—Salgamos ya; ya lo has visto.

Fue entonces cuando decidí que Lorenzo Lotto pintara mi retrato. Ansiaba descubrirme a mi turno con los ojos del pintor.

Antes de regresar a Bomarzo, me alcanzó un mensajero de mi abuela. Me traía, en respuesta a la que yo le había enviado, una carta larga y útil. Sus numerosas páginas, cubiertas por una escritura que, aquí y allá, vibraba y temblaba con la lógica vacilación de los muchos años para luego afirmarse y correr en la recuperada solidez de los gráficos enlaces, me probaban una vez más lo que yo tanto sabía: que mi abuela, tras pasados los noventa años luengos, mi abuela, que hubiera podido ser la madre de mi otro abuelo, el cardenal, y que había sufrido el anublamiento resultante de la muerte singular de Girolamo, había recuperado su espíritu, uno de los más alertas que yo había encontrado en el mundo. Aislada por la edad y por las exigencias de la posición, en la soledad de Bomarzo, no había renunciado a ningún contacto con la vida que ahora reivindicaba con extrema lucidez y, a través de una correspondencia vastísima, cuyos portadores recorrían Italia de corte en corte, sacudiendo a la parentela y entregando y recibiendo misivas selladas. Diana Orsini estaba enterada de cuanto sucedía en la península, más informada, en ciertos casos, que los propios actores de los acontecimientos que comentaba, pues sus testimonios procedían de toda clase de fuentes, entrecruzadas en el ir y venir de los veloces mensajeros. Su permanente curiosidad fue el gran tónico vigorizante, la receta rejuvenecedora que la mantuvo erguida y locuaz. Como si hubiera sido el jefe de una cancillería laboriosa, escribía, preguntaba y contestaba. Nada eludía su investigación, ni las razones de las alianzas distantes, ni las ocultas intrigas hogareñas, ni las probabilidades en la feria de los poderíos. Hada viejísima, tejía su inmenso telar, en la lejanía de su palacio de la colina etrusca, y los hilos trémulos, llevados en complejos ovillos por sus pajes ecuestres que surgían como Mercurio y como ángeles polvorientos de nubes encantadas, envolvían el largo territorio italiano que se extiende entre los mares azules. Las otras duquesas quedaban atónitas ante su dinamismo mental que no desdeñaba ni los detalles más pequeños, de sustancia más tontamente frívola, pues mi abuela, valorando como mujer aguda, de avezada experiencia, lo que la frivolidad significa como pujante motor del mundo, almacenaba en los amplios archivos de su memoria un caudal de primera mano, tan variado como fértil.

A través de sus trazos, que a veces torturaban a sus corresponsales y que yo descifraba sin tropiezos, advertí su alegría ante la rapidez con que su nieto había convertido en realidad sus esperanzas. Abundaba en seguida en pormenores acerca de los Farnese de Julia, hasta entonces ignorados por mí o considerados en bloque, sin discriminar, por mi indolencia que sólo tenía en cuenta la situación general de ese próspero linaje. Me comunicaba que había conocido a las dos esposas de Galeazzo Farnese, a Ersilia, hija natural de Pompeyo Colonna, y a Gerolama del Anguillara, hija de una hermana del que sería Pablo III y madre de Julia; también había alternado con la madre de Galeazzo, Battistina del Anguillara, y con su abuela, una Monaldeschi. ¡A quién no había conocido Diana Orsini, en sus noventa y tantos años andariegos! Todas esas señoras eran de irreprochable prestigio. Sus parentescos se desplegaban como redes que enlazaban las cortes papales con las de los grandes señores. Y no faltaba, por supuesto, el crimen en la enumeración cuidadosa: la abuela de Julia había sido asesinada por su hijastro, para que no estuviera ausente del cuadro esa ineludible minucia, propia de cualquier familia de pro. En cuanto a mi presunto suegro, Diana Orsini lo había visto bastante, tres años atrás, cuando yo no había vuelto aún de Florencia, en la época en que, siendo conservador de la comuna de Orvieto, el pontífice lo envió, comandando mil quinientos individuos, a rescatar

el castillo de Castellottieri, perteneciente a su hermana Beatriz Farnese, viuda de Antonio Baglioni. Un tío de ese Baglioni, Pirro Fortebraccio, había despojado a Beatriz de su alcázar, y Galeazzo, con milicias de Roma, de Narni, de Orti, de Orvieto, de Spoleto y también de Bomarzo —al frente de la cual iba mi padre— había sitiado durante cincuenta días a Fortebraccio, hasta que éste, vencido, capituló, y fue mandado a Città Castellana, a comer pan duro en la sombra, mientras Beatriz Farnese, con su hermano Galeazzo de un lado y del otro mi padre, entraba nuevamente en su reconquistado castillo. Galeazzo había estado entonces en Bomarzo repetidas veces. A mi abuela le encantaba el ágil empeño con que, desde un caballo colosal que se arqueaba y resoplaba bajo su peso insigne, dirigía las operaciones bélicas, pero también le encantaba su jovialidad enjundiosa y eso que tenía de balanceadamente señorial y que se reflejaba en su exquisita cortesía de patricio habituado a andar por los salones. Probablemente, cuando yo había estado en su casa en Bolonia y Galeazzo me había ahogado entre sus brazos cordiales, el caballero mencionó tales hechos, en la catarata de palabras con que me roció y en la que saltaba y vibraba el nombre de Orsini, pero, percibiendo la intensidad del afectuoso vínculo, no presté una atención prolija a lo que mascullaba su elocuencia de lengua pastosa y, distraído por la cercanía de Julia, dejé pasar, perdidas en el torrente, las alusiones a lo que ahora mi abuela me aclaraba.

“Te entenderás muy bien con Galeazzo —me decía—. Concédele siempre la razón; es lo único que exige; y obra luego de acuerdo con lo que juzgues que más convenga. Julia, si posee sus condiciones y ha heredado, como me describen, la hermosura de su madre, será la duquesa ideal de Bomarzo. ¡Alabado sea Dios! Ansío entregarle pronto las riendas del dominio, que ya se escapan de mis manos débiles. ¡Si las vieras, Vicino! Nadie reconocería ya a mis pobres manos.”

Levanté los ojos del párrafo y sonreí. Las manos de mi abuela continuaban siendo fuertes, y para que Julia, con sus noveles quince años, asumiera la responsabilidad de sucederla en el gobierno de nuestra casa, tendría que aprender bastante, pero contaba con una incomparable maestra. Y además, si se piensa en los escándalos de Gian Corrado Orsini, en los de Girolamo y en los míos, que no constituían una excepción en los castillos italianos sino se ajustaban al modo de vivir característico de entonces, se observará que el gobierno en cuestión no implicaba una policía doméstica muy rigurosa.

Mi abuela se explayaba después en consideraciones sobre las finanzas de los señores de Montalto. Había ahí dinero de sobra, fruto de opulentos aportes.

“No hay por qué desdeñarlo —añadía—, que la gloria de los Orsini es asaz gravosa, y tu flamante administrador Messer Bernardino Niccoloni, me parece más gastador que Martelli. Me hace muy feliz que hayas hallado a Porzia y a Juan Bautista; tal vez eso contribuya a que Messer Manuccio retorne a Bomarzo, de donde partió en forma tan inexplicable.”

La desaparición del padre de los mellizos seguía planteando aparentemente, para Diana Orsini, un enigma no descifrado. Era uno de los pocos secretos que yo creía haber conseguido mantener, frente a su astucia perquisidora, y si penetró las causas reales de la deserción de Manucio de nuestra economía, lo disimuló con admirable eficacia, prefiriendo pasar por ingenua a aceptar oficialmente la evidencia del indecoroso desorden de su nieto querido.

Hasta esa página, la carta de mi abuela había sido redactada como un himno jubiloso, entrecortado, según los altibajos de su humor, con las leves ironías inevitables no bien dejaba correr sus pensamientos —como cuando mencionaba la

“cintura generosa” de Galeazzo, o “el ojo izquierdo, indeciso, vagabundo”, de su abuela Yolanda Monaldeschi—, pero su tono cambió en la parte dedicada a Pier Luigi. Por Maerbale se había instruido de que yo había autorizado a Segismundo a ponerse a sus órdenes, pues eso facilitaría su carrera mundana, y Diana Orsini no compartía mi actitud. Quién sabe cómo presentaron el asunto Maerbale, Mateo y Orso, acaso, a pesar de su cacareada hombría, ofendidos por esa predilección que abría ante Segismundo perspectivas difíciles de calcular. En su aislamiento de Bomarzo, el hada tejedora estaba más al tanto que yo de los extravíos de Pier Luigi, con ser voluminoso lo que yo había oído y barruntaba al respecto, porque donde él estuviera, el susurro de los rumores se levantaba y el hijo de Alejandro Farnese andaba por la vida como si lo rodeara una nube de abejas zumbantes. Pero yo sólo estaba al corriente de murmuraciones, acerca de su carácter y de sus historias, mientras que mi abuela me ofrecía datos concretos.

Según ellos, Pier Luigi, educado por Tranquilo Molosso —de nombre tan contradictorio—, de acuerdo con lo establecido por su padre, había sido legitimado a los dos años, y a los dieciséis casó con Girolama Orsini, hija del conde de Pitigliano. De inmediato, sus brutalidades y su desvergüenza lo enemistaron con esa rama ilustre de nuestra prosapia. Rompió con los Orsini y se alió con los Colonna interviniendo, junto a Sciarra y a Emilio, en el saqueo de Roma. Robó cuanto pudo en aquella oportunidad pero mandó respetar la casa de Molosso, lo cual constituye tal vez su único rasgo simpático. En 1528, durante la guerra de Nápoles, lo destacaron con dos mil hombres a Manfredonia, que defendía bravamente Carlos Orsini, a quien derrotó. No, los Orsini no teníamos motivos para amarlo. Vencida Nápoles, fue destinado a Toscana y allí vivió ingratos momentos. Lo sostenía el marqués del Vasto, mientras que Ferrante Gonzaga se declaró su enemigo mortal. Por algo ignominioso, cuyas raíces se ignoraban —y cuya índole adiviné, por obvia, y mi abuela conocía seguramente—, lo arrojaron del ejército. Su padre no movió un dedo en su favor. Entonces apareció por Bomarzo, acompañando al cadáver de mi padre.

“Si yo hubiera estado al corriente de los pormenores que te cito, en aquella época —escribía mi airada corresponsal—, no lo hubiera recibido como lo acogí. Quizás calculaba con esa actitud ganarse la voluntad de los Orsini; quizás calcule que la ganará ahora por intermedio de Segismundo, aunque hubiera debido elegir un intermediario de más brillo, y sospecho que lo que lo mueve hacia él no es el interés público únicamente. Insisto en que es un rival nuestro, hostil y de cuidado.”

Poco menos que degradado de su jerarquía militar, Pier Luigi vivió subsiguientemente de trampas. El año anterior merodeaba alrededor de Perusa, con un puñado de mercenarios, más como un salteador que como un condottiero, hasta que en 1530, sin la autorización paterna, se presentó bruscamente en las fiestas imperiales de Bolonia.

“Tales son los fundamentos —continuaba expresando la carta—, y otros sobre los cuales prefiero no detenerme, dada su índole dudosa, pero que excitan a la maledicencia en especial, por los que Pier Luigi no desempeñó ningún papel en los fastos de la coronación. Habría allí cientos y cientos de saqueadores de Roma (y entre ellos el propio coronado), pero el papa no pudo desquitarse de ellos; en cambio Pier Luigi, abandonado por los imperiales y por su padre, a quien no le convenía jugar una carta demasiado alta en su defensa, Pier Luigi, con su actuación espectacular posterior al pillaje, fue depositario de la ira del papa. Los Farnese se empujan los unos a los otros, abriéndose camino hacia las posiciones

de primer plano, cosa que no me parece reprochable y que si a mano viene te ayudará en la vida, cuando cases con Julia; y comprenderás que si el padre de Pier Luigi, que goza de particular valimiento junto a Su Santidad, no exhibió a su retoño en el proscenio boloñés, tan oportuno para destacarse ante el orbe, fue porque las circunstancias desagradables lo tornaban imposible. De no ser así, ten la certidumbre de que el cardenal lo hubiera impulsado con el vigor de su influencia. Alejandro Farnese es hombre de sentimientos familiares. Sus hijos, aunque ilegítimos, pasan para él antes que nada, pero acaso le tema al peligroso Pier Luigi, capaz de barbaridades ciegas. De cualquier manera, si Alejandro sucediera a Clemente de Médicis en el trono de San Pedro, lo cual es muy presumible, porque tu pobre abuelo no me parece contar con votos suficientes, y lo prueba el hecho de que ni siquiera haya conseguido el capelo para Maerbale, conjeturo que este muchacho dará mucho trabajo, con su viciosa furia, y que será el dueño de Roma. No dudes de que terminará mal.”

Algunas reflexiones ácidas vinculadas con la escasa jerarquía de mi ubicación en esas mismas ceremonias —que Maerbale, naturalmente, complaciéndose en herirla, le había subrayado— se endulzaban por fin con el reiterado elogio de la hermosura de Julia, alabada por mis primos, y con la manifestación de su deseo de tenerme pronto en sus brazos.

Más tarde, cuando la evolución vertiginosa de Pier Luigi me demostró qué proféticas habían sido sus palabras, medí la hondura de su sagacidad. Por el momento, al tiempo que me halagaba cuanto me refería con relación a mis futuros parientes y al físico de Julia, me impacientaba que juzgara así —aun sobrándole títulos— mi resolución de dejar a Segismundo junto a Pier Luigi, que yo había reputado ladinamente política, pues era una de las escasas decisiones que había adoptado sin consultarla, y ella seguía regañándome como si fuera un niño. La verdad es que, si por un lado yo necesitaba que me tratara como a tal, en los instantes de flaqueza y de temor en que requería su refugio, mi vanidad hubiera preferido que por lo menos modificara su tono al enrostrarme mis equivocaciones, y que me diera la impresión de que, hasta cuando erraba, yo era el hombre, el amo, el duque.

La preocupación de mi abuela por la forma en que yo había sido relegado en Bolonia, si bien se justificaba bastante en nuestro pequeño mundo celoso de las jerarquías que había conquistado, me sorprendió. Fue el primer tema que abordó en Bomarzo a nuestro regreso. Cuando le referí la extraña impresión que había experimentado ante la efigie de San Segismundo, y le insinué que mi padre y yo podríamos parecernos, se incorporó en su lecho un instante, me tomó una mano y dijo:

—A tu padre no le hubiera sucedido en Bolonia lo que a ti. Tu padre era, con todos sus defectos, un Orsini cabal, y sabía lo que eso significa.

La miré, como si descubriera a una persona nueva, como si en la altura de su vejez de matriarca, Diana Orsini me revelara una faceta más de su espíritu inagotable. Es cierto que, desde mi infancia, ella se había dedicado —y lo había conseguido— a infundirme el orgullo de mi raza, transmitiéndome en sus narraciones el resplandor glorioso de una estirpe que, aun en el crimen, tenía una grandeza casi mitológica, pero hasta entonces había actuado junto a mí como una amiga, y ahora yo percibía por primera vez cierto rencor en su manera. ¿Las relaciones de Diana Orsini con el duque de Bomarzo serían distintas de las que

había mantenido con Vicino, su nieto, el niño giboso? ¿Al adquirir el ducado habría perdido yo lo que más me importaba, su amor indulgente?

—El duque de Bomarzo —añadió, confirmando parte de mis presunciones— es responsable ante los Orsini. Ha recibido un legado, y su tarea consiste en conservarlo y enriquecerlo. Tú puedes hacer tal o cual cosa condenable... y ya las has hecho y las seguirás haciendo, Vicino, porque tu naturaleza es flaca; puedes hacerlas aunque no deberías, pero lo que no puedes ni debes hacer, bajo ningún concepto, es tolerar que se retroceda un palmo de la posición que hemos ganado arduamente, a lo largo de siglos, entre todos. Para ti, más que para ninguno de esta casa, los Orsini y los intereses de los Orsini han de pasar antes que nada y que nadie. Es como si siempre levantarás una bandera. Hazla flamear, Vicino. Quisiste ser el duque y yo quise también que lo fueras; no me demuestres ahora, cuando estoy a las puertas de la muerte, que me he equivocado.

Farfullé que exageraba, que en Bolonia no me había ido tan mal, puesto que Carlos Quinto me había armado caballero y de allá había traído la promesa de Julia, pero comprendí que tenía razón. Los propios bastardos, Alejandro de Médicis y Pier Luigi Farnese, me habían dado el ejemplo, con su enfado porque en las ceremonias de la coronación no se les concedían los lugares que pensaban debidos. A mí me habían pospuesto y yo no había alzado ni una queja, no había sabido imponerme. ¿Qué?, ¿me había resignado a circular por la vida, con mi título y mi nombre auestas, como un jorobado indigno de esos privilegios?; ¿mi toma de posesión de un estado que envidiaban muchos se limitaba a meros desplantes para deslumbrar a mis aldeanos y a unos funcionarios de provincia?; ¿creía yo que había bastado que usufructuara el *homagio mulierum*, respondiendo a ansias libidinosas y al afán de probarme mi hombría, para afirmar que era esencialmente el duque, como lo habían sido mi padre y mi abuelo?; ¿me conformaría con ser un Orsini a medias, como mi otro abuelo, el caduco, que en la corte de Clemente VII desempeñaba un papel decorativo y no había logrado intimidar y hacer valer lo que significaba, colocando a Maerbale en el Sacro Colegio... aunque el cardenal Franciotto, por su anterior bravía de condottiero, había realizado proezas que le aseguraban un sitio entre los auténticos Orsini?

Salí de su habitación agraviado. La sangre me ardía.

Para ahuyentar esos pensamientos desazonantes, que proclamaban mi inicial y estúpido fracaso —un fracaso cuya magnitud yo no había vislumbrado en el momento, por falta de experiencia cortesana, pero que mi vigilante abuela me había dado a entender sin disimulo—, me refugié en el amor de Julia. Siempre he necesitado, cuando me sentía solo y medía mi debilidad, refugiarme en un hombre o en una mujer, y puesto que no contaba con mi abuela, a quien había incumbido —¡tan luego de ella!— echarme en cara el daño simbólico que yo les había causado a los míos, busqué abrigo en el recuerdo de una niña de quince años. El sentimiento que ella despertaba en mí se avivó y creció, como si hubieran soplado sobre una llama tenue, porque Julia representaba para mí, frente a la idea de derrota y de incapacidad que surgía de mi blanda transigencia ante la postergación ofensiva de Bolonia, la idea de triunfo, ya que su promesa de matrimonio, tan halagadora, tan exactamente ajustada en el planteo de mi abuela, atestiguaba que yo era capaz, si me lo proponía, de rematar mis aspiraciones y de publicar a la faz del mundo que merecía ser el duque de Bomarzo. Mi amor por Julia brotó así de la cobardía y del agradecimiento. No entró en mis cálculos lo que podía deberle en su conquista a la magia oscura de Silvio. Únicamente pensé en la victoria que derivaba de Julia y que compensaba otros descalabros, no sólo

aquél, circunstancial, del desdén que había sufrido en Bolonia, sino hasta la frustración que implicaba mi giba. Julia me aceptaba tal cual era y eso bastaba para que yo me sintiera redimido y para que me consagrara a amarla con todas mis fuerzas.

Nunca la amé como entonces, en la soledad de Bomarzo. Mis relaciones con mi abuela se restablecieron, afectuosas, pero en nuestro vínculo se había hendido la fisura que las críticas, aun las ecuánimes, abrían en mi enfermiza sensibilidad. Y me abracé al fantasma de la niña de los ojos claros, que le inspiraba a mi aislamiento un raro vigor. La amé románticamente, novelescamente, en los caminos despoblados que rodeaban al palacio, y a cuya vera se erguían las orquídeas salvajes, amarilleaban las primulas, se rizaban los helechos, y los zarzales se enredaban con los mimbres. Llevaba a mi amor conmigo, secretamente. Así como esas plantas y flores se mezclaban en las márgenes de los arroyos y la oquedad de las peñas, en mi amor se confundían y exaltaban antiguas emociones. El recuerdo de Adriana dalla Roza, muerta en Florencia; el de Abul, perdido quizás para siempre, se unían en mi fresca pasión y la nutrían de imágenes. Cuanto para mí, hasta entonces, había tenido que ver con el sentimiento que estremece y transporta, coadyuvaba a modelar la figura de mi amor nuevo que exigía esas contribuciones para madurar, porque era tan poco, en verdad, lo que yo había recibido de Julia, vista apenas, tan poco lo que de ella sabía, que su fuego había menester, para alimentarse, del calor de brasas que yacían bajo la ceniza de un vago olvido.

Le escribí, le escribí muchas cartas en las cuales le explicaba lo que me sugería y lo que sería nuestra existencia futura en Bomarzo. Las obras arquitectónicas emprendidas por mi padre habían terminado ya, y yo acechaba la ocasión de realizar aquellas que harían perdurar mi nombre, inseparable del castillo. Por lo pronto, quería hacer pintar, en una serie de frescos distribuidos en techos y paredes, escenas que pregonaran, a la par de las victorias de la guerra que habían dado a los míos tanto lustre, las victorias del arte, que yo consideraba mis victorias con una fatuidad que no tenía más fundamento que las inclinaciones de mi diletantismo. Y en la habitación de más fasto mandarían copiar, en gran escala, mi horóscopo. Ella me respondía, de tanto en tanto, unas breves misivas circunspectas, fiscalizadas por Galeazzo Farnese, que yo devoraba como manjares no obstante su escolar sencillez. Cuando llegaba una, descendía al jardín donde se desperezaban los gatos blancos de mi abuela y la leía lentamente, tratando de indagar entre líneas y de extraer de su texto un jugo vital que en realidad no contenía pero que yo paladeaba por el solo hecho de haber sido redactada por Julia. Corría después al espejo de mi aposento, alzaba el lienzo que lo velaba, y observaba, por centésima, por milésima vez, mi cara, sus ángulos, la densa profundidad de mis ojos, mis largos dedos de alabastro, mis venas azules, mis ovaladas uñas. Movía los candelabros, situándolos en posiciones estratégicas no sólo para realzar lo mejor de mis rasgos sino para que, al colocarme hábilmente, mi giba desapareciera en la penumbra, y me conceptuaba digno de ser amado.

Una noche, tomé las cartas que hasta entonces había recibido —eran cuatro— y bajé con ellas al jardín. Iba a leerlas a la luz de la luna que recortaba los montes Cimini y se reflejaba en el agua clamorosa de sapos. Las fui desplegando, y estaba embargado en su contenido lacónico, infantil, que al pasar por el tamiz de mi imaginación se transformaba y encendía, cuando me derribó un fuerte golpe en el hombro. Alguien, con una espada desnuda, me enfrentaba, quería

matarme. La capa y el birrete le cubrían la faz. Era menudo, ágil. Me incorporé, saqué la daga y me defendí. Chisporroteaban los aceros. Grité, grité, llamando a mi gente. El agresor se perdió en la maraña. Como en Rímini, habían tratado de asesinarme y la prueba era mi hombro sangriento, pero esto no podía ser urdido por Pantasilea, como había sospechado en Rímini, ni lo de Rímini, probablemente, tampoco. Regresé tambaleándome al castillo, en cuyas terrazas cabeceaban las antorchas y los pajes voceaban mi nombre, alertados, y, con el puñal todavía en la mano, subí a la cámara donde Silvio estudiaba hasta tarde la ciencia hermética de los horóscopos.

Pier Luigi Farnese creía en adivinos y en fabricantes de horóscopos, como el cardenal, su padre. También creyeron en ellos y los consultaron constantemente Francisco de Francia y el emperador Carlos. Y en ellos creyeron Sila, Julio César, Tiberio, Nerón... Y mi pariente, el gran condottiero Nicolás Orsini, a quien debí mi propio horóscopo. En cuanto a mí, no hubiera podido dejar de creer en quienes miran en los astros el dibujo de la vida humana y piensan, como Aristóteles, que este mundo está ligado de una manera necesaria a los movimientos del mundo superior. Me remito a las pruebas. Ni las opiniones de los técnicos astrónomos, ni la aguda refutación de San Agustín, ni los infinitos errores y contradicciones ocurridos en ese dominio —como el anuncio de un nuevo Diluvio universal, seis años antes de lo que voy narrando, que convulsionó a Europa y se tradujo al revés en una espantosa sequía— han logrado convencerme de lo opuesto. Aquí estoy yo, vivo, en mi casa, escribiendo en mi biblioteca, para atestiguar que por lo menos en un caso, sensacional por su única rareza, los que escrutan al cielo y coordinan su posición con el destino de los hombres son capaces de deducciones sorprendentes.

Por eso cuando Silvio me dijo, en Bolonia, que Pier Luigi, enterado de su inclinación a la magia, le había aconsejado que estudiara la sabiduría de los estrelleros, lo estimulé a mi vez por ese camino, facilitándole los medios para adquirir cuanto había menester. Desde que regresamos a Bomarzo, el muchacho de Narni se enclaustró en un desván del castillo, con libros, manuscritos y cartas planetarias, y lo vi muy poco. Porzia lo acompañaba en su docta soledad que prolongaba hasta el alba una luz, detrás de sus postigos, como si una chispa caída de los astros que analizaba sin reposo continuara ardiendo en el corazón de nuestra fortaleza.

Allí fui a buscarlo, temblándome en la diestra la daga desnuda, y allí lo encontré.

Silvio había envejecido mucho en los últimos tiempos. Nadie diría que tenía bastante menos de treinta años. La llama del candil puesto sobre la mesa, en una desplegada confusión de números, diseños y abiertos volúmenes, le burilaba en la ceñuda frente y alrededor de la boca y de los ojos frunces y estrías que se ahondaban hacia las sombrías cavidades de las órbitas. Su delgadez extrema se acusaba entre los pliegues mustios del negro ropón. Detrás, en la pared, perfilábanse en una tosca pintura los contornos del *Agatomaïdon*, la superficie egipcia con leonina cabeza y una corona de doce rayos que representaban los signos del Zodíaco. Silvio leía, anotándolo, el *Tetrabiblon* o *Quadripartum* de Ptolomeo, traducido al latín de la versión árabe, que enseña que los astros se dividen en masculinos y femeninos y que trae esenciales noticias acerca de las cualidades propias de los distintos planetas, de los cuales proceden sus variantes influjos. Confrontaba esa lectura con la de otro libro, más pequeño, y cuando

entré, sin percatarse de mi demudado aspecto, pues lo embargaba la investigación, se puso de pie y exclamó, fascinado:

—A punto llegas, duque. Oye lo que declara Plotino: las estrellas poseen una fuerza análoga a la de los vientos que empujan a las naves; pueden agitar el cuerpo sobre el cual viaja el alma, pero ésta es libre. De ese modo se concilia la existencia del libre arbitrio con la de una acción oculta de los orbes celestes, y se comprende que el cardenal Farnese, príncipe de la Iglesia Católica, consulte a los horóscopos sin religiosa condena.

Quise interrumpirlo, pero estaba demasiado metido en su asunto:

—He analizado en estos días tres horóscopos de Nuestro Señor Jesucristo: el de Cecco d'Ascoli, a causa del cual su autor pereció en la hoguera; el de Tiberius Russilianus Sextus de Calabria y el de Gerolamo Cardano, quien sueña sus libros, como un iluminado, antes de componerlos; y te aseguro que es cosa de maravillar. Todo está allá arriba —añadió señalando por la ventana la encendida bóveda—; las estrellas son los ojos con los cuales nos observa Dios, quien cumple procesos naturales utilizando esas estrellas animadas, dotadas de ciencia y conocimiento. Escucha ahora lo que dice Guido Bonatti, astrólogo de los Montefeltro, en su *Liber Astronomicus*...

Solté el puñal sobre la mesa y el ruido seco despertó a Porzia, que dormía en un jergón. Su asombrada hermosura, realizada por la nieve de los pechos descubiertos, redondos, que tapó rápidamente, se alzó como una lámpara en la estancia penumbrosa.

—Vete, Porzia —le ordené—, tenemos que conversar.

La muchacha escapó hacia abajo y yo me tendí en el camastro que conservaba su olor, comunicándome un viril enardecimiento.

—Han pretendido asesinarme esta noche, Silvio. Alguien persigue mi muerte. Necesito hallar al culpable.

El secretario guardó silencio; después chistó suavemente.

—¿Sospechas de alguno, Silvio?, ¿de Pantasilea... de Messer Manucio... de... de mi hermano?

Volvió a callar. Las oscilaciones de la vela daban extraña vida a la serpiente del *Agatmaidon*, como si sus anillos se retorcieran en la pared bajo la diadema zodiacal.

—Tendría que examinar tu horóscopo.

—¿Y tus demonios?, ¿no nos ayudarán?, ¿sospechas de alguno?

—Luego se sabrá. Todo está en las estrellas, instrumentos, según Alberto Magno, con los cuales la Primera Causa gobierna al mundo. Los edictos de Augusto, de Domiciano y de Adriano nada consiguieron contra la astrología.

—Dime quién es el asesino.

—Luego se sabrá. Ahora me prestarás tu horóscopo.

Descendimos juntos, sin cambiar palabra, hasta la habitación donde había escondido el escrito de Sandro Benedetto.

—Entre tanto, Excelencia, no te quites jamás la cota de búfalo. Duerme con ella.

—¿Hablarás con tus demonios?

—Luego se sabrá. Mira... Marte y Venus, regentes de la Casa de la Muerte, instalados en la de la Vida... triunfo de lo inverosímil...

Delante de nosotros, en el decorado dibujo del físico de Nicolás Orsini de Pitigliano, uníanse los triángulos, las letras y las cifras. Aguzando el oído, era

posible percibir un rumor que procedía quizás de los distantes arroyos, como de esferas que rotaban levemente sobre la gravedad del silencio.

—Nadie, ni Astolfo, ni Orlando, ni Alcina, ni Marfisa, ni Merlín, te podría matar, duque de Bomarzo. Nadie.

La fractura de Maerbale se soldaba lentamente. Habíanlo entablillado y pasaba las tardes primaverales al sol, leyendo o charlando con Orso y Mateo. Luego, a medida que la curación progresaba, comenzó a caminar, apoyándose en un bastón y en el hombro de uno de sus primos. Renqueaba y eso hubiera debido aproximarnos, pues compartíamos fugazmente por lo menos una, la más benigna, de mis irregularidades, pero no fue así. Desde Bolonia, advertía yo que un muro nuevo se levantaba entre nosotros, y esa valla se podía atribuir a dos hechos, quizás a ambos: a su inclinación por Julia Farnese, acaso exagerada por mis celosas sospechas, y a la evidencia oficial de la pequeñez de su posición junto al duque, ya que si Carlos Quinto no lo había armado caballero ello no se debió al accidente (como el propio Maerbale difundió en Bomarzo), pues nunca se mentó esa posibilidad antes de que el derrumbe de los andamios en San Petronio lo tornara prácticamente irrealizable, sino a que la poca jerarquía de mi hermano no lo hacía digno de un honor reservado a los grandes. Supongo que tales comprobaciones removieron su humor pernicioso. Lo que supe, en forma concreta, es que había escrito a nuestro abuelo, en Roma, exigiéndole una explicación definitiva acerca del asunto de la púrpura, porque de desechar (como le correspondió hacer sin consultarlo) ese vedado camino espléndido, anhelaba forjarse un nombre, lo mismo que nuestros antecesores de más prestigio, por medio de las armas. El cardenal no le contestó. No dudo de que la misiva de mi hermano, al enrostrarle su falta de influencia, con artificios de aparente cortesía, habrá irritado hondamente a Franciotto Orsini. En cuanto a mí, no bien me enteré de que Maerbale proyectaba, al recobrar el uso de su pierna, ensayar el régimen de vida memorable y remunerativo de los condottieri, me torturaron negras cavilaciones.

Desde mi vuelta a Bomarzo había creído captar en torno, como un zumbido imposible de localizar, la inquietud de mis vasallos con referencia al futuro duque. Estaban al tanto del modo en que me había acogido y armado el emperador —no de mi postergación protocolar, celosamente ocultada por mi abuela, mi hermano y mis primos, pues era algo cuyo disimulo nos interesaba a todos, incidiendo sobre el valimiento de la casa— y ahora calculaban que yo seguiría las huellas de mi padre y de mis mayores guerreros, empuñando la espada bendecida y participando de expediciones militares junto a los príncipes heroicos. No paraban mientes en las circunstancias físicas que me lo impedían. Mi gloria sería la gloria de Bomarzo, y de ella, como de la de quienes me habían precedido, se ufanarían ante las gentes de los pueblos cercanos que escapaban a mi jurisdicción. Estaban habituados, a lo largo de los siglos, a ver salir a los mozos de Bomarzo detrás de las banderas osunas, a las órdenes del heredero, y descartaban, por obvio y natural, que esa tradición inseparable de mi ubicación en el mundo continuaría cumpliéndose. Para ellos yo no era ya el muchacho jorobado, sino el duque, y como tal me alcanzaban obligaciones ineludibles. La idea de que el carácter ducal eliminaba mi giba, convirtiéndome en un símbolo de perfección, hubiera debido alegrarme y robustecerme, pero, al contrario, añadió una angustia a las que me roían. No me sentía con fuerzas para blandir una lanza, actitud que hubiera subrayado ridículamente lo intrincado de mi estructura y que

repugnaba a mi ánimo, movido desde la niñez por otras preocupaciones. Observe el lector que ese zumbido, esa atmósfera expectante, tal vez no existían en la realidad y habían sido imaginados por mi desconfianza alerta y que lo más verosímil es que quienes de mí dependían barruntaran que un jorobado no estaba destinado a los ejercicios bélicos, mas yo reaccionaba siempre así, agujoneado por el recelo, y veía doquier fantasmas perturbadores. Ahora, la conocida decisión de Maerbale agravaba mi zozobra. Él haría lo que yo hubiera debido hacer, y esa eventualidad me desesperaba. Sin comunicarlo a nadie, escribí yo también a nuestro abuelo, insistiendo en que era sustancial, para el crédito de los Orsini de Bomarzo, que Maerbale fuera exaltado al cardenalato, y tampoco obtuve respuesta. El traslado de Maerbale a Roma, al Sacro Colegio, hubiera significado para mí, por distintas razones, el fin de una pesadilla. De cualquier manera, quise sacar algún fruto de mi actitud, diciéndole a mi hermano que había intervenido ante Franciotto Orsini en la cuestión de la púrpura: de esa suerte obligaba a su agradecimiento, y si Maerbale percibía, por transparentes, los verdaderos móviles que me habían impulsado a proceder así, no me importaba; lo importante era que supiera que yo, el duque, velaba por el provecho de los míos.

Dos acontecimientos inesperados me distrajeron entonces de mi tribulación de combatiente presunto: en Bomarzo nació un niño, a quien bautizaron con el nombre de Fulvio, y en mi correspondencia llegó una carta equivocada.

La madre de Fulvio, una aldeana de veinte años, juró que Maerbale —que a la sazón contaba diecisiete— era el padre precoz de la criatura. Maerbale se negó a reconocerlo, pero la insistencia de la pobre moza y un cúmulo de detalles nos aseguraron que era hijo suyo. Informado del caso, dispuse que la aldeana y el niño fueran enviados a nuestro palacio de Roma, con falsa magnanimidad, pues odiaba a los bastardos y lo que quería era que el pequeño desapareciera. Ése fue el famoso Fulvio Orsini, escritor, arqueólogo y anticuario, que llegó a canónigo de San Juan de Letrán y publicó las admirables *Imagines et elogium virorum illustrium et eruditorum ex antiquis lapidibus et numismatibus expressa cum annotationibus*, y que más tarde me ayudó en la clasificación de mis colecciones.

Por el momento su nacimiento me encolerizó profundamente. Maerbale se me adelantaba hasta en la tarea de prolongar la estirpe, cuando yo ignoraba, con mis complejos, si sería capaz de hacerlo. Imaginé con rabia el riesgo, por las turbias flaquezas de mi sensualidad, de que Bomarzo pasara algún día a manos de los herederos de Maerbale —sin tener en cuenta que mi fabulosa condición de inmortal parecía otorgarme el ducado eternamente— y suspiré porque mi boda con Julia se consumara cuanto antes, pues de repente ansiaba un vástago. También yo había andado con campesinas, como Maerbale; también yo las había tumbado en la paja de los graneros, pero de hijos naturales —que en ese momento ambicionaba y rechazaba simultáneamente— no tuve la menor noticia.

Y la carta... la carta que me entregaron por un error del emisario ebrio encargado de traerme las que me escribía Julia Farnese, no estaba dirigida a mí sino a Maerbale. ¡Maerbale, siempre Maerbale, mi obsesión, mi solapado enemigo! Nada me indicaba, dentro de su brevísimo texto que recorrí con angustia estupefacta, que existiera un entendimiento culpable entre mi hermano y mi prometida. Julia se limitaba a darle unas noticias anodinas de su vida en Roma y a destacar su deseo de establecerse pronto en Bomarzo. Se despedía de él respetuosamente. Podía ser una simple carta fraternal, resultado de la amistad ingenua que entre ambos había crecido en Bolonia, pero también cabía suponer que su redacción insípida derivaba del temor de que cayera en mis manos. Lo

indiscutible es que entre ellos se había establecido una correspondencia secreta, a mis espaldas.

La ira, la decepción, me anonadaron. ¿Planearía Maerbale despojarme de lo que había conquistado y en consecuencia sería él quien atentaba, por medio de mercenarios espadachines, contra mi tenaz permanencia en el mundo? La misiva incógnita de Julia me indicaba que el sortilegio de la muñeca hechizada por Silvio de Narni no había obrado. Lo otro, lo de la supresión oportuna de mi padre, a raíz del conjuro de la terraza de Bomarzo, bien pudo haber sido una casualidad. Y la narración de Palingenio —el primero que me reveló la fuerza mágica del paje, en la carretera de Roma, cuando me habló de los demonios— acaso fue fruto de la extravagancia del filósofo alucinado. Si el paje carecía en realidad de ese dominio diabólico, si me había engañado aprovechando las coincidencias, para medrar a costa de mi candor, yo estaba perdido, pues harto sabía que solo, desprovisto de un socorro fantástico, no me atrevería a enfrentar la vida con mis débiles armas.

Pensé obligar a Silvio a mostrar el juego, para resolver a qué atenerme, pero temí, si erraba, quedarme sin su alianza valiosa. Lo más inteligente —y lo que más se avenía con mi carácter irresoluto— sería dejar transcurrir el tiempo. Ya veríamos. “Luego se sabrá”, había dicho mi secretario. Le hice llegar la carta a Maerbale, para no despertar sospechas, y después de haber conjeturado que si abrazaba la profesión de condottiero eso contribuiría a mi descrédito, me empeñé, tan mudable era mi ánimo sacudido por las adversas corrientes, para que siguiera la senda de nuestros antepasados. Me consumía la urgencia de que partiera de Bomarzo cuanto antes: que se cubriera de gloria, pero que me dejara en paz, con Julia, con mi castillo, con mis colecciones, con mi dulce vergüenza, con mi inmortalidad gravosa. La perspectiva de eliminarlo cruzó por mi mente. Había muerto Beppo; había muerto Girolamo... Matar a Maerbale... borrarlo... Mi cobardía no lo osó. Que se fuera.

Entre tanto, sin quitarme la cota de búfalo ni para dormir, como me había aconsejado Silvio; sin salir nunca solo de la fortaleza; sin comer nada que otro no hubiera probado; encerrado, la mayor parte del tiempo, con mi abuela y sus mujeres, o con mis perros y mis cuadros de genealogía, me apliqué a escribirle a Julia unas cartas encendidas en las que deslizaba trampas astutas. Ella no cayó ni una vez. Eludía las emboscadas con suelta elegancia. Redoblé el acecho de los correos; no trajeron nada para Maerbale a Bomarzo; si se comunicaban lo harían a través de cómplices, en las vecinas aldeas.

Hasta que un día Silvio de Narni me manifestó que según Saracil, Sathiel y Jana, mi único hermano era el que deseaba mi muerte. Me propuso que lo suprimiéramos en seguida. Sería fácil, por dinero, conseguir la colaboración de Mateo y de Orso. Esa misma tarde, Maerbale me anunció que a la mañana siguiente, si yo no resolvía otra cosa, se iría a Venecia, a incorporarse a las huestes de Valerio Orsini de Monterotondo, camarada y primo de mi padre, que luchaba a las órdenes de la República Serenísima. Lo autoricé, vacilando. Por la noche, para infundir vigor a mi despecho, rumié los recuerdos dolorosos del tiempo en que, con Girolamo, me perseguía. Lo vi, torcido sobre mí, cuando el primogénito me martirizó y me horadó la oreja. Me vestí, desenvainé la daga, caminé hacia la habitación de Silvio, pero antes de llegar las fuerzas me abandonaron. No podía hacerlo. No podía matar a Maerbale.

Y Maerbale partió con Mateo, con Orso y con doscientos hombres a quienes había convocado para la empresa y que se desgarraban de Bomarzo radiantes de

júbilo frente a la perspectiva de los saqueos. Alejóse de la roca la cabalgata, como en la época de mi padre, como en la época de mi abuelo, como siempre, desde que los Orsini éramos dueños de la heredad. La gente se agolpó para mirarlos. Los bendijo el capellán. Gritaban las mujeres su despedida, y la familia de Fulvio, el bastardo, lloró como si perdiera un pariente. Un ancho vuelo de palomas ondulaba sobre los estandartes. Todo, el castillo, los jardines, el bosque, la iglesia, el pueblo apretado alrededor de los bastiones con los cuales se confundía su costra herrumbrosa, resplandecía con distinta luz, dorado, porque los nuestros se iban a la guerra. ¿A la guerra? ¿No iría Maerbale a raptar a Julia, a robármela? ¿Y yo?, ¿qué hacía, qué maquinaba yo para defenderla? Yo, acodado en una balaustrada, junto a Messer Pandolfo, a Silvio, a Porzia, a Juan Bautista Martelli y a Bernardino Niccoloni, el intendente, oteaba el vasto azul, las marmóreas nubes, las colinas, las manchas verdes y grises, el alejarse de la columna de hormigas. Mi abuela se asomó a su ventana y agitó un velo.

Un ramalazo de bochorno me enrojeció la cara. Apreté los dientes hasta hacerlos crujir. Tuve el presentimiento de que estaba desperdiciando una ocasión crucial de mi vida. Llevé aparte a Silvio.

—Amigo —murmuré al oído del astrólogo—, he mudado de parecer. Hay que terminar con el traidor.

—Ya lo he previsto —me respondió el fabricante de brujerías, y me humilló comprobar que los demás adoptaban por su cuenta, temerariamente, las resoluciones que me incumbían y que postergaba mi flojo titubeo.

Los caballitos ponían distancia, al galope. El polvo palpitaba sobre ellos como un palio irisado. Maerbale, delicado insecto de plata, nos saludó, sacudiendo los élitros, las antenas multicolores. Atravesada en el lomo de un mulo, conducían su armadura, como un héroe muerto. El administrador me preguntó, creyendo adularme, justamente lo que no debía:

—¿Cuándo partirá Su Excelencia a la campaña? Por aquí se susurra que intervendrá en el asedio florentino, a favor de los Médicis.

El frío de mis ojos heló sus palabras. Ese hombre, ese imbécil, no me servía. Habría que echarlo a la primera oportunidad.

Juan Bautista Martelli estaba a mi lado, rozando el mío con su abandonado cuerpo. La transpiración le pegaba sobre la frente un mechón rubio. Lo oí jadear como si se sofocase y me estremeció el apremio de desahogarme en seguida de mi vejación, para no estallar, para no correr a la habitación de mi abuela, arrastrando el fardo de mi giba, con mis eternas lamentaciones, con el impúdico exhibir de mi incapacidad descorazonada. Lo tomé de un brazo.

—Vamos —le dije.

Y lo empujé hacia mi aposento, mientras que en los meandros del valle aparecían y desaparecían las banderas, serpenteando, como si jugaran, como si se mofaran.

La partida de Maerbale aflojó la tensión que apretaba a Bomarzo. Continué mi correspondencia con Julia, como si nada hubiera pasado, y hasta pensé conseguir, por una ficción de autoengaño, relegar la carta suya a Maerbale a la condición de las vagas pesadillas. Deseaba ardientemente engañarme, porque necesitaba dolorosamente que me amaran —mucho más que amar yo mismo— y por eso fui apartando la carta de mi memoria, desfigurándola, reduciéndola todavía más dentro de su corta estructura hasta obtener, si no que se evaporara, por lo menos que se convirtiera en algo informe, impreciso, cuya inocuidad

procedía de que, al evitar recordarla, actuaba como si no hubiera existido. Pero había existido y me acechaba, y de repente, cuando descuidaba la defensa, creyendo haberla destruido, la carta saltaba ante mis ojos, flamígera, y su visión volvía a agitarme.

Buscando distracción de esas inquietudes, me dediqué a vigilar la administración de mis tierras. Revisé las cuentas de Messer Bernardino Niccoloni, tarea que repugnaba a mi prejuicio de que los príncipes debían abstenerse de faenas propias de comerciantes, y comprobé que el intendente me robaba. Presentábase, pues, la ocasión de despedirlo, pero mi incertidumbre fluctuante obró como otras veces, cuando se trataba de adoptar una medida radical, y me circunscribí a amonestarle y a señalarle, con imperioso desprecio, que los ojos del amo estaban fijos en él. Messer Bernardino era astuto y sabía manejar los argumentos y las cifras; desde entonces procedió con más cuidado, ciñendo sus ambiciones.

Su mujer me obligó, inesperadamente, a acordar una resolución salomónica. Era una hembra seca, refunfuñadora, bastante sucia, que sólo entibiaba sus arideces con una pasión: la de los gatos desamparados. De noche, cuando los perros aullaban en la cárcel de los patios y las huertas y en la lontananza campesina, la grey gatuna invadía con sus felpas y sus esmeraldas la soledad de Bomarzo. A menudo los había visto yo, tardío paseante, ambular por las callejas, erizarse en los umbrales, decorar las tapias con sagradas esculturas de basalto como si transformaran la aldea en un pueblo oriental en el que nadie hubiera osado tocar a los animales divinos. Maullaban de hambre y de amor, y sus gritos herían el aire. Algunos vecinos, desvelados, abrían las puertas con estrépito para ahuyentarlos. Entonces —fui testigo de ello en varias ocasiones— dos súcubos murmurantes aparecían en los opuestos extremos de la calle empinada a cuyos lados se apretaba la población y sobre la cual se desplomaba, colosal, la sombra del castillo. La mujer de Messer Bernardino y la mujer de uno de los dos bufones de mi abuela cumplían sus ritos de protectoras de los gatos. La señora Niccoloni, alta y severa; la señora del bufón, gruesa y mimosa, rivalizaban en su afán por alimentar al ejército de felinos sin dueños. Con sendas canastas, la una descendía y ascendía la otra por la delgada calle, y los gatos, brincando fantásticamente, como poseídos, o enarcando los lomos y las colas, acudían a su encuentro como si flotaran en un río lunar. Por fin, al término de su respectivo avance, ambas samaritanas, escoltadas por sus correspondientes criaturas famélicas, vacíos ya los opulentos envases, topaban en el centro de la vía, y el concierto de maullidos era sustituido o ampliado por un torneo de palabras obscenas, con el cual las adversarias daban rienda suelta a los celos de su mecenazgo. Sé que la señora Niccoloni enloquecía a su marido para que obtuviera que mi abuela despachase al bufón a Roma, a fin de suprimir a su antagonista nocturna. Yo lo hubiera deseado también, aunque por distintas razones, pues me irritaba la presencia, en Bomarzo, de aquel enano anteojado de pelo naranja, que si no tenía mi joroba, que le hubiera sido tan útil, actuaba como si la llevase. En toda gran casa italiana había bufones —no dos, como en la nuestra, sino muchos— y eso, que daba tono y era un índice de jerarquía, detuvo mi impulso de eliminarlos. Por lo demás temía que, al desterrarlos, la cosa se comentara en la corte papal, y que dijeran, haciendo una broma fácil, que en Bomarzo para bufón bastaba conmigo. Las quejas de los moradores, silenciadas primero por la circunstancia de que anduviera de por medio la esposa del intendente, crecieron y alcanzaron a mis oídos, con el reclamo de que, puesto que el administrador no se ocupaba de ello,

siendo parte en el juicio, el propio duque pusiera coto al barullo. No me quedó más remedio que intervenir y escuchar a las litigantes. Fue algo grotesco, digno de Aristófanes. Mandé dibujar un plano de la calle disputada y en su centro mismo tracé, con pulso firme y tinta verde, la línea exacta que separaba las dos jurisdicciones nutricias. Después reinó la paz. Si los gatos cruzaban esa línea, las enemigas no debían llamarlos, so pena de perder sus monopolios. Los llamaban, claro está, con unas voces suavísimas, con ademanes cautelosos que imitaban, en su sigilo, los de los atigrados rebeldes. Alguna noche las espíe desde una ventana, puesto de codos entre los gatos de mi abuela, príncipes blancos, Orsinis del gaterío, y las vi deslizarse con sus canastas, seguidas por sus adeptos. El pueblo declaró que el duque había dictaminado con perfecta equidad. Fue lo más sabio que logré en aquel tiempo, y si se compara con las simultáneas proezas que mi imaginación atribuía a Maerbale, se medirá la extensión de mi rabia. El duque de los gatos; eso era yo: el duque giboso de los gatos, con dos ministros, la mujer del intendente y la mujer del bufón.

Me entretuve de tanta mediocridad ordenando mis colecciones nacientes. Ayudado por Messer Pandolfo, que puntualizaba doquier la influencia de Virgilio, sin vacilar ante la evidencia anacrónica, y por Silvio de Narni, que interrumpía sus cálculos horoscópicos para adentrarse en las zonas de una arqueología improvisada, estudié la armadura que me había regalado mi abuela; los vasos, las urnas, el espejo, los peines y las figurillas de terracota halladas en las tumbas de Bomarzo; las medallas y los camafeos que en Roma había adquirido y que seguían enviándome los anticuarios excavadores. Era feliz entre esos objetos que me apartaban de la realidad. Mientras los alzaba y hacía girar entre los dedos, Porzia nos rondaba. Quizás, de ser cierta la presunción de que Silvio carecía de poderes mágicos, la muchacha se había enamorado de mi secretario sin ninguna intervención secreta, a pesar de su fealdad, y el espectáculo de aquel amor acentuaba mi melancolía, porque me mostraba que hasta él, sin gracia, sin dientes, era capaz de provocar el cariño de una mujer hermosa, en tanto que yo, que poseía cuanto me rodeaba, me movía entre las perplejidades de la inseguridad.

Con diversiones tan humildes ocupaba mis horas, como si nada más me interesase. Disfrazaba mi angustia tras la máscara de las preocupaciones económicas y artísticas, analizando impuestos y limpiando medallas, cuando en verdad no hacía más que aguardar dos cosas: las cartas de Julia y las noticias de Maerbale. Las primeras continuaron viniendo, espaciadas, incoloras; del segundo supe que guerreaba, junto a Valerio Orsini, en los muros de Florencia. En agosto, Baglioni fue dueño de la ciudad medicea, y la Señoría ordenó cesar el fuego; en diciembre murió Baglioni, el Judas, y se rompió su sueño de ser duque de esa misma Florencia que había traicionado; en cambio lo fue, como se preveía, Alejandro de Médicis, quien regresó al año siguiente al palacio de la via Larga, y nadie dudó ya de la paternidad de Clemente VII. Pero Maerbale seguía vivo, probablemente tramando contra mí, y las promesas que semana a semana me reiteraba Silvio, me dejaban indiferente. Mi hermano volvió a Venecia, con Valerio Orsini. Contaban que se había enriquecido, que su traje relampagueaba de piedras preciosas.

Por oposición a esa imagen y para marcar una índole austera que no existía, adopté la costumbre de vestirme de campesino, como Petrarca en Vaucluse, y de cultivar un huerto. Un solo perro y dos criados me acompañaban, como al poeta. Así como él se vanagloriaba del ejemplar de Homero que desde Grecia le habían

mandado, pensé reducir mi orgullo a los objetos de hierro verdoso que desenterraba en las tumbas etruscas y que me hablaban de un pasado bello y extraño. Reanudé con Messer Pandolfo la traducción del poema de Lucrecio sobre la naturaleza, poco conocido entonces. Planeaba partir para Roma, harto de debatirme con hembras locas y de arrancar ortigas, cuando nos enteramos, por un mensajero de Orso, de que Maerbale había sido malherido en la Serenísima, al cruzar un puente. Días después aparecieron en Bomarzo el propio Orso y Mateo, con tres primos más: Arrigo el condottiero; León, destinado a ser en breve el miembro más acaudalado de nuestra casa, y Guido de la Corbara, hijo de una hermana de mi padre. Venían probablemente a cobrar el precio de su perfidia, pues a ningún otro podía achacarse el atentado. Algo me insinuó en ese sentido Silvio de Narni, y le grité que saldara con ellos lo que fuese, pero que les comunicara que si se atrevían a mentarlo delante de mí los haría arrojar del castillo. De cualquier modo, Maerbale no había muerto. Yacía, retorciéndose de dolor, en la pompa de un palacio de Venecia. Valerio cuidaba de él y lo visitaba el Aretino.

Mis parientes reanudaron las prácticas del tiempo de Girolamo, atronando con su bulla nuestros salones. Los dejé desfogarse. Me solicitaron que los autorizara a hacer venir algunas amigas, y accedí. Quería emborracharme y olvidar, olvidarme de mí mismo. Cuando llegaron las mujeres, Porzia, Silvio y Juan Bautista se sumaron a las fiestas que se alargaban del crepúsculo al amanecer. Un día, el conde de la Corbara me anunció que me reservaba una sorpresa, y esa tarde Pantasilea entró en el patio del castillo, riendo, rodeada de esclavos y de bultos. Las salas resonaron con los ladridos de su can maltés, y los gatos blancos huyeron a esconderse. Traían sus pavos reales en grandes cestos. Dispuse que los mataran inmediatamente y le regalé, en trueque, un collar de perlas. Los ahorcados pavones colgaron de un árbol, en el jardín, como dos de aquellos mantos de vívido tornasol que los mercaderes venecianos compraban a las caravanas del Extremo Oriente. Pantasilea lloró, besó las perlas lunares, me abrazó y me rogó que expulsara de la memoria los episodios que oscurecían nuestra amistad. Nada me importaba ya, de modo que no tuve inconveniente en prometer cuanto exigía. Me entregué tristemente al desenfreno. En Recanati había descubierto que mi padre se parecía a mí y ahora descubría que yo, en ciertos aspectos, me parecía a mi padre. Era como si, misteriosamente, nos mudáramos el uno en el otro. Lo mismo que antaño el cardenal Orsini, mi abuela se asomaba a veces, apoyada en dos bastones, a espiar nuestras orgías. Detrás se empinaban las cabezas curiosas de sus damas de honor. Suspiraba.

—¿Qué piensas hacer, Vicino? —me preguntó una mañana en que la encontré en el jardín.

—No lo sé.

—¿Piensas quedarte aquí siempre? ¿Y Julia?

Poco después despedí a mis primos y a Pantasilea. Decidí que Silvio y Juan Bautista me acompañaran hasta Venecia, donde Lorenzo Lotto pintaría mi retrato. Me hubiera sido fácil obtener que el artista, que se desplazaba constantemente y que sufría por la escasez de dinero, descendiera hasta Bomarzo, pero preferí emprender el viaje y alejarme de un sitio que, queriéndolo yo tanto, obraba ahora sobre mí como si me enervara, como si me royera por dentro con dientes muy sutiles. Además, en Venecia sabría cómo actuar definitivamente frente a Maerbale. Luego tendría que ocuparme de mi boda. La imagen de Julia Farnese volvió a resplandecer como un incensario balanceado. Paz y que me amaran: he

ahí lo que yo pedía. Era mucho pedir. Era pedir todo. ¿Qué daría a cambio? Podía cambiar una sarta de perlas por unos pavos reales muertos, cuyos cadáveres mandé transportar a leguas de Bomarzo, para que los quemaran donde no nos alcanzaría su siniestro influjo, pero por el amor de Julia y por la calma que anhelaba mi espíritu, nada tenía que dar. Levanté mis manos hermosas, en la soledad de mi cámara, y las vi vacías y transparentes, débiles, inútiles.

Viajamos hasta Ancona a caballo; allí nos embarcaríamos para seguir a Venecia. El otoño doraba, herrumbraba los caminos. Galopábamos en una nube de polvo y de follajes esparcidos, despojados, crujientes, como si el viento nos barrera hacia el Adriático, con las hojas mustias. A lo largo de la ruta, en las posadas, improvisadores que rimaban con cualquier motivo me sacaron unas monedas, cantando las glorias de los Orsini, al informarse de que ante ellos se encontraba el duque de Bomarzo. Como no conocían exactamente esas proezas y embarullaban los personajes históricos con los fantásticos, echaban mano de los héroes griegos y de los paladines de los viejos romances para suplir su ignorancia. Los osos familiares aparecían constantemente en sus cadencias, guerreando, abalanzándose, resoplando, destruyendo enemigos, inseparables de mis antecesores como los dioses del Olimpo de los jefes homéricos. Aquellas presencias reconfortantes no apaciguaron el malestar que me acompañó desde la partida y que fue en aumento a medida que avanzábamos. En Ancona sentí fiebre y el cuerpo se me empezó a vetear de manchas sospechosas. Pensé que me había llegado el turno de sufrir el mal que inspiró la *Syphilidis* de Fracastoro y que roía a Pier Luigi Farnese, como a tantos pasionales sin freno, y temblé al recordar su cara lívida cubierta de tumores y de emplastos. Quizás yo se lo debiera a Pantasilea o a alguna de las amigas de mis primos. Numerosos aprendices de Esculapio me ofrecieron entonces sus servicios que rechacé prudentemente. Me haría atender en Venecia: los remedios podían ser más agresivos que el estrago.

Los estudiantes invadían las tabernas. Llenaban las mesas sus morrales atiborrados de manuscritos, de frascos, de ungüentos. Andaban con ellos curanderos que pregonaban sus prodigios en los mercados, vendedores de elixires, sacamuelas y mendigos. Algunos escoltaban en sus peregrinaciones a maestros de misteriosa ilustración. Se ganaban el pan cantando, dibujando horóscopos, examinando las llagas de gentes y animales, ofreciendo filtros, conjurando a Satán, robando. Desvestían a las criadas y se mofaban de la gravedad de los comerciantes y de los burgueses. Representaban pantomimas, fingiendo ser princesas o ciegos o el dios Apolo. Sus risas y sus guitarras alegraban los figones. Les oí mentar a Paracelso, por primera vez, en Ancona.

Silvio y Juan Bautista me habían arropado en una silla, junto a la chimenea del hostel, pues prefería la baraúnda del comedero al sofoco de una habitación donde batallaban las pulgas. Diez o doce muchachones andrajosos disputaban alrededor de los jarros de vino. El día anterior había habido una riña en el puerto y a un hombre le cortaron una oreja, que un barbero pegó con argamasa. Como era presumible, la oreja volvió a caer, y los estudiantes discutían sobre la terapéutica con ademanes violentos, macarrónicos latines y palabrotas. De tanto en tanto se me acercaban, trayendo los sombreros grasientos en las manos y el fuego en los ojos, para solicitar mi opinión, como si por el hecho de ser quien era y de haber tenido por dómine a Valerianus pudiera resolver sus conflictos, pero yo los escuchaba amodorrado, en silencio. Además, no sabía ni jota de esos asuntos.

Por un lado se alborotaban los avicenistas, los que juzgaban que toda la ciencia procedía de los árabes; por el otro despotricaban los neogalenistas y los neohipocráticos. Había también quienes pensaban que fuera de Aristóteles no existía conocimiento alguno, y quienes le oponían los conceptos platónicos. Como su dominio de los temas era muy superficial, a cada instante se enredaban en contradicciones. Los aristotélicos se habían asomado fugazmente a la universidad de Padua, y los platónicos a la de Ferrara. Estos últimos debían ser en su mayoría alemanes (costaba comprenderlos), pues los vínculos de la casa de Este con el emperador facilitaban la permanencia de los teutones en su territorio. Los arabistas estaban pasados de moda, mientras que la corriente general impulsaba a mirar con desdén los adelantos posteriores a Galeno. Sólo unas pocas voces se levantaron en el bullicio contra aquel a quien sus admiradores apodaban *Paradoxopeo*, el hacedor de milagros. Los vocablos insólitos y las invectivas se confundían en mi mente. Huraño, quejoso, sorbía yo una poción que me había preparado Silvio. Súbitamente, el nombre de Paracelso saltó en el tumulto y se enardeció el debate.

—Un asno que no enseña en latín sino en un tudesco bárbaro no merece que se lo considere —decretó uno.

—Los asnos son quienes se le oponen —retrucó otro—. Él mismo llamó a los médicos asnos probados, borrachines, fulleros y cornutes.

—Varios médicos cornutes he tratado.

—Yo contribuí a que lo fueran.

—Y sin embargo se titula doctor. “Teofrasto, doctor en ambas Medicinas y en la Sagrada Escritura”, y no es ni médico.

—Es médico.

—No lo es.

—Se designa a sí mismo Monarca de la Medicina y pone a cuantos la practican detrás de su majestad. Dice que los médicos restantes de la enorme Tierra quedarán olvidados en un rincón oculto, donde orinarán los perros.

—Ni Paracelso es médico ni lo es tampoco su padre, que en la posada de Einsiedeln lava las úlceras de los pies de los peregrinos que van al santuario de Nuestra Señora Negra.

—Es apenas cirujano. Un médico no coloca vendajes ni realiza operaciones. Eso queda para los barberos. Y él, como un barbero, hunde en la carne el cuchillo.

—Yo soy barbero y a mucha honra.

—Se titula médico químico, lo cual nada significa. Anda sucio, pintarrajeado de hollín, como si trabajara en una herrería. Y se emborracha con los cocheros, con las comadronas y con las putas.

—Como yo, y a mucha honra.

—Como nosotros.

—Pero desprecia a las mujeres. Parece que nunca tuvo trato con ellas.

—Es un eunuco lampiño. Y raquítrico.

—Lo siento por Paracelsus. Se pierde lo mejor, la sal de este pobre mundo.

—El muy imbécil desdeña la influencia de los astros, pero en Viena aprendió a determinar el destino por las constelaciones. Dice que los médicos se limitan a estudiar el horóscopo del enfermo y a determinar la hora propicia de la intervención, y que la tarea científica incumbe al barbero.

—Es un imbécil.

—Asegura que el curso de Saturno no alarga ni acorta la vida de un hombre, pero ni administra un purgante ni aplica una sangría cuando la luna no está en la posición adecuada.

—¿En qué quedamos?

—Aristóteles —gritó Silvio de Narni— declara que este mundo está ligado necesariamente a los movimientos del mundo superior. Todo poder, en nuestro mundo, se gobierna por esos movimientos.

Los aristotélicos rompieron a aplaudir.

—Paracelso no cree en los libros.

—¿En los libros?

—En Basilea quemó, hace cuatro años, los textos de Avicena y de Galeno.

—¡Hereje!

—Sostiene que los libros donde se alcanza la sabiduría son los cuerpos de los enfermos y que hay que centrar el estudio en el lecho del atacado. Y se opone a la disección. Proclama que los médicos no han tratado jamás la verdadera anatomía, que es la del cuerpo humano vivo, no la del muerto. “Si deseáis hacer anatomía de la salud y la enfermedad, necesitáis un cuerpo vivo.” Es lo que dice.

—¡Carnicero!, ¡verdugo!

—Pero ha sanado a la madre del rey de Dinamarca.

—¡Mentira!

—¡Mentira!, ¡mentira! Mostró su impotencia ante el margrave de Baden.

—Ninguna universidad le basta. Lo han arrojado de todas.

—Yo lo conocí en la de Montpellier.

—Yo en la de Nuremberg.

—Yo en la Sorbona.

—Y jura que en las escuelas alemanas no se aprende tanto como en la feria de Francfort.

—Tiene razón.

—¡Cállate, idiota! No sabe nada de nada. Yo estaba en Nuremberg cuando se negó a aceptar un debate con los doctores.

—Yo estaba en Basilea cuando no se atrevió a enfrentar un coloquio público con Vandelinus Hock, que ya lo había derrotado en Estrasburgo.

—En cambio yo estaba en Nuremberg cuando curó de bubas a nueve enfermos del mal francés, en el hospital de leprosos. Una maravilla. Receta el mercurio en jugos y hierbas.

—Interesante.

—Imposible.

—Es un genio.

—Un ignorante. Un juntador de hierbas, que recorría los Alpes, con su padre, hablando con los pastores y buscando hinojo y tomillo, adormidera, menta y planta de San Juan.

—¿Habláis de sus remedios?... La grasa de víbora, el cuerno de unicornio, el polvo de momia, los cabellos de niños hervidos por un pelirrojo, los sapos, los puñados de estiércol, el musgo cultivado sobre un cráneo...

—¿Para qué emplea los cabellos de niño?

—Para los sabañones.

—Habrá que probarlo.

—¡Imbécil!

—Yo he utilizado el polvo de momia, preparado con aves rellenas de especias y luego pulverizadas. Es inmejorable.

—Mejor resulta descolgar un cadáver del cadalso y usar su momia.

—Estáis locos como él, que explica que el cuerpo humano, el *limus terrae*, se compone de sal, de sulfuro y de mercurio.

—¿Y el *archeus*?

—¿Qué *archeus*?

—El *archeus* de Paracelso es el principio vital que radica en el fondo de cada ser vivo. La quintaesencia. Un duende agazapado que rige las reacciones corpóreas.

—Me haces reír. Me río: ¡ja! ¡ja! ¡ja! El *archeus*...

—Además... ¿quién lo entiende?... No cree en la fuerza de los demonios, pero ha encontrado uno, Afernoch, que causa la melancolía.

—No creer en los demonios es cosa de heréticos.

—Pero antes de observar a un enfermo averigua si ha sido hechizado, y si extrae de su cuerpo pelos, uñas, agujas, cerdas o trozos de vidrio, declara que han sido introducidos en él por un brujo.

—En esos casos hay que colocar en un roble uno de los objetos expelidos o arrancados, del lado del Levante, para que obre como un imán, atrayendo la influencia maligna.

—Es el método de Paracelso.

—Es mi método.

—Lo comparten.

—Y ha encerrado un demonio en la empuñadura de la espada.

—¡La he visto!, ¡la he visto! Una gigantesca espada, regalo de un verdugo alemán. La arrastra mientras camina.

—No. La trajo de Grecia. En esa empuñadura guarda la receta del *landanum* que le dio un mago en Constantinopla. La protege el demonio Azoth.

—¡Mentiras!

—¿Cómo no ha de creer en demonios, comenzando por Afernoch y Azoth, si se jacta de su amistad con el abad Trithemius, el que evocó al fantasma de la emperatriz muerta, a pedido del emperador Maximiliano, cuando el espectro le aconsejó que se casara con Blanca Sforza?

—Sin embargo Paracelso no cree en fantasmas. Para él no son ni alma ni cuerpo, sino cierta reflexión que llama *evestrum*. Y, como sombras ineficaces, nada pueden.

—Con eso basta para mandarlo arder en una plaza. La Santa Biblia desborda de fantasmas. No lo salvará ni el Diablo.

—Según él, el Diablo es incapaz de efectuar transmutaciones si la naturaleza no lo permite.

—Tiene razón.

—Arderás con él.

—Tiene razón. El Diablo logra prodigios con el poder de las artes naturales.

—¡Herejía! Paracelso es un hereje luterano. Tú también.

—¡Es católico!

—Yo estaba en Salzburgo cuando lo echaron porque predicaba en las tabernas ideas anticristianas.

—Eres un miserable. Paracelso es tan católico como el papa.

—Mucho más.

—Lo curioso es que cree en los íncubos y en los súcubos.

—¿Quién no cree en ellos?

—En su opinión, nacen de las malgastadas semillas de Onán.

—Y el Diablo...

—El que ve realmente al Diablo, dice Maquiavelo, no lo ve con tantos cuernos ni tan negro.

—Eso es del *Canto de los Ermitaños*.

Repentinamente, los disputantes se tornaron muy jóvenes, casi adolescentes, templada la furia, y se pusieron a cantar a coro, desentonando:

—*Somos monjes y ermitaños y habitamos las cumbres de los Apeninos...*

Chocaron las jarras rebosantes. Yo, entre tanto, miraba mis manos oscurecidas, en la contraluz de las llamas. Pronto comenzarían a formarse los anuncios de las pústulas.

—¿Dónde está Paracelso? —pregunté.

—Se ignora, señor duque. Está en todas partes, como Dios.

—Como el Diablo.

—Está en Venecia.

Pensé en la teoría de Paracelso sobre la creación de los demonios de la lujuria, que nacen de quienes cometen el pecado antinatural y del semen perdido, transportado por los espíritus que vagan en la noche. ¡Cuántas veces, caldeado por las ansias lúbricas, había sucumbido yo a la tentación del *actus* imaginativo que engendra demonios! Me estremecí en el calor de las mantas.

—Págales para que beban —ordené a Juan Bautista, y el vino corrió sobre las mesas, entre la algarabía.

—¡A la salud del duque de Bomarzo! —exclamaban levantando los vasos sonoros.

—¡A la salud de Aureolo Felipe Teofrasto Bombast von Hohenheim, de Paracelso!

—¡No, no! ¡Teofrasto es Cacofrasto! ¡A la salud de Aulo Celso, el Cicerón de la Medicina, el Hipócrates Latino! ¡Celso vale más que Paracelso!

—¡Disparate!

—¡Ignorantes, imbéciles, ciegos, asnos probados, cornutes! ¡Viva Paracelso, rey de la Medicina!

La borrachera los dominaba y desnudaron los estoques.

—Vámonos de aquí. No es éste un lugar para Su Excelencia —me propuso Silvio, y entre él y Martelli, lentamente, me trasladaron escaleras arriba.

En el comedero retumbaban los ayes, los juramentos, el estrépito de los escaños arrojados como proyectiles, el golpe de los cuchillos y de los puños. Nos embarcamos al amanecer. Me dolían la cabeza, la boca, la cintura, las piernas, los brazos. Ya no me interesaban ni Maerbale, ni Lorenzo Lotto, ni siquiera Julia Farnese, sino Paracelso. Quizás él consiguiera sanarme, limpiarme de la impureza que me devoraba hora tras hora.

Durante la navegación, Silvio me confió que hacía meses que estaba en correspondencia con Pier Luigi, quien le había encargado la confección de su horóscopo.

Como siempre que algo concerniente a una persona de mi intimidad se hacía a mis espaldas, sin consultarme, sentí que me defraudaban, que me robaban, pero no me alcanzó el vigor para enfadarme y me limité a suspirar y a menear la cabeza.

—Farnese nació bajo el signo del Escorpión, el 19 de noviembre de 1503 —dijo Silvio.

—En noviembre, cuando se agravan los delirios del otoño... bajo el Escorpión que huye de la luz, que busca el refugio de las cuevas, que sale de noche, con el veneno de su dardo... sí, Pier Luigi nació cuando debía...

—¿No lo quieres, duque?

—Hablo de los escorpiones, *formidosus*, símbolos de la perfidia hipócrita. No en vano Artemisa eligió a una de esas fieras para que hiriera a Orión, el día que intentó violarla.

—Ahora Orión anda por el cielo. Y el Escorpión también. Todo se aplaca y reconcilia en la altura.

Miramos hacia los astros que se encendían encima del velamen.

—De acuerdo con la conjunción de Saturno y de Júpiter, Pier Luigi Farnese morirá a los setenta años y su fin será plácido —añadió el astrólogo.

—Cuéntaselo, pues le agradecerá la noticia. Yo no lo creo.

Silvio se mordió los labios.

—Así lo haré, Excelencia.

—En la Serenísima, buscarás a Messer Paracelso.

—¿Le tienes fe, después de lo que te han referido?

—Lo buscarás.

—Así lo haré, Excelencia.

Me eché a dormir sobre unos fardos. Tiritaba, de fiebre. La brisa me rozaba el rostro, fría como el aliento de las Parcas. ¿Cuál sería el Escorpión, entre tantas lámparas suspendidas? ¿Se deslizaría con sus pinzas, en la terrible lobreguez sideral, negro y rutilante, enarcada la agresiva cola, fijos los ojos crueles, apagando los astros con su sombra inmensa, para perseguir todavía al muchacho atlético, culpable de desear a Diana? ¿Ni siquiera allí, en el infinito concierto pitagórico donde las músicas exactas se responden, ni siquiera allí se descansaría de la triste, terrena pasión?

—Buscarás a Paracelso.

Junté las manos calientes. Me espantó la idea de que mi horóscopo sobrenatural no se cumpliera y de que todo pudiera terminar en la mediocridad, en la nada, sin que Pier Francesco Orsini, duque de Bomarzo, hubiera hecho, para que se consignara en los libros de su estirpe, más que tolerar que su hermano mayor muriera, romper un poliedro de mágicos cristales y dictar justicia en el pleito de dos mujeres locas que reñían entre maullidos. O me espantaba que la enfermedad me devorara el rostro como a César Borgia, y que como él debiera cubrirme con un antifaz, porque si me privaban de mi rostro, lo mejor que tenía, roído por las úlceras, y de él no quedaban más que mis ojos, ardiendo en las tajaduras de una máscara, la giba, invadiéndome, concluiría por apoderarse totalmente de mí.

—¿Pensas que Paracelso te curará?

—Pienso que me salvará.

Hundí en la hinchazón de los fardos el fardo de mi joroba. Encima del velamen oscilaban las estrellas, persiguiéndose.

VI

EL RETRATO DE LORENZO LOTTO

Perdóneme el lector la falta de gusto, la petulancia anacrónica, la insolencia típica de los viajeros frente a los que no han salido de su barrio —y en este caso de su tiempo—, pero le aseguro que quien no ha visto a Venecia en el siglo XVI no puede jactarse de haberla visto. Comparada con aquella, con aquella vasta composición cuidada e impetuosa de Tintoretto o de Tiziano, la actual es como una tarjeta postal, o un cromo, o una de esas acuarelas que los pintarrajeadores venden en la plaza de San Marcos a los extranjeros inocentes. Supongo que otro tanto diría —incomodándome en ese caso a mí— quien la hubiera conocido en el siglo XV, en el XVIII y quizás en el XIX. Yo sólo hablo de lo que tuve la suerte de conocer. La Venecia que el lector habrá recorrido tal vez en estos años de posguerra, bazar de cristales reiterados en series, con lanchas estrepitosas, hoteles innúmeros, fotógrafos, turistas invasores, histéricas, lunas de miel, serenatas con tarifa, pillastres de la sensualidad, rezagados de Ruskin y ambiciosas porta-bikinis, no conserva vínculo alguno, fuera de ciertos rasgos de la decoración eterna, con aquella, admirable, que yo visité en el otoño de 1532. Se suele repetir que determinadas ciudades —Brujas, Toledo, Venecia— no cambian; que el tiempo las respeta y pasa de puntillas a su lado. No es verdad: cambian y mucho. Venecia ha cambiado tanto que cuando he llegado a ella, recientemente, me ha costado ajustar esa imagen sobre la que mi espíritu guardará intacta para siempre, de una ciudad maravillosa.

Apenas la entreví la mañana de nuestro arribo. Iba muy enfermo, en una embarcación que alquilamos cuando nos rendimos ante la evidencia de que no sería capaz de seguir a caballo, pero el primer contacto fue deslumbrador. Después de Bomarzo, hecho de piedras ásperas, de ceniza y de herrumbre, apretado, hosco, Venecia se delineó frente a mí, líquida, aérea, transparente, como si no fuera una realidad sino un pensamiento extraño y bello; como si la realidad fuera Bomarzo, aferrado a la tierra y a sus secretas entrañas, mientras que aquel increíble paisaje era una proyección cristalizada sobre las lagunas, algo así como una ilusión suspendida y trémula que en seguida, como el espejismo de los sueños, podía derrumbarse silenciosamente y desaparecer. No es que yo considerara a Bomarzo menos poético —líbreme de ello Dios—, pero en Bomarzo la poesía era algo que brotaba de adentro, que se gestaba en el corazón de la roca y se nutría del trabajo secular de las esencias escondidas, en tanto que en Venecia lo poético resultaba, exteriormente, luminosamente, del amor del agua y del aire, y, en consecuencia, poseía una calidad fantasmal que se burlaba de los sentidos y exigía, para captarla, una comunicación en la que se fundían el transporte estético y la vibración mágica. Ésa fue mi impresión primera ante la

fascinadora. Luego comprendí que, sobre mí en todo caso, la fuerza misteriosa de Bomarzo, menos manifestada en la superficie, más recónditamente vital, obraba con un poderío mucho más hondo que aquel cortesano seducir, hecho de juegos exquisitos y de matices excitantes, pero, como tantos, como todos, sucumbí al llegar ante el encanto de la ciudad incomparable, traicioné en el recuerdo a mi auténtica verdad —cada uno tiene su propio Bomarzo— y pensé que no había, que no podía haber en el mundo nada tan hermoso como Venecia, ni tan rico, ni tan exaltador, ni tan obviamente creado para procurar esa difícil felicidad que buscamos con ansia, agotando seres y lugares, los desesperadamente sensibles.

Estuvo delante de mí, fugaz, esa mañana, y durante un mes dejé de verla, pero su imagen no me abandonó en mi habitación de enfermo, y tengo la certidumbre de que la inquietud por apoderarme de ella, andándola, aprendiéndola, atesorándola, ayudó en buena parte a acelerar la recuperación de mi salud, cuyo quebranto se fundaba en causas no sólo físicas sino también psicológicas. Por lo demás, diré que mi emoción no constituía en el siglo XVI un sentimiento excepcional. Después de Roma (y para muchos antes que Roma), Venecia era la ciudad más atrayente. Los forasteros la colmaban, aunque no como hoy en que los venecianos de viejo cuño se refugian en sus casas para no tropezar con las guiadas caravanas intrusas, y en esa muchedumbre viajera sobresalían los príncipes y los grandes señores que acudían de los extremos de la curiosa Europa y del Oriente cercano, solicitados por el rumor de sus fiestas y por el prestigio de su dibujo sin par. Venecia se descomponía imperceptiblemente, roída por la podredumbre que, como una emanación fatal del agua turbia, desgastaba a sus palacios y a sus gentes, y que, años después, quiso extirpar de sí con el esfuerzo de Lepanto.

Iba perdiendo sus dominios orientales, en manos del turco; otros estados colonizadores se apoderaban de sus mercados en la India; los corsarios arruinaban, en el Mediterráneo peligroso, el comercio de sus naves. Pero su lujo, su esplendor, jamás habían sido tan evidentes. Los espíritus sagaces presentían la alianza de vida y de muerte que representaba, y eso, esa contradicción conmovedora, se añadía a su hechizo. Era como si doquier, en sus canales y en sus *cortili*, bajo el estruendo embanderado de sus diversiones, se repitieran en sordina las terribles palabras rituales que decían a las dogaresas en pleno triunfo de su ascensión al poder: “Así como Vuestra Señoría ha venido viva a este sitio a tomar posesión del palacio, debe entender que, muerta, le serán arrancados el cerebro, los ojos y las entrañas y, en este mismo sitio, será expuesta durante tres días antes de bajar al sepulcro.” Romántica con prioridad sobre los románticos oficiales, ya no meramente mercantil como en la época de su afanoso crecimiento, sino aristocrática y atacada por el mal de la decadencia que le hincaba los dientes bajo la pompa fingidamente intacta de su ceremonioso dominio: así la vi yo, aquel otoño de mis veinte años. Y, tal vez porque estaba enfermo, la *sentí* profundamente. Sentí que la enferma Venecia y yo nos parecíamos, en ese momento crepuscular, anheloso y sin embargo soberbio; que ambos simbolizábamos algo semejante, destinado a menoscabarse y a perderse: la actitud de una casta (¿de una idea?) frente a la vida; y que, con todas nuestras debilidades arbitrarias, nuestras vanidades y nuestras corrupciones, Venecia y los hombres de mi estirpe —que habían iniciado su progreso en el mundo, hacia la meta aristocrática, con similar reciura heroica, y que se fueron desmoronando juntos, en la marchita melancolía del refinamiento— habían contribuido a darle a ese mundo, a ese mundo que se iría volviendo, cuando creía volverse mejor, cada

vez más uniformado y mediocre, un tono, una orgullosa grandeza, cuya falta lo privaría de una forma insustituible de intensidad y de pasión.

Descendimos en el puente de Rialto, que era de madera todavía, aunque ya se proyectaba construirlo de piedra, y los arquitectos y los escultores célebres ensayaban su diseño futuro. Como siempre, el círculo estrepitoso de los negocios tenía su centro allí, alrededor de la columna del mapamundi que mostraba con ufanía las rutas de la especulación veneciana. Subí hasta ese lugar, lentamente, apoyándome en los brazos de Juan Bautista y de Silvio, y el olor fresco de las frutas, mezclado con el de las especias del Levante y con el de los paños suntuosos, me asedió en medio de la algarabía de lenguas exóticas. Envié a mis pajes en busca de alojamiento, pues no lo había reservado, y, perdido en la diminuta Babel, me senté a mirar el Gran Canal por el cual venían unas barcas cargadas de paja y de leña y otras que arrastraban por el agua, como mantos, largas redes. No contaba yo con el espionaje, elemento esencial de la Serenísima, que cubría con hilos invisibles a la entera ciudad, de suerte que nada de lo que en ella acontecía, por mínimo que fuese, podía guardar su secreto y que, por ejemplo, si un noble cometía el error de murmurar contra los gobernantes, aun cuchicheando e imaginándose al amparo de la delación, era advertido dos veces y a la tercera, sin más trámite, lo ahogaban. Los soplonos comunicaron de inmediato mi presencia, que yo no me había propuesto disimular, de modo que con mis pajes regresaron dos hombres: un mensajero del dux Andrea Gritti, quien me saludaba y me invitaba a que fuera a verle, y otro de mi pariente Valerio Orsini, quien me comunicaba que jamás me perdonaría si, pasando yo por Venecia, no era su huésped en el palacio Emo, situado en el barrio de la Madonna del Orto. Agradecí el homenaje del príncipe, prometiendo ir en cuanto mi salud lo tolerara, y luego de vacilar, sabiendo que Maerbale vivía en ese mismo palacio, terminé por aceptar el ofrecimiento hospitalario de mi tío, porque la verdad es que me desazonaba la oscura dolencia y me asustaba la perspectiva de enfrentarla casi solo. A poco llegó una góndola con el gonfalon de Orsini y en ella me acomodé, con Silvio, Juan Bautista y mi equipaje, sintiéndome de repente mejor por la mera circunstancia de que en ese pendón pequeño flamearan las figuras de la rosa, la sierpe y los osos. Bogamos hasta la Madonna del Orto, en la parte que enfrenta el tornasol de una llanura líquida de lilas y carmines, hacia San Michele y Murano, y desembarcamos en el sitio donde edificaban su palacio los Zeno, tan andariegos que se asegura que estuvieron en América un siglo antes que Cristóbal Colón. Hice el viaje por el Gran Canal y el Cannaregio, con los párpados entrecerrados. El cuerpo me dolía, la fiebre me quemaba como si ocultara unas brasas bajo la piel, y la luz me dañaba los ojos ardientes, pero, como si los soñara —y de ello procede, probablemente, la impresión inicial de sueño que me dejó Venecia—, me pareció que los palacios alineados en ambas márgenes, varios de ellos enrejados de andamios sobre los cuales se agitaban los artistas y los obreros, se movían en sus centelleantes túnicas de agua y, enjorjados como meretrices, me escoltaban en doble fila de oro, de púrpura y de coral, entre el ir y venir de las barcas que cobraban la traza peregrina de instrumentos musicales, de laúdes y de tiorbas, o de insectos multicolores que aleteaban y vibraban delicadamente en la laguna.

Valerio ha sido uno de los Orsini más cabales, más totales, que traté. Naturalmente, como buen condottiero, osciló de un campo al otro, según sus conveniencias, pero, del punto de vista del Renacimiento, se condujo como correspondía y ganó una posición envidiable. Había sido —y era— íntimo amigo

de los Médicis; de aquel Lorenzo a quien le regalaron el ducado de Urbino, menos permanente que su estatua por Miguel Ángel, y de Clemente VII, a quien defendió contra los infernales Colonna y protegió cuando el asedio, hasta que su caballería fue aplastada por la superioridad numérica enemiga. Luego entró al servicio veneciano y secundó las empresas de Lautrec, con mi padre. Francisco I le restituyó el ducado de Ascoli y el condado de Nola, propiedad tradicional orsiniana, pero ese privilegio le duró poco, porque las fiebres derrotaron al ejército francés y dejaron a mi tío sin aliados. Entonces Valerio, con agudo sentido de la realidad, se desentendió de los franceses y pasó a las órdenes de Carlos Quinto y a sitiar a Florencia. Allí lo siguió mi hermano. Todavía, hasta su muerte ocurrida veinte años después de lo que voy refiriendo, le faltaba abandonar a los españoles, comandar tropas del gran duque Cosme de Médicis, tornar al servicio veneciano, ser gobernador de Dalmacia, extinguirse en esa misma Venecia, en ese mismo palacio donde me acogía, abriéndome los brazos paternos y estrechándome contra su pecho viejo y robusto. Dos amores renombrados acompañaban los accidentes de su tumultuosa biografía: el de su mujer, nieta del Oliverotto de Fermo a quien César Borgia suprimió en Sinigaglia, engañándolo *divinamente*, y el de un muchacho de importante belleza, Leonardo Emo, hijo del amigo a quien pertenecía el palacio donde residía y donde me alojé. Agregaré que el noble Emo, magistrado descollante de Venecia, conocía la relación y la fomentaba, porque entendía, como los griegos antiguos —como los cretenses, que juzgaban deshonorado al joven que no usufructuaba una *liaison* de ese tipo; como los espartanos, que la establecieron por ley y penaban a los contados aristócratas que no la mantenían— que ella redundaba en alto beneficio para Leonardo, al que el glorioso condottiero nutría de experiencia. Toda esta situación, como se ve, es tan de *época* como las calculadas mudanzas políticas y guerreras del gran Valerio. Su mujer lo adoraba; lo adoraba Leonardo; lo respetaba el patricio Emo; lo admiraba Maerbale; Aretino cuidaba celosamente su amistad ilustre; el dinero y las joyas acrecían su tesoro particular, después de cada saqueo y cada campaña; y Valerio se tenía por el hombre más feliz del mundo, organizaba conciertos, mascaradas y bailes, en tiempos de paz, con bullanguera afluencia de adolescentes codiciosos y de estupendas prostitutas, y organizaba, en tiempos de guerra, disciplinadas compañías y estratégicos ataques. Sabía distraerse y sabía trabajar.

Un mes, como dije, permanecí en el palacio Emo, sin salir a la calle. A Maerbale no lo vi nunca, durante los treinta provechosos días en que aprendí las cosas más diversas e inesperadas, merced a Aretino y a Paracelso. Me interesé por su salud y me respondieron que mi hermano curaba de sus lesiones. Dos o tres veces creí oír sus gritos, en el silencio del atardecer. Le lavaban las heridas con vino hirviendo, para evitar la gangrena, y eso justifica ampliamente la posibilidad de atribuirle los bramidos incógnitos que no me causaban ningún remordimiento por aquello del ojo por ojo. Era singular que los dos únicos señores de Bomarzo estuvieran simultáneamente en Venecia, tan lejos de su castillo, en sus respectivos lechos del mismo palacio, llagados y sufrientes, y que no hubiera entre ellos la menor comunicación. Valerio Orsini y Lorenzo Emo, el viejo y el muchacho, iban de una habitación a la otra, portadores de mensajes inventados. Me aseguraban que mi hermano se inquietaba por mí, y a él le aseguraban que yo me inquietaba por él, aunque no era cierto. En verdad sí nos inquietábamos, pero no lo decíamos.

Pietro Aretino, grueso, barbado, sofocada la cabeza de sileno por las pieles lujosas, solía visitarme y me entretenía con la enumeración de los regalos principescos que sin cesar le mandaban de las cortes remotas de Italia, y de Francia y de Alemania, para sosegar su ironía aniquiladora, y de los tributos que le pagaban los piratas bereberes y el bajá de Argel, como si fuera un soberano temible. Simpático cuando quería, feroz cuando quería también, chantajista incomparable, periodista sin escrúpulos y sin cansancio, multiplicaba las cartas y los impresos, y el oro manaba hacia él para escapar en seguida de sus manos pródigas. Cuando perseguía a alguno, el veneno de sus flechas lo agotaba. Bastante lo supo mi abuelo Franciotto, que se negó a pagar su cuota y sufrió la carcoma de sus pasquines. Aretino, con el pretexto de las funciones de supervisor de las cacerías de León X, desempeñadas por el cardenal, y de comprador de halcones y lebreles exorbitantes para el séquito pontificio, lo acosó con sus sátiras. A mí ese detalle no me fastidió lo más mínimo. Yo había tenido la elemental precaución de enviar a Silvio a adquirir para el poeta una cadena de oro, y, como Cerbero con las tortas de miel, Aretino —que por lo demás reverenciaba a mi tío Valerio— cesó de gruñir y me besó la diestra. Al proceder así no hice más que imitar a Francisco I y a Carlos Quinto, que le regalaban collares preciosos, o al duque de Mantua, que hacía las paces con él gracias a jubones de terciopelo y a camisas de brocado, o al sultán, que le obsequiaba una esclava de rara hermosura y de técnicos sensualismos eficaces. Vivía, desde tres años atrás, en el palacio Bolani, que había alquilado frente al Rialto, y recibía allí en pleno desorden el homenaje de los turcos, judíos, italianos, españoles, alemanes y franceses, quienes lo tenían por un oráculo, fueran señores, estudiantes, soldados o frailes. Poseía un harén, compuesto por cinco o seis mujeres a quienes apodaban *las aretinas*. Además se susurraba (y hasta fue acusado de ello públicamente) que su ejercicio amoroso no se detenía en los límites del sexo femenino, y se llegó a citar dudosamente su vínculo con un caballero tan cabal como el capitán Juan de las Bandas Negras, héroe de Italia y espejo de condottieri. Quizás esa doble actividad —si existió— habrá cooperado a afianzar los lazos que lo unían a Valerio Orsini. Era el hombre a la moda y lo usufructuaba, sahumado de satisfacción. Todo se llamaba *Aretino* entonces en Venecia, desde una raza de caballos hasta un tipo de vidrios, desde el canal vecino de su casa hasta un estilo literario y hasta esas mujeres a quienes gozaba con fruición equiparable a la de Tiziano, su gran amigo y asociado en negocios de arte. Y la imagen de Pietro, hijo de una buscona y de un zapatero remendón, nacido en un hospital de Arezzo, lacayo del banquero Chigi y bufón del papa León de Médicis, andaba pintada en platos de cerámica, estampada en mangos de espejos y en estuches de peines, acuñada en medallas de oro, de plata y de cobre, y esculpida en las fachadas de los palacios. A mí me hizo olvidar más de una vez mis dolores, con el relato pantagruélico de las montañas de almendras, cerezas, fresas, limas, higos, albaricoques, melones y ciruelas, que descargaban en el palacio Bolani, con destino a su mesa de goloso invencible; o con el de sus pleitos con el duque de Mantua, por el poema *Marfisa*, nunca acabado, que ensalzaría la gloria de los Gonzaga, y cuyo manuscrito empeñaba cada tanto tiempo, para procurarse algún dinerillo; o con el de sus relaciones con el dux Gritti, a quien había ofrecido su alma, porque lo había redimido Venecia; o con el de la confesión pública que hizo en un templo en el que había tan escasa luz que apenas pudo leer el texto borroneado con sus lágrimas teatrales. Sí, Aretino era un truhán inteligente, capaz de recrear como ninguno si ponía en

acción su genial desenfado, y le debo momentos prodigiosos, sobre todo cuando, en mitad de una anécdota, se echaba a reír estruendosamente, sacudido el corpachón, tomándose el vientre con ambas manos y haciendo sonar los eslabones y dije que le cruzaban el fornido pecho —de un acceso de risa así dicen que murió, porque perdió el equilibrio y cayó al suelo, desnucándose—, pero, con ser tanta y tan enjundiosa la diversión que le adeudo a su turbulencia imaginativa, ella no se compara con el recuerdo que he conservado de Paracelso. Paracelso ha sido uno de los hombres que más influencia ejercieron en el desarrollo de mi vida extraña.

Contra la opinión de Aretino, que lo detestaba porque tal vez discernía en él a un rival, y contra, también, la de Valerio Orsini, que hubiera querido hacerme examinar por uno de esos médicos germanos que cabalgaban precedidos por un paje, que llevaban un gorro de piel y una túnica roja, que eran admitidos como pares de los mercaderes de granos y de lana y de los banqueros, y que por nada del mundo hubieran hecho el trabajo vil propio de los cirujanos despreciables, Paracelso me visitó poco después de mi llegada. Mi intuición me hacía creer en su fuerza firmemente. Silvio lo buscó, lo halló y me lo trajo. Mi salud había declinado tanto que se imponía una intervención pronta.

Recuerdo muy bien la primera impresión que me causó su presencia. Era por entonces un hombre de unos cuarenta años, magro, frágil, calvo, de ojos protuberantes, sin un pelo de barba. Se dirigió a mí en italiano, con marcada pronunciación tudesca, pero mechaba el monólogo con vocablos de distintos idiomas. Sospecho que algunas palabras —las que pretendía haber recogido en sus andanzas por Transilvania, por Tartaria, Alejandría y Grecia, donde según él había estado hasta en la isla de Kos, patria de Hipócrates— eran inventadas. Vestía una casaca estropeada, y se cubría con un sombrero pringoso de mugre que por lo menos esa vez y con el pretexto de que debía proteger su cabeza desnuda, no se quitó mientras duró la visita. A su costado pendía el espadón famoso, en cuya cazoleta se contaba que encerraba al demonio Azoth. Con ser estrafalario su aspecto, por el contraste de su cara lampiña y su chapeo de matamoros, emplumado de costras infectas, mucho más lo era su discurso. Hablaba arrogantemente, bombásticamente, como si desdeñara al interlocutor desde la altura de su sabiduría —no olvidemos que se llamaba Aureolo Felipe Teofrasto Bombast von Ho-henheim—, con mucho revolotear de manos, revolver de ojos y golpear de la espada, y lo primero que hizo fue informarme que era de familia noble, nieto de un comando de los caballeros teutónicos, como si con ello quisiera establecer las bases de nuestra relación y poner las cosas en su sitio. Pero yo, a pesar de mi juventud, conocía demasiado bien esa actitud de los intelectuales frente a los príncipes —¿acaso no había procedido así Benvenuto Cellini cuando nos encontramos en la playa?— y percibía demasiado la humana debilidad que la regía, para que me perturbase. Por lo demás, al contrario de lo que solía suceder, le tomé simpatía de entrada a aquel hombrecito casi raquíico, movedizo y discursador, que peroraba sin sacarme los ojos de encima.

Me examinó minuciosamente, me preguntó si no había sido hechizado, e inquirió algún antecedente de las personas con quienes había tenido “desahogos” —fue su palabra y la subrayó con un dejo de burla— últimamente. Le respondí embarullando las imágenes de Juan Bautista y de Pantasilea, pero no lo engañé. Mientras palpaba mi cuerpo, me dijo que Dios no ha permitido que exista ninguna enfermedad sin proporcionar su remedio y me prometió que en el

término de un mes, si seguía sus consejos, estaría sano. Mi caso era diferente del de Erasmo, quien le había expresado en una carta que sus estudios lo embargaban en tal forma que no tenía tiempo ni para curarse ni para morir. Yo tenía tiempo. Prescribió su prestigiosa *tinctoria physicorum*, con la cual se decía que había triunfado sobre el cáncer, la hidrofobia, la sífilis, la epilepsia y otras enfermedades incurables, porque él era el único que trataba a los desahuciados, y citó el ejemplo de la abadesa de Zinzilla, en Rottweill, a quien daban por muerta. Acababa de publicar en Nuremberg dos tratados sobre el mal de Fracastoro, que prohibió, ciega de envidia, la Facultad de Medicina de Leipzig.

—Ningún médico —sentenció irónicamente— debe comunicar la verdad al príncipe. Tampoco ningún mago, astrólogo o nigromántico, si la poseen. Deben usar caminos ocultos e indirectos, alegorías, metáforas o expresiones maravillosas. Pero yo le juro a Su Excelencia que Su Excelencia está muy mal y que en un mes habrá olvidado lo que lo tortura

Me visitó casi diariamente, para gran rabia de Pietro Aretino, que sin embargo no se pronunciaba contra él abiertamente ya que, dada su vida, podía necesitarlo en cualquier momento. Llegaba, me hacía el honor de despojarse del sombrero, me revisaba las úlceras, me hundía en un baño sulfuroso, me administraba su pócima, y luego se echaba a disertar. Su olor a vino, a sudor y a suciedad colmaba la habitación, con el de los nauseabundos mejunjes. Valerio, Silvio y Juan Bautista escapaban, asqueados. En medio de los vapores amarillentos, su cara lívida asomaba, como la de un brujo. Adiviné entonces que, bajo su aluvión de palabras, algo, una inquietud, se escondía pero tardé en descubrirlo. Yo esperaba mucho de él y él esperaba mucho de mí. Entre tanto me explicaba que el Alma-Espíritu del Mundo impregna a cuanto existe y que quien consiga dominarla será dueño del poder de Dios; me refería la curación de la reina de Dinamarca, o me revelaba que el fénix renace del esqueleto de un caballo y que una mujer embarazada, si se lo propone, es capaz de imprimir un dibujo sobre el cuerpo de su hijo. Era difícil distinguir cuándo hablaba en serio y cuándo lo hacía en broma, porque mantenía inalterable el tono majestuoso. Probablemente aplicaba conmigo el principio de que al señor hay que disfrazarle la verdad, pero lo cierto es que a los diez días comencé a reponerme. Me enseñó que la sal, el sulfuro y el mercurio son los ingredientes que entran en la composición de todos los metales, y también de todos los seres, y que están contenidos en el *mysterium magnum* del cual cada uno encierra en sí un *archeus*, o sea un principio vivo. La unión de los elementos orgánicos, según él, origina la vida, y el elemento predominante es el que constituye la quintaesencia. A raíz de esas disquisiciones me hizo sentir, oscuramente, que yo era el centro del mundo, porque me hizo sentir mi comunicación con cuanto existe. Y eso contribuyó a fortalecerme, a infundirme un nuevo vigor. El mundo rotaba alrededor de mí, incontable, y al mismo tiempo yo era una parte ínfima de su mecanismo sin límites. No estaba solo, no estaba perdido y, desmenuzándome en el polvo infinitesimal del microcosmos, crecía hasta agigantarme, puesto que todo, del insecto a la nube, me rendía pleitesía y obraba para mí.

Un día que nadie nos acompañaba en mi aposento, le narré la historia de mi horóscopo y de su anuncio de inmortalidad. Sus ojos chispearon.

—Las estrellas no indican nada —sentenció—, no inclinan hacia nada, no imponen nada. Somos tan libres de ellas como ellas de nosotros. Las estrellas y el firmamento entero son incapaces de afectar nuestro cuerpo, nuestro color,

nuestros ademanes, nuestros vicios, nuestras virtudes. El curso de Saturno no puede ni alargar ni acortar la vida.

—Sin embargo me han referido que no sangras a un enfermo ni le haces beber un purgante si compruebas que la luna se halla en posición inadecuada.

—Eso no tiene nada que ver. Y lo de la inmortalidad es otro asunto. La inmortalidad sí es apasionante. Alcanzarla debe ser el fin de cuantos nos quemamos las pestañas estudiando.

Miré sus párpados desguarnecidos, orlados de rojo. El “médico-químico” retomó el cáustico retintín:

—Por lo menos desde 1513, a raíz de una constitución de León X en el Concilio Luterano, se ha establecido la inmortalidad e individualidad del alma, contra los que aseveran que no hay más que un alma para todos los hombres. Yo ya lo sabía antes. No necesité de Su Beatitud, y que Su Excelencia no vaya a tenerme por herético. No lo soy. Pero lo interesante, lo realmente interesante, no es la inmortalidad del alma, sino la inmortalidad del alma dentro de la del cuerpo: permanecer, permanecer aquí, en este mundo, en este lado del espejo. Seguir vivos. El lapso que el Destino otorga normalmente es muy breve para cuanto nos incumbe hacer.

Guardó silencio un instante.

—Es posible —añadió— crear un hombre artificial. Con ayuda de la Cábala hebrea, Elias de Chelm ha creado uno, un Golem, que se animó cuando el sabio judío escribió uno de los nombres de Dios en la frente de arcilla de su engendro. Es posible (yo lo he hecho) crear un homúnculo, encerrando esperma en un vaso hermético, magnetizándolo y hundiéndolo durante cuarenta días en excrementos de caballo. A los diablos les es posible formar un cuerpo con aire, condensándolo o condensando el vapor de agua, y modelar así un espectro que les servirá de habitación efímera. Simón Mago logró con pericia producir el movimiento de las estatuas de madera. Santo Tomás de Aquino destruyó el peligroso autómatas dotado de palabra que construyó Alberto el Grande. Y el insigne Cornelio Agrippa realizó el siguiente prodigio: un discípulo murió repentinamente en su estudio, y el maestro, temeroso de que lo acusaran de un crimen, obligó al Demonio a que se metiera dentro del cuerpo inánime y a que con él diera dos vueltas por la plaza, para que luego cayera sin vida delante de los demás. Pero ésas son ficciones; son juegos pavorosos. No se trata de engendrar una apariencia de vida, sino de entretener sin término la que Dios engendró. Yo poseo los medios para conservar viva a una persona durante siglos. Y cuando yo muera... no moriré. Me enterrarán un año completo, porque es menester descender a las lobregues de la tumba antes de ascender a la luz de la eternidad; me enterrarán cortado en trozos, dentro de excrementos de caballo, fuente de calor constante, como sabe cualquier alquimista, y me harán objeto de toda la gama de las combinaciones del Gran Arte; luego resucitaré, metamorfoseado en un joven hermoso. Algún día me pertenecerá la eterna juventud, no como a ese imbécil veneciano, Luis Cornaro, que come una yema de huevo cada veinticuatro horas y aspira a llegar a centenario, como si valiera la pena quedar en el mundo transformado en un viejo hambriento, para a la postre morir. Yo viviré y viviré joven. Su Excelencia también puede hacerlo, no porque se lo prometa la fantasía del horóscopo de Sandro Benedetto, sino porque para ello dispone del método que debe encontrar.

Desde el fondo de la bañera ubicada junto a mi lecho, envuelto en el vaho maloliente, disimulando la giba en el agua turbia, yo lo oía, hechizado. Diez años

después, cuando Paracelso se extinguió en Salzburgo —según muchos prematuramente, por extremar las dosis del elixir de vida que escondía en el pomo de su espada y que cuidaba el demonio Azoth—, me enteré de que se habían acatado sus órdenes; de que su servidor lo despedazó y enterró de acuerdo con lo que había prescrito, y de que, transcurridos doce meses, el criado, impaciente, abrió la tumba dos días antes de que se cumpliera el plazo total. Entonces (por lo menos fue lo que atestiguaron sus discípulos) se vio que Aureolo Teofrasto reposaba en el ataúd, convertido en un adolescente bello como Fausto. Sólo el cráneo no había terminado de soldarse, y un soplo de aire, colándose por la fisura hasta el cerebro, mató al mago definitivamente, evitando que resucitara. Luego su leyenda se echó a volar y hubo gente que juró que había sido reconocido simultáneamente en varios lugares del mundo. Pero eso aconteció diez años más tarde de lo que refiero. Mientras Paracelso hablaba inclinándose sobre la bañera, tan cerca de mí que pensé con espanto que iba a abrazar mi cuerpo desnudo, lo que me inquietó al seguir los borbotones de su extraño discurso, con ser fabuloso lo que me decía, era lo que acababa de declararme: que yo, como él, era dueño de la inmortalidad si conseguía hallar su fórmula. Y ahí, en esa frase pronunciada con una intensidad que la destacaba del resto de su peroración, discerní la causa que lo había impulsado a visitarme cotidianamente.

—Ayúdame a descubrir el secreto —murmuré.

—El secreto pertenece a la familia de Su Excelencia.

—¿A mi familia? ¿A mi padre, a mi abuelo?

—A la familia Orsini.

La noticia me dejó estupefacto. Los Orsini se jactaban de ser y de haber sido guerreros, prelados, gobernantes. Me costaba imaginarlos mezclados en asuntos de tan arcana sutileza.

—Todos soñamos con la inmortalidad —apuntó Paracelso, alejando la cara pálida, los abultados ojos de batracio—. Los príncipes más que ningún otro. Hasta la señora marquesa de Mantua, la ínclita Isabel de Este, lleva sobre el pecho una joya negra en la cual ha mandado grabar esta inscripción: *Para que yo viva después de la muerte*. He ahí el sueño inmemorial, el anhelo de ser como dioses.

—¿Y nosotros?, ¿nosotros, los Orsini?, ¿cuál de nosotros...?

—Debemos remontarnos en el tiempo, duque, dos siglos. El alquimista más famoso de esa época fue Juan Dastyn. Reinaba entonces en Aviñón el papa Juan XXII, quien estaba íntimamente vinculado con el sobrino de otro papa, de Nicolás III. Me refiero al cardenal Napoleón Orsini, decano del Sacro Colegio. El alquimista Dastyn fabricaba oro y escribió varias cartas, que todavía se conservan, al pontífice y al cardenal. Una de esas cartas expone laberínticamente la verdad sobre la materia noble que transmuta cualquier cuerpo metálico en oro y en plata y que muda a un hombre viejo en joven y arroja de la carne las enfermedades. He estudiado sus ideas, en las cartas en latín al cardenal Orsini, y comparto muchas de ellas, por ejemplo cuando afirma que el mercurio es el esperma y material de los metales y de la Piedra. Juan XXII, asustado por la enorme cantidad de moneda que invadió a Francia, firmó un decreto contra esas prácticas, pero aprovechó en privado lo que condenaba en público. Al morir, el Santo Padre —que se había iniciado en el mundo como hijo de un pequeño burgués de Cahors— dejó una fortuna inmensa. La calcularon en dieciocho millones de florines de oro, más otros siete millones en valor de vasos de iglesia,

tiaras, cruces, ornamentos y joyas. Algunos calcularon más. Lo cierto es que Juan Dastyn había elaborado la receta de la transmutación. Eran suyos la Piedra, el Elixir y la Tintura, que antes conocieron Noé, Moisés y Salomón y que presintió, en Alejandría, Bolos Democritos. Todo, para Dastyn, se enlazaba con ese elemento misterioso, de suerte que al analizar el *Cantar de los Cantares*, del Gran Rey del Templo, o al detallar y descomponer el mito del Vellochino de Oro, proseguía su indagación infatigable que coronó el éxito. Hay algo, empero, que se ignora. Juan Dastyn envió al cardenal Napoleón Orsini, hacia 1340, unas cartas en las que le comunicaba sus investigaciones en torno de la inmortalidad y el fruto de las mismas. Parece ser que el fraile privilegiado, que se alimentaba de raíces y no bebía ni agua, había topado no sólo con la solución de la fácil riqueza sino también con la de la indestructible eternidad. Esas cartas estarán en algún sitio.

—¿Las has buscado?

—Las he buscado, preguntando, sin encontrarlas.

—Hace dos siglos de lo que me revelas. Se habrán perdido.

—Tengo la certidumbre de que existen, Excelencia. Las habrá ocultado el propio cardenal, porque son peligrosas.

—El cardenal hubiera aplicado la fórmula, y, si es verdad lo que dices, viviría aún.

—No todo el mundo se atrevería a ser inmortal, aunque todos soñamos alguna vez con serlo. Es algo demasiado grave, quizás más terrible que la misma muerte.

—¿Y tú crees que mi familia conserva las cartas?

—En algún lado estarán, en alguna biblioteca, en algún archivo, en el desván de alguno de los castillos de Orsini.

—Hay muchos castillos. Hay muchos palacios. Y hay las guerras, los saqueos, los incendios...

—Vale la pena indagar. Después de todo —y Paracelso sonrió con una sonrisa precursoramente volteriana que le arrugó las comisuras de la boca—, se lo ha prometido a Su Excelencia el horóscopo del astrólogo de Nicolás Orsini. Veamos ahora esas úlceras. Sí, ya van cicatrizando. Pronto estará el duque de Bomarzo en condiciones de remontar el Gran Canal, de entrar en la fiesta veneciana. Pero cambiemos de tema. Evoquemos a los filósofos platónicos cuya semilla Su Excelencia recogió durante su etapa florentina. Yo admiro a Marsilio Ficino especialmente. Sin duda, en Florencia, su maestro Pierio Valeriano le habrá desarrollado sus ideas. A Valeriano lo admiro también, sobre todo cuando expone la triste situación de los intelectuales. Créame, señor duque, los intelectuales somos tratados hoy sin ningún miramiento...

Y, como suelen hacer los intelectuales ante los príncipes, se embarcó en el argumento amargo de la desconsideración que aflige a quienes viven para la gloria del espíritu. No lo escuchaba yo. Pensaba en el cardenal y en el alquimista.

Interrogué sobre esas cartas a Valerio Orsini, que era el Orsini a quien tenía más cerca, y me manifestó su total ignorancia al respecto. Jamás las había oído nombrar, y eso que conocía a la gente principal y menuda de nuestra vasta familia, extendida de un extremo al otro de Italia.

—La inmortalidad no se gana con fórmulas —me dijo—; se gana con un arma buena. Entre los Orsini sobran los inmortales y no recurrieron a filtros. El bravo Orsini de Monterotondo, que está pintado a caballo en el palacio de la

Señoría de Siena, los capitanes Napoleón y Roberto, Gentil Virginio, Nicolás y Paolo, hijo natural del cardenal Latino, grandes condottieri de nuestra casa, son inmortales. Si quieres ser inmortal tendrás que forjarte tu perpetuidad tú mismo. Jamás creí en el horóscopo de Benedetto, del cual me alcanzaron noticias. Al astrólogo lo traté en el castillo de Nicolás Orsini, conde de Pitigliano. Ese sí, Pitigliano es inmortal, y no necesitó de recetas. No bien te repongas, te conduciré a ver su magnífico sepulcro, en San Giovanni e Paolo.

Valerio me recordó a mi abuelo Franciotto, que opinaba, cuando Carlos Quinto me armó caballero, que los caballeros se hacen en la guerra y no entre genuflexiones. Me mordí los labios y no insistí. Sus opiniones me desconcertaban, me irritaban. Yo, jorobado, enclenque, me suponía ungido por los dioses, único —y me aferraba con todos los garfios de mi imaginación a esa fantástica ofrenda—, y ahora un viejo soldado lanzaba un par de frases tajantes y barría con mis esperanzas. A Silvio de Narni, ni palabra le soplé. Su inclinación y su ciencia de los asuntos mágicos podían alertarlo más de lo que convenía. En esta cuestión había que actuar delicadamente, diplomáticamente. Le escribí en cambio a mi abuela. Diana, al enterarse de mi enfermedad, había pretendido reunirse conmigo en Venecia, pero se lo prohibí, teniendo en cuenta sus muchos años y usando para ello la autoridad que me daba mi jerarquía de jefe de la rama de Bomarzo. Me trajo la respuesta Messer Pandolfo, con los testimonios de la inquietud de la madre de mi padre por la condición de su nieto. Tampoco Diana sabía nada de la ubicación de esa correspondencia, aunque la había oído mencionar alguna vez.

“Mi abuelo Pier Francesco, el primer Vicino Orsini —decía en su carta— hablaba escépticamente del procedimiento propuesto por un alquimista a uno de sus antepasados para asegurarle la inmortalidad. Solía añadir que por suerte no la había utilizado su antecesor, porque entonces hubieran estado excluidos del ducado cuantos lo sucedieron a causa de ese duque permanente. No remuevas el fango antiguo, Vicino. Déjalo reposar. Y ocúpate de Julia Farnese.”

De ella me ocupaba yo, por supuesto. Le escribía todas las semanas.

Con los papeles de Diana y otros varios concernientes a la complicada administración de mis tierras, Messer Pandolfo me llevó un documento importante. Para evitar disputas, el cardenal Franciotto había sugerido (y Maerbale y yo lo aceptamos) que se confiara a su colega el cardenal Alejandro Farnese la función de árbitro en la repartición de los dominios heredados de nuestro padre. De acuerdo con su decisión, me tocaban, además de Bomarzo, Montenero, Collepicollo, Castelvecchio, la mitad de Foglia y los palacios romanos, mientras que a Maerbale le correspondían Castel Penna, Chia, la otra mitad de Foglia, Collestato y Torre. Era una distribución ecuánime. El segundón no recibiría lo mismo que el primogénito. Presentí que Maerbale lo rechazaría, más que nada por causarme un disgusto. Le pedí a Valerio que le notificara la división trazada por el árbitro, y mi tío no se ofreció a procurarme una entrevista con él, aunque Maerbale había sanado ya de sus heridas.

En lugar de mi hermano, introdujo en mi habitación a otros visitantes: a Aretino, por descontado, y también a Claudio Tolomei, uno de los campeones, con Bembo y Speroni, de la lengua toscana, frente al imperialismo del latín. Esa corriente se acentuó en Bolonia, durante las fiestas de la coronación de Carlos Quinto, como una reacción nacional ante el poderío avasallador de los extranjeros. Y me presentó al famoso Jacopo Sansovino, quien había comenzado entonces a embellecer la plaza de San Marcos, trasladando las carnicerías que la

ensuciaban y abriéndole calles nuevas; y a su hijo Francisco, un niño a la sazón, que recopiló después las historias de la casa de Orsini y que, cuando yo establecí en Bomarzo una especie de corte literaria, fue, junto con Claudio Tolomei, uno de sus concurrentes asiduos. Por ellos me informé de que Venecia rebosaba, día a día, de más huéspedes. Había llegado a la ciudad el cardenal Hipólito de Médicis, de regreso de Hungría, a donde Clemente VII lo había enviado —para quitárselo de encima y evitar que entorpeciera la acción de Alejandro de Médicis, duque de Florencia—, con la categoría de legado papal ante el ejército que Carlos Quinto mandaba contra el voivoda de Transilvania. En Venecia vivía en el palacio de la cortesana Zafetta, de quien era el galán ardoroso, lo cual no lo privaba de amar desesperadamente a Julia Gonzaga, la mujer más hermosa de Italia, para quien traducía con ejemplar pulcritud —alternando ese trabajo con la diversión de abrazar minuciosamente a Zafetta— el segundo libro del poema del divino Virgilio, el que canta la caída de Troya. Y había llegado a la ciudad del dux el infatigable Pier Luigi Farnese, con mi primo Segismundo, de quien no se separaba. Segismundo estuvo a verme, vestido como el hijo de un rey y pintado y perfumado como una mujer pública, de modo que me costó reconocer en él a quien había sido, tan corto tiempo atrás, como Mateo y Orso Orsini, un guerrero fanfarrón. No hablaba más que de trapos, de plumas y de fiestas. Me ofendió que Hipólito no fuera a visitarme, si bien era imposible que me enfadara con él pues demasiado lo quería. La Zafetta y Julia Gonzaga se distribuían su tiempo. Me hubiera gustado recibirlo, aunque sólo fuera para brillar ante Valerio y Leonardo.

Comencé a levantarme y a pasar las tardes, en una alta silla, junto al ventanal. Paracelso y Silvio me distraían allí con sus cuentos misteriosos; Aretino multiplicaba las anécdotas mundanas, los comadreos malignos, reventando en carcajadas violentas; y Juan Bautista y Leonardo, como dos volatineros esbeltos, concertaban para alegrarme toda suerte de juegos de habilidad y astucia. Arrebujado en el calor de las pieles, yo sentía fluir de nuevo la vida en mi cuerpo inquieto. A veces alzaba los ojos de la página en la cual copiaba para Julia Farnese unos conceptos barrocos, en los que el amor se disfrazaba de alegorías; e imágenes viejas —y sin embargo tan próximas: la de Adriana dalla Roza, la de Abul— asomaban ante mi memoria nostálgica. Me incorporaba, apoyado en el brazo de Silvio, y miraba afuera. Las góndolas partían hacia Burano, hacia Torcello. Los gondoleros se interpelaban, se insultaban, como hoy, como siempre, entre largas risas cadenciosas. El son de los instrumentos templados subía hasta mi ventana. El Bucentauro, la nave ducal, desfilaba lentamente, como un dragón de oro, como un monstruo de Plinio, rumbo al puerto de San Nicolás del Lido, resplandeciente de farolas y de estandartes, y en la toldilla, bajo un quitasol, se recortaba la pequeña figura friolenta del dux Andrea Gritti, como una sacra imagen. Yo me creía feliz... ¿me creía feliz yo entonces?... a mi manera. Me sentía mimado y protegido, y eso para mí tenía un valor esencial. ¡Todo era tan hermoso alrededor, todo se acordaba tan armoniosamente para halagar mis exigencias estéticas, desde la elegancia sutil de Leonardo y Juan Bautista, con sus trajes ceñidos como guantes, hasta la forma grácil de las barcas que bogaban cargadas de frutos dorados, y hasta las promesas de que pronto la bella Julia Farnese sería mi duquesa, mi mujer, y de que, en el secreto de alguno de nuestros grandes palacios, aguardaba escondida la flor de la inmortalidad, para que yo la cortara sin ningún esfuerzo, como jugando, y aspirara eternamente, mientras giraba la ronda majestuosa del tiempo, su peregrino perfume!

No bien estuve en condiciones de salir a la calle, fui a presentar mi homenaje al dux. Me acompañó Valerio. Andrea Gritti nos acogió en el palacio de los gobernantes de Venecia, espléndidamente. El viejo señor que regía desde nueve años atrás el destino de la Serenísima había modelado su propio rostro, con el correr de los lustros, hasta conseguir la máscara exacta, perfecta —y de ello queda el testimonio en el retrato de Tiziano—, que correspondía a su tremenda magistratura. Escultor de sí mismo, utilizó, para cincelar esa cara severa que circuían el *cornio* de brocatel de oro y la barba espumosa, los elementos que le brindaba su vida enérgica de militar y de diplomático, de burlador de turcos y de conductor de ejércitos, de regente sagaz de finanzas y de vigía de una balanza prudente que equilibraba por igual sus relaciones con Francia y con el Imperio. Todo eso construía su rostro impávido y se afirmaba en sus manos poderosas. Los dominios venecianos se resquebrajaban en torno, pero el dux seguía simbolizando a la República patricia inmutable. Habló serenamente, con bondad soberbia. Había colaborado con Nicolás Orsini, cuando éste luchaba a las órdenes de Venecia, y eso inclinaba su favor hacia nosotros. Era, en su palacio cubierto de pinturas, sagrario de su magnificencia, un dios, un Júpiter vestido de armiño y de terciopelo. Al verlo se comprendía la familiaridad de los dux con la corte divina, cristiana y mitológica, evidenciada en la satisfacción insistente con que esos príncipes se hacían representar por los artistas, entre santos y arcángeles, entre Marte y Venus, con los cuales convivían suntuosamente en la pompa de los enormes óleos. La gente del pueblo que llegaba hasta allí debía pensar que entraba en un Cielo donde los bienaventurados, las ninfas y sus jefes compartían la gloria por igual. Y, cuando el Bucentauro navegaba hacia las islas, debía pensar que tritones y nereidas lo sostenían en las orlas del oleaje, y que los querubes volaban entre los pliegues de su gonfalon.

Sin embargo, por lo que Gritti nos dijo entonces, si las relaciones de Venecia con el Olimpo no habían variado, sus vínculos con el Cielo no eran especialmente felices. Agudas controversias dividían al patriarca religioso y al poder secular. Se ahondaba la tensión con el papado, por la imposición de diezmos extraordinarios al clero, que el dux había establecido sin autorización pontificia. Luego estaba lo de los libros heréticos, por culpa de los cuales hasta los artesanos discutían sobre los sacramentos y la fe, y el escándalo de ciertos monasterios de monjas, cuyas profesas y novicias parecían vivir en un carnaval perpetuo y, siendo de familias nobles, escribían cartas impúdicas que habían caído en manos de los espías. Por si ello no fuera suficiente, los dominicos actuaban con altanería insoportable, como si se creyeran los dueños de la ciudad. Se oscureció el rostro calmo del príncipe, como si de repente la sombra de una nube hubiera pasado sobre una estatua de mármol y de pórfido. Nosotros lo escuchábamos en silencio, rodeados de ángeles, de mártires, de apóstoles, de diosas desnudas. A veces se desplazaba la luz en los rincones o un cortesano se movía en la penumbra, y no sabíamos si el Cielo se iba a asociar a la pesadumbre tormentosa del soberano y si la Virgen opulenta iba a descender de su trono pintado para poner la diestra sobre el hombro del dux. Quien lo hizo, en cambio, fue su hermana, tan vieja como él, que surgió de la oscuridad ondulante, entre un crujir de brocados y un vago brillo de perlas. Era célebre por su devoción.

—Felizmente —dijo la anciana— no todos los cardenales están contra nosotros, en Roma. Contamos con Grimani, Pisani y Gonzaga. Y, por supuesto, con Alejandro Farnese.

—Sobre todo con Alejandro Farnese —se elevó la voz augusta, musical, del dux—, quien patrocina la causa veneciana. Hay, en la raíz del asunto de los diezmos, una terrible equivocación. La Señoría puede imponerlos.

—Pier Luigi, hijo de ese santo prelado, estuvo a verme —añadió la dama, besando su rosario de rubíes—. Es un cumplido caballero.

—Hemos sido informados —interrumpió Andrea Gritti dirigiéndose a mí— de la estrecha amistad que lo une a Vuestra Excelencia. Eso habla en pro del joven duque de Bomarzo.

Valerio y yo nos atisbamos de reojo. Las autoridades venecianas no podían ignorar los detalles de la existencia licenciosa de Pier Luigi, que conocía el mundo entero, y de los quebraderos de cabeza que significaban para su padre. Quise protestar, señalar que la amistad no era tanta, pero Valerio me retuvo. De cualquier modo, el príncipe ya esbozaba un ademán, indicando que la audiencia había concluido.

Mientras atravesábamos los aposentos decorados con pinturas de batallas navales y descendíamos las escalinatas, Valerio me susurró:

—Aquí, Vicino, es menester obrar con suma cautela. Si el dux declara que eres amigo de Pier Luigi, de ese bribón, te recomiendo que obres como si lo fueses. Aunque no te guste.

Días después, llevóme Valerio a ver, en la iglesia de San Giovanni e Paolo, la tumba del condottiero Nicolás. Era, para los Orsini, una peregrinación obligada. Iba con nosotros Leonardo Emo. Notable lugar aquél, para que lo enterraran a uno... cuando estaba dentro de la categoría de los que serían enterrados. Caminando sobre inscripciones fúnebres, llegamos hasta el aparato sepulcral del condottiero. Desde los otros monumentos, guerreros y mandatarios nos contemplaban, de pie en sus sarcófagos. Me empiné cuanto pude en las losas rojas y blancas y miré, allá arriba, la estatua ecuestre. Nicolás Orsini había muerto a los sesenta y nueve años, pero el militar de empenachado yelmo que se erguía, dorado, en el crucero de la derecha, bajo el león de San Marcos, flanqueado por los escudos de nuestra familia, los osos y las rosas, era muy joven. Triunfaba en la gloria del caballo y de la armadura como si no debiera, no pudiera morir, y me pareció un héroe de Ariosto, un Orlando eterno.

—Éste —comentó Valerio— es un Orsini inmortal.

Yo pensé que el inmortal estaba muerto, bien muerto; que los gusanos se aposentaban en su carne, hacía más de veinte años, bajo la piedra que ocultaba sus despojos; y que si desplazaran el peso de esa losa y pusieran aquellos restos horribles de un viejo devorado por las larvas, junto a la imagen del mancebo victorioso que seguía cabalgando y comandando, se apreciaría la desproporción caricaturesca del simulacro teatral. Y recapacité en la promesa formulada para mí por el astrólogo de ese mismo capitán, que era como un mensaje suyo, del gran Nicolás Orsini, como un aviso de ultratumba. Había que pelear contra la muerte. La muerte era el único enemigo auténtico.

Leonardo preguntó, indicando la escultura:

—¿Murió tan joven?

—Murió viejo; viejo como yo —respondió Valerio Orsini, con una mueca extraña—, pero los inmortales son jóvenes siempre.

—¿Tú serás siempre joven?

—No lo sé. Eso se sabe después.

—Yo quiero ser joven ahora —murmuró el adolescente, abriendo los brazos en la soledad del templo, y se me ocurrió que, desde sus sepulcros, los muertos

célebres allí acumulados se estremecían en la podredumbre que manchaba sus armas y sus joyas. También yo quería ser joven. Siempre. Lo quería como Paracelso, y como él buscaría el camino para lograrlo. También yo me sentía joven a pesar de la giba que me abrumaba como si su carga carnal me arrastrara hacia la negrura de la fosa. Por detrás de Valerio, sin que lo advirtiera mi tío, alargué una mano y rocé la del muchacho. Nos sonreímos.

Paracelso se aprestaba a partir, a reanudar su incesante romería, agregada mi curación a su lista de hazañas. Me propuso, como despedida, que fuera con él hasta la plaza de San Marcos. El otoño se disfrazaba de verano esa mañana, y soplaba un viento cálido, que acentuaba el perfurne de las especias. Se dijera que la canela y el azafrán se erguían a nuestro paso, que revivían en los almacenes, como animales misteriosos inquietos por el aire que venía de allende el mar.

Había en la plaza mucha gente. De tanto en tanto se levantaba una gran ráfaga de palomas, como otro viento oriental, y cuando alzábamos la vista, atraídos por el estruendoso aleteo, veíamos arriba, en las *altanas* de madera que coronaban los palacios, o en los abiertos balcones, a las bellas patricias y a las meretrices que aprovechaban los rayos del sol para aclarar sus cabellos, extendiéndolos sobre anchos sombreros de paja, sin copas, y mojándolos continuamente con esponjas pequeñas. Empleaban toda suerte de recetas para teñirlos de rubio, del famoso rubio veneciano, de acuerdo con Firenzuola que sostiene que el verdadero y propio color de los cabellos impone que sean rubios. En las terrazas, las guedejas destrenzadas ponían un brillo de metales, a cuyo fulgor se sumaba el de los espejos que iban de una mano a la otra, coruscando, como si las hermosas se hicieran señales enigmáticas. Más tarde, las damas descenderían a la plaza y a las góndolas caminando prodigiosamente sobre los gigantescos coturnos, los *zoccoli* dorados y cubiertos de piedras relampagueantes, y mostrando, al desplazar hábilmente los velos sobre los ropajes de blanco tabí, la redondez perfecta de sus pechos pintados. Flameaban, frente a la basílica, las banderas de la República, en los tres mástiles cerca de los cuales se vendían los esclavos y, si volvíamos los ojos hacia la Piazzetta, sin bajar de la nubosa altura que encendía el sol, veíamos recortarse en sus columnas las efigies de San Marcos y del León, a cuyos pies Andrea Gritti había mandado erigir las horcas, para ejemplo de la población cosmopolita. Pero, con ser tan maravilloso lo que sucedía en el plano superior, trémulo de vibraciones irisadas, lo que más me conmovió fue el espectáculo de la plaza misma, en la que confundían su esplendor los géneros procedentes de las tiendas de San Salvatore y de San Lío, los brocados encarnados y azules, o de oro y plata, algunos de los cuales eran tan espléndidos que los agentes otomanos los hacían desaparecer de las factorías con indignación de las venecianas, para adorno de las favoritas en el serrallo del Gran Turco. ¡Ah, no en vano Venecia era tan odiada por su lujo pródigo! ¡No en vano se multiplicaban los decretos inútiles dedicados a contenerlo! Allí convivían las modas de un mundo que todavía no se había entregado a la vulgaridad repetida e imbécil de lo uniforme, sin que faltaran ni las sayas flamencas, ni las ropetas españolas, ni los enormes turbantes. Yo lo devoraba todo, nunca ahíto de color. Súbitamente me acordé de Bomarzo y una punzada cortó mi alegría. Me acordé de la vez en que Girolamo me vistió de mujer y me humilló. Aquel día, como éste, en el desván del castillo, atiborrado de arcones que colmaban las telas antiguas, los paños fastuosos hablaron a mi sensualidad con su apasionante idioma. Sacudí la cabeza. No quería pensar en

nada que enturbiara mi placer. Por otra parte, Girolamo había muerto; yo vivía y era el duque, y de la injuria del depresivo episodio no quedaba más prueba que mi oreja horadada de la cual pendía ahora una perla engarzada en zafiros. Me apoyé en el brazo de Paracelso y seguí andando. Casi no sentía mi joroba, a la que *sentía* siempre, como si fuera algo separado de mí, algo que no me pertenecía, que no integraba mi cuerpo, una añadida carga.

La extravagancia de los atavíos no alcanzaba a atenuar la de Paracelso. Con su sombrero colosal, gloriosamente sucio, y su sonoro espadón que golpeaba contra las losas, llamaba la atención de los viajeros que le abrían paso. Se detuvo a señalarme con ademanes enfáticos la iglesia de San Gemignano, que Sansovino comenzaba a alzar y que luego destruiría la insensatez napoleónica. Me indicó después, en los mosaicos de la basílica del evangelista, figuras que interpretaba esotéricamente, como si fueran escenas de magia. Llegamos así, en la Piazzetta, a la fachada lateral de San Marcos, vecina de la Puerta de la Carta del palacio de los dux. Picaba el sol, y nos sentamos a descansar junto a las secretas estatuas de los emperadores de pórfito, abrazados de dos en dos en un ángulo del muro.

—Estos cuatro emperadores fueron traídos de San Juan de Acre —me dijo—. No sé si se abrazan o conspiran.

—Se abrazan —contesté —y se hablan al oído. Pero no sueltan las espadas.

—Se aman o se odian.

Deslicé mi mano sobre el hombro de uno de ellos:

—Se aman. Puedes palpar el calor de sus cuerpos.

—También el odio causa ardor.

En ese momento, Paracelso se quitó el sombrero y, con un movimiento rápido, furtivo, lo dejó caer.

—¡La he cazado! —gritó—, ¡la he cazado!, ¡estaba medio dormida, embotada, se ve que no tomaba tanto sol hace tiempo! Yo deseaba dejarle un regalo a Su Excelencia, algo para que no me olvidara, aunque fuera pasajera. Y aquí está.

Introdujo una mano bajo la copa, como un prestidigitador y la retiró velozmente. Entre sus dedos firmes, se revolvía una forma. Era una lagartija. Paracelso apretaba sus fauces para evitar sus agudos mordiscos.

—Es una salamandra —me declaró, ufano—, la bestia inmortal, vencedora del fuego.

—¿No es una lagartija?

—Llámela lagartija Su Excelencia, si prefiere. Y no olvide que en el vocabulario del amor griego, lagarto es una de las palabras que se emplean para designar al sexo masculino. Pero yo la considero salamandra: una salamandra, símbolo de la inmortalidad del duque de Bomarzo, símbolo de mi inmortalidad.

El diminuto reptil se agitaba, enseñando el dorso verdoso y pardo y el blanco vientre, embarullando con coletazos ágiles los colores que reprodujeron en mi imaginación los de las piedras mohosas, oxidadas, de Bomarzo. Bomarzo obsesionaba mi memoria convaleciente. Doquier, las sensaciones, los emblemas que brotaban de esa Venecia tan distinta me sugerían mi tierra querida y distante.

Paracelso envolvió a la bestezuela en un pañuelo inmundo, cuyas tonalidades y materias hubieran entusiasmado a los pintores informalistas de hoy. Luego, en las inmediaciones de la Madonna del Orto, donde está la escultura del mercader morisco, le compramos una jaula.

Fuera de esa salida, las otras que realicé en la primera semana durante la cual me autorizaron a abandonar mi habitación del palacio Emo me condujeron en pos

de las antigüedades cuya posesión me procuraba tan avariento goce. Juan Bautista y Silvio me acompañaban, y era raro que regresáramos al palacio sin algún hallazgo singular. Fue entonces cuando adquirí, en la colección de los patriarcas de Aquileia, los bustos de los emperadores romanos —quince, de Augusto a Marco Aurelio, más decorativos que notables— que mandé colocar en la galería de mi castillo.

A Tiziano le pagué un alto precio por una Ariadna, que me fascinó en su taller de la Ca' Grande. Los Orsini de mi rama no hemos sido especialmente felices con Tiziano, si contamos con su colaboración para que las generaciones futuras admiraran nuestro sentido del arte. Por lo que a eso respecta, nuestras inversiones resultaron inútiles. Su tela inspirada en un pasaje de Catulo, que mi padre y Girolamo llevaron a Bomarzo como parte del botín de una de sus campañas, ha desaparecido. Y este otro Tiziano, la Ariadna, ha desaparecido también. ¿Dónde estarán ahora?, ¿adónde habrán ido a parar?, ¿a quién los atribuirán?, ¿qué incendio, qué guerra, qué ratas, qué humedad de graneros, qué ignorancia, qué incompreensión se habrán cebado en ellos? Ariadna desnuda, desamparada, gimiente entre las rocas de Naxos, elevaba los ojos al cielo, como una mártir del cristianismo, y a un lado un esclavo le tendía una bandeja de frutas que ella desdeñaba soberbiamente.

A Julia Farnese le envié un Baco de mármol, hallado en unas excavaciones, que era un milagro. Me di cuenta, cuando el cajón había partido ya de Venecia, de lo impropio de mi obsequio, desmesurado para una niña, y en la siguiente oportunidad le mandé un aderezo de esmeraldas. Cuando nos casamos, Julia trajo las esmeraldas de vuelta, pero el Baco quedó en poder de su padre. A pesar de mis insinuaciones cortesas —a las que respondía con bromas sobre su amor al vino y los vínculos cordiales que lo unían al dios— el sabio Galeazzo Farnese prefirió conservarlo en su jardín de Roma. Decía que le recordaba a su hijo Fabio, y era cierto.

La excepcional bonanza del tiempo se extendió y ello me permitió aceptar la invitación de Pier Luigi para que participara de un nocturno paseo en góndola. Me la transmitió Silvio de Narni, que estaba siempre en contacto con él, después de haberle compuesto el horóscopo, lo cual no dejaba de exasperarme. Elegí en el guardarropa, cuidadosamente, las prendas que vestiría y opté por un jubón amarillo con bordados de plata, sobre el cual me puse el *Iucco* florentino de pieles negras. Estuve observándome un buen rato en el espejo. Sí, sin duda yo era hermoso. La enfermedad me había macerado y depurado la cara, la había pulido más aún, esculpiendo sus aristocráticas aristas, y mi palidez de marfil con un vago fondo celeste, diluido, me daba un aire de un ascetismo casi irreal (*le ténébreux, le veuf...*), como de poético visitante del trasmundo, de ángel triste que le hubiera encantado a Victor Hugo y, naturalmente, a Gérard de Nerval, pero ¡ay! mucho faltaba para que Hugo y Nerval aparecieran en la inquietud terrestre. A la joroba resolví no mirarla. Colgaba detrás, mochila de mi desventura. Cuando encontrara las cartas de Dastyn al cardenal Orsini (si las encontraba), renacería sin ella. Porque de eso se trataba: de vivir eternamente sin aquel monstruoso añadido; de lo contrario la inmortalidad sería la prolongación de un tormento. Paracelso me había dicho que él regresaría a la vida, para siempre, transformado en un bello joven. Y eso es lo que soñaba yo. Ahora pienso que más que la inmortalidad arriesgada lo que me seducía era la posibilidad de ser un hombre como los otros, que lo que perseguía en la

perspectiva de la anormalidad era mi normal hechura. Eso le quita grandeza, imaginación y lustre a mi esperanza, pero cada uno es como es, y yo no aspiro a presentarme como un semidiós.

Pedí a Juan Bautista que me ayudaba a vestirme, que buscara en el arca los guantes negros, los tachonados de topacios, que armonizarían con los colores del jubón y del *lucco* y, mientras revolvía y desplazaba el contenido, cayó al suelo la muñeca de Silvio de Narni, hecha a semejanza de Julia Farnese.

La había olvidado por segunda vez. Mi enfermedad y mis nuevas preocupaciones habían hecho que la olvidara por completo. Ahora la tenía en las manos, y su traza me recordaba otra muñeca, la que en Florencia, Clarice Strozzi había mandado confeccionar, a semejanza de la agonizante Adriana dalla Roza, en la via dei Servi, para consagrarla a la Virgen de la Annunziata. Juan Bautista vio también la figurilla que Silvio había mojado con mi saliva y mi sangre e, ignorando de qué se trataba, empezó a contarme la anécdota, que había oído a Leonardo Emo, de la muñeca que Isabel de Este envió a Francisco de Francia, a pedido del rey que no la conocía, y que retrataba con exactitud los rasgos de su rostro y los detalles de su atavío. Las figurillas, las muñecas, representaban un papel importante, en aquella época, para bien y para mal. Lo mismo servían para ganar el amor o para causar la muerte, con negras artes, que para impetrar el favor divino y regio.

A mí me dio miedo la que entre mis manos evocaba el culpable procedimiento con el cual tal vez yo había vencido la voluntad de mi futura duquesa. Quién sabe qué poderes nefastos encerraba. Le ordené al desconcertado paje que me trajera unas gotas de agua bendita de la capilla del palacio, y con ellas toqué la boca y los ojos claros del pelele. En cuanto saliera, la tiraría al agua. No quería verla más. Así lo hice, al subir a la góndola, sin que los otros lo advirtieran. Se la llevó el canal aceitunado, entre sus inmundicias.

La barca tenía la proa dorada y una cámara tendida de raso rojo y cubierta de flores puestas en pirámides. En la parte posterior, a los pies del gondolero que se movía rítmicamente, voluptuosamente, había dos músicos y un cantor. Distinguí en la oscuridad a varios enmascarados, entre los cuales reconocí a Pier Luigi y a Segismundo, y algunas mujeres. Nosotros —Silvio, Juan Bautista y yo— nos disfrazamos también, utilizando las caretas que nos ofrecieron, las pintorescas *baute* blancas y negras, de largas narices, que como un antifaz cubrían la mitad del rostro y que comenzaba a difundir el teatro bufón de los mimos. Me entregué con júbilo al hechizo, tan italiano, del disfraz, destinado a propagarse enormemente con el andar del tiempo, y que ya atraía tanto que cuando la corte de Ferrara quiso halagar a César Borgia le mandó de obsequio cien máscaras distintas... las cuales, ciertamente, hubieran podido interpretarse como una alusión irónica.

Pier Luigi me arrastró al fondo de la cámara, riendo. Todos habían bebido mucho y no paraban de beber. Tardé un rato en percatarme de que las mujeres que nos acompañaban eran muchachos emperifollados con ropas femeninas, y el hijo de Alejandro Farnese rió con tal bulla de la trampa en la cual había hecho caer al duque de Bomarzo que sus carcajadas y ahogos cubrieron durante buen espacio el rasguído acompasado de los instrumentos de cuerdas y las lánguidas inflexiones del cantor. Silvio y Juan Bautista Martelli, desdeñando la etiqueta, requirieron, para no quedar a la zaga, los vasos y los frascos de vino, y en breve se habían sumado al coro estrepitoso. Yo, aunque también bebí y bastante, permanecí algo aparte de la batahola general que sacudía la góndola y que

amenazaba con desembocar en franca orgía. Me deshice de los brazos de Pier Luigi y me ubiqué a proa.

Había, en el Gran Canal, otras barcas como la nuestra, ruidosas, floridas, que aprovechaban la tibieza de la noche. En los palacios parpadeaban los fanales que decoraban los *porteghi* de los altos oficiales navales de la República y que proclamaban también la notoriedad familiar de quienes, de siglo en siglo, habían desempeñado las funciones más codiciadas. A su luz se engrañan los escudos de las viejas estirpes, colocados orgullosamente en los atrios, y se adivinaban, bajo los pórticos, entre los adornos de mármol trenzado que ascendían hacia los góticos balcones policromos, los locales destinados al comercio, porque Venecia era una mezcla inseparable de vanidad señorial y de prudencia mercantil. Venecia, enrejada de andamios en las nuevas construcciones que anunciaban el crecimiento incesante de las arquitecturas suntuarias, se presentaba entonces ante el viajero con los solos atributos que derivaban de su propia gloria, de su propio esfuerzo, de su propia corrupción, todavía sin la sugestión romántico-turística, sin la propaganda del aporte extranjero y literario que brota de Goethe, de Byron, de George Sand, de Musset, de Wagner, de Browning o de Ruskin. El falso palacio de Desdémona seguía siendo el palacio de los Contarini. Y la ciudad seducía con la única seducción de su presencia extraña.

Juan Bautista, poco acostumbrado al vino, sufrió pronto sus efectos. Parecía endemoniado. Obedeciendo a una insinuación de Pier Luigi y antes de que yo pudiera detenerlo, porque los muchachos vestidos de mujeres me interceptaron el paso con sus faldas opulentas, en la embarcación insegura, se despojó de las ropas, hasta quedar totalmente desnudo. Entre los aplausos de los tripulantes de nuestra góndola y de las vecinas, se irguió como un bronce de Juan de Bolonia o de Benvenuto, como uno de esos delicados bronce de Benvenuto que se alzan en la base del “Perseo”, y empezó a fingir con ademanes torpes que era una estatua. Su cuerpo enjuto, ceñido en la breve cintura, estirado en las largas piernas, espejeaba bajo el claror de la luna y de las farolas. Oí, en el escándalo estimulado doquier por los músicos y los cantantes, que me llamaban desde un batel cercano, en el que nos habían reconocido a pesar de las máscaras, y divisé a Hipólito de Médicis, a Maerbale y a dos mujeres, una de ellas de tan extraordinaria hermosura que no podía ser sino Zafetta, la cortesana. Maerbale había adelgazado mucho y eso había acentuado el parecido que evidenciaba nuestro parentesco. Hipólito, que era quien me había llamado, llevaba el raro atavío de pieles, con la emplumada toca, que trajo de Hungría. Su proximidad me turbó, me desesperó. Me angustiaba que me hubieran sorprendido así, en medio de esa gente, pero el destino quería que cada vez que yo participaba involuntariamente de una escena ambigua —como cuando Benvenuto Cellini me besó en la playa del castillo de Palo— uno de mis hermanos fuera testigo de mi actitud. Me sentí enrojecer hasta la raíz de los cabellos y, liberándome de las ficticias mujeres, me puse de pie, brillaron los topacios de mis guantes y de un empujón arrojé a Juan Bautista al agua. Con ello maduró el regocijo de los circundantes, mientras el muchacho, mascullando impropiedades, nadaba con pereza hacia los muelles.

En ese instante, sobre la gritería, surgió otra, más poderosa, más grave, henchida de peligro y de terror, y, a la distancia, vimos las llamas del incendio. Un palacio, el de los Cornaro, que se vanagloriaban de su consanguinidad con la reina de Chipre y con los memorables Lusignan, ardía en la brisa que había comenzado a levantarse y que amenazaba transformarse en viento, como si el

otoño reclamara por fin su postergado dominio. Callaron las músicas, y el alerta enfrió los ánimos ante el preludio de muerte, en tanto que las embarcaciones, impulsadas por los gondoleros ágiles, bogaban veloces hacia el lugar donde el fuego destacaba el dibujo de las ventanas bizantinas y teñía de púrpura el canal, volcando el diseño del palacio sobre su ensangrentado reflejo. Nosotros llegamos los primeros, junto con la barca de Hipólito.

Los moradores del palacio habían sido sorprendidos cuando dormían. Confusamente, señores, servidores y esclavos, en la imposibilidad de ganar la calle trasera por las puertas que la combustión convertía en brasas, se zambullían en el canal. Vociferaban las mujeres, los hombres, los niños espantados. Los fueron recogiendo en las góndolas. En la nuestra levantamos a un anciano magro hasta el disparate, cuyas costillas le punzaban la piel morena como si hubiera sido tallado en un tronco de madera oscura. Pier Luigi lo identificó. Era el famoso Luigi Cornaro, el que aspiraba a alcanzar a vivir un siglo y más e iba en camino de ello, comiendo cada día una yema de huevo, y que luego publicó el *Discurso de la vida sobria*. Esa noche su experimento casi se malogró. Lo envolví en las pieles del *lucco*, y lo oí sollozar, mientras enumeraba tiritando los tesoros que con el palacio se perdían para siempre. Vivir era eso: perder, ir dejando atrás, en la senda andada, despojarse... Y ser inmortal equivaldría a terminar más desnudo, por fuera y por dentro, que el grácil Juan Bautista Martelli cuando se había plantado con ufanía ebria en medio de los tablones de nuestro batel.

El incidente quebró el hielo que nos separaba del grupo de Hipólito y de Maerbale. A poco, nuestras góndolas siguieron viaje juntas. Ni el cardenal ni Pier Luigi toleraban que se pusiera término a la diversión. Le dimos de beber al anciano, que farfullaba, histérico, y se arrancaba los escasos pelos sobrevivientes. Entramos en un canalejo silencioso, y nos detuvimos delante de San Giovanni e Paolo, porque Pier Luigi Farnese, completamente beodo, quería admirar el monumento de Bartolomé Colleoni a la luz de la luna. Descendieron todos, tambaleándose, y yo con ellos. Luigi Cornaro se apoyó en mí, que tan frágil sostén ofrecía, y nos acercamos a la fábrica del Verrocchio.

—Fue —exclamó Farnese, hipando— un gran guerrero y un hijo de puta.

E imprevistamente, sin decir más, se puso a orinar contra la base de la estatua. Eso irritó sobremanera a Maerbale. ¿Acaso Colleoni no era un supremo colega suyo?, ¿acaso ambos no representaban lo mismo, la pasión heroica, el desprecio de la vida, la venta, el alquiler de la vida al mejor postor, valerosamente?; ¿acaso Colleoni no había conquistado para la perennidad el mejor de los monumentos ecuestres del mundo? Reaccionó en seguida, con solidaridad castrense —tal vez, si se hubiera tratado de la estatua de un poeta no hubiera reaccionado así, pero estaba en juego el prestigio profesional— y, sin que ninguno de nosotros acertara a separarlos, tan súbito había sido su ataque, se trabó a golpes con Farnese. Se persiguieron por la vacía plaza, por el Campo de las Maravillas, hacia el pórtico de la iglesia, hacia las arcadas entre las cuales reposaban las urnas funerarias de los primitivos dux, esos Tiepolos que tenían por blasón un gorro frigio. Luigi Cornaro se soltó de mí y se puso a maldecirlos, llorando. Luego, sin agradecerlos, sin despedirse, echó a correr, como un fantasma, rumbo a su palacio llameante. Los pliegues de mi *lucco* flotaban detrás, azotando al aire, como si llevara sobre las espaldas, agarrado con feroces uñas, un felino negro, peludo, del cual no se podía desprender y que se ensañaba con él y su voluntad rabiosa de no morir. Quedaron en la plaza, abandonadas,

nuestras máscaras de largas narices, inútiles, como si se hubiera desarrollado allí un combate de fantoches.

Aquella experiencia me decidió a apresurar mi partida. No me convenía, poco antes de mi matrimonio, exhibirme en esos juegos equívocos, aunque los compartiera con el hijo de quien sería, seguramente, el próximo papa, y la época no atribuyera mayor importancia a tales episodios. Y esto último está por verse... Harto lo experimentó en carne propia, años más tarde, el tremendo Aretino —a quien no le sirvió de pasaporte, para la oportunidad, que Ariosto lo hubiera proclamado, en la segunda edición del *Furioso*, “divino” y “flagelo de príncipes”—, pues un suspicaz veneciano, a cuya esposa el escritor había admirado y cortejado platónicamente, lo acusó de blasfemia y de sodomía, y tampoco lo ayudó, para el caso, alojar en el palacio Bolani un harén de *aretinas*, con hija natural por añadidura, pues el “flagelo” se vio obligado a esconderse a orillas de la laguna, hasta que se calmaron los ánimos, intervinieron amigos pudientes y se le facilitó el regreso impune, que fue triunfal. Ya estaba yo, por otra parte, suficientemente repuesto para enfrentar lo que a Venecia me había llevado (y a lo cual debía el encuentro de Paracelso y sus consecuencias imprevisibles): mi retrato por Lorenzo Lotto. Y si mi delgadez y mi palidez eran extremas, eso contribuiría a acentuar el interés y la elegancia de la efigie.

Concerté, pues, una entrevista con Magister Laurentius, en el palacio Emo, y allá vino el maestro a visitarme. Me parecía oportuno que antes de emprender la obra el pintor me conociera bien, porque sabía que cada uno de sus retratos se nutría de un caudal psicológico enriquecedor que guiaba al autor mientras lo creaba. El procedimiento fue muy del gusto de Lotto, y juntos salimos varias veces a caminar por Venecia. Él contaba a la sazón unos cincuenta y dos años, veinticuatro más de los que tenía cuando pintó a mi padre para el políptico. Era un hombre taciturno, de poco hablar, sin rasgos físicos notables fuera de sus grandes ojos negros, y poseía una seducción difícil de definir, ni del lado del Ángel ni del lado del Diablo, que emanaba quizás de su concentrada timidez enfermiza, de su susceptibilidad que hería cualquier roce, y de ese silencio al que se adivinaba tenso de emoción. En momentos en que la opulenta ola gozosa de la pintura veneciana progresaba teatralmente hacia la espuma suprema del Veronés, y se aprestaba a estallar al pie de terrazas de mármol en las que se sucedían los frívolos festines, Lorenzo Lotto seguía siendo, desde aspectos que se relacionan con su introversión sombría, índice de fuegos subterráneos, un solitario del arte, volcado con su congoja perpleja hacia las nieblas interiores de sus modelos. Por eso me atrajo y nos comprendimos, a pesar de la eufórica superficialidad que destacaba lo que en mí había de barroco. Nos cruzamos en una zona penumbrosa —la de los ansiosos, la de los insatisfechos, la de los incapaces de una confesión plena— y en ella convivimos. Mucho se ha escrito (particularmente desde su “redescubrimiento” actual) sobre él, sobre el patético sentimiento de la fugacidad del tiempo que planea sobre sus retratos —un crítico ha aludido a su sensibilidad tassesca y hasta pascaliana— y sobre su frigidez, que resta calor a los desnudos femeninos, los cuales evidentemente no lo conmovían, mientras que sus inquietantes imágenes viriles son como el reflejo de un secreto doloroso que ocultó a lo largo de una vida torturada, que transcurrió entre discípulos burlones. Todos esos temas se conjugaban en Lorenzo Lotto y yo los presentí entonces, en forma confusa, porque el pintor eludía la confianza y callaba, o cambiaba la conversación no bien su interlocutor entreabría una de las puertas que conducían

a las regiones crepusculares de su intimidad. Me sentí cómodo con él, pese a sus turbaciones, a sus reticencias, a sus balbuceos, a las dificultades de un diálogo en el cual avanzábamos como si su mérito mayor consistiera en esconder espinas. Vanamente traté de que me hablara de mi padre.

—Era un espléndido señor —me dijo una mañana, repitiendo la acuñada fórmula, cuando nos habíamos detenido frente a la calle de San Juan Crisóstomo que ensanchaban los obreros—, y acaso en el seno de su familia no se lo valoró totalmente, no se penetró hasta el fondo de la singularidad de su carácter.

Le pedí que aclarara su pensamiento, pero lo único que obtuve fue que murmurara que dentro de la familia es donde menos se vislumbra la individualidad de quienes la integran, porque los prejuicios y los pequeños intereses personales (cuando no el ciego amor) nublan la visión profunda.

—Pero... ¿y mi padre?...

Y Lotto se distrajo indicando las ventajas que para el movimiento veneciano resultarían de aquella calle ensanchada.

Durante veinte sesiones, que se realizaron en el palacio Emo, tomó cuerpo en la tela el retrato destinado a ser tan famoso. El artista compuso una parte importante del trabajo —cuanto concierne a los elementos que rodean a la figura— sin mi presencia. Esos elementos alcanzan una jerarquía fundamental en el cuadro, y son característicos del gusto de Lotto por los símbolos. La lagartija que hay en la mesa, sobre el chal azul —la lagartija sexual de Paracelso, que el pintor descubrió en mi cámara del palacio—, el manojito de llaves, las literarias plumas, los pétalos de rosa esparcidos junto al libro que hojeo, y, detrás, en el mismo plano donde se advierte mi gorra con la medalla de Cellini, esas alegorías inesperadas: el cuerno de caza y el pájaro muerto, fraternizan en la obra de Lotto con los objetos misteriosos —la áurea garra, la lámpara, el minúsculo cráneo, las marchitas flores, el ramillete de jazmines y las alhajas— que aparecen en otras efigies suyas. Lorenzo procedía así, por alusiones, por cifras, por incógnitas. En torno de cada imagen suscitaba un mundo enigmático, sugerido. Y eso se ve, más que en ningún retrato, en el que me pintó. La inquietud de cazador que me agitaba en pos del arcano de la muerte; la pasión del arte y de la poesía; la idea de la vanidad de lo preceder; la idea de posesión y de secreto que implican las llaves; la de sortilegio y sensualidad que brota de la lagartija a la que Paracelso llamó salamandra, se enlazan como una ronda mágica alrededor de ese joven descarnado y pálido, vestido de un color violáceo profundo, cuya fisionomía rara y bella, que emerge del blancor de la camisa, y cuyas trémulas manos, que surgen de la nieve de los puños, fueron las mías. De la joroba nada se ve. Como el compasivo —¿o cortesano?— Mantegna, cuando pintó a los gibosos Gonzaga en el fresco mantuano de la Cámara de los Esposos, la ha suprimido. En mi caso, se funde en la sombra. Yo era esos ojos pardos, ese pelo castaño, lacio, partido, recogido detrás de las orejas, esas cejas finísimas, esos pómulos acusados, esos labios rojos, apretados pero hambrientos, ese agudo mentón, esas inteligentes, delicadas manos desnudas, esa intensidad, esa reserva, ese orgullo, ese poder oculto y latente, esa llama fría, esa equívoca, imprecisable violencia que se presiente en el hielo de la soledad aristocrática, y esa ternura también, desesperada. En la galería de los desesperados de Lotto, no me gana ninguno. Había que ser, como él, un melancólico y un ambiguo, para captarme así, para aprisionarme así con sus pinceles, como sin duda aprisionó a mi padre. Seguramente hay en ambas imágenes, en la de mi padre y en la mía, mucho de Lorenzo Lotto, de lo que él era, encubría y combatía y sólo se manifestaba en su

pintura, pero los dos Orsini le brindamos, a un cuarto de siglo de distancia, con nuestras esencias oscuras, afines con la complejidad de su propia esencia, la ocasión anhelada de expresarse y de confesarse, expresándonos y confesándonos. Por ello me duele que no se sepa que ese personaje, el *Retrato de un desconocido*, el *Retrato de gentilhomme en el estudio*, es Pier Francesco Orsini, duque de Bomarzo, y que algún comentarista proponga para modelo del mismo a un señor Ludovico Avolante. No sé quién fue Ludovico Avolante, fuera de que era hermano de Bartolomeo, el médico humanista. Ignoro (y no me importa, aunque podría tejer al respecto una red de sospechas y explotarlo anecdóticamente para distraer al lector) qué relaciones vincularon al señor Ludovico con el conde Alvise di Rovero que le encargó a Lotto un retrato de dicho Avolante, por el cual pagó doce libras. Pero lo que sí sé y proclamo y mantendría ante el sabio Berenson si se levantara de la tumba, es que yo serví de pauta en el palacio Emo de Venecia, el año 1532, para que Magister Laurentius pintara el discutido retrato del gentilhomme. Por lo menos hasta 1572 el óleo estuvo en el castillo de Bomarzo. Desconozco qué fue de él más tarde, de él y de los Tizianos. Mis descendientes me han saqueado; han desparramado lo más mío. No contaban con que alguna vez me sería dado el privilegio sobrenatural de escribir estas páginas.

Cuando estuvo terminada la obra, me contemplé en su pálida y morada tersura, como en un espejo. A la izquierda, Lotto ubicó una ventana que abre a la luminosa lejanía del mar, y que promete, en el encierro desordenado del estudio, tan denso de claves furtivas, una esperanza de calma luz. Y me reconocí plenamente en la conmovedora figura, en su máscara de encendido alabastro. Así era yo, de triste, de extraño, de indeciso, de soñador, de turbio y de añorante. Un príncipe intelectual, un hombre de esa época, poco menos que arquetípico, situado entre la Edad Media mística y el hoy ahíto de materia; simultáneamente preocupado por las cosas de la tierra lasciva y por las de un más allá problemático; blando y fuerte, ambicioso y vacilante, dueño de la elegancia que no se aprende y de aquella que enseñan los textos; deshojador de rosas mustias, amigo del lagarto lujurioso y de la salamandra inmortal. La giba, la carga bestial, dolorosa, no está presente en el lienzo pero pesa sobre él —y he ahí una de las maravillas del arte de Lotto—, pesa sobre él, invisible, sobre su donosura espiritual, sobre su atmósfera metafísica.

No bien tuve en mi poder el retrato, decidí el regreso. Por intermedio de Valerio Orsini, Maerbale me hizo saber que aprobaba la repartición de nuestras propiedades debida a Alejandro Farnese. Si bien no lo creí, la noticia me dio placer. El rebelde segundón se inclinaba aparentemente ante el duque.

Silvio de Narni me llevó, el día de la partida, un manuscrito de la monja visionaria de Murano, una epiléptica a quien consultaban porque vaticinaba con acierto. Había anunciado que el papa Clemente sería sustituido muy pronto por otro, de origen francés y ciertos estudiosos sostenían que los Farnese procedían de Francia, y lo confirmaban las lises de su blasón. La monja me escribió sólo una frase: *Dentro de tanto tiempo que no lo mide lo humano, el duque se mirará a sí mismo*. Era una frase sibilina, cuyo sentido no comprendí hasta mucho, muchísimo más tarde. De cuanto me profetizaron, en el inextricable enredo de augures en el cual se desenroscó el hilo de mi vida alucinada, fue lo más preciso, lo más justo.

Dejé, pues, a Venecia. Tenía ya mi retrato, la imagen de mi verdad y de mi absolución. En los instantes de incertidumbre, me buscaría y me volvería a hallar

en él. Ahora estaba pronto para encarar dos empresas graves: mi boda y el rastreo de las cartas del alquimista. Cuando partí, Valerio Orsini me colmó de regalos y de recomendaciones, y al pequeño Leonardo Emo, con quien había hablado apenas, lo vi llorar, disimulándose detrás de una columna.

VII

BODAS EN BOMARZO

Ante todo era menester preparar a Bomarzo para la ceremonia nupcial y para recibir a la duquesa. Quería yo ardientemente que en los aprestos no se deslizara ni el error más mínimo. Mi modo de ser receloso exigía en ese caso, por encima de cualquier otro, la perfección. Conocía muy bien a la familia Farnese — no me refiero en especial a la rama de Julia, sino a los Farnese de las distintas subdivisiones, que formaban un árbol ambicioso y nutrido— y sabía cómo analizaban y juzgaban cuanto atañe a la pompa externa vinculada con su prestigio, y de qué manera criticaban entre sí, con airada mordacidad, las equivocaciones y los traspies. Era fácil agraviarlos. Como, a pesar de su evidente antigüedad, se trataba de una gente cuya jerarquía se había asentado en los últimos tiempos, asimilándola sólo recientemente y con exageración invasora a la grandeza de las primeras casas de Italia, sus miembros exhibían —sin serlo ya— una puntillosa prevención de *parvenus*, cuando entraban en juego los intereses mundanos de la estirpe. Se fijaban en cosas que los Colonna y nosotros hubiéramos pasado por alto, pues hacía siglos que no nos incomodaban. Todavía no se sentían dueños plenamente de una posición que habían ganado a fuerza de audacia, de rapacidad y de prodigalidades oportunas, y un desacierto involuntario era capaz de ofenderlos. El peligro de las *gaffes* los circuía con su aro de púas. Harto sé que si hubiera sido factible que leyeran estas líneas, hubieran puesto el grito en el cielo —porque nada, absolutamente nada los hubiera erizado tanto como que se señalara su desconfiada actitud frente a la vida, tan diferente de la nuestra, ya que tenían la certidumbre de actuar automáticamente, obviamente, como cualquiera de nosotros, por razones casi reflejas que se engendran en la comunidad aristocrática de la sangre— y que hubieran proclamado a los cuatro vientos que yo desvariaba, que no comprendía la magnificencia despreocupada de su proceder, dado que ninguna disposición de un Orsini, un Colonna, un Este, un Gonzaga o un Montefeltro —en el plano de las relaciones ceremoniosas de linaje a linaje— osaría desvelarlos, pues estaban de vuelta de todo, de la frivolidad, del boato de las precedencias y de los menudos detalles rituales, y que sólo a un jorobado sin experiencia, pequeño señor de provincia, cegado por sus íntimos complejos y suspicacias (probablemente, acosados así, hasta se hubieran atrevido a hablar de *mésalliance*) se le podían ocurrir estos distingos extravagantes. Pero si en algo no andaba descaminado yo era en ese enfoque, y si lo hubiera olvidado o no le hubiera otorgado la trascendencia fundamental que revestía, allí estaba para recordármelo mi abuela, conocedora excepcional de fatuidades y de castas. Además, es cierto que a esa inquietud frente a las quisquillosidades sutiles, muy

profundas, muy alertas y muy disimuladas, de mis nuevos parientes, se sumaban las que procedían de mi personalidad. Yo que, como miembro de un clan inatacable, estaba tan seguro de mis actitudes, cuando ellos no salían del gran marco general y convencional de la familia, vacilaba si debía obrar por iniciativa propia, y si mi individualidad tenía que destacarse del conglomerado solidario de los Orsini, porque entonces yo era yo —y no ya una hoja del inmenso árbol ilustre—, yo, un jorobado frágil y exhibido. Era necesario, pues, avanzar con pies de plomo, afirmándome en la viejísima mano protectora de mi abuela (y sin dar la impresión de que en ella me apoyaba, porque no lo hubiera tolerado mi sentido de la responsabilidad ducal, y las pruebas públicas de esa dependencia me hubieran hecho sufrir terriblemente) y sortear con destreza las trampas que armaban frente a mis proyectos, por un lado la malicia avizora de los Farnese trepadores, que poseían más ojos que Argos, y por el otro las aprensiones que brotaban de mis angustias congénitas, exacerbadas por la perspectiva de exponerme ante los espectadores intrusos y censurantes, todo lo cual, con su caudal de miserias del snobismo y de la psicología tortuosa, estaba cubierto majestuosamente, como por uno de esos heráldicos mantos de armiño que envuelven a los escudos, bajo las correspondientes coronas seculares, por la gloria inexpugnable de los Orsini, que me amparaba y que yo, a mi vez, debía cuidar más que nadie, pues nada que sucediera dentro de ese ámbito supremo podía ser ni ridículo ni erróneo. De suerte que, en realidad, yo, desde mi exigüidad anhelosa al emprender una tarea tan simple y tan ardua, estaba obligado a reparar no sólo en los inconvenientes que surgían de la alarma perpetua de los Farnese, disfrazada de elegante señorío, sino también —aunque no lo confesaba, y mi heredada impertinencia hacía que únicamente considerara las posibles reacciones de un grupo al que conceptuaba menos importante que el mío— en las dificultades que emanaban de la situación de los Orsini semidioses, y en las que tenían su origen en mi físico desventurado y en mi cavilosa manera de ser. Pero, ya lo dije, allí estaba mi abuela, hada vetusta del castillo, para auxiliarme. Esa vez, como otras, como siempre que mi ansiedad lo requería, salió de su encierro para guiarme y para sosegar mi desazón.

Sucedieron los meses de euforia decorativa, tan afín con mi pasión por los objetos. Iban y venían las cartas, a través de Italia, a través de Europa, a los embajadores, a los amigos, a los parientes, pidiendo, encargando esto y aquello. Y Bomarzo se engalanó espléndidamente. Yo hubiera deseado que Bomarzo fuera la casa más bella de Italia, y si no lo conseguí —ya que era imposible rivalizar con los príncipes y los opulentos cardenales beneficiados por el tesoro pontificio, a pesar de la parsimonia tacaña de Clemente VII—, logré que el castillo asumiera un aire de fiesta y de lujo, escondiendo sus paredes feudales, agresivas, y convirtiendo a la que había sido fortaleza heroica en mansión de placer. Visto que yo no lograría mejorar, porque mi caso era de aquellos en que ni el sastre ni el afeitado sirven, acariciaba la aspiración de que Bomarzo, mi aliado fiel, se presentara lo más suntuosamente, lo más atrayentemente que autorizaran mis medios, para que fuera como una alegoría de su duque, y para que, protegido por la dignidad de su porte, como mis antepasados habían sido protegidos por la firmeza de sus murallas, el endeble Vicino desempeñara su embarazoso papel frente a la hermosa y a las sospechas de su tribu, con trémula y agradecida desenvoltura. Tiré la casa por la ventana, a fin de adornar a quien me suplantaría; establecí impuestos nuevos; gasté los paternos ahorros y contraí deudas.

Vinieron de Flandes los tapices a los que se añadieron, en la trabazón de las orlas inconclusas, los diseños de nuestro blasón. Mandé colocarlos en la larga galería principal, y entre ellos ubiqué los quince bustos romanos de la colección de los patriarcas de Aquileia, distribuyéndolos también en la altura de nichos fantásticos, con portaantorchas de bronce que iluminaban las estancias como si el día se hubiera refugiado en sus recintos. Del solitario palacio de Roma, donde nací, transportaron los añosos retratos de mis antecesores, más valiosos por la referencia histórica que por la calidad plástica, pues en general estaban muy mal pintados, y sus solemnes ademanes colmaron las paredes y las escalinatas con una asamblea de énfasis mudo. El papa Nicolás III, los condottieri, los prelados y los señores Orsini se congregaron así en Bomarzo para dar la bienvenida a la pequeña Julia Farnese y recibirla como a uno de los nuestros desde la lejanía triunfal y grumosa de los óleos. Ordené que colgaran mis adquisiciones recientes, mi retrato por Lorenzo Lotto, la Ariadna de Tiziano y también la pintura del maestro inspirada por un pasaje de Catulo, y mandé comprar, en los negocios de los comerciantes y en los talleres de los artistas, telas de Rafael Sanzio, de Sebastiano del Piombo, de Dossio Dossi, de Pontorno, de Jacopo Bassano, del Bronzino y de Giorgino Vasari, mi joven amigo de Florencia. Debo reconocer que junto a esas obras, los cuadros ancestrales subrayaron las indigencias de su factura, pero la encubrí repartiendo estratégicamente las luces, de manera que de tal guerrero se vieran la coraza y la diestra clavada en el espadón, y de tal arzobispo únicamente el ondular de la púrpura, así que a la larga, entre todos y merced a mi destreza escenográfica, crearon un solo ascendiente prestigioso, que poseía las manos de éste, las barbas de aquél, la frente de aquel otro, de aquél el enyojado yelmo y de aquél las mangas eclesiásticas con un resultado compositivo asaz honorable que por lo demás correspondía a una verdad documental, pues su conjunto, armado como un curioso *puzzle*, resumía la tradición bélica, clerical y civil de los Orsini, exaltada por la proximidad maravillosa de sus magistrales vecinos que, de Rafael y Lotto a Bassano y Dossi, certificaban, con los resplandores de sus evidentes focos de atracción, los méritos de la galería ancestral semiinvisible y la promovían a las regiones indisputables del gran arte. Las panoplias, pulidas, relampaguearon en las salas, bajo banderas que aludían a pretéritas victorias, y entre ellas planté, aislada, la armadura descubierta en la Cueva de las Pinturas de Bomarzo, que se destacaba como un testimonio de la vetustez épica del lugar. A la que sería la cámara nupcial la hice adornar totalmente con pilastras y entrelazadas rosas de cerámica combinando las figuras heráldicas de los Farnese con las nuestras, y en los salones y las terrazas los tallistas multiplicaron la unión de las iniciales de Julia y de Vicino Orsini. Llegaron de Venecia encajes, espejos, camafeos y cristalerías; de Milán y de Francia llegaron credencias, sillas y taburetes de raro dibujo. Estatuas y vasos de mármol sembraron sus espectros en el jardín geométrico de mi abuela. Con la otra parte del parque, la inferior y más remota, la que invadía el áspero bosquecillo, no me atreví todavía a emprender mi revolucionaria renovación. Columbraba vagamente que ahí, entre esos árboles y esas rocas, se ocultaba algo imposible de precisar que anunciaba la indecisión brumosa de antiguos sueños y que se enlazaba tan estrechamente con mi razón de ser y de estar en el mundo como la búsqueda de la inmortalidad. No exagero si digo que en cada ocasión en que descendí solo hasta el paraje enzarzado que me hablaba con la voz hipnótica del agua y de las cigarras, sentí como si penetrara en una zona secreta, en la que se acentuaba el imperio mágico de Bomarzo, y que adiviné que lo que allí debía

realizar ocurriría a su hora y era una tarea que no debía iniciarse sin estar maduro para ella, pues a medida que transcurrieran los años, enriqueciéndome subjetivamente, crecerían también las probabilidades de llevarla a cabo sin equivocarme.

Entre tanto, lo que más urgía era organizar la casa, y nada me distraería de lo que me había propuesto. Incesantemente, los vigías anunciaban el avance fatigoso de los carros por los caminos, rumbo al castillo y a la aldea. Venían cargados hasta el tope de cajas, de bultos, con escolta de hombres de armas, y mi gran placer, que compartía mi abuela más que por lo que esas cosas representaban en sí por el júbilo que para mí nacía de ellas, fincaba en asistir, en los patios o en alguno de los aposentos, a la apertura de las arcas, y en observar cómo aparecía, entre las arrancadas maderas y la paja del embalaje, el brazo arqueado de una escultura, promisorio de una diosa que se sumaría al Olimpo fantasmal de Bomarzo; o un bronce verdoso que conservaba todavía adheridos a la gracia de los flancos, parches de la tierra desplazada por los excavadores; o el retrato de Julia que, a semejanza del de la otra Julia, la inefable Julia Gonzaga, encargado por Hipólito de Médicis, le confié a Sebastiano del Piombo.

Todo ello se fue situando, con el andar de los meses, en la vastedad de las estancias que resonaban con los golpes de los martillos y la grito de los obreros, y me obligó a viajar más de una vez, especialmente a Roma. La gente de la familia, con quien tropezaba en mis itinerarios, me interrogaba sobre el alhajamiento del castillo porque ya habían empezado a cundir las informaciones de mi afán y era un asunto que interesaba por igual a grandes y a mezquinos, en una época que se caracterizó doquier por la persecución de los elementos que conciernen a la formal hermosura. Esa curiosidad sumó una vanidad flamante a las muchas que me distinguían e hinchó mi pecho de engreída y asombrada satisfacción. Si Paracelso me hizo sentir en Venecia, con sus explicaciones acerca del macrocosmo y del microcosmo, que yo era el centro del mundo, aquel fisgoneo me convenció de que a la sazón yo era, aunque efímeramente, el centro de mi complicado linaje cuyos ojos innúmeros y sorprendidos estaban fijos en la labor del esteta giboso, porque yo aportaba, al seno de los Orsini solicitados hasta entonces por otras inquietudes prácticas, que se vinculan con el poder material y con la influencia política, el matiz envidiado del refinamiento, que daba tanto lustre a las primeras casas de la península, matiz que yo incorporaba, como una pieza más y muy codiciada, al escudo legendario de la Osa que los siglos cuadrículaban de nuevos e intrincados cuarteles.

Como es lógico, con tanto ajeteo, tampoco tuve solaz para dedicarlo a los manuscritos del alquimista Dastyn, pero ellos continuaron presentes en el fondo de mi memoria, inseparables ya de lo que más intensamente me concernía, y en ese último reducto, que era como la base sobre la cual se asentaba mi personalidad, su sedimento fue elaborando, imperceptiblemente, una especie de fuerza que sustituía mi carencia de estímulos religiosos. Mi religión, por aquellos años, se nutría, como desde mi niñez, del vigor espiritual de Bomarzo, tan rico en milenarias esencias impregnadoras que ligaban a mi estirpe con el albor místico de Italia, y se alimentaba también, confusamente, del sustento que le ofrecía la noción de que quizás me sería dado comunicarme con las potencias arcanas que rigen nuestro destino y que mi voluntad lograría acaso torcer y sojuzgar, obteniendo de ellas, con el manjar supremo de la vida, la energía necesaria para enfrentar quién sabía qué misteriosas visiones, qué peregrinas respuestas a las preguntas que presentía y que no alcanzaba ni siquiera a formular con exactitud.

Ese período organizador y expectante se distinguió, en lo que atañe a mi vida íntima, por una pureza excepcional. Preocupado por el quehacer que me embargaba, no le di ocasión a mi sensualidad para desperezarse. Además la duda de si estaría a la altura de las circunstancias, al enfrentar a Bomarzo con los Farnese, obró como un antídoto contra las tentaciones. La provocación lúbrica seguía tan alerta y latente como siempre, en el ámbito del castillo y del pueblecito que lo rodeaba, pero me aislé de ella, no sé si movido por el propósito de llegar a los brazos de Julia saneado de turbios erotismos, o por el de que nada me distrajera de mi empeño de exaltador de mi querido Bomarzo. Mis primos Orso y Mateo, que se habían establecido en el caserón, no salían de su asombro, habituados como estaban a acompañarme en correrías rijosas, y fue necesario que usara el peso de mi autoridad para convencerlos de que no se trataba de un fugaz capricho. Les cayó muy mal mi rigidez incorruptible. Descontaban que, de vuelta yo a mis tierras, renacería el entretenimiento y sacudirían el tedio provinciano. Prescindieron de mí para reanudar las andanzas y aun así lo hicieron a espaldas mías, como si temieran los regaños del duque austero que implantaba su insólita asepsia en un aire que, desde los etruscos, los romanos y los primeros Orsini truculentos, afirmaba su voluptuosa contaminación. Juan Bautista, luego de rondarme un tiempo, desconcertado, optó por apartarse de mí y por incorporarse al grupo renegón de mis primos. Silvio y Porzia, cuando me presentaba súbitamente en su aposento, asumían unas actitudes púdicas grotescas. Y, mientras Silvio me mostraba sus dibujos y sus cálculos astrológicos y me explicaba las señales que designaban al verano como la época más oportuna para mi casamiento, yo gozaba interiormente con la confusión que suscitaba y descubría en ella un placer más, una forma nueva de ejercer mi dominio, que me divertía bastante. Era bueno que quienes dependían de mí no se sintieran nunca muy seguros, que no presupusieran mis reacciones. Ahora, pálido como un monje, arrastrando mi pierna, yo iba por los corredores y por las cámaras como si Bomarzo fuese un monasterio, y experimentaba una alegría aguda ante ese florecer de un aspecto desacostumbrado de mi personalidad, por lo demás ficticio. Una atmósfera de respeto distinto —fruto sobre todo de la desorientación, del no saber cómo había que actuar para no importunar al joven duque— circundó a Bomarzo. Me bañé en ella como en un agua lustral, feliz, porque nada podía procurarme tanta fruición como imponer mi individualidad y hacer que los otros ajustaran a la mía sus composturas, y de ese modo la desconocida continencia sustituyó para mí el goce ausente con otro, más sutil, más extraño, engendrado por una forma singular del despotismo y por la certidumbre de que mi sacrificio —aunque en ello no había sacrificio, sino una manifestación inesperada de las alternativas de mi carácter— respondía a altas razones de ejemplo, de autoridad y de perfecto amor.

A veces, al crepúsculo, mandaba encender las antorchas en la vastedad de las estancias, para juzgar mi obra, y caminaba largamente entre los cuadros, las estatuas y los tapices. Los bustos de los emperadores romanos que compré en Venecia —la majestad de Augusto, la dureza de Tiberio, la locura de Nerón, las bocas crueles, las narices astutas, las frentes severas, el heroísmo, la sagacidad, la obscenidad, la avaricia, la estupidez y el orgullo— y las efigies aparatosas de mis antepasados —los brazos tendidos, como si aquel guerrero fuera un cantante; las piernas danzarinas adelantadas, las expresiones de mando testarudo e ingenuo— escoltaban con inmóvil reverencia mis cavilaciones, y yo no los

separaba ya, como si todos, lo mismo Galba que el papa Nicolás III, lo mismo Trajano que el cardenal Giambattista Orsini que me bañó en la fuente bautismal de Santa Maria in Traspontina, hubieran construido mi árbol genealógico y fueran el fundamento de mi personalidad.

Naturalmente, lo que más me turbaba era la proximidad del momento en que mi destino se uniría al de Julia. Lo ansiaba y lo temía, y no bien me intranquilizaba ese pensamiento lo descartaba de mi mente atribulada, sustituyéndolo con la agitación que me causaban los trabajos del castillo. A cualquier hora, para engañarme, hacía llamar a capataces y obreros. Los interrogaba, los criticaba, inventaba faenas y reemplazaba mi preocupación permanente con otras, superficiales, a las que confería desmesurado valor. Pero mi amor por Julia era una curiosa realidad. Como la había visto tan poco y apenas la conocía a través de sus cartas circunspectas, había elaborado de ella una imagen cuyos rasgos eran hijos de mi fantasía. Me paraba delante de su retrato por Sebastiano del Piombo, que reproducía admirablemente el encanto de su belleza, y le decía cuanto no me había animado a decirle: las esperanzas de mi pasión, la necesidad de que me comprendiera, de que me alentara, de que me ayudara, de que nos comprendiera a mí y a Bomarzo y reinara sobre ambos con dulce imperio, porque entonces, si ella me transmitía la seguridad que brota del entendimiento amoroso, quizás yo sería capaz de realizar lo que no había realizado aún, y de ser lo que más ambicionaba: un Orsini, un duque Orsini, digno de los míos y acaso superior a ellos.

Un día, en Roma, no resistí al impulso de verla. Envié a Silvio a que le comunicara diplomáticamente mi deseo a su padre, y Galeazzo Farnese accedió. En su palacio, desde la altura de la *loggia*, semioculta entre Galeazzo y sus dos hijos, el hermoso Fabio y Fernando, a quien acababan de conceder el obispado de Soana, me asomé a las penumbras del salón donde, junto con sus hermanas Yolanda y Battistina, mi prometida estudiaba su lección de laúd. Era una escena fascinante, casi muda, pues sólo la rompían las risas breves de las jóvenes, algo que hacía pensar en el teatro y en la pintura y que escapaba a las convenciones de la vida cotidiana. Galeazzo Farnese me codeaba, aplastándome con la masa colosal de su cuerpo, y, cuando iba a retirarme, Julia, sin duda avisada de mi visita, alzó la cabeza y me sonrió. Con un mohín gracioso me mostró, en su anular, la sortija de Benvenuto Cellini. Sus pechos pequeños pujaban bajo el corpiño, y el laúd, apoyado en la falda, le marcaba el dibujo de las piernas. No me atreví a pedirle a su padre que me permitiera quebrar el pacto y descender a departir con la niña. Me asustaba esa probabilidad. De repente, ahora que la tenía tan cerca, medía todo lo que nos separaba. Regresé a Bomarzo —faltaba un mes para la boda—, alterado, mohíno.

Mi abuela me distrajo de esa desazón —que luego me desveló noches enteras— volviendo sobre su plan de que hiciera la paz con Maerbale. Mi hermano había aceptado las condiciones de la repartición trazada por el cardenal Farnese; ¿acaso no había que ver en ello una prueba de su buena voluntad? La costumbre imponía que él, mi pariente más próximo, fuera el encargado de buscar a mi prometida y de conducirla, con su cortejo familiar, a Bomarzo. Diana Orsini había iniciado ya consultas en ese sentido y Maerbale se mostraba inclinado a ceder. Por lo demás, ¿qué agravios tenía yo, concretamente, contra mi hermano?, ¿una carta, una inocente carta?; sus presuntos atentados contra mí, ¿habrían existido en verdad, cuando yo no había logrado confirmar su origen?, y por mi parte, ¿no había querido yo vengarme de él en Venecia, con ayuda de mis

primos?, ¿no estábamos en iguales condiciones?; y ¿no correspondía que la magnanimidad del duque, como cuando Maerbale había hecho causa común con el administrador Martelli, perdonara las ofensas, si ofensas había habido y si todo no era una tramoya urdida por quienes aspiraban a separarnos?, ¿no afirmaría yo así la nobleza de mi jerarquía?; ¿me convenía desgarrarlo de mí para siempre, ahora que comenzaba a crecer su prestigio, y no debía, por el contrario, atraerlo, absorberlo, para que su gloria de condottiero se confundiera con la gloria de Bomarzo y constituyera un todo inseparable de la fuerza del duque, de modo que cuando él lograba un triunfo fuera como si lo lograra yo, porque era un triunfo de la rama del clan que yo regía?; y —pero éste era mi pensamiento más hondo y menos revelado— ¿acaso no me procuraría una satisfacción incomparable y un pleno desquite del giboso que había sido objeto de sus burlas, frente al segundón que se le parecía tanto pero que era dueño de cuanto a él le faltaba, la exhibida posesión de Julia Farnese? Le dije a mi abuela que estaba de acuerdo, que procediera a su arbitrio, y la anciana me besó en la mejilla. Maerbale iría, con Mateo y Orso, a buscar a Julia. También iría Segismundo. Le escribí a Roma una carta que podía interpretarse como una orden y como una expresión de deseos, porque si yo quería recordarle de ese modo a Pier Luigi Farnese que Segismundo seguía dependiendo de mí, no era oportuno que por ello me enemistara con un miembro peligroso de la familia con la cual iba a aliarme, ni debía tampoco correr el riesgo de topar con una negativa que desmedrara mi crédito de jefe orsiniano. Felizmente, Segismundo respondió en seguida proclamando su fidelidad a la casa y agradeciendo el honor que la embajada llevaba implícito.

Mi abuela y yo escribimos muchas cartas, en esos meses, invitando a parientes y amigos a presenciar la boda. Ansiaba yo que estuvieran en ella los representantes más significativos de la estirpe, las cabezas de otras grandes alcurnias de Italia y algunos artistas e intelectuales famosos, para destacar así que el duque de Bomarzo era un mantenedor de las tradiciones que había recibido con su herencia y que los otros señores compartían, y a la vez un hombre moderno, *à la page*, y como tal desdeñaba los prejuicios feudales y el retardo espiritual que, en un mundo en plena evolución, lleno de príncipes mecenas y humanistas, continuaban caracterizando a los arrogantes y arcaicos descendientes de la Osa. Me hubiera gustado que Ariosto fuera mi huésped y envié un correo a Ferrara para manifestárselo, pero el poeta declinaba ya y murió ese año mismo. Tampoco pude contar con Paracelso, que ejercía su profesión en Saint-Gall, ni con Lorenzo Lotto, cuya timidez se deshizo en excusas. En cambio Aretino, Benvenuto Cellini, Sansovino, Tolomei y Sebastiano del Piombo no perdieron la ocasión que se les ofrecía de brillar junto a los duques de Urbino y al cardenal de Médicis. Había que alojar durante varios días a tantos señores y sus séquitos, cuidando de que no se produjeran rozamientos por precedencias, y eso importaba tareas complicadas. Además, quise que Julia entrara en Bomarzo, como otras princesas en sus nuevas posesiones, en un carro cuyas alegorías suntuosas impresionarían al pueblo y, para construirlo según mis planes, llegaron al castillo artesanos de los Este, discípulos de esa escuela de Hércules de Roberti a la cual se debía el carro triunfal en el que la novia de Francisco Gonzaga ingresó en el palacio mantuano. El dorado vehículo aguardaría a mi prometida y a sus acompañantes en las inmediaciones de Orte, donde se improvisaron unas tiendas armadas con antiguos tapices para que el cortejo farnesiano reposara en ellas y vistiera las ropas de ceremonia.

Sí, había que pensar en mil cosas: en la ubicación adecuada de cinco cardenales, en el alimento especial de los halcones del duque de Mantua, que no se trasladaba sin ellos; en no colocar a los escuderos de los Orsini cerca de los de los Colonna; en que Leonardo Emo estuviera al alcance de Valerio Orsini, sin que eso implicara una ofensa para la gente de la familia de Oliverotto de Fermo, a la cual pertenecía su mujer; en no agraviar al quisquilloso Benvenuto, ni menos al acerado Aretino; en hallar la manera de que Hipólito de Médicis pudiera verse privadamente con Julia Gonzaga, su ilustre amor platónico, dentro de un castillo sembrado de ojos acechantes, en que funcionaran las fuentes y no fallaran los fuegos de artificio; en que Pier Luigi Farnese no bebiera demasiado ni se desmandara con los jóvenes pajes; en que los Orsini más viejos que yo y más acaudalados (principalmente los de la rama arrolladora de Bracciano) se sintieran cómodos en mis tierras, como si no hubieran abandonado las suyas, pero sin olvidar que yo era el amo allí; en distribuir sabiamente a los músicos escondidos; en que mi abuela y el cardenal Franciotto estuvieran siempre por encima de todos los demás, por grandes que éstos fuesen; en que mi suegro no pusiera inconvenientes cuando el asunto de la dote, porque no ignoraba yo cómo le había ido a mi padre con mi abuelo, al enfrentar una situación semejante; en que las cocinas recién acondicionadas respondieran al esfuerzo enorme que se les exigiría; en las ironías de la marquesa Isabel de Mantua, la mujer más cortejada de Europa; en la vanidad de su hijo Hércules; en su nuera, la duquesa Margarita, que procedía de la sangre de los Paleólogos, lo cual eran palabras mayores, pero que no debía impresionarme, porque yo descendía de Caio Flavio Orso; en mí — ¡Dios mío, en mí, en Vicino Orsini!—, en los pliegues del manto que colgaría de mi pobre espalda... Mil cosas complejas, contradictorias, que se vinculaban con el servicio de Dios, pues por lo menos treinta clérigos, príncipes de la Iglesia y capellanes tendrían que rezar en Bomarzo sus misas diarias, y con la frivolidad del mundo, ya que cada uno de los invitados se juzgaba un ser excepcional y requería excepcionales miramientos, debían ser tenidas en cuenta al organizar aquel laberinto de etiqueta cortesana, enredado de formulismos, y al empeñarse porque las tribus recelosas no cayeran en las eternas discusiones brutales provocadas por los turbulentos Orsini.

Ese último mes se destaca en mi memoria con tintes de pesadilla. Entre el administrador de mis estados, Bernardino Niccoloni, que aprovechó el barullo para sacar unas cuantas tajadas gordas, y mis favoritos Silvio de Narni y Juan Bautista Martelli, fui cien veces de las cuadras, donde se aprestaba la alimentación de varias docenas de caballos, al lugar donde se levantaban, como un minúsculo campamento militar, las tiendas coronadas de alegres estandartes; y del sitio en el cual se fabricaba el carro simbólico que mostraba en alto a nuestra fiera totémica alzando el lirio heráldico de los Farnese, a las habitaciones en las que nunca daban abasto los cofres, los lechos y las colgaduras; y a los talleres en los cuales cosían mis ropajes y las libreas rojas y plateadas de mi gente, alineadas en pavorosos maniqués; y a los patios en los que resonaba el canturreo de las criadas que lustraban las vajillas y preparaban la cera que demandaría la desusada iluminación. Apretaba el calor de comienzos de junio; la transpiración me mojaba el cuerpo entero y, deslizándose por la frente en gotas gruesas, me cegaba los ojos fatigados. De buena gana me hubiera quitado la camisa, cuando andaba de acá para allá con pajes y amanuenses, dictando providencias, pero el espanto de enseñar el odiado promontorio sin protección alguna, me privaba de ese alivio. Y cada vez que miraba hacia arriba, hacia los aposentos de mi abuela,

por más que el aire quemara y que yo le hubiera repetido hasta el enojo que debía permanecer en la frescura de su cámara, al amparo de las damas que movían los pequeños abanicos cuadrados de flecos policromos, veía a mi adorada Diana Orsini en la terraza, bajo un quitasol, a mi adorada que se apoyaba en su bastón, agitaba los brazos y hacía ondear un pañuelo y me indicaba así que seguía velando por mí, blanca, remota y vigilante, como si me guiara desde la lejanía de las nubes en las que se tejen y destejen los exiguos destinos humanos.

Cuando faltaba una semana para la boda comenzaron a llegar los convidados, que venían de los extremos distantes de Italia. Los diversos Orsini hicieron su aparición con estrépito militar: el terrible Nicolás, que vivía como un rey bíblico entre sus concubinas hebreas; el tremendo abad de Farfa; los lujosos señores de Bracciano, que se desplazaban entre centellas de piedras preciosas; el duque de Mugnano, mi vecino; Julio Orsini, amigo de intelectuales; Violante, casada con un Savelli, León, cuya riqueza espantaba; Francisco y Arrigo, condottieri de sonora celebridad; Valerio, que viajó desde Venecia con su mujer y Leonardo Emo y me trajo de regalo dos copas de oro, las cuales, según los estudiosos, habían pertenecido a los emperadores de Bizancio; Carlotto Fausto, el otro jorobado, el guerrero, cuya presencia yo ansiaba como una prueba, para los Farnese, de que el duque de Bomarzo no era el único giboso del linaje, de que la giba podía ser, entre nosotros, algo tan natural e intrascendente como entre los Gonzaga, y como una prueba también de que ella no era óbice para que quien la sufría ganara gloria con las armas, a ejemplo de nuestros grandes antecesores. Las cabalgatas sucesivas serpenteaban en los caminos, rumbo al caserón. Mi abuela, mi abuelo y yo acogimos a los parientes con pródiga familiaridad. En interminables festines, nos hablamos los unos a los otros de la magnificencia de nuestra alcurnia y eso nos hizo rebotar de buen humor. Las querellas que varios de los Orsini mantenían entre sí, casi siempre con motivo de legados y reparticiones, fueron postergadas y como diluidas por los vapores del vino.

También se presentaron los Farnese, más afectados, más cortesanos. El cardenal Alejandro se aisló con mi abuelo en conciliábulos secretos que versaban sin duda acerca de la diplomacia pontificia, lo cual —aunque probablemente esos asuntos no serían muy graves, pues no creo que el astuto tío de Julia hiciera entrar a mi abuelo en la tortuosa confidencia de sus planes escondidos— atiesó de orgullo al cardenal Franciotto, al darle ocasión de brillar misteriosamente ante sus consanguíneos e insinuar entre ellos la sobrecogedora deducción de que todavía podía salir con una sorpresa en la próxima elección papal. Pier Luigi llegó con su mujer, Girolama Orsini; Angelo Farnese con la suya, Angela Orsini, hija del conde de Pitigliano, mostrando qué entrelazados estaban nuestros linajes; y llegaron los condes de Santa Fiora, y los della Rovere de Laura Farnese, y Federico Farnese, marido de Hipólita Sforza. Los bellos nombres de Italia cantaron en los aposentos, bajo la altanería de los retratos. Mis invitados se hacían reverencias y yo los espiaba, disimulándome, cuando partían de caza o se aprestaban a dirigirse a los servicios religiosos, o bajaban de dos en dos las escalinatas en medio de los osos de piedra y de las banderas colgantes, hacia la sala del festín. Nunca, ni antes ni después, vivió Bomarzo horas de tanta pompa. Pronto descendieron de sus carruajes los señores de la casa de Gonzaga, amigos famosos de mi abuela: Isabel de Este, a cuya boda había asistido mi madre en fiestas memorables que la vieron bailar con Gilbert de Montpensier y con Guidobaldo de Montefeltro; su hija Eleonora, bellísima, timorata, esposa del

sobrino de ese Guidobaldo, Francisco Maria della Rovere, actual duque de Urbino; y el duque Federico de Mantua y María Paleologa, su duquesa. Era un grupo que ocupaba mucho lugar, que hacía mucho ruido, porque usufructuaba en Italia el centro del snobismo artístico y mundano, y aunque Isabel había perdido bastante del poder que atrajo hacia ella las miradas de toda Europa, pues su celoso hijo se le había escurrido entre las manos e imponía en Mantua su áspera voluntad, la gran señora seguía deslumbrando como un astro impar con el fulgor de su inteligencia. Junto a ella, Federico Gonzaga y Francisco Maria della Rovere resultaban mediocres pese a su arrogancia. Y, aunque extremaban la cortesía y los juegos de palabras y los motes agudos, no vaya a pensar el lector en ambos príncipes como en meros palaciegos ceremoniosos. Gonzaga, capitán general de la Iglesia, había asesinado a su preceptor, y della Rovere apuñaló al amante de su hermana y al cardenal Alidosi. Parecían apáticos, helados en su distinción y en su urbanidad, o parecían preocupados de lebreles, de halcones, de espadas y de trajes, pero en cualquier momento podía encenderse en sus ojos indolentes la chispa colérica. Eran traidores, libertinos, elegantes, fanfarrones. Inventaban las modas. Pier Luigi Farnese, cuando se insinuaba entre ellos, perdía estatura, a pesar de su fiereza. Julia Gonzaga, viuda desde la edad de dieciocho años del contrahecho Vespasiano Colonna, eclipsaba a los demás con su hermosura ensalzada por Ariosto. El cardenal Hipólito de Médicis no abandonaba su lado. Hablaban quedamente de temas enigmáticos que por poco no rozaban la herejía. De vez en vez, la dama levantaba los ojos hacia su adorador y el rostro se le iluminaba con una claridad transparente. Los Orsini, que no la querían, y menos que ninguno el abad de Farfa, comentaban entre ellos, atisbándola cejijuntos, que era una hembra frígida, posiblemente virgen, y que se había casado con el viejo Colonna, cojo y manco, a instancias de Isabel de Este, por su dinero. A mí me fascinó el lema que ostentaba bordado en las mangas, bajo un amaranto con reflejos de jaspe: *Non moritura*. Le rogué que me lo explicara, sonrió y me dijo que, a semejanza de esa flor, que reverdece al contacto del agua, siempre permanecía en ella, mojada por sus lágrimas, la imagen del Colonna muerto. Hipólito sonrió también, escéptico, y le besó una mano. *Non moritura*. Hubiera debido ser mi lema.

Pier Luigi y Benvenuto Cellini casi provocaron un desastre. A Benvenuto lo volví a ver con alegría. Había madurado desde nuestro primer encuentro, sin perder nada de la dinámica juventud que lo estremecía como una indefinible vibración. Integraba en ese tiempo un coro *humanista*, con Giovanni Gaddi, erudito en letras griegas, el sabio Ludovico di Fano, el poeta Aníbal Caro y el pintor Bastiano de Venecia, que decoró el palacio del banquero Chigi. Su inclinación a las peligrosas maravillas lo había conducido a invocar al Diablo, en el Coliseo nocturno, con ayuda de un sacerdote y de un pistoyés aficionado a la nigromancia, para recuperar a una mocita siciliana de la que estaba enamorado y a quien su madre se había llevado a Roma. Me lo contó con harto detalle. Esta vez no me besó, sino se dobló ante mí majestuosamente, pero yo le abrí los brazos, porque su recuerdo proyectaba sobre mi adolescencia una de las pocas luces que la alumbraban. Con Pier Luigi chocó en seguida, pues el hijo del cardenal Farnese quiso tratarlo con el desdén que reservaba para los inferiores y se equivocó de medio a medio. Y después sucedió el episodio de Juan Bautista Martelli. Mi paje vino a confiarme una mañana su temor: el señor y el orfebre lo perseguían. Esa noche se habían metido en su cámara simultáneamente, y si no se tajearon, habiendo desenvainado las dagas, fue porque el muchacho escapó

desnudo, con la espada en la diestra, y consiguió eludirlos en el parque. Cinco años más tarde, cuando Cellini fue detenido y encarcelado en el Castel Sant'Angelo, bajo la custodia de un gobernador loco que se creía murciélago, ello se debió —el propio Benvenuto lo consigna en sus memorias— a intrigas de Pier Luigi. El artífice se refiere en su libro a que Farnese lo acusó de que, durante el saqueo de Roma en ese mismo castillo donde luego sufrió una cárcel larga, había robado pedrerías vaticanas por valor de ochenta mil ducados. Era en realidad un pretexto absurdo. La verdadera razón —que ignoro por qué no ha sido apuntada por Benvenuto en su obra prolija— brotaba del odio que nació entre los dos en Bomarzo, a causa de Juan Bautista Martelli. Tuve que conferenciar con ambos por separado, para sosegarlos, señalándoles la inconveniencia de su actitud, y desde entonces, como de común acuerdo, se limitaron a intercambiar unas miradas tremebundas y a engarfiar los dedos en los puñales, si se cruzaban en las galerías. Pero Pier Luigi había jurado vengarse y, de todas las promesas que formulaba, las que cumplía eran esas. Lo hizo un lustro después, en tiempos en que, exaltado su padre al trono de San Pedro, el ambicioso bribón dispuso de tan extraordinario y feroz dominio. Tampoco le fue muy bien a Cellini con mi abuelo Franciotto. El cardenal no le había perdonado que, al herir en el asedio de Sant'Angelo al príncipe de Orange, el orfebre artillero desobedeciera su orden de no tirar contra los jefes enemigos en momentos en que se insinuaban las perspectivas de conciliación. Fueron éstos los únicos episodios desagradables, durante el lapso que precedió al arribo de Julia Farnese. Posteriormente, por supuesto, hubo otros.

Aretino se portó con una cordura irreprochable. Acababa de publicar en Venecia, sus *Diálogos entre Nanna y Antonia*, compuestos, según decía, para su mono Capriccio, y nos entretuvo leyéndolos con tal gracia que arrancó el aplauso de Isabel de Este. Hasta hizo las paces con el duque de Mantua, de quien lo separaban antiguas diferencias por asuntos —es obvio subrayarlo— de dinero. Su risa estupenda estallaba en las cámaras, entre el vocerío de los Gonzaga, los Farnese y los Orsini. En un rincón, Sansovino y Tolomei observaban los movimientos gazmoñamente, como artistas que no se atrevían a terciar con los grandes de Italia. Mi abuela, sentada en su sillón de alto respaldo, hasta el cual la transportaban en una silla de manos desde su aposento, era el eje en el que convergían tan variadas evoluciones. Sus gatos blancos se frotaban contra sus piernas rígidas, maullando, o trepaban, insolentes, a su falda, a la de Isabel, a la de Eleonora de Urbino, a las de las señoras de mi estirpe que formaban un círculo de agitados ventalles alrededor. La obsesión principal de Isabel consistía en oscurecer a su hija, cuya belleza era capaz de relegarla a segundo plano, a pesar de que ésta no hubiera osado nunca rivalizar con la malicia y el encanto de una madre que los empleaba casi profesionalmente, y de que la pobre Eleonora, contagiada por la lujuria de su marido de enfermedades inconfesables, hubiera preferido que la dejaran en una penumbra reposada y triste. Y yo, multiplicándome, dejaba las salas donde se curvaban los danzarines y donde el duque de Urbino jugaba al ajedrez con el duque de Mantua, bajo los ojos críticos del cardenal Hércules Gonzaga, para subir a mi habitación y probarme una vez más el manto que revestiría en la ceremonia, el cual, con sus rellenos, constituía un prodigio escultórico y arquitectónico. Fascinado y espantado, contaba los días y me distraía anotando la gloria y la miseria de mis invitados, quienes no eran, esencialmente, ni mejores ni peores que los miembros de otras sociedades deslumbrantes, pero que, por ser representativos del Renacimiento, acentuaban

con los toques propios de sus personalidades superlativas los rasgos del mérito y del vicio. En aquella época todo se hacía a lo grande. No había medias tintas, concesiones, ni disimulos. Si se disimulaba maquiavélicamente, esa actitud tenía un carácter pasajero, preparativo, como de envión antes de dar el salto. Cada uno creía que por el mero hecho de existir y de disfrutar una posición heredada o adquirida podía obrar a su antojo, según su conveniencia arrolladora, exhibiéndose tal cual era, pues le sobraban empuje e impunidad para afirmarlo, y eso, que descartaba el actual sosiego igualitario de las convenciones surgidas del derecho individual, y que confiere a ese período una originalidad de colores violentos, contribuye al atractivo alarmante de sus personajes rectores, que solían ser una cruz de lobo y de lebre, y —si bien podía resultar bastante incómodo y basta riesgoso, porque la probabilidad de una muerte súbita planeaba sobre todos nosotros constantemente— era también apasionante y nos mantenía alertas y tensos, viviendo, devorando la vida con desesperada fruición. Así los miraba yo, lúcido, y así me miraba entre ellos. El Orsini duque de Mugnano era muy capaz de asesinarme o de asesinar al cardenal de Médicis porque, en una discusión cualquiera, habíamos arrojado una leve sombra, sin quererlo, sobre el brillo agresivo de su personalidad. Entre tanto, rodeados por las mitológicas pinturas, en el temblor de la hoguera de antorchas, mis huéspedes danzaban la gallarda y la alemana, y las señoras, al son de la música, giraban lentamente, gravemente, con un pañizuelo o un guante en la diestra. Los Orsini de Bracciano bailaban a las mil maravillas, en medio de los relámpagos de sus piedras preciosas, y un ciego, desde el balcón en el cual los instrumentos, como si lo tejieran con los arcos de las violas, desenroscaban el trémulo tapiz de las cadencias, nos cantaba historias de amor que evocaban el mundo mágico de Ariosto.

Hasta que llegó el día en que debí calzar las espuelas de oro que Alejandro de Médicis, duque de Florencia, me había ceñido cuando Carlos Quinto me armó caballero. Revestí la coraza de plata —que era en verdad sólo un peto con la figura de una osa nielada, venciendo a dragones y grifos, pues la parte del espaldar era de cuero y, ajustada a mi joroba, desaparecía bajo la amplia capa verde— y monté en un alazán brioso cuya gualdrapa reproducía la de mi antecesor Francisco Orsini de Monterotondo, en el fresco medieval de Siena. Para honrarme, el gran Valerio Orsini me seguía, exponiendo sobre un cojín escarlata mi casco ornado heráldicamente de rosas y sierpes de oro. Lo exigían la tradición bélica de los nuestros y el prestigio de Bomarzo, tan diferentes de mis propias inclinaciones. Leonardo Emo y Juan Bautista Martelli, delicados como dibujos de Botticelli, llevaban de la brida nuestras cabalgaduras, y más de uno habrá sonreído al observar cómo se asociaban los donceles a una ceremonia que hubiera debido poner fin a su voluptuoso reinado. De ese modo fui a aguardar a Julia, en las tiendas alzadas cerca de Orte. Empinábase en el cortejo un bosquecillo de alabardas y de partesanas, coronadas por hierros de fantástica geometría. Al movernos, dijérase que la brisa jugaba con su metálica arboleda, sacudía ramas y frutos. Mis abuelos, los cardenales, los duques, las damas y el resto de los convidados, esperarían en el castillo. Campesinos y pastores nos saludaban doquier, a la vera de los caminos, en los recodos, en los altozanos, agitando guirnaldas.

Ha corrido desde esa mañana tanto tiempo... y sin embargo respiro ahora como entonces el perfume de los rosales del jardín que atravesamos, oigo el monólogo de los surtidores, y si fuera pintor recuperaría el exacto colorido de las rocas que surgían a nuestro paso, como monstruos quietos, y que me preocuparon

desmesuradamente después. Fue un mes de junio con noches estrelladas y tibias, y tardes en que el calor narcotizaba a los pájaros y en que sólo las mariposas parecían vivir en la vibración solar de las siestas inmóviles. Las mariposas nos escoltaron hasta el campamento, sucediéndose, relevándose, amarillas, rojas, blancas, azules, aleteando entre los lanzones, posándose sobre los yelmos, tiritando un segundo sobre las orejas enhiestas de los caballos. Juan Bautista cazó una al vuelo, volvió la cabeza y me la mostró. Messer Pandolfo, que veneraba las solemnidades rituales y que, viejo, achacoso, por nada hubiera dejado su sitio a la vera del alumno ducal, lo fulminó con los ojos hinchados de orzuelos. El muchacho abrió la mano en la que quedó un áureo polvillo y la dejó escapar hacia la nube alada que nos rodeaba como un tembloroso arco iris.

Cuando sus damas recogieron los paños de la tienda en la que mi prometida había reposado durante varias horas, y Julia, vestida ya para las ceremonias de Bomarzo, surgió en el encuadramiento de los alzados tapices como dentro de una hornacina, creí desfallecer de emoción, porque su gracia sobrepujaba cuanto me atreví a esperar. Era menuda y sin embargo su porte la hacía parecer alta; muy delgada, muy fina, como un trabajo de orfebre, tan delicada que la ampulosidad de la moda no conseguía disfrazar la sensación de levedad que de ella trascendía y que, con los anchos ojos violetas, de un tono casi igual a los de Adriana dalla Roza, constituía el rasgo saliente de su hechizo. Había trenzado en las ondas de su cabello castaño, ciñendo su cabeza pequeña y perfecta, sobre el largo cuello flexible, a la Ghirlandaio, las perlas de los Farnese-Monaldeschi, que descendían también sobre su seno blanquísimo, delineado con el dibujo de las sartas y el balanceado cairel de las vueltas ovaladas, la exquisitez de esos pechos breves que poblaban mis sueños —a veces solos, como los que las santas mártires presentan en bandejas, a modo de frutas—, las perlas que luego se esparcían por las mangas y las faldas, poniendo en aquellas sinuosidades bermejas un pálido titilar, de suerte que se diría que no eran unos añadidos espléndidos, sino algo propio, suyo, que difundía una luz fría y misteriosa. A su lado, su padre, sus hermanos, sus hermanas, su tía Beatriz Baglioni, irradiaban también de satisfacción, de orgullo. Le besé la punta de los dedos, la ayudé a subir a la carroza, y el cortejo partió hacia Bomarzo.

Pienso ahora que el áureo coche, tirado por seis blancos, en cuya armazón posterior la osa mantenía el sacudido lirio de los Farnese como si fuera a escapársele de las zarpas —para cuya ejecución me había inspirado en la medalla que muestra a la osa de los Orsini abrazando a la columna de los Colonna—, y el séquito de carruajes y cabalgaduras que lo seguía, tenía algo de circense, pero en aquella época ni se me hubiera ocurrido el símil irrespetuoso. Valerio continuaba llevando mi yelmo, y Maerbale, sin pestañear, lo mismo que cuando sucedí en el ducado a mi padre, llevaba erguido mi estoque, el simbólico falo. Yo, entre los demás Orsini —Orso, Mateo, Segismundo, que había extremado la abertura audaz de la camisa y sobre cuya bronceada piel llameaban los diamantes de Pier Luigi; el abad de Farfa, el jorobado Carlotto, el opulento León, los condottieri, el duque de Mugnano, los de Bracciano, que para la oportunidad habían multiplicado el lujo y parecían unos faisanes o unos espejeantes crustáceos— y entre los Farnese —el inmenso Galeazzo Falstaff espectacular; el morado obispo de Soana; Fabio y su elegancia dúctil; Pier Luigi, taciturno, ocultando con las plumas las úlceras del rostro aguileño; su hijo Horacio, un adolescente saltarín; y las señoras cuyas cabezas se agitaban en un coche, en el que se escuchaba el

cotorreo de Yolanda y de Battistina y en el que iba también una hermana de Julia a quien no había conocido hasta ese momento, Lucrecia, que era bonita y medio idiota, con el estigma de la vieja sangre corrupta—, y entre los demás, los pajes, los palafreneros, los alabarderos, los portaestandartes, los carros de equipajes y presentes, me empinaba cuanto podía, haciendo ondular los pliegues de la capa esmeralda. De tanto en tanto me acercaba a Julia para indicarle algún detalle del que sería su señorío, y ella volvía hacia mí sus claros ojos impávidos. La noticia de que los Gonzaga aguardaban en el castillo con Hipólito de Médicis había colmado la vanidad de mis parientes nuevos. No cesaban de preguntar. Querían saber, por ejemplo, cuánta gente había llevado consigo el duque de Mantua y qué me había obsequiado el Santo Padre (eran dos esmaltes rodeados de perlas, San Pedro y San Francisco, mis patronos). Así, con mucha palabrería, crujir de arneses, ruido de armas, relinchos y rezongos de los carrromatos, y, sobre todo, con muchas bromas cuarteleras al novio, a su timidez y a la obligada tarea que le aguardaba, bromas que estallaban, obscenas —pues si en aquella época triunfaba el espíritu de Ariosto también triunfaba el de Aretino—, sin miramientos para el candor de Julia, y que me hacían apretar los dientes y sonreír sin ganas, avanzó en el crepúsculo, por los campos, encendidas las antorchas, la nupcial apoteosis. El cuadro estaba tan pictóricamente compuesto en su histriónica perfección, que parecía que con nosotros arrastrábamos a las nubes, como velos flotantes, porque nada de cuanto lo integraba debía separarse de su cuidado equilibrio. Vista desde los miradores de Bomarzo, la procesión sería como un animal zigzagueante, como una tarasca o un ofidio de escamas metálicas policromas, como la sierpe del escudo de los Orsini, que se deslizaba, reptando, brillante, hacia la masa fosforescente de la fortaleza. Las trompetas anunciaban nuestra marcha, para acentuar la impresión de farándula viajera, convocando a los aldeanos, y, desde Bomarzo, campanas respondían y clarines. Todo acontecía tal cual lo había planeado yo, fuera, claro está, de las pullas imbéciles, sin embargo imprescindibles y, de no mediar la angustia que me oprimía el pecho hubiera podido considerarme feliz, ya que el aire mismo vibraba de júbilo. Unos campesinos, precedidos por el intendente de mis tierras, nos detuvieron a la entrada del parque y entregaron a Julia una guirnalda de amarantos, la flor de *Non moritura*. Messer Pandolfo aprovecho para declamar una arenga cuyos latines abrevié. Tenía ansias de llegar. ¡Cómo me hubiera deleitado que me viesen los muertos que tanta influencia habían ejercido sobre mi vida atormentada, mi padre, mi hermano Girolamo, Adriana dalla Roza, Beppo, Clarice Strozzi, y esos otros, ausentes de la boda, Abul, Ignacio de Zúñiga, Nencia, Pantasilea, Pierio Valeriano, Alejandro y Lorenzino de Médicis, que habían colmado también mi existencia con sus afectos y odios, porque aquel cortejo, aquella aparatosa pantomima desarrollada en el suelo de Bomarzo, que procedía hacia el castillo como si hollara el secreto de las tumbas etruscas, y todo él estuviera sustentado por una base de milenaria civilización y de ritos y conjuros subterráneos, era, en cierto modo, la justificación de Pier Francesco Orsini y la prueba de su primera victoria!

En la entrada del castillo aguardaba una multitud que se apretujaba a lo largo de la calle, frente a las casucas del villorrio. Había gente asomada a las ventanas y apiñada en las terrazas. Mi abuela estaba de pie, en el centro del gran portal, vestida de alba seda. Se apoyaba, como en dos muletas, en los hombros de sus dos bufones enanos: el pelirrojo y el tartamudo, ese que tenía tan mal carácter y clavaba los ojuelos sin pestañas con desenfado, en lo que fincaba lo principal de

su gracia. A mí, ni el pelirrojo ni él me hacían gracia alguna. Los cardenales Orsini, Farnese, Médicis, Gonzaga y el recién venido Colonna —el Pompeyo Colonna enemigo que nos acosó con su perfidia farsante, pues impidió el papado de mi abuelo, y que por suerte murió ese año—, la enmarcaban de bendiciones y de revueltas olas púrpuras. El resto se esforzaba alrededor por hacerse notar y se confundió en reiterados, estrechos y probablemente hipócritas abrazos con los Farnese, no bien descabalgamos y ascendimos majestuosamente la escalinata.

Esa noche se sirvió un banquete monumental. Ya se conocen las costumbres: los comensales despedazaban las aves como si lucharan con ellas, se chupaban los dedos untados de grasa de venado y arrojaban los huesos debajo de la mesa, mas cada utensilio, cada vaso de oro, cada jofaina de cristal y amatistas, hubiera podido ser incluido por Pablo Veronés en sus grandes óleos espectaculares. Dancé después con Julia, esforzándome por hacerlo con gracia, pero cada vez que mis miradas recelosas se posaban en algún otro de los bailarines de mi edad, en Maerbale, en Segismundo, en Fabio, en el señor de Bracciano, en mi primo el conde de la Corbara, en el espléndido duque de Urbino, que abría una mano, como un tulipán, sobre el macizo collar de Venecia, un desaliento atroz me llamaba a la realidad, y nada, ni siquiera la dulce expresión de Julia, ni la cercanía del jiboso Carlotto Fausto, ni la certidumbre de que el padre y el abuelo y el bisabuelo de esos olímpicos Gonzaga habían sido más jorobados que yo, ni el recuerdo de que el marido de la divina Julia Colonna había sido un carcamal, patituerto y manco, lograba serenarme.

Mi novia estuvo gentilísima. Elogió el arreglo del castillo, admiró el retrato de Lorenzo Lotto, besó el anillo de mi abuelo y los labios de Diana, lanzó un grito de alegría cuando le entregué las joyas de mi madre. Pero cuando nos retiramos no dormí ni un momento. Anduve hasta tarde, con Silvio, por el bosquecillo tenebroso en el que las rocas extrañas emergían como quimeras familiares y en el que los osos invisibles y defensores moraban sin duda. Silvio quiso quebrar mi mutismo pero no le respondí. Me limité a suspirar hondamente. Ahora, que me enfrentaba por fin con el coronamiento del esfuerzo largo y que ya no podía distraerme ubicando estatuas y ordenando decoraciones, porque cada cosa ocupaba su sitio dentro del ajedrez de bustos y de figuras míticas, el miedo que se agazapaba en mi interior me invadía, me ahogaba y me impelía a seguir andando, como un autómatas, por los senderos lunares. Tenía miedo de Julia. Mi virilidad afirmada tantas veces, de poco me servía en aquella ocasión. Me sentía despojado de ella, como si el pavor que crecía en mi pecho y que dominaba hasta los menores resquicios de mi ser no dejara lugar para los pujos de mi hombría cuando los necesitaba más. Y sin embargo, Julia era suave y de ella parecía emanar una bondad transparente. Ninguna sombra agresiva oscurecía su claro imperio. Acaso un observador exigente hubiera podido tacharla de cierta indiferencia, de cierta lejanía obsequiosa, pero ello podía atribuirse también a justificados pudores.

—Yo velaré por Su Excelencia —me dijo Silvio—; con Messer Benvenuto Cellini haré la invocación conveniente.

Mi fatuidad se rebeló:

—No la hagas. Te lo prohíbo. Éste es un asunto mío, mío solo. Véte y déjame en paz.

La boda se realizó de mañana. Ofició mi abuelo, secundado por los cardenales Farnese y Médicis. Los otros dos príncipes, Gonzaga y Colonna, y el obispo de Soana, con los acólitos, subían y bajaban también las gradas del altar,

incensaban la reliquia de San Anselmo, distribuían bendiciones. El San Sebastián y el cuadro en el cual mi padre había mandado pintar a Girolamo y a Maerbale, excluyéndome (expliqué, cuando sobre él me interrogaran, que se trataba de Maerbale y de mí, sin que mi hermano me desmintiera), flanquearon el ritual con su desnudez y sus ropajes, como sensuales alegorías. Deslicé en el anular izquierdo de Julia un zafiro, y ella me devolvió el anillo de Benvenuto, procurándome, al apretarlo yo en mi puño, una felicidad intensa, pues fue como si su contacto me vivificara nuevamente, pero aquella dicha duró poco. El manto ducal me sofocaba en el calor del verano y pensé, con horror, que me iba a desvanecer, que las mitras y las casullas multicolores se iban a borrar en el aire turbio y que los latines cantados por los cardenales ancianos y por los cardenales jóvenes, entre mutuas reverencias, se transformarían en un vago murmullo, de suerte que lo único que permanecía intacto en la niebla dentro de la cual desaparecerían los concurrentes a la ceremonia, quienes se diluirían también como si fueran espectros, sería la impasible apostura de Julia Farnese, iluminada, cristalina, titilante, glacial.

Mis feudatarios rindieron homenaje por la tarde a la duquesa, quien les distribuyó monedas de plata y desempeñó su papel con la holgura de lo habitual, como si hubieran corrido muchos años desde que era la señora de Bomarzo. Aretino le leyó dos sonetos, mesándose las barbas, y Benvenuto Cellini le entregó una hebilla con las imágenes enlazadas de Venus y Adonis. Al anochecer retumbaron los fuegos de artificio. Una osa gigantesca ascendió sobre las fuentes y arrojó a los cielos pirotécnicas flores de lis. Bailamos hasta muy tarde. La marquesa Isabel de Mantua, que era nieta de Ferrante de Aragón, rey de Nápoles, y acarrea en la sangre el caudal de numerosas generaciones de afabilidad cortesana y de repetir fórmulas que facilitaban el trato en sociedad, me dijo en una pausa de la música que yo bailaba muy bien, que poseía un donaire espontáneo. Y aunque yo sabía demasiado que no era cierto, pues la mentira era obvia, hubiera deseado que ese baile no terminara nunca, que bailáramos y bailáramos, de noche, de tarde y de mañana, sin detenernos, como animados muñecos o como si fuésemos unos príncipes embrujados, inclinándonos e incorporándonos al galano compás, avanzando un pie, tendiendo la diestra, haciéndonos reverencias cadenciosas como los cardenales en la capilla, a fin de que todo, desde que habían llegado a Bomarzo los Farnese, resultara un ballet irreprochable, mientras los días se encendían y se apagaban en los balcones, y los astros que aseguraban mi infinita presencia, movidos por el mismo ritmo de violines, continuaban diseñando su eterna danza pausada en la altura.

No hubiera querido abundar en detalles sobre la intimidad de mi noche de bodas, pues no es cosa propia de un gentilhombre, ni siquiera de una persona de gusto, pero se trata de algo importante para puntualizar aspectos de mi psicología y de las confusiones que me afligieron y, teniendo en cuenta la sinceridad de estas memorias, en las que me describo tal cual he sido y busco explicaciones de mi vida y de mi carácter, sería inconsecuente eludir un tema de tanta importancia.

Por lo pronto debo consignar el inquietante asunto del demonio. Fue Julia quien lo descubrió.

Yo había destinado para nuestra cámara nupcial una habitación del primer piso, más bien pequeña, a la cual mandé revestir de cerámicas verdes y amarillas. Con el objeto de ejecutar este trabajo, vinieron obreros especiales de Roma, quienes trajeron con ellos los mosaicos que había encargado en esa ciudad.

Cuando la obra estuvo terminada, la examiné y le di mi aprobación. Era, dentro del castillo, algo distinto, y quise que fuera así, algo que se destacaba de la pompa y la austeridad que las decoraciones renacentes de mi padre y mías y la medieval pesadez habían impreso al resto de la fortaleza. Deseaba que la habitación que compartiría con Julia tuviera un aire recoleto y grácil, y lo conseguí. Las lises farnesianas y mis propias siglas VIC. ORS., distribuidas en el adorno de las pilastras y de los jarrones con entrelazadas rosas blancas, proclamaban discretamente que ése era nuestro refugio más personal, aquel en el cual la flora heráldica de ambas familias perdía su simbolismo guerrero, afirmado tantas veces en los escudos de combate, para recuperar su sencilla y natural hermosura. No advertí entonces nada anómalo en la composición, y en verdad el ámbito era de proporciones tan reducidas, con su ventana y sus dos puertas, que hubiera sido difícil que un desorden cualquiera del dibujo, por mínimo que fuese, escapara a mis ojos avizores. Partieron los artesanos, ubicáronse en la estancia el lecho de verdes colgaduras y los escasos muebles, y ya no volví a entrar allí sino muy de tarde en tarde, movido por la superstición de que mi presencia en esa cámara no le convenía a mi futura felicidad. Por el mismo motivo no se la mostré a Julia, reservándola, como una sorpresa, para la noche de bodas.

Ascendimos, pues, las angostas escaleras, escoltados por damas y pajes cuyas palmatorias proyectaban sombras danzantes en el camino. En una sala vecina cambié mis ropas por una delgada vestidura, inspirada en las líneas amplias del *lucco* florentino. Luego despedí a mis ayudantes. Silvio y Juan Bautista fueron los últimos en irse, y me besaron ambos. Maerbale, que asistía a la ceremonia con una luz en la diestra, me abrazó también. Me acuerdo de que en ese supremo instante todavía me empeñé por indagar en su rostro, en pos de un indicio de sus sentimientos, pero hallé la misma máscara cortesana, el mismo respeto impenetrable del cual no se separaba jamás. Lo oí alejarse de puntillas, y salí a la terraza que comunicaba con el aposento en el que sus damas desvestían a Julia.

Era una noche singularmente clara, que confería al paisaje una rara palidez, como si todo él estuviera sembrado de colosales osamentas. Me incliné en el parapeto y avisté, a la derecha, la parda ondulación de los tejados de Bomarzo, que nos circuían como un oleaje turbio que se había inmovilizado al tocar los muros del castillo. Todo el panorama montuoso daba la misma impresión de mar revuelto y estático, de un mar que, al helarse, había tomado la apariencia de esqueletos ciclópeos. Delante, a la distancia, erguíase la roca de Mugnano, y más allá, como una rota hoja de espada, relampagueaba el Tíber. Abrióse la puerta y adiviné que Julia estaba detrás de mí. Giré hacia ella y la vi, de pie contra el nido de sombras. Con su cabello suelto y el largo ropaje blanco, era una aparición lunar. Brillaban como aguamarinas, bajo las pestañas negras, sus ojos transparentes. Le tomé una mano y la conduje hasta el resguardo que formaba un severo balcón. El corazón me latía terriblemente y temblaba tanto que Julia, al percatarse de ello, sonrió y deslizó su brazo debajo del mío. Para ocultar mi turbación —yo tartamudeaba y me azaraba como un imbécil, cuando ella hubiera debido ser la atolondrada—, le indiqué la silueta de Mugnano, en la que parpadeaban algunas luces, y le dije que el duque, mi primo, estaría agasajando allí a los parientes que había llevado consigo al partir. Le mostré también, en la penumbra de los baluartes, el abandonado carro nupcial sobre el cual había entrado triunfalmente en mis dominios y en el que la osa seguía alzando, como un atributo viril, el lirio enhiesto, alegórico. Después, para ganar tiempo, frívolamente, me puse a comentar los incidentes de las fiestas, exagerando la

bufonería, hasta que me di cuenta de que hablaba solo y callé. La atraje y la besé en las mejillas, en la frente, en los anchos ojos, en la boca. De su piel emanaba un suave perfume. Al actuar así, no cedía yo al arrebató espontáneo, anheloso; procedía como si cumpliera un rito, y el comprobarlo me angustió más. En aquel mismo sitio había tenido lugar la invocación diabólica de Silvio de Narni que antecedió a la muerte de mi padre, y eso, que no podía extirpar de mi memoria, contribuía a mi desazón. La campiña entera parecía acechar en torno, aguardando. No se oía ni un rumor, ni el canto de un grillo, ni el son de una esquila, ni el chistido de una lechuza, ni el secreteo del follaje, y el resto del caserón, en el cual sin embargo se alojaban todavía tantos convidados, guardaba silencio. Se diría que la casa respiraba quedamente, como un enorme animal. La imagen de Silvio y de su conjuro volvió a acosarme, nítida, como si el nigromante estuviera dibujando en el suelo la geométrica figura y el monograma sacro, y me arrepentí de haber rechazado, en esta oportunidad, el auxilio de su arcana sabiduría.

No era posible prolongar la espera. Regresamos al aposento y desprendí, con dedos torpes, transpirando, las leves vestiduras de mi mujer. En el medio de la habitación que iluminaba la cera de las lámparas, surgió ante mí, desnuda, y creí desfallecer, porque su esbeltez adolescente era más bella de cuanto había imaginado. Su blancura se tornaba, en los ángulos sedosos sobre los cuales se desplazaba la luz, casi celeste.

—Nunca pensé —me dijo— que Vuestra Excelencia hubiera invitado al Diablo a esta reunión.

Yo estaba de hinojos y levanté mi mirada hacia la suya, sin comprender. Julia sonreía y me señalaba algo en el muro. Había allí, junto a la puerta, entre la taracea de mosaicos, un dibujo que yo no había notado antes —y eso es lo imposible, lo fantástico, porque, como he expresado ya, la habitación era pequeña y yo la había examinado cuando los artesanos pusieron fin a su labor—, una cerámica del mismo tamaño que las otras que representaba una cabeza demoníaca, bicorne, con la boca abierta. Me puse de pie de un salto y palpé la imagen con los dedos titubeantes. No se trataba de una visión. Sentí bajo mis yemas los contornos del rostro faunescó, la nariz aguda, los ojos, el belfo colgante, las puntas de la cornamenta retorcida. Julia se echó a reír y tornó a cubrirse.

—¿Eres amigo del Diablo? —me preguntó.

Tanto como aquella presencia insólita, me sorprendía su actitud.

—Ignoro cómo está aquí —murmuré—. Es materia de hechicería.

—¿Crees en ella?

No le contesté. Buscaba, sobre las mesas, algo, un instrumento punzante, para destruir la efigie. Mi espada y mi daga habían quedado en la vecina habitación.

—La haré añicos. O no; mejor llamaré a Silvio para que la conjure. Y mañana sabré quién la ha puesto ahí.

Ella tornó a reír.

—Déjala. No llames. Déjala estar.

—Pero no entiendo cómo ni quién la ha colocado en ese muro.

Julia arrojó su veste sobre el respaldo de una silla y sus pliegues ocultaron la cerámica perversa. Ahora estaba desnuda de nuevo, estirada entre las colgaduras.

—Olvídala, Pier Francesco. Aquí tienes a tus santos protectores.

Y esa vez me mostró, a ambos lados del lecho, los esmaltes de San Pedro y San Francisco, rodeados de perlas, que me había enviado el Santo Padre. Me aproximé con aprensiva cobardía.

—Olvídala. Prométeme que no la quitarás. Es un juego, un adorno. Olvídala.

Se lo prometí. Quizás cometí un error esencial al prometerlo. A la mañana siguiente ordenaría que la rociarán con agua bendita, pero no la quitaría del revestimiento. Sigue en ese lugar, junto a la puerta, después de cuatro centurias y media. Quien vaya a Bomarzo, la podrá ver.

El alarmante hallazgo aguzó mi nerviosidad. También la acentuó la compostura de mi amada. ¿Dónde había dejado su recato, su timidez? Pero ¿acaso ese recato y esa timidez existían? ¿Acaso eran algo más que un disimulo? ¿La conocía yo, por ventura? ¡Ay!, si ella hubiera obrado en otra forma, si hubiera evidenciado cualquier indicio de una zozobra como la que me estremecía, en vez de esa desenvoltura inesperada, pienso que el episodio de la iniciación de nuestras relaciones hubiera tenido un cariz muy diferente, opuesto, porque entonces las circunstancias hubieran sido iguales para ambos y hubiéramos avanzado simultáneamente hacia el fuego de la pasión. Pero su desplante ahondaba mi soledad y mi desamparo. Me sentí solo, inerme, frente a ella que estaba sostenida, en cambio, por una fuerza incógnita, fruto quizás de la experiencia. Pero ¿no me asistía a mí mi experiencia de hombre?, ¿qué me pasaba?, ¿por qué venía a sumarse ahora, al ridículo ineludible de mi físico, este otro ridículo con el cual no conté y que me colocaba en una posición tan falsa y tan insegura, trastrocando grotescamente los papeles sin que nada concreto lo justificara? Me fui despojando del *lucco*, como si toda la escena fuese una pesadilla intensificada por el horror culminante de tener que exhibirme desnudo delante de Julia. Eso —y lo subrayo como he subrayado cada sensibilidad mía en esta pública confesión— es lo más tremendo del caso: que lo que por el momento me angustiaba primordialmente era lo que concernía a mi vanidad estética, al pavor de exponer mi tara, y no a la duda surgida de la actitud de Julia y que implicaba una posible traición. Primero se planteaba mi problema inmediato y obvio; el de Julia, desconocido, se postergaba. La herida en el corazón de la vanidad motivada por mi pobreza física podía más que la herida causada por una infidelidad que, de ser cierta, hubiera debido desesperarme incomparablemente más. Pero no quise pensar en eso, o no pude. La joroba crecía sobre mi espalda, sobre mis hombros, sobre mi frente, cegándome. Tenía que exhibirme por fin, y mientras ella se reclinaba sobre los almohadones con la indiferencia de una meretriz (o con la serenidad de una mujer de temple que encara la esencia del matrimonio, no como un azaroso sacrificio, sino como un paso tranquilo hacia la comunidad de la existencia, pues cabía también esa interpretación), a mí me castañeteaban los dientes.

¡Qué desgraciado, qué desvalido me sentí entonces! ¿cómo me atreví a suponer que las cosas sucederían de modo diverso? ¿Bastaban, para afianzarme, mis aventuras con rameras y con aldeanas, mis andanzas con Juan Bautista, en las que las reacciones habían sido súbitas y eficaces? ¿Qué me pasaba, qué me pasaba, Dios mío? Los meses de monacal continencia, esperando ese instante, preparándome para él, esos meses en el curso de los cuales había creído limpiar a mi cuerpo y a mi alma de impurezas, de nada servían. Como cuando fracasé en mi intento inicial junto a Pantasilea, recurrí a las imaginativas sustituciones, evoqué a Nencia, a Abul, a Juan Bautista, a la propia Pantasilea y hasta el recuerdo del espinazo rítmico de mi paje Beppo y de la abierta entrega de la hija del posadero

de Arezzo, el día en que tuve la revelación del acto lascivo, para que me socorrieran en el trance y me insuflaran el vigor del cual carecía. La cámara se pobló de invisibles figuras ardientes y fue en vano que se retorcieron alrededor como llamas. Acaricié ese cuerpo fino y deseable, lo besé sin descanso, gimiendo, llorando, pero Julia Farnese salió de mis brazos, esa noche, como había llegado a ellos.

—Perdóname —balbuceaba, y al hablar de la suerte hacía, sin quererlo, lo más contraproducente, pues refrendaba mi impotencia—, perdóname, Julia, perdona al jorobado, al que no es digno de ti...

Ella me acariciaba también evitando que sus manos rozaran mi espalda, quizás con asco, quizás con cierta indulgencia, con cierta indiferencia, porque procedía como yo de una vieja casta y, en los linajes muy gastados por el tiempo, muy usados por los artificios decadentes, lo inhabitual, lo que entre otros puede resultar motivo de una ruptura inmediata, es asunto que se considera como entre cómplices, herederos de similares desconciertos, pues en esa atmósfera todo se torna más complejo y más extraño. Era el medio en el cual Julia Gonzaga había acompañado con su virginidad, hasta su muerte, a su marido Vespasiano Colonna; el medio en el cual Guidobaldo de Montefeltro y su mujer habían sobrellevado, sin ser santos, sus nupcias blancas. Pero tal vez yo pensaba así ante el horror de un escándalo que pondría de manifiesto una tara más del duque de Bomarzo. ¿Qué sabía yo de lo que andaba por la cabeza de Julia, en momentos en que me afanaba inútilmente, apretando los dientes, sacudiéndola, torturándola, torturándome, buscando de suplir con mi boca lo que no lograba de otro modo?; ¿qué sabía yo, desarmado, echado sobre aquel cuerpo hermoso y frío? Le hablé groseramente de las victorias que había obtenido en ese campo. Di nombres que para ella nada significaban, a fin de acreditar mi poder. Me porté como un rústico, después de portarme como un deleznable incapaz. Y sólo entonces se me ocurrió enrostrarle lo que llamé descaró. Sólo entonces —y no porque me perturbara esencialmente el atrevimiento de su actitud, sino porque lo utilicé como un pretexto para disculpar la mía— atiné a acusarla de prácticas y conocimientos previos en la materia que nos reunía sobre el lecho tumultuoso. La cólera la inflamó, bajo el insulto. La niña gentil, la mujer provocante, se convirtió en una diosa agraviada. Ejercía igual dominio sobre el registro majestuoso y sobre el registro sensual y cuando se le antojaba exteriorizaba hasta qué punto era la sobrina del cardenal Alejandro Farnese. Debo decir que se defendió muy bien, que infundió tal verosimilitud a sus palabras, aludiendo a su inocencia y a su solo deseo de hacerme feliz, brindándome cuanto poseía, que me obligó a excusarme, a apelotonarme, a postrarme a sus pies, pues de repente temí haber empeorado mi situación con un error gravísimo y haberlo perdido todo con un desacierto más. Eso colmó mi humillación. Para reconquistar por lo menos su amistad y obtener una prórroga de su confianza, recurrí a las adulaciones serviles, como si yo no fuera el duque y el gran señor que pretendía y que la había recibido en su castillo con tan noble pompa, entre los próceres de Italia, sino un villano vulgar, un esclavo, hasta que cedió su tensión y reanudamos nuestras frustradas caricias. Por fin, rendido, cubierto de sudor, caí en letargo.

Soñé que descendía con Julia hasta el bosque de las rocas, el futuro Sacro Bosque. Íbamos ambos apartando ramajes, entre los olmos, las encinas, los tamarindos, los sauces, en medio de cuya trabazón se revelaban los peñascos fantasmales con priápica insolencia. Había allí una numerosa compañía de hombres y mujeres desnudos, semejantes a los seres infernales que pueblan las

tumbas etruscas. Nos incorporábamos a sus danzas, a sus manejos eróticos, a sus violentos abrazos, en el vertiginoso aquelarre, y nos desplomábamos, fundidos el uno con el otro, en el centro de esos apilados cuerpos de recios colores, pintados con los ocres del óxido de hierro, con los negros del carbón vegetal, con los azules del lapislázuli, que giraban alrededor de un demonio de cerámica. Yo estiraba las manos, braceando como un nadador presto a hundirse, y tropezaba con un duro pecho femenino, con una pierna, con un sexo de hombre. Era como si nadara en un río espeso de cuerpos policromos, confundidos, entrelazados, en el cual era imposible separar los miembros y las cabezas, porque entre todos componían un solo monstruo inmenso que se desplazaba como un lento río caliente, bogando a la sombra de los árboles luctuosos y de las rocas lascivas. Julia era mía, por fin. Tan agudo fue el espasmo que desperté gritando. Ella continuaba dormida, abandonada. Vi, con amargura, que si no había podido poseer a la mujer viva, en cambio había poseído a su imagen.

Como después de mi descalabro en Florencia, cuando mi abuelo Franciotto me precipitó en brazos de la hembra pública, para avisarme, la inquietud que para mí privó sobre las demás, sobre mi propio revés, al salir de la cámara donde Julia seguía durmiendo, fue evitar que mi vergonzoso infortunio se conociese. Presentí que Julia no diría nada por ahora, que en cualquier caso postergaría la desagradable revelación. Y no me equivoqué. Horas más tarde, al descender al jardín recién bañada, recién acicalada por sus damas, mi esposa no dejó traslucir nada de lo acontecido. Juntos asistimos a la misa que ofició el obispo de Soana; juntos vimos cómo, respondiendo a mi solicitud y sin que se enterasen los demás, el cardenal de Médicis rociaba con agua bendita la cabeza diabólica de nuestro aposento, y oímos cómo, sonriendo irónicamente, mientras sacudía el hisopo, pronunciaba purificadores latines.

Muchos de los invitados habían partido ya, a Mugnano, a Bracciano, a Anguillara, a Bagnaia, a las posesiones vecinas, pero el castillo seguía lleno de gente a quien había que agasajar y entretener. Hubo, por la tarde, un simulacro de torneo, y después los enanos de mi abuela representaron una pantomima realizada con algunos versos del Aretino. De todos los presentes, mi abuela fue la única que sondeó en mi comportamiento indicios de que la experiencia nocturna no me había sido favorable. Lo captó a pesar de que me esmeré para que ningún signo lo permitiera conjeturar, extremando las pruebas de entusiasmo amoroso junto a mi mujer. Por otra parte, Julia contribuía al engaño, respondiendo a esos arrebatos con los testimonios oficiales de su recatado cariño. ¿La amaba yo? Cuanto concierne al amor es tan complejo, tan arduo de entender... ¿Amé a Adriana dalla Roza?, ¿amé a Abul?, ¿amé a Julia? Lo cierto es que, como en otras ocasiones, quería que ella me amase, y ahora, luego del fracaso, todavía más; quería conquistarla, quería enseñorearme de sus sentimientos, ya que a su cuerpo no había podido dominarlo, y eso era extremadamente difícil, después de la triste aventura que acabo de describir y teniendo en cuenta la repulsión que debía emanar de mi físico y lo embotado que me sentía espiritualmente, aun en medio del juego de la cortesía aristocrática. Lo importante, por lo pronto, era ganar tiempo, y que los huéspedes no percibieran la debilidad básica de nuestra relación. Y a eso lo conseguí. Conseguí embaucarlos. Pero no embaucé a mi abuela. Desde su ancianidad y su idolatría, como desde una atalaya inexpugnable, mi abuela miraba hacia mí y me veía con exacta nitidez. Imposible ocultarle nada. Estaba yo sentado entre ella y Julia, en la semioscuridad del salón donde

los enanos, el rojo y el tartamudo, hacían cabriolas y declamaban los alegres disparates de Pietro Aretino, cuando sentí que Diana Orsini me palmeaba dos veces la rodilla, afectuosamente, como se hace cuando se desea tranquilizar a una persona, y luego, a hurtadillas de los demás, me tomó una mano y se la llevó a los labios. Sí, ella sabía; sabía todo, y eso me angustió y me serenó a un tiempo, e hizo que las lágrimas se agolparan en mis ojos cansados. Pero el resto nada advirtió. Al contrario. No bien me aparté con los gentileshombres, abundaron las pullas sobre mi extraordinaria suerte, pullas que Galeazzo Farnese, con su vehemencia, fue el primero en estimular. Y lo curioso que debo anotar aquí es que tanto ese día como la semana que lo siguió y durante la cual permaneció en Bomarzo buen golpe de invitados de ambas familias, se difundió en el castillo, como consecuencia de nuestra presunta felicidad y del erótico ardor que desde la cámara de las cerámicas se propagaba, ganando las escalinatas y las habitaciones, una apasionada atmósfera sensual. La sensualidad andaba por los aposentos como un incendio creciente, al que alimentaba y activaba la paradoja de un fuego que no existía, pero su presencia se extendía doquier.

Los síntomas iniciales de ese estallido se notaron después de la representación de los bufones y tuvieron los tintes de una burla de Boccaccio. Nos enteramos por hablillas de los pajes de que la mujer del enano pelirrojo —la misma del pleito de los gatos—, al verlo actuar en el improvisado proscenio, ataviado como el dios Mercurio, sintió renacer en sus venas una codicia impúdica que, dada la edad de ambos y su largo comercio, hubiéramos supuesto reducida a cenizas permanentes. En la intimidad requirió sus galanteos, que el viejo naturalmente negó, y entonces se desató la furia de la dueña. Bastantes años atrás, Messer Pandolfo había sido su amante, en tiempos en que le enseñaba a escribir, y la hembra acudió a buscar junto a él lo que su marido no podía darle, encontrando, por iguales motivos, un rechazo igual. Su decepción y su ira espumaron en tal forma que, medio loca como ya era, terminó por perder la razón. Silvio de Narni le había mostrado alguna vez los horóscopos que componía, y a la mujer no se le ocurrió nada mejor, aprovechando los palotes que debía a la paciencia de Pandolfo, que ponerse a inventar unos horóscopos tremendos, densos de predicciones nefastas, dedicados a los distintos huéspedes, y que distribuyó sigilosamente en sus habitaciones, como si se propusiera vengarse del mundo. Según esos papeles, el duque de Mantua moriría devorado por las hormigas, e Isabel de Este daría a luz, a los ochenta y dos años, un hijo con tres cabezas. Mucho rieron los damnificados, los días siguientes, del absurdo episodio, que se comentó en toda Italia, pero quien menos rió fui yo, el duque, no porque me molestara que esas cosas sucedieran en mi castillo y porque los insultos y procacidades de la senil pitonisa pudieran incomodar a alguno de mis comensales, sino porque la constante referencia a la ineptitud voluptuosa del enano y del preceptor hería, sin que los demás se percataran, los nervios más susceptibles de mi sensibilidad despierta.

Pasaron los días, suntuosos, con fiestas, con cacerías, con bailes. Inútilmente procuré reanudar mis mezquinos intentos junto a Julia Farnese. Hasta llegué a pensar en un maleficio, en una ligadura. La cabeza del Diablo había sido exorcizada, y sin embargo... Cuando pretendí nuevamente destruirla, Julia me intimidó, arguyéndome que podía traerme mala suerte. Mi suerte no había sido muy buena que digamos, pero conservé el mosaico. Me parecía que si evidenciaba un sobresalto excesivo, frente al calmo desdén de Julia ante esas alarmas, corría el riesgo de mostrarme aun más pusilánime. A las anteriores

trabas sutiles que obstaculizaban mi cumplimiento de funciones obvias, sumábase ahora una sorda rabia que me cegaba, que me abrumaba. Julia no había modificado su actitud. Era casi como si, de antemano, hubiera previsto que las cosas iban a suceder de este modo, y la sospecha de que abrigaba ese pensamiento denigrante agravaba mi exacerbación. Mi mujer seguía siendo, en la soledad nocturna de nuestra cámara, la misma estatua hermosa y sin velos, la misma obsequiosa, sonriente frialdad. Las ojeras azularon mi rostro demacrado del cual tanto me enorgullecía, y los huéspedes las atribuyeron, con obscena insistencia, a mis reiterados triunfos amorosos. Yo me desesperaba. Pasaba de la ira a la languidez, mientras tenía que representar frente a los invitados el papel de la robusta felicidad. Y era tal mi excitación, tal el frenesí sexual que suscitaba mi ronda de lobo en torno de la posesión inalcanzable, que volví con fruición, en busca de un alivio saturado de remordimientos que al fin de cuentas redoblaba mis ansias, al vicio de mi adolescencia. Pero pronto comprendí que esa artimaña, ese *ersatz*, ese fugaz acoplamiento con fantasmas, no bastaba para desahogarme, y cuando todos se habían retirado comencé a salir de noche, acompañado por Juan Bautista, en pos de una campesina que me sirviera de rápido consuelo. El paje no formuló ni una pregunta. Todavía hoy ignoro hasta dónde penetró la verdad de la situación. Tampoco me sugirió que el consuelo podía emanar de él, como antaño, pero sólo otra mujer, suplantando a Julia, era capaz de procurarme el desquite, al patentizar mi hombría. Y las mujeres de la aldea a quienes recurrí, habrán llegado a la conclusión de que, además de Julia Farnese, mi rijosidad pedía otras amantes, otros cuerpos firmes y dóciles, prontos a acoger su urgencia. Empezó a concretarse entonces la leyenda de mi fabuloso vigor, que subsiste hasta la actualidad y que, mezclando mi figura con la de mi padre y otorgando a uno solo las hazañas de ambos, rodea a mi nombre de pujante prestigio. Julia fingía dormir, estoy seguro, cuando yo dejaba su lecho. Quizás mi partida significaba para ella un descanso. Y si yo era, a su lado, un mero pelele, junto a mis demás compañeras demostré insistentemente, cotidianamente —azuzado, lo cual no deja de ser extraño, por mi nulidad marital y por el enardecimiento que me causaba el prohibido esplendor del cuerpo de mi mujer—, que era, por lo menos en lo que atañe a la amatoria gimnasia, un Orsini digno de la tradición centenariamente viril de la estirpe.

Entre tanto, en Bomarzo, como he dicho ya, aquellos forcejeos y la certidumbre de mis victorias habían originado una atmósfera de concupiscencia que prolongaba dentro del castillo el clima sensual que emanaba, como un vaho abrasador, de la tierra etrusca, y cuyos misteriosos efluvios había discernido yo desde los primeros alertas de mi niñez. Renació, esquivándome, la persecución de Juan Bautista por Pier Luigi Farnese y Benvenuto Cellini, indignando a mi primo el bello Segismundo, y aunque carezco de pruebas al respecto, calculo que mi paje terminó sucumbiendo ante el tenaz orfebre. Violante Orsini, casada con el ilustre Savelli, se entregó, según contaron después, al duque de Urbino y a un alabardero. Hipólito de Médicis hizo cuanto pudo por abatir las virginales defensas de su adorada beldad. De Aretino no hablemos. El cardenal Hércules Gonzaga fue sorprendido en la galería de los bustos, exactamente entre el busto de Caracalla y el de Claudio, en momentos en que acariciaba los pechos de Lucrecia Farnese, la hermana retardada de Julia, como si tuviera en sus manos a una escultura más, tal era la impavidez ausente de la pobre de espíritu, y aunque el asunto trascendió, el padre y los hermanos de la niña prefirieron, probablemente, echarle tierra, porque no convenía incurrir en la hostilidad del

clan de Mantua por una tonta. Tampoco sé hasta qué punto fue verdadero el episodio: la indecencia irresponsable del hijo de Isabel de Este, de la cual ha quedado honda huella en sus cartas, podría confirmarlo. Su madre había obtenido para él la púrpura en momentos en que Clemente VII, acosado en el Castel por las tropas de Carlos Quinto, puso en venta cinco capelos al mejor postor. El cardenal Hércules tuvo por lo menos dos hijos naturales, pero cuando le tocó presidir el Concilio de Trento, ya cincuentón, sus allegados describieron la porfía con que el pecador arrepentido castigaba su carne. Faltaba aún bastante para el Concilio, para la sincera y suprema aproximación a Dios del Don Juan impenitente...

Me pareció que Maerbale observaba excesivamente a Julia. Lo espí sin resultado. De cualquier manera, en seguida emprendió viaje a Venecia, con Valerio Orsini, Leonardo Emo y la mayestática nieta de Oliverotto de Fermo, una señora de poliédricas aristas, cuyo bozo era inseparable de una lengua reconocidamente mordaz. Mi hermoso cuñado Fabio hizo buenas migas con Segismundo. Luego que este último corroboró el desapego de Pier Luigi, a quien tuvo que devolver el collar de diamantes que ponía reflejos exóticos sobre su piel bronceada, mi primo endulzó su desamparo con ayuda del menor de los Farnese y de algunos soldados bien dispuestos de la fortaleza. La mujer del bufón pelirrojo, la loca, continuó alborotando, hasta que no hubo más remedio que encerrarla. Al amanecer, sus gritos salvajes me estremecían, como los de un ave agorera, en el lecho que compartía con Julia. Entonces la duquesa se levantaba, rozaba con un dedo los esmaltes papales, me tocaba la frente y se hundía en la pesadez del sueño. Yo no dormía casi. Termimé enviando a la poseída a mi palacio romano.

El propio Silvio de Narni, tan espiritualizado, tan obsesionado por los experimentos astrológicos, sucumbió bajo el fuego que invadía la casa, y una mañana descendió de su torre para pedirme que lo autorizara a desposarse con Porzia. Así lo hice, a pesar de las protestas de Juan Bautista quien, olvidando o descartando el oficio que su hermana había desempeñado en Bolonia, para gloria de muchos hombres nerviosos, y movido por la vanidad de la dudosa jerarquía que le otorgaban a él sus vínculos con el duque de Bomarzo y con Pier Luigi Farnese, tachó de *mésalliance* la unión con el mago. Juan Bautista aspiraba, con cierta razón si se consideran los atributos físicos de su melliza, a un matrimonio más encumbrado, quizás a un amante de la nobleza principal. Mientras Silvio, escudriñador del cielo, trasuntaba ansias cada vez más contradictoriamente burguesas y el afán de un hogar estable, Juan Bautista principiaba a descubrir las uñas de una inesperada ambición.

Y los gatos de mi abuela, tan decorosos, tan exclusivistas, tan orsinianos, se incorporaron al concierto, como contagiados del desenfreno general. De noche se los oía maullar en los tejados, apareados estridentemente con el ejército vagabundo de la aldea, y la gata blanca recibía a su harén masculino en la carroza alegórica de Julia.

Sí, fueron aquellos para Bomarzo, en el pegajoso calor veraniego que se imponía entre nubes de moscas, días muy sacudidos. El aparato mundano continuó en pie, como si nada extraordinario aconteciera, porque nos reuníamos en colaciones gárrulas, gozando de los sitios pintorescos, o, de tarde, inventábamos difíciles juegos de ingenio en los que triunfaba la picardía de Isabel de Este y la desfachatez de Aretino, o bailábamos, haciéndonos reverencias con las faldas y jubones, como si fuéramos unos pájaros saltarines que oscilaban y canturreaban en la fronda de los tapices áureos, pero, no bien

caían las sombras y la luna despertaba antiguos monstruos, el contenido frenesí se apoderaba nuevamente del castillo. Aquellos príncipes y artistas alterados — Gonzaga, della Rovere, Farnese, Cellini— eran capaces de disponer, con un relámpago de aceros, de la vida de sus congéneres. El obispo de Soana, que hartó lo sabía, rezaba sin cesar para que se apaciguara su efervescencia.

No sólo nosotros, los señores, nos percatamos del vaivén erótico que nos arrastraba en su delirante torbellino, sino también el vulgo, que nos contemplaba de lejos, como si asistiera a un espectáculo inverosímil al cual seguramente envidiaba. En el villorrio, cada uno se las arregló como pudo para participar de la contagiosa embriaguez que difundieron la soldadesca y las servidumbres y, cumplido el plazo que fija esa ordenada evolución, me tocó apadrinar en Bomarzo numerosos bautizos que complicaron la modesta economía del vasallaje y me obligaron a multiplicar las gratificaciones. La fábula de las orgías y los escándalos de Bomarzo comenzó a cundir y llegó a Roma, soplada, inflamada, henchida, hasta que los últimos huéspedes partieron. Cuando Aretino se despidió de mí, me costó defender de su avidez las copas bizantinas que me había obsequiado Valerio. Entonces tornó a afirmar su imperio una paz ficticia. Hubo paz para todos menos para mí. Mi nonagenaria abuela, espantada de los comentarios de sus damas, cuchicheados en el aletear de los ventales —y habrá que atribuir su puritano repudio a la alta vejez, pues había convivido con los Borgia—, volvió a bajar al jardín, abandonando su alcoba, su celda, como si quisiera retomar, después de la borrasca, en sus nudosas manos, las riendas perdidas. Me cruzaba con su silla, que conducían dos lacayos, en los senderos que bordeaban las rosas, y ella me miraba de hito en hito. Julia oteaba la campiña, hacia donde había desaparecido, dentro de una nube de polvo, el séquito de sus parientes. Y yo entrecerraba los párpados, robado de mi secreto por la sapientísima Diana Orsini, y simulaba estar absorbido por pensamientos graves, como corresponde a los duques.

Un médico, un psicoanalista actual, gente de experiencia, de libros, de teorías, podría explicar probablemente con facilidad (o con dificultad) qué era lo que me pasaba, qué exactas, delicadas, mínimas y tremendas ruedecillas habían entrado en juego y habían puesto en marcha el mecanismo de mi inhibición frente a Julia. En cambio algún lector poco sutil dirá su escepticismo ante el hecho de que, simultáneamente, yo reiterara los testimonios de mi eficacia viril en colaboración con distintas vasallas de Bomarzo y la nulidad de mis empeños amorios con referencia a mi legítima esposa. No me adentraré demasiado en el análisis del problema y me limitaré a repetir que las cosas sucedieron de ese modo. Sólo subrayaré para el lector escéptico la circunstancia de que mis triunfos se lograran sobre gente de categoría subalterna, unida a mí y a los míos por siglos de obediencia, y que era como una proyección humana de esa tierra leal de Bomarzo que nos servía desde la penumbra medieval, esa tierra incapaz de traicionarme. Julia Farnese, gran dama, hija de una casa célebre, ubicada delante de mí en condiciones de igualdad, introdujo en las permutas voluptuosas un elemento nuevo. Por primera vez encaraba yo, en un nivel en el cual sentía siempre, en el fondo, la inferioridad de mi situación —como cada oportunidad en que mi cuerpo se ponía en evidencia—, una responsabilidad de esa índole con alguien que era no sólo mi asociada contractual en tales zarandeos, sino también mi par, mi equivalente jerárquico, mal pese al orgullo de los Orsini, y, por consiguiente, un posible juez íntimo e irónico. Y la inhibición que resultó de este

planteo fue más fuerte que mi voluntad, que mi urgencia por afirmarme entonces más que nunca.

Todo esto es triste, pequeño, desagradable, hasta repugnante. Si Julia procedió como si no le otorgara importancia, como si estuviera en una altura dulce y secreta a la cual no llegaba el jadeante rumor de esas inútiles tentativas, a mí, en cambio, me desquició, puesto que era el culpable de situación tan mísera. Como en otras ocasiones, traté de desembarazarme de la culpa, descargándola sobre un inocente, convenciéndome de que si las cosas se producían así era a causa de la frialdad y de la indiferencia de mi compañera, lo cual, si era verdad en parte lo era en una parte muy minúscula. Me dediqué, pues, a vejarla, como si me vengase de un agravio que no existía en realidad y, puesto que mis engaños con modestas campesinas de Bomarzo, que Julia no podía ignorar, la dejaban insensible, eché mano del recurso más aparatoso y ofensivo que me facilitaban Juan Bautista y Segismundo. Ya no me separé de ellos, a las horas del día en que familiares y criados atestiguaban continuamente en el castillo y en el parque, la singularidad de nuestros contactos. El calor apretaba todavía y lo aproveché para que ambos muchachos anduvieran semidesnudos, suprimida la camisa y subrayado el cuerpo por el ceñimiento procaz de las calzas y, con ellos así vestidos —o desvestidos—, se me solía ver entre sus torsos brillantes, apoyado en las balaustradas o riendo a la sombra de los jarrones de terracota del jardín que decoraban rosas y laureles. Pero ni siquiera ese exhibicionismo logró conmoverla. Si me cruzaba con ella junto a algunos de los macizos recortados o en las terrazas que entoldaban los tapices viejos, cuando iba en tan escandalosa compañía, Julia Farnese se limitaba a sonreírme, desde la distancia de su desapego aristocrático, con lo cual enardecía mi cólera humillada. Mi abuela me espiaba en tanto, apoyada en el alféizar de su ventanal, entre sus gatos inmóviles, y yo, perdido, desesperado, extremaba la pantomima insolente como si ubicara a Diana Orsini en el clan de imaginarios enemigos que exacerbaban mis ansias de desquite.

Corrió el tiempo de ese modo, mezquinamente, y en momentos en que me inquietaba en pos de un pretexto que me permitiera alejarme de Bomarzo y del suplicio que significaba compartir en silencio el lecho de mi mujer —y de alejarme sin que ello despertara sospechas peligrosas—, me lo dio el anuncio, que trajo un fraile, de que mi abuelo Franciotto agonizaba en su palacio romano. Partí para allá en seguida, exagerando las manifestaciones de mi alarma. Me acompañaron Juan Bautista Martelli y los tres primos Orsini —Orso, Mateo y Segismundo—, quienes esperaban sin duda que el cardenal los recordara en su testamento. Si fue así, concluyeron los tres defraudados.

Una mezcla de alivio y de zozobra me embargó al apartarme del castillo. Las tribulaciones maritales quedaban para después. Quizás, a mi regreso, todo se equilibraría. Lo único que me intranquilizaba ahora era el fin del anciano. Aunque mi abuelo me había demostrado rotunda y permanentemente su desamor, me sobrecogió un sentimiento nuevo hacia él, mientras galopaba camino de Roma, algo que se parecía a la ansiedad de que, antes de morir, el cardenal me certificase que me quería, porque eso era lo que necesitaba mi angustia, saber que me querían, que me apoyaban con el calor de la ternura, y, cuando entré en las calles abigarradas de mi ciudad natal, advertí con sorpresa, en momentos en que mi comitiva contorneaba el Foro que había presenciado mis ingenuas búsquedas de arqueólogo infantil —el Foro en el cual pastaban unos búfalos endebles y una piara de cerdos ronzaba entre las ruinas—, que se me llenaban los

ojos de lágrimas; y estaba yo tan endurecido por el egoísmo, por la desconfianza, por el encono y por la adversidad, que el llanto insólito me hizo un enorme bien, al enseñarme que en algún escondido rincón de mi alma manaba todavía la tibia fuente conmovedora.

Mi abuelo se apagaba como un cirio suntuoso, en su gran lecho rojo del palacio de San Giacomo degl'Incurabili, donde cien servidores proclamaban con ceremoniosa pereza el esplendor de su jerarquía y el desorden de sus finanzas. Un mundo de prelados, de parientes y de señores agregados al servicio pontifical, me rodeó no bien ascendí la escalinata y atravesé los salones en los que se amontonaban las obras de arte que me corresponderían en herencia. Me abrazaron, me besaron, me palmearon. Inquirieron por la salud de mi abuela, por la felicidad de Julia. Tal vez unos pocos sentían un auténtico pesar ante la muerte del príncipe que, cuando organizaba las cacerías de su primo León X, había contribuido a divertirlos y que, en la época anterior a su exaltación a la púrpura, siendo condottiero de la Iglesia y de la Serenísima, al lado del terrible Malatesta Baglioni que vendió a Florencia después, había compartido sus riesgos en asedios y en combates, pero la mayoría estaba probablemente barajando el cálculo de las ventajas que sucederían a la eliminación de quien, por su carácter de tenaz candidato a la tiara, interceptaba muchas ambiciones.

El fin tardó en llegar. Durante una semana permanecí junto a mi abuelo. Una anhelosa lucidez lo iluminó en ese período. Yo, para distraerlo, le referí pormenores relativos a los huéspedes de Bomarzo que habían asistido a mi casamiento. Le expliqué que el problema de la dote de Julia se había arreglado con felicidad, gracias a la munificencia de Galeazzo, y eso le arrancó un suspiro, porque él no había concluido nunca de cumplir con la de mi madre. Le describí los celos que Sebastiano del Piombo seguía alimentando contra Rafael de Urbino, tantos años después de su muerte. Le conté lo que el duque Federico de Mantua me había narrado acerca de su tío Ludovico Gonzaga, el coleccionista de objetos raros, el que siempre andaba a la pesca de comedias antiguas para hacerlas representar ante su corte de Gazzuolo, y le dije que yo también, algún día, quisiera convertir a Bomarzo en un pequeño centro del ingenio italiano. Pero él, con una voz lejana, transformada, moviendo apenas sus manos transparentes, aludió al eco de las orgías del castillo que había alcanzado hasta Roma. Me sorprendió que hablara así, tan luego él que había sido famoso por su frivolidad y por su mundana indulgencia, porque las presuntas orgías a la postre no habían sido tales, y, si bien para serenarlo le declaré que nada extraordinario había acontecido en mis tierras —lo cual, desde el punto de vista del criterio general de entonces, era cierto—, pensé, al notar su melancolía, que la proximidad de su tránsito y de la definitiva rendición de cuentas lo tornaba postrimeramente puntilloso. Sorteando los escollos que ese tema era capaz de suscitar lo cambié y volví sobre el asunto de las cartas del alquimista Dastyn al cardenal Napoleón Orsini, ilusionándome con la idea de que la perspicacia que debía a una consunción que había devorado su cuerpo y sólo dejaba viva, trémula, quemante, la llama de la conciencia, pudiera auxiliarlo a recordar lo que antes escapara a su memoria indecisa, pero mi abuelo repitió que nada sabía de esos documentos.

—La inmortalidad, Vicino, pobre Vicino —susurró con un hilo de voz—, es la sucesión en el tiempo. Somos eslabones de una cadena inmensa. Cuando tengas un hijo, serás inmortal.

—Julia aguarda un hijo —le respondí impetuosamente, y el orgullo que me causó esa mentira me hizo ver algo que no había notado aún: cuánto deseaba

asegurarle a Bomarzo un heredero, porque lo otro, la promesa de que yo sería su dueño infinitamente, se diluía, por monstruoso, con su espléndida tentación, en la niebla de una inseguridad que cubría la penuria de todas mis inseguridades. Lo dije sin meditar en las consecuencias de mis palabras, convenciéndome de que las había pronunciado piadosamente, luego que se me escaparon, para procurarle una paz utópica al anciano moribundo que no verificaría el embuste; pero lo dije también para aliviarme artificialmente de la sofocación con que la incertidumbre me ahogaba.

Franciotto Orsini me atrajo y olí de cerca el olor de la muerte. Me besó y me eché a llorar. Jamás me besaba, ni siquiera de niño, cuando sus tres nietos acudíamos a recibirlo en el patio de Bomarzo, tironeándole los pliegues púrpuras.

—Te bendigo, duque —añadió—, y bendigo al que te sucederá y a los que lo sucederán a él. Los Orsini no mueren. No morirán hasta que el Señor lo decida. Yo moriré, tú morirás a tu turno, pero no morirán los Orsini. Y eso es lo que importa. La inmortalidad es... es... la voluntad de Dios...

Levanté los ojos hacia el tapiz cuyos hilos multicolores dibujaban nuestras armas. Acaso el cardenal estuviera en lo cierto y el secreto no se escondiera en la fórmula mágica de un sabio sino en el diseño hermético de la rosa, la sierpe y los osos. Pero en seguida rechacé la idea. La obsesión que desde la adolescencia me mantenía tenso como un arco que apuntaba hacia el futuro eterno, y que me alimentaba con su maravilla, se rebelaba contra esa solución lógica, familiar, común a la mayoría de los hombres.

Mis primos solían entrar en la cámara, mientras hablábamos, y mantenerse a distancia respetuosa. Se los adivinaba más que se los descubría, en la penumbra donde refulgían los grandes relicarios. Espiaban inútilmente un gesto del cardenal, algo que indicara que se había acordado de ellos. Nos miraban, hermosos, bronceados, como aves de presa.

Cuando Maerbale llegó de Venecia, Franciotto Orsini se desbarrancaba ya, delirante, hacia la noche definitiva. En los jirones de sus balbuceos alentaba todavía su rencor contra los Colonna, que había dominado tal vez en la superficie de las horas clarividentes que lo congraciaron con el Hacedor, pero que su subconsciencia liberaba ahora y arrojaba hacia afuera, como venenos escondidos y tenaces. Él, que había sido casado con una Colonna —con esa abuela Colonna a la cual creo haber mencionado al comienzo de estas memorias y que he descartado a propósito al escribirlas, como si con ello lograra suprimirla de la lucha de mi sangre—, juraba que todas sus desgracias emanaban de la saña de la estirpe enemiga. De repente el desvarío cambiaba de rumbo y, llamada por su voz exhausta, una visión dinámica colmaba el aposento. Bastaba que murmurase los nombres de los perros elásticos del primer papa Médicis, que yo conocía tan bien —Lacone, Nebrofare, Icnobate, Argo— para que el estrépito de las cacerías remotas resonara sobre el murmullo de los rosarios que los monjes rezaban sin parar, y para que la cámara se estremeciese como si un viento febril sacudiera los cortinajes escarlatas. Los ojos de mi abuelo ardían, enormes, en la profundidad de las almohadas que mojaba el sudor, y la escena piadosa que tenía por centro a un anciano que había recibido la extremaunción y que pronto se encararía con el supremo juez, adquiriría extraños toques paganos, una macabra alegría, por el fuego vital que chisporroteaba en el lecho y que creaba la ficción de una luz que encendía, entre las colgaduras, las negras siluetas del duque jorobado, del condottiero Maerbale, de los otros nietos indistintos, Francisco, Arrigo, León, y de los parientes despechados que no se resignaban a su desventura financiera,

Orso, Mateo, Segismundo. Yo, entre tanto, cavilaba sobre mi destino. Pensaba en Julia, a quien ansiaba y temía rever y que, con el alejamiento sosegador, se desperfilaba, hasta que su imagen se confundía con otras imágenes vagas, la de Adriana, la de Abul... La suponía dando agua a las rosas del jardín de Bomarzo, conversando con los campesinos; la soñaba abrazándome en nuestra habitación nupcial, entregándose por fin, como si se deshelara, acogiéndome en su intimidad excluyente. Y mis ojos iban, disimulados, hacia la estática figura de Maerbale, como si recelase que mi hermano pudiera avizorar lo que pasaba por mi interior.

Una tarde, el papa Clemente VII anunció su visita. Lo aguardamos de hinojos a la puerta del palacio. Vino con él el cardenal Alejandro Farnese quien, mientras subíamos a la cámara de mi abuelo, algo comentó, chanceándose, acerca del próximo heredero que su sobrina otorgaría a los Orsini. Su Santidad, al escucharlo, se detuvo sonriendo y me rozó la frente con el guante. Me mordí los labios y besé aquel guante de fragancia intensa. Luego seguí, con un candelabro en la diestra, a los mantos pesados cuyas colas remontaban la escalinata, ondulando peldaño a peldaño, como boas, lentamente.

Franciotto Orsini no reconoció a su huésped ilustre. No vio los anchos ojos tristes del papa, fijos sobre él. Murió esa noche y, al entregar su alma, se incorporó un segundo, dilatáronsele las visionarias pupilas y agitó los brazos en brusco aleteo.

—¡El halcón! —gritó—, ¡el halcón...!

La muerte del cardenal me suministró un pretexto más que suficiente para no retornar a Bomarzo en mucho tiempo. Las complicaciones que derivaban de una sucesión plagada de deudas, que tal vez contribuiría a aligerar el arca del pontífice, si se lograba obtener, con intervención del cardenal Farnese, su imprescindible ayuda —nada fácil de alcanzar, cuando se recuerda la parsimonia del Santo Padre—, exigían mi permanencia en los alrededores del Vaticano. Me tocó, en la distribución de los bienes, el palacio de San Giacomo degl'Incurabili, con cuanto encerraba de precioso, mientras que el castillo de Celleno, en la diócesis de Montefiascone, y el feudo ancestral de Monterotondo, pasaron a la otra rama. En realidad yo había sido el menos beneficiado de los legatarios, pero no quise pleitear y, puesto que las hipotecas devoraban al edificio como taladros ocultos en su estructura, me dediqué a salvar de los acreedores los muebles, cuadros y objetos que contenía. Eso me mantuvo muy ocupado al principio. Maerbale había regresado a Venecia, donde lo reclamaba Valerio Orsini, y, con la colaboración de Juan Bautista, de Silvio de Narni, a quien ordené que fuera a Roma, y de mis primos, cuyas protestas acallé con algunos regalos, dirigí el embalaje completo. Los lienzos alegóricos, las santas pinturas, los jarros de metales finos, los tapices, los mármoles, los vasos de ágata, partieron en sucesivas caravanas hacia Bomarzo. Estuve en el castillo en dos ocasiones, para aguardar la llegada de los carros, y vi a Julia fugazmente. Ni siquiera compartí su aposento, el del demonio de cerámica. En cuanto pude, volví a Roma. Bomarzo no representaba ya para mí el refugio maravilloso que me atraía desde mi infancia y que me confería, dentro de sus límites, la ilusión de la tranquilidad. Aunque seguía preocupándome por su adorno, y en ese sentido el aporte de mi abuelo fue espléndido, sentía ahora la necesidad de huir de allí porque Bomarzo y Julia comenzaban a ser inseparables.

La duquesa, entre tanto, había ganado el cariño, la devoción de mi gente, la cual murmuraba con razón (me lo dijo Silvio) acerca del incomprendible

abandono en que yo dejaba a mi joven esposa. Julia poseía el don innato de captar voluntades, de imponer con su sola presencia, como si, a medida que maduraba —y lo hacía velozmente— brotaran en ella los rasgos típicos de los Farnese, que sabían mandar sin dar órdenes. Quizás porque en nosotros, los Orsini, la costumbre del mando era mucho más antigua, tan antigua en realidad como los orígenes fabulosos de nuestro linaje, y tenía un fundamento guerrero, disciplinario, los Orsini mandábamos resueltamente, bruscamente, seguros de ser obedecidos como jefes, mientras que los Farnese, que habían llegado al poder hartos más tarde, gracias a diversas combinaciones políticas, y que todavía no habían alcanzado la omnipotencia que les infundió el pontificado de Pablo III, seguían conservando en sus vínculos con el pueblo un compromiso, fruto de su reciente promoción a la órbita dominante, que, inconscientemente, incidía sobre sus actitudes y los hacía parecer blandos, compasivos y hasta liberales. Esto, que se aplica a la tribu Farnese en general, no quita que algunos de ellos —como el feroz Pier Luigi— extremaran las notas del tiránico rigor, pero aun cuando procedían así lo hacían por imitarnos, y nadie ignora que la caricatura exagera las expresiones del modelo. Julia obraba con sutil equilibrio, como hija de su padre bonachón y de su madre señorial, y era lógico que la adorasen tan pronto. Me pregunto qué hubiera ocurrido si alguien hubiera osado contrariar sus deseos. Naturalmente hubiera estallado y su ira hubiera sido peor que la de mi abuela, porque, por la misma circunstancia de ser más nuevos y, en consecuencia, más vacilantes, los Farnese no podían tolerar que se los desobedeciese y que, cuestionando privilegios últimos, se retrotrajeran las cosas a la época no muy lejana en que no era indispensable obedecerlos. Pero eso no sucedió. Nadie la desobedeció en Bomarzo. Al contrario. Detrás de ella, de su gracia, de su aire de pedir y de no ordenar jamás, estábamos los Orsini, como un fondo inflexible, amurallado, de gigantescas armaduras. Podía darse el lujo de ser, simultáneamente, una Farnese y una Orsini, de ser a un tiempo impotente y frágil, y eso le confería, entre mis vasallos, un encanto ambiguo y original. Yo hubiera debido odiarla, aunque más no fuera por su rápida conquista de los míos, de lo más mío, y sin embargo no la odié. Experimentaba, frente a ella, la desazón de la culpa, y por una vez no funcionó el viejo mecanismo de los débiles que me permitía descargar sobre los otros el peso de mis pecados. De modo que, luego de explicarles a ella, a mi abuela y a mi intendente las graves razones que me obligaban a quedar en Roma —y que esperé que difundieran entre mis vasallos, pues, a pesar de la distancia que mediaba entre ellos y yo, me remordía la inquietud de perder el afecto que suponía haber despertado en las aldeas de mi propiedad... pese al despotismo del *homagio mulierum*—, escapé al palacio de San Giacomo degl'Incurabili y me enclaustré en sus salas vacías.

Dejé correr las semanas. Mis primos y mis pajes acudían de tanto en tanto al reducto, con noticias que poblaban de fantasmas mi agitada soledad.

En Florencia, el detestable duque Alejandro daba rienda floja a su libidinoso frenesí. La medida de los primeros días había sido suplantada por un enardecimiento que cebaba sus caprichos sin distinción de clases. Las damas de las familias nobles y las monjas conocieron sus galanteos imperiosos, su ciega violencia. La ciudad que durante el asedio había acumulado pruebas tan altas de su honor, se rebajaba ahora al nivel de su jefe, del bastardo. Noche a noche se prolongaban las fiestas, a las que el duque concurría enmascarado —a veces lo hacía vestido de mujer, de religiosa—, con esos muchachos de la aristocracia a quienes yo había tratado de niños, los Strozzi, Francesco de Pazzi, Giuliano

Salviati, Pandolfo Pucci y la violación y las riñas a cuchilladas quedaban impunes. En breve se les reunió Lorenzino de Médicis, mi querido Lorenzaccio, el que tan gentil fue conmigo cuando la muerte de Adriana dalla Roza, y que resultó el peor de la banda. Pero antes de partir de Roma, el pequeño favorito del papa Clemente indignó a la opinión descabezando, con insolente demencia, varias estatuas del arco de Constantino. Felipe Strozzi, viudo de mi admirada Clarice de Médicis, que pertenecía a una generación mayor que la de los revoltosos —entre los cuales se hallaban varios de sus hijos—, en lugar de ofrecerles el ejemplo de dignidad al cual lo obligaba su posición descollante en la República, rivalizaba con ellos en extravagancia.

Como premio de sus desmanes, el duque Alejandro recibió por esposa a Margarita de Austria, hija natural de Carlos Quinto, con lo cual aumentó el prestigio de la casa del pontífice. La gloria de las alianzas mediceas creció más todavía cuando el rey Francisco I concretó la boda de Catalina de Médicis con su segundogénito, el duque de Orleáns. Hube de integrar la comitiva que escoltó al papa, en las naves de Andrea Doria, hasta Marsella, donde se bendijeron los esponsales, pero a último momento inventé un pretexto y no salí de Roma, porque detestaba la idea de que Julia me acompañase, como exigía el protocolo, y de que sus astutos parientes barruntasen algo de lo que entre nosotros sucedía. A su regreso, el cardenal Hipólito, a quien Francisco I le regaló un cachorro de león que había sido del corsario Barbarroja, me contó el lujo de las ceremonias y la liberalidad del Padre Santo —que cuando se trataba de los intereses de su familia aflojaba los cordones de su bolsa con calculada eficacia—, y me dijo también que en el viaje que tuvieron que realizar para embarcarse en Pisa, efectuaron un largo rodeo, evitando a Florencia, como cuando la coronación de Carlos Quinto en Bolonia, pues desde la época del asedio en que la ciudad había penado tanto por su cruel obstinación, Clemente VII eludía la cólera y quizás la venganza de sus compatriotas florentinos. Mientras me hablaba así, sin añadir comentarios, el cardenal me miraba fijamente. Harto enterado estaba yo de sus sentimientos, del despecho con que se había visto relegado en favor de Alejandro, cuando Florencia recayó en poder de los Médicis. Lo que no pude discutir con él, porque a pesar del encono que lo separaba del papa y del duque seguía siendo un miembro principal de esa estirpe y como tal se enardecía su susceptibilidad cuando se intentaba cuestionar el vertiginoso adelanto de los Médicis, fue la irritación de toda Europa ante la desproporción de un matrimonio que unía a los reyes de Francia con los descendientes de los banqueros del Arno. El casamiento de Alejandro con Margarita de Austria se toleraba porque, al fin y al cabo, ambos contrayentes eran ilegítimos —el uno acaso hijo del pontífice; la otra, segura hija del César— y su acción se proyectaría sobre un reducido estado de Italia, pero este enlace que podía conducir a una Médicis (como sucedió) al trono de los reyes cristianísimos, era algo que desquiciaba los justos cálculos de probabilidades de los snobs; que enfurecía a los soberanos raquíuticos y avariciosos, suspirantes por una corona para esas princesas cuya alcurnia las obligaba a morir de tedio en abadías heladas; y que inquietaba a los observadores del avance de una casa nueva, encendida de ambición.

Recluido en el palacio de San Giacomo, me entregue febrilmente a la lectura. Los clásicos latinos —y sobre todo ese Lucrecio que tanto amaba y el dulce Catulo— sumaron las imágenes del pasado esplendor a las que surgían de las narraciones de mis visitantes. Messer Pandolfo, la pluma de ganso en la mano, lagrimeantes los rojos ojuelos, cooperaba con sus limitadas luces a iluminar mi

camino. ¡Cómo me hubiera gustado tener junto a mí a Pierio Valeriano o a Messer Palingenio, su amigo, el que conversaba con los demonios en la via Flaminia! Pero, por más que me esforzaba por abstraerme, las ansias esenciales que me carcomían —la de mi cuerpo deforme; la de mis anormales relaciones con Julia; la de mi incapacidad para demostrar que era digno de una herencia genealógica agobiante; la de mi afán consecuente por afirmar mi personalidad con algún triunfo hazañoso que me exaltara frente a mis pares; la del misterio que reverberaba en mi futuro con relámpagos de prodigio— me apartaban de los textos y me sumían en cavilaciones angustiadas. Terciaba el *lucco* sobre el hombro, como una toga de la edad de oro, y andaba, hablando en alta voz, por las galerías. Así me sorprendieron mis pajes y mis primos, algunas tardes.

En verdad, en aquel lapso, mi razón vaciló y no sé cómo no la perdí por completo. Posiblemente me salvó el recuerdo de Paracelso y de los manuscritos nigrománticos. Salí de mi voluntaria cárcel y me consagré a recorrer uno a uno, en pos de las esquivas cartas de Dastyn, los palacios y los dominios de mis parientes, inquiriendo sin descanso por los documentos perdidos. Primero visité las casas de Roma y luego ambulé por la campiña, de Nápoles a la Toscana, y los señores Orsini que me acogían con asombrada cortesía y me invitaban a participar de enormes festines, o me interrogaban a su turno sobre la calidad, no siempre buena, de las obras de arte que habían comprado, creían discernir en mi maniático desasosiego un síntoma más de la singularidad de mi carácter, ofuscado por el estudio de la prosapia orsiniana —materia en la que todos otorgaban a mi abuela un conocimiento supremo— y por el antojo de las antigüedades que me entusiasmaba desde la niñez. La fama de esa rareza cundió de estado en estado y de duque en duque, conducida por mensajeros que iban de una corte a la otra, portadores de la abultada correspondencia intrigante que constituía el único alivio de un aislamiento que en muchos parajes seguía siendo casi feudal. Pero de las cartas del alquimista, no obstante que examiné infinitos pergaminos borrosos de humedad, nada encontré, sino confusas referencias de labios de los ancianos, algunas de las cuales ni siquiera coincidían con la estricta información de Paracelso.

Pronto tuve que abandonar mi vagabunda tarea de investigador. El pirata Khair-Eddin Barbarroja, aquel a quien el Turco nombró comandante en jefe de sus fuerzas navales, desembarcó sorpresivamente en Sperlonga y de allí, por la via Appia, llegó hasta Fondi, castillo de los Colonna donde vivía ocupada de análisis teológicos la hermosísima Julia Gonzaga que asistió a mi boda en Bomarzo, viuda de ese contrahecho Vespasiano Colonna que inspiró a la bella la divisa del amaranto y la inscripción *Non moritura*. El extraño lance tuvo para mí derivaciones trascendentales.

Este cuento de piratería y de amor hubiera excitado la imaginación del Ariosto y le hubiera inspirado numerosas estrofas memorables, si no mediara la circunstancia fundamental de que, cuando se produjo, hacía un año que Ariosto dormía eternamente. Pero, aunque él no haya podido narrarlo y cantarlo, todo el episodio tenía un aire ariostesco, tan entremezclados están en él la realidad y la fantasía poética. Acaso para compensar la insistencia con que a la sazón la realidad quitaba color a la fantasía (porque el mundo se volvía cada vez más *moderno*) y acaso porque el materialismo de los móviles de muchos comerciantes disfrazados de príncipes y de guerreros destruía las líricas quimeras que habíamos heredado de nuestros antecesores medievales, dejándonos de ellas sólo

las cáscaras vacías, de repente se suscitaba un hecho así, hermoso y solitario, que exaltaba a nuestra época y la proyectaba en el tiempo hacia los áureos siglos de la auténtica caballería cuya nostalgia iluminó a Ariosto. Y lo mismo que el *Orlando* es un adiós nostálgico a la edad en que la realidad y la fantasía eran inseparables porque formaban una esencia única, sucesos minúsculos y maravillosos como el que motiva estas reflexiones, al desarrollarse repentinamente y encender de mágica claridad reverberante la atmósfera cotidiana del mercado prosaico del mundo, simbolizaban también, con sus últimos brotes esporádicos, la despedida desconcertada de una época en la que lo real y lo fantástico empezaban a clasificarse en distintos ficheros para siempre, a una época en que la generosa ilusión hizo flamear los estandartes poéticos.

Barbarroja era griego, hijo de un alfarero de Mitilene. Con su hermano Horuc, armó una flota de doce galeras y desde muchacho se entregó al corso. El rey de Argel, que valoraba el denuedo de ambos y el refinamiento técnico con que ejecutaban las torturas más atroces, los tomó a su servicio. Horuc fue el primero de estos Barbarrojas. Dejó a su hermano Khair-Eddin a cargo de las naves piratescas, y fondeó en Argel, al viento de las barbasas a las cuales debía su apelativo. En seguida traicionó al monarca aliado, a quien asesinó. Luego fue vencido y muerto a su vez por el gobernador español de Orán. Khair-Eddin se acordó entonces de que sus barbas no eran menos bermejas e imponentes que las de su hermano y, con el título de rey de Túnez, asumió el apodo que hacía temblar a los almirantes. Solimán comprendió las ventajas que podía obtener de su pericia y, más hábil que el mandatario argelino que pagó con la vida su ingenuidad, lo mantuvo lejos y lo nombró jefe de sus escuadras. El desembarco de Khair-Eddin en Sperlonga es algo cuya razón los historiadores discuten todavía. Hasta se ha dicho que lo que se propuso fue raptar a la mujer más hermosa de Italia para que el sultán añadiera a su serrallo esa perla de incomparable fulgor. Y se ha dicho también —lo ha expresado Jerónimo Borgia en pobres versos latinos— que cuando, al año siguiente, Carlos Quinto reconquistó a Túnez, lo hizo para vengar hidalgamente a Julia Gonzaga del atropello de Barbarroja. Claro que con eso se exagera la caballería... Lo indiscutible es que, chasqueando a sus enemigos, el rey pirata se presentó en la península, camino de Roma, con dos mil secuaces. Pillaron aldeas; secuestraron a las jóvenes esposas y a las muchachas. Así llegaron a la fortaleza de Fondi —sobre la via Appia, a igual distancia de Nápoles y de Roma—, por ásperos atajos que las zarzas entorpecían. El horror de las noticias estremeció a las cortes italianas. Los señores y las señoras de la casa de Gonzaga y de la casa de Colonna, que reflejaban su gloria en la virtud de Julia, como en un espejo resplandeciente, se enteraron de que, mientras los invasores derribaban las puertas del castillo, la castellana, semidesnuda, había conseguido huir a caballo hacia los montes. Barbarroja la persiguió, llameando en la noche el fuego de sus barras candentes y de sus alfanjes, pero Julia eludió la cacería. Creyó el musulmán que la dama se había refugiado en un convento de benedictinas, cerca de las torres de Fondi, y entró en él, galopando por los claustros, violando y degollando monjas.

Entre tanto, en la ciudad santa, los cardenales temerosos repetían alrededor del papa los informes tremendos. Uno de ellos, Pirro Gonzaga, era hermano de Julia. Hipólito de Médicis no se retuvo. Por fin se le ofrecía la ocasión de probarle a Julia que su amor consistía en algo más que en un juego cortesano de palabras melódicas. El que había firmado con el seudónimo de *El Caballero*

Errante la traducción de la *Eneida* que dedicó a su bienamada, correría a rescatarla, como un caballero de los grandes siglos. Tenía veinticinco años y la sangre le ardía en las venas. Rugía como el cachorro de león que había pertenecido a ese mismo Barbarroja y que le había regalado el rey de Francia. Ya antes, cuando sospechó que su primo Alejandro sería elegido duque de Florencia, había desmontado súbitamente en la ciudad, dejando estupefactos a los notables, y había tratado de imponer su candidatura, sin más fuerza que la de su intrepidez moza, contra la voluntad del pontífice. Y después, en Hungría, en momentos en que las tropas mercenarias se sublevaron por la falta de paga y porque las obligaban a comer pan negro, y resolvieron regresar a Italia, el cardenal, ofendido pues no le habían otorgado el grado de general de los ejércitos, que creía merecer, se despojó de la púrpura, revistió una coraza y se colocó delante de todos, como si fuera el jefe. Esto hizo sospechar al emperador que, de vuelta en la península, si el papa le procuraba el dinero necesario Hipólito sería muy capaz de acaudillar a las tropas amotinadas y de provocar algún desorden, de modo que mandó que lo arrestasen, pese a su jerarquía eclesiástica, y lo tuvo cinco días encarcelado, hasta que Carlos Quinto recapacitó y, recuperada la libertad, el cardenal se apartó hacia Venecia, donde lo alojó la meretriz Zafetta y yo lo vi en el Gran Canal la noche del incendio del palacio Cornaro. Ahora se le brindaba de nuevo la oportunidad de mostrar su temple. Él estaba forjado para la guerra y para el amor, no para la meditación religiosa. Mientras fue mi huésped en Bomarzo, no se apartó de Julia. Caminaban lentamente por el jardín, entre los laureles, hablando del corazón y del alma. Habían pasado el tiempo en devaneos, en artificios retóricos, destilando la rebuscada alquimia de los conceptos, él, estremecido de pasión, ella, helada de literatura, pero a la postre la demencia de un bárbaro, avanzando violentamente sobre puertas arrancadas y trizados cristales, despertaba de su sueño musical al joven príncipe. Su ídolo había sido vejado por el terrible Barbarroja. La virgen viuda de Vespasiano Colonna había huido como una gacela de las zarpas del tigre hambriento. ¿Cómo no acudir en seguida, reventando los palafrenes, cuando quema la sangre, cuando se escuchan en la decorativa quietud del palacio romano los gritos de la hermosa que escapa por bosques tétricos como una ninfa pintada por Sebastiano del Piombo a la que acosan los sátiros que disimulan los cuernos bajo turbantes y aceradas medias lunas? ¿Cómo no volar, como un paladín del Ariosto, como un Caballero Errante del Ariosto, con los amigos, con los adictos, con los escuderos, con aquella banda fabulosa de servidores africanos que lo seguía doquier, a salvar a la Dama del Amaranto? Partió, en una tempestad de espadas, de armaduras, de testas renegridas, de pieles de leopardo, y en su séquito multicolor, cuyas capas crujían y luchaban con el viento como velámenes, iba Maerbale, a quien, de paso por Roma hacia el sur, a donde lo enviaba Valerio Orsini, sorprendió la noticia del ataque de Fondi.

¡Ay, yo debí partir también! ¡También yo debí integrar la hueste libertadora! Pero, ¿cómo iba a ir yo con ellos, si la giba me pesaba como si fuera de hierro y si antes de tomar una decisión acariciaba largamente su pro y su contra, revolviendo entre mis dedos las probabilidades lo mismo que una piedra de muchas facetas distintas? Me quedé, tascando el freno, con Lucrecio, con Catulo, con Messer Pandolfo, con los viejos angustiados que comentaban el peligro que se cernía sobre nuestra pobre patria.

Las consecuencias de aquella expedición fueron, para mí y para Julia Farnese —no me equivoco: Julia Farnese, digo bien, y no Julia Gonzaga—, infinitamente

más graves que cuanto imaginé cuando la cabalgata se arrancó hacia el feudo de los Colonna. ¡Siempre los Colonna, los execrables Colonna! Más tarde, los historiadores han pretendido que la empresa de Hipólito no tuvo lugar y hasta que el episodio entero de las violencias de Barbarroja en Fondi fue inventado por poetas febriles y eglógicos, por Filonico Alicarnaseo, por Muzio Giustinopolitano, por Marino, pero demasiado sé yo que la anécdota ariostesca fue tan real como ese castillo de Fondi al que conocí, en la época en que viajaba buscando las cartas de Dastyn a Napoleón Orsini, y en el cual se detenían cuantos príncipes y hombres de armas o de letras iban de Roma a Nápoles, para ver a la que se conceptuaba la mujer más hermosa de Italia, entre sus cedros, sus mirtos y sus naranjos. Todo sucedió así, exactamente. El cardenal Hipólito halló a Julia Gonzaga en una espesura, camino de los montes Ausonios, donde se ocultaba como la Genoveva de Brabante de las oleografías. Los turcos desaparecieron, llevando a las grupas de sus caballos las doncellas desvanecidas, los cofres con tesoros. Hipólito de Médicis liberó a Julia y le devolvió su castillo, pero ni con eso logró despertar el amor de la inaccesible. Julia Gonzaga era una escultura, era un retrato de Sebastiano del Piombo, era una medalla de Alfonso Lombardi. Nada, ningún arrojó, ningún sacrificio podía entibiar su hielo. Y el cardenal se consoló cantando a la cabellera de Tulia de Aragón, la cortesana, como la cantaba Felipe Strozzi. Pero mi hermano tuvo más suerte que él... o más desgracia. En Fondi, cuando, pasado el riesgo, la señora retuvo a sus campeones con improvisadas fiestas y coloquios, Maerbale se enamoró de Cecilia Colonna. Y ese enamoramiento influyó como todo lo que de Maerbale procedía, sobre mi destino. Pero nada lo influyó tanto.

Supe de la pasión de mi hermano por una carta de mi abuela. Maerbale le comunicaba su propósito de casarse con Cecilia y, por fórmula, puesto que fuese cual fuese nuestra decisión hubiera hecho lo que se le antojaba, solicitaba nuestra autorización para los esponsales. Hubiera debido escribirme directamente, pero prefirió ese rodeo. Me evitaba; me evitaba siempre.

Diana Orsini me señalaba que Cecilia era huérfana de Sciarra Colonna, hijo natural, éste, del gran Fabrizio, y como tal medio hermano de la eximia Victoria Colonna la poetisa, la marquesa de Pescara. Para cualquiera que no fuésemos nosotros, la alianza se presentaba con brillo tentador. Mi abuela, que presentía mis reparos, se me adelantó recordándome la Pax Romana que había sido firmada entre los Colonna y Orsini, cuando nací; aludiendo a mi otra abuela, mi abuela Colonna; e insinuando las ventajas que, para alcanzar alguna vez un acuerdo auténtico entre ambas facciones dinásticas, derivarían de esa unión, que se agregaría a otras similares y no constituía ninguna extravagancia por cierto, ya que, dada nuestra señera posición, difícilmente podíamos hallar esposa los Orsini fuera de la sombra del enorme árbol que cobijaba con su ramaje a la enemiga estirpe. Pero yo estallé, ciego y sordo. La verdad es que mucho más que los motivos genealógicos, que con todo tenía en cuenta, me atormentaba la idea de que Maerbale se casase tan pronto y con ello escapara definitivamente de mi dominio. También me desesperó —y ésa fue la causa principal de mi angustia— la inquietud de que, mientras mi matrimonio permanecería sin sucesión, Maerbale tuviera en breve un hijo, un presunto heredero de Bomarzo. Sobre su capacidad para engendrarlo, abundaban las pruebas. Todavía adolescente había sido padre de ese Fulvio Orsini a quien se negó a reconocer y que se educaba, solitario, oscuro, devorando libros con precoz empeño, en nuestro palacio de Roma.

Por descontado que mi respuesta a Diana Orsini no dejó traslucir mis desazones ocultas. Declaré que si Maerbale quería casarse con la hija de Sciarra Colonna, que lo hiciese, pero que no aguardaran mi presencia en los desposorios. Y en seguida desenrollé el largo capítulo de los cargos que acumulábamos contra esa rama particular de la casa y que mi abuela conocía mejor que yo. El padre de Cecilia había luchado contra nosotros, junto a su pariente el cardenal Pompeyo, durante el saqueo de San Pedro y el Vaticano que obligó al papa a excomulgar a cuantos ostentasen el odiado nombre de los antiguos jefes gibelinos. Luego había auxiliado al condestable de Borbón en el asalto de Roma. Cuando murió el marido de Julia, Vespasiano Colonna, Clemente VII pensó que había llegado la ocasión de que una parte de sus feudos saliera de manos de la familia a la cual detestaba tanto como nosotros. Entonces el futuro suegro de Maerbale levantó banderas y se fue a defender a los suyos y quiso apoderarse del castillo de Paliano, famoso bastión de los Colonna. El papa le replicó enviando a uno de los nuestros, el cruel Napoleón Orsini, abad de Farfa, despiadado como un verdugo —el que vivía encerrado en una torre con su barragana y sus hijos naturales—, quien lo derroto y lo puso en fuga y mató a Rodomonte Gonzaga (¡que nombre para el Ariosto!), hermano de Julia y marido de su hijastra. Los Orsini y los Colonna estábamos entrelazados por los hierros de nuestras lanzas rivales y bañados por sangre que no distinguíamos a cuál de las dos estirpes pertenecía. Había de por medio demasiadas muertes. Era posible que yo invitara a mis bodas, entre la multitud de los concurrentes, a personalidades tan hostiles, tan opuestas entre sí como el abad de Farfa y la viuda de Vespasiano Colonna; era posible que estuvieran presentes en ellas el cardenal Pompeyo Colonna y el cardenal Franciotto Orsini —y en verdad había tantos motivos de odio entre las grandes familias italianas que si unos rehusaban concurrir a un casamiento porque los otros iban, hubiera sido imposible contar en las ceremonias con un número más o menos lucido de gente, porque cada uno podía aducir crímenes e injurias que justificarían su ausencia, y en muchos casos no se hubiera conseguido más público que los contrayentes y el sacerdote—, pero de ahí a que mi hermano casara con la hija de Sciarra Colonna mediaba una distancia seria. No lo entendió así Diana Orsini. Quizá la alta ancianidad la ablandase o la tornara más dúctil y más indulgente, al mostrarle lo vano, lo efímero de los enconos. Según ella, los Colonna aprobaban unánimemente la unión. Yo, para no quedar a la zaga, para que no se firmaran los contratos sin que yo los autorizase, tuve que aprobarla también. Maerbale, el rebelde, se unió por santos lazos a Cecilia Colonna, en el castillo de Fondi, y yo me atrincheré en mis trece y no presidí a los testigos del ritual, como hubiera debido. En cambio mandé a Orso, Mateo y Segismundo a que me representaran. Eran los mismos que presuntamente atentaron contra la vida del novio, en Venecia, cuando sospeché de las equívocas intenciones de Maerbale contra mi mujer, y eso confería a la embajada cierta ironía secreta muy de mi gusto. Los tres primos habían olvidado quizás aquel delito que no llegó a consumarse. Demostraban, en lo que respecta a asuntos de esa índole, una cómoda despreocupación. Los vestí como a tres próceres y los rodeé de criados, para que cumplieran su misión con la pompa que convenía al duque de Bomarzo. Partieron, henchidos de vanidad. Recuerdo el traje de raso amarillo de Segismundo, con el cuello y los puños de martas. Y aunque mi memoria era sólida y nunca se habían aclarado las inopinadas tentativas de homicidio de las cuales yo había sido objeto, a mi turno, y que probablemente fueron planeadas por Maerbale, pensé que acaso, si era cierto que Maerbale estaba tan enamorado

de Cecilia, aquel matrimonio desvanecería sus ambiguas pretensiones frente a mi duquesa, siempre que hubieran existido alguna vez, y en consecuencia me ingenié para hallarle un lado ventajoso a una boda que me exasperaba. Que el lector actual no se asombre. En aquel tiempo las cosas sucedían así. Eran complicadas, enzarzadas y violentas. Vivíamos al día. Resultaba engorroso establecer estrictamente, en un momento determinado, con quién y contra quién se estaba. Y los acontecimientos más arbitrarios y más terribles se producían con una naturalidad feroz.

Tampoco regresé entonces a Bomarzo, aunque me reclamaba mi intendente. Insistí en el pretexto de la repartición de los bienes de mi abuelo y de mis investigaciones, para prolongar la estada en Roma.

El agitado ambiente de la capital de Cristo se tornaba cada vez más inquieto. El papa había excomulgado a Enrique VIII de Inglaterra, y Francisco I había firmado una capitulación con Solimán. En Florencia —tan estrechamente unida a Roma por el lazo de los Médicis, a pesar de su odio contra el pontífice— las disensiones políticas se agravaban al mismo tiempo que las tropelías del duque. Más allá de la puerta de Faenza, en un terreno que para ello había sido desbastado, se construía la fortaleza que serviría para convertir a la ciudad en una cárcel. Se colocó la primera piedra en una ceremonia a la cual asistió el duque Alejandro, quien sería, simultáneamente, el amo de esos calabozos y su prisionero principal, porque desde allí gobernaban las tropas pendencieras de Carlos Quinto. También asistió un astrólogo, el maestro Juliano da Prato, quien compuso el horóscopo que las circunstancias exigían. Como era amigo de Silvio de Narni, di permiso a mi secretario, tan interesado por cuanto concierne a las ocultas ciencias, para concurrir a la solemnidad que los florentinos presenciaron con muda rabia, y a su vuelta me refirió que Alejandro dirigía personalmente las obras y las apresuraba sin ahorrar recursos, porque Felipe Strozzi —con cuyo dinero, paradójicamente, se realizó parte del trabajo— había roto su amistad con el duque, a raíz del atropello del cual fue objeto su hija Luisa y del asesinato de un Salviati por la facción strozziana, y, acompañado por sus temibles hijos, por el prior de Capua, por Piero, se había establecido en Venecia. De allí llegaron noticias, a la capital toscana, de que Strozzi e Hipólito de Médicis conspiraban contra el duque, con los exiliados cuyo número crecía constantemente.

En setiembre de 1534 murió Clemente VII. Era un hombre lento y astuto. Sabía disimular como pocos. Adoraba la música —y en esa materia se destacaba como un experto— y aprovechaba la armonía de los instrumentos, que oía con los ojos entrecerrados, juntas las manos como si orase, para madurar sus planes despaciosos. Un monje ligur, a su retorno de Francia de donde el papa vino muy enfermo, luego de haber coronado uno de sus anhelos más codiciosos al casar a Catalina con el que sería Enrique II, le predijo que fallecería ese año, y como Clemente creía —no se equivocó— en su clarividencia vaticinadora, el propio papa se ocupó, con los escrúpulos que consagraba a todo lo relativo a la liturgia, de hacer preparar los ornamentos especiales con los cuales se reviste al pontífice durante el velatorio. Su tránsito fue recibido con alegría por romanos y florentinos. El duque Alejandro debió inundar las calles de Florencia con sus soldados, para sosegarla. El júbilo se multiplicó en Roma, un mes más tarde, cuando el cónclave proclamó la elección de Alejandro Farnese, que asumió el título de Pablo III. Hacía más de un siglo que no teníamos un papa romano, desde Martín V Colonna, y el entusiasmo patriota desbordó, incontenible. Los Colonna

se encargaron de recordar, por supuesto, el antecedente del pontífice de su linaje, pero aquella fue la hora de los Farnese. Lo curioso es que el campeón del victorioso sucesor de Pedro, en los arduos días de la votación, el que convenció al Sacro Colegio de que debía designarlo, fue Hipólito de Médicis, y que no bien Farnese ciñó la tiara, tanto el nuevo pontífice como los cardenales por él creados se convirtieron en los implacables enemigos de Hipólito. Veían en él, que se había llevado tan mal con Clemente VII y que había sido desheredado por su tío del ducado de Florencia, la sombra del papa muerto. Y esa sombra, por pálida que fuese, los incomodaba.

Julia Farnese acudió desde Bomarzo a besar el pie del pariente que irradiaba tanta gloria sobre su alcurnia. También lo hizo, a pesar de su vejez y de sus achaques y de que se lo prohibí, mi abuela. No cabía en sí de satisfacción. Le brillaban los ojos clarísimos; le temblaban las manos delicadas, moteadas de manchas amarillas. Pensaba que, con un deudo tan próximo en el Vaticano, se iniciaría para Bomarzo y su gente una época de esplendor. Yo recibí la noticia sin mucho arrebató. Me ufanaba, como príncipe güelfo, la idea de esa alianza con el jefe de la Cristiandad, que compensaba, en cierto modo, lo que mi abuelo Franciotto no había conseguido alcanzar nunca, pero me irritaban también las ínfulas que los Farnese comenzaron a exhibir de inmediato. El peor, naturalmente, fue Pier Luigi. Hijo del papa, calculó tal vez que le tocaría representar, por la influencia que ejercía sobre un padre anciano que lo amaba y lo temía, el papel de un segundo César Borgia. Pronto se advirtió que Pablo III no le negaría nada. Lo absolvió por su intervención en el saqueo de Roma; le encargó la reforma de las milicias de la Iglesia y le otorgó feudos muy ricos, entre otros el de Montalto, antigua propiedad farnesiana que en realidad hubiera debido corresponder a mi suegro. Luego concedió la investidura cardenalicia a quien lo continuaría en el nombre, Alejandro Farnese, hijo de Pier Luigi, que andaba apenas por los catorce años, y a Guido de Santa Flora, de dieciséis, hijo de Constanza Farnese. En el consistorio siguiente, los capelos púrpuras se distribuyeron a derecha y a izquierda: du Bellay, Schönberg, Ghinucci, Simonetta, Caracciolo, Fisher, Contarini... Para nosotros no hubo ni un recuerdo, ni una promesa. Me lo hicieron notar, con gélidas sonrisas, mis primos de Bracciano y de Mugnano y el abad de Farfa, como si yo fuera el responsable. Les respondí que se calmaran, que ya hablaría yo con el Santo Padre en el momento oportuno, pero Hipólito, que se desengañó muy rápido, me dijo encogiéndose de hombros que había que resignarse pues todo sería para los rapaces Farnese. Y así fue. A poco, Alejandro, el cardenal niño, era designado gobernador de Spoleto. Como otros pastores universales, Pablo III soñaba, a los sesenta y ocho años, con afirmar el poderío material de su casa, calculando tal vez que la distribución de la península entre las grandes prosapias católicas, vinculadas por la sangre con los jefes de la Iglesia, contribuiría al afianzamiento de esa necesaria unidad italiana que sería el único muro contra el cual se estrellarían las ambiciones del emperador y de los soberanos extranjeros. Si pensaba así, pensaba bien. Lástima que para ello hubiera que echar mano de individuos tan ruines como Pier Luigi, quienes, al contrario, debilitaban el prestigio de la Santa Sede y, por su avaricia, obraban al revés, traicionando esas altas esperanzas y vendiéndose a los que acechaban allende los Alpes.

El cardenal de Médicis, ofendido y desilusionado, se refugió en sus quimeras y en sus intrigas. Iba a Venecia, a conferenciar con Felipe Strozzi, y a Fondi, a tañer el laúd junto a Julia Gonzaga. Le pedí que me escribiera desde Venecia,

discretamente, alguna información sobre las perspectivas paternas de Maerbale, y me comunicó que todavía no había indicios. Respiré hondo. Mi abuela y mi mujer regresaron a Bomarzo. Las acompañé hasta Civita Castellana, donde me despedí con amplias reverencias. Mi relación con Julia Farnese estaba ahora impregnada de cortesía, de amable prevención. Me pareció elegante dicha actitud, que contrastaba con las de otros príncipes, groseros, desagradables con sus esposas. Creía yo compensar así la ausencia de testimonios más tangibles de mi consideración, con lo cual me equivocaba. En esas oportunidades Julia me miraba con una altivez y una frialdad que sabía graduar sutilmente, de tal modo que sus gestos podían interpretarse como reconvenciones silenciosas, pero también podían tenerse por la expresión de una raza aristocrática que rehuía las libertades en público. Yo evitaba sus ojos, pero su manera de actuar me hacía hervir la sangre, porque a través de nuestros respectivos juegos, ella, la Farnese, resultaba la gran señora distante, y yo, el Orsini, el histrión que extremaba las lisonjas. Pero, por más que reiteradamente me proponía proceder de distinta manera, cuando nos enfrentábamos volvía a doblarme. Entonces, para disimular mi derrota, yo intensificaba las obsequiosas bufonerías que desconcertaban a todos y que más de uno habrá interpretado, lo cual acentuaba mi escondida cólera, como una sumisión del duque de Bomarzo frente a la autoridad creciente de los Farnese. Sólo mi abuela no se sorprendía de tales juegos, porque desde el principio había penetrado hasta la raíz de mi incapacidad morbosa, y se limitaba a menear la cabeza con una sonrisa triste en la que asomaban su invariable indulgencia y su leal ternura.

En parte para defender mi personalidad decaída por el menosprecio velado que fluía de Julia, y en parte también para dar curso a mi propensión sensual, me había enredado yo por ese tiempo en conversaciones sentimentales y otras recreaciones más concretas con mi prima Violante Orsini y con mi cuñado Fabio Farnese, muy dispuestos ambos a cualquier aproximación halagadora. Como aquello no trascendía del círculo doméstico inmediato, le pareció a mi criterio de entonces perfectamente aceptable. Mi prima me allanaba la testificación de una virilidad inmune, y mi hermano político me proveía una victoria sobre el clan en cuyo seno había conocido, junto a la pasiva reserva de Julia, el fracaso humillador que derivaba de la fijación de un traumatismo psicológico imposible de superar. Violante, que había dado escándalo en Bomarzo, después de mi boda, por las locuras que cometió en favor del duque de Urbino y de un alabardero de mi guardia que era aun más hermoso que el duque, divertía la pesadumbre del palacio que yo había heredado del cardenal Franciotto, con sus risas y extravagancias. Llevó a él un oso manso, que la duquesa de Camerino le había regalado a Hipólito de Médicis y que éste le obsequió a su vez y, revistiéndolo tanto ella como yo con la jerarquía de patriarca virtual de nuestra alcurnia, ofrecimos fiestas en honor de ese antepasado común al que coronamos con las rosas ancestrales y delante del cual bailó Fabio Farnese, en el papel de Orfeo, con una lira dorada en la mano, para regocijo de un grupo de huéspedes turbulentos que incluía —pues si no lo hubiésemos invitado lo mismo hubiera acudido— a Pier Luigi.

Esas aberraciones decorativas me distraían de mi amargura. Mi casamiento había naufragado y ya no me quedaban esperanzas de hollar las cartas de Dastyn en las cuales cifraba tercamente tantas ilusiones, como si ellas encerrasen la justificación de mi vida inútil. De tanto en tanto salía de Roma, para intentar

alguna nueva búsqueda vana, o cumplir con las obligaciones imprescindibles que me imponía mi posición.

El triunfo de Carlos Quinto en Túnez, de donde escapó Barbarroja, lo rodeó de una gloria personal envidiable. Ello se vio, por ejemplo, en la acentuación del tono adulatorio de Aretino. Las armas imperiales disfrutaron de grandes días: Andrea Doria y Álvaro de Bazán brillaron como estrellas, y la fama de su compañero el conde de Orgaz hubiera sido inmarcesible de no mediar la paradoja de que, cincuenta años más tarde, al pintar El Greco a un antepasado suyo que ni siquiera era conde aún, oscuro, caritativo y (parecería) objeto de cierto milagro en la ceremonia de su entierro, el esplendor de esa pintura, ubicada en una capilla de la distante Toledo, apagó para siempre en la memoria el recuerdo de este otro y valiente conde de Orgaz. De donde se observa que un pintor puede contribuir a un milagro y puede derrotar en el tiempo a un fiero batallador. En consecuencia pienso ahora que tal vez me haya convenido que mi nombre se desvinculara del retrato de Lorenzo Lotto que se admira en la Academia de Venecia.

Hipólito de Médicis, siempre ansioso de prestigios que le permitieran refulgir ante Julia Gonzaga, quiso aprovechar la coyuntura de participar en una campaña digna del Caballero Errante, y de vengar a la Dama del Amaranto. Partió, pues, plumas al viento, como un héroe del romanticismo. Según se dijo después su salud decaía, ya que en el verano había enfermado de malaria, contraída en los pantanos vecinos de la propiedad de la bella, y eso se complicó con los gajes del morbo de Fracastoro que debía presumiblemente a Zafetta, la meretriz. Pero esta versión poco honrosa se originó en el círculo de sus enemigos, los cortesanos del duque de Florencia. Lo acompañaron en el viaje algunos de los expatriados florentinos más ilustres, como Piero Strozzi, Bernardo Salviati y hasta el poeta Francisco Molza, grande amigo de Julia, que fue mi amigo también y que, hostil al grupo de Alejandro, había compuesto un discurso contra Lorenzaccio cuando éste mutiló las estatuas del arco de Constantino. En Itri, feudo suyo, el cardenal se agravó súbitamente y no pudo abandonar el lecho, en el convento de los franciscanos a donde lo trasladaron. Su senescal, Juan Andrea del Borgo de San Sepolcro, le sirvió un caldo, y en seguida se aceleró el fin. Bernardino Salviati, prior de Roma, declaró que el príncipe, revolviéndose entre lágrimas y espasmos, juraba que le habían dado veneno.

—Me envenenó Juan Andrea —llegó a tartamudear Hipólito.

Llamaron a Julia, que acudió al galope desde su castillo cercano. En los claustros, los gritos de los africanos afligidos no alcanzaban a cubrir los del senescal a quien los señores sometían a tortura. Hasta metieron a un escribano en la cámara, para que apuntara sus declaraciones. Juan Andrea del Borgo de San Sepolcro se contradijo muchas veces, de acuerdo con la intensidad mayor o menor de los apremios que lo devolvían a su celda ensangrentado y convulso. Aseguró que era inocente, y luego aseguró, cuando retorcieron un poco más el cordaje, que en aquel caldo había puesto la ponzoña que traía de Florencia. Cuatro días después se extinguió la vida breve del cardenal, de quien Julia no se había separado en su agonía. Yo llegué horas más tarde, avisado por la propia dama, quien conocía el afecto sincero que le consagraba casi desde la niñez. Me encontré allí con un espectáculo patético. Hipólito de Médicis yacía, lívido, revestido con el ropaje púrpura. A su lado, Julia Gonzaga rezaba quedamente y alrededor gesticulaban los caballeros exiliados que veían desmoronarse con su joven jefe sus sueños de regreso victorioso a la patria. Y aun en esos momentos,

aun mientras se sucedían las oraciones por el miembro del Colegio Sacro que había entregado a Dios su alma atribulada, no cesaban los clamores del senescal estirado en el potro del suplicio.

Volvimos a Roma lentamente. Quizás a Julia le remordiera la conciencia y se conmoviera a la postre su orgullo. El muchacho hermoso, encendido de altas ambiciones, había muerto sin obtener de ella más que palabras frívolas. En cuanto a mí, notaba con horror cómo crecía la nómina de mis muertos y cómo se despoblaba mi contorno. Evocaba a Florencia, tornaba a vivir el instante de mi arribo al palacio de Cosme el Viejo y a descubrir, en el *cortile*, a Hipólito de Médicis, presto a salir de cacería. Había sido bueno, generoso conmigo. Acaso me había comprendido y había penetrado hasta las hondas raíces de mi mal. Con él, que reposaba eternamente ahora, rígido como una policromada figura tumbal, perdía un aliado sincero, yo que tanto los necesitaba. Lloré en silencio frecuentemente, mientras conducíamos sus restos a la iglesia de la cual era titular, San Lorenzo in Damaso. Terminaba el estío y el aire temblaba, dulce, transparente, en la costa del Tirreno. De camino, nos detuvimos en una posada, y los servidores, por orden de Bernardino Salviati, martirizaron nuevamente al senescal. Cuando cesaban sus quejas, oía yo la charla de los criados. Atribuían el fallecimiento al duque Alejandro, de quien Juan Andrea sería sólo una hechura y afirmaban que el veneno había sido facilitado por un capitán Pignatta, un cobardón. Alguno apagó la voz, recordando por ventura mi proximidad y mi parentesco con el pontífice, y acusó del crimen a Pablo III, que envidiaba a Hipólito y lo juzgaba rico en demasía y probablemente quería quitarse el lazo de las obligaciones que derivaban de la deuda de la tiara y hasta beneficiar a Pier Luigi con el peculio del prelado. El tono de Piero Strozzi, ronco, violento, quebrado como un graznido, se entreveró en la conversación. Él no tenía miedo de que lo oyeran.

—Estos Farnese —bramó— son fruto de la conjura de los Borgia y los Orsini. Antes del pontificado de Alejandro Borgia, no movían un dedo. Nadie ignora que el papa actual recibió el capelo el mismo día que César Borgia, porque su hermana Julia era la concubina de Alejandro VI. Ella era casada con un Orsini, un tuerto cornudo, infame señor de Bassanello, hijo de una prima de los Borgia. Así se cierra el círculo de las influencias que promovieron a Alejandro Farnese hacia el trono vaticano. A Julia Farnese la llamaban “la novia de Cristo”. Vivía en el gran palacio de los Orsini, en Monte Giordano, con su suegra complaciente que desdeñaba los intereses de su vástago en favor de los de su primo, el papa. Allí nació la hija de Borgia que le cargaron en la cuenta al infeliz Orsini.

—Ningún indicio hay todavía —terció el prior Salviati, cautamente— de que Su Santidad sea culpable de este asesinato.

—Será Su Santidad Pablo III o será Su Magnificencia Alejandro de Médicis —respondió, mordaz, Piero Strozzi—. Lo indudable es que el homicida pagará su culpa.

Detrás del tabique, yo los escuchaba, trémulo. Hubiera debido aparecer en medio de los murmuradores, a defender por lo menos a los Orsini. Desde mi infancia, ese Orso Orsini befado, a quien apodaban “el Monóculo” y que encerró su oprobio en Bassanello, cerca de Civita Castellana, había desencadenado airadas discusiones en Bomarzo. No le perdonaban los míos su condescendencia con los Borgia, particularmente en la época en que los Orsini sufrieron la persecución de esa estirpe, porque el papa ansiaba entregar nuestras posesiones a

su hijo mayor, el duque de Gandía, el que fue ultimado por su hermano César. Fueron aquellos tiempos muy duros para nosotros, y si no hubiéramos derrotado a los papales en la vecindad de Soriano, donde Gandía fue herido y Guidobaldo de Montefeltro, su comandante, cayó prisionero, quién sabe qué suerte hubiera corrido nuestra casa. Mi padre y mi abuelo, que intervinieron épicamente en esos combates y se portaron en Soriano como leones, no pronunciaban el nombre de Orso sin escupir a un lado con altivo desdén. Hubiérame correspondido, pues, poner en claro las cosas ante los maldicientes y mostrar cuál era la fibra de los Orsini auténticos, pero opté por callar hasta que, a poco, renacieron los gemidos del mayordomo de Hipólito y la bulla de quienes contemplaban sus contorsiones. Junto a mí, Fabio Farnese, que me había acompañado, tan herido o más que yo por las diatribas, estiraba su delgado cuerpo de felino y callaba también, apretándome la diestra.

En Roma, el asunto no se dilucidó. El senescal declaraba que había macerado el veneno entre dos piedras a las que había arrojado en un pozo, y luego se desdecía del testimonio prestado bajo juramento. Los inquisidores terminaron por absolverlo, arguyendo que su confesión, producto de torturas, no era válida. Juan Andrea volvió a Florencia, donde se insinuó, siniestro, en la corte del duque, pero concluyó refugiándose en su pueblo, y allí, en Borgo de San Sepolcro, meses más tarde, la gente acabó con él e hizo justicia.

Julia Gonzaga, desde entonces, buscó alivio más y más en la religión. Como le interesaba sobremanera cuanto se vinculaba con la sutileza teológica, trabó una amistad íntima con el español Juan Valdés, inquieto por los resortes de la conciencia individual y de la justificación por la fe y no por las obras. Su heterodoxia le valió el encono de otros pontífices, y uno de ellos, Pío V, muerta ya la hermosa, formuló contra ella un anatema rotundo y expresó que si no hubiera muerto la mandaría quemar viva. Posiblemente fuese una de esas frases iracundas que se sueltan al aire, como flechas, cuando impera la pasión, porque ni los Colonna —aunque la propia Victoria Colonna no anduvo a la sazón muy tranquila— ni los Gonzaga lo hubiesen tolerado. En cuanto a mí, el fin del cardenal Hipólito, a los veintiséis años, fue algo tan desolador, tan desconcertante y tan imposible, como si hubiera perecido un semidiós. Hipólito de Médicis no respiraba ya, y el bosque pánico enmudecía. Las ninfas y los faunos se ocultaban entre las rocas cinceladas por Benvenuto Cellini, mientras desfilaban los traidores astutos, cubiertos de sangre, que destrozaban a la raza de Eros. Lo quise desde el primer momento, porque desde el primer momento me quiso, no obstante mi joroba y mi pobre fragilidad. Y también lo quise porque, con su brava franqueza, su resplandeciente desapego y su seguridad conquistadora de hombres y mujeres que apuntaba, soberbia, en sus mínimos ademanes, en la gracia con que movía un brazo, recogía el manto, golpeaba las espuelas, levantaba el laúd, besaba una boca o afianzaba la mano en el estoque — con ser un bastardo, un desheredado y un sacerdote sacrílego, a causa de la arbitraria suerte que le impuso una existencia reñida con su ardiente vocación de rey y de amante—, Hipólito era la alegoría jubilosa de lo que yo no sería nunca.

VIII

HORACIO ORSINI

El 25 de noviembre de 1535, el emperador desembarcó en Nápoles. Allí lo aguardábamos, entre muchos señores venidos de los distintos principados de la península, mi mujer y yo. El papa nos hizo saber que deseaba que asistiéramos a las fiestas que se darían para agasajar al vencedor de Túnez, y no hubo más remedio que acatar su voluntad. Nápoles sería en esa oportunidad el centro de reunión de numerosos florentinos, partidarios y enemigos de Alejandro de Médicis, especialmente convocados por Carlos Quinto que, importunado por unos y otros en momentos en que lo embargaban problemas muy graves, se propuso poner fin a sus querellas. Pablo III, por las mismas razones que lo habían opuesto al cardenal Hipólito, se oponía al duque Alejandro. Representaban ambos al nepotismo del pontífice anterior y como tales lo irritaban cuando ansiaba establecer el de los Farnese. Suprimido Hipólito, quería anular el crédito de Alejandro. Pero ambos encarnaban también dos posiciones opuestas. De no haber sido Hipólito un Médicis y un sobrino de Clemente VII, colmado de prebendas que proclamaban aquel vínculo, Pablo III se hubiera entendido perfectamente con él, puesto que los intereses de uno y otro coincidían y se completaban en ciertos aspectos. El cardenal ya no existía, por obra de quien fuese, y el papa, desembarazado de un príncipe que lo incomodaba personalmente, mientras que le convenía compartir sus ideas y las del grupo al cual había servido de caudillo, apoyó más aún con su influencia, en la sutil balanza política, el lado de ese grupo. El emperador patrocinaba a Alejandro, su futuro yerno, su aliado, a quien había establecido en el nuevo trono de Toscana y que, antes que duque de Florencia, era allí el lugarteniente imperial. Resulta lógico que Pablo III, aunque lo hiciera solapadamente, secundara esperanzas de los exiliados antimedicis y tratara, por medio de esa acción, de hostilizar el poder de Carlos Quinto en Italia, donde anhelaba echar mano de un señorío para su hijo Pier Luigi. En Nápoles se jugaría una partida más del ajedrez complejo y eso explica —más aún que la urgencia palaciega de congratular al César por su triunfo sobre el musulmán— el extraordinario golpe de gente que acudió a recibirlo y permaneció en la ciudad los cuatro meses durante los cuales el soberano prolongó su estada.

Julia y yo fuimos juntos desde Roma, pero, ya que era imposible desobedecer al papa Farnese, agucé el cinismo hasta introducir en el carruaje, con la duquesa de Bomarzo, a su hermano Fabio, a Violante Orsini y al marido de ésta, el noble Marco Savelli, tan descollante por la importancia de su categoría en la Toscana como por las ridículas desgracias de su hogar. Silvio de Narni nos seguía a

caballo, encabezando la escolta. Fue un viaje curioso, en el que el calor nos obligaba a detenernos en breves etapas, para refrescarnos y descansar, y en el que la charla giraba, densa de sobreentendidos, cuando menguaba la luz y Savelli no podía leernos, con un sacudido volumen en la diestra y los anteojos deslizados hacia el extremo de la nariz, los sonetos de Francisco Petrarca, que comentábamos entre reflexiones eruditas e irónicas alusiones sensuales, como correspondía a personajes de tanto mundo y cultura. Julia quedaba aparte del coloquio. Yo la espiaba a veces, disimulándome entre los otros al amparo de la sombra, y advertía la hermosura de sus ojos violetas cuya agua inmóvil no alteraba ninguna emoción. En poco tiempo se había endurecido extrañamente; había adquirido una contextura ardua de definir, casi mineral. Nos miraba sin vernos y era como si condujéramos en el coche, en medio de las risas cortesananas, una estatua de mármol de misteriosos matices. Su presencia pesaba sobre nosotros de tal manera, que de repente callábamos, y entonces, si Violante o Savelli le formulaban una pregunta, respondía comedidamente, tras una pausa corta en el curso de la cual parpadeaba y entrecruzaba los dedos en la falda, como si regresara de un sueño. Pero a poco recaía en su mutismo y recobraba su lejanía y desde ella nos observaba a Violante, a Fabio y a mí, como si no comprendiera ya la razón de nuestras carcajadas de comediantes, ni por qué nos parábamos a beber los vinos del país, ni qué significaban enigmas tan obvios. El silencio tornaba a adueñarse del carruaje y era difícil romperlo. Entonces, furioso, me ponía a la portezuela y mandaba detener el tiro. Ella seguía en el coche inmóvil, con Marco Savelli, desentendida de nosotros, y los demás, aliviados, descendíamos con el pretexto de apaciguar al oso de la duquesa de Camerino, que viajaba detrás en un jaulón, mareado, malhumorado, y al que habíamos añadido a nuestro séquito por capricho de Violante.

Vuelvo a ver, como si ayer hubieran fondeado en el puerto de Nápoles y el episodio no hubiera ocurrido hace más de cuatro centurias, a las naves del emperador, con sus estandartes tiritando en la brisa de noviembre. Veo, en la galera principal que bogaba lentamente hacia el amarradero, destacarse la silueta del César, sobre la toldilla. Veo alrededor las banderas de amarillo damasco, sus águilas bicéfalas con el escudo al pecho; el pendón de tafetán carmesí que ostentaba una cruz de oro, el gonfalon blanco sembrado de llaves y cálices y aspas de San Andrés; y los gallardetes con la divisa *Plus Ultra* enroscada en su columnata. La gente pugnaba por acercarse y algunos, de ojos avizores, deletreaban las inscripciones latinas de las oriflamas, que traducían los doctos: *Toma las armas y el escudo y ve en mi ayuda, o: Envió Dios su ángel, que te guarde en todos tus caminos, o: El fuero irá delante de él.* Y aquellas figuras y emblemas, que vibraban en el aire frío, formaban un gran aleteo multicolor en torno del victorioso, como si el barco fuese una inmensa pajarera rutilante en medio de la cual acechaba un halcón negro. Descendió Carlos y se apretujaron los príncipes para rendirle pleitesía. Los señores españoles se confundieron con los italianos: el duque de Alba, el marqués del Vasto, que llevaba el estoque imperial, Antonio de Leiva, el duque de Ferrara, el de Urbino, los cuatro embajadores de Venecia y los tres legados papales: Pier Luigi Farnese, el cardenal Piccolomini y el cardenal Cesarini. Detrás se empinaban las cabezas de cuanto señor de título había en el reino de Nápoles. Julia Gonzaga, a quien los de esa casa habían enviado para que los representase, triunfaba con su donosura sobre las bellas renombradas, sobre María de Aragón, sobre Isabel Sanseverino. El recuerdo de su ataque reciente por el pirata a quien el emperador acababa de

poner en fuga, y el recuerdo más reciente todavía de la muerte extraña del cardenal Hipólito, su adorador, la nimbaban de un prestigio excepcional. Cuando se inclinó delante del César, éste la alzó y muchos pensaron románticamente que en verdad la campaña de Túnez se había realizado para vengarla de Khair-Eddin Barbarroja. No muy lejos, Alejandro de Médicis compartía los comentarios que la viuda de Vespasiano Colonna despertaba. Vestía de luto por su primo —se lo quitó días después—, y los exiliados de Florencia, arracimados en un rincón, murmuraban sobre su descaro. Lo flanqueaban sus parientes, Lorenzino y Cosme, el futuro gran duque. En las discusiones que se desarrollaron después entre los proscritos y Alejandro, que había arrastrado a Nápoles a una caterva papelera de juristas y amanuenses, el pleito se resolvió, como se descontaba, en favor del hijo de Clemente VII, quien, coronando su éxito, dio el anillo de esposa a Margarita de Austria, pero la trágica ruina próxima de Alejandro comenzó allí, porque allí le robaron —la robó, como se sabe, Lorenzino— la finísima cota de mallas de la cual no se separaba nunca.

Carlos Quinto me reconoció entre tantos gentileshombres cuyos rostros se superponían en su memoria, no bien me tocó el turno de presentar mi homenaje. Alguna ventaja ha de tener, por lo menos identificadora, quien va por el mundo con una giba. El soberano había envejecido en escaso tiempo. El cansancio, como un delicado pincel, le había rodeado los ojos y la boca de líneas leves, en las cuales podía leerse, como en una grafía sutil, la hondura de su preocupación. Extremó su bondad hasta aludir, con la sombra de una sonrisa, a la ocasión en que se desprendió la empuñadura de su estoque, al armarme caballero. Ello me valió la deferencia especial de los Farnese, quizás la envidia de Pier Luigi. Por primera vez ocurría el prodigio irónico de que mi joroba suscitara envidias. Aquel episodio me envalentonó tanto que, usando también de la audacia que infunde el vino, pretendí imponerme a mi mujer e inicié unas caricias nocturnas que acaso se hubieran concretado en el ansiado fruto, pero Julia demostró que sobre ella no pesaba —y en eso difería de los demás Farnese— el halago oficial.

—Déjeme en paz Su Excelencia —me dijo—, que le aguardan Violante y mi hermano Fabio.

Con ello me probó que no ignoraba nada de mis manejos extraconyugales, por supuesto evidentes, y que tal vez —lo cual me procuró, en medio de mi desconcierto, una rara alegría— podía sentir celos de mí. La dejé, pues, mitad riendo y mitad protestando, para dar la impresión de que tomaba a broma su actitud, como si ésta no hubiera sido la única que correspondía, y durante el resto de nuestra permanencia en Nápoles, que me hundió en una baraúnda de placeres, sólo estuve a su lado cuando lo exigía la etiqueta.

Partimos a Roma con el cortejo cesáreo. Hicimos noche en Fondi, huéspedes de Julia Gonzaga como el amo del mundo, y en esa oportunidad corroboré la emoción que a la hermosa le había quedado como consecuencia de la muerte del cardenal de Médicis.

—El cardenal tenía para vos —me confió mientras nos levantábamos de la mesa— un gran afecto. También yo lo quería a él y lo admiraba. Pero la voluntad de Dios se ha manifestado misteriosamente. Debemos orar por su reposo. Hay días en que se me ocurre que anda por aquí, que todavía ronda por estas cámaras, que siento su soplo sobre mi libro.

Dirigió en torno una mirada recelosa, como si la forma púrpura y el rostro lívido pudieran aparecer entre los tapices.

—El amor —le contesté— es un modo de sobrevivir.

Ella me observó con curiosidad:

—He oído decir que Su Excelencia no morirá nunca.

Comprendí entonces que el cuento de mi búsqueda de las cartas del alquimista Dastyn y de la esperanza que cifraba en ellas había llegado a oídos de la castellana de Fondi. Sacudí la cabeza, como quitando importancia a la predicción de Benedetto:

—Más preferiría —respondí galantemente— no morir en el corazón de Julia Gonzaga, como el cardenal Hipólito.

Pero no era cierto: ni él viviría mucho en su mente luego que se apagara la desazón que le había dejado como un vago remordimiento y que Juan Valdés la embargase por completo con sus dudas espirituales, ni había nada que a mí me interesara tanto como la inmortalidad (la inmortalidad verdadera, sin alegorías ni trampas retóricas) que me habían augurado al nacer.

Veintidós miembros del Sacro Colegio aguardaban a Carlos Quinto en la puerta de San Sebastián, cuando entramos en Roma. Pasó el marqués del Vasto, con más de tres mil infantes; luego el duque de Alba, en un caballo caparazonado, como un bronce ecuestre que arrastraba la tropa para emplazarlo en la urbe; luego el conde de Benavente y la familia papal, vestida de grana. Fui uno de los señores romanos que transportaron el palio bajo el cual avanzó el emperador. Como cojeaba y eso me hacía oscilar, tironeaba del dosel hacia mi lado, y el monarca me espiaba de reojo, hasta que alguien me quitó la vara de la mano. Era Maerbale. Quise forcejear, pero el emperador alzó las cejas y dio una orden breve. Fabio Farnese me tomó del brazo y me apartó.

Yo ignoraba que mi hermano estaba en la ciudad santa. Allí conocimos a Cecilia Colonna, que no era bella, lo que me agradó, pero lo suplía con la gracia de la juventud y de un júbilo permanente. No necesitamos detallarla mucho para deducir que en el seno llevaba la promesa de un heredero. Julia la besó y, en el momento en que los labios de mi mujer rozaron los de Maerbale, noté que sonreía y que esa sonrisa la iluminaba como si por fin hubiera vuelto a encenderse, en su interior, la pobre lámpara mustia.

La compostura de Maerbale, cuando me suplantó en el cortejo imperial, me sulfuró y eventualmente hubiera causado entre ambos una ruptura definitiva, de no terciar e imponerse, aconsejándome prudencia, con su gravedad mucho mayor, la cuestión que planteaba su vecina paternidad notoria. Cecilia Colonna, la de la arqueada nariz un poco larga, la de las anchas cejas negras, diseñadas exactamente, la de la boca ingenua, la de los ojos protuberantes, siempre sorprendidos, estaba modelando cuidadosamente, mes a mes, al que, no bien brotara a la luz, tendríamos que considerar como mi presunto sucesor en Bomarzo. Y eso importaba más que cualquier otro asunto, más que los protocolos, más que la vanidad. Me mordí los labios y apreté los puños. Habría que enfrentarlo. Habría que estudiar cómo se lo enfrentaba. Maerbale no me iba a despojar de lo mío, como cuando éramos pequeños y me acosaba con Girolamo. Ese pensamiento me obsesionó, excluyendo todo otro cálculo, durante los días en que el César fue huésped del papa. Le daba vueltas y vueltas, cada vez que las exigencias ceremoniales me obligaban a ir al palacio donde se alojaba el emperador y que había albergado a Carlos VIII de Francia en tiempos de Alejandro Borgia. Sabíase que el soberano había aprovechado sus entrevistas con Pablo III para quejarse airadamente del rey Francisco, y había jurado que guerrearía de nuevo contra él: poco antes había muerto Sforza, duque de Milán, y esa desaparición atizaba antiguas ambiciones. Pero, con ser las perspectivas tan

espinosas, su rigor cedió, para mí, frente a la inquietud que me estremecía. Meditaba sobre mi problema, y mi problema pasaba antes que los demás. Vi al emperador a menudo, en el curso de los servicios de la semana santa. Estuve a su vera la mañana del jueves en que lavó los pies de doce pobres, con humildad magnífica; lo seguí el sábado, cuando visitó siete iglesias; y el domingo de Resurrección también me incorporé a su séquito y aprecié la elegancia con que intervenía en el ritual oficiado por el viejo pontífice. Constancia de lo muy atribulado y ofuscado que andaba yo por mi propio conflicto, es que al salir del templo no me sumé al grupo de señores doloridos que en el atrio gruñían porque en la ceremonia Pier Luigi Farnese había tenido el globo del orbe, y Ascanio Colonna la diadema, presentándolos a Carlos Quinto, al que habían ataviado lo mismo que los emperadores romanos, cada vez que lo exigía la liturgia. En cualquier ocasión distinta hubiera puesto el grito en el cielo, como los agraviados príncipes —¿a título de qué, Colonna?, ¿a título de qué?; ¿bastaba ser condestable del reino de Nápoles?—, pero ahora me desentendía, distante, solitario, y daba la diestra a mi mujer, alejándola, con la espina ponzoñosa clavada en el pecho.

Continuamos nuestro viaje hacia Florencia, detrás del flamenco en cuyos dominios no se ocultaba el sol. Cecilia y Maerbale iban con nosotros y todo acontecía como si en el carruaje de nuestra abuela privara el mejor entendimiento familiar. Julia, hasta entonces callada, no paraba de parlotear con la mujer de mi hermano. Hablaban de menudencias y, repentinamente, como si recordaran que eran cultas y que debían elevar la conversación, los nombres de Ariosto, de Victoria Colonna, de Castiglione, de Bembo, de Plinio, de Cicerón, de Séneca y de Lactancio, surgían, insólitos, en el traqueteo que mecía al niño por venir, porque ambas se alimentaban de libros, a semejanza de las grandes damas de su época, tanto como de venados y faisanes. Si Julia tenía que dirigirse a Maerbale en medio de la charla, sosegábase su tono. Violante Orsini, su marido y Fabio ocupaban otro coche, con Pier Luigi Farnese. No me interesaba ya que fueran a mi lado. Al contrario: me abrumaban. En cambio en Roma ordené a Silvio y a Juan Bautista Martelli que nos acompañasen. Los requería para llevar a fin el vago plan que empezaba a dibujarse en la cabeza. Era un plan tan fantástico, tan tremendo, que lo acaricié y lo rechacé sucesivamente, mientras rodábamos sacudidos rumbo a las bodas del duque Alejandro y Margarita de Austria.

El emperador estuvo en Florencia sólo una semana. Partió antes de las bodas, no obstante las súplicas de Alejandro. Dijo que ya había asistido a la entrega de los anillos en Nápoles y que le urgía llegar al territorio francés, a dar guerra a Francisco I. Como el rey de Francia era el padre político de la princesa Catalina, lujo de la familia Médicis, Alejandro pasaba sobre esas menciones como sobre ascuas. La verdad es que lo que había encolerizado a Carlos fue la frialdad de la recepción florentina. El duque hizo cuanto dependió de él para crear una atmósfera cordial, sin conseguirlo. En vano mandó que sacaran de sus goznes las puertas de San Pier Gattolini —la actual Puerta Romana— y que arrojaran las hojas retumbantes al suelo, significando con ello que donde estaba Carlos Quinto no se requería otra defensa. En vano envió a recibirlo a la clerecía, con altas cruces cuya visión suponía grata al ánimo piadoso de su suegro; y envió a los nobles y magistrados y a cuarenta muchachos vestidos de raso carmín y calzas blancas que, como tenían las piernas muy bien dibujadas, daba alegría verlos, mientras levantaban el palio enorme bajo el cual iba el César entre el duque y el

historiador Guicciardini, sofocado éste por el orgullo. En vano mandó poner sobre la entrada del palacio donde yo había vivido y donde se hospedó el monarca: *Ave Magne Hospes Auguste*. El pueblo odiaba a Carlos Quinto y con razón: ¿qué otra cosa podía esperar? Agolpada detrás de las apretadas filas militares que prevenían sus desmanes, silenciosa, peligrosa, la turba mostraba en los costurones del rostro, en los brazos ausentes, en las muletas, las huellas de la furia de ese príncipe y de esos soldados a quienes debía ahora agasajar. Partió, pues, el hijo del Hermoso y de la Loca, pero nosotros quedamos en Florencia. Luego de acompañar a la Majestad Cesárea, nos tocaba presenciar el casamiento de Alejandro de Médicis. Ni una ni otra cosa nos daban placer alguno a Maerbale y a mí, especialmente a mí que desde niño detestaba al villano duque, cara de esclavo, vástago de una sierva de los Orsini, pero el nombre que llevábamos nos obligaba a obedecer al pontífice, y Su Santidad había ordenado que concurriéramos a los esponsales.

Nos aposentamos en el palacio de los Médicis Popolani, situado en la via Larga, junto al de Cosme el Viejo en el cual residía la familia ducal. En el primer piso habitaban la viuda de Juan de las Bandas Negras y su hijo Cosimino; en el segundo, María Soderini, con Lorenzaccio y sus otros descendientes. Nosotros nos instalamos todos en la parte de estos últimos, medio ajustados, pero lo cierto es que Florencia desbordaba de gente por el asunto de las bodas. Casi quince días transcurrieron antes de la ceremonia, y los utilicé para madurar mi proyecto.

Era una idea vesánica, inmoral, repulsiva, mas, si bien se mira, menos insoportable entonces de lo que sería ahora. La repetida fórmula maquiavélica acerca de la justificación de los medios por el fin, presidía entonces las relaciones. El crimen, la traición, se disculpaban —y hasta se aplaudían—, si tenían por objeto un móvil cuyo beneficio superaba con creces el horror que se olvida y la náusea fugaz. Yo era un hombre de mi época y las circunstancias me habían hecho peor que la medianía. Mi tara —mis taras— había terminado por provocar una especie de ceguera. Para mí, sin las ataduras de la religión, sin los prejuicios del burgués, antes que nada pasaban dos preocupaciones: la defensa de mi personalidad, débil, temerosa, zamarreada por una atmósfera de permanente violencia, y el culto de la estirpe, la devoción por esa gloria orsiniana, centrada y materializada en Bomarzo, a cuyo mantenimiento debía consagrar mi alma y mis energías. Ante la posibilidad de que Maerbale, como me había suplantado impulsivamente en Roma al llevar el dosel del emperador, me sustituyera en Bomarzo, a través de un hijo y de los hijos de ese hijo, la sangre me quemaba las venas. Ya tenía yo la dolorosa certidumbre de mi incapacidad para engendrar un hijo en el seno de Julia. Una fuerza secreta e irónica me lo vedaba. Debía hallar un modo distinto de torcer a la suerte, de imponerle mi voluntad. Podía, naturalmente, con la ayuda de Silvio y de Juan Bautista, matar a Cecilia Colonna, pero eso sólo hubiera representado una postergación del dilema. Maerbale se volvería a casar y no era fácil que yo eliminara a todas sus mujeres. No me veía en el papel de Barba Azul ajeno. El raciocinio me condujo a deducir que lo que se requería era que Julia tuviera a su vez un hijo, si no mío, de otro, un hijo cuya paternidad se me atribuiría sin discusión. Quien colaborara en el plan había de ser alguien con cuya discreción yo contara plenamente. ¿Alguien que dependiera de mí? ¿Juan Bautista? ¿Silvio? ¿Les entregaría a Julia por una noche sola? ¿No era como entregarme yo, atado de manos y pies, a su futuro capricho? ¿Y me resignaría a que mi supuesto hijo fuera un brote de nuestros palafreneros de Narni o un sobrino de Porzia Martelli, la ramera? ¿Qué ganaría con ello, fuera de

alejarse de la sucesión a la línea de Maerbale? ¿No convenía, al contrario, que esa rama sucediera, puesto que se trataba de gente de nuestra casta? El heredero, ¿no tenía que ser un Orsini? ¿No era eso lo que Bomarzo exigía? Pues Orsini sería su padre. Cuando alcancé a la obvia conclusión, vi claro y, como en un juego cuyas piezas se arman velozmente al ubicar en su seno la que servirá de guía al conjunto del diseño, me percaté de que era el único desenlace factible. El padre de mi hijo sería un Orsini, un Orsini como yo. Y sería Maerbale. Grotresco ¿verdad? Grotresco y atroz.

¡Ay, cuando llegué al final del laberinto por el cual ambulaba a tropezones, recuerdo que lancé un grito y reculé con espanto, pues descubrí, aguardándome, la fatal figura de mi hermano menor! Estaba casi solo, frente al Arno, mirando sus ondas sin verlas, y los palacios que se perfilaban suavemente en la opuesta orilla. Algunos pasantes se volvieron a observar al giboso que había integrado el séquito de Carlos Quinto y que actuaba con tan insana descompostura, pero yo los dejé hacer, indiferente. Había encontrado la clave y ahora que la tenía en mis manos me abrasaba como un hierro al rojo. Maerbale... Maerbale... siempre Maerbale... surgiendo en mis caminos con la flexible elegancia de su estatura... esperándome siempre. Al principio deseché el pensamiento con rabia. Y luego, poco a poco, astutamente, se apoderó de mí. Sería muy fácil que Maerbale, ignorando sus motivos ocultos y complejos, cayera en la trampa deliciosa. ¿Acaso no conocía yo la emoción que de años atrás lo impulsaba hacia Julia? ¿Podía ocurrírsele a alguien que su joven esposa, fea y más afeada aún por la preñez, sería capaz de alejarlo de toda tentación... si se tenía en cuenta su excitable proclividad lúbrica? Y, por lo que atañe a Julia, ¿no intuía yo, de largo tiempo, la atracción que sentía por Maerbale? Ella, que quizás hubiera resistido ante cualquier otro, ¿no cedería ante él? Vivíamos juntos, en el palacio de los primos del duque de Florencia. Las condiciones, el ambiente sensual, propiciarían el encuentro. ¡Ay, ay, entregársela a Maerbale, como una prostituta! ¿Era justo? ¿Autorizaba el perseguido fin un medio tan terrible?

Luché contra esa idea y, cada mañana, cada tarde, en la intimidad de la convivencia, la visión del bulto que Cecilia, feliz, no disimulaba bajo la saya, me convencía de que no existía más solución que aquella. La alternativa se planteaba así: o Bomarzo o Julia, y para mí Bomarzo gozaba de la suprema prioridad. Me revolvía en la duda, como en una jaula. Pier Francesco Orsini se revolvía en su jaula como un oso, como el oso desesperado de la duquesa de Camerino. Hasta que, una noche, hallé el razonamiento que necesitaba para tranquilizarme. Como siempre, mi vieja enfermedad mental requería la tabla salvadora de un sofisma que me justificara. En un siglo en que los señores mataban, robaban y violaban porque sí, sin explicaciones, en que el incesto crepitaba en los palacios, aun entre padres e hijos, y ascendía, reptando, hasta las propias gradas pontificales, yo seguía requiriendo cada vez una justificación. Era uno de los rasgos típicos de mi carácter —una forma, posiblemente, de cobardía— este que exigía la elaboración de una excusa dialéctica. Me dije que, después de todo, lo que en mi imaginación estaba organizando era un trueque: yo suprimiría el riesgo que emanaba de un retoño de Maerbale crecido en el bosque de Bomarzo, y Julia lograría el placer que no podía procurarle mi parcial impotencia, y lo lograría en brazos de un hombre que me equivalía prodigiosamente, en la sangre, en el físico, pero sin mis deformidades, un hombre a quien quería acaso. La humillación, el despecho, la ira oculta que significaban para mí tener que cederla —¡tan luego a Maerbale!— eran el precio secreto y gravoso que yo pagaba a cambio de superar y arruinar

encubiertamente las perspectivas del hijo de mi hermano a mi sucesión. Otro hijo de Maerbale me sucedería, si alguien debía sucederme —y resulta singular que las cosas se combinaran de modo fatal para que, de cualquier manera, mi sucesor fuera siempre un hijo suyo—, pero aquel hijo sería ante el mundo, y ante los mismos Maerbale y Julia silenciados por las circunstancias, un hijo mío, un Orsini mío. Ya me arreglaría yo, en el oportuno momento, para proceder de suerte que hasta la propia Julia, embriagada, drogada por mí, se engañara sobre la paternidad, o por lo menos para que estuviera en condiciones de representar frente a mí, con visos verosímiles, la pantomima de mi paternidad, evitando con ello que yo no tuviera más remedio que actuar como corresponde a un gentilhombre ultrajado y que el escándalo ineludible, impuesto por mi vanidad de marido, descubriera públicamente el embrollo y añadiera cargas a mi ridiculez y a mi desventura.

Así discurría, tortuosamente, aportando argumentos que defendían mi maquinación enredosa, como si hubiera menester de convencerme, cuando ya estaba convencido. ¿Imagina el lector al jorobado duque de Bomarzo yendo por la engalanada Florencia, cuyos casones se adornaban con paños heráldicos para honrar a la novia de su príncipe y cuyos comercios exhibían, como flameantes trofeos, lo mejor de sus tejidos, de sus lanas, de sus sedas, de sus cueros, de sus pieles, yendo por las vías Sant'Agostini y Mazetta hasta la plaza San Felice, atravesando el Arno por el puente de Santa Trinità, desembocando en el Canto de los Tornaquinci, en la plaza del Duomo; saludando a sus conocidos; deteniéndose a conversar un instante con el pintor Giorgino Vasari, a quien había tratado de muchacho, en el estudio del maestro Pierio Valeriano; sonriendo, comprando una alhaja, palpando una armadura, inclinándose delante de la virreina de Nápoles, huésped de las fiestas, y presentándole a su mujer, a su ilustre Julia Farnese; respondiendo luego con un ademán breve a la reverencia del vendedor de aceite, del vendedor de quesos y de sal, o fingiendo pararse a oír el anuncio de la muerte de Agrippa, el gran nigromante, o el de que Buonarrotti volvería a trabajar en los frescos de la Capilla Sixtina, y, todo el tiempo, madurando aquel designio sinuoso, aquella inconcebible, nauseabunda inmolación de su hombría y de su altivez, en aras de una tierra color de herrumbre, de unas rocas fantásticas, de un castillo contrahecho, de una leyenda, de un mito familiar nacido entre osos rupestres, en el alba de las centurias, y fomentado por cronistas poéticos, como si él también llevara bajo el *lucco* de suntuoso brocado, un hijo escondido que en sus entrañas crecía como un pequeño monstruo devorador? ¿Puede comprenderlo, puede alguien comprenderlo? Yo no lo comprendo ya, y sin embargo así se desarrollaba, con distingos de peregrina lógica, el proceso increíble.

Julia me daría un hijo. No me daría un hijo a mí: se lo daría a Bomarzo. Luego Maerbale tendría que morir. Era inevitable. Y esta vez, yo no debía errar el golpe. Que Dios se apiadara de su alma y de la mía.

Lo primero, lo más urgente, era hacer que Silvio de Narni entrara en mi proyecto y lo secundara. Se lo revelé poco a poco, como si fuera una invención absurda del momento, una broma original (como broma, de bastante mal gusto), una extravagancia de urdidor de temas caprichosos que los iba componiendo a medida que hablaba. Yo conocía bien a mi paje. Conocía las sinuosidades de su ánimo y sabía que por ambición era capaz de cualquier cosa. Me lo había demostrado cuando propició mis ambiguas inclinaciones lujuriosas de adolescente, cuando murió mi padre y cuando obtuve la mano de Julia. Existía

entre nosotros una complicidad de abyección y de misterio. Su rencor, nacido de su condición miserable, era similar al que yo sentía por mi físico. Ambos teníamos razones para odiar, ambos las fomentábamos y nos quemábamos en el fuego de su hoguera. Y, si bien se mira, ninguna de esas razones era suficiente para autorizarnos y defender nuestras actitudes ante la vida, porque los dos poseíamos la prerrogativa de fuerzas dispares que bastaban para compensar con creces nuestras fallas.

A pesar de la distancia que nos separaba, había compartido con él los momentos más álgidos de mi existencia, en los años últimos, y eso acentuaba nuestra confabulación. Yo le había dado una mujer hermosa, contra la voluntad de Juan Bautista, hermano de ella. La posesión de la hembra ansiada había parecido sosegarlo, durante un tiempo, como si Porzia hubiera colmado su avaricia y la hubiera sustituido por un ideal de paz enclaustrado, centrado en el extraño estudio, pero ahora su auténtico carácter volvía a enseñar las uñas. Porzia, desde que trocó la inquietud de la meretriz por la deferencia hogareña, parecía haber cambiado también, hasta que, lo mismo que su esposo —y acaso, quizás, como fruto de las alusiones pérfidas de Juan Bautista, su mellizo, y de la mudanza de Silvio que, habiéndola conseguido, la relegaba a un plano oscuro, casi humillante—, sucumbió bajo una desazón que preludiaba la agrura del despecho. La nostalgia del pasado, de sus diversiones sensuales, del contacto con hombres apasionados de toda laya, sin excluir a los jóvenes señores apuestos, comenzó a roerla. Silvio la descuidaba, negligente, entre sus libros, entre sus alambiques, entre sus mágicos dibujos. Y no era él un Adonis, sino exactamente lo contrario, mientras que la belleza de Porzia florecía cada vez más. Era inevitable que la moza se deslizara del buen camino, aunque sólo fuese para desquitarse. Y cayó. Silvio la descubrió en brazos de aquel alabardero espléndido que había compartido con el duque de Urbino los favores de Violante Orsini, cuando mis bodas. Fue el principio de una serie de íntimas escenas brutales, estremecidas de recriminaciones, cuyo eco resonaba en las cuadras de la servidumbre, y que los fámulos y escuderos de Bomarzo comentaban con sarcasmos bochornosos. Sucedió al alabardero un marmitón a quien se suponía nieto de mi padre, y a éste lo sucedió el abad de Farfa, al que siguió mi primo Segismundo, anheloso de probar oficialmente que los manoseos de Pier Luigi Farnese no habían extinguido su virilidad. Por fin, la muchacha escapó de Bomarzo. Mi abuela se enteró de que otro primo mío, el duque de Mugnano, la tenía con él en su castillo próximo, donde la regalaba y acariciaba como a una princesa. Hube de reclamarla puesto que se trataba de vasallos míos, y mi abuela encaraba el caso como un agravio familiar, pero después de todo no me convenía romper lanzas con tan magnífico pariente. Lo curioso es que, no bien Porzia lo dejó, Silvio procedió como si hubiera deseado desembarazarse de ella. No podía ignorar, aun cuando la soledad de sus libracos lo apartaba del ajetreo cotidiano, que Juan Bautista había contribuido fundamentalmente, con sus consejos, con sus estímulos, a provocar la desertión de su hermana, y sin embargo, en cuanto ésta partió de Bomarzo y cuando lo lógico hubiera sido pensar que entre Silvio y Juan Bautista iba a estallar un conflicto sangriento, volvieron a anudarse entre ambos los lazos de intimidad que había aflojado la boda. En el fondo eran muy semejantes y necesitaban el uno del otro. La codicia, la desesperada apetencia de medrar a cualquier costa, que se había adormecido en el seno de Silvio durante el interregno de calma y de olvido, despertó, hambrienta. Había cruzado por una experiencia en la que no recaería más. Y así como yo valoraba los beneficios

evidentes que me obligaban a conservar mi alianza con Mugnano y a no sacrificarla a un pasajero orgullo, Silvio apreciaba los que resultaban de la amistad de Juan Bautista, movido por aspiraciones iguales a las suyas. La venganza —si venganza habría alguna vez— quedaría para más tarde. La venganza era un lujo del cual no podía gozar aún. Pero, despojado de su mujer, en la que se refugiaba su resentimiento esencial de hombre que se consideraba superior a las circunstancias de su origen y de su vida, Silvio buscó refugio en su antigua asociada: la ambición. Por ambición, favorecería mis planes. Y no sólo por ambición, no obstante que el hecho de ser cómplice de un secreto tan grave le otorgara, sobre mí, privilegios en los cuales no había soñado nunca, sino porque esa colaboración con su señor y amo, que ubicaba a éste en una posición todavía más triste que la suya, obraría como un sedante sobre la amargura y el encono del servidor, quien se sentiría redimido de su desgracia, puesto que el duque de Bomarzo, de cuya limosna dependía y que usufructuaba una situación tan descollante en la corte papal y en la altiva aristocracia romana, mostraba ser más infame que él, mucho más infame.

Nos entendimos, pues, y pusimos manos a la obra. A Silvio de Narni le tocaría ganar la confianza de Maerbale e inducirlo a cumplir mis móviles. Debía hacerlo con extraordinaria sutileza, cautela y artería. Para ello, las condiciones le sobraban. Ni una vez puso reparos a mi proyecto. Vio, en un relámpago, las ventajas que podía reportarle, y excluyó cualquier otra reflexión. Algunos días después me comunicó con medias palabras —porque el tema era tan espinoso y tan incómodo de tratar, ya que en él iban implicados aspectos muy bajos y turbios de mi personalidad y advirtió en seguida la necesidad de rozarlo a través de escuetas alusiones— los progresos de su relación con Maerbale, cuya confianza había ganado sobre la base previsible de ácidas críticas a mi modo de proceder en el gobierno de la gente y de los intereses de Bomarzo. De esa etapa a la de la culminación efectiva del plan, los acontecimientos se desarrollaron veloces. Me sorprendió que Maerbale no sospechara una intriga, pero lo inconcebible del asunto aparentemente descabellado, desconcertó a su zorrería cortesana.

Entre tanto, ajena a mis angustias, Florencia acogía a Margarita de Austria, que tenía dieciséis años y era bonita, rubia, de labios muy rojos, gruesos, concupiscentes, y ojos imprevisamente tristes bajo la pesadez de los párpados. Fui a aguardarla a San Donato in Polverosa con la nobleza. Entró a caballo, una cálida medianoche primaveral, chorreando perlas por el baldaquín que conducían los muchachos de las estirpes principales, vestidos de rasos carmesíes, y la acompañamos hasta el convento de San Marcos y las casas de Octaviano de Médicis, donde se alojaría. Maerbale, de blanco lo mismo que yo; cruzado el pecho por una cadena de oro, lo mismo que yo; un birrete con una pluma negra al costado, lo mismo que yo, cabalgaba junto a mí, detrás del cardenal Cibo. El azar irónico había querido que, sin consultarnos, nos ataviáramos idénticamente, o quizás mi hermano me había mandado espiar y había copiado el atuendo. Cuando descendíamos las escalinatas del palacio de los Médicis Popolani, para sumarnos al séquito, advertí esa similitud y pensé volver a mi cámara para cambiarme y adoptar las ropas más distintas de las que Maerbale tuviese, pero ya era tarde. Debimos, pues, pasar frente a Julia Farnese y a Cecilia Colonna, que nos despedían en el portal, como si fuésemos dos versiones de un solo personaje: una malhecha, maltratada, desequilibrada, irregular como un machucado poliedro, fina la otra y grácil como un tallo joven, recordando, bastante más que quien le

había servido de modelo, al doncel fascinante retratado por Lorenzo Lotto. La mirada de Julia se posó sobre los dos, impenetrable, y sentí en la garganta el viejo, conocido aguijón de los celos. Pero ¿qué?, ¿no era eso, por ventura, lo que yo quería, atraerla hacia Maerbale? ¡Ay, la verdad paradójica es que yo hubiera querido que ella me diera un hijo con Maerbale, pero me prefiriera a mí!... ¡como si fuese posible!

Silvio de Narni me hizo saber, tres días más tarde, que Julia y Maerbale se habían hablado en secreto. Ante esa noticia, que debiera esperar y que era mínima, comparada con la locura que proyectaba, se me nubló la razón y hube de ordenar que suspendiera sus manejos y que preparara nuestra inmediata vuelta a Bomarzo, pero en ese instante, casualmente, Cecilia avanzó por la calle, con una de sus damas —estábamos asomados a una ventana de mi habitación— y el mirarla bastó para que rechazara aquel impulso. No me quedaba más medio que seguir por el camino que había trazado.

—¿Estabas tú presente? —le pregunté.

—Algo alejado.

—¿Dónde fue?

—Aquí mismo, en la cámara de la señora duquesa.

—¿Y no había nadie más?

—Nadie más.

—¡Cómo!, ¿y las damas?, ¿y las esclavas?, ¿nadie?

—Nadie.

Comprendí entonces qué fácil le sería a Julia engañarme, si se lo proponía, pues podía descartar así a los testigos importunos.

—¿Oíste lo que decían?

—Ya le expresé a Su Excelencia que estaba alejado de ellos.

—Pero los veías.

—Los veía, sí.

—¿Qué hacían?, ¿se tomaban las manos?, ¿se besaban?, ¿se besaban tal vez?

—Se hablaban. Estaban sentados el uno junto al otro, y se hablaban.

—¿Tornarán a verse?

—¿No lo desea Su Excelencia?

Me observé las manos, pálidas, hermosísimas, las venas azules, las uñas almendradas, el anillo de Benvenuto Cellini. ¿Por qué no era todo yo como esas manos, como ese anillo?

—Hay que acabar con este asunto y pronto. Al día siguiente de las bodas, me arreglaré para pasarlo en Poggio a Caiano. Le pediré a Lorenzino que me lleve. Quedaré allí la tarde entera. Ya lo sabes.

Vacilante, me aparté. Las sienes me dolían y tenía seca la boca.

El 13 de junio, en San Lorenzo, Margarita y el duque rezaron la misa de esponsales. Salieron entre flores al atrio. Así debió ser el matrimonio de Otelo y Desdémona: él, oscuro, taciturno, encendido por ocultas fiebres; ella, frágil, recatada, luminosa. La voz del cardenal Antonio Pucci, que cantaba el oficio, vibraba sobre los bronces de Donatello, tan nítida, tan robusta, que era como si encima de ambas cátedras se extendiera, visible, un curvo puente musical. Salimos hacia el palacio de los Médicis, detrás de los recién casados, de los cardenales Pucci y Cibo, de la virreina viuda de Nápoles, de Pier Luigi Farnese. Al ascender hacia la sala del convite, crucé junto a la capilla de Benozzo Gozzoli y me asomé a su interior. De hinojos frente al altar había una mujer. Cuando giró hacia mí, reconocí, en el parpadeo de los cirios que desplazaban en torno, como

una ronda lenta de príncipes orientales, la cabalgata de los Reyes Magos, a aquel mascarón de hembra cincuentona, fuerte, de caderas anchas, cuyo bozo imprimía en su cara un toque ásperamente viril. Era Nencia. Era la acompañante de Adriana dalla Roza, la que en ese mismo lugar, diez años antes, me había poseído y me había abandonado, deshecho, sobre las losas de serpentino y de pórfido, hasta que la piedad de Ignacio de Zúñiga me rescató cuando ya me creía desamparado para siempre, muerto quizá. Retrocedí de un salto, como si hubiera visto al Demonio. Antiguas imágenes brotaron doquier mientras, confundido con el séquito rumoroso, estremecido por el crujir de los ropajes y por el tintineo de las risas, escapé rumbo al banquete que preludiaba sus violines y sus flautas.

Después de comer se representó una comedia de Lorenzino de Médicis, *Aridosia*, pero no presté atención a las réplicas procaces que hacían sonrojar a las señoras y desataban las carcajadas de los caballeros, sobre todo el vozarrón insolente de Pier Luigi. Pensaba yo en otras cosas harto distintas. No estaba con ánimo para participar de ese juego ingenioso, para gozar de esa historia de avaricia y de burla en cuya trama entreví, cada vez que logré fijarme en ella unos instantes, el rastro obvio de Terencio y de Plauto, y que se desarrollaba en un maravilloso proscenio, inventado por Bastiano da Sangallo, llamado el Aristóteles de la Perspectiva, con un arco triunfal en el centro del foro, de fingidos mármoles, cubierto de estatuas y de relieves. Pensaba en mí mismo, aislado entre los cortesanos. Me sentía solo, como cuando era muy niño y me acurrucaba en un rincón de nuestro glacial palacio de Roma, bajo los tapices tétricos, a sollozar y a morderme las manos, o como cuando esperaba al deslumbrante Abul, que en mitad de una cacería debía matar a mi paje Beppo. ¡Ah, si lo hubiera tenido a Abul a mi vera, si lo hubiera tenido a Hipólito de Médicis, muy diversa hubiera sido mi seguridad, pero a quienes tenía era a Julia Farnese y a Violante Orsini! Mi prima, despechada por mi alejamiento, insinuó su cuerpo contra el mío, pero eludí el contacto. Tampoco quería rozar siquiera a mi mujer, cuyos ojos brillantes proclamaban su felicidad, y que sin duda, como yo, no paraba mientes en la comedia deslenguada, y dejaba vagar su imaginación hacia las íntimas escenas que la sucederían. Estaba solo, totalmente solo. Era, de nuevo, con mis pecados, con mis torturas, con mis maquinaciones desleales y repulsivas, el jorobadito solo del palacio romano, que se escondía de Girolamo y de Maerbale. ¿Qué vínculos podían hacerme compartir la alegría falsa de los huéspedes?

Lorenzino había extremado la audacia de las alusiones. Luego se comentó que en el primer acto y en el cuarto, el bribón —a quien en el grupo de Alejandro de Médicis apodaban por broma *el filósofo*— había acentuado con exceso el tema de las visitas nocturnas a los conventos de monjas, cuando todos sabían que el duque practicaba esos escalamientos libidinosos en los de Santo Domingo y Santa María de los Ángeles, asilo de las doncellas nobles, y que en el tercero había deslizado una alusión malévolamente sobre Carlos Quinto, padre de la novia y amo político de su flamante yerno, pero la música, que el propio Lorenzino escogió refinadamente, envolvió con las sutilezas del clavicémbano y del órgano lo que después se interpretó como una crítica aguda del régimen ducal, disfrazada de chanzas carnalescas, y hasta como un medio incisivo para irritar a los grandes ciudadanos de Florencia contra la arbitrariedad desdeñosa de su señor. Lorenzino, cuya privanza, según muchos, decaía, pues el duque había recibido varios mensajes de sus parientes celosos, quienes le prevenían que el primo favorito tramaba asesinarlo, se prodigaba, yendo y viniendo como un mico entre

las filas del público. Lo detuve, cuando se recostó en mi silla fugazmente, y le sugerí que al otro día me invitara a Poggio a Caiano, a lo que en seguida accedió, para partir de un brinco hacia el sitial del duque, echarse a sus pies como un bufón ligero, y besar la mano de Margarita, que no sonrió ni una vez durante el espectáculo. La actitud de la duquesa fue objeto de interpretaciones. Algunos indicaron que no entendía suficientemente las finuras de la lengua toscana para captar el fuego chispeante, pero arguyeron varios que ni su carácter, heredado del de César, ni la severa educación que había recibido, le permitían tolerar aquellos atrevimientos. La virreina viuda de Nápoles, aventándose con el abanico, compartía la severidad de su conducta, afirmada en la rígida etiqueta de los Austrias, en tanto el duque como su círculo más cercano rieron de buena gana de las impúdicas osadías de *Aridosia* y, en premio de su labor, Alejandro regaló a Lorenzino un suntuoso ejemplar de Plauto, acaso para indicarle socarronamente que a nadie se le habían escapado los hurtos que le debía.

Por la tarde, en la plaza de San Lorenzo, asistimos al simulacro de un ataque a un castillo. Maerbale intervino en la pantomima, con una áurea armadura que pertenecía al duque de Florencia y que ostentaba en el casco un dragón de abiertas alas. Me pareció que, cuando galopaba como un paladín del Ariosto, junto a Pier Luigi Farnese, entre los gritos de las damas que aplaudían, no iba a asaltar ese tinglado de pobres maderas pintadas y embadurnadas sino los venerados bastiones de Bomarzo, cuyos muros se incendiaban en la roja tibieza del crepúsculo. Llevaba, tremolante en el brazo de acero, como un recuerdo de la medieval caballería platónica, una gasa, un favor azul. Silvio me dijo que Julia se lo había dado.

Desde mi infancia, no había vuelto yo a Poggio a Caiano. Regresé allá, guiado por Lorenzino y acompañado por Fabio Farnese y por Juan Bautista. Pero, así como no pude gozar de las ironías de la *Aridosia*, no pude gozar de los encantos de la villa célebre. En vano Lorenzaccio, para distraerme, citaba los versos en los que el Magnífico describe mitológicamente la construcción del palacio que encanta el Ombrone con el susurro de sus ondas. Inútilmente me señaló, encendido de orgullo, los frescos que pregonan el esplendor de Cosme el Viejo y de su hijo. Nada me retuvo; nada calmó mi agitación. Mirábamos las pinturas de Andrea del Sarto y de su dilecto Franciabigio, y otras imágenes se sucedían en mi mente. Era como si todas las efigies hubieran sido dibujadas por Sebastiano del Piombo, el retratista de Julia, porque su rostro, sus ojos profundos, de color misterioso, y su óvalo firme, modelado rotundamente como los de las estatuas antiguas, ascendían del secreto de los tonos como de espesas honduras acuáticas y suplantaban los rasgos de los banqueros metidos a príncipes. Lorenzino advirtió mi preocupación y se paró en mitad de un verso del *Ambra* que declamaba con énfasis:

—¿Qué acontece, Pier Francesco?

—Nada. Sigamos adelante.

Fabio me tomó una mano. Sentí la presión enojada de sus dedos. Hablaba con el pequeño Médicis de las fiestas del día anterior. Cada vez que Lorenzaccio mencionaba al duque, lograba que sus elogios parecieran bromas y que sus bromas parecieran elogios. ¿Podía sospechar mi cuñado lo que en ese instante hacía o se aprestaba a hacer su hermana, por inducción mía? ¿Quién iba a sospecharlo?

Lorenzino mencionó mi joroba. No fue exactamente mi joroba, sino *una* joroba, pero bastaba sugerirla delante de mí para que la insinuación se me aplicara de inmediato. Mi inquieto amigo lo había logrado, de muchacho, otras veces, sin incurrir en mi irritación. Era el único —poseía el privilegio de los bufones— que osaba incursionar en terreno tan peligroso. Se refirió a Diana de Poitiers, la amante del delfín de Francia, la adversaria de su parienta Catalina de Médicis.

—¿Sabes que tiene veinte años más que el Valois?

Yo lo había oído decir. Aquel extraño dominio de la mujer madura, viuda del gran senescal de Normandía, sobre el futuro rey adolescente, tímido, melancólico, tan distinto de su soberbio padre, suscitaba a la sazón inquietos comentarios. El propio Alejandro había explicado en rueda que Diana de Poitiers y Catalina de Médicis llevaban en las venas mucha sangre común, pues eran hijas de primos hermanos, de la rama de la Tour d’Auvergne. Probablemente, a pesar de la humillación que para la *Duchessina* significaba la victoria de la favorita triunfante, que hubiera podido ser madre suya por los años en que la aventajaba, Alejandro saboreaba la idea de aquel vínculo que mostraba cómo iba ensanchándose ya el follaje del árbol de los Médicis sobre las grandes casas de Europa.

—Lo que no sabrás es que el marido era giboso.

Enrojecí sin duda levemente, pero continué la conversación con simulada naturalidad.

—¿Qué marido?

—El de Madama Diana de Poitiers.

Lo ignoraba. Nadie se había atrevido a recordar esa anomalía estando yo presente.

—Era giboso y fue un notable guerrero. Mucho mayor que Diana, también. Y cuentan que el matrimonio ha sido ejemplar, hasta que la hermosa quedó viuda y se entusiasmó con Enrique de Francia, acaso estimulada por el padre de éste, por el rey Francisco. El rey esperaba que lo ayudaría a despabilar a su sucesor. No soporta que sus cortesanos carezcan de amantes, y menos que ninguno el heredero de su trono, por supuesto.

—¿Tuvieron hijos? ¿Su esposo y ella, tuvieron hijos?

—Sí. ¿Por qué no?

Me observó curiosamente. ¿Por qué no, en efecto? Yo era el único jorobado del mundo incapaz de tener hijos.

Siglos después de este diálogo, poco antes de la última guerra, recorrí la catedral de Rouen y me detuve frente a la tumba famosa de ese Louis de Brézé, casado con Diana, la seductora. Dos esculturas lo representan, en la pompa de las ornamentaciones. Una lo muestra semidesnudo, yacente, con la propia Diana de hinojos, orando piadosamente por su alma; la otra, en alto, proclama la gloria ecuestre del militar. En ninguna de ellas queda ni el menor rastro de su giba. Como Mantegna, cuando pintó a los marqueses Gonzaga; como Lorenzo Lotto, cuando pintó mi figura de alucinado poeta, el artista —tal vez Jean Goujon— suprimió la deformidad. Los artistas son dioses a su manera; corrigen las equivocaciones, las burlas de Dios. ¿Para qué proyectar la sombra de una joroba hacia el futuro?

Pero, por lo visto, mientras andaba por los castillos de Francisco I o lidiaba en Italia, Louis de Brézé tampoco había sufrido a causa de su joroba. Suya fue la mujer más bella de su tiempo, lo mismo que la más bella del mío Julia Gonzaga,

lo fue del estropeado Colonna, *claudus ac mancus*. Si luego traicionó su memoria, Diana de Poitiers lo honró cuando vivía. En cambio yo... en cambio yo... yo mismo prostituía a mi noble Julia Farnese, en tanto departía con Lorenzaccio sobre cosas de Francia, y vagaba, con aparente indolencia, por las terrazas de Poggio a Caiano, asomándome a otear el paisaje sonriente hacia Florencia, hacia Prato, hacia Pistoia, por colinas, campos y jardines.

Mis acompañantes habían dejado caer el tema embarazoso. Parloteaban confusamente acerca de las bodas de Catalina de Médicis, acerca del manto flordelisado que en ellas había lucido el rey de Francia, acerca de las perlas enormes que cubrían a nuestra compatriota. No podían adivinar que esas mismas perlas pertenecerían después a María Estuardo y que Elizabeth de Inglaterra se las robaría a su desgraciada rival, cuando le troncharon la cabeza. Esos detalles, de haberlos conocido ellos, hubieran realzado algo la charla insulsa, pero la cronología limita las conversaciones. Por otra parte, no estaba yo con ánimos para habladorías palaciegas. Una angustia terrible me invadía el pecho. Quería regresar a Florencia, regresar cuanto antes. Sin dar explicaciones, descendí las escalinatas precipitadamente y salté a caballo. Galopé las cuatro leguas largas que separan a Poggio de la ciudad ducal, como si me llevaran las alas del viento. Detrás, Fabio y Juan Bautista espoleaban sus palafrenes. Lorenzino permaneció en el pórtico de la villa familiar, bajo el techo decorado por los della Robbia. Reía, sacudiéndose como un títere, y nos hacía ademanes y muecas disparatados, como si fuéramos tres locos.

A la puerta del palacio de los Médicis Popolani, me aguardaba Silvio. Por su actitud, por el rápido guiño con el cual me indicó, escaleras arriba, la dirección de nuestras habitaciones —pues delante de mis compañeros, y especialmente del hermano de Julia, no podía referirse a nuestra baja intriga— comprendí que todo se había consumado ya. Me lancé hacia el aposento de mi esposa. Empujé las puertas con un golpe brutal, y las cerré violentamente sobre las caras de mi escolta, girando la gruesa llave.

Julia estaba todavía a medio vestir. Me miró, asombrada, porque nuestras relaciones, como he dicho, se caracterizaban por un recato imbuido de ceremoniosa cortesía, y aunque ni una vez —ni entonces, ni después, ni nunca— aludí a lo que acababa de sucederle, entendió que estaba al tanto de su traición. Lo que no podía imaginar es que yo la había provocado con mi insensatez. Salió del lecho revuelto, y sus finas piernas brillaron un segundo, como espadas. Luego retrocedió, asustada, descalza, cubriéndose los pechos con las manos, hacia el fondo de la cámara penumbrosa. Sin duda temía que la matase. Pero yo, de un empujón, la volví a arrojar en la cama donde la había poseído mi hermano, y ahí, ferozmente, sin despojarme de la daga y del estoque que se enredaban en sus piernas y le arañaban la cintura, ensangrentándola, conseguí lo que no había conseguido hasta entonces. No había sido mía cuando debió, como lógica secuela de nuestra boda, y lo fue esa tarde, por despecho. El rencor y los celos me vigorizaron, barriendo mis ligaduras, mis turbaciones y mi flaqueza pusilánime, y lograron lo que no había obtenido el descubrimiento inicial de su belleza escondida, facilitada por las bendiciones y los contratos. No la maté, cuando me alcé, saciado por fin, de-sesperado, de las cobijas en las cuales flotaba el olor de Maerbale, porque, a pesar de mi enajenación extraviada, conservé bastante lucidez —la lucidez, el cálculo, jamás me abandonaban— para recordar el riesgo que el hijo de Cecilia Colonna implicaba para Bomarzo y que había sido el origen de aquel desastre, de aquel absurdo.

El Destino, que no perdía ocasión de mofarse de mí, había vuelto a jugarme una mala pasada de graves consecuencias. Para que yo pudiera darle a Bomarzo un heredero, fue menester que Maerbale se cruzara en mi camino y se posesionara, antes que yo, de mi mujer. Y fue menester que yo mismo lo combinara con la complicidad de un siervo. Diríase que mi sexualidad irresoluta, que trababan los complejos extraños, había requerido esa conmoción atroz, ese latigazo, para manifestarse. Sin el estímulo terrible de la rabia y la deslealtad, lo más probable es que Julia no me hubiera permitido y que mi vida se hubiera quemado a su vera, viéndola descaecer y marchitarse su lozanía. Ahora tendríamos un hijo, de ello estaba seguro, pero no sabría si era hijo mío o de Maerbale.

Ése —el peor de todos, el que más torturaría a mi vanidad, a mi sentido dinástico, a mi afán dominador, a mi necesidad de encontrar apoyos inamovibles que me ayudaran a proseguir mi andanza por el tremedal de la vida, sembrado de pantanos oscuros— sería mi castigo por lo que había hecho y por lo que me aprontaba a hacer, inexorablemente empujado por la fatalidad. Y lo monstruoso del caso, si bien se mira como ahora lo miro y lo mirará cualquiera, porque entonces, cegado por la pasión y prisionero de mi estructura miserable, me faltaban la calma y la perspicacia imprescindibles para advertirlo, es que yo era el único culpable de cuanto me acontecía. Mi existencia se pudo desenvolver plácidamente, normalmente, de no haber mediado los conflictos de mi carácter. Era duque, era rico, mi mujer era hermosa y pudiente, procedía de una de las casas más ilustres de Italia, de la que hubiera escogido, si se me hubiera dado a elegir entre nuestras viejas coronas; el propio Carlos Quinto me había armado caballero; había heredado una tierra y unas piedras admirables, densas de antiquísima sugestión; muchos envidiarían mi estado, mi lujo, mi influencia, mis entradas en la corte pontificia, mi trato de igual a igual con los grandes; gustaba del arte como un refinado; componía unos versos que no desmerecían junto a los de los poetas que me rodeaban; tenía una cara bella, aristocrática, unos ojos que reflejaban la majestad y la ironía y que detenían, turbados, a los ojos de los demás; mi capacidad sensual, como la de tantos hombres destacados de mi época, me situaba por encima de los prejuicios; Dios, su maravilla y su espanto, no me inquietaban todavía; me adoraba mi abuela, el ser más extraordinario que conocí; el azar oportuno había suprimido a quienes entorpecían mi progreso; si había nacido deforme, otros, bastantes otros, habían nacido así y lo superaron con personalidades menos prestigiosas que la mía; cuando vine al mundo me pronosticaron algo mágico, fabuloso, que me exaltaba sobre mis contemporáneos y que hacía de mí un individuo aparte, impregnado de desvelante misterio. Y sin embargo tronché, destrocé mi vida. Claro que para actuar de distinto modo, yo hubiera debido ser esencialmente distinto. No hubiera sido yo.

Partió Maerbale, con Cecilia, rumbo a Fondi, para visitar a Julia Gonzaga, su parienta, y Silvio partió detrás. Maerbale se despidió de mí como si nada hubiera sucedido. Su cinismo anuló mis escrúpulos, si alguno me quedaba. Evité que mi mujer y él se vieran, enviándola a nuestro castillo rápida y repentinamente, con el pretexto de haberme enterado de que mi abuela estaba grave. Aduje para no acompañarla, que permanecería en Florencia unos días más, pues debía concluir unas transacciones sobre mi feudo de Collepiccolo con Alejandro de Médicis, pero en verdad me demoré para aguardar las noticias de Silvio de Narni.

El secretario no tardó en regresar. Se había encontrado con Maerbale antes de lo que esperaba, por suerte para el éxito de nuestra empresa, porque Maerbale, sin duda ansioso de reunirse con mi mujer, había cambiado la dirección de Fondi por la de Bomarzo, a riesgo de enfrentarse allí conmigo. Corroboré con ello cuánto me despreciaba y cuánto deseaba a Julia, y eso me robusteció para escuchar sin flaqueza un relato cuyo trágico desenlace era evidente. Su desprecio y sus deseos, como su mérito, su ufanía, su elegancia y el amor que acaso había inspirado, de nada servían ya. Servían de menos que la lagartija de Paracelso, prisionera de su jaula, y del retrato de Lorenzo Lotto, o que la hembra del bufón de mi abuela, prisionera de la locura.

Silvio me contó que mi hermano no había albergado ninguna sospecha, cuando en la ruta lo alcanzó. Hasta resultó lógico que ese alcance aconteciera, puesto que Silvio le explicó que yo lo había mandado a Bomarzo, precediéndome. Maerbale le contestó que iba allá también, por asuntos que sólo a él le concernían, y por su expresión el falso cómplice entendió de qué se trataba. ¿A qué otra cosa iba a ir, si no pisaba el suelo de Bomarzo desde que era mío? Juntos se detuvieron en una posada, a beber un jarro de vino, y Silvio aprovechó un descuido del joven condottiero para volcar en su vaso el veneno que yo le había dado. Todo se hizo limpia y velozmente, con más discreción que en el caso del cardenal Hipólito de Médicis. Maerbale murió en el acto, y según Silvio sin padecimiento. Su escolta era muy pequeña y nadie de los que la integraban osó detener al astrólogo de Narni, hombre misterioso, peligroso, si acaso sospecharon de él. El propio Silvio, cuya intimidad reciente con el segundón Orsini conocían esos criados, ya que en los últimos tiempos lo habían visto salir y entrar con él a menudo en su cámara del palacio florentino donde nos alojábamos, se encargó de decirles que Maerbale le había confiado que padecía, a raíz de su herida de Venecia, un mal oculto, terrible, que le emponzoñaba la sangre y que podía concluir con el capitán en cualquier momento. Le creyeron o no le creyeron (presumo que no le creyeron), pero, privados súbitamente de su amo, perdieron la cabeza y lo dejaron partir, pues les declaró con vehemencia que debía informarme al punto de una desgracia que me tocaba tan de cerca. Quiso el azar que no hubiera entre ellos ningún servidor especialmente fiel, ningún compañero de armas. Eran unos pajes venecianos y un escudero de Bolonia, más preocupados por la paga que por exhibir una lealtad inexistente. Con seguridad calcularon que lo que menos les convenía era enemistarse con alguien tan próximo al duque de Bomarzo, al único hermano de su señor, a aquel de quien dependería su destino, porque habrán barruntado que poco podían esperar de la inexperiencia de Cecilia Colonna. Envolvieron el cuerpo y lo pusieron sobre unas angarillas. Así continuaron su viaje hacia Bomarzo, con Cecilia que, metida en su litera, atónita y desesperada, gritaba su dolor al camino desierto. Tal vez perdiera su hijo y eso hubiera sido lo mejor. Cuando yo llegara a la fortaleza, se resolvería qué había que hacer y se delimitarían responsabilidades. Pensaron que llegaría de inmediato, pero postergué el regreso. No me atrevía a afrontar el sufrimiento de Julia, de Cecilia, de mi abuela. Cecilia no me atribuiría un crimen cuyas razones ignoraba, pero Julia las penetraba demasiado bien, y Diana Orsini las intuiría pronto.

Presté atención a Silvio sin formular comentarios y luego lo despedí. Necesitaba encerrarme a meditar, aunque todavía no experimentaba remordimiento alguno. Había conseguido lo que deseaba, con perfecta comodidad, y hubiera sido hipócrita e inútil deplorarlo. Ahora me sentía vacío,

como si de repente me hubieran extirpado toda la amargura que llevaba adentro y no la hubiera reemplazado con nada, ni alegría ni aflicción. Maerbale había sido suprimido, había sido desplazado para siempre de mi camino, en el cual se cruzaba sin cesar, mostrándome el esplendor de sus ventajas, y así tenía que ser, implacablemente, para que yo pudiera seguir adelante. Días más tarde, cuando Messer Pandolfo apareció en Florencia, con los ojos arrasados de lágrimas, para comunicarme que mi abuela, en su alta edad, no había resistido el golpe y había hallado la muerte, en su aposento, entre sus gatos blancos, de modo que el pretexto que yo había inventado para alejar de Florencia a Julia resultó una tremenda realidad —que así se venga y burla la vida de nuestras pobres maquinaciones—, comprendí que los últimos lazos que me ligaban al pasado se habían roto. Entonces lloré por fin. Lloré por mi abuela, por mi padre, por Girolamo, por Maerbale, por mí mismo, sobre todo por mí mismo, por el sobreviviente, que era como una hoja seca en medio del huracán, como una de esas hojas amarillas que el viento de otoño empujaba contra los vidrios de mi ventana. Nadie ignoraba la pasión que me unía a Diana Orsini, proclamada en su correspondencia, y mis visitantes, que encabezó el duque Alejandro, involucraron en mi pesar al que debió conmoverme ante la muerte de Maerbale. Me rodearon, me consolaron, me hablaron de Dios, de la vida, de resignación, de la urgencia de sobreponerme porque me aguardaban graves compromisos. Yo los dejaba hablar. Abrazaba a Lorenzaccio, al cardenal Pucci, a Margarita de Austria, a mis primos Orsini, sin escucharlos. El vacío que colmaba mi interior se había ahondado más aún, saliendo de mí y envolviéndome como si yo estuviera dentro de una inmensa campana aislante en cuyo ámbito pesaba el silencio glacial. Hasta que, lentamente, comenzaron a dibujarse en esa aislada inmovilidad unas leves figuras. La blanca silueta de mi abuela, empinada, acechante, en momentos en que Girolamo nos miraba con horror desde las aguas del Tíber que tironeaban de su jubón ensangrentado; la de Girolamo, de pie junto a mí, desnudo, clavándome en la oreja una larga aguja, como una daga; la de mi padre, rechazándome, exiliándome a Florencia sin atender a mis balbuceos; la de Maerbale, enlazado a mi mujer, besándola, mordiéndola, se confundieron en mi memoria. Pasaban y volvían a pasar, como sombras, sobre la fosca perspectiva de Bomarzo. Pero también, en esa sucesión de imágenes, vi a mi abuela inclinada sobre mí, radiosos los ojos azules, el día en que me regaló la armadura etrusca, y la vi consolándome y deslizando sus dedos por mi pelo fino, muchas veces, muchas veces, como si yo fuera uno de los gatos que ronroneaban en el calor de sus cobijas. Vi a mi padre, rozándome la mejilla, a medida que nos narraba la historia del David de Miguel Ángel. Vi a Girolamo y a Maerbale, a caballo, trémulos de donaire y de gracia, cuando tornaban de alguna cacería, en medio de los negros jabalíes cobrados y de las antorchas. Y lloré nuevamente por todos nosotros.

Regresé a Bomarzo cuando mi abuela y Maerbale habían sido sepultados bajo las losas de la iglesia. Ahora yo era el único, el postrero, yo, el más débil, el desmedrado, el miserable. Yo, y el ser que alentaba en las entrañas de Cecilia Colonna, y el que quizás se insinuaba en las de Julia Farnese. Ahora estaba solo con Bomarzo; solo con aquella masa de piedra, áspera y adorable, que tanto me había costado conquistar para mí.

Los gatos de mi abuela maullaban en los corredores, abandonados, y el otoño saturaba las tardes de melancolía. Me encerré en mi habitación y me negué a recibir a nadie. No quería tenerlos cerca, y menos que a ninguno a Cecilia, a Julia

y a Silvio. Asomado a una ventana, observaba a mi mujer y a la mujer de mi hermano, que caminaban por el jardín, entre las rosas marchitas y los árboles deshojados. El vientre de Cecilia pugnaba bajo la falda, enorme. Supe que Julia aguardaba también un hijo. Bomarzo tendría un hijo. ¿Mío... de Maerbale...? A Maerbale lo había muerto yo, ¿para qué?, ¿para qué nada? ¿Qué palabras de alivio hubieran pronunciado entonces la religión de Ignacio de Zúñiga, el cariño de Abul, la amistad de Hipólito de Médicis? ¿Quién hubiera podido aclararme por qué y para qué iba a los tumbos esa vida en la que lo único inmutable, lo único perdurable, lo único firme y cierto eran las rocas que allá abajo, en el valle, emergían de la fronda espinosa y que cuando yo andaba entre ellas, de mañana, palpando sus formas que entibiaba el rocío, parecían estremecerse, como si fueran colosales seres humanos, como si fueran los míos que se habían desgarrado de mí para siempre y que sin embargo seguían allí, inseparables de Bomarzo, hincados en el misterio fecundo de su tierra?

Cecilia dio a luz un varón, dos meses después. Fue bautizado con el nombre de Nicolás, en la iglesia donde su padre yacía. Maerbale lo había escogido, y Cecilia respetó su decisión. Era un nombre viejo e ilustre en nuestra progenie: el del papa que soñó con dividir a Italia entre los suyos; el del amigo de Santa Brígida y de Boccaccio; el del guerrero que conservó para los pontífices su sede de Roma y por eso recibió privilegios importantes de Gregorio XI; el del famoso vengador de su padre, que mandó despedazar con hierros candentes al enemigo Rainieri y arrojar sus trozos al Tíber; el del admirable conde de Pitigliano, aquel del sepulcro glorioso en Venecia, el amo del astrólogo Benedetto; el de mi primo, el feroz, el de las concubinas hebreas. Muchos Orsini se habían llamado Nicolás; muchos se llamarían así. Cuando el capellán lo sumergió en el agua santa, el pequeñito rompió a llorar, y Julia, que empezaba ya a mostrar su preñez, se estremeció y le besó una mano. Detrás, entre Segismundo y Mateo Orsini, yo presidía la ceremonia.

El duque de Mugnano acudió también y me presentó un fragmento de mármol hermosísimo, de tamaño mayor que el de un cuerpo humano natural, un torso de Minotauro que posiblemente integró un grupo perdido, con la desaparecida figura de Teseo, y que según él era copia romana de un original griego del siglo IV o V antes de Nuestro Señor. Con ese regalo suntuoso calculaba que se haría perdonar el rapto de Porzia. El torso de atleta, sin piernas ni brazos y con el sexo salvado prodigiosamente, se coronaba con una cabezota cuyo horror no procedía tanto de los rasgos bestiales y del casquete crespo que la ceñía, entre las orejas puntiagudas y rotas, como de la bárbara mutilación que había sufrido en plena cara y que le había arrancado buena parte de ella. El contraste entre la fascinadora voluptuosidad de ese cuerpo armónico, elegantemente apoyado en una de las piernas inexistentes y esa testa monstruosa, me espantó en el primer instante, como todo lo anómalo, y hasta llegué a sospechar que mi primo de Mugnano me lo había mandado como una burla, acaso como una alusión cruel al desconcierto de mi físico, pero era tan buena la relación que me vinculaba al castellano limítrofe, y tanta la importancia arqueológica de la pieza —cualquiera puede verla hoy, en el Museo Pío Clementino del Vaticano, en la Sala de los Animales, después de las Musas—, que descarté esa idea extravagante, y ordené que emplazaran al engendro en el centro de la galería que rodeaban los bustos de los emperadores romanos de la colección de los patriarcas de Aquileia. Allí quedó mientras viví en Bomarzo, como un símbolo inquietante: la quimera

pavorosa, bella y repulsiva, y en torno la ronda, la guardia de los soberanos jóvenes y viejos, que la miraban doblando las cabezas o alzando las frentes, ya vencidos por la indolencia, ya espoleados por la ambición, ya meditabundos, y que le rendían homenaje desde la lepra y el orgullo del mármol, como a un milenarismo dios secreto.

Las funestas consecuencias fisiológicas de una gestación ardua, entorpecida por los trastornos que derivaron, para la pobre Cecilia, de la muerte de Maerbale, con quien se había casado exclusivamente por amor, se observaron muy pronto. Su debilidad le impedía intervenir en las tareas de sus damas, que dirigía mi mujer, pero, sentada entre ellas frente a la chimenea del salón por cuya cornisa se desenroscaba, entrelazada, la guirnalda con las iniciales mías y de Julia Farnese, daba de tanto en tanto unas puntadas a las ropas del ajuar infantil que preparaban juntas. Hasta que se advirtió que su vista comenzaba a flaquear, de tal suerte que debió suprimir también aquella mínima colaboración. Por fin, la noche total cayó sobre sus ojos. Pensamos que se trataba de algo pasajero; consultamos a los astros, al herbolario del lugar y trajimos físicos de Roma, pero fue en vano. Cecilia Colonna estaba ciega. Y el remordimiento que yo no había sentido cuando Silvio me informó del asesinato de Maerbale, creció, veloz, dominándome, ahogándome, ante la tortura de la inocente. A veces, al torcer un recodo del jardín, detrás de un seto recortado, topaba con ella y con Julia. El dolor había afinado el rostro de mi cuñada, infundiéndole una enigmática hermosura espiritual de la cual antes carecía y que acentuaba la paz inmóvil de sus ojos. Esos ojos desiertos se posaban largamente sobre mí, como los de una estatua, y a su lado, intensos, ricos de una vida luminosa, los de Julia clavaban también su muda acusación. El pequeño Nicolás, que mecía la nodriza, gimoteaba cerca, y yo me alejaba precipitadamente para eludir el espectáculo. Ni ella ni Julia mencionaron jamás la posibilidad de que existiera lazo alguno entre la muerte imprevista de Maerbale y mi intervención fatal. Habíase forjado entre ambas una rara solidaridad, luego del fallecimiento de mi hermano. Ambas lo habían querido; ambas habían perdido con él mucha de su razón de ser en el mundo. A Cecilia, en la oscuridad terrible que la rodeaba, restábale por consuelo su hijo, su Nicolás Orsini; Julia alcanzaría en breve un alivio similar, cuando naciera el que abultaba su vientre, y que acaso fuera hijo de Maerbale. Después de muerto, Maerbale seguía triunfando.

La posesión de mi mujer, lograda tan a destiempo, me impulsó a reanudar la experiencia a menudo. Me ilusionaba pensando que con ello afianzaba mi dominio; que la tornaba más mía cada vez; pero en cada ocasión —y ella se entregaba, silenciosa, remota— cuando me separaba, aparentemente saciado, comprendía que no era su dueño verdadero, que o bien, en los momentos culminantes, otra forma, de mi hermano invisible, se sustituía a la mía, apoderándose de Julia, o bien ella me dejaba hacer, indiferente, sin compartir mi arrebatado. Y eso, que me encendió de rabia, me hizo, paradójicamente, mucho bien, porque me proveyó de un motivo más para odiar a Maerbale y a su memoria y me afirmó en la certidumbre de que al anularlo procedí en propia defensa, como debía.

Entre la espectral Cecilia, que pasaba tanteando las paredes con el bastón de oro de mi abuela, y Julia, cuyo desdén de labios apretados me fustigaba con mayor virulencia que el más soez de los insultos, el tiempo transcurrió en un infierno que escondía sus llamas dentro de mí. Si salía de noche a vagar por el parque, por el bosque, con Silvio o con Juan Bautista, los ramajes umbríos, las

fuentes y las rocas informes se retorcían, convirtiéndose en Maerbale, en Girolamo, en Beppo. Me refugiaba entonces en mi cámara, donde habían buscado asilo los gatos desamparados de Diana Orsini y, tendido en el lecho, con ellos alrededor, imaginaba que mi abuela estaba ahí, como cuando era muchacho, pronta para consolarme y para hallar una explicación de mis extravíos. Pero a mi abuela la había muerto yo, como a Maerbale, y ya no me quedaba ninguna posibilidad de protección. Acaricié entonces la idea compensadora de que un sacrificio, una penitencia, me ayudaría a reconquistar el equilibrio, y puesto que mis encuentros lujuriosos con Julia significaban para mí, luego que se apagaba su quemadura fugaz, un sufrimiento y una humillación, me impuse, como castigo, la obligación de eludir todo contacto carnal que no fuera el de ese cuerpo frío y hostil. Sin embargo una noche, cuando descendía de su aposento, luego de gozarla, con mi hambre sensual intacta, vejado, envilecido, recuerdo que al atravesar la galería de los bustos imperiales, que iluminaba una sola antorcha con agonizante claridad, sucedió algo extraño. El bailoteo del blandón descubría, efímeramente, las fisonomías ávidas de los emperadores, cuya ansiedad resultaba misteriosamente similar a la mía y se evidenciaba en el temblor de los labios, en las ojeras, en la codicia de los perfiles tensos, en la pasión que vivificaba a la piedra, roída por los siglos y animada por el hechizo de la luz aleteante. Miraban todos ellos hacia el torso del Minotauro. Recuerdo que me aproximé a la estatua, que la llama lamía de vez en vez, dorándola con un tono de miel, cálido y mórbido, y que una fuerza recóndita me impulsó a ceñir con mis brazos el cuerpo hermoso, que se erguía como en un ara sobre su base, en el centro del castillo; que apoyé la mejilla contra su vientre de marcados músculos y que, ascendiendo con los labios por el alto pecho, besé la cara mutilada, destrozada, horrible.

Hacía mucho tiempo que no soñaba, y soñé esa noche que el Minotauro era el duque de Bomarzo. Yo mismo lo coronaba con la media diadema y le vestía el ropaje ceremonioso. Messer Pandolfo pronunciaba un largo discurso en latín, y los emperadores romanos le rendían acatamiento. Del rostro despedazado de mármol de la bestia, manaba sangre. La escena tenía un aire de orgía y de rito, de culto hermético y lúbrico. Era una imagen truculenta, propia de un cerebro febril y de una época en que las obras antiguas, recién descubiertas, lograban incomparable importancia, y en que los temas priápicos obsesionaban a los príncipes confundidos por sus crímenes, por la mitología y por una concupiscencia que requería incentivos desvariantes.

Al día siguiente escribí a Violante Orsini y a Fabio Farnese, sugiriéndoles que me visitaran en Bomarzo y que llevaran con ellos alegre compañía. Extremé el impudor hasta decirles que después de la muerte de Maerbale necesitaba distraerme de la tristeza de su memoria. Entre tanto, me fui con Juan Bautista a Mugnano, a visitar a mi primo el duque y a su hermana Porzia. Volvimos sudados, ebrios, gritando por el camino que cruzaba la chispa lunar de las liebres. Juan Bautista traía un cinto de oro, con cuatro amatistas, que Porzia le había dado en nombre de su amante. Me tiré en mi lecho, resoplando, sacudiendo su columnata, y llamé a Julia varias veces, hasta que me quedé dormido.

Violante era, dentro de su desorden, una buena mujer. Su sensualidad podía más que cualquier consideración y la arrastraba a toda clase de frenesíes, pero nunca procedía hipócritamente. Del tiempo en que había sido amante del duque de Urbino había conservado un aderezo de topacios y perlas, que le encantaba lucir, y del tiempo en que lo había sido del alabardero hermoso, conservaba una cicatriz en el cuello a la que apreciaba como a otra alhaja. Desmontó del caballo,

en Bomarzo, ansiosa de divertirme y de divertirse. Había dejado a su marido en Roma, y Fabio le servía —ya que no de galán efectivo, por obvias razones— de acompañante cordial, siempre dispuesto a secundar sus caprichos. Con ellos trajeron a varias señoras de vida poco recomendable, bonitas, lujosas, entre otras a una prima de Cecilia, viuda a los dieciocho años, que no usaba más brújula que la de su mudable placer, y a media docena de intelectuales, algunos de ellos bastante serios pero, como gente que aspiraba a la elegancia, listos a seguir la corriente de los grandes para que no los juzgaran aburridos o pasados de moda, y listos asimismo para cazar al vuelo una tajada porque, al fin y al cabo, hay que vivir. Ése fue el núcleo de mi futura corte de Bomarzo, que ha inspirado comentarios y cierta literatura. Estaba entre ellos, distante, un prelado, Cristóforo Madruzzo, de noble familia, que fue obispo de Trento dos años después y algo más tarde, cardenal. Era un admirador profundo de Julia Gonzaga. Luego compró al duque Caraffa los castillos de Galese y Soriano, en el Cimino, cerca de Bomarzo, donde embelleció la fuente de Papacqua, y esa proximidad estrechó nuestras relaciones. Estaba también Francisco Molza, el admirable humanista, que había formado parte del séquito del cardenal Hipólito de Médicis y se halló junto a él cuando mi amigo murió en Itri. La existencia disoluta que llevaba en Roma le dio tanta fama como su cancionero petrarquizante, como las estrofas que dedicó al retrato de Julia Gonzaga por Sebastiano del Piombo y como las de la *Ninfá Tiberina*, que exaltan la gracia de Faustina Mancini. Había dejado, años atrás, en Módena, a su mujer y a sus hijos, y los había olvidado por completo. Sufría la misma enfermedad de Pier Luigi Farnese, la enfermedad de la cual Paracelso me salvó en Venecia, y sus estragos comenzaban a devastarle el rostro macilento pero así como Madruzzo era grave y solemne, no obstante la finura señorial de sus rasgos y de su boca levemente irónica, que Tiziano ha preservado para la eternidad, Molza era inclinado a la burla, al epigrama y al devaneo amoroso. Estaba Aníbal Caro, el poeta, secretario de monseñor Gaddi, que más adelante lo sería de Pier Luigi, numismático, arqueólogo, preocupado de retórica estilística, frío y pulcro. Estaba Francisco Sansovino, que no contaba más de dieciséis años y acudió de Venecia con Claudio Tolomei, defensor de la lengua toscana. Estaba Betussi, superficial, adulador, que preparaba ya los diálogos del *Raverta* y expresó en verso el elogio de mi mujer, señalando, como era de esperar, su “ingenio angélico y celeste” y la belleza que recibió, “como don del cielo”, y que cantó (porque un día le mencioné, al pasar, ese idilio trunco de adolescencia) a la lejanísima Adriana dalla Roza, con el mismo entusiasmo con que el pequeño Sansovino, su compinche en las prácticas de una bibliografía lisonjera, que se traduciría en ventajas financieras para sus cultivadores, me celebró a mí, a Vicino Orsini, en el segundo libro de sus hombres ilustres, destacando insólitamente mi “vida y aspecto reales” y mi condición no menos insólita de “amante de las armas y de las letras”. Se instalaron en el castillo y lo alegraron con su despejo, con su malicia, con sus artificiosas ocurrencias. A algunos de ellos, evidentemente, se los podía acusar de inescrupulosos, de mercaderes de loas rimadas, de envidiosos, de enfermos de vanidad, pero todos rivalizaban, con la sola excepción del sobrio Madruzzo, en el derroche de un donaire de chisporroteos multicolores que nos obligaba —a nosotros, los señores, mucho más lentos, más torpes y anquilosados cuando se trataba de las gimnasias de la listeza— a una permanente vigilancia, para manejanos sin perdernos en un laberinto de retruécanos, alusiones, sofismas, emblemas, citas en griego y latín, recuerdos de Platón, de Dante o de León Hebreo, cuyos meandros destellaban por

el choque de las agudezas, cuando nuestros huéspedes hablaban de amor o de intrigas o razonaban sobre equívocos idiomáticos. Esa acrobacia permanente me irritaba un poco porque era superior a mí y a mis conocimientos, a pesar de que mis nuevos amigos invocaban a cada instante mis ensayos líricos, parangonándolos con los de Petrarca, pero en el fondo la atmósfera de inteligencia y de respeto me halagaba, y me parecía que con aquellas presencias doctas y petulantes yo le tributaba a Bomarzo un homenaje que hasta entonces no había recibido, pues ahora, por primera vez en su historia, quienes departían en sus salas, en torno de las rojas chimeneas, o se asomaban, friolentos, arropados con pieles que a veces debía prestarles, a otear el taciturno paisaje invernal que blanqueaba la nieve y azotaba la lluvia, no eran unos soldados y unos cazadores, vehementes, brutales que golpeaban con las dagas las mesas para llamar a los criados, y estremecían al castillo con sus palabrotas, inquietos únicamente por despedazar al jabalí que se asaba frente al fuego, o por averiguar si les convenía más luchar a las órdenes de Venecia, de Milán, de Nápoles o del papa, sino unos hombres frágiles, melindrosos, que se esmeraban por elaborar frases sutiles y complejas, llenas de perspicacia maligna, y que se enseñaban los unos a los otros unos papeles escritos con líneas desiguales, negros de borrones y raspaduras, así como los guerreros anteriores, en la época de mi padre y de mi abuelo, se arremangaban violentamente y se abrían las bragas, para mostrarse los costurones y las huellas de los tajos.

Yo los escuchaba y hablaba poco. Mi prejuicio decorativo se encantaba al presenciar sus evoluciones. Componían grupos cadenciosos con las damas frívolas, con Fabio y con mis primos Orsini, teniendo por fondo cromático a las pinturas de Rafael, Tiziano, Lotto, Bassano y Dossi, o girando en sus caminatas —caminaban mucho, conversando sin cesar, y el rigor del tiempo no les permitía abandonar el castillo— alrededor del Minotauro, para luego pasear lánguidamente delante de los bustos de los emperadores, que a su vez los contemplaban con insolencia despreciativa, llegar hasta la armadura etrusca, y descender entre tapices hacia las salas de los trofeos. Charlábamos así, una tarde, cuando mi deudo de Mugnano se presentó repentinamente. Por la intensidad de su expresión deduje que era portador de una noticia importante, y temí que Silvio o yo mismo hubiéramos sido relacionados con la muerte de Maerbale, pero al punto eliminé esa inquietud, porque la verdad es que a nadie —ni al papa, ni a los Colonna de Cecilia— le interesaba acusarme de esa muerte, y antes les convenía conservar la amistad del sobreviviente poderoso que desvelarse por el muerto ineficaz. De muerte y de crimen se trataba en efecto, si bien con ellos nada tenía yo que ver. Lorenzino de Médicis había asesinado al duque Alejandro de Florencia. El Renacimiento afirmaba cada vez más la obsesión monótona que exigía que ninguno de sus personajes muriera de muerte natural. Quedamos anonadados. Aunque habíamos oído susurrar a menudo que Lorenzaccio constituía un peligro para el duque, pues terminaría apuñalándolo, ya que nunca había dejado de considerarse, junto al bastardo, como el legítimo heredero de los grandes Médicis, el carácter del menudo *filósofo* y sus constantes bufonerías parecían excluir la decisión y el vigor que supone un crimen. Yo que había mandado matar a mi hermano, sabía bien lo que eso significaba. Sabía el caudal de fuego que hay que llevar en las venas para tomar una resolución así. Lorenzaccio, incansable inventor de los placeres ducales, organizador de sus vicios y cómplice de sus felonías, carecía, a primera vista, del impulso vital que mueve a una determinación tan perentoria. Pero en seguida, cada uno de nosotros,

como en esos casos sucede, empezó a indagar en sus reminiscencias, en pos de algún rasgo directo que vinculara al autor de *Aridosia* con esta imagen nueva y relampagueante, y poco a poco, mientras nuestras voces subían de tono, fue como si, uno a uno, lo hubiéramos previsto.

Violante Orsini recordó, precisamente, la representación de *Aridosia*, a la cual habíamos asistido juntos, cuando las bodas del duque.

—Tuvimos que oír cosas tremendas, y no soy mojigata. No obstante, peor que el derroche indecente, resultaba la impresión de que detrás del palabrerío había algo oculto... misterioso... una alusión... una incitación...

—Sí —replicó Cristoforo Madruzzo, apoyando una mano que emergía del breve encaje del puño, en la cadera del Minotauro—, la incitación era evidente. Aquel público de señores florentinos tenía que sentir como trallazos, en la cara roja de vergüenza, la repetida mención de las monjas acosadas hasta en sus conventos. Es lo que hacía el duque, perseguir a las niñas nobles hasta las celdas, y eso era lo que más indignaba al pueblo de Florencia, y Lorenzino, burlándose, lo subrayaba.

—El pasado año, en los días en que el emperador convocó en Nápoles a los del exilio, luego de la empresa de Túnez —arguyó Aníbal Caro—, me acuerdo que se comentó doquier que el duque Alejandro había perdido su cota de mallas, de la cual no se desprendía nunca, y que refirieron que se la había robado Lorenzino.

—Es un loco furioso, capaz de cualquier demencia —terció a su vez Francisco Molza—. Cuando, en Roma, mutiló las estatuas del arco de Constantino, valiéndose de una barra de hierro, pronuncié una arenga en latín, ante la Academia. Quien la relea encontrará, en un párrafo que dedico a la musa Melpómene, mi anuncio de las tragedias que se precipitarían luego... ésta y la del cardenal Hipólito...

La voz juvenil de Fabio Farnese se elevó, mimada, voluntariosa:

—Lorenzino es un héroe. Es un nuevo Marco Junio Bruto. Es el que ha destruido al tirano.

—Es un loco —insistió Molza— y un ambicioso. Uno que busca que hablen de él a cualquier precio. No se resigna a desempeñar un papel secundario, entre sus primos opulentos. Degolló a las estatuas para atraer la atención hacia su insignificancia, y asesinó al duque Alejandro por el mismo motivo, por resentimiento. Es un histrión.

—¡No! —gritó Fabio, y lo secundaron Orso y Mateo Orsini—; ¡mató como un héroe! Es un nuevo Bruto. Mató para salvar a su patria, como un romano antiguo.

La conexión de la figura de Lorenzino, esmirriado, volandero, con la del eminente Marco Bruto, a quien no se podía mentar sino en términos majestuosos y teatrales, los fascinó en seguida. Cedieron, jubilosos, maravillados, al entusiasmo con que el Renacimiento revestía las togas augustas y remedaba, en los proscenios ruinosos, la inmortalidad escultórica de los gestos cesáreos. En medio de los bustos aquilinos de los emperadores, perchados como aves de presa en sus bases de pórfido, los jóvenes encendidos vibraban, románticos, anunciando al *Lorenzaccio* de Alfred de Musset. Molza, que tenía mal carácter y a quien su enfermedad le intoxicaba el ánimo, les respondió que no fueran imbéciles, y los muchachos echaron mano a los puñales. Entonces, para sosegarlos, para distraer su cólera, evoqué también yo la atmósfera desconcertante que rodeaba a las relaciones del duque y su primo.

—Hubo adivinos y astrólogos —les declaré—, que como el poeta Molza pronosticaron esta muerte. Ya sabemos que el poeta es un iluminado, un vaticinador. En Florencia conocí a un Poggio de Perugia, que en sueños vio al duque asesinado. Y Giuliano dal Carmine, el que intervino en los augurios cuando comenzaron a edificar la gran prisión, publicó a derecha y a izquierda que Lorenzino degollaría al príncipe.

—Y yo —añadió el duque de Mugnano— a otro profeta conocí que llamaban el Greco, un Giandomenico dal Bucine, que repetía la misma cosa. Y he tratado al arzobispo de Marsella, al hermano de la marquesa de Massa, que proyectó matar a Alejandro por medio de un arcón lleno de pólvora, porque galanteaba a su hermana, la mujer de Lorenzo Cibo. No lo mató el arzobispo de Marsella; lo mató el mozuelo extravagante, que creí incapaz de aplastar una mosca. Que Dios se apiade del duque de Florencia. Nunca lo quise. Era un ser aborrecible, un infame.

—Ordenó que ultimaran a su propia madre, para esconder su bajo origen —apuntó Sansovino, pero lo hicimos callar, porque no convenía que un rapaz, por despejado que fuese, terciara de igual a igual con sus mayores, y menos, siendo villano, que se expresara con tanta imprudencia, al hablar del señorío.

Mi mujer y Cecilia, que jamás acompañaban a nuestro grupo, y permanecían en sus aposentos, con el agresivo Nicolás, habíanse asomado a la galería, luego que supieron la llegada del vecino de Mugnano, y habían escuchado las informaciones. En una pausa de silencio, resonó el claro timbre de Julia Farnese:

—Lorenzino mató al tirano. Mató al asesino. El asesino fue el tirano y no él. Hizo bien en matarlo así. Matar a los que matan... matar a los que matan...

Pronunció esas palabras y me miró con fijeza. Cecilia Colonna avanzó vacilando, golpeando con el bastón de oro las bases de los bustos, y lanzó un chillido:

—¡Matar a los que matan!

Aplaudieron Fabio y los Orsini. En el escenario de las estatuas, por el cual se adelantaba con una mano tendida, la princesa ciega avivaba clásicas figuras.

—¡Lorenzino ha salvado a Florencia del oprobio! —exclamó Segismundo, y me asombró que Fabio y él, afeminados, triviales, sólo ocupados de ropas, de afeites, de chanzas y de intrigas con hombres de cualquier condición, tomaran el asunto tan a pecho. La verdad es que tenían bastantes rasgos en común con Lorenzino; que acaso reconocían en él a lo mejor, a lo más depurado de sus psicologías.

Los días siguientes no se comentó otra cosa en Bomarzo. Trajeron de la Toscana frescas noticias con detalles del crimen, y en nuestras imaginaciones se fue burilando la estampa del duque perfumado, que elegía los guantes de piel — los guantes “de hacer el amor”, como los describía por oposición a los guanteletes de guerra— y se aprestaba para la aventura que Lorenzo le había prometido, con su tía la ejemplar Catalina Ginori. Lo vimos separándose de sus esbirros, hasta de ese húngaro que jamás se apartaba de su lado; entrando en el palacio que nos había albergado a Maerbale y a mí, durante nuestra última estada en Florencia, y que habitaba Lorenzaccio; tirándose vestido en el lecho, a aguardar a la esquivo pronta a ceder, y recibiendo, medio dormido, la primera cuchillada de su primo que, transfigurado, saltaba sobre él como un demonio. Lo vimos defendiéndose con un escabel por escudo; brincando, debatiéndose, sacudiéndose, hurtando el cuerpo en un baile mortal, mientras su sangre salpicaba en torno las paredes, como si fuera una siembra que arrojaban al voleo;

mordiendo con rabia la mano de Lorenzino, hasta que casi le arrancó el índice, y doblándose bajo las estocadas implacables, en tanto que el escurridizo Médicis y un valentón a sueldo que llamaban Scoronconcolo y a quien yo había entrevisto en el palacio de los Popolani, le daban caza como a un animal cercado, en la cámara que apenas iluminaba una bujía sola, puesta en el suelo. Lo remataron, lo cubrieron con el pabellón de la cama, y se dieron a la fuga.

—¿Y Lorenzino?

—En Venecia, junto a Felipe Strozzi, que lo abrazó llorando cuando le creyó por fin, porque al principio no le creía, y le prometió que sus dos hijos, los dos Strozzi bisnietos del Magnífico que son bellos como el sol, casarían con sus hermanas, puesto que había devuelto a Florencia la libertad.

—Quieren que Sansovino esculpa su estatua —dijo Betussi.

—¡La hará mi padre! —se entusiasmó el pequeño Francisco Sansovino—. ¡Estoy seguro! Anda muy ocupado, con la construcción de la nueva librería veneciana, donde colocarán los manuscritos del cardenal Bessarión, pero estoy seguro de que lo dejará todo para consagrarse a esta obra: la estatua de Lorenzino de Médicis.

—¡De nuestro hermano Lorenzino! —interrumpió Segismundo.

—Y harán acuñar una medalla en su honor —dijo Fabio Farnese.

—Jacopo Nardi lo ha comparado con David, el mi-núsculo, derribando a Goliat, el gigante —dijo Orso Orsini.

—Hoy el gigante es él. ¡Será el nuevo duque de Florencia! —exclamó Mateo.

Molza meneó la cabeza escépticamente:

—No, no lo será. Los florentinos no tolerarán que los gobierne ese loco carcomido por la ambición.

—¿Loco? ¡Héroe!, ¡héroe y santo! ¡Gloria a Florencia!

Luego se advirtió que Molza estaba en lo cierto. Los exiliados, con Strozzi a la cabeza, fueron derrotados en Montemurlo, y Strozzi falleció en esa misma cárcel cuyas murallas había costado con su dinero. Traducía a Polibio y no conseguía comprender cómo, ahora que su patria había sacudido el yugo, él yacía en prisión. Al final lo envenenaron. Y el duque no fue Lorenzino, ni el hijo natural de Alejandro, sino su primo Cosme de Médicis, el astuto, quien recogió los beneficios de la audacia del *filósofo* y, en pago de la corona, lo hizo perseguir por las ciudades europeas, transformado en un errante desesperado que veía doquier, como si en las paredes se proyectara la sombra de un erizo enorme, puñales y puñales.

Yo, en momentos en que el episodio encrespaba los ánimos y dividía las opiniones, no podía apartar de mi mente el recuerdo del muchacho, pero no evocaba al trágico homicida de ese Alejandro a quien tanto detesté en la infancia y que me calzó las espuelas de oro, ni tampoco al mozuelo con quien fui a Poggio a Caiano la tarde en que entregué a Julia. No pensaba ni en el tiranicida ilustre, ni en el resentido ansioso de renombre. Pensaba en un niño moreno, débil y afectuoso, que se movía con la elegancia irreal de los personajes de los sueños; un niño que hubiera podido entrar de una cabriola en la cabalgata de los Reyes Magos de Benozzo Gozzoli y quedar para siempre entre sus altezas encantadas; un niño que, la noche en que expiró Adriana dalla Roza, me tomó una mano y la tuvo en las suyas y me consoló cuando, traicionado, abandonado, me deshacía en lágrimas junto a su cuerpo frío. Rodeado por esos fantasmas de mi adolescencia, vagaba solo, luego que todos se habían retirado y que Bomarzo dormía. Parpadeaban aquí y allá, en los ventanucos, las luces de los escritores que

anotaban cuanto sucedía y que aprovechaban la calma nocturna para componer sus versos retóricos sobre Pier Francesco Orsini, el perfecto. Me detenía delante del Minotauro, que era, como Lorenzaccio, un símbolo; tocaba su cara horrible, desde cuya destrucción me espiaba el único ojo sobreviviente, y murmuraba:

—¿Sabemos por qué matamos? ¿Lo sé yo, lo sabe Lorenzino? ¿Podemos asegurar que entendemos algo de alguien, cuando atravesamos las capas obvias de la superficie y nos adentramos en lo más profundo? ¿Nos entendemos a nosotros mismos? Tantos elementos sutiles, delicados, ignotos, juegan cuando cumplimos cada acción —la de matar a un hombre o la de amar a otro— que en verdad para comprender cualquier sentimiento y cualquier actitud, aun las aparentemente más simples, deberíamos dedicar nuestra vida entera a desmontar, pieza a pieza, el misterio de las razones acumuladas, entreveradas, y aun así probablemente se nos hurtaría lo principal.

—Ahora —observó una mañana Cristoforo Madruzzo, que era sagaz— la familia de Su Beatitud el papa Pablo —no dijo: los Farnese, concretamente, por respeto a Julia— querrá incorporarse a la flamante viuda de Alejandro, a Madama Margarita de Austria, para reforzar su alianza con el emperador. No me extrañaría que la casasen con uno de los hijos de Pier Luigi.

Así fue y eso probó la perspicacia política del futuro cardenal, pero confieso que me incomodó sobremanera que se refiriese en público, con tan desenfadada ligereza, a asuntos vinculados con gente allegadísima a nuestra estirpe, cuyos tejemanejes sólo deberían ser considerados por los grandes. De todos modos, me gustó la idea de quitarles a los Médicis la hija del César y de incorporarla a los nuestros, aunque fuese a cambio de nuevos prestigios para el voraz Pier Luigi.

Nació el hijo de Julia, y cuando lo rociaron con el agua del bautismo, lo llamaron Horacio. Es singular que de nosotros dos, de Maerbale y de mí, haya sido él, el menos preocupado por estas cosas, quien designó a su hijo con un nombre que prolongaba la tradición de los Orsini: Nicolás. Yo pensé llamar al hijo de Julia —todavía, al escribir estas páginas siglos después, no me atrevo a decir: mi hijo— con un nombre más antiguo en la nomenclatura de la progenie. Pensé llamarlo Rubeus, como ciertos antepasados nuestros del siglo XIII, así designados en honor de otros antepasados, aun anteriores, los Ildebrandi. Si no lo hice no fue tanto por la excesiva rareza del apelativo, como por el hecho de que Maerbale hubiera elegido una denominación tradicional. Entendí que con ello invadía mis dominios, sin tener en cuenta que mi hermano era tan Orsini como yo, y, reaccionando agresivamente, resolví que el primogénito de Julia llevaría un nombre que la familia no había usado nunca y escogí, al azar, el de Horacio. De modo que Maerbale, aun muerto, seguía pesando sobre mi destino: por culpa suya (y por culpa mía) no sabía yo, grotescamente, irritantemente, si mi hijo era mío o suyo, y, previendo mi reacción, lo cual le sugirió sin duda el nombre de su vástago, me obligaba a mí, al duque, a contrariar mis sentimientos más hondos, y a poner a mi heredero un nombre que era casi un certificado de ilegitimidad, por intruso en la estirpe.

Fuera o no mi hijo, por descontado que lo recibí como a tal, con muestras de entusiasmo. Como relatan que hizo Juan de las Bandas Negras cuando nació su retoño —el mismo Cosme que había sucedido recientemente a Alejandro de Médicis en el ducado de Florencia, gracias a la involuntaria ayuda de Lorenzino— mandé encender grandes fuegos en las torres y cumbres de mis distintas posesiones del Lazio; y los vecinos, al enterarse por esas hogueras de que una novedad de importancia me había acaecido, acudieron a Bomarzo donde,

sumados a los escritores que venían de Roma y a los parientes de las ramas Orsini y Farnese, se hizo larga fiesta al pequeño príncipe.

Ese pequeño príncipe me intrigaba y me angustiaba. Inclinado sobre su cuna, buscaba yo, en la vaguedad de sus rasgos, en su cráneo aún indeterminado, en su frente peluda, en sus ojos sin vista, algo, un indicio, que me permitiera afirmar la paternidad mía o de Maerbale, pero, aunque hubiera logrado discernir en el diminuto rostro indeciso un elemento que lo destacara, la verdad es que Maerbale y yo nos parecíamos tanto que cualquier señal más o menos característica hubiera sido compartida por los dos. Lo que revestía trascendencia es que Horacio Orsini fuese perfectamente normal. No traía al mundo, como yo, la maldita desviación de la columna hacia la izquierda, ni la deformación de la pierna derecha. Si hubiera tenido la desventura de compartir alguna de esas cargas mías —como la tuvo un hermano suyo, años más tarde, aquel a quien di el nombre de Maerbale— no dudo de que lo hubiera considerado mío, todo mío. Quizás hubiera preferido que fuese jorobado. Quizás... no... no...

Recuerdo que hice con él algo muy singular, tres días después del natalicio. Lo levanté de la cuna y salí de la habitación, a pesar de la protesta de Julia, que imaginó quién sabe qué atrocidad, acaso, puesto que he mencionado a Juan de las Bandas Negras, que, como refieren que hizo él con su Cosimino, iba a ordenar que desde la altura de una terraza lo arrojaran a mis brazos. Lo llevé conmigo a la iglesia solitaria, delante del sepulcro de San Anselmo. Según narraba mi abuela y antes que ella mi bisabuela y mi tatarabuela y así, desde la oscuridad de los tiempos, una muchacha de Bomarzo acusó a un diácono de ser padre del niño a quien había dado a luz, y el padre de ésta quiso vengar el ultraje y matarlo. Sometieron el caso al obispo Anselmo, y el santo varón, dirigiéndose al recién nacido, le preguntó, en nombre de Jesús, si el diácono era realmente culpable, a lo que el infante respondió, ante la maravilla de todos: “Este diácono es puro; no se ha manchado con ningún delito.” En la misma forma, colocándolo sobre las reliquias, interrogué yo al hijo de Julia: “Dime quién es tu padre.” Como se comprenderá, el pequeño redujo sus impresiones a un airado gimoteo, pues los milagros no se producen porque sí. Lo cuento (tal vez hubiera debido callarlo) para mostrar con un detalle más la mezcla de ingenuidad que intervenía en la elaboración de mi carácter y hasta dónde es posible ser, simultáneamente, un criminal y un candoroso. Probablemente se me ocurrió que, solicitado por el duque de Bomarzo, San Anselmo, obispo de esa diócesis diez centurias antes y, en consecuencia, feudatario de su señor, no me negaría, en ocasión tan crucial, el homenaje de un prodigio.

Horacio Orsini creció bien. A quien más se asemejaba, gordo y jovial, era a su abuelo Farnese. Me equivoqué al calcular que su presencia facilitaría mis relaciones con Julia. Mi mujer poseía el don exasperante, cuando se había trazado una línea de conducta, de no abandonarla jamás, por distintas que fuesen las circunstancias. Evidentemente había resuelto qué actitud le correspondía frente a mí, y nada ni nadie conseguiría que la modificase. Consistía en una mixtura de cortesía y de frialdad, con exactas dosis que creaban una atmósfera en la que ni el grito soez ni la amarga ironía tenían pasaporte y en la que se columbraba un dejo de miedo vacilante. Con Cecilia Colonna edificó un limitado mundo alrededor de los dos niños, Horacio y Nicolás, y no salió de su amurada distancia. Si teníamos huéspedes, hablaba con ellos lo imprescindible y se apartaba en cuanto podía. Siendo el invitado un personaje de fuste, permanecía con nuestro alegre grupo hasta tarde, pero también entonces advertía yo qué

infranqueable era su alejamiento, y sólo cuando se retiraba entre los pajes que la precedían con altos cirios, la compañía reía a sus anchas, porque hasta ese momento había sido como si tuviéramos entre nosotros a un ser de mármol, duro y hermoso, aislado, como los castillos que encantaban los hechiceros, por una zona en la cual moran los rumores. Y si yo, después, medio ebrio y rabioso por vencer a la postre, la orgullosa armadura con la cual nos humillaba a todos, entraba en su cámara y me arrojaba sobre su lecho para hacerla mía, terminaba separándome de ella, luego del chispazo carnal que no la abrasaba, y me tumbaba en mi cuja, perseguido por la visión de sus ojos claros, imperturbables, que como dos lámparas crueles ardían en la tenebrosidad de mi habitación, iluminando la violencia y el asco de mis sueños.

Silvio de Narni trazó el horóscopo de Horacio. Según él su vida no sería larga y sería gloriosa, es decir exactamente lo contrario de la mía. Pero yo carecía de fe en las alianzas de Silvio con los astros. Ya, cuando compuso el pronóstico de Pier Luigi Farnese, que aseguraba que el hijo del papa, nacido bajo el signo del Escorpión, moriría serenamente a los setenta años, manifesté mis dudas sobre la autenticidad del augurio. En el caso de Pier Luigi me asistió la razón, pero en el de Horacio la razón estuvo del lado del estrellero, y de cualquier modo ni se me hubiera ocurrido expresar públicamente mi escepticismo, pues desde que había cumplido mis órdenes con tanta exactitud, cuando el asunto de Maerbale, trataba yo a Silvio con especial cuidado.

Tanto Horacio como su primo Nicolás fueron educados de acuerdo con lo que correspondía a su posición en el mundo. A medida que transcurría el tiempo, se los vio afanarse con espadas, ballestas y puñales; cabalgar con destreza; entusiasmarse ante las hazañas de los halcones —y en ello advertí el vigor de la sangre de mi abuelo, el cardenal Franciotto, organizador de las cacerías del papa—; aprender los secretos del ajedrez, para lo cual empleaban un juego admirable que había en Bomarzo, ejecutado por Cleofás Donati utilizando un hueso de búfalo negro, y que me regaló Isabel de Este; y estudiar lo menos posible. Se reprodujeron las escenas de mi propia niñez, bajo la misma férula cada vez más débil de Messer Pandolfo, pero, como Girolamo y Maerbale, ambos rehusaron desde el principio el comercio con la literatura latina. Se entendían muy bien. Nicolás, algo mayor, era alto y espigado, mientras que Horacio tenía los rasgos más finos. Ambos habían heredado nuestros ojos oscuros, nuestro lacio pelo castaño, nuestras manos de pulcro diseño, pero en Nicolás descollaba entonces la antipática prepotencia de los Colonna, que su madre, por cierto, no poseía, y en Horacio se afirmaba la astucia política de los Farnese, todo ello, claro está, para uno y para otro, añadido a ese orgullo esencial que caracteriza a los Orsini y que, sumado a la similitud de rasgos, les imprimía una semejanza tal que parecían hermanos. Inseparables, su bulla resonaba en el castillo, entre las voces de Julia y de Cecilia que para apaciguarlos se levantaban. Cecilia especialmente se echaba a temblar en cuanto oía el galope de sus caballitos. En la cárcel de la ceguera, conjeturaba infinitos desastres. Sus conocimientos clásicos —porque ella, a diferencia de su hijo y del de Julia, se había nutrido desde la infancia con el cultivo de los griegos afamados— poblaban su oscuridad de figuras terribles. Imaginaba al diminuto Nicolás, colgando detrás del caballo por un estribo, y arrastrado en una nube de polvo, como el cadáver de Héctor detrás del carro de Aquiles. Gritaba súbitamente, en el silencio de la tarde por cuyo fondo pasaban las siluetas ecuestres de los pequeños y no se calmaba hasta que

Nicolás acudía a hundir la frente sudorosa en su regazo. Pronto se incorporaron a los primos mis hijos restantes que nacieron año tras año: Escipión, Marzio, Octavia, Orinzia, Maerbale, Faustina y Corradino. Creo que escogí para ellos unos nombres muy melodiosos. Alguno los juzgará hoy extravagantes, pero si se piensa que Nicolás III de Este, tan apasionado por los relatos caballerescos, designó a sus bastardos con los apelativos de Gurone, Meliaduse, Issota y Rinaldo, se me concederá que procedí con discreción. No quiero, sin embargo, precipitarme, y dejarme llevar por el recuerdo de mis hijos, cuando estremecían con sus riñas y diversiones las galerías y las terrazas de Bomarzo. Debo proceder cronológicamente para no olvidar nada. Quien consiga reconquistar como yo, en la lejanía fabulosa del tiempo, su pasado perdido, será como un pescador privilegiado que ha descubierto un escondite precioso de madreperlas en el secreto del agua profunda y que luego, una a una, las va mostrando. Mis hijos quedarán para después, en su lugar, y la verdad es que en su época no me inquietaron mucho. Hoy me inquietan más. Hoy pienso más en ellos que entonces.

Lo que entonces nos soliviantaba era la enorme gula ambiciosa de Pier Luigi Farnese y la obediencia con que el papa la satisfacía. Mientras en Roma se preparaba el ambiente propicio para el futuro Concilio de Trento —el *Concilium delectorum cardinalum* que debía planear una reforma autónoma de la congregación y el estado eclesiástico—, Pier Luigi acumulaba prebendas y títulos; gonfaloniero de la Santa Madre Iglesia, duque de Castro, conde de Pitigliano —¡como el gran Nicolás Orsini, eso era insoportable, en lugar del legítimo heredero!—, e incorporaba a sus bienes, con el dinero de la Cámara Apostólica del cual disponía sin escrúpulos, propiedades como Nepi, o recibía de Carlos Quinto el valioso marquesado de Novara y hasta se lo autorizaba a acuñar en Castro su propia moneda. La carrera deslumbrante e indignante se coronó con los rumores de que Pablo III, incitado por el cardenal Gambara, pensaba ceder a su hijo Parma y Plasencia, para crearle un ducado que lo equipararía con los primeros señores feudales de Italia, reeditando así las aspiraciones de León X, quien soñó con formar un estado sobre la base de Plasencia y Parma, además de Módena y Reggio, bajo la jurisdicción de su hermano Giuliano de Médicis. Y, por si no bastara con esa exorbitancia, se supo que Pier Luigi había iniciado conversaciones tendientes a obtener Milán para su hijo Octavio, marido de Margarita de Austria, viuda de Alejandro de Médicis —como pronosticó en Bomarzo Cristoforo Madruzzo, luego del asesinato del duque de Florencia— y en consecuencia yerno del emperador, pero los tanteos fallaron. Las intrigas que se produjeron a la sazón, con motivo del torpe asunto, enredaron a los franceses, enfurecieron al César y fueron conducidas con tan solapada hipocresía que ni siquiera el poeta Aníbal Caro, secretario de Pier Luigi, se enteró de ellas. La presión del cardenal Gambara se intensificó merced a la de los otros cardenales de la familia Farnese, hasta que el pontífice cedió, y el Consistorio despojó a la Iglesia de dos ciudades en favor del hijo del papa. Pier Luigi fue ungido duque de Parma y de Plasencia. Nada le costó, pues, desprenderse del ducado de Castro en beneficio de su hijo Octavio, y devolver al Vaticano Nepi y Camerino.

Desde la soledad de nuestros castillos, los señores que manteníamos el legado de la tradición güelfa asistíamos con asombro a ese progreso arrollador. Llegaban a veces los huéspedes o los viajeros y también los urgentes mensajes, con noticias de lo que sucedía en la corte del Vicario de Cristo, y alzábamos los brazos al cielo. Me reunía especialmente, ya en Bomarzo, ya en Mugnano, ya en

Bracciano, con los señores de las tierras vecinas, y no paraban las quejas y reconvenciones de los *editus Ursae*. En el lujo de Bracciano, debajo del vasto fresco que muestra a Gentil Virginio Orsini asumiendo el mando de las tropas aragonesas, uno de los nuestros exclamó:

—¿Y vamos a tolerar que se nos posponga y humille de tal suerte? ¿Los Orsini no existen ya? ¿Quién oye mencionar a los Orsini?

—No hace mucho que Valerio Orsini fue nombrado gobernador de Verona —argüí.

—¿No hace mucho? Hace por lo menos seis años.

—Y luego fue designado gobernador general de Dalmacia —continué.

—Ésas son designaciones de la Serenísima. Nada tienen que ver con el Santo Padre. Si hubieran dependido del Padre Santo, el gobernador hubiese sido un Farnese.

—Por otra parte, Valerio Orsini murió —interrumpió Guido de la Corbara

—Dejando viudo —estalló la risa vulgar del conde della Anguillara— a Lorenzo Emo, en Venecia.

Ignoraba yo que hubiese muerto el viejo maestro de Maerbale. ¡Vivíamos tan apartados los unos de los otros! Las informaciones se perdían o no llegaban. Y, suprimido Maerbale, no me quedaban vínculos con Valerio Orsini. Habría que escribirle a Lorenzo Emo. Quizás hubiera conservado el encanto de la adolescencia que me había fascinado fugazmente en mis días venecianos.

—Pero ¿cómo?, ¿qué es esto? —gritó el duque de Mugnano—. Los Farnese han tenido siempre conciencia de la distancia que los separa de nosotros, y ahora estamos hablando de ellos de igual a igual, midiendo sus méritos con los nuestros.

Me miraron con desconfianza. No podían olvidar que mi mujer era una Farnese, deuda cercana de Pier Luigi. Y yo, por mi parte, aunque compartía su disgusto ante la exaltación injustificable del hijo del papa, no dejaba de pesar los beneficios que ella podría reportar a mi rama de la familia.

—Pier Luigi es medio Orsini —intervine nuevamente—. Tengamos presente que es casado con una Orsini.

Se amoscaron con razón los de Bracciano, los más altivos:

—¡Renegamos del parentesco!: ¡un malvado, un logrero, un ladrón!

El conde de la Corbara aprovechó para lanzar el insulto que había estremecido a Europa:

—¡El sátiro!, ¡el violador del obispo de Fano!

Aludía a un hecho casi increíble, de perversa obscenidad, acaecido mientras el gonfaloniero de la Iglesia visitaba los territorios pontificios por encargo de su padre, y del cual fue víctima un prelado de dieciocho años, Cosimo Geri, famoso por la pureza de sus costumbres.

Segismundo, que hasta ese instante había guardado silencio, dio rienda suelta a su rencor:

—¡Es un crápula!

Nos volvimos hacia él. Lo habíamos olvidado en su ángulo de penumbra, elástico y nervioso, inflamado por los celos, pero era imposible olvidar su pasada relación con el duque de Parma. Adelantó el perfil buido hacia la lumbre y su sombra recortó en la pared una movediza cabeza de gerifalte. Sin retenerse, formuló la acusación gravísima:

—¡Pier Luigi quiere asesinar al emperador Carlos!

—¿Qué dices?

Ya era tarde para retroceder. Afirmó las manos en la gruesa cadena de oro que probablemente le había obsequiado el propio Farnese, y añadió:

—Ha combinado la perfidia con Leonidas Malatesta y con Matías Varano. Al primero le ha ofrecido la restitución de Rímini y de Ravena, y a Matías Varano la de Camerino.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé... lo supe por Pier Luigi...

—Pero ¿por qué?, ¿por qué hacerlo?

Vaciló Segismundo y se le marcaron los pómulos de marfil pulido:

—Se niega a devolver el marquesado de Novara, que le reclama el César, y luego lo enloquece la privanza de la cual goza su hijo Octavio ante la Majestad Cesárea. Lo ambiciona todo para sí.

Una vez más se confabulaban contra mí los acontecimientos, destacando la ambigua flaqueza de mi posición. Matías Varano había casado con Battistina Farnese, hermana de mi mujer, y eso le valió la amistad de Pier Luigi. Era un bravucón iracundo que había muerto al podestá de Camerino, y sin duda no pararía mientes en llevar a fin el proyecto audaz de suprimir al dueño de medio mundo con tal de reconquistar sus pobres tierras. Como antes, mis contertulios observaron mi reacción, quizás con más curiosidad que acritud. Opté por permanecer callado; después de todo, no me iba a echar encima, además de los míos, los problemas de los despojados señores de Camerino.

El duque de Mugnano puso un dedo en cruz sobre los labios y reclamó silencio.

—De esto —recomendó— no debe transpirar ni una palabra. Lo utilizaremos. Es un arma preciosa. Debemos comprometernos solemnemente a no revelarlo hasta la ocasión oportuna. Yo mismo iré a ver al emperador.

Se desató una discusión violenta. ¿Por qué él? ¿Por qué iba a ser él quien recogía el fruto de una información tan valiosa? ¿Por qué no Bracciano, o el conde della Anguillara, o el duque de Bomarzo, a quien Carlos Quinto había armado caballero? Nos revolvimos, encrespados, picoteándonos como halcones.

—Lo resolveremos en la reunión próxima. Por lo pronto, comprometámonos a que el secreto quede entre nosotros.

Extendimos las manos sobre los cirios. Brillaron, en varios dedos, las piedras talladas de los anchos anillos, con el escudo reiterado de la rosa y la sierpe.

El secreto no se guardó y, al transpirar, el avisado no fue Carlos Quinto sino Pier Luigi quien, temiendo a su turno la delación de Malatesta, lo encerró en la Roca de Forli. Pero Leonidas Malatesta logró escapar y comunicó el plan a Cosme de Médicis. De allí a que lo conociese el emperador, no mediaba más que un paso. Quien recogió las ventajas de la información no resultó así ninguno de nosotros; fue el diligente Cosimino, amo de la Toscana, que echó mano de la oportunidad para insinuarle al César que el papa no era ajeno a la intriga. Carlos de Habsburgo no pareció otorgar crédito a la monstruosidad que le transmitían. Ya le llegaría el momento de desquitarse, de castigar, de esgrimir el rayo. Él se desquitaba siempre.

En nuestro círculo de conspiradores provincianos, la traición nos dejó atónitos. ¿Quién habría quebrado la promesa? Nos espiamos, densos de recelo. Abundaron los improperios, las recriminaciones. Aunque seguramente las sospechas se acumularon sobre mi cabeza, el duque de Mugnano llegó a amenazar

a Segismundo. Pero el culpable no se delató. Acaso fuera el propio Mugnano, que no se daba maña para atraer la atención y la gracia imperial, y envidiaba a los cortesanos del hijo de Juana la Loca. Era imposible que continuáramos reuniéndonos a la redonda de aquel ardiente rescoldo de dudas, puesto que lo que se obtenía eran resultados contrarios a los propuestos. Nos separamos, aborreciéndonos, tragándonos las suspicacias y las conjeturas. Desde entonces, ninguno del grupo osó andar por los alrededores sin escolta. Una noche, de regreso de una partida de caza, Segismundo cayó en una trampa en la que cuatro enmascarados lo maltrataron y le tajearon el rostro. Al tanto del vínculo que nos unía, me humillaban a mí por su intermedio. No querían acabar con él, sino desfigurarle, porque sabían su fatuidad. Segismundo debió usar, a partir de ese momento, un negro paño que le cubría la mitad de la cara. Recuerdo que Violante Orsini, en el curso de una fiesta que degeneraba en escándalo, le arrebató el parche. Vimos con horror su cuenca vacía; le habían arrancado el ojo derecho. Mi prima Violante se desesperó más que ninguno y, venciendo su repulsión, besó la cavidad roja.

—Eres mucho más hermoso así, Segismundo —trató de consolarlo.

Pero el joven se puso de pie. De un tirón rabioso arrastró los manteles, y la cristalería cayó con estrépito. Gritaron las damas, mientras se volcaba el vino de las ánforas y corrían los lebreles dorados disputándose el estropicio. Segismundo salió huyendo, aullando como un animal herido, seguido por Madruzzo, por Molza, por Orso y por Mateo.

Aquella imagen macabra me espantó. El lector está al cabo, pues lo he subrayado a menudo, de cuánto me importaban la armonía, el equilibrio estético. Sólo toleraba cerca a las personas bellas, a los objetos de noble ritmo. Y mi corte, con un jorobado, una ciega y un cíclope, se iba convirtiendo en una Corte de los Milagros. Utilicé la coyuntura de esa coincidencia desagradable para manifestarle a Julia, la mañana siguiente, que Cecilia debía partir. Tenía sus tierras y las de Maerbale; le correspondía ocuparse de ellas, establecer en ellas a su hijo. Infructuosamente argumentó mi mujer la incapacidad de la viuda de mi hermano, y me rogó que no la privara de su única compañía en la soledad del castillo, además de señalarme lo bueno que sería que Horacio y Nicolás crecieran juntos. Mi crueldad era evidente pero inflexible, y mi cuñada se alejó sin despedirse de mí, con su niño, sus servidores, sus cofres numerosos, las armas de Maerbale, sus jaulas de pájaros, sus perros favoritos y su inmensa tristeza, rumbo a Roma, donde su tía, la majestuosa Victoria Colonna, se había radicado en su minúsculo palacio de Monte Cavallo, luego que Pablo III, que había fundado el tribunal de la Santa Inquisición Romana, disolvió su grupo de Viterbo, tildado de herejía, y confiscó sus bienes. Allí vivió Cecilia hasta la muerte de Victoria, pocos años después, en la intimidad de Miguel Ángel. Su augusta parienta había visto apartarse, temerosos u obligados, al cardenal Reginal Pole, al predicador Ochino, al Flaminio, a Pietro Carnesecchi, devotos de Julia Gonzaga y como ella discípulos del fascinante Juan Valdés, el español recientemente fallecido cuya prédica, saturada de erasmismo, rozaba los peligros de la heterodoxia. Victoria Colonna y Miguel Ángel acogieron con generosidad a la joven ciega. Me inquietó, por supuesto, lo que podría contarles acerca de mí y de la incomprensible muerte de Maerbale, pero lo principal era que hubiera desaparecido del castillo. Aunque jamás pronunció una palabra dura, su sola presencia, el solo golpeteo de su bastón de oro en las galerías eran suficientes para invocar fantasmas adversos. Si alguna vez medité en la injusticia de mi

actitud, corroborada por el mudo reproche de Julia, me sosegué pensando que merced a mí Cecilia gozaba de un privilegio maravilloso del cual yo no había disfrutado jamás, al dejar transcurrir sus días en el ámbito admirable del maestro Miguel Ángel Buonarroti, nacido como yo un 6 de marzo, el artista dueño de un corazón en cuyo laberinto se entrecruzaban las sendas misteriosas, y que escribía simultáneamente sus inflamados sonetos de amor para Victoria Colonna, marquesa de Pescara, para la dama *bella y cruel* y para su inseparable Tommaso de Cavalieri, a quien pintó en el techo de la Sixtina, de modo que en ciertas ocasiones es arduo decir a quién van dirigidos.

Libre de Cecilia y libre del embarazo que importaban los cónclaves estériles convocados por los Orsini con el fin de analizar la provocante prosperidad farnesiana, que me tocaba tan de cerca y que no me convenía vituperar demasiado, pude dedicarme con relativa tranquilidad a lo que más me interesaba a la sazón: el ordenamiento estudioso de mis colecciones y el cuidado de Bomarzo. También comencé entonces a preocuparme por lo que, con el andar del tiempo, constituiría uno de los móviles esenciales de mi vida: la magia.

Mis colecciones, mis famosas colecciones, habían crecido extrañamente. Eran mi fiel reflejo, por absurdas, por intrincadas, quizás por monstruosas, también por frívolas. Sólo un dilettante de gustos raros podía haberlas reunido. A lo que más recuerdan, ahora que en ellas pienso —claro que en una escala muchísimo menor, pues ni mis medios, ni mis relaciones con los proveedores de esa barroca mercadería llegaban tan lejos— es a los peregrinos “gabinetes de arte y de curiosidades” que poseyeron los emperadores de Alemania, Fernando I, hermano de Carlos Quinto, sus sucesores Maximiliano II y Rodolfo II, y el archiduque Fernando del Tirol. Como ellos, sentí desde la niñez la atracción de lo singular; como ellos, más allá de las grandes salas oficiales donde se exhibían los retratos de familia, las magistrales pinturas, los mármoles preciosos y los espléndidos tapices, tuve yo, en Bomarzo, mis habitaciones casi secretas en las que el tiempo fue superponiendo la más diversa, la más desconcertante y fascinante acumulación de creaciones sugestivas. Llegaban de los extremos de Italia, donde personas inesperadas, con quienes mantuve una correspondencia prolija, traficaban con esos objetos misteriosos y sutiles que a menudo hablaban más que al noble sentido estético, al capricho de la imaginación. Y llegaban de más allá, de la brumosa Europa, y, a través de Venecia, hasta del Oriente lejano. Yo los adquiría sin discernir, seducido por las descripciones hábiles de mis agentes, y numerosas piezas falsas se deslizaron en el opulento conjunto. Pero ese conjunto era una maravilla. Cuando por fin emprendí la tarea de clasificarlo y ordenarlo, ya depositados en Bomarzo los últimos elementos que yacían en los sótanos de mis palacios de Roma y que aguardaban mi decisión en otras ciudades de la península, fue como si tuviera a mi disposición una cueva de Alí-Babá en la que, en lugar de sacos de oro y de arcones henchidos de joyas, se hacinaban las pruebas alucinantes de la fantasía humana. Aquel arsenal turbador cuyo acceso había prohibido, aumentaba su dédalo confuso a medida que se le añadían nuevos aportes. No era posible postergar el momento de organizarlo, si no se quería que la humedad, las ratas, las polillas, los taladros y la mugre pusieran en peligro su existencia. Además el trabajo me suministraría lo que más necesitaba mi inquietud de entonces, una distracción, una droga para postergar mis ansiedades. Perdido en el bosque de los objetos, olvidaría la selva de los hombres.

El *gabinete* se extendía a lo largo de tres salas, en el primer piso. Juan Bautista y Silvio abrieron para mí sus ventanas y, al entrar el sol, en medio del olor a moho y a cosa guardada, vieja y sucia —acaso, también, los gatos de mi abuela, que conseguían introducirse doquier, como fantasmas, hubieran andado por ahí—, la claridad puso de manifiesto la vastedad de mi tesoro. Oscuros armarios entorpecían con su bulto las paredes. Sobre ellos y a sus lados, las pinturas se empinaban hasta el techo. Muchas carecían de marcos o los tenían rotos, muchas eran mediocres y estaban en pésima condición; las telas pendían, agujereadas, y con sus tablas se habían nutrido los insectos voraces; pero entre tanta embadurnada vaguedad, tanto rostro medieval de acartonada dureza, emergían en los óleos algunas fabulosas, aéreas arquitecturas, que dilataban la perspectiva hacia un mundo mágico. Lo mejor aparecía no bien giraban, rechinando, las puertas de las alacenas. Allí se aglomeraban los prodigios. Allí se apretaban los instrumentos musicales, los relojes horizontales como brújulas y los complicados como campanarios de abadías; las invenciones de ámbar, de nácar, de coral; los vasos en forma de quimeras, realzados con esmaltes; las peligrosas esferas de cristal de roca; los mosaicos hechos con plumas de aves del trópico; los caracoles, las conchas de peregrinos; los astrolabios, los instrumentos matemáticos; las figurillas de cera; los amuletos, los discos cabalísticos, grabados con letras hebraicas; los cuernos de marfil; las copas hechas con huevos de avestruz, con nueces gigantescas y con cráneos de simios; los aguamaniles de bronce en traza de centauros, de leones, de guerreros a caballo; los fragmentos de cerámica y de barro esculpido; los relicarios; los espejos multiformes; las raíces de mandrágora; las piedras bezoares engarzadas en oro; los autómatas; los esqueletos de reptiles, entre los cuales había una presunta sirena; las defensas de unicornio; las petrificadas flores. Un precursor del charlatán Tartaglio me había vendido unos monstruos apócrifos, hábilmente confeccionados con piel de raya, y las bestias míticas de Plinio, que Valerianus me había revelado en Florencia —el basilisco y la esfinge etiópica— se incorporaron fraudulentamente a mi colección.

Juan Bautista, deslumbrado, se entretuvo poniendo en marcha el mecanismo de los autómatas melódicos y de los relojes; la brisa, al insinuarse entre los vidrios, sacudió las colgadas osamentas, que se movieron como títeres; agitáronse las arañas en la espesura de sus telas grisáceas; huyó el tropel de roedores con súbito espanto; el sol arrancó chispas de las piedras semipreciosas, del alabastro, del pórfido, de los jaspes, de la venturina; brilló la geometría de los espejos, descomponiendo las imágenes; el metal herrumbroso de las viejas armas se irisó con los tonos de las aguas turbias; y aquella asamblea cobró una vida insólita, repentina, como si el brujo escondido que gobernaba su sueño hubiera alzado su vara inflexible. Fui de un cofre al otro, de uno a otro armario. Volqué el contenido de los cajones llenos de medallas verdes, de camafeos, de sellos con inscripciones, de enrollados manuscritos. Sí, había que ocuparse por fin de enquiciar el extravagante desorden que había madurado año a año, ocultamente, rápidamente, en la entraña misma de Bomarzo y que estaba agazapado allí, como el inhallable esqueleto coronado de rosas con el cual mi padre me había encerrado en su recóndita celda, y que como él, a modo de un cáncer, amenazaba devorar a todo el castillo, pues no bien la luz y el aire estremecieron a los arcanos seres, presentí que era tanto el poder hermético que recelaban y que les comunicaba una delicadísima vibración, fruto de las acumuladas fuerzas de quienes los habían creado, que iba a llegar el instante en

que invadirían mi casa, en que se apoderarían, con secretas artes, de ella. Las supersticiones del lugar me sobrecogieron una vez más y sentí, a través de las losas del suelo, el vaho de la tierra etrusca que respiraba como un inmenso animal escondido. Miré al cielo crepuscular, en el que empezaría a encenderse la palidez de las constelaciones, y recordé lo que dice Giordano Bruno acerca de los astros, animales tranquilos también, de sangre caliente y costumbres regulares, impulsados por la razón. Todo vivía en torno: la tierra sobre la cual se asentaban las rocas de Bomarzo; los planetas suspendidos en su bóveda; los muñecos y los objetos trémulos refugiados en su corazón penumbroso. En medio de ese universo de pasmosas correspondencias, mantenido por el sortilegio de lazos encantados que afirmaban su equilibrio inexplicable, me envolvió una paz que no experimentaba sino en excepcionadísimas ocasiones. Alcé una esfera; levanté con dos dedos un colgante de ámbar; desplegué un manuscrito decorado con alarmantes miniaturas de desnudos demonios y ermitaños y mujeres tentadoras, sin más vestido que sus collares y diademas; empujé a un fante que parecía dotado de tanta vitalidad como el homúnculo de Paracelso, y las horas se me escaparon, veloces, en una amnesia milagrosa, mientras que a la distancia cantaba la ronquera de los gallos y los primeros carros partían hacia las parvas y las mieses.

Ni Silvio ni Juan Bautista poseían la preparación necesaria para secundarme en la tarea que me había impuesto. Estaba yo seguro de que conmigo bastaba para la parte decorativa y distribuir los elementos distintos de un modo armónico, y de que Silvio me sería útil en lo relativo a los objetos mágicos, pero lo más arduo consistiría en la catalogación de las piezas eruditas —los textos arcaicos, las leyendas de las lápidas y las medallas— y eso imponía la colaboración de un experto. Como mi carácter excluía las intromisiones extrañas, púseme a buscar un ayudante joven, el cual debería estar tan unido a lo mío que su presencia no resultara incómoda en un lugar que se parecía demasiado a mi propia alma compleja. Y me acordé de Fulvio Orsini. Fulvio —acaso haya naufragado para el lector en las páginas remotas de este libro voluminoso— es aquel hijo natural de Maerbale a quien mi hermano, todavía adolescente, se negó a reconocer, y que, nacido de una campesina en Bomarzo, fue enviado por mí a Roma para que allí se formase. Andaba a la sazón por los dieciséis o diecisiete años y ya se perfilaba como la semilla del sabio que sería después. El estudioso Gentile Delfini lo había modelado con paciencia entusiasta, y estaba yo al corriente del pasmo que suscitaba su precocidad entre los arqueólogos más descollantes de la época. Había vivido rodeado de personas ilustradas que, estimuladas por su vocación evidente, rivalizaron en el empeño de contribuir al adelanto de un investigador que proclamaba en el físico y en el gesto su ilustre origen. En el medio del noble zaragozano Antonio Agustín, doctor *utriusque iuris* de la Universidad de Bolonia y auditor del Tribunal de la Rota, los humanistas se encantaban con la inteligencia del futuro bibliotecario de los Farnese. Aquellos hombres versados en letras antiguas —Antonio Agustín, Delfini, Octavio Pantegato, Pirro Ligorio, Basilio Zanchi, Onufrio Panvinio y Carlos Sigonio— le fueron transmitiendo sus hallazgos, al par que dirigían su preparación. Supe que, como algunos de sus maestros, Fulvio consideraba que las monedas, las inscripciones y otros restos grabados eran más fidedignos que los monumentos de la literatura, puesto que en ellos permanecía intacta la huella del pasado, en tanto que manos sucesivas habían desvirtuado, en el correr de los siglos, el testimonio de las letras clásicas, y que, a partir de la célebre recolección anticuaria de Petrus Apianus,

Inscriptiones Sacrosantae Vetustatis, publicada en Ingolstadt en 1534, mi sobrino había realizado una ardua labor de crítica que sobrepasaba la que podía esperarse de sus breves años. Y lo llamé junto a mí. Me disgustaba, por supuesto, que fuera hijo de Maerbale, que una vez más se alzara con él la prueba viviente de la superioridad de mi hermano, pero al mismo tiempo me agradaba que uno de nuestra estirpe se destacara en una especialidad tan diversa de las que habían caracterizado nuestra jerarquía en el mundo —una especialidad singularmente afín con mi propio espíritu—, y es posible que hasta llegara a decirme a mí mismo, hipócritamente, que al incorporarlo a mi intimidad y protegerlo, reparaba en parte mi crimen, ya que brindaba una oportunidad envidiada de brillar a un muchacho que, de vivir Maerbale, el que negó su filiación, se hubiera debatido en una miserable oscuridad sin salida.

Fulvio Orsini descabalgó, pues, en Bomarzo, y su gravedad que triunfaba sobre su juventud, la eficacia de su saber y su digno respeto, me conquistaron en una semana. ¿No representaba él, por lo demás, un aliado político frente a los posibles murmuradores, una demostración de mi inocencia en lo relativo a la muerte de Maerbale? ¿Era lógico que llamara junto a mí a su hijo, si su sangre manchaba mis manos? Le dejé la tarea de trillar, en las cajas numismáticas, lo malo de lo bueno, y la de traducir e interpretar los textos de los mármoles, mientras que por mi lado, con Silvio y Juan Bautista elaboraba un plan que condecía exactamente con los rasgos más típicos de mi personalidad. Los llevé a ambos a la cámara secreta que había descubierto por azar, cuando buscaba el escondite del esqueleto odiado, y allí les comuniqué lo que proyectaba. Quería aprovechar el oculto pasadizo, ignorado de todos, que descendía hasta el valle, y para ello era imprescindible contar con su cooperación. Abajo, más allá del jardín, en pleno bosque, haría un gran *Ninfèo*, con fuentes, estatuas, frutas y habitaciones excavadas, a semejanza de los que adornaban otras señoriales posesiones, y en su interior, que estaría en comunicación directa e invisible con el castillo, por medio del pasadizo mencionado, emplazaría mis colecciones y tendría un lugar mío, sólo mío, disimulado, disfrazado de las miradas de los demás por la apariencia convencionalmente ornamental de las fachadas, donde podría recluirme cuando se me ocurriera.

En seguida puse manos a la obra. El *Ninfèo* se elevaría en el punto donde desembocaba la galería descendente y que habría que vigilar para que no lo ubicasen los trabajadores. Silvio y Juan Bautista, turnándose, se ocuparían de desembarazar al corredor ignoto. Atraídos por la rareza de la idea y por el hecho de compartir conmigo una confianza más, ambos se esforzaron por cumplir la parte de labor que les incumbía, y en el otro extremo, las cuadrillas de obreros, siguiendo los dibujos por mí trazados, comenzaron a concretar la primera de las construcciones de mi futuro Sacro Bosque. Así surgió el *Ninfèo* de Bomarzo, con sus nichos exteriores en los que las ingenuas figuras de las tres Gracias y de las náyades arrojaban agua por los pechos, y en los que toscos relieves, ejecutados por artesanos de la región, anunciaban ya, por medio de sus grotescas máscaras de anchas bocas, las fantásticas creaciones con que lo porvenir sembraría el valle cercano, entre los torrentes.

Al tiempo en que se realizaba la edificación, entorpecida por las exigencias previas de desmonte y aplanamiento de la terraza en la cual se asentaría, y por la colocación adecuada de los mecanismos acuáticos, Fulvio se consagraba a su tarea erudita y yo calculaba esbozadamente la forma en que distribuiría mis tesoros en su escondrijo. Fueron meses durante los cuales me embargó la

obsesión de lo que había inventado y en que, si bien los intelectuales que componían mi pequeña corte, Fabio, Violante y mis primos, continuaron visitándome en Bomarzo, y nada, superficialmente, quebró el ritmo de mi existencia de príncipe campesino entregado a las letras, no viví más que para dar forma a mi sueño misterioso. Me parecía que en cuanto dispusiera de ese asilo podría realizar obras grandes y, seducido por la ilusión, no reparé en esfuerzos para llevarlo a cabo.

Fulvio Orsini y los escritores congeniaron. Reunidos al atardecer, departían sobre los temas que fascinaban a la época, barajando los nombres de la antigüedad, y aunque también les interesaban los asuntos contemporáneos —el emperador, sitiado por el hambre y las enfermedades que diezaban a sus tropas, y por la tenacidad de los luteranos, había firmado la paz de Crépy; en Venecia se había derrumbado la bóveda de la Librería Vieja de Jacopo Sansovino; Guillermo Postel, el visionario, había sido expulsado de la Compañía de Ignacio de Loyola y pretendía haber hallado una mujer que tendría a su cargo la salvación femenina del orbe, porque Jesús sólo había redimido a los hombres; habían entrevisto a Lorenzaccio de Médicis, el tráfuga, en Florencia y en Venecia, donde redactaba su *Apología*; Horacio Farnese, hijo de Pier Luigi, asumió el título de gobernador de Roma...—, lo que más podía atraerlos era que Fulvio les contase que las reconstrucciones de los monumentos clásicos debidas a Pirro Ligorio, si bien ese autor era un gran anticuario, adolecían de excesos imperdonables en los que la imaginación suplía al desconocimiento. Se frotaban las manos, escuchándolo, y en seguida le daban la razón.

Por fin se terminó la estructura del *Ninfèo*, y lo inauguré con una fiesta en la cual, en lugar de agua, el vino manó de los pechos de las diosas. Tendieron las mesas en una cámara cuyos muros ostentaban diseños mitológicos y heráldicos, ejecutados con conchas pintadas de cuyo arabesco brotaban los surtidores. Betussi leyó una oda previsible, y Molza nos espolvoreó de citas de Catulo. El niño Horacio Orsini, conducido por su madre de la mano, apareció vestido de Eros, y arrojó al aire unas flechas multicolores.

Mis pajes y yo habíamos conseguido hurtar la desembocadura del corredor clandestino de los ojos de los albañiles. En pocos días más, repartí allí mis hallazgos. Confieso que fui feliz, muy feliz, cuando a la luz de las ceras encendidas juzgué el efecto de mi creación. Tenía lo que había anhelado, mi gruta incógnita, cuyos muros desaparecían bajo los cuadros curiosos y los objetos excepcionales. Los esqueletos colgaban de la techumbre, como el poliedro engañoso de Pantasilea, y se movían suavemente. Alrededor velaban los relojes, como ojos del tiempo, y los autómatas montaban guardia en el coruscar de los espejos, los cristales y las piedras. El olor de humedad flotaba, impregnando los tapetes del suelo. Premié a Silvio de Narni y a Juan Bautista Martelli, con principesca suntuosidad. Luego coloqué yo mismo, sufriendo hasta penuria por mi torpeza, la cerradura que clausuraría la puerta del corredor. Y, por primera vez en años, descansé, como si la mirada de Dios no pudiera perseguirme allá abajo. Nadie, fuera de mis cómplices, entraría en ese reducto, ni Fabio Farnese, ni Violante, ni Segismundo. Nadie, ni Julia, ni su hijo Horacio. Ignorarían la existencia de ese abrigo. Ahí cerca de las tumbas policromadas de los etruscos terribles, el duque de Bomarzo estaba seguro, como un animalejo en su cubil. Cuanto lo circundaba le era adicto, lo comprendía y lo amaba, con el amor sutil que las cosas sienten por quienes las han elegido, y que establece entre unas y otros una esotérica unión. Alguna vez, mientras escribía, me levanté de la mesa

que colmaban los libros y las borrajeadas hojas, para acercarme, como un sonámbulo, a una crátera de cristal con una cabeza de fauno en el borde, o a un laúd que me recordaba los de Hipólito de Médicis, o a una breve figura de oro, y porque sí, como había hecho con el torso de Minotauro, lo besé largamente.

Escribía un poema en muchas estrofas. Tracé su título, *Bomarzo*, con altas letras adornadas.

Silvio de Narni bajó al *Ninfèo* sus instrumentos astrológicos. Sólo conservó en la altura los destinados a la observación directa del cielo. Sus anotados libros —el *Qua-dripartitum* de Ptolomeo, los de Trithemius y Agrippa, sobre todo el *De Occulta Philosophia*, y por supuesto la medieval *Tabula Smaragdina*, a la cual se reputaba, entre los alquimistas, como el texto de mayor autoridad— se ordenaron bajo la efigie del *Agatomaïdon*, la serpiente egipcia que yo había visto ya en su aposento y que lleva una corona de doce rayos que representan a los doce signos del Zodíaco, en la leonina cabeza. Para mi secretario, la nueva construcción fue un refugio, como para mí. Aunque el remordimiento no lo atormentaba en absoluto, necesitaba aislarse del pasado, del recuerdo de Porzia, a quien vanamente fingía haber olvidado, y el estudio le brindaba una forma de olvido. Regresó, pues, con renovado entusiasmo, a los horóscopos y a la ciencia estrellera, pero pronto no le bastaron a su desazón. Aquél sólo era un paso más, en el camino hacia los arcanos de la magia, y Silvio se internó por la senda tenebrosa. Poseía para ello extraordinarios dones. Cuando lo tomé a mi servicio y comencé a tratarlo, en la época en que se aseguraba que, siendo paje de mi abuelo el cardenal Franciotto, había tenido encerrado al demonio Amón, que me secundó con artes negras, su conocimiento, mínimo y heteróclito, procedía, según él mismo me había confiado, de una propensión innata a familiarizarse con lo sobrenatural y a desencadenar azarosos prodigios. Luego, a medida que en el castillo se afirmaba su posición, la sabiduría de los astros lo deslumbró y quiso poseerla, para leer en la bóveda fulgente el mensaje de los destinos. Pero, después de que Porzia lo abandonó, atraída por la opulencia del duque de Mugnano, sus investigaciones tomaron un rumbo más práctico y concreto. En él revivía el viejo sueño de los alquimistas, el de la Piedra inhallable que transmuta a los metales deleznable en oro. Pensaba, sin duda, que si encontraba la Piedra reconquistaría a Porzia, que con su oro mágico la haría suya una vez más y la humillaría.

Comenzó esa búsqueda espaciadamente, alternando el tiempo que le consagraba con el que dedicaba a anotar los movimientos planetarios y a otras tareas, mas, al cabo de pocos meses, la Piedra Filosofal, el Gran Elixir, la Quintaesencia, se convirtió para él en una obsesión que lo embargó por completo. Consumido, quemado por dentro, surcada la frente de arrugas que ascendían hacia su precoz calvicie, visionarios los ojos, iba de los abiertos libros a los aparatos extraños que había instalado sucesivamente, los tres hornos, el atanor y el *kerotakis*, hablando en voz alta, no se sabía si solo, con el demonio Amón o con uno de esos familiares recónditos, como el gallo rojo de Cardano, con quienes los hechiceros departían en su clausura. Únicamente yo tenía acceso al escondite vecino de mi propio estudio; únicamente Juan Bautista y yo conocíamos su existencia, enclavada en el corazón del frívolo *Ninfèo*. Ni siquiera Fulvio Orsini, que a menudo entraba en la habitación barroca donde yo escribía, meditaba o paseaba como enjaulado —pues la índole de sus trabajos me obligó a brindarle la intimidad recoleta de mi refugio—, y que me consultaba sobre la

procedencia de tal bronce o de tal trozo de mármol, sospechaba que detrás del muro había un aposento más —aquel, precisamente, en el cual desembocaba el secreto pasadizo— y que, oculto en él, Silvio reiteraba los ademanes ya clásicos de los adeptos del Gran Arte, maniobraba con fuelles y alambiques, alzaba las cucúrbitas, las retortas llenas de líquido destilado, y rozaba o empujaba en sus desplazamientos, con las mangas aleteantes del negro ropón, los sublimatorios, las vasijas en las que se practicaba el *descensum*, los crisoles, los almireces y sus mazos, las ampolletas, las cubetas y los botijos. El vidrio y el metal reverberaban sobre las mesas, y el fuego ardía en los hornos. Cuando el humo escapaba entre los árboles y flotaba como una gasa verdosa, azulosa, los de la aldea pensarían que habíamos encendido una de las chimeneas del *Ninfeo*. Quizás se sorprendieran de la rareza del color que la breve columna difundía, y de su olor punzante. Que pensasen lo que quisiesen, ellos y los del castillo. No iba a inquietarme yo por unas mujeres, por unos poetas, por unos niños, por unos alabarderos, por unos aldeanos.

Frecuentemente dejaba el aposento que rodeaban mis libros y mis objetos extravagantes, para abrir la disimulada puerta que lo comunicaba con el de Silvio. Sus investigaciones me fascinaban cada vez más, al tiempo en que decaía mi interés por el poema que había comenzado con un fervor nada sincero. ¡Si hubiera sido franco y honrado entonces!, ¡si hubiera expresado sencillamente lo que sentía!, ¡ay!, probablemente la literatura italiana del siglo XVI se hubiera enriquecido con la más simple y la más profunda de sus obras... Tuve, delante de mí, la ocasión de la gloria literaria, y no supe reconocerla, no supe cogerla por los cabellos, al paso. Ni tema ni inspiración me faltaban. Adoraba a Bomarzo, que conocía como nadie y cuya esencia se comunicaba hondamente con la raíz de mi sangre, y ansiaba exaltarlo en una obra que uniera para la eternidad nuestros nombres, pero dos circunstancias me trabaron y entorpecieron, impidiéndome realizar un poema inmortal, más inmortal que las victorias del conde de Pitigliano: por una parte, mi superficialidad mundana me hizo sacrificar mi pasión al gusto de la época, y envolver el asunto en una armazón alegórica, de pintados cartones, bajo cuyo enfatismo era imposible captar la grandeza de Bomarzo, su incomparable seducción y su angustia hecha de piedra y de aire, y por la otra mi condición especial de gran señor romano me estorbó también, como si fuera, paradójicamente, otra joroba, y agarrotó mi expresión libre y espontánea, abrumándome de prejuicios estúpidos e insinuándome que el duque de Bomarzo no podía encarar un tema así con directa simplicidad, sino alternando la mitológica pompa que caracterizaba a la centuria, con un dejo irónico que informaría al lector —y singularmente al lector cortesano— de que el duque seguía siendo siempre el duque, aun con la pluma entre los dedos, y que si bien amaba, como era lógico, al lugar que había heredado de sus mayores, no se ofuscaba por el hecho de poseerlo y no pretendía utilizar al verso como una propaganda rimada de su ducado, porque comprendía harto que él, como individuo, como sacra encarnación de la primacía secular de su estirpe, estaba muy por encima del sitio curioso al cual podía ensalzar bondadosamente pero sin que la sonrisa superior abandonara sus labios ilustres y sin que se debiera considerar esa tarea como algo más que un juego palatino, una prueba de su talento fácil y de la gracia que, como todo lo suyo (fuera, naturalmente, de la joroba, y ¿quién se fijaba ya en ella?), reflejaba la divina predilección.

Con esas prevenciones, el poema progresó poco. Escribí mucho y destruí mucho. *Bomarzo* estaba bien construido, pero no valía nada. Resulta imbécil,

inexplicable, que en vez de interpretar la misteriosa belleza de Bomarzo, de sus valles, de sus colinas, de sus fogatas, de sus cuevas, de sus rocas, de sus tumbas temibles, que me conmovía hasta el escalofrío y hasta las lágrimas, yo recurriera a las muy trilladas pantomimas de Pomona, de Ganímedes, de Flora y de Adonis, a la repetida contradanza. Como es justo, me aburría, me fatigaba reiterando la masturbación suntuosa. Me desesperaba la certidumbre de que tampoco por esa vía toparía con la gloria que anhelaba tanto —pese a los encomios de mis amigos escritores—, y que sin embargo se balanceaba, como una áurea fruta, a un paso de mí, y en el gabinete de Silvio hallaba lo que había desertado el mío: el calor de una atmósfera de arrebató, de real maravilla, cuyo origen espurio no disminuía la intensidad de su estremecimiento vivificante. Además, como flaqueaba la inspiración y ninguna barrera espiritual me separaba del contorno miserable, acusadoras sombras me visitaban en mi estudio, deslizándose entre los esqueletos de reptiles y de murciélagos que temblaban en la altura. Maerbale, Girolamo, mi abuela, mi padre, Beppo y la ciega Cecilia Colonna rondaban la esterilidad de mi manuscrito. No iba yo a impresionarme a causa de los recuerdos; no iba a intimidarme; se es o no se es un hombre del Renacimiento, y yo lo era cabalmente; pero más de una vez mi ida al gabinete de Silvio tuvo los rasgos de una fuga.

Aparte de ellos, lo he dicho en múltiples ocasiones, la magia me sugestionaba. En su ámbito respiraba a pleno pulmón. Y las experiencias de Silvio de Narni en pos de la Piedra Filosofal que le devolvería a Porzia con más eficacia que la alianza de los demonios, armonizaban demasiado ajustadamente con la tradición de los príncipes obstinados en hallarla, rodeados de alquimistas, moviéndose entre detonaciones, hedores, llamaradas y burbujas para no encandilarme. Ese medio era el que correspondía a quien había traído al mundo una promesa mágica. Acaso ahí, en la habitación que los hornos poblaban de vaivenes escarlatas, se agazapara el Secreto, mi Secreto.

Fueron naciendo mis hijos. El día en que nació el giboso, el giboso Maerbale, lloré, no sé si de dolor o de alegría. Era mi hijo y era mi hermano, mi verdadero hermano. Entre tanto, el mayor, Horacio Orsini, se desarrollaba en hermosura. ¡Cómo me busqué en él! ¡Cómo nos descubrí en él, alternativamente, a mí y a mi hermano Maerbale! Su simpatía —yo nunca, aunque me esforcé, fui simpático— lo aproximaba más a la euforia de Maerbale, a la gracia con que divertía, bailando e inventando mímicas, a mi abuela, pero podía proceder también de la de mi suegro Galeazzo Farnese, de la de Fabio, de la de mis cuñadas, que habían logrado ya sus grandes casamientos, con un Sanvitale de Parma, con el duque de Poli, con Matías Varano, señor de Camerino, y que, cuando aparecían muy de tarde en tarde, en Bomarzo, traían a sus muros torvos un soplo de la vida mundana de Roma y una risa ante cuyos cascabeles se esfumaban los espectros. La hermosura de Horacio era tal, que junto a él los demás retrocedían, descartados. Algunas mañanas, al enterarme de que estaba bañándose en el Tíber, fui a esconderme entre las malezas, para mirarlo retozar como un pequeño dios de Bomarzo, en su espigada desnudez infantil, y así como la risa de Gerolamo, de Yolanda y de Battistina conjuraba las malas sombras en el castillo, la bulla y los chapuzones del infante ahuyentaban al fantasma ensangrentado de mi hermano mayor, de la ribera donde lo había sorprendido la muerte. Horacio era un dios, un dios auténtico, y no los que yo acumulaba,

ramplones y sentenciosos, cansados como actores viejos, entre los versos de mi poema.

Juan Bautista y Silvio no se hablaban ya. Su antiguo rencor había brotado nuevamente. Juan Bautista no le perdonaba a Silvio la forma en que había vuelto a apoderarse de mí. Recelaba, además, que todo el humo, las cocciones y los filtros en medio de los cuales se debatía, de fracaso en fracaso, la rabia esperanzada del de Narni iban dirigidos contra su melliza Porzia. De ella supimos que tenía ahora, en la propiedad de Mugnano, una compañera inseparable, Pantasilea. La meretriz había entrevisto en el caserón de mi primo Orsini un puerto contra las inclemencias de los años. Entre las dos mujeres esplendorosas, el duque de Mugnano vivía para el placer. La suya era: la corte del placer, dionisiaca, mientras que la mía, con tantos personajes y parásitos célebres, era la corte de la ciencia y del arte. Admito que en distintas oportunidades sentí la añoranza de una existencia como la suya, infinitamente más divertida que la que yo había escogido. Pero así era: yo la había escogido, yo había resuelto ser el culto, el refinado duque de Bomarzo, el esteta de la educación florentina; había resuelto modelar esa figura mía para lo porvenir, que triunfaría sobre mi joroba: la del duque componiendo su poema melodioso al calor de sus devotos intelectuales; la figura del duque distante, espiritual, sapiente; y de nada me servían las nostalgias. Claro que Violante, Fabio y Segismundo continuaban frecuentando mi círculo, y que con ellos me desahogaba, aun sensualmente, despojándome de la armadura que yo mismo me había forjado. Pero no los amaba. No amaba a nadie. Silvio no pasaba de ser mi cómplice; ni siquiera era mi amigo... A Julia la miraba, remota, cuando iba entre las filas de álamos y los jarrones de laureles, como hecha de bruma, o como si, a semejanza de la pobre Cecilia Colonna, fuera ciega y no pudiera verme. Ésa era la impresión atroz que me embargaba, no bien la poseía en el lecho donde su miedo y su rencor se disfrazaban de sumisa indiferencia: la de que no me veía, la de que, desde que había ceñido con sus brazos fugazmente a Maerbale, no me había vuelto a ver. Y no la quería. Su desprecio me cohibía demasiado, estaba demasiado a flor de piel, para que pudiese quererla. Antes, cuando me estrechaba contra su cuerpo, eludía mi giba; ahora sus manos se posaban sobre ella como tarántulas, recordándome que mi joroba seguía ahí y que nunca, ni aun en la embriaguez de la voluptuosidad, me desembarazaría de su peso. No quería a nadie...

Ah... pero sí, a alguien quise, a alguien quise entonces, con un sentimiento singular, confuso, vagamente incestuoso —alguien a quien Julia prefería también, porque su instinto materno discernía tal vez su esencial diferencia, que yo no alcanzaba a precisar—, y fue a ese niño que corría, esbelto, danzarín, por las callejas de la aldea, rumbo al valle y al bosque, a ese niño que se me parecía tanto, que era como mi imagen perfeccionada, pulida, como la proyección poética del retrato de Lorenzo Lotto. A Horacio Orsini. Oía el galope de su caballo, cuando partía con mis primos que le enseñaban a adiestrar halcones, y me golpeaba el corazón. Salía, con la pluma de ganso en la diestra, a la terraza del *Ninfeo*, y observaba a la distancia su delicada silueta que traía a mi memoria la de Girolamo, ágil, gentil, airosa. Y ya se desvanecía, como un silfo, en la reverberación lejana de los diamantes que chispeaban en el estoque, en la gorra, en el collar de Orso, en los guantes de Segismundo que se levantaban hacia el parche negro, como si en pleno día se apagaran y encendieran las luciérnagas de la espesura.

—¡Adiós! —le gritaba—, ¡adiós!

Y así como Julia no podía verme, Horacio no podía oírme. Entonces, repugnado ante la idea de regresar a la tarea que me había impuesto, ascendía lentamente hasta el castillo. Madruzzo estaba comentando el casamiento de Victoria Farnese, hija de Pier Luigi, con Guidobaldo de Urbino. El título de duque de Sanseverino, que hubiera estremecido a Stendhal, había sido otorgado a Octavio Farnese y a sus sucesores. ¡Siempre los Farnese! Y, ¡qué poco me importaban! O si no, se trataba del nacimiento de Alejandro Farnese, hijo de Octavio y de Margarita de Austria, nieto de Pier Luigi y de Girolama Orsini, nieto también de Carlos Quinto, bisnieto del papa Pablo III... ¡Cuántos prestigios acumulados sobre una sola cabeza! Yo los escuchaba desganadamente. Algo había que hacer, sacudirse, desentumecerse. Puesto a la ventana, abarcaba el paisaje que cruzaban los murciélagos, aguardando la vuelta de Horacio Orsini y de los cazadores. Era lo que había hecho en Bomarzo, desde muy pequeño: aguardar, laténdome el corazón, la vuelta de los cazadores.

Una noche, aquella señorial monotonía se quebró. Estaba yo solo con Silvio, junto a la chimenea del salón principal, estudiando cómo convenía trasladar a una de las paredes la pintura del horóscopo de Benedetto —no teníamos en ese momento ningún huésped, y Julia y los niños se habían retirado—, cuando escuchamos, en la cuesta del castillo, estrépito y voces. Silvio abrió una ventana y se asomó a las tinieblas. Abajo, en el viento, se revolvían las antorchas y vibró el timbre claro de Martelli:

—¡Es Messer Lorenzino de Médicis, que viene con su madre, y suplica la hospitalidad de Su Excelencia!

Ordené que los hicieran subir en seguida y los aguardé en lo alto de la escalinata. María Soderini se adelantó pausadamente, emergiendo de la penumbra de los tapices, como una velada figura irreal, pero Lorenzino trepó en cuatro brincos, ágil como siempre, y cayó en mis brazos un instante después. Ambos venían enmascarados. Detrás se apresuraban los servidores, con cofres, con armas. Mi joven amigo había cambiado bastante. Cuando se arrancó la máscara, advertí en su rostro moreno y enjuto las huellas envejecedoras de la inquietud. Extraños tics le agitaban la cara que, perdida la sonrisa, costaba reconocer. Miraba a derecha y a izquierda, con recelo. Lo serené, asegurándole que mi afecto no había variado, y besé la mejilla y las manos de María Soderini. El sufrimiento la había gastado aun más que a su hijo. Se derrumbó en un sillón y no pronunció palabra. Mandé que trajeran vino, mientras aprestaban sus habitaciones y, para honrar especialmente a Lorenzaccio, dispuse que le apercibieran la cámara en la cual mi padre había tenido su estudio y que permanecía cerrada desde entonces. En breve, su madre, rendida por el cansancio, nos abandonó. Trazó la señal de la cruz sobre la frente de Lorenzino y la acompañamos hasta su aposento donde ardía un fuego de ramas crepitantes. Volvimos luego al salón y quedamos solos. Mi amigo bebió, uno tras uno, cuatro vasos. Frente a la iglesia, resonaban las exclamaciones roncadas de los que desuncían su carruaje. Y el silencio se apoderó de nosotros, cargado de expectación, porque parecía que los emperadores romanos que se alejaban hacia la galería y hacia la sombra tortuosa del Minotauro esperaran también, tensos, agudos, en tanto el viento repiqueteaba en los vidrios y retorció, trenzándolas y destrenzándolas como a rojas Gorgonas, las llamas del hogar.

Por fin, mi huésped rompió a hablar, a tropezones. Me refirió su vida, a partir del día en que escapó de Florencia, merced a un salvoconducto del obispo

Marzi, consignatario de las llaves de la ciudad, a quien con un engaño sacó de la cama. Había andado mucho. Su historia, luego de la fogarada fugaz del crimen, era la historia de una huida, porque Cosme de Médicis había puesto precio a su cabeza. Primero, Felipe Strozzi, que lo recibió como a un enviado de la Providencia, lo había mandado en misión ante el sultán de Constantinopla; luego, derrotados los del exilio, huyó, salvando fronteras. Estuvo en Venecia, en Bolonia, en Francia, regresó a Italia con el rey Francisco, y una vez más tornó a Francia, a Montpellier, a París...

—¿Viste a Benvenuto Cellini en Paris?

—Lo vi: a él y al tesorero Bonaccorsi y al poeta Alemanni. También a mi prima Catalina, la futura reina, que me recibió bondadosamente, y a Margarita de Navarra. Con Catalina te recordamos a menudo. Pero, ¿sabes?, los otros seguían conmigo. Eran como dos vampiros, como dos lobos; no me dejaban en paz.

—¿Qué otros?

—Los otros. Scoronconcolo, Freccia. Los que me ayudaron cuando lo de Alejandro...

—¡Ah!

—No me perdían pisada. Incomprensiblemente, junto a mí se sentían seguros. De noche oía crujir sus dientes y, si se movían en los lechos, sus dagas chocaban contra las cujas. Ni siquiera se descalzaban las botas para dormir. Por fin pude sacármelos de encima. Eran peores que Alejandro. Peores que cualquier remordimiento, si el remordimiento existiese. Los embarqué en una galera de Roberto Strozzi y respiré.

—¿No tienes remordimientos?... digo... por lo de Alejandro...

—No.

Pronto recomenzó la fuga. Falleció su tío, Giuliano Soderini, que lo socorría ocultamente con algún dinero. Ahora regresaba a Venecia, donde su existencia transcurría entre los que lo consideraban un héroe y los que lo juzgaban un traidor. Contaba con medios muy escasos, pues Pedro Strozzi, que le daba un palacio, mil quinientos escudos anuales y unos facinerosos para protegerlo, le había cortado de la ración mil escudos.

Le prometí vagamente aliviar sus arduas finanzas, alegando que todavía no había percibido mis tributos, y me agradeció con efusividad. El miedo, que no lo abandonaba nunca, que hincaba sus uñas y sus dientes más hondo que Scoronconcolo, bailoteó de nuevo en sus ojos desesperados. Espió hacia los rincones, girando la curiosa cara inquisitiva, de roedor.

—¿Estamos seguros aquí?, ¿tu gente es leal?

—Estás seguro. No temas.

Asombraba pensar que con esas manos nerviosas había arrancado la vida al duque Alejandro. Pero ¿acaso yo, con mis labios finos, con mis ojos poéticos, con mi figura frágil, no había ordenado la muerte de Maerbale?

Temblaba y reía a la vez. Para distraerlo, le hablé de su *Aridosia*, pero no paraba de temblar. ¡Qué distinto resultaba del Lorenzaccio de Musset, que jugaba con la muerte! Uno de los personajes, refiriéndose a los asesinos que lo acechan, le dice, en el último acto de la tragedia: *Tu te feras fuer dans toutes ces promenades*, y él responde, soberbio: *Cela m'amuse de les voir*. Cuando leí la obra, no reconocí a mi desventurado amigo, el que tiritaba en Bomarzo, delante de la chimenea, estirando hacia las chispas sus manos transparentes, y volvía sin cesar la cabeza para mirar a sus espaldas. Pero ya se sabe que los poetas, y sobre

todo los poetas románticos, acuñan sus propias versiones de los pobres individuos. Por suerte es así.

Lo conduje hasta su aposento, llevando yo mismo las luces, como si guiara a un rey. Habían encendido el fuego, y la humedad se resistía, empañando los cristales. Nadie entraba en esa habitación. Sólo Silvio y yo la cruzábamos, porque en ella, como se recordará, se encontraba el secreto panel que abría a la galería estrecha por medio de la cual nos comunicábamos con el *Ninfeo*, a ocultas de todos.

Antes de que lo dejara, Lorenzino probó el cerrojo repetidamente. Me preguntó si existía otro acceso y no le revelé el del pasadizo. Apiadado de su pavor, le sugerí que Juan Bautista podía dormir junto a él y aceptó en seguida. Lo conocía de Florencia, del tiempo de las bodas del duque. Luego que los instalé, gané mi habitación del piso alto, meditabundo. Tardé en conciliar el sueño, solicitado por imágenes de mi adolescencia toscana, en las que el pequeño Médicis surgía para tenderme una mano mientras Adriana dalla Roza lanzaba el último suspiro pensando en Beppo, el infiel.

Dos horas más tarde, al alba, la bulla me despertó. Lorenzo y Juan Bautista golpeaban a mi puerta, como locos, semidesnudos, revuelto el pelo, brillantes en los puños las espadas. María Soderini, Julia, Fulvio y Messer Pandolfo aparecieron en los umbrales de sus habitaciones, con luces parpadeantes. Agolpáronse los niños detrás, y los alabarderos y los pajes subieron y bajaron las escaleras, a medio vestir también, descalzos, abrochándose los tahalíes, blandiendo los estiletes, incomodando con las partesanas, inquiriendo qué acontecía. Lorenzino vociferaba tanto que era imposible comprenderlo. Se arrojó en brazos de su madre y allí quedó, trémulo como un pájaro. Entonces Juan Bautista explicó lo sucedido.

No bien permanecieron solos, mi inquieto huésped empezó a porfiar con los peligros que lo cercaban y con la necesidad de estar alerta. Sospechaba que en la cámara de Gian Corrado Orsini había otra entrada, secreta, y a pesar de las negativas del paje se empeñó en hallarla. Registró la cuadra palmo a palmo, con la experiencia que había recogido en muchas ocasiones similares. Me azaró, en tanto peroraba Juan Bautista, que me dijera que habían encontrado el panel. Pero su descubrimiento era más sensacional. Palpando las paredes, tanteando la chimenea, recorriendo el embaldosado, Lorenzino había rozado el resorte con el cual yo no acerté en mis minuciosas investigaciones, aquel que había puesto en movimiento mi padre para accionar el mecanismo que daba paso a la celda del esqueleto. Un postigo se había deslizado quedamente, como en las novelas de espanto, y luego de una breve vacilación, ambos se escurrieron por el negro boquete. No fue menester que dijera más para comprender lo pasado. También yo, en mi niñez, había experimentado un horror similar. El esqueleto coronado de rosas de seda mustia continuaba allí, recostado, apoyado el cráneo en las falanges. La claridad de las velas le confirió la ilusión de una vida trepidante. El gusto literario de la época por lo macabro, que culminaría en la *Selena* de Gilardi, con su reina y su princesa que, durante un acto entero, esgrimen las calaveras de su hijo y de su esposo, y en la *Arcipranda* de Decio, con su famosa escena de los despedazados cadáveres, nos había familiarizado con los episodios tremebundos, pero una cosa era observarlos en el proscenio, y otra, muy distinta, enfrentarlos en la realidad. Lorenzino se detuvo un momento, hasta que retrocedió, gritando, y no había parado de gritar desde entonces. Farfullaba, confusamente, que el duque de Bomarzo había urdido esa pesadilla para

atormentarlo quién sabe con qué propósito, acaso para amedrentarlo con el recuerdo fantasmal de Alejandro de Médicis. La idea no podía ser más absurda pero, en su frenesí demente de obseso, Lorenzino la repetía sin escuchar razones. En vano traté de aclarar su trastorno y de darle a entender cuánto había buscado yo esa tétrica aparición, que consideraba como la nefasta úlcera de Bomarzo. Alejé a mis parientes, a mis servidores y, cuando estuvimos solos, me esforcé para que comprendiera la tortura que yo había sufrido por culpa de esa osamenta maldita. Se negó a oírme. Declaró que partiría sin esperar más y, a grandes voces, mandó atalajar y preparar su carruaje. Recurrí a María Soderini, pero por su gesto deduje que cuando Lorenzino caía en un trance así era inútil insistir. Poseído por el miedo, veía doquier enemigos y emboscadas.

Lo extraño es que Juan Bautista me informó de su deseo de partir con él. Todavía hoy no alcanzo a columbrar los motivos que lo impulsaron a tomar una decisión tan súbita y descabellada. Era obvio que, a causa de su querrela con Silvio, se propusiera abandonar mis tierras, pero lo lógico hubiera sido que se amparase en Mugnano, donde su hermana se daba aires de señora. Su ambición debía empujarlo por ese camino. Sin embargo eligió la suerte incierta, riesgosa, de Lorenzaccio. Tal vez, aunque me parece raro puesto que fue él quien la precipitó hacia la prostitución, lo avergonzara compartir un techo que su hermana había ganado con sus zorrerías de hembra. No me resta entonces más que suponer que en las horas en que estuvieron encerrados en la cámara fatal, Juan Bautista sucumbió ante la fascinación prestigiosa de Lorenzo. Nadie sabrá qué pasó entre ellos, durante el tiempo que precedió al hallazgo lúgubre. Juan Bautista era muy hermoso, y desde la niñez de Lorenzino, desde los años de su amistad ambigua con el mediocre Rafael de Médicis y de la predilección comentada del papa Clemente VII —cuya índole culpable rechazo—, las inclinaciones equívocas del joven señor habían sido harto criticadas por los burlones. Colérico, otorgué mi autorización, y hasta, sin que Lorenzo se enterase, le entregué a Juan Bautista algún dinero para aliviar las penurias de su nuevo y excitado amo. Se fueron en cuanto estuvo listo el coche, a pesar de mis protestas. Abrazado a su madre, el asesino del duque Alejandro rehusó devolver mi saludo. En cambio María Soderini y Juan Bautista me besaron.

Llovía casi dolorosamente. Mi paje galopaba entre la modesta escolta, y la gente de la aldea, advertida de que algo extraordinario se desarrollaba en el castillo, se apretó para ver alejarse el vehículo desvencijado en cuya portezuela habían sido raspadas, a fin de que no las reconociesen, las armas de los Médicis, las *palle* que habían hecho correr tanta sangre como lluvia caía ahora sobre la lividez arañada de su dibujo.

En cuanto partieron, me introduje con Silvio en la celda que me había servido de prisión. Nada se había modificado en ella, desde el día en que mi padre me había llamado “hijo de Sodoma” y me había precipitado en la lóbrega oquedad. El esqueleto, que en partes mostraba, a través del hábito desgarrado, restos de una momificación defectuosa, continuaba en su sitio. La misma corona de rosas de trapo le rodeaba la frente, y en su brazo derecho se extendía una palma marchita cubierta de polvo. Un rictus misterioso, una vaga, desdentada sonrisa, se añadía a su espanto. Quizás fuera el cuerpo de un mártir, pero se me ocurrió, como la vez pernera que me enfrenté con su fantasmón, que de él emanaba un invisible vaho maligno, un miasma infame que envenenaba el calabozo.

—Hay que sacarlo de aquí inmediatamente —dije a mi secretario—. Lo harás enterrar y mandarás rezar misas por él. Pero es menester quitarlo de aquí.

Silvio salió en pos de ayuda. Entre tanto, quedé solo con el engendro, que a veces me parecía una osamenta humana y a veces un muñeco fantástico, como los que coleccionaba en el *Ninfeo*. Mi temor no había cedido un ápice, y a él se sumaba una repugnancia que me erizaba la epidermis. Pero quise darme a mí mismo una prueba de fortaleza, ya que las pruebas que daba eran invariablemente de pusilanimidad, y triunfar sobre mi cobardía. Me acerqué despacio a su estructura, levantando sobre mi cabeza la palmatoria, y estiré una mano, hasta casi tocar con la punta de los dedos el cuerpo yacente. Trataba de no mirarlo, de no ver sobre todo sus cuencas vacías y su quijada monstruosa, mitad hueso y mitad seca y resquebrajada piel. Oí, a la distancia, las pisadas de Silvio que regresaba con algunos servidores, y eso me infundió valor. Alargué un poco más la diestra y di un empujón al muerto. El esqueleto cayó hacia un costado como si se desarmara, porque la calavera rodó a mis pies y los fragmentos frágiles que componían el simulacro se partieron al chocar con las losas. Los pétalos de trapo se esparcieron en torno. Entonces distinguí lo que hasta ese momento había ocultado el esqueleto de Bomarzo, aquello que cuidaba en su soledad de la entraña del castillo, como un guardián del trasmundo. Eran unos folios de pergamino, anudados con una cinta de terciopelo verde que había perdido el color. Apenas tuve tiempo de recogerlos y meterlos bajo la camisa. Me rasguñaron el pecho. Y en seguida entraron los hombres.

Había resuelto que sepultaran al enigmático custodio de los manuscritos, pero cambié de idea. Decidí, al contrario, que recompusieran la figura, como se ajusta un títere, atándola y pegoteándola, y que con su corona y su palma, reproduciendo su posición, la colocaran en la ancha urna de cristal que existía encastrada en la base de uno de los altares de la iglesia, el que tenía por centro las imágenes de Girolamo y Maerbale que recibían rosarios de manos de la Virgen. Eso lo decidí después. Lo decidí cuando poseí la certidumbre de que los folios que examiné en mi cámara eran las dos cartas del alquimista Dastyn al cardenal Napoleón Orsini que me había anunciado Paracelso y que había buscado a través de Italia inútilmente. Ahora, por fin, me pertenecían. Por fin comenzaba a palpar la inmortalidad que me prometía mi horóscopo.

Había indagado en pos de esas cartas por ciudades y palacios, y en Bomarzo estaban, aguardándome. Debía ser así, para que el símbolo resultara completo. En Bomarzo debían estar y no en otro sitio.

Mi padre, mi abuelo y los dueños anteriores de Bomarzo, los que conocieron la presencia de la osamenta escondida en el espesor de las murallas del castillo, ignoraron sin duda el tesoro que vigilaba, como una esfinge de leyenda. O, si lo intuyeron, prefirieron que siguiera allí, aislado, impotente, porque temían las consecuencias que su tremendo secreto era capaz de desencadenar. Mi abuela Diana, probablemente por su condición de mujer, no estaba al tanto de ese secreto. Me lo hubiera entregado cuando la interrogué. Como dueño del lugar, me correspondía. Cabe suponer que mi padre, el día en que me encerró con la aparición siniestra, me sometió a un experimento cruel. Si encontraba las cartas por mis propios medios, derrotando a la angustia y al horror, demostraría que era digno de ellas. A Girolamo no lo hubiera ensayado de ese modo. En Girolamo tenía confianza y es posible que ya le hubiera revelado el misterio inquietante. Pero, a lo largo del tiempo, el enigma de Dastyn me esperaba a mí, el Edipo predestinado. Cuando despegué los folios dos veces seculares, lloré de orgullo.

No alcanzaba a entenderlos, a descifrar la gótica escritura desleída, pero lloré de orgullo. Yo era, de todos los Orsini, el elegido para la milagrosa revelación. Yo, el jorobado, el débil, el negado de la gloria, era el elegido. Posé mis labios en el cuero crujiendo. Así me desquitaba del desprecio de Gian Corrado Orsini, el que había querido anularme, privarme de Bomarzo. Me desquitaba porque ahora gozaba de la seguridad de ser el mejor de la extensa línea en la que reverberaban tantos personajes ilustres, y de que ninguno de ellos había merecido a Bomarzo con títulos calificados para competir con los que el destino me había otorgado a mí para siempre, para siempre.

Y, en tanto miraba y remiraba, paseando el cristal de aumento de mi abuelo Franciotto sobre las líneas de pálido ocre, el texto del cual dependía tal vez la perpetuidad de mi victoria, los aldeanos de Bomarzo desfilaban por la iglesia y se santiguaban delante de los despojos que el duque brindaba a su veneración. Por lo demás, ¿acaso sabía yo si aquellos restos no pertenecían a un santo? ¿Bastaba mi impresión de maleficio para inferir lo contrario? ¿No sería que yo acarreaba el maleficio dentro de mí y lo proyectaba hacia afuera? Había habido muchos santos en la zona. San Anselmo... San Dionisio... San Hilario... San Eustizio... San Valentino... Claro que desde que sus plantas sagradas hollaron el suelo de Bomarzo habían transcurrido diez, doce o trece centurias y que si algo sobrevivía de sus vestigios apenas alcanzaría para llenar un breve relicario... Señores y campesinos vinieron de lejos, ansiosos de impetrar la ayuda del nuevo protector. Hasta mi primo de Mugnano vino, con Pantasilea —no se atrevió a traer consigo a Porzia—, y depositó en el altar la ofrenda de seis gruesos cirios que ostentaban el escudo de Orsini pintado con jubiloso sinople y ardientes gules. Los espíe, disimulado por una colgadura: el duque delante, vestido de terciopelo grana, al cuello una cuádruple cadena de oro; luego Pantasilea, esponjada, encadilante como uno de sus pavos reales, lirios de perlas en los bucles rojos, puesta de rodillas en el prodigio del traje de damasco violeta, con llamas púrpuras que brotaban de la amplitud de las mangas; y detrás Segismundo Orsini, a quien había comisionado yo para recibirlos, la mitad del rostro cubierta por la venda oscura, el ojo libre resplandeciente, la ropa turquesa y blanca como si todo él fuese una joya. Los tres llevaban cirios en las manos. ¿Qué pedían, qué pedía cada uno, juntos los dedos orantes? ¿Qué podía otorgarles el esqueleto rehecho pieza a pieza, como un juego triste, patético, que sonreía en su urna? Concluidas las preces, recorrieron mi gabinete de curiosidades. No me importaba que lo vieran; lo que no quería que vieran era el de Silvio. Segismundo puso en marcha los autómatas y destacó la maestría de los relojes. Inesperadamente, el esqueleto había pasado a ser una rareza más, entre las de Bomarzo.

Más tarde, la reliquia fue desplazada de allí y trasladada en su caja de cristal a un altar pequeño, insignificante, ubicado en la planta principal del castillo, donde sigue aún, convertida en un objeto insólito que asombra y divierte a los escasos viajeros que la descubren, porque nadie sabe qué significa ese mascarón de huesos caricaturescos, ni recuerda su origen; pero cuando mi voluntad imponía su ley en Bomarzo, yo, Pier Francesco Orsini, santifiqué al esqueleto que, de instrumento de pavor, usado con el fin de torturarme y vejarme, se había transformado para mí en una alegoría de la vida eterna. Quizás discurría yo, ingenuamente, soberbiamente, que al cabo, dentro de las atribuciones del duque, estaba la de instituir santos que protegían su dominio. Para algo me sobran papas y bienaventurados en la sangre.

IX

LA DESGRACIADA GUERRA

Creí yo, cuando tuve en mi poder las cartas del alquimista, que pronto sería dueño de su secreto, pero la tarea de descifrar, traducir e interpretar su contenido fue muy larga. La entorpecieron desde el comienzo dos circunstancias: la necesidad de rodear ese trabajo de la mayor discreción, y lo relativo de la ayuda que podía suministrarme, dados sus pocos años y escasa experiencia, mi sobrino Fulvio Orsini. Al principio, hasta de él quise prescindir, pero pronto comprendí que si no recurría por lo menos a sus luces, no progresaría ni un paso en mi labor. Me encerraba en mi cámara del *Ninfeo*, desenroscaba los folios, disimulándolos entre las páginas del poema esbozado, para prevenir cualquier sorpresa, y permanecía horas delante de aquellos signos incomprensibles.

Lo que descubrí fue que Dastyn se había valido de una astucia inicial para redactar sus epístolas: estaban escritas, letra a letra, al revés. Era fácil restablecer el texto y a ello me dediqué en la primera etapa. Luego advertí que en la construcción abundaban las solitarias mayúsculas, elegidas para designar las sustancias, y que probablemente Dastyn (el pseudo Lullio ha empleado un procedimiento equivalente) había tomado al azar del alfabeto. ¡Ah, si Fulvio hubiera sido mayor, si hubiera poseído ya la ciencia que logró con la madurez! Todo el proceso se hubiera acelerado... Pero no había más remedio que echar mano de lo que a mano tenía, confiando en la suerte que me había puesto a la entrada del laberinto. Una certeza tenaz me impulsaba, y es que alguna vez resolvería la incógnita, y meditaba que podían aplicárseme las palabras que un ángel dirigió, durante un sueño, al remoto alquimista Nicolás Flamel, mostrándole un libro cubierto de dibujos mágicos, y que Silvio de Narni me había referido: *Mira este libro del cual nada comprendes; para muchos otros será ininteligible, pero un día tú verás en él lo que nadie verá.*

Por lo menos tendría que confiar en una persona y compartir con ella mi tesoro. Y esa persona era Fulvio. Sobre todo, Silvio no debía ni siquiera olfatear las cercanías del prodigio. Para distraerlo facilité en lo posible sus propias investigaciones: la búsqueda de la Piedra. Si la hallaba, mejor para él. A los anteriores elementos de laboratorio, añadí varios más, algunos bastante costosos: el horno de arena, el aludel español formado con vasos de tierra barnizada, el pelícano, de cuya panza partían dos tubos; y esa multitud de objetos de herméticos nombres, todos los cuales designan, con leves matices, al *huevo filosófico* la *prisión*, el *sepulcro*, la *casa del pollo*, la *cámara nupcial*, la *matriz*, el *vientre de la madre*, cuanto podía exigirse a fin de obtener aquello que también mudaba su nombre, y se llamaba, según los diferentes alquimistas:

Piedra Filosofal, Piedra de Egipto, Polvo de Proyección, Gran Elixir de Quintaesencia, Gran Elixir de Tintura de Oro, o Gran Magisterio.

Fulvio se entusiasmó con el trabajo. Le fascinaban los enigmas y lo que trascendiera a erudición. Pacientemente, lentísimamente, fue desbrozando el galimatías que llenaba los cuatro anchos folios. Disponía para ello, además del conocimiento de las lenguas muertas (había en las cartas numerosos vocablos hebreos), de una maravillosa intuición que luego asombró a los lectores de sus libros sabios, monumentales, y que le permitía moverse con agilidad en medio de las alegorías entrelazadas. A su lado, mi colaboración no existía casi. Nervioso por la lentitud del proceso —sin sospechar que insumiría años, décadas—, desesperando de que el éxito coronara y esperanzándome nuevamente frente al hallazgo más mínimo, más sutil y débil, volvía a la mesa donde me aguardaban las estrofas de *Bomarzo* y añadía cinco o seis versos a la composición. Detrás del muro se oían crepitar los hornos de Silvio.

Y entre tanto arriba, en los salones cortesanos que presidían los retratos de Lotto y de Sebastiano del Piombo, los intelectuales huéspedes proseguían sus disputas filológicas, sus epigramas mordaces. Ninguno de ellos imaginó jamás lo que sucedía en el valle vecino, a sus pies. Nadie lo imaginó, y menos que nadie, naturalmente, los campesinos que observaban desde lejos nuestras sofisticadas evoluciones, como si mi pequeña corte hubiera sido para ellos un mundo irreal, de actores lujosos que iban y venían por un proscenio iluminado, mientras ellos eran los únicos que vivían en verdad, porque para los campesinos la realidad palpable de la vida consistía en roturar las tierras, en ordeñar las vacas, en llevar las ovejas y las cabras a los pastos, en armar las parvas, en alimentar las gallinas y los palomos, en destripar los cerdos, y todo lo demás pertenecía a una órbita que trascendía lo positivo y que se elevaba, iridiscente, inalcanzable, sobre sus casucas y sus establos, sostenida quizás por las columnas de humo multicolor que brotaban del *Ninfeo*; una órbita en la que los señores y los poetas pronunciaban nobles palabras enigmáticas y en la que la existencia se desarrollaba sin sufrimiento, puesto que era como un baile extraño y exquisito.

De Roma, de Florencia, de Milán, de Nápoles, de Venecia, surgían mensajeros con libros misteriosos y manuscritos raros. Adquirí las copias de cinco obras atribuidas a un benedictino muerto hacía largo tiempo, descubridor del antimonio, Basilio Valentín (lo cual significa, etimológicamente *Rey Poderoso*), que no se publicaron hasta un siglo después: el *Azoth*, la *Apocalypsis Chimica*, la *Manifestatio Artificiorum*, la *Haliografía* y las *Doce Llaves*, que acompañaban desazonantes planchas alegóricas. Y hasta conseguí bastante más tarde, un ejemplar de *El Elixir de los Filósofos*, en su versión latina ya que no se tradujo hasta 1557, y que se achacaba al propio papa Juan XXII, lo cual revestía suma importancia para mis investigaciones, puesto que ése era el pontífice de Aviñón que había mantenido con Dastyn una correspondencia relativa a los temas sabios que más interesaban a los llamados *Hijos de Hermes*. Fulvio los requería, por el vínculo que existía entre la Piedra Filosofal y el Filtro de Larga Vida, para no extraviarse en el dédalo cansador que creaban los folios oscuros que estudiaba. Me asombra que Fulvio no haya abandonado la tarea; pero él daba testimonios constantes de su tozudez, y lo estimulaban los obstáculos y escollos. Menudo, pálido, modesto, día a día su ancha frente y sus ojos pardos, inclinados sobre los volúmenes, y sus dedos ágiles, que multiplicaban las anotaciones, se tornaron familiares para mí. En las cartas de Dastyn también abundaban las figuras esotéricas: las tres manos estrechadas, una de las cuales era negra; el

buey y los dos ángeles, prosternados delante de la cruz; el abrazo del agua y del fuego; el león que devora a la serpiente; el gallo en el alambique... y Fulvio los copiaba, erizando los diseños con sus letras microscópicas.

Alguna vez Silvio nos preguntó qué hacíamos, enclaustrados, y se le respondió que estudiábamos unos camafeos que habían pertenecido a los patriarcas de Aquileia. Estaba demasiado preocupado con su obsesión para inquietarse por lo nuestro. El oro ausente se reflejaba en su cara, que se iba tornando amarilla. Pero no pudimos prolongar el engaño. Su laboratorio era vecino de nuestro gabinete, y los textos que manejábamos resultaban muy obvios para su especialidad. Por ello, a regañadientes, aunque calculé que sacaría provecho de su cooperación y que la muerte de Maerbale establecía entre nosotros lazos cómplices incomparables que alejaban la eventualidad de una perfidia, lo puse al tanto de mi empresa, tan íntimamente ligada con la suya. Grande fue su alborozo. Se precipitó, como sobre manjares, sobre las obras de Juan XXII y del monje Basilio, y desde entonces Fulvio, él y yo trabajamos juntos. Por suerte la inmortalidad no lo turbaba, como agitó a múltiples rastreadores de la Piedra, tanto al citado Nicolás Flamel y a su esposa Pernelle, como a Agrippa de Nettesheim, Ireneo Philaethe, el conde de Saint-Germain y Cagliostro, en una extensa lista que incluye a emperadores de Alemania, a charlatanes, a científicos, como el árabe Ibn Sina, Avicena, príncipe de los Médicos, y a humildes soñadores iluminados. Él quería el oro, sólo el oro. Y, por supuesto, a Porzia.

Entre Silvio y Fulvio, me asomé a la atmósfera del misterio mágico, que desde la infancia, desde que capté, en el aire tenso de Bomarzo, las milenarias presencias etruscas, me alucinaba. Todo lo demás retrocedió ante el anhelo que nos convocaba frente al *kerotakis*, el horno inventado por una alquimista mujer, María la Judía. Manojos de hierbas pendían de la pared, como garras, y en los almireces caían el azufre, el mercurio y la sal de las combinaciones, mientras que en torno nos acechaban los retratos ingenuos de los maestros divinos y humanos que habían entrevisto la Gran Obra —y que Silvio había pintado con mano torpe—, Hermes Trismegisto, Agathodemon, Cheops, Apolonio, Demócrito, Alejandro Magno, Platón, Aristóteles, Heráclito, Pitágoras, Moisés, el emperador Heraclio, Menos, Pauscris, Juan el Arcipreste, Zozimo, Olimpiodoro, Porfiro, Synesius, Artephius (el que aseguraba que había vivido mil años), Eneas de Gaza, Stephanos, Ostanos... circundados por imágenes vagas, como la del león verde, coronado de laurel, que simboliza al vitriolo; el cuervo negro, que es el plomo; el águila blanca, que es el amoníaco; el rocío celestial, que es el mercurio; los leprosos, alegoría de los metales bajos. Las efigies nos acechaban, aguardando, como aguardábamos nosotros. Y Silvio, sujeta sobre el rostro demacrado una máscara de vidrio que le otorgaba una apariencia sobrenatural y lo hermanaba con las figuras cubiertas de estrellas y de letras hebraicas y arábicas, arrimaba el fuelle al horno y soplabá levantando llamas escarlatas y azules que movían alrededor la procesión eterna de los adeptos y encendían sus ojos ilusos en las inhábiles pinturas.

Los niños se desarrollaban más allá del círculo secreto. Crecieron entre su madre y Messer Pandolfo. Yo no tenía tiempo para dedicarles. La angustia de la inmortalidad me aprisionaba y me impedía mirar hacia sus donaires, hacia sus riñas. La inmortalidad palpitaba en el interior del *Ninfèo*, en el enigma de Dastyn, ya que no en las páginas de mi poema. De cualquier modo, todos mis

hijos fueron muy distintos a mí, hasta el jorobado Maerbale, a quien su deformidad no incomodaba aparentemente. A diferencia de mí, primer giboso de mi estirpe, mi hijo Maerbale consideraría tal vez que su singularidad, que lo hacía más parecido al duque que el resto, afirmaba su primacía. Sí, fueron muy distintos. No tuvieron, como yo, el sentido esencial de la raza. Eso se advirtió después, hasta en sus matrimonios. La sangre que por alianza fueron incorporando a la familia —la de Porzia Vitelli, Marcantonio Marescotti, Nicolás Montemellini, el barón de Paganica, Margarita Savelli, hija del señor de Ariccia—, siendo de origen claro, no se comparaba con la nuestra. Y no se interesaban por nada de lo que me interesaba en realidad. En alguna ocasión traté de hacerles comprender, guiándolos por las colecciones del castillo y explicándoles la rareza de los objetos acumulados en el *Ninfeo*, lo que esas piezas significaban, como índice de refinada civilización, pero se negaron a entrar en mi juego de maravillas. No podían entenderlas. Más tarde, cuando corrieron los años, supe que entre ellos criticaban las adquisiciones que no disminuyeron nunca, porque jamás disminuyeron mi curiosidad y mi tentación frente a lo hermoso y lo único, y que murmuraban que con esos gustos extravagantes comprometía su patrimonio. Pero yo los dejé hablar. Mi patrimonio sería siempre mío. En cuanto desentrañáramos la fórmula propicia —y eso acontecería fatalmente, aunque para ello debieran transcurrir años—, se produciría mi definitiva liberación. Que intrigaran, que se quejaran, que se desahogaran. Yo iba por otro camino, entre cosas y experiencias admirables, hacia la perpetua luz.

Sólo Horacio compartía mis predilecciones. Él sentía, sí, en las venas, el soberbio calor ancestral. Me interrogaba sobre los antecesores y me escuchaba, absorto, como yo había escuchado a mi abuela. Pero no estaba cómodo junto a él. En la profundidad de sus ojos, como en la hondura de un agua densa, columbraba el brillo escondido de los ojos de mi hermano Maerbale. Era, como él, burlón e imprevisible; quizás peligroso. Me seducía, por supuesto; siempre me seducía. Había en Horacio Orsini algo que lo separaba de los demás. Probablemente mi imaginación le añadía elementos inquietantes que lo vinculaban con mi culpa de la muerte de Maerbale, pero no hay duda de que poseía una personalidad fuerte que exhalaba un imponderable encanto. No quise internarme, siguiéndolo, en una zona de amenazas evidentes. Poco a poco, confié al joven Sansovino la función de enseñarle lo que concernía a la crónica de nuestra prosapia, y ése fue el germen de la *Historia de la Casa Orsina y de los Hombres Ilustres de la Casa Orsina*, cuyos cuatro libros publicó en Venecia, el año 1565, el tenaz cortesano. Por lo demás, algún tiempo después Horacio partió para Florencia. Deseaba yo que, como mi abuelo Franciotto, mi padre y yo mismo, se educara allí, pues el duque Cosme, a semejanza de lo que luego hizo su sucesor Francisco I, casado con una archiduquesa de Austria, imitaba el rígido protocolo de la corte española, de acuerdo con su mujer, hija del virrey de Nápoles, y los niños de los principales linajes de Italia y Alemania aprendían en los palacios toscanos el oficio de pajes, con severísima ceremonia. Los Médicis acentuaban aquella liturgia mundana más que los otros príncipes de la península, quizás porque sentían lo efímero de su posición discutida y artificiosa, edificada sobre un tembladeral, y calculaban que al instituir un culto del cual participaban, como acólitos reverenciosos y regimentados, los pequeños señores venidos de los castillos distantes, donde no se practicaban esos complejos ritos, afianzaban su jerarquía, y adquirirían astutamente —por lo menos en su aspecto externo— las prerrogativas incuestionables que el derecho divino otorga. Los Médicis eran

como dioses, y su religioso servicio exigía una estricta atención. El largo contacto familiar con los papas, el usufructo constante de capelos y de mitras, les había enseñado desde temprano las ventajas que derivan del aparato solemne y aseguran una reglamentada veneración, y si a ello se agrega la incorporación de las inflexibles tradiciones de los españoles y los austríacos, se comprenderá que los turbulentos aristócratas aprendieran junto a ellos unas maneras insuperables, que no influían, como es natural, sobre la violencia de las pasiones y sus terribles estallidos —puesto que pocas casas han sido ensangrentadas por tantos crímenes como la del duque Cosme de Médicis—, pero recubrían las actitudes de un perfecto barniz que torna semejantes como hermanos a los adolescentes pintados por Pontormo, Salviati y Bronzino, en su galería de pómulos delicados, ojos soñadores, majestuosos ademanes y trajes tan vivientes, por su sobrio esplendor original, como los muchachos que los llevan. Allá fue Horacio Orsini a educarse, y de allá regresó a Bomarzo, estremeciéndome de orgullo, más hermoso, más fino, más señorial, de suerte que mis hijos parecían, a su lado, unos rústicos metidos a caballeros. Así era yo de paradójico: quise que lo mejor fuera para aquel de cuya paternidad dudaba, pero en esa decisión mía se mezclaron ingredientes difíciles de apreciar, entre los cuales se hallaba acaso la idea de que con ello pagaba una parte ínfima de mi participación en el fin de Maerbale, y de que daba un placer a Julia Farnese, tan despojada de alegrías, además de obedecer a una inclinación que me impulsaba a exaltar y pulir, como un admirado diamante, una personalidad que me atraía imperiosamente.

Mas, con ser grande esa atracción, mis preocupaciones me vedaban acercarme a él. Mi mundo era otro. Era un mundo tan subyugante, tan prohibido, que, como por entonces leí partes de la ardua *Maccaronea* latina de Folengo, al llegar a los versos que describen el palacio de la reina Gulfora, centro de famosas hechicerías, temí que algún día, como a la maga, las ruinas de mi alcázar me sepultaran bajo sus escombros. Pero, para que ello aconteciera, sería necesario que yo muriese y eso ya no podía suceder. La certidumbre de la inmortalidad me levantaba como un ala, como un viento. Mientras, en el castillo, proseguía la interminable discusión de los escritores, yo paseaba entre ellos como si llevara oculta bajo la ropa, sobre el corazón, una invencible reliquia.

Solíamos pasear hacia el crepúsculo, cuando el tiempo lo permitía, por las terrazas del jardín, y no sería uno de los espectáculos menos curiosos que ofrecíamos a los campesinos que atisbaban a la distancia, el del duque jorobado de Bomarzo, que caminaba con el tabardo sobre los hombros, agitando sus manos leves, en medio de los poetas. Por esa época nos dejó Molza, que concluyó guareciéndose en su Módena natal, para morir junto a su familia abandonada. Lo devoraba la sífilis, pero antes de partir nos declamó su *Ninfâ Tiberina*, las ochenta y una exquisitas octavas reales que han sido comparadas con la orfebrería de Benvenuto y que son, como ella, complicadas y sutiles. Al oír su música, cuyo arabesco se desarrolla en períodos de enmarañados paréntesis, y en la que la evocación de una taza de madera ocupa cinco estrofas, comprendí —pues a la sazón alabé sinceramente la melosa confitura, el pulcro postre con diseños de pastores y de náyades— que jamás sería capaz de componer nada semejante, y que mi *Bomarzo* no valía las plumas que en él gastaba. Pero ni con esa corroboración me decidí a hacer de lado el emborronado manuscrito. Era mi pretexto, la coartada de mi soledad.

Entre tanto, los incansables escritores polemizaban. Lo hacían con argumentos de una ironía cruel, entendiendo, como el cardenal Bibbiena, según

El Cortesano de Castiglione, que si debían rechazarse las groserías y las indecencias, las bromas de índole práctica constituían pruebas de buen gusto. Y aunque Bibbiena las condenó, las obscenidades abundaban. Cumplían la culinaria función de la sal y la pimienta, en el debate, y nuestras risas repiqueteaban, sonoras, en la paz del ocaso que subrayaban las tristes campanadas de la iglesia. Me complacía sobremanera el tono de las conversaciones respetuosas, en las que lo pornográfico vestía de urbanidad. Raras veces se rompía el acuerdo, como acaeció años más tarde, cuando Aníbal Caro, permanente secretario farnesino, glorioso por su traducción de la *Eneida* que suscitaba la envidia de Messer Pandolfo, elaboró su lisonjero poema sobre las lises del escudo de Francia y las del blasón de los Farnese, aquel que empieza cantando: *Venid a la sombra del gran lirio de oro*. Dicha obra provocó la reacción despectiva de Lodovico Castelvetro y dividió a la intelectualidad de la península en dos facciones iracundas, las cuales, apartándose del motivo retórico de la disputa, no vacilaron en acusar a Castelvetro de haber asesinado a un Longo, amigo de Caro, y a éste de haber mandado asesinar a Castelvetro, enconándose tan agriamente la discordia que obligaron a este último a expatriarse, para salvar el pellejo de la Inquisición. Sin embargo, como he dicho, era excepcional que las controversias trascendieran del plano literario. Todo consistía en burlarse agradablemente de los colegas, o en recordar, con almibarados vocablos, a las mujeres ilustres, como la meretriz Julia de Aragón, como Verónica Gambara, cuya casa más parecía una academia, y como Victoria Colonna, inseparable de la mención del Buonarroti. Les complacía bordar suposiciones insolentes en torno de la amistad de la viuda del marqués de Pescara y el maestro, porque creían que con ello eliminaban, en favor de los artistas, barreras que se consideraban insuperables. Tuve que llamarlos a la realidad, con bromas desabridas, en ciertas ocasiones, pues no podía olvidar que, al fin y al cabo, también llevaba yo sangre de Colonna, por una de mis abuelas, y que mi cuñada Cecilia era sobrina de Madonna Vittoria y vivía a su lado. Cariatocidos, humillados, espiándose de reojo, mis huéspedes tornaban a enumerar las desventuras de Bernardo Tasso, futuro autor del *Amadís*, y a reírse de los versos que Alemanni había escrito para adular a Francisco I de Francia, como si ninguno de ellos —ni siquiera Betussi, ni Sansovino, por Dios— debiera acusarse de caer en la adulación, el melancólico y comprensible pecado de los publicistas sin recursos.

Además solían discurrir acerca de cuestiones teológicas. Cuando Cristoforo Madruzzo, ya elegido cardenal, me visitaba, esas conversaciones se ponían particularmente aventuradas y atractivas. A partir de la apertura del concilio ecuménico de Trento, los temas religiosos estuvieron de moda. Dialécticos profesionales y gentes comunes, azuzadas por la curiosidad, se enzarzaban en litigios que podían resolverse en la hoguera. Yo prefería eludirlos. Me daba mala espina que se trataran en Bomarzo, donde las prácticas arcanas de Silvio y el duque eran más que suficientes para alertar a los Torquemadas burocráticos. Al grupo reunido en Viterbo al amparo de Victoria Colonna no le había ido muy bien, desde que algunos de sus integrantes fueron sospechosos de herejía, como el predicador Ochino y luego el desgraciado Carnesecchi, tanto que el papa ordenó al cardenal Reginald Pole, el inglés, descendiente del duque de Clarence, que se distanciara de sus peligrosos amigos, y me amedrentaba que en Bomarzo pasara algo así. Por eso, no bien mis invitados citaban la sesión del concilio en la que se planteó el asunto de las Sagradas Escrituras, o aquella en la cual fue debatido el problema del pecado original y de su definición en cinco puntos, o

los criterios opuestos alrededor del dilema de la justificación por la fe, yo husmeaba el riesgo y conducía la charla nuevamente hacia el campo de la literatura y de las jactancias de Aretino, que desde Venecia gobernaba a los príncipes timoratos. Los poetas volvían a enardecerse, aunque ninguno se atrevía a pronunciarse rotundamente contra el panfletario dictador y el temible encalladero cismático quedaba atrás.

Mis ojos se apartaban entonces de la compañía e iban hacia el valle, donde una columna de humo, con tenues volutas amarillas, me aseguraba que Silvio de Narni seguía entregado a su desesperada labor, y en esas oportunidades me costaba determinar cuál era la auténtica de las dos verdades que a mi vista se brindaban y cuál la absurda fantasía: si el alquimista que, hundido como un topo en el seno de la tierra, rodeado de las efigies de los supremos taumaturgos, mezclaba sus filtros buscando la fórmula del oro y de la inmortalidad, o los hombres de letras que con bellas palabras astutas, esforzándose para hipnotizarse entre sí por medio de metáforas y emblemas, practicaban otra forma de magia, preciosa y estéril.

Pier Luigi Farnese fue muerto en 1547, el 10 de setiembre, como resultado de una conspiración triunfante, en la que los nobles de Plasencia se aliaron con Ferrante Gonzaga gobernador de Milán, quien actuó evidentemente de acuerdo con Carlos Quinto. El emperador no perdonaba, y le había quedado sangre en el ojo desde que se enteró, por Cosimino de Médicis, de que Pier Luigi había proyectado asesinarlo. Eso se supo, como recordará el lector, a raíz de la revelación que el celoso Segismundo nos hizo en Bomarzo y que traicionó alguno de los presentes. De modo que el horóscopo que garantizaba larga vida al duque de Parma y de Plasencia no se cumplió. Además, la soberbia perdió al hijo de Pablo III. Había usurpado sus castillos a varios nobles de su feudo; intervino en la maquinación de los Fieschi, cuando Génova trató de sacudir el yugo español, y luego los engañó a favor de los Doria, jugando simultáneamente a dos cartas opuestas; se entendió con el tenebroso Piero Strozzi, para echar a los Médicis del gobierno florentino, y anduvo, por intermedio de su hijo Horacio, en maniobras con los franceses, a fin de que recuperasen el Milanésado. Eran demasiadas tramoyas. Él mismo se aprisionó en la red que había tejido y cuyos hilos numerosos se le escapaban de las manos que la enfermedad cubría de pústulas. Se narró por entonces, porque cuanto se refiere a él y a su padre tiene un aura mágica, que un duende, guiado por un bufón —como si los espectros requirieran que los guiasen los bufones...—, se le apareció en el frío monumental de su fortaleza, en mitad de la noche, y le aconsejó con sibilino acertijo que se cuidara de las letras PLAC, pero el duque sólo vio en ello la designación de la ciudad donde residía y a la que juzgaba fiel —*Placentia*, como se grababa en las monedas— y no penetró que correspondían a las iniciales de los conjurados: Pallavicini, Landi, Anguissola, Confalonieri... Su fin fue horrible. Arrojaron su cadáver al foso, desde una de las ventanas de la ciudadela, después de mostrarlo a la despavorida multitud, y, mientras algunos de los confabulados arengaban al pueblo, haciendo revolotear en sus discursos, como un gerifalte, la palabra libertad, tan marchita, y ofrecían a la turba, para calmarla primero y enardecerla a continuación, la perspectiva tentadora del saqueo del castillo, Don Álvaro de Luna ocupó la ciudad en representación de Carlos de Habsburgo, precediendo la entrada de Ferrante Gonzaga con los exilados de Plasencia.

La reacción del papa sobrepasó lo imaginable. Transido de dolor, convocó al Consistorio —tenía casi ochenta años— y declaró con serenidad tremenda: “He descubierto que Gonzaga es el culpable de la felonía. A Pier Luigi Farnese, duque de Parma y de Plasencia, yo, Alejandro, padre suyo, como padre no lo vengaré jamás, pero como Pablo III, pontífice máximo y jefe de la Iglesia, a Pier Luigi, hijo y gonfaloniero de la Santa Iglesia, lo vengaré, aunque para ello debiera ir al martirio, como muchos otros.”

Acudí a besar su bordado pantuflo, entre los miembros de la familia. La abrazó a Julia sollozando. Me miró, acurrucado, viejísimo; ya no parecía un zorro, o en todo caso parecía un zorro que había escapado de los cazadores durante largo tiempo, pero al que había alcanzado una alevosa ballesta. Nunca pensé que reaccionaría así, que amaría tanto a ese vástago vicioso a quien sin embargo temía. Nos hizo prometer —estaba alrededor lo más significativo de su estirpe, y a mí el agravio me implicaba no sólo a causa de mi alianza matrimonial, pues Pier Luigi era esposo y nieto de dos Orsini— que lo secundáramos en su venganza. Ese vocablo, venganza, resonaba ásperamente en la boca del legado de Cristo. Por supuesto, le prometimos cuanto nos pidió. Temblaba en su trono, y las ropas de los cardenales circuían con su fulguración llameante al anciano encogido, como si ardiese en el centro de una hoguera. Murió dos años después, sin haber conseguido que el emperador restituyera Plasencia a su nieto Octavio. Éste se había afirmado en Parma, en seguida después del asesinato de su progenitor, y Don Ferrante invadió una gran zona del territorio. Aprovechando una tregua, al papa se le ocurrió, puesto que corría el riesgo de perder ambas ciudades, reivindicar Parma para el estado pontificio, y ordenó a Octavio que entregara su posesión a Camilo Orsini, quien actuaba a la sazón como gobernador general de la Iglesia. El nuevo duque accedió al principio, pero pronto empezó a intrigar con Carlos Quinto, que al fin y al cabo era su suegro y que, luego de liquidar a su padre, por lo menos le debía eso al marido de Margarita de Austria, para que le concediera aunque más no fuese aquel dominio. El corazón de Pablo III desbordó como un vaso colmado e, incapaz de resistir el último golpe, falleció sacudido por las convulsiones de una fiebre violenta.

No me atravesó el magín la idea de ocuparme de la política sangrienta de mis parientes. En la atmósfera enrarecida de Bomarzo, los desvelos seguían distinto rumbo. Vivíamos como si soñáramos un sueño extraordinario. El laboratorio secreto donde Silvio alimentaba los crisoles, y el gabinete de las maravillas, cuyos colgados autómatas y esqueletos de animales fantásticos se balanceaban sobre el manuscrito de mi poema inútil, constituían lo esencial de mi existencia, como si, a semejanza de los muros pétreos que en Parma aislaban a Octavio Farnese del enemigo, invisibles baluartes nos separaran del resto del mundo.

A comienzos de 1548, Juan Bautista Martelli me envió desde Venecia una extensa carta. Su descontento transpiraba a través de la endiablada escritura. Lorenzaccio lo tenía prácticamente prisionero, en un caserón vecino de la iglesia de San Polo, donde vivía con su tío Alejandro Soderini. Sólo muy de tarde en tarde y disfrazados salían de su encierro, con escolta porque presentían que los vigilaban. Iban a visitar a una dama, Elena Barozza, casada con el patricio Antonio Centani, que habitaba en la parte de San Tomás. Para estar cerca de su bella, Lorenzino se había trasladado del palacio de Roberto Strozzi al de San Polo, y eso no le parecía de buen augurio a Juan Bautista, porque la protección

que habían usufructuado en dicho palacio era incomparablemente mayor. La rubia Barozza se había enamorado del Médicis, no bien éste inició el galanteo, y, lo cual es muy raro, dado su carácter, Lorenzino se había enamorado de ella. Amaba por primera vez y componía versos.

Mientras continuaba la lectura, comprendí la razón que había impulsado a mi amigo a arrojarle en brazos de esa mujer cuyo encanto Juan Bautista ponderaba, y que había encendido en su pecho un ardor que hasta entonces desconocía. Se sentía solo. No tenía a nadie. Y se sentía defraudado. La consideración cada vez más espaciada que le demostraban los desterrados florentinos, pues la muerte del duque Alejandro en nada había modificado la situación, no bastaba para tranquilizar su miedo ni para calmar el hambre de su orgullo. El amor surgió en él como una necesidad de amparo, o como un ignorado estímulo exaltador. Y se entregó al amor del cual había huido en la corte de su familia. Se hacía llamar Messer Dario, pensando que los asesinos que sin duda rondaban por las calles de Venecia no lo descubrirían, bajo el rótulo anodino, como no lo descubrirían bajo las máscaras insólitas —la de gitana, por ejemplo— que adoptaba cuando se decidía a abandonar el palacio.

Para Martelli esa vida se había tornado insoportable. Se comía poco y mal; se andaba siempre con zozobra; los peligros aumentaban cada noche, porque el ansia de ver a la hermosa Barozza impulsaba a su amante a salir más seguido y, aunque eso libraba a Juan Bautista del tedio de su prisión, tampoco en la residencia de la veneciana se divertía especialmente, pues allí su única tarea consistía en guardar la puerta del aposento dentro del cual la pareja se dedicaba a olvidar sus respectivos pesares. Juan Bautista me señalaba que el marido, el patricio Antonio Centani, era un notable coleccionista de numismática y un generoso mecenas y que, loco por la música, reunía en conciertos refinados a la nobleza de la ciudad. Lorenzino asistía a las fiestas, disimulándose. Le decían Messer Dario, pero sabían quién era, y la inclusión en las reuniones del caballero nervioso, flaco, moreno y ambiguo (tanto que podía disfrazarse de gitana), que había extirpado de este mundo a su primo el duque de Florencia —utilizando, lo cual resultaba casi increíble, esas manos finas de autor de comedias de burla, en las que se posaban las miradas de las señoras con súbito escalofrío—, añadía a los bailes del palacio Centani un atractivo de novedad que la dueña de casa explotaba con destreza, porque si bien varios de los asistentes habían despachado a punta de acero a algún congénere, ninguno había entre ellos que hubiera muerto a un duque para salvar a su patria. Lo que Juan Bautista no había logrado desentrañar, era si Centani estaba al tanto de los manejos que existían entre Lorenzino y su mujer, aunque su ceguera parecía imposible, pues se realizaban delante de su propia nariz. Aquella actitud despertaba en mi antiguo paje ásperos recelos: por un lado acechaban los albores de la amorosa intriga; por el otro, las perspectivas de una puñalada clavada en las sombras. Los espadachines a sueldo de Cosme de Médicis, o los que el veneciano concluiría por contratar, terminarían con Lorenzaccio y su servidor. Y esas angustias y esos aburrimientos (Juan Bautista detestaba la música grave, tanto como la adoraba el cabrón filarmónico) producían compensaciones magrísimas, casi nulas. Todo consistía en vagar por la casa de San Polo, persiguiendo por las galerías a las ratas enormes; en ondularle el pelo a Lorenzino, cosa que mi paje hacía, lo sé por experiencia, muy bien; en afilar los puñales, en deslizarse por las calles, embozado, la mano en la empuñadura, sin perder pisada a su amo inquieto; en escuchar por décima vez los malditos violines; en montar guardia, como custodio

del amor, sin gozar de amor alguno. Juan Bautista me subrayaba lo último. Su amo flamante le había asegurado, cuando de Bomarzo partieron, que en Venecia disfrutaría, como un enviado del sultán, de amores de toda índole. Y nada. Ah, Bomarzo... Bomarzo... Cuando llegaba a esta altura de su carta, sentí latir el corazón del mellizo de Porzia. Bomarzo, donde había nacido, donde había sido feliz... Bomarzo... las tardes en el jardín, las cacerías, las partidas de pesca en el Tíber, las palabras suntuosas de Messer Betussi, de Messer Molza, de Messer Pandolfo, la elegancia cordial del señor Segismundo Orsini... ¿Cómo, por qué demencia se le había ocurrido dejarlo? Añadió una frase conmovedora: “Me asomo al agua turbia de los canales, que arrastran inmundicias, y pienso en nuestro campo verde. Cierro los ojos, Excelencia, y escucho el rumor de las abejas en las terrazas.”

Le escribí que regresara cuando quisiese, que en Bomarzo siempre tendría un techo. Pero mi carta no llegó a sus manos. Los dos homicidas que ultimaron a Lorenzaccio y a su tío Soderini, cuando se dirigían una vez más a la cita con la blonda Barozza, tendieron a Juan Bautista de una estocada y lo arrojaron a uno de esos mismos canales repugnantes. Tan poca importancia le dieron, que en la relación que el asesino principal, Cecchino da Bibbona, redactó de su crimen, ni siquiera consigna el fin del pobre Juan Bautista. Lo único que a Cecchino y a Bebo da Volterra, su cómplice, les importaba, era suprimir al matador de Alejandro de Médicis y ganar con ello la protección del nuevo duque. No sólo la obtuvieron, sino alcanzaron la del propio Carlos Quinto. Se cobijaron, con los blancos jubones manchados de rojo, llevando en los coseletes las huellas de las cuchilladas de los agredidos, en casa del embajador de España, Diego Hurtado de Mendoza, aquel a quien se atribuye *El Lazarillo de Tormes*, que los regaló con esplendor señorial, y luego, confundidos dentro de su largo séquito, escaparon a Florencia, a través de la nube de espías del dux. El aristócrata Centani nada tuvo que ver con el asunto. Él continuaba clasificando monedas, limpiando medallas, hablando del joven Palestrina, escuchando violas.

Aquellas noticias me anonadaron. Descendí a la capilla y me puse a rezar, como cuenta el malvado Cechino da Bibbona que rezó, implorando la ayuda divina, juntas las manos que enrojecía la sangre. Eso era extraño. No era extraño que yo, asesino de mi hermano, rezase; ni que rezara el asesino de Lorenzaccio y de Juan Bautista; ni que, luego de apuñalar al duque de Milán, Girolamo Olgiati elevara sus preces a San Ambrosio, ni que Benvenuto Cellini, de hinojos delante de Clemente VII, implorara su absolución; ni que Paolo Bóscoli, el que pretendió atentar contra la vida de los Médicis, comulgara con fervor antes de ser ejecutado por el verdugo. Probablemente rezaban los que habían terminado con Pier Luigi. Rezábamos todos. Uno de los que, excepcionalmente, no lo hacían, era el infeliz Lorenzaccio. Si a alguien le rezaba, pues muchos lo consideraban santo, sería a Platón. Me cubrí los párpados con las manos y rogué a Dios por las almas de las víctimas. Tres de los muchachos cuya adolescencia compartí en la ciudad del lirio —Hipólito, Lorenzino y Alejandro— habían muerto de mala muerte. Los recordé, echados en la hierba fragante, alrededor de su prima Catalina, la *Duchessina*, la que sería reina de Francia. Adriana dalla Roza tejía guirnaldas de jazmines, para coronarlos y, detrás, Abul asomaba entre los pinos, como una estatua de mármol negro y de mármol turquesa. Hipólito cantaba, Alejandro marcaba el compás y Lorenzo se puso de pie y comenzó a bailar solo, haciéndole reverencias al aire. Las lágrimas me empañaron los ojos. Y pensé en Juan Bautista. Lo vi, flotando entre los desperdicios que bogaban sobre el reflejo de

cristal de los palacios, el pelo claro abierto como una flor, lo mismo que había visto a mi hermano Girolamo flotando en las aguas del Tíber. Un día, en Venecia, el día del incendio del palacio Cornaro, yo lo había arrojado a Juan Bautista, por despecho, desnudo, a la corriente del Gran Canal, en medio de las burlas de Pier Luigi Farnese, y había presenciado cómo se alejaba nadando, mascullando improperios, hacia los pórticos. Pero ahora sus brazos y sus piernas no se movían. Flotaba, yerto, en el sudario nauseabundo que jaspeaba el fulgor de las antorchas. Mientras enhebraba los vagos paternóster, evoqué encuentros lejanos, la ocasión en que Silvio y yo los habíamos llevado a él y a Porzia, riendo, jugando, trémulos de ansiedad, al sepulcro de Piamiano donde nos rodeaban los héroes equívocos. Podía rezar y podía, simultáneamente, acariciar en la memoria imágenes de pecado. Esa doble posibilidad contradictoria era característica de la época. Nos valíamos de ella como de una coraza defensiva. No intentaré justificarla. Refiero lo que pasaba dentro de mí, complejo; eso, pagano y cristiano, que hoy no entendería nadie.

Oí unos pasos sigilosos y hundí la cara más aún entre los dedos. A través de su enrejado distinguí en su urna al esqueleto misterioso que quizás acogía mis confusas oraciones. Alguien se había detenido junto a mí, en la incertidumbre de la media luz. Me volví hacia él y retrocedí medroso, porque creí que de la tiniebla en la que palpitaban los débiles cirios emergía, bañado en llanto, el rostro espectral de Juan Bautista. Pero no era él. Era su melliza, Porzia, tan idéntica a su hermano que asombraba. Dobló las rodillas a mi lado, y allí quedó sin que cambiáramos palabra alguna. Sus sollozos se escuchaban apenas, ahogados, en la soledad de la capilla donde las figuras infantiles de Maerbaile y Girolamo estiraban las diestras pintadas hacia los rosarios virginales, y donde oscilaba como una llama blanca el cuerpo de efebo de San Sebastián. También Porzia había sido mía; también había sido mía aquella carne que el tiempo había modelado en opulencia sin restarle hermosura. Giré el rostro una vez más hacia el suyo y, a través del velo que humedecían las lágrimas, la besé en los labios largamente. Porzia se inclinó, sorprendida; traté de retenerla, pero salió del templo. Regresaba a Mugnano. Cuando, a mi turno, abandoné la nave, advertí en la penumbra del portal a Silvio, allí donde el oso de los Orsini alza el lirio de los Farnese.

No sé si se había cruzado con su mujer, si habían hablado. De cualquier modo, eso carece de trascendencia. A Silvio —es interesante apuntar esta mudanza más de su carácter, pues se recordará que luego de su casamiento se apartó de Porzia y que lo que lo impulsó por el camino de la alquimia fue el hallazgo de la fórmula del oro que le permitiría reconquistarla— ya no le importaba la hermana de Juan Bautista. Había renunciado a ella. Este cambio psicológico es tan difícil de entender, para nuestro criterio actual, como la actitud de mis contemporáneos del siglo XVI que anoté más arriba y que mezcla la piadosa unción con los gestos y las memorias culpables. La constante lectura de los tratados y grimorios relativos a la Piedra había provocado en él una especie de iluminación, que es, por otra parte, lo que perseguían los alquimistas *puros*, los no contaminados por anhelos exclusivamente materialistas. La Piedra, el Gran Elixir, dejaba de ser un fin en sí, y se convertía en un medio que guiaba hacia la perfección del conocimiento. El Azufre, el Mercurio y la Sal se vinculaban íntimamente con las personas de la Santísima Trinidad, para quienes practicaban ese modo extraño de ascesis. La Piedra debía purificar de tal suerte el cuerpo y el alma, que el que la poseyera vería como en un espejo, encerrado en

la oscuridad de su laboratorio, los movimientos celestes de las constelaciones, y comprendería las influencias de los astros, sin observar el firmamento. Para esos místicos del fuelle y del alambique la aventura científica resultaba inseparable de la aventura espiritual. Sabios alquimistas lo proclamaban, a lo largo de grimorios en los que el tema religioso aparecía permanentemente. Frases como las de Arnoldo de Villanova, famosa autoridad en lo que concierne a la medicina y a la teología, hacían soñar a Silvio. He aquí una: *“Tomad el oro puro y hacedlo fundir en momentos en que el sol entre en Aries. Más tarde, haceos un sello redondo, y decid al mismo tiempo: ‘Levántate, Jesús, luz del mundo, tú eres en verdad el cordero que borra los pecados del mundo...’ Luego repetid el salmo Domine Dominus noster. Poned de lado el sello, y cuando la Luna está en Cáncer o en Leo, y el Sol en Aries, grabad sobre una cara la imagen de un carnero, y en el contorno arabel juda v et vii, y encima de ese contorno grabad las palabras sacras: ‘El Verbo se ha hecho carne...’, y en el centro: ‘Alpha y Omega y San Pedro’.”* Este texto de Villanova y tantos otros que Silvio leía y releía, citaban a cada paso a las Sagradas Escrituras, como si los alquimistas quisieran conjurar con ellos la reputación de hechiceros de que gozaban. El viaje espiritual, la catarsis que tenía por meta a la Piedra y que, una vez lograda y aplicada ésta, facilitaría al vencedor el privilegio de hacer descender la gran claridad a las profundidades de su cuerpo y de su conciencia, había transformado a Silvio, aparentemente en otro hombre. La transmutación de los metales había pasado a un segundo o tercer plano, en su preocupación, o, mejor dicho, constituía ahora sólo una parte en la búsqueda de la verdad que lo turbaba y cuyo hallazgo le conferiría infinito poder. El proceso entero revestía la majestad de una liturgia. No por nada se lo rodeaba del hermetismo propio de una iniciación. Para alcanzar el triunfo, habría que ser casi un demonio, pero también casi un santo. Como sus colegas más ilustres, Silvio había incorporado a su gabinete experimental un oratorio, frente al cual, antes de reanudar sus cotidianas investigaciones, se recogía unos instantes, y era singularísima la impresión que producían las efigies de Hermes, de Iris, de Apolonio, de Cheops, de tantas deidades y filósofos y reyes, pintarrajeadas en una maraña de coronas, de tirsos, de cetros, de báculos y de mágicas insignias, distribuidas como una corte fantástica alrededor de la pequeña cruz y de los incensarios que sahumaban su austera gloria.

No, a Silvio no le importaba ya de la que había sido su mujer. Ni tampoco de Juan Bautista. A medida que corría el tiempo, su alucinación lo distanciaba de la realidad cotidiana y lo embargaba cada vez más, hasta asumir los rasgos de una divina locura. Pero a mí no me sucedía lo mismo, si bien compartía con él en su laboratorio y con Fulvio en mi gabinete varias horas diarias. La muerte de Juan Bautista, luego de la de Pier Luigi, tenía para mí un valor equiparable al del instante en que el telón descende sobre el final de un acto denso, en una tragedia. Yo contaba ya treinta y seis años. Buena parte de mi vida había transcurrido ¿en qué?... en nada... en armar juegos poéticos... en amontonar objetos rebuscados... en perseguir la sombra de una ilusión... Si de algún modo había consolidado mi personalidad, a una altura en que, quien tiene que cumplirlas, ha realizado ya sus obras perdurables o ha dejado entrever lo que serán, había sido suprimiendo sin embarazo a los que me incomodaban. Y no podía jactarme... Lo demás... lo demás era andar por el mundo apuntando muertes. Mis memorias hubieran debido llevar un subtítulo que parecería un título de novela policial, algo así como *Le duc parmi les assassins; The duke*

between the murderers. Pero ese subtítulo, cambiando la designación del personaje, hubiera correspondido a los recuerdos de cualquier individuo de entonces.

El fin de Juan Bautista me obligó a meditar sobre mis fracasos, a hacer un balance de mi vida. ¿Qué? ¿Seguiría yo así, vegetando en mis tierras, aguardando a que a mi vez me asesinaran, que tal debía ser la suerte de todos mis contemporáneos de cierto relieve?

Dejé que el tiempo continuara volcando su clepsidra. El papa Pablo fue sustituido por el papa Julio III, que era un Ciochi di Monte di San Savino, colérico y epicúreo. Los Farnese hubieron de perder el poderío que adeudaban a su antecesor. El nuevo pontífice se declaró protector del ducado de Parma, por el cual disputaban Octavio y Horacio Farnese, y hubo escaramuzas en las que intervinieron los de Francia y que se tradujeron en la destrucción de cultivos y de bonitas casas de campo, hasta que se firmó la paz y Horacio tuvo el ducado de Castro, y Octavio el de Parma. Ambos se habían salvado en un hilo. Luego Octavio consiguió pactar con Enrique II, para que lo defendiera de las hostilidades del emperador, y a la postre éste y el papa reconocieron su dignidad y prerrogativas. Y ¿qué más? Lorenzo Lotto, reducido a la miseria, en camino de concluir de oblató en la Santa Casa de Loreto, vendió los cuadros que le quedaban, desastrosamente. Yo no adquirí ninguno, como un tonto; en cambio compré sus camafeos, que nada valían, por intermedio de Sansovino. El corsario Dragut, émulo de Barbarroja, se apoderó de Túnez; el marqués Caracciolo, de la más rancia aristocracia napolitana, ex ministro de Carlos Quinto, abandonó la religión católica y se refugió en Ginebra, junto a los herejes; el Concilio fue dispersado, porque se aproximaban los bárbaros a las órdenes de Mauricio de Sajonia; en Innsbruck, el emperador escapó a través del Tirol, hacia Carintia, a lomo de mula, no se sabe cómo: casi cayó en sus manos. La guerra ardía en muchas partes.

Resolví, muy contra mi voluntad, ir a la guerra. En Bomarzo, la sensación familiar de que el tiempo se había detenido se acentuaba con indolente pesadez. El mundo se estremecía, se incendiaba, más allá de su horizonte, pero en su ámbito nos movíamos como los autómatas de mi gabinete. Las experiencias que Silvio había iniciado con tanto entusiasmo no progresaban ni un ápice. Su fervor se mantenía intacto, aun más, se acrecía continuamente, pero desde que se había apoderado de él el nebuloso misticismo, tenía yo la impresión de que le interesaban menos las realizaciones concretas que conservar y ahondar ese extraño estado de gracia. Algunas veces mis hijos se reunían en torno de él, a la luz roja de las chimeneas encendidas, cuando aullaba el viento, y les contaba historias misteriosas, de aparecidos, de dragones, hasta que se interpuso Julia, porque los niños se despertaban de noche, gritando sobresaltados, y cesaron los cuentos. Fulvio había partido. Pronto sería, a los veinticuatro años, canónigo lateranense, y su existencia se desarrollaría, entre libros y medallas, detrás de los muros de la basílica de San Juan, en cuya sacristía una inscripción lo recuerda. Y mis primos Orsini, hombres de presa, se impacientaban. Lustraban sus armas, remendaban sus cotas, cepillaban sus caballos y, a falta de otro enemigo, reñían entre ellos. Discutían sobre los pujos dominadores del César, que quizás planeaba transformar el imperio en hereditario, y sobre las concesiones hechas por Carlos a los protestantes en el Interim de Augsburgo. Escupían de lado, despreciativos, y, puesto que no había qué hacer y eso irritaba a Segismundo, le robaban su parche negro. También daban muestras de inquietud las gentes del pueblo, de los

caseríos próximos. Sus padres habían guerreado con mi padre, con mi abuelo; algunos enseñaban vanidosamente objetos singulares, venecianos, turcos, que conservaban como testimonios de los saqueos. La guerra era el medio mejor para morir pronto, pero era el modo de enriquecerse, de volver a la aldea con unos platos de oro, con un collar de piedras transparentes; era también el recurso para zamarrear la monotonía, para huir del encierro de las parvas y de las bestias taciturnas. De tarde, en primavera, cuando asomaba a las ventanas a respirar el aire tibio, oía, en las callejas circundantes, el estrépito de los pequeños que jugaban a la batalla y batían cueros de tambor. Mi intendente me transmitió las quejas, los suspiros, los susurros, restándoles importancia. Carecían de ella. Ninguna opinión del pueblo la tenía. Pero Orso, Mateo y Segismundo se encrespaban como gallos irascibles; y Horacio Orsini me escribía, desde Florencia, y en sus cartas resonaban las armaduras del duque Cosme. El duque había encargado a Benvenuto Cellini su *Perseo*, que alzaría frente a la población la cabeza tronchada de la Medusa como una alegoría triunfal de la guerra del Renacimiento, hermosa y atroz. Indeciso, cerrada ya para siempre la carpeta en cuya tapa se dibujaba el nombre querido, *Bomarzo*, caminaba yo por las cámaras desiertas, y cada retrato me recriminaba con el fuego de las pupilas, de los yelmos y de los estoques. Aquél había sitiado a los Colonna en el mausoleo de Augusto y había impedido que Federico de Suabia se apoderase de Roma; aquél había luchado en San Cesario; aquél en Nápoles, aquél en pro de la Serenísima, aquél contra César Borgia. ¿Y aquél? Aquél era yo, en la efigie de Lorenzo Lotto, con las rosas deshojadas, la lagartija, las llaves, el infolio, las bellas manos ociosas, la mirada de ironía leve. ¿Ironía? ¿Por qué? Y el castillo feudal me hablaba con su voz arcana, sus ecos, sus crujidos, desde los muros que habían sufrido el salvaje empuje de los francos, los longobardos, los de Viterbo. Polimartium, ciudad de Marte. Los osos espiaban alrededor, con cascos, con escudos. Escuchaba sus pisadas de felpa.

Hice venir a mujeres alegres, que se contoneaban como danzarinas; a Pantasilea, que se presentó con dos lebreles grises, porque el duque de Mugnano había estrangulado a su perrito maltés, quizás de celos, de modo que en su vejez corrió la misma suerte que sus pavos reales. Reuní a muchachos predispuestos que comerciaban con su cuerpo amenamente, pues era lo único que poseían, y que chismeaban con una flor en la boca; invité a otros escritores, a nobles romanos. Pero los nobles no llegaban, requeridos por la política vaticana y por las ofertas de los grandes condottieri; los escritores hablaban de combates, de lo que cuesta una coraza, de dedicar un poema a Aquiles y a Patroclo; Pantasilea envejecía rápidamente, y nos sacaba de quicio con sus lebreles, que se metían entre las piernas y se dormían en las sillas, sobre los almohadones; y el resto... los labios todos tenían el mismo gusto, y ni Orso, ni Segismundo, ni Mateo deseaban probarlos ya. Deseaban, ansiosamente, ir a la guerra, a la guerra, a la guerra.

Y a la guerra nos fuimos.

A veces, en la carretera de Roma, topábamos con hombres estropeados que venían de las campañas distantes. Mendigaban, por amor de Dios, y Messer Pandolfo, que era sumamente caritativo, había llevado algunos a Bomarzo. Los arcabuzazos les habían destrozado los rostros que daba lástima verlos; les habían arrancado los brazos y las piernas. A mí me estremecían de repulsión, cuando nos reuníamos alrededor de ellos en la galería de los bustos imperiales. Ojeando como cíclopes hambrientos a las blancas meretrices, enseñando los muñones,

narraban historias horrendas. El cardenal Madruzzo y Aníbal Caro, informadísimos, nos refirieron también lo que acontecía allende los Alpes. El cuadro se completó con una carta de Horacio Farnese, enviada desde Francia. El hijo de Pier Luigi había abrazado la causa del rey Enrique II contra el emperador, y requería el concurso de sus parientes. Esa carta me decidió a partir, fastidiado, pues siempre he detestado la guerra.

Horacio Farnese era joven e ingenioso. Fue, de los vástagos de Pier Luigi, aquel con quien mejor me entendía. En nada se parecía a su padre. Había logrado salvar su ducado de Castro de las acechanzas de Julio III, merced a la inteligencia de su buena madre, Girolama Orsini, que allí residía, y que consiguió disculpar a su hijo de su entendimiento con el monarca francés. El pontífice mandó a Rodolfo Baglioni a ocupar en su nombre la roca de Castro, pero su madre obtuvo que Horacio continuara gobernando el estado, por lo menos simbólicamente, y que no perdiera el título de prefecto de Roma, en el cual había sucedido a su hermano mayor. Fue entonces cuando Horacio se concertó con Piero Strozzi, ante las noticias de que Ferrante Gonzaga maniobraba para apoderarse de Parma, proponiendo en cambio la compensación del ducado de Sessa a Octavio Farnese. Horacio estaba a la sazón en Francia, y desde allí se opuso gallardamente. Su viril actitud le valió que el papa terminara reconociéndolo como definitivo señor de Castro, y eso lo dejó con las manos prestas para proseguir guerreando a las órdenes del Valois. La carta que me dirigió y las confidencias de Caro y Madruzzo pintaban la situación sin exageraciones.

Enrique II había recibido, en la sala de baile de Fontainebleau, con refinada suntuosidad, a una embajada de los príncipes alemanes convocados en la Dieta de Augsburgo. La componían más de cien caballeros, con el conde de Nassau a la cabeza. En mitad de las fiestas, los huéspedes expusieron la razón de su visita. Carlos Quinto aspiraba a establecer hereditariamente, dentro de su familia, la sucesión del imperio e incorporaba las ciudades libres a sus dominios. Los alemanes lanzaban gritos descompuestos y mostraban los puños, mientras los franceses seguían haciéndose reverencias, entre las pinturas de ese Giovanni Battista di Jacopo, llamado el Rosso, de quien era huésped Cellini cuando lo conocí en la playa de Cerveteri. En el paroxismo de la vociferación teutónica, el conde de Nassau sugirió al rey Enrique que, si los ayudaba, lo autorizarían a tomar posesión en forma provisoria de Metz, Toul y Verdun. Inflamado por los Guisa, el rey declaró la guerra. Dejó la regencia a Catalina de Médicis y avanzó sobre Alemania. Muchas ciudades (entre ellas Metz) cayeron en poder del príncipe, en cuyas filas Horacio Farnese daba pruebas constantes de arrojo. Otras, como Estrasburgo, temerosas del éxito excesivo y calculando que no les convenía eludir un amo viejo para entregarse a un amo joven, le cerraron las puertas y la campaña concluyó con resultados harto halagüeños para Francia. Los Guisa, *ceux de Guyse*, sacudían el siglo con el estruendo de su nombre. De pequeños segundones de Lorena, se habían convertido en los primeros señores del país. Decía Horacio en su carta que ningún prelado podía compararse con el cardenal, hombre voluptuoso, de espíritu raramente fino, colérico y superficial, para quien las trabas morales no existían, que había sucedido a su tío, cardenal como él, en todas sus increíbles prebendas, y era a un tiempo arzobispo de Narbona, de Reims (lo era desde la edad de nueve años) y de Lyon, obispo de Valence, de Verdun, de Luçon y de Dié, abad de Cluny, de Marmoutiers, de Saint-Ouen y de Fécamp. Su hermano Francisco, el gran guerrero a quien

adoraban los parisienses, el *Balafré*, famoso por la terrible cicatriz del lanzazo que, entrándole sobre el ojo derecho, pasó entre la nuca y el occipucio, gobernaba con él a Francia. Habían casado a un hermano con una hija de Diana de Poitiers, la favorita, para asegurarse la intimidad protectora de la alcoba regia, y a una hermana con el rey de Escocia. La avidez de estos descendientes de ocho razas soberanas, entre cuyos antecesores se contaban los monarcas de Anjou aspirantes a la corona de Nápoles, cuyo recuerdo los atormentaba y exaltaba, la loca ambición de estos Guisa turbulentos y encantadores que colocaron los aguiluchos de plata, los aguilones de la casa de Lorena, por encima de las lises de Francia, entusiasmaba a Horacio Farnese, que no en vano era hijo de su padre. Lo fascinaba la forma en que se habían abierto paso, a codazos y a sonrisas, hasta las primeras posiciones, dejando atrás a los príncipes de la sangre, aun a los iracundos Borbón. Eran bellos, graciosos, inescrupulosos, audaces, célebres por la transparencia de su piel y por su capacidad amatoria. Francisco triunfaba en las batallas y Carlos en las intrigas de palacio. Entre ambos, el tímido rey se eclipsaba y se sentía seguro, a la sombra de Diana de Poitiers, que hubiera podido ser su madre. Horacio Farnese, encandilado, seguía sus banderas, y al amparo de esas banderas, de esos aguiluchos flameantes, me escribía, como había escrito a otros parientes, urgiéndome para que lo socorriera, para que le facilitara hombres y dinero, porque la próxima campaña lo exigía. El rey de los Romanos, hermano de Carlos Quinto, había firmado con los alemanes, en nombre del emperador, el tratado de Passau, que les acordaba cuanto exigían. Los Habsburgo querían ganar tiempo; querían sobre todo recuperar las ciudades que Enrique II, con el título de vicario imperial, había incorporado a su corona, y era evidente que Carlos Quinto marcharía sobre Metz. A defenderla, pues, a salvarla.

Mis primos ardieron como antorchas cuando les di lectura de esa correspondencia. Gritaban, chisporroteaban, desenvainaban las espadas y corrían por la galería de los bustos como si anduvieran ya entre gentes hostiles. Fueron ellos, en realidad, quienes resolvieron nuestra partida para la guerra; ellos y el clamor popular que vibraba en torno, y los retratos acusadores que me espiaban con aceros blandidos. Me trajeron el peto de plata, con la osa nielada que vencía a dragones y grifos, grabada en el centro; y el casco ornado de heráldicas figuras, de rosas y sierpes de oro. Eran los que había ceñido en la ceremonia de mi boda, el día en que escolté a Julia en su carro alegórico por los campos fragantes. Me calzaron las espuelas, me tendieron el estoque, me revistieron delante de un espejo que sostenía Segismundo. Parloteaban los tres simultáneamente, ajustando hebillas, desplazando metales. Yo los dejaba hacer como si se tratase de una fiesta de máscaras, y de hito en hito me observaba en la gran luna, grotesco, tortuoso, como un cantante wagneriano que avanzaba en la madurez y ensayaba vanamente, rodeado de sastres y empleados de la utilería teatral, ademanes bélicos. Pero esas armas no servían. Así lo dije a mis primos. Una cosa había sido desfilarse por la campiña, alegremente, majestuosamente, en medio de las mariposas y de las exclamaciones de los paisanos, y otra, muy distinta, era ir a la guerra. Orso, Mateo y Segismundo no cejaron en su empeño. Arrimaron escaleras a los muros y bajaron de las panoplias las armaduras ancestrales. Retumbó el castillo con el estrépito de los guanteletes, de los cuernos, de las borgoñotas, de las rodelas, de los arneses, de los estandartes, que se les escapaban de las manos y caían, sonoros, sobre las losas del piso, arrancando chispas. Los pajes amontonaban encima de los arcones la oxidada confusión de los hierros antiguos, que pulían y lustraban. Nada me convenía, nada. Mis antepasados habían sido

gigantes. Desaparecía, como dentro de escafandras, dentro de sus corazas inmensas. Mis primos se miraban entre sí, espantados, y me miraban, semidesnudo delante del espejo, flanqueado de heroicos fragmentos inútiles.

Llegó, entre tanto, una segunda carta de Horacio Farnese. Había que apresurarse. Los dados habían sido arrojados y era imposible volver atrás. Comisioné, pues, a Mateo, para que en Roma me adquiriera una armadura. Le ordené que hablara con Benvenuto Cellini, quien vivía en casa de Bindo Altoviti, del que había ejecutado un maravilloso busto que elogió Miguel Ángel. Le encarecí que ante todo le dijera que la reputación de esa escultura había alcanzado a mis oídos, y que luego le pidiera que lo secundase en la tarea de hallar unas armas para mí. Mateo regresó al cabo de una semana. Traía la armadura más bella que he visto, tan soberbia, tan única, que pensé que con ella cubierto, hasta la guerra resultaría agradable, porque gracias a ella la guerra se transformaba en una estética pantomima.

Era una alhaja de exquisitos metales, compuesta y diseñada por Julio Romano, discípulo de Rafael de Urbino, que se compró por milagro, merced a los buenos oficios de Benvenuto, pues Romano la destinaba a un príncipe que estaba fuera de Italia a la sazón. Toda ella de acero pavonado, relevado espléndidamente y con labores de oro a la damasquina, ostentaba en la borgoñota, con perfil de casco beocio, visera y cubrenuca, relieves que representaban por un lado a Baco y Ariadna y por el otro a Baco y Sileno y, en el crestón, sátiros, centauros y ondinas; algo para atiborrar de ideas mitológicas la cabeza de quien la vistiera, para hacerlo sentirse parte de una enorme alegoría triunfal en la que el Renacimiento y la edad de Aquiles convivían. En la rodela, circundada por ondulante guirnalda de frutas y genios, el artista había labrado el rapto de Helena.

Fue necesario que el herrero de Bomarzo se diera maña para adaptar ese forro dedicado a un capitán magnífico, a un Nicolás Orsini, conde de Pitigliano, sobre mi hechura. Despiadadamente, cortó, remendó, abolló, añadió, martilló, soldó en la espalda que se convirtió de lisa y armoniosa en un montuoso paisaje lleno de altibajos. Fui con Silvio a la fragua, a fiscalizar la operación, y el rojo incendio de las ascuas iluminó para mí, en los relieves, una guerra diminuta, en la que los faunos lidiaban con los héroes y en la que la muerte de los adolescentes desnudos lograba una trágica nobleza. Mateo arguyó que la destrucción del espaldar, tan bufonescamente sustituido por feos costurones, carecía de importancia, porque aquel lado se ocultaría bajo mi capa verde. Por fin me probaron la burilada defensa, y confieso que no me hizo mal efecto, tanto fulgía su esplendor, y que cuando me cubrí la cabeza con el casco en el que Baco, Ariadna y Sileno estiraban sus cuerpos felices, y fijaron en el crestón las plumas con mis colores, y cuando levanté el homérico escudo, a punto estuve de caer en la trampa de la adulación de mis primos, de Messer Pandolfo, de mi intendente, de Fabio, de Violante, de las fáciles señoras y de los muchachos logreros que me circundaban y que prorrumpieron en manifestaciones de asombro y en aplausos, asegurando que parecía un nuevo Héctor, un nuevo Ajax, un nuevo Agamenón. Era un Ajax pequeño jorobado, de manos tan finas que su pulcritud surcada por las venas celestes contrastaba con los gavilanes del espadón, como si no fuera yo quien lo gobernaba y blandía sino él quien me había cogido los dedos frágiles con su garfio rapaz.

Los primos Orsini se armaron a la buena de Dios, juntando despojos. Ellos mismos se encargaron de reclutar la gente que me acompañaría. Muchos de los

bravucones estropeados que recogimos por los caminos y que juraban con blasfemias soeces que jamás volverían a arriesgar el pellejo en los campos de batallas, se nos sumaron. Antes exageraban, para mover mi caridad, las ronqueras, las toses y los suspiros; ahora hinchaban el pecho y lanzaban doquier unas miradas furiosas. Mandé que suplieran sus andrajos en lo posible. A algunos los vi ataviados con ropas viejas de Maerbale, de Girolamo; hasta salió a relucir, en un último avatar incalculable, un jubón muy traído del cardenal Franciotto. Cuando estuvimos prontos, me despedí de mis hijos y de Julia y me desgarré de Bomarzo. Me sujetó el estribo, al montar, Horacio Orsini, recién venido de Florencia. Era demasiado niño todavía, para que lo llevase conmigo. Sus ojos oscuros reverberaban en la sombra y se me apretó el corazón, porque con ese mancebo débil, Bomarzo decía adiós al duque que como tantos otros de su estirpe, en el andar de los siglos, se confiaba al misterioso azar de la guerra.

Atravesamos Italia. Mi prestigiosa armadura iba en un mulo, cubierta por un grueso tapiz. Como ese tejido se había rasgado en el lugar donde pendía el casco como un ánfora resplandeciente, se diría que viajábamos custodiando un tesoro, hacia las tierras del rey cristianísimo. El alabardero hermoso, aquel que compartió el lecho de Violante, la semana de mis bodas, después del duque de Urbino, y que le dejó una marca en el cuello, y que más tarde, cuando Porzia se distanció de Silvio de Narni, fue su amador también, antes del duque de Mugnano, iba con nosotros. Andaba abrazado, como a una voluptuosa mujer, a un largo laúd, y de vez en vez nos cantaba unos versos apasionados, en los que los émulos de Marte se despojaban de los yelmos y las cotas y gozaban a las ninfas jadeantes, entre armas esparcidas. Yo lo oía, desganado, remoto. La armadura negra y oro me parecía el cadáver de un rey y nosotros su pobre séquito fúnebre. ¿Dónde quedaban las prodigiosas aventuras de Ariosto, la pompa de las comitivas marciales, la cabalgata de los Reyes Magos de Benozzo Gozzoli, el recuerdo de mi padre, de Hipólito de Médicis, de Abul? Quien nos observara pensaría en una corte de pordioseros, de bufones, pues ni siquiera el fiero parche de Segismundo, ni la apostura garbosa de Orso, ni el centelleo de las partesanas y los mosquetes, ni tantos ojos como brasas, conseguían relevar la melancolía que brotaba de mi presencia taciturna. Sólo la armadura de Julio Romano y la voz del alabardero, trémula de portentos y de fábulas, nos comunicaban de tanto en tanto su atmósfera de lujo y de fantasía. Me dolía apartarme de Bomarzo, de mi gabinete, de los alambiques de Silvio. ¿Para esto, para esta indecisión, para sentir en la boca este sabor amargo, había provocado tantas muertes estériles? ¿No hubiera sido mejor que mis hermanos encabezaran con su ufanía la tropa? ¿Dónde estaba, dónde se escondía mi gloria, la gloria personal, particular, especial, de Pier Francesco Orsini, duque de Bomarzo, la gloria rara y mía que me justificaría ante los demás y ante mí mismo? La había buscado en un manuscrito indecifrado y en un poema penoso y ahora la buscaba en una guerra triste hacia la cual no me atraía ninguna vocación. ¿Existiría en verdad, existiría esa gloria?

Entrecerraba los ojos y, medio dormido, flojas las riendas, escuchaba al hermoso alabardero que describía las piernas desnudas de las ninfas, escapando como peces blancos entre el reflejo metálico de las armas que espejeaban como un agua fría y azul.

No me extenderé demasiado en la narración de la campaña de Metz, que sólo entraña para mí desilusiones dolorosas. Quienes se interesen por el relato, lo

hallarán en detallados libros. Franceses, alemanes y españoles se han ocupado de esa acción, desde puntos de vista opuestos.

Llegué a Metz en momentos en que el duque de Guisa y Piero Strozzi terminaban de fortificarla. Habían reparado los muros y los baluartes, y estaban ensanchando los fosos. En los suburbios no hallamos más que ruinas porque los soldados habían abatido cuanto podía servir de reparo, hasta los monasterios. Ocho mil combatientes escogidos, con tres mil de a caballo, la flor de Francia, pululaban en las calles y se pertrechaban en los caserones. Era imposible andar por las plazas sin toparse con el príncipe de Condé, con el duque de Aumale, con el duque de Enghien, con el príncipe de la Roche-sur-Yon, con Monsieur de Nemours, con el marques de Elbeuf, con el vidame de Chartres. El mes de octubre desataba sus lluvias y endurecía sus hielos, pero ellos, emplumados como pájaros, enojados, ruidosos, habían transformado a Metz en una inmensa jaula de faisanes. Se divertían jugando, persiguiendo a las mujeres. Por todas partes se oía el estruendo de las obras que se levantaban y destruían, el fragor de las piezas de artillería arrastradas, de los carros de municiones, de los que trabajaban en los talleres de pólvora, de los cañones que izaban arduamente hasta los campanarios. Aquello tenía el aire de la preparación de un duelo, de un torneo colosal. Constantemente se escabullían mensajeros hacia la corte, con la relación de proezas, y Diana de Poitiers las leía en voz alta como si continuara una novela de caballería.

Horacio Farnese me acogió con entusiasmo. En seguida comprendí que no había esperado que respondiese a su pedido de ayuda. Más que mi flaca hueste, le interesó la nutrida bolsa que le llevé. Me presentó a los señores, al *Balafré*, que dirigía la defensa por Enrique II, con el título de teniente general del rey en los Tres Obispos. Francisco de Guisa me impresionó con su energía ágil. Abría trincheras él mismo, junto a la soldadesca, y bebía jarros de vino con los sargentos. Me recibió dando muestras de graciosa cortesanía, como si nos halláramos en el castillo de Anet y, tan hábil hombre de mundo como diestro jefe, a las pocas palabras me probó que estaba muy al tanto de lo que los Orsini significábamos, introduciendo, cuando me hablaba, un matiz sutil en el tono que no empleaba con Horacio, por más duque de Castro que fuese y hermano del duque de Parma. Eso me tranquilizó y me infundió alientos. Estaba donde debía estar y me trataban como debían. Para no ser menos y corresponder a su amabilidad, perdí mi dinero, a propósito, cuando jugaba con los miembros de su familia, con Aumale, con Elbeuf.

Carlos Quinto había querido asistir al sitio en persona. Declaraban los entendidos en estrategia que jamás había reunido un ejército tan pujante a su sola costa: 6.000 españoles, 4.000 italianos, 49.000 alemanes, 10.000 caballos, además de su corte y de los 100.000 hombres que luego le incorporó el marqués Alberto de Brandeburgo. Este marqués no se había aliado con el rey de Francia, por diferencias en el asunto de la paga. Era harto cuidadoso de su economía. Merodeó, con cincuenta banderas de infantería y 5.000 caballos, por los alrededores de Metz. Un día tomó prisionero al duque de Aumale, Claudio de Lorena, yerno de Diana de Poitiers, a quien su hermano el duque de Guisa había encargado que despachara al de Brandeburgo. Pero el de Brandeburgo fue más sagaz y le tendió una trampa; después se presentó, cargado de cautivos y de despojos, en el campo del emperador. El testarudo César, atenaceado por la gota que lo hacía bramar en el suplicio, había cruzado el Rin con su ejército que comandaban el marqués de Marignano y el duque de Alba, y se guareció en

Thionville. Los truenos de nuestra artillería despertaban eco a más de cinco leguas. Llovía sin cesar y el frío arreciaba cuando, el 10 de noviembre, el emperador decidió abandonar aquel abrigo y acampar frente a nuestras murallas. Bajo el cielo de plomo, las llanuras, de tan anegadas, parecían ríos, y en ellas flotaban, medio hundidos en el fango helado, los cadáveres de hombres y vacunos. La tromba y los chubascos se metían en las tiendas, que chorreaban, imposibles de habitar. Las epidemias prosperaron. Dicen que de los imperiales perecieron 40.000 y que las aguas habían sido envenenadas. A mi primo Mateo lo salvó el ilustre Ambroise Paré, a quien llaman el padre de la cirugía moderna, y que logró deslizarse en la ciudad asediada, enviado por el rey, pagándole 1.500 escudos a un capitán italiano.

Yo, por ser sincero, no me conduje ni bien ni mal. No hice nada extraordinario, pero permanecí en mi puesto, con mis ganapanes. Paseaba por los baluartes, con mi espléndida armadura, más rutilante que la de Francisco de Guisa, más deslumbrante que la del duque de Enghien, que ninguna de las que se lucían en Metz, y el agua se me entraba por la celada y por las juntas, calándome hasta los huesos. Enghien quiso comprármela, sin percatarse al comienzo de las abolladuras de la espalda. Pero yo no se la hubiera vendido aunque me silbara el estómago. Cuando aparecía en los bastiones, con Orso llevándome el estoque y los guanteletes, los soldados se descubrían. Casi me hirieron, poco antes de que el emperador levantara el sitio. Fue lástima que la bala no me rozase levemente. Eso es lo que yo hubiera deseado: que una bala me rozase apenas, apenas...

Carlos Quinto resolvió irse, al ver perdida la partida. Sus quince mil cañonazos habían sido inútiles. El 26 de diciembre, después de sesenta y ocho días de asedio, dio la orden que todos, dentro y fuera de Metz, anhelaban. Si hubiera aguardado una semana más, la gente hubiera emprendido la fuga. Habíamos conjurado —o postergado— el peligro, pero el aspecto que ofrecía Metz, con su primera muralla abatida y sus tejados sembrados de agujeros por los cuales se colaba la eterna lluvia gris, no podía ser más pavoroso. A Ambroise Paré le faltaban manos para usarlas amputando miembros tumefactos. Troqué la armadura por una negra capa de pieles y me encerré, tiritando, en una habitación miserable, como un oso en su caverna. Adquirí, a disparatado precio, varios muebles preciosos que habían sobrevivido al desastre —una credencia, una mesa con columnas torneadas, un armario esculpido como una gran custodia— y los quemé en la chimenea para calentarme. Segismundo me releía el *Orlando*, a la luz de un candil, y yo soñaba con las guerras admirables de la literatura. Maerbale hubiera debido estar allí y no yo. Maerbale o Girolamo. Jamás debí permitir que Girolamo muriera en el Tíber, ni mandar a Maerbale a la muerte, luego de entregarle mi mujer. Esta vida era la suya y no la mía. La armadura que desde un rincón presidía mil cavilaciones, hubiera debido pertenecerles. Estaba viviendo de prestado, como un actor. Los mendigos de Bomarzo, que me habían seguido, alucinados por áureas promesas extravagantes, rondaban como tigres en torno de mi tabuco. Muchos habían lanzado el último suspiro en los pantanos, y sus amoratados puños, que emergían de los hoyos glaciales, continuaban amenazándome desde el infierno de escarcha. La guerra era algo horrible, repugnante, algo que no guardaba relación alguna con un casco en cuyo crestón Sileno reía y con un escudo en el que raptaban a Helena de Troya. Y la guerra de Troya, probablemente, habría sido también, sin dioses, sin bellos capitanes desnudos, con lluvia, lluvia y lluvia y hambre y frío y suciedad y llagas y

muchachos que se arqueaban vomitando y cirujanos rojos de sangre que cortaban manos y piernas. Apenas si nos consolaba a Segismundo y a mí la idea de que el emperador, el amo del mundo viejo y del mundo nuevo, escapaba hacia sus palacios macabros y hacía sus papelotes y sus firmas lúgubres, loco de rabia, atados ambos pies con paños gruesos, retorciéndose de dolor, aullando de dolor. Torné a verlo, nítidamente, como cada vez que lo recordaba, la tarde en que me había armado caballero. Respiré el olor acre de su transpiración ahogada por los terciopelos; descubrí en la lejanía del tiempo sus ojos tímidos, su angustia, su azorada crueldad. Ahora se lo llevaban el viento y la lluvia y el llanto.

La calma duró poco. Tres meses después, en abril de 1553, a pesar de que la gota no le concedía armisticio, Carlos Quinto mandó fuerzas frescas a la frontera del norte, en la parte de Picardía. Allá nos fuimos, por campos inundados. Aunque íbamos a caballo, el agua nos mojaba las botas, y los de infantería chapoteaban a nuestro lado y protestaban que nunca se habían encontrado en lance peor. Y el más ufano de los nuestros era Horacio Farnese, porque ahora, a la necesidad de lucimiento que le imponía el prestigio de su casa, se sumaba la que procedía de su carácter de flamante esposo, ansioso por brillar ante su mujer. Aprovechando la breve tregua, Enrique II lo había casado con su hija natural, Diana de Francia, habida en Felipa Duci, a ocultas de Madama de Poitiers, y con ello prosiguió la singular política de las alianzas impuestas por medio de los ilegítimos, recordando sin duda que el hermano de Horacio, el duque de Parma, era el marido de una hija natural del emperador. Los Farnese, como se ve, absorbían los grandes productos naturales de la época. De Felipa Duci sólo oí que Diana de Poitiers la hizo desaparecer en un convento y que, ya que ella no le había dado al rey ningún vástago, resolvió que aquel fruto espurio ostentara su nombre soberbio, y se la llamó Diana de Francia, creando la consiguiente confusión acerca de su origen. Las fiestas de la boda, a las cuales asistí, fueron estupendas. Como se realizaron un día de carnaval, hubo una mascarada fantástica en la que nos disfrazamos todos. Eso nos hizo olvidar pasajera de las penurias de la guerra, pero a poco fue menester partir por azarosos caminos sumergidos, rumbo a Théroouanne. Mi armadura, a pesar del tapiz que la envolvía, se cubrió de salpicaduras de lodo, y los pajes tardaron horas en devolverle su immaculado esplendor.

La campaña de la frontera de Flandes no pudo ser más desgraciada. Cuando la evoco, se me eriza la piel. El duque Antonio de Vendôme, realizando un auténtico prodigio, había conseguido transportar los carros de artillería sobre voraces pantanos, hasta Hesdin. Cegó el foso de esa ciudad y entró en ella victoriosamente, lo cual irritó al emperador sobremanera. Carlos Quinto había quedado con sangre en el ojo, luego del episodio de Metz, y decidió que la pujanza plena de su dominio cayera como una gigantesca maza aplastante sobre la disputada región. Destacó para sojuzgarla a 50.000 hombres, con viejos capitanes experimentados, como el conde de Reuss y Martin van der Rosen. Nosotros teníamos a Roberto de la Marck, duque de Bouillon, yerno de Diana de Poitiers, y a un hijo del condestable de Montmorency. El duque de Vendôme multiplicó los milagros. Lo que había hecho fuera de la ciudad, cuando hasta su recinto guió la artillería, dentro de ella lo renovó con porfía indudable. Aguardaba la prometida aparición de Enrique II, y el rey no se daba prisa. En cambio nos enfrentó Manuel Filiberto de Saboya, con las desplegadas banderas imperiales. También flameó la mía en Théroouanne, junto a las lises de los Farnese y al estandarte personal de Horacio, que mostraba el emblema que para

él inventó Aníbal Caro, a solicitud de su hermana, la duquesa Victoria de Urbino, y que representaba al adolescente Aquiles adiestrado por el centauro Quirón, aludiendo a las enseñanzas que Horacio Farnese recibiera de Francisco I, con la divisa *Chirone Magistro*. Banderas nos sobraban, pero nos faltaban tropas. Cayó a la postre Théroutanne y fue destruida hasta los cimientos; tomaron preso al hijo del condestable y nosotros nos replegamos sobre Hesdin, con el duque de Bouillon. Un error suyo, imperdonable, entregó esa desventurada ciudad, de suerte que tanto en Metz, donde Aumale cayó prisionero, como en Hesdin, los yernos de la favorita no hicieron más que *gaffes*, pero ella los disculpó después ante Enrique II, a quien llevaba de la nariz como los húngaros a sus osos domésticos. Quien se portó con intrepidez pasmosa fue Horacio Farnese. Yo, por no ser menos, no me apartaba de su costado, y en más de una ocasión me rogó que no me expusiera tanto a las balas. Ahora pienso que lo que en verdad acontecía es que yo, con mi pesada, sofocante armadura, que entorpecía mis menores ademanes, lo incomodaba en su acción, pues a cada instante tropezaba conmigo, no bien se volvía de la saetera para dar órdenes o requerir refuerzos. Invadió el de Saboya el recinto y nos refugiamos en la fortaleza, hasta que se comprendió que la defensa era imposible.

—¡Quítate esa armadura! ¡Apártate! —me gritó Horacio Farnese.

Fueron sus palabras postreras. Un tiro de mosquete le desgarró la espalda. Cayó al suelo, convulso, y me incliné penosamente para alzarle la cabeza. Ya no vivía. Ya estaba con los héroes, en el Olimpo de las armas radiantes donde los capitanes se refieren sus trofeos y sus equivocaciones. En ese momento, una sacudida atroz me envió por los aires, como si mi coraza fuera de plumas, entre las banderas que volaban, abiertas como alas multicolores, y me precipitó en una zanja. La pólvora que habíamos acumulado en el castillo se incendió, por culpa de Roberto de la Marck, y la furia del fuego, extendiéndose hacia las minas con las cuales nos había sitiado Manuel Filiberto de Saboya, hizo añicos enormes trozos de muro. Más de trescientos perecieron en el estallido brutal, entre ellos mi primo Orso y mi bello alabardero. A mí me salvó la zanja y quizás la hasta entonces engorrosa armadura, que atenuó los choques. Surgieron a mi vera mis inseparables Mateo y Segismundo, reptando, negros de tierra. Segismundo había perdido el parche y exhibía la fea cavidad de la órbita. Lo principal era disimularnos, sacando partido del desorden, y que no nos prendieran como prendían en ese instante mismo al incapaz Bouillon y a Ambroise Paré, a quien el duque de Saboya cedió al gobernador de Gravelines para que le curara una úlcera de la pierna, con lo cual recuperó la libertad. ¡La libertad! Sólo en ella pensábamos; ni tiempo teníamos de llorar a Orso. Las explosiones se sucedían entre tanto y nos refugiamos los tres en una abandonada casuca, hasta donde me transportaron a duras penas, por la carga de mi herrería, como si arrastraran un gran cocodrilo muerto. El cielo nos socorrió. Encontramos allí, en un cofre, unas vestiduras de mujer, y planeamos disfrazarnos de gitanas, cosa que se me ocurrió al recordar que Lorenzino de Médicis adoptaba esa máscara cuando visitaba en Venecia a la hermosa Barozza. Era menester, ante todo, despojarme de la armadura, lo cual no resultaba nada fácil, pues con los golpes se había abollado terriblemente, como si regresara de un torneo encarnizado, hundiéndoseme en el cuerpo y magullándome las carnes. Me la arrancaron a tirones, luchando con el tonelete, con las espinilleras, con el casco beocio que amenazaba ahorcarme. Las desencajadas piezas se desparramaron en el suelo. El yelmo, con sus tres plumas lacias, yacía como un ave aparatosa, que los perros hubieran robado de un festín.

Nos pusimos las ropas mujeriles, nos atamos a la cabeza unas pañoletas, y en verdad nos hubieran podido tomar por tres cíngaras, pues éramos los tres morenos y enjutos, y mi joroba y el ojo ausente de Segismundo, contribuían, tanto como la gracia de Mateo, a crear la sugestión propia de las mujeres bohemias que van con los carros por esas sendas de Dios, diciendo la buenaventura, hurtando gallinas y ofreciendo hierbas y filtros sensuales. Así ataviados, atravesamos las tropas, no sin que Mateo fuera blanco de hartos requiebros y pellizcos, ni sin sufrir tampoco las exigencias de los matones que aspiraban a saber su futuro y nos tendían unas palmas sucias para que interpretáramos sus líneas, pero todo lo soportamos y ofrecimos a la Providencia a cambio de nuestra salvación, que de lo contrario nos hubiera tocado compartir el infortunio del desdichado Horacio Farnese, del desdichado Orso y del desdichado alabardero.

¿Qué hubiera pensado de mí entonces la princesa de Taranto, la amazona? ¿Qué hubiera pensado su marido Raimondello Orsini del Balzo, el que anduvo en la conquista del Santo Sepulcro?, ¿y la Orsini casada con Andrónico, emperador de Oriente?, ¿y el Orsini casado con la nieta de Carlomagno? ¿Hubieran reconocido a un príncipe de su sangre en el histrión embozado, con atuendo de gitana, que temblaba delante de la palma tendida de un valentón?

En París nos hicimos de algunos escudos, compramos ropas adecuadas, saludamos a la reina Catalina de Médicis, mi amiga de infancia y, a cortas etapas, emprendimos el retorno a Bomarzo. Escasos fueron, de quienes me habían seguido a la campaña, los que volvieron al pueblo. Ninguno trajo un plato de oro o una jofaina de plata, como yo no traje ni siquiera mi costosa armadura. Hubiera querido recuperarla, para ubicarla en la galería de los césares, cerca del arnés etrusco, del de mi padre, del de mi abuelo. ¿Cuál habrá sido su destino, luego que abandoné aquellas piezas fastuosas en una covacha de Hesdin? ¿Habrán relampagueado en otras refriegas, ceñidas por el bravo que las merecía? Tres años atrás, en la Real Armería de Madrid, me detuve súbitamente, azarado, porque creí descubrirlas dentro de una vitrina del salón principal. El casco, por lo menos, el casco digno de Marte, con su áurea ronda de Baco, Sileno y Ariadna, es el mismo. Sin embargo no estoy seguro de que ésas sean mis armas, ¡las usé tan poco y hace tanto tiempo!

Nada conservé, como testimonio de mi vida militar, pero aquella experiencia me brindó los medios de hablar de la guerra con conocimiento de causa y, como no había capturado un solo pendón, para agregarlo a los apresados por mis mayores, tuve un gesto irónico que hubiera divertido al Aretino y a Lorenzaccio de Médicis, y yo mismo confeccioné en secreto una bandera imperial, de águila explayada y columnas de Hércules, valiéndome de la apócrifa falda de gitana y de antiguos retazos, con la ayuda de Segismundo, y la hice colgar solemnemente en la escalinata del castillo, sobre unos cruzados mosquetes y unas espadas dudosas, en memoria de mi empresa de Metz, de Théroouanne y de Hesdin, que me curó por un tiempo de las magníficas tentaciones de la guerra.

En Bomarzo, durante el año de mi ausencia, la vida transcurrió sin mudanzas. Empero, al volver advertí un cambio. Era un cambio sutil y procedía de una como intensificación de las actitudes, que los no iniciados no hubieran podido valorar. Así, por ejemplo, la distancia que me separaba de Julia parecía haberse dilatado por alguna razón misteriosa que tenía que ver con su físico, con su salud. Como siempre, trajinaba con los niños, paseaba de tarde por el jardín, cortaba rosas,

bordaba, leía, pero se la sentía lejana, desprendida, más lenta, y aunque ningún síntoma evidente subrayaba el proceso destructivo que se verificaba en su interior, la rodeaba una atmósfera de melancolía en la que vacilaban indicios mortales. Mis hijos se movían en torno, como si captaran presencias secretas, con su delicada intuición infantil, y ellos también habían impreso un nuevo ritmo, sosegado, expectante, a sus evoluciones. Mientras estuve en Francia, Cecilia Colonna había regresado a Bomarzo, porque el rumor de la herejía acosaba a Julia Gonzaga y a sus hijos valdesianos, y eso ponía en peligro a la viuda de Maerbale y al pequeño Nicolás. No tuve ánimos para enviarlos a sus tierras, como la vez anterior. La princesa ciega, más pálida, más delgada, quedaba las tardes enteras en una de las terrazas, como si escuchara voces escondidas. Sonreía sin motivo aparente. Ella también había variado, como si el dolor que la aquejaba desde la muerte de Maerbale hubiera descendido a zonas más oscuras, allí donde las sombras espesas que se apretaban sobre sus ojos se establecían en la última profundidad de su alma, a modo de negros minerales macizos entre los cuales vagaba la trémula luz del recuerdo que la hacía sonreír. Los dos Orsini que podían ser primos y podían ser hermanos, Horacio y Nicolás, tan semejantes, tan agraciados en el florecer de su pubertad, andaban alrededor de ella, escuchando sus cuentos repetidos, cosas de Maerbale, de la época en que guerreaba con Valerio Orsini, por la República Serenísima. Echados a sus pies, se aislaban en un mundo estremecido y remoto, y cuando yo acertaba a pasar a su lado cesaba bruscamente su cuchicheo. Experimenté la sensación diabólica de estar exiliado entre los míos, porque lo mismo acontecía si me aproximaba a mis hijos y a Julia. No trascendía de su actitud ninguna exclusión, ningún repudio; jamás pronunciaron una palabra hostil, pero era como si yo no perteneciese a su círculo estrecho de conspiradores, como si no fuera capaz de compartir sus emociones furtivas. Silvio, en cuyo gabinete pensé encontrar un refugio, había avanzado en el fantástico camino de las ascesis mágica, despojado de inquietudes terrenales, y se agitaba como un espectro, con su flotante ropón, en el vapor de los alambiques, de suerte que se lo hubiera tomado por una emanación de las mezclas herméticas que preparaba, y era arduo decir, al entrar en su reducto, cuál era el ser humano, vivo, y cuales las pintadas figuras que oscilaban en la niebla de su laboratorio. Si lo interrogaba respondía apenas, perdido en cálculos y en sueños, como sonámbulo. Y cuando, fatigado de la opresión que reinaba en el castillo y que me expulsaba de una habitación a la otra, salía a recorrer la apretujada aldea, en ella encontraba un clima que no hubiera acertado a definir, hecho de desazón y de desgano, quizás como fruto de las decepciones que acarreó la triste campaña de Metz, con su secuela de muertes. Me encerraba entonces, acompañado por Mateo y Segismundo, a escuchar los laúdes. El duque de Mugnano, Porzia, Fabio, Violante y Pantasilea, aparecían algunas veces, y aunque en esas ocasiones se alegraba la fría majestad de la sala del Minotauro, en breve la conversación que nos relegaba a Mateo, a Segismundo y a mí en un ángulo de la galería, recaía sobre el furor y la vanidad de la guerra, y mi propia imagen —la de la tortuga negra y oro que se desplazaba lentamente, estérilmente, en los bastiones de Hesdin y Théroutanne, entorpeciendo con su caparazón a los ávidos de gloria— volvía a atravesar con grotesco balanceo el proscenio genealógico que flanqueaban los bustos imperiales, y a enrostrarme mi incapacidad.

Comprendí que había llegado a una altura crucial de mi existencia, pues pronto cumpliría cuarenta años, y que se imponía que me apresurase si aspiraba a

dejar una huella de mi paso por el castillo. Entonces —porque todo se resolvía para mí en soluciones decorativas— decidí emprender la tarea de llevar a los muros interiores de mi casa las escenas, a menudo esbozadas, que proclamarían los triunfos de mi estirpe. Entre ellas, como elemento central, se destacaría un retrato que agruparía a los míos a los más cercanos, alrededor del duque Pier Francesco Orsini, creando así la ilusión de que el resto, la amplia floresta de hazañas seculares, era una proyección de mi intimidad mediatizada. Sería una pintura similar al famoso fresco de Mantegna, en la Cámara de los Esposos, de Mantua. Yo estaría en el medio, con Julia, con Cecilia, con mis hijos, con Horacio, con Nicolás, y en un segundo plano se vería a mis primos Orsini, a mi astrólogo Silvio de Narni, a mi dómine Pandolfo y a aquellos intelectuales, como Madruzzo, Aníbal Caro y Sansovino, que solían ser mis huéspedes. El pincel diestro nos transmutaría en dioses. Inventaríamos el Olimpo de Bomarzo. Mi armadura ausente, que el pintor reconstruiría sobre la base de nuestras descripciones prolijas, me daría la traza de un Marte opulento, emplumado, barbado, sin corcova, sin vacilaciones, afirmado en el rigor de su escudo y de su lanza; Julia sería Venus; Horacio sería Apolo; los niños se distribuirían otros símbolos del amor y de la fecundidad, con cestas volcadas, con cornucopias; Cecilia haría las veces de Juno; Silvio, las de Hermes; mis primos, las de Patroclo y Aquiles; los escritores, las de un coro de sabios, con Ulises y Néstor y Calcas. Dentro del gran teatro de mis antepasados, vibrante de victorias, se insertaría mi teatrillo personal, en el que cada uno representaría un papel mitológico admirable. Y allí quedaríamos eternamente, estáticos, estupendos, más fuertes que el Tiempo y que la Verdad, para maravilla de quienes nos sucedieran. Pero había que apurarse, porque los demás actores empezaban a huir de la escena con su hostilidad disimulada, con su claro propósito de no participar de mi vida, o más bien de que yo no participase de las suyas. Debía convocarlos y encerrarlos en mi escenario alegórico, para que no se me escapasen, porque allí adentro, en el Olimpo de Bomarzo, entre laureles, yelmos, tirsos, túnicas y pechos y brazos desnudos, estarían como hechizados para la inmortalidad.

Como uno de mis rasgos esenciales era el que me obligaba a encarar grandiosamente lo que se refería a mi casa, contrayendo matrimonio con la dama de mayor prestigio, ganando la amistad de Hipólito de Médicis, convirtiendo un esqueleto ignoto en un santo, adquiriendo la mejor armadura y los libros de alquimia más costosos, se me ocurrió dirigirme al primer artista del siglo para encomendarle ese trabajo singular. Luego de serias dudas, y aunque Madruzzo y Caro procuraron disuadirme, le escribí a Miguel Ángel Buonarrotti, proponiéndole la tarea. Nunca debí hacerlo. Fue una locura, una prueba más de mi soberbia vesánica. Miguel Ángel tenía más de ochenta años y entregaba sus postreras energías a la basílica de San Pedro, perseguido por las calumnias, por la incomprensión, por la imbecilidad. Cuando recibió mi carta, entre los inmensos bloques de mármol y las pilastras a medio tallar que se acumulaban en la plaza, debió arrojarla a los escombros. Y sin embargo me respondió unos párrafos encantadores, en los que aludía a la complejidad de su labor, a sus muchos años y a los que insumiría una obra como la que yo osaba ofrecerle. Escribía casi con humildad, casi como si le doliera la amargura de no poder acceder a mis deseos y de no estar en situación, él que sólo había servido a los pontífices y a los príncipes banqueros de Florencia, rectores del arte, de venir a enclaustrarse en un incierto castillo del Lacio, para adornar sus muros con el esplendor incomparable de sus formas. Terminaba diciéndome que, puesto que ya carecía de vigor para

hacerlo, porque golpeaba a las puertas de la muerte y si miraba a la redonda no veía más que cadáveres, teniendo en cuenta que todos los que amaba habían muerto —fuera de Messer Tomaso de Cavalieri, claro está, pero no había razón para que me lo nombrase—, quizás podría realizar mis proyectos su discípulo Jacopo del Duca. No es un pintor —me decía—; es un escultor y un arquitecto, pero dibuja de tal manera que merecerá la aprobación de Su Excelencia, y si Su Excelencia lo adopta, cuenta con ayudantes que cumplirán lo propuesto perfectamente. Agregaba que a su juicio convenía que el director de una obra como la que yo planeaba fuese un conocedor de las leyes de la arquitectura, por la necesidad de crear una ajustada armonía, gobernada por las proporciones del edificio, e insistía en que era tanta su confianza en Jacopo que acababa de completar con él el techo de madera labrada del palacio capitolino de los Conservadores. Larga distancia mediaba entre Miguel Ángel Buonarroti y Jacopo del Duca, mas no vacilé y envié un emisario a este último, quien volvió con el mensajero a Bomarzo. Traía dos ayudantes.

Antes de hablar de Jacopo del Duca es indispensable que hable de sus fámulos y alumnos. Llamábanse Zanobbi y Andrea Sartorio y eran hermanos, de veinte y dieciocho años respectivamente, sicilianos ambos, como su maestro. Habían nacido en Agrigento, mientras que Jacopo había visto la luz en Cefalú. Verdaderos hijos de Sicilia, su origen, su mixtura de sangres viejísimas, griegas, normandas y árabes, se evidenciaba en lo cetrino de su piel, de reflejos dorados, pulida como los antiguos bronceos de su isla, en la nitidez de los rasgos, en la negrura atormentada del pelo y de los ojos, en la felina agilidad del cuerpo, en el estiramiento oriental de las manos. Callaban siempre y se deslizaban a la sombra de Jacopo del Duca, como dos animales misteriosos, dos gatos salvajes de Sicilia, huraños y secretos. Uno de ellos, el mayor, Zanobbi, siendo menos hermoso que su hermano, por cierta irregularidad imprecisable de las facciones, me impresionó desde el primer instante. Digo mal: no me impresionó, me fascinó, me sugestionó. A un cuarto de siglo de separación, experimenté frente a él, inmediatamente, el mismo estremecimiento casi doloroso, la misma angustia que había sentido cuando mi adolescencia se asomó al *cortile* florentino de los Médicis y me hallé delante de Abul y de Adriana dalla Roza. Después de tanto tiempo, cuando creía yo que la posibilidad de esas sensaciones conmovedoras se había extinguido definitivamente, en mi interior coriáceo, porque ya no era capaz de alterarme, de turbarme, renacía en mí el calor desazonante de la juventud, cuyo excepcional fuego oculto abrasaba y fundía las demás percepciones, dejándome solo, encendido y vibrante, frente a un único objeto que borraba cuanto lo circuía. Debo repetirle al lector hasta la saciedad, para que me comprenda bien, que en el siglo XVI yo fui un hombre esencialmente característico de mi época, ni mejor ni peor que el resto. Como las personalidades más descollantes de entonces, como Miguel Ángel, como Benvenuto Cellini, como Lorenzo Lotto, como Pietro Aretino, como Lorenzaccio, como el jefe heroico de las Bandas Negras, entré en el jardín terrible, poblado por una vegetación de espesa savia voluptuosa, sin separar las fronteras sexuales. Abul, Adriana dalla Roza, Porzia, Juan Bautista, Violante, Fabio, me sedujeron por igual. No distinguí, no separé. Me quemé en las hogueras de las almas y los cuerpos, buscando, más allá de las diferencias y las oposiciones, el apasionado fulgor. Pero esto, esto que me suspendía mientras observaba a Zanobbi, era algo especialísimo, algo que me había desquiciado y desconcertado en escasas ocasiones, vinculadas con Abul, con Adriana y con el período feliz de mi vida en

que, sin ver a Julia Farnese, porque me lo había vedado su padre, soñaba con ella sin cesar. Y, como lo insólito del enajenamiento me devolvía repentinamente, inesperadamente, riesgosamente, la llama vital de mi juventud que yo pensaba para siempre apagada, en vez de reaccionar contra su peligro, en defensa de mi calma egoísta, cedí al contrario a su embrujo, ya que con él reconquistaba una zona de mí mismo cuyo yermo tornaba a florecer, y, olvidado de que en ese jardín umbroso se habían desgarrado y habían sangrado Lorenzo Lotto y Miguel Ángel Buonarrotti, a quienes tanto admiraba y quería, seguía avanzando por el vergel que me reintegraba, intacto y lozano, el aroma de los muertos años, hacia el desconocido que se disimulaba junto a su maestro.

Jacopo del Duca, entre tanto, hablaba con fácil desenvoltura. Recordaba los triunfos de su colaboración con el artista más excelso de todos los tiempos, la oportunidad en que, cuando Miguel Ángel realizaba la maravilla de Santa María de los Ángeles, en las termas de Diocleciano, había fundido para él un ciborio del Sacramento, de bronce, con tan refinado arte que el gran escultor declaró que nadie se atrevería a emprender una obra igual, y refirió sus trabajos en la Porta Pia, en el palacio Cornaro, en la Villa Mattei del Monte Celio. Otros nombres, el de Daniel da Volterra, el de Antonio da Sangallo, para cuya iglesia de Santa María de Loreto había inventado una linterna, sobre la audacia de la cúpula octogonal, surgieron de sus labios elocuentes, mientras hacía espejear sus méritos —pues, así como los Sartorio pertenecían al tipo de los sicilianos taciturnos, él era un siciliano gárrulo, bizantino, reverberante como los mosaicos de oro de su Cefalú natal—, en tanto yo procuraba mantener mi compostura y representar ante los huéspedes el papel del señor romano de estirpe famosa, que ha vuelto de la guerra y encarga una tarea a un artífice de prestigio para mayor gloria de su casa inmemorial, habituada desde la aurora de los siglos al homenaje de los creadores de la estética hermosura.

Yo era un débil. Me dolía confesármelo —nada me dolía tanto, porque aspiraba al vigor desdeñoso que exaltaba a los altaneros Orsini—, pero lo cierto es que era un pobre jorobado débil, desconfiado, a quien el destino había añadido, para colmo de su trastornada confusión, el dogal de una sensibilidad enfermiza, cuando lo colocó en el coliseo radiante donde los grandes acentuaban la altivez de los ademanes estatuarios y de las duras, sonoras voces violentas, o hacían chocar sus espadas y sus corazas sobre la decoración flamígera de Metz, de Théroutanne y de Hesdin, remedando los torneos de clásico esplendor. Cualquier otro, desde mi posición, hubiera enfrentado con eficacia arrogante la inquietud que me embargaba. Aun más: esa inquietud no hubiera existido para él. Se hubiera limitado a tomar lo que deseaba, lo que lo tentaba, como se arranca una rama al pasar. Yo no; yo no podía. Cuanto me concernía se tornaba complejo, arduo. Por eso bendije y maldije el día en que Zanobbi Sartorio llegó a Bomarzo con Jacopo del Duca. Esa noche rondé hasta tarde entre los reyes y los magos, los hornos y las probetas, por el laboratorio de Silvio, aguardando la coyuntura de decirle una palabra al alquimista iluminado, sobre lo que se desperezaba en mi intimidad, que me avergonzaba y arrebatava y cuyos síntomas profundos conocía demasiado bien, sabiendo que no conseguiría hilvanar ni una frase y que, cuando terminara la diaria faena y quedara en el gabinete una lámpara sola, aleteando en el oratorio, nos iríamos cada uno a su aposento, por el pasaje clandestino, con nuestras quimeras distintas, y sabiendo que no lograría dormir, desamparado en la absurda tormenta que se había desatado en mi alma porque sí, locamente, sin que nada anunciase el renacer de su furia.

Comenzó entonces una época extraña de mi existencia. Ya antes, durante el año en que ambulé por los sitios glaciales de esa guerra en la cual se ingresaba revestido con la armadura más bella del orbe, deslumbrador como Perseo, y de la cual se salía disfrazado de gitana, me había debatido, en la médula misma de la realidad siniestra, como si estuviera fuera de la realidad, porque la realidad para mí era el sueño ancestral de Bomarzo, entre cuyos muros flotábamos, cadenciosos, musicales, como alegorías esotéricas, mientras que esto otro, lo que la gente consideraba la realidad, con sus estampidos, su brutal artillería llevada a pulso a través de los pantanos, y sus muchachos agonizantes cubiertos de escamas de hierro como dragones, pertenecía, al contrario, al mundo de la alucinación. La atmósfera que hallé en Bomarzo a mi regreso, y que me mostró cuán honda, cuán auténtica era mi soledad, en medio de las borrosas figuras familiares que me eludían, del vago astrólogo y de los campesinos que hurtaban su rostro a mi paso, contribuyó a nutrir la sensación de vida ficticia que desde los páramos de Francia me acosaba. Y ahora, la presencia de Zanobbi y de Jacopo del Duca intensificaba la impresión de fantástica rareza, porque Zanobbi Sartorio, al devolverme en la madurez emociones que no experimentaba desde mis días adolescentes y que aceleraban los latidos de mi corazón, operaba la magia de engañar al tiempo, y Jacopo, con su imaginación que crepitaba en el fuego de la charla caprichosa, construía y abatía incesantemente, alrededor de nosotros, como un rápido decorador extravagante, fugaces perspectivas de encantamiento.

Avanzaba la primavera, y adquirí la costumbre de dedicar parte de la mañana a conversar con el maestro sobre los planes que motivaban su residencia en el castillo. Hice colocar una gran mesa en un ángulo de mi gabinete, y pronto se pobló de anchas hojas estrujadas, en las que crecía la nerviosa diversidad de los diseños. Juntos, secundados por Messer Pandolfo y por Sansovino, consultábamos los viejos textos de genealogía y los documentos guardados por mi padre y por mi abuela, de los cuales brotarían las composiciones futuras. Había destinado a ese vasto desarrollo pictórico una desierta galería ubicada en el ala izquierda de Bomarzo, a la que mandé limpiar, restaurar y aderezar adecuadamente, para recibir los frescos que proyectaba. Era una de las partes más antiguas del caserón, clavada en la roca, y por eso mismo, porque la consideraba más estrechamente unida a la esencia del lugar, resolví que las pinturas se distribuyeran en sus paredes. Pero previamente a la tarea de mezclar colores y concretar trazados, debíamos elegir los personajes de la cabalgata secular y situarlos en sus climas propicios, lo cual insumiría meses de estudios y consultas. Jacopo hubiera preferido dar alas a la imaginación, que le sobraba, y suplir con alusiones mitológicas la histórica exactitud, y aunque ello no me disgustaba, pues siempre fui amigo de entreverar la poética ficción con el testimonio riguroso, determiné que ajustaríamos nuestra labor, en lo posible, a escrúpulos fundamentados. Confieso que si procedí de tal suerte, lo hice no sólo movido por un afán crítico sino porque vislumbré que de ese modo se dilataría la estada en Bomarzo de Jacopo y de sus alumnos. Éstos, entre tanto, inseparables del maestro, vagaban por mi gabinete, admirando los objetos curiosos que contenía. Se divertían copiando camafeos y delinearon la serie de sortijas grabadas de mi colección, que incluían en sus sellos desde los perfiles de Marco Aurelio y Faustina y Antonino Pío y su mujer, hasta las cabezas de Alejandro, Escipión, Pompeyo, el cónsul Marcelo, Casio, Tiberio, Nerón, Séneca, Ovidio, Medusa,

Hércules y Antíope. A veces Jacopo los llamaba, para que trasladaran una idea al papel, y me asombraba la inteligencia con que lo interpretaban y entrelazaban los rasgos de mis antepasados con símbolos y orlas. Mis ojos se detenían entonces en la figura de Zanobbi, en sus ágiles manos, cuando se curvaba sobre la mesa y deslizaba la pluma en el arabesco. Hubiera querido apartarme de Jacopo del Duca, acercarme al discípulo, escuchar, inclinado en el lado opuesto de la mesa, el soplo de su respiración, ver cómo se coloraban levemente sus pómulos morenos, bajo el carbón de los caídos mechones, en tanto el dibujo ondulaba y se erizaba de trémulas estrías. No pedía más; no pedía más que mirarlo, sentirlo próximo y oír esa voz desconocida que a floraba en un canturreo distraído. Pero Jacopo del Duca impedía cualquier intimidad. Era un hombre de treinta y cinco años, robusto, barbado, inquieto. Me reclamaba para preguntarme tal o cual cosa sobre los primeros papas Orsini, sobre los Boveschi, sobre la *gente romulea* de la época de Celestino III. La gloria de los míos desenroscaba a la redonda su fasto. Aquí, León IX entregaba la Rosa de Oro a Ludovico Orsini; allá, el cardenal Latino redactaba el *Dies Irae*; más allá, Mateo Orso, nombrado jefe de los güelfos por el pontífice, sitiaba a los Colonna; Nicolás III repartía Italia, como las presas de un festín, entre los suyos; Rinaldo Orsini despreciaba a Cola di Rienzo; Romano Orsini dialogaba con Santo Tomás; Nicolás Orsini dialogaba con Boccaccio; el condottiero Pablo levantaba sus banderas; los Orsini, déspotas de Epiro, se adelantaban en el orgullo de las alianzas imperiales con los Comnenos y los Paleólogos; Napoleón Orsini surgía desnudo, en la iglesia de Aracoeli, como un campeón homérico, de un baño de rosas; Francisco Orsini de Monterotondo galopaba sobre escudos de príncipes vencidos; Lorenzo el Magnífico se doblaba delante de Clarice Orsini, su mujer; y los Orsini de Bomarzo luchaban para defender su fortaleza amada. Y era como si todas esas imágenes, insinuadas en esbozos superpuestos y desparramadas encima de los muebles, no tuvieran más misión que la de prestar un marco de imparangonable lujo al muchacho siciliano que se había introducido tan imprevistamente en mi existencia y que, aunque estaba cerca de mí continuamente, me parecía más remoto que aquellas fabulosas criaturas, que Caio Flavio Orso, que Mandilla, que el fundador amamantado por la osa totémica. Una vez más, como había sucedido con Abul y con Adriana, me ofuscaba yo con un espejismo. Zanobbi había aparecido en el momento en que, abandonado, rechazado silenciosamente por los demás, necesitaba una presencia que triunfara sobre el repudio restante y centrara mis emociones, conjurando para mi timidez a hostiles y a indiferentes. No sé, hoy mismo, a tanto tiempo de lejanía, si Zanobbi era como lo veía yo o si yo lo inventé, lo modelé, para colmar el vacío que me circundaba y que angustiaba a mi urgencia de ser el eje egoísta e imperioso de mi mundo. Lo único que sé es que llegó en el instante oportuno y que me cegó su dorado reflejo imprescindible.

La atmósfera del gabinete, reverberante de las victorias de mi alcurnia y de misteriosa pasión, se tornaba a menudo tan opresiva que no me quedaba más remedio que escapar de su ahogo. Salía entonces, con Jacopo del Duca, al parque en el cual danzaba el plumaje de las fuentes. El maestro me hablaba de las estatuas que había esculpido recientemente, en la villa de Caprarola, construida por el Vignola para el cardenal Alejandro Farnese, hijo de Pier Luigi, y de los frescos que representaban, en ese palacio, las gestas de la familia de mi mujer, realizados en gran parte por los Zuccari. Algo así debía hacerse en Bomarzo. Algo así, pero más sorprendente, más monumental. El arquitecto escultor vislumbraba las decoraciones de mi castillo de acuerdo con los principios caros a

los *manieristas*, que daban primacía al diseño sobre el colorido y que exaltaban el concepto neoplatónico de la *idea*, de la imagen interior, por encima de las trabas del naturalismo esclavizante. Era el suyo un arte sabio, refinado, afirmado en las singularidades fantásticas y en el encadenamiento insólito, casi burlón, de los detalles realistas minuciosos dentro de un ambiente de esencia irreal. Su artificio tenía un aire decadente, como que caracterizaba el final de una época y sus postreros, maravillosos fuegos fatuos, y seducía con su retórica sutil a lo que en mí había de decadente, de culminación, entre rebuscada y veleidosa, de una raza ilustre que evolucionaba, como resultado de las exigencias circunstanciales, de lo espléndidamente heroico hacia lo ritualmente cortesano. Más que un hombre adiestrado en la escuela de Miguel Ángel, Jacopo del Duca demostraba ser un contemporáneo del Parmesano, del Pontormo, de Rosso de Bronzino, de los Zuccari. Se lo hubiera tomado también por un artista del círculo del Rafael Sanzio, de aquellos pintores que, luego del descubrimiento de los *grutescos*, cuando se exploraron las ruinas subterráneas de la Domus Aurea de Nerón, en las laderas del monte Esquilino, sembraron los palacios de motivos extraños que reproducían el adorno de las *grutas* romanas y enredaban en las paredes la guirnalda desconcertante de los hipocampos, de los faunos, de las harpías, de los príapos, de los animales monstruosos, ensamblados en un ingenioso juego que multiplicaba los pequeños paneles encuadrados por mágicos follajes. Esa travesura de exquisito aderezo tenía que fascinarme no sólo porque condecía con mi corrupción barroca, sino porque se emparentaba también con aspectos fundamentales de mi formación intelectual, con el mundo peregrino de Ariosto y con lo que había aprendido en Florencia junto a Pierio Valeriano, cuando estudiaba la quimérica zoología de Plinio, que reiteraba los prodigios de caprichosa y erudita hermosura.

Carpinteros y albañiles elevaron en la galería de los frescos una telaraña de andamios, y comenzaron a establecer las divisiones geométricas que subían por los muros y recortaban el techo en polígonos audaces, dentro de cuya separación se encerrarían las bocetadas pinturas. En breve, Jacopo, Zanobbi y Andrea treparon también a las plataformas, y si bien en una ocasión mi entusiasmo me obligó a acompañarlos por frágiles escaleras y vertiginosos tablones, no repetí la experiencia. Me espantaba, suspendido allá arriba, en una red de maderas oscilantes, mirar hacia abajo, hacia el horror de las losas del piso en las que se advertían, minúsculos y como desdeñados, inalcanzables potes y pinceles. Jacopo y sus ayudantes se movían en el área de lo quebradizo e inseguro, como si estuvieran en un suelo familiar, tan suyo como pueden serlo para los pájaros las frondas cimbreantes, y pasaban de uno a otro tablón, contorneando las delicadas vigas, como si volaran, como si fueran veloces bailarines, pero yo, aferrado a un puntal, saliéndoseme los ojos de las órbitas, requerí su ayuda para regresar ridículamente, arrepentido de mi intromisión en una atmósfera liviana que no me correspondía, con anquilosada pesadez, como si tuviese puesta la armadura de Hesdin, a la garantía del pavimento. Zanobbi me tomó de un brazo, mientras desplazaban como un fardo, a través de la selva de tirantes, mi agarrotado cuerpo, y la única sensación que privó sobre el miedo que me oprimía fue la de mi humillación ante el muchacho que sonreía suavemente. Desde entonces permanecí en el mundo inferior de las piedras polvorientas, por el cual iba y venía con mi amplio *lucco* gris y verde, buscando en la altura, dentro del ramaje laberíntico, las formas ligeras que chistaban y murmuraban en las copas de ese bosque entreverado, como un batracio torpe y contrahecho que espiase, en la

urdimbre apartada de la arboleda, las evoluciones de los silfos y de los seres volanderos. De tanto en tanto, uno de los ayudantes se descolgaba hasta la tierra donde me afanaba estúpidamente, en pos de un papel, de un diseño o de unos carbones, y luego, saltando, aleteando en medio de los troncos enmarañados encima de los cuales yo imaginaba la claridad celeste que me escondían, tornaba a la espesura con la blanca hoja, como si la llevase al nido invisible.

Algunas mañanas, Julia y los niños venían a presenciar el trabajo. La salud de mi mujer decaía tanto, que se hacía conducir en la silla de manos de mi abuela y, a ella asomada, consultaba los croquis, fingiendo interesarse por lo que probablemente juzgaba una absurda utopía. También vino Cecilia Colonna y le expliqué cómo se encasillarían en el techo las escenas correspondientes a los orígenes de nuestra familia y a sus primeros tiempos, con exóticos grupos de osos diseminados en la bóveda, siguiendo el ritmo de las cornisas y molduras. Las composiciones más vastas se extenderían abajo, frente a las ventanas y entre ellas, y al fondo estaría el gran fresco que me representaría rodeado de los míos, con la orla de los episodios relativos a los Orsini de Bomarzo, y encima el horóscopo de Benedetto. Ella me escuchaba gravemente; me oía detallar ese largo desfile policromo en el que los Colonna salían invariablemente mal parados — que tal era, después de todo, la historia de nuestra casa, la de las alternativas de su disputa con los Colonna—, y describir las ornamentaciones de los recuadros, pobladas de un enjambre de invenciones paganas, y de vez en vez volvía los ojos ciegos a la zona donde desaparecían los obreros en la media luz del bosque de tablas palpitantes, y donde una risa, la estrofa fugaz de una canción, un brinco o un arrojado martillo fúlgido, que cazaba una mano al vuelo, prolongaba la ilusión de la pajarera rumorosa.

A pesar de las protestas de Julia y de Cecilia, Horacio y Nicolás escapaban como dos ardillas por las planchas y se reunían con el maestro y sus discípulos en indecisas penumbras, en tanto que, junto a la ciega, al solemne cardenal Madruzzo y al discutiador Sansovino que pretendía conocer mejor que nadie la crónica de mi linaje, el jorobado impotente se revolvía con lentitud, como un sapo habitante del légamo, a la sombra de la frondosidad de los tinglados. ¡Cuánto hubiera deseado ascender allí, a esa región tan efímera como las sirenas y los unicornios, como los personajes de sueño que pronto la colmarían, y surcar el aura de las amazonas tenues, ingrávido, entre Zanobbi y Andrea, en el instante en que sus trazos primeros, en escorzos de melódico vaivén, cautivarían a mis antepasados iniciales en su malla ocre y negra, como si fueran otras aves de soberbio airón, para posarlos, trémulos, magníficos, con yelmos y coronas, dentro de sus altas jaulas de oro! Pero eso era imposible. Yo debía continuar reptando, cerca del rojo cardenal y de la princesa desvaída, mintiendo actitudes de majestad en el cieno triste, y esa distancia me confirmaba, como una metáfora dolorosa, todo lo que en la vida me separaba de Zanobbi.

La enfermedad que minaba a Julia hizo crisis y, antes de que fuera posible ensayar una intervención, por lo demás inútil, cerráronse para siempre sus bellos ojos violetas. Su muerte me causó un pesar fuera de lo común, como todo lo mío, y que dentro de su singularidad era sincero. Habíamos vivido juntos durante muchos años; aparte del dudoso Horacio, me había dado siete hijos, y cuando pecó fui yo quien le armé la trampa, de tal manera que sin mi intervención demente, organizadora y allanadora de la tentación, es probable que no hubiera tenido nada de qué acusarse. Jamás escuché de sus labios una palabra de protesta,

de rebeldía. Si de ella me alejé, lo hice porque quise. Si su frialdad me helaba, ¿qué otra cosa podía esperar? Hermosa, aristocrática, generosa, gran señora de Bomarzo, venerada por mis hijos y por mis vasallos, cumplió su destino con nobleza admirable. Su fin, que acaso debí prever, pero que, distraído por otras inquietudes, descarté como una posibilidad de mi mente, me alejó de las preocupaciones que me embargaban. Todo retrocedió y se esfumó ante su fallecimiento. Desaparecía la perfecta Julia Farnese, y una era de Bomarzo y de mi existencia concluían. Unirme a ella fue para mi un lujo: enfrentarla, fue una tortura; perderla, una desesperación; poseerla, un agobio. Ante sus despojos expuestos en la capilla solariega, mi imaginación infatigable, que me devolvía en simulacros ficticios lo que la vida me negaba, urdió un dolor oficial que creí auténtico y que conmovió a la mayoría de los concurrentes. Tanto me sugestioné, que sentí como si con ella hubiera expirado mi razón de ser en el mundo. Y eso acontecía en momentos en que mi espíritu estaba dominado por Zanobbi Sartorio. Pero Zanobbi, tan recientemente incorporado a mis desazones, nada tenía que hacer dentro de aquel proceso, y fue relegado al trasfondo de la memoria, donde su involuntario entrometimiento no pudiese incomodarme, mientras la efigie de Julia ascendía, triunfal, colmándose e inundándome de amargura. Le pertenezco totalmente, como no le había pertenecido desde la época de nuestro noviazgo, cuando la velé estirada, exánime, en la capilla del castillo, y durante los días siguientes, y así ocurrió la anomalía, muy propia de mi carácter, de que yo la haya amado profundamente en el tiempo anterior a nuestro casamiento, en que no la veía, y en el tiempo que siguió a su muerte, en que tampoco podía verla. Lo que en ella amé fue su categoría de augusto símbolo, pero el ser de carne y hueso me intimidó siempre, aun en las ocasiones angustiosas en que la poseí. Por eso la amé de verdad cuando todavía no existía para mí y cuando ya no existía para nadie, es decir cuando era sólo una entelequia señorial; sin cuerpo, sin voz, sin aroma, sin deseos, un arquetipo inalterable y suntuoso. En cambio mis hijos lloraron afligidos, como Horacio, como Cecilia, como Nicolás, como las pobres mujeres y los pobres campesinos del lugar, a su realidad cotidiana, despojada de retóricos ornatos, y, en el instante en que me adelanté a ofrecerle mis lágrimas, los pequeños que sollozaban consolados por sus ayas y sus preceptores, en el banco que presidía Messer Pandolfo, rechazaron mi tentativa de ternura paternal, con la insuperable perspicacia de las emociones que rara vez engaña a los niños. Amábamos y llorábamos a dos personalidades distintas y no podíamos comprendernos. El cardenal Madruzzo, obispo de Trento, dirigía los responsos y le respondí con un tono claro, rotundo. Pensé, orgulloso de mí mismo, porque, como siempre, me importaba primordialmente la propiedad de mis reacciones exhibidas en público, que actuaba como debía, que sentía lo que debía sentir, y al salir del templo, en tanto los asistentes desfilaban abrazándome, inclinándose o besándome una mano, según las jerarquías, Zanobbi Sartorio fue para mí, que había desalojado de mi ánimo todo otro sentimiento, hasta entronizar únicamente la ideal imagen de Julia, uno del montón, uno cualquiera, como Jacopo del Duca, como Mateo Orsini, como Fabio, como mi intendente Niccoloni, como el jefe de mis palafreneros, como los mozos que limpiaban mis estatuas y tapices, puesto que Julia Farnese era dueña entonces de mi devoción entera y no la compartía con nadie.

La muerte de mi mujer, a quien consideraba tan inseparable de Bomarzo que no entró en mis cálculos la perspectiva de su desaparición, como si la promesa de la inmortalidad hubiera regido para ella también, me obligó a meditar en la

eventualidad de mi propia muerte. El horóscopo de Sandro Benedetto, cuyas poéticas figuras se elevarían sobre mi proyectado retrato, dentro de una esfera áurea, en la galería de los frescos familiares, a modo de un escudo intransferible al que rodearían los numerosos blasones de mi casa, y que había sido para mí, con su maravilloso anuncio, el mágico motor que me impulsaba, más fuerte que mis debilidades y mis miserias, a encarar las acechanzas del tiempo, podía ser una descabellada ilusión, como la lógica establecía. Empero me resistía a creerlo, porque mi vida toda había sido construida sobre esa base de prodigio y porque la revelación de Paracelso contribuía a robustecer su extraño augurio. Si hubiera debido renunciar a mi privilegio de individuo elegido para un destino excepcional, mi vida, reducida a un modesto ajeteo sensual, a inútiles crímenes y a vagas cobardías, hubiera carecido de sentido. ¿Con qué méritos me hubiese plantado yo en el centro de mi estirpe, flanqueado por sus glorias múltiples, si lo que le aportaba no eran más que divagaciones estériles y flacos remedos? Me aferraba, pues, al vaticinio del astrólogo de Nicolás Orsini como a mi tabla de salvación, pero la muerte de Julia, aunque no se vinculaba para nada con mi destino, me sobrecogía de incertidumbre. En busca de sosiego, de afirmaciones que corroboraran mi esperanza, volví al abandonado laboratorio de Silvio. Allí, en los impenetrables folios de Dastyn, se ocultaba el secreto. Había que domeñarlo. Impotente, hundí mis uñas en el manuscrito cien veces leído, desechado cien veces. Silvio de Narni, entre tanto, continuaba sus mixturas.

—Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá —me contestó sibilamente, infructuosamente, cuando traté de transmitirle mi desazón.

Regresé a la galería donde los ayudantes de Jacopo del Duca majaban en los morteros las tierras multicolores y revolvían la argamasa de cal y arena que estirarían sobre el muro. Ya comenzaban a adivinarse unas siluetas rojas y azules en la trabazón de los andamios. De repente, advertí la vanidad de todo eso, su loca desproporción, su embuste, su ridiculez.

—¡Dejen, dejen el trabajo! —grité desde el suelo, y arriba los artistas sorprendidos suspendieron el trajín.

—¡Bajen! —ordené de nuevo—. ¡Es necesario que hablemos!

Lentamente, pesarosos, frotándose las manos y los rostros manchados, se descolgaron como marineros que descendían de la arboladura. No entendían qué me pasaba; no entendían por qué, ya terminada de planear la obra y empezada su ejecución, el señor los interrumpía en plena tarea. Saltaron, uno tras otro, a las losas del piso: Jacopo del Duca, Zanobbi, Andrea, los dos albañiles que los secundaban.

—Esto quedará así por ahora —dije brevemente.

Jacopo requirió explicaciones. ¿Qué acontecía? ¿El duque no estaba satisfecho de la forma en que se efectuaba la labor? No, no... era otra cosa... El duque debía reflexionar unos días. El duque tenía una idea, la raíz de una idea extraordinaria. El duque podía ser versátil; lo era. ¿Acaso su originalidad no se comentaba en las cortes, en Roma, en Mantua, en Nápoles? Que el maestro y sus ayudantes se tomaran una semana de vacaciones. Quizás Jacopo del Duca la aprovechase para ir a Caprarola, donde lo reclamaba el cardenal Alejandro, y que distaba de Bomarzo escasas leguas, por el camino de Viterbo. Fue superflua la discusión. La suprimí con un brusco ademán.

El escultor arquitecto partió esa tarde misma. Era cierto que en Caprarola exigían su presencia. Sus dos discípulos permanecieron en Bomarzo.

Una idea, todavía rudimentaria, despertaba en mi mente e iniciaba su confuso aleteo. Hacía muchos años que revoloteaba dentro de mí, buscando la ocasión de salir a la luz. Desde muchacho, desde que me obsesionaban misteriosos sueños, pugnaba por escapar. Un día, exactamente aquel en que Nencia se había apoderado de mi indefensa virginidad, en la capilla de Benozzo Gozzoli, cuando quedé tendido sobre los mármoles, el pórfido y el serpentino que enlazaban sus geométricos mosaicos, vacío, desnudo, soñé que estaba en un parque rocoso, poblado de inmensas esculturas, y que en medio de esos monstruos imponentes que me protegían experimentaba un milagroso alivio. Antes, mi primera noche florentina, había tenido otro sueño: me hallaba debajo de las piernas del David de Miguel Ángel, más alto que los cipreses que nos rodeaban en el negro jardín, como al abrigo de la bóveda de un arco de triunfo. Hipólito de Médicis, Adriana y Abul surgieron de la espesura, y mientras el joven príncipe nos contemplaba, Adriana y Abul me besaban en los labios alternativamente. Eran dos sueños lejanos, con los cuales se relacionaban historias que había oído a artistas y eruditos, cuando nos referíamos al David armonioso que mi padre había evocado para mí, procurándome la única felicidad verdadera que le adeudo, y que aludían a las especulaciones fabulosas del propio Miguel Ángel, a su deseo de convertir la cantera de Carrara en una estatua ciclópea, o al de alzar el campanario de San Lorenzo como si fuese una escultura gigantesca, e incidían sobre leyendas esfumadas en la historia, como la de Dinócrates planeando transformar el monte Athos en una figura exorbitante de Alejandro de Macedonia, que sostendría una ciudad sobre la palma izquierda. Aquellas titánicas fantasías encendían mi imaginación desde la infancia. Por ser pequeño y contrahecho, anhelaba lo desmesurado, la abrumadora belleza formidable que triunfa sobre las mezquinas proporciones corrientes y cuya sombra, a semejanza de la de una grandiosa nube, anula lo demás. Entre esos colosos, yo desaparecería; no me advertiría nadie, porque seríamos iguales todos, extraviados en su magnitud: he ahí lo que barruntaba mi niñez. Quería perderme entre ellos, como en una fortaleza de músculos infinitos. Y ahora, ya hombre, ya maduro, la vieja ansiedad tornaba a contagiarme su fiebre. En lugar de ubicarme, blandiendo el estoque que esgrimiera Carlos Quinto, en el núcleo de los capitanes de mi linaje, con sus ojos seculares clavados en mí, pendientes de mí, como había concebido con Jacopo del Duca, me urgía lograr lo más contrario, porque si no lograba esa inmortalidad huidiza, vesánica, que aparentemente se alejaba más y más de mi codicia crispada, nada justificaría lo grotesco de mi actitud. Quizás la muerte de Julia hubiera acentuado mi sensación de soledad, de desamparo, de fracaso; quizás sospechase que con ella, a pesar de nuestra separación, se rompía lo último parecido a una protección maternal que me había acompañado en la vida, luego de que mi abuela había entrado en la eterna noche. Y entonces el remoto sueño, impreciso, misterioso, brotado del secreto de la tierra etrusca, amigo como esa tierra engendradora de lo sobrenatural, volvía a dominarme y a exigirme que lo transfigurara, portentosamente, en una realidad pétreo. Ni Zanobbi, ni Horacio, ni Silvio, ni Mateo, ni Segismundo, ni Violante, podían ayudarme a luchar cuerpo a cuerpo con la vida. No tenía a nadie. Estaba tan solo como en la época en que Girolamo y Maerbale me perseguían, iracundos, por los corredores de Bomarzo. Siquiera, en aquellos años de angustia, había contado con Diana Orsini y con su oasis blanco. Pero ahora no contaba con nadie. De esa suerte me percaté de lo que Julia Farnese había significado para mí y, al avivarse en mi pecho la inquietud que germinaba de los sueños antiguos, la lloré por primera vez con

desesperada consternación. Sí, había alcanzado la altura de mi existencia en que, para vivir yo, era menester que mis sueños viviesen. Pero antes debía tributarle a Julia el homenaje que merecía.

Una vez, una única vez, conversé con Zanobbi, durante la semana en que su maestro permaneció en Caprarola. A la hora de la siesta, como el calor apretaba y no conseguía dormir, atormentado por ese otro calor más intenso que emanaba de lo que bullía en mi interior sin acertar a definirse, abandoné mi cámara, me deslicé hasta el *Ninfeo* por el pasadizo, y de allí gané el bosque. Delante del *Ninfeo*, había erigido un lustro atrás dos obeliscos con la inscripción: *Sol per sfogare il core, Vicino Orsini nel 1552*. Para desahogar el corazón. Lo hice por fantasía, como una humorada, para calmar mi morriña una tarde de desaliento. Hubiera debido sembrar el parque de obeliscos así, con fechas distintas. Para desahogar el corazón. Sólo para desahogar el corazón. Pero ahora, para desahogarse, mi corazón requería mucho más que unos pilares conmemorativos. Me adentré en el bosque, tan enredado que era imposible internarse en él si no se conocían sus obstruidos senderos, escalando y desbarrancándome según la diversidad de las elevaciones accidentadas. Aquí y allá, las rocas de Bomarzo emergían de la broza, como los restos de un naufragio que zozobraban en un oleaje de ramas turbulentas. Esas rocas grises encerraban la materialización de mis sueños. Era a ellas a quienes habría que atacar una a una, como si fuesen endriagos, hasta vencerlas. Pero no; no se trataba de vencer; no se trataba de dragones. Cada roca representaba para mí y para mis recuerdos un personaje encantado. El personaje permanecía prisionero bajo la costra. Había que liberarlo y ganar su amistad. Sería un trabajo bello y duro, este que consistiría en devolverle a Bomarzo sus desusados custodios, la guardia del duque Pier Francesco Orsini. Mis manos finas se apoyaron una y otra vez sobre la rugosidad de las superficies cubiertas de plantas parásitas, por las cuales se escurrían los insectos, y mis mejillas se apoyaron también en la porosa aspereza, como si quisiera escuchar los latidos de los corazones ocultos. La piedra, hundida en la humedad vegetal, era fresca, reconfortante. Fuera del bosque zumbaba el calor del verano, pero en el interior de la maleza que aislaba la masa del follaje, se experimentaba una rara delicia. Más que en ninguna parte, más aún que en los sepulcros subterráneos, se sentía uno allí cerca de la tierra y de su secreto. Las lagartijas escapaban por la hierba, buscando las dagas del sol caídas entre las hojas; las arañas añadían su tejido transparente a la gran red forestal; y un mundo incalculable de alimañas se afanaba alrededor. Oíase, superando a los susurros, a los crujidos, a los sofocados gorjeos, el canto tímido de las vertientes que conservaban siempre mojada la penumbra de los túneles frondosos, y que brincaban sobre los guijarros, ensanchándose hasta metamorfosearse en un arroyo de irisada corriente. Sombras ligeras, acaso de ninfas y de sátiros, retozaban en torno con rápido espejear. Todo se volvía, en esa zona huraña, mucho más antiguo, como si el tiempo no hubiera conseguido desalojar de ella a los moradores que la poseían desde antes de la conquista etrusca, y que habían refugiado en su dédalo salvaje a los dioses primeros, los dioses que gobernaban la región antes de que Charun, Tuchulcha y los otros demonios mitad hombres y mitad bestias irrumpieran en los fúnebres banquetes.

De súbito me paré, fascinado, horrorizado. Punzantes zarzas me sujetaban a derecha y a izquierda, como si fuese su cautivo, y delante de mí, a modo de una proyección de esas malignas divinidades, una serpiente se erguía, vibrando entre

sus dientes la bífida lengua. Era el dañino opositor y el aliado inmemorial, inicial, paradisíaco, el *Uroboros* de los gnósticos, de los herméticos egipcios, del talismán de Catalina de Médicis, que acaso estaba allí para indicarme que no debía abandonar el camino de la magia, pero acaso también, de una veloz dentellada, para concluir con mi vida. Oscilaba levemente, verdosa, terrosa. Una serpiente se había presentado así, en Bomarzo, al obispo Anselmo; era tan alta que, enderezada, le llegaba al pecho. El santo interrumpió su oración y le dijo: “Sé que desde que has sido creada perseguiste a los humanos; si tienes algún poder sobre mí, haz lo que merezco al punto.” De haber dispuesto yo de la entereza suficiente para hablarle de esa manera, mi existencia hubiera terminado entonces. Y otra sierpe se estiraba a lo largo de mi escudo, heredada tal vez de los Anguillara, dividiendo las barras y la rosa. Contaba mi abuela que en el teatro de Pompeyo, nuestra casa ancestral, había monstruos marmóreos, *fictae ferae*, y que un niño de mi stirpe, llamado Hylas, metió la mano en la boca de una osa de piedra y fue mordido por una serpiente que se escondía en las fauces del monolito, y que acabó con él. En memoria de ese episodio, cantado por el poeta Marcial, el ofidio se había incorporado a nuestro blasón. Así, la serpiente que había empezado siendo nuestra enemiga, debía haberse transformado en la aliada guerrera de los Orsini, pues para algo la habíamos exaltado a la heráldica gloria, vinculándola desde nuestras armas a nuestros grandes triunfos. Pero yo no creía en su agradecimiento. Temblaba frente a ella en el zarzal, y el reptil me aguardaba balanceándose, fijos sus ojos crueles en los míos, pronta para dar el salto. Apreté el anillo de Benvenuto, mi amuleto. Unas matas se movieron detrás, y Zanobbi y Andrea asomaron entre las hojas. Probablemente estaban bañándose en el arroyo, porque seguían con sólo unos lienzos anudados alrededor de las cinturas, corriéndoles el agua por el pelo y el tórax. Morenos, lustrosos, se los hubiera tomado, como a la serpiente, por los habitantes inmortales del bosque, y era tal su armonía que, a pesar del peligro que me inmovilizaba, pensé que en sus cuerpos tensos permanecía intacta, derrotando al tiempo, la belleza pura de las estatuas que no hemos podido imitar. Al advertir el riesgo, también ellos quedaron inmóviles. Los cuatro —los muchachos, la sierpe y el duque— seguimos así, quietos, trémulos, unos segundos, como si el día se hubiera detenido en torno, y de no ser porque en alguna parte, lejos, muy lejos, creció el relincho de un caballo y otros le respondieron en el valle, hubiese sido como si aquella escena estática no perteneciese a la realidad, como si fuese el bajorrelieve que ilustraba una mitológica aventura. Entonces despacio, sin un rumor, Zanobbi se inclinó hacia el suelo, recogió una piedra y, con certero golpe, dio en la cabeza del animal. Lo ultimaron a palos, lo clavaron en el barro, mientras se retorció. Adelantándome, los abracé, todavía estremecido de espanto. Sentí, contra mi cuerpo, contra mi joroba, sus jóvenes cuerpos salpicados, sus risas, tal vez su burla.

Aquel lance eliminó pasajeramente la frontera que nos separaba. Hasta que ocurrió, habíamos evolucionado en niveles opuestos: por un lado se empinaba majestuosamente el señor de Bomarzo, con su linaje, con sus deudos, con sus servidores, con sus objetos magníficos y extraños, dando órdenes, encaprichándose, mostrando su súbito mal humor; por el otro se hallaban los ayudantes del maestro, mezcladores de tierras, limpiadores de potes y brochas, preparadores de pictóricas superficies, muy artistas, por supuesto, y tanto que Jacopo del Duca era incapaz de realizar lo que ellos cumplían, el pincel en la mano, sin vacilación. Mi giba y mis cuarenta años, mi calidad de príncipe

romano, mi fortuna, mi práctica mundana y mi relativa experiencia militar, me alejaban de ellos por distintas razones, de su juventud, de su modestia, de su gracia, de su candor, hasta de su compleja sangre de Sicilia, porque yo era un Orsini y, si se insiste al respecto, un Colonna, mientras que ellos eran unos muchachos medio griegos y medio árabes. Y hasta el hecho de que en ese momento mismo, los Sartorio estuvieran desnudos, en tanto que yo llevaba un jubón de seda azul y negra con tenues bordados y una cadena de esmalte y rubíes al cuello, ponía de manifiesto la distancia. Cuando trabajaban en la mesa de mi gabinete, no bien formulaba yo una observación —casi siempre superflua y destinada a establecer un lazo imposible—, ambos rehuían mis ojos, sobre todo Zanobbi, como si hubiera comprendido instintivamente, confusamente, la singularidad del interés con que lo distinguía. Pero ahora, la destrucción de la sierpe y el énfasis con que subrayé que les debía la vida —cosa que era cierta, sin duda, pero que otro no hubiera destacado tanto— instituía entre nosotros un inesperado vínculo que borraba fronteras. Descubrí que podían ser harto diferentes de lo que me habían dado a conocer a través del trato impuesto por la lejanía jerárquica. Su timidez y la mía cedieron conjuntamente, no sólo a causa del episodio que acabo de narrar, sino también por la circunstancia de que éste se hubiese desarrollado fuera de los aposentos del castillo, donde cada retrato y cada emblema aludía a la pompa de mi posición. Estábamos en un bosque, un bosque del Lacio que hubiera podido ser un bosque de Sicilia, y la coincidencia eventual de que careciesen de ropa, que en el primer momento contribuyó a marcar desigualdades, resultó al cabo en favor suyo, puesto que en lugar de vestir el pobre atuendo que correspondía a su estrechez de pequeños ayudantes de Jacopo del Duca, quien seguramente les pagaría muy mal, y que hubiera recalcado mi aristocrática primacía, su desnudez les confería una dignidad con la cual no hubiera podido competir mi compostura maltrecha. La coyuntura obraba en pro de los hermanos; simultáneamente, ellos ascendían hacia mí y yo descendía hacia ellos, y nos encontrábamos, sorprendidos, en un punto equidistante que ni ellos ni yo nos hubiéramos atrevido a imaginar y que nos reunía brevemente, reduciéndonos a la condición esencial de seres humanos que, más allá de los prejuicios, se socorrían en los meandros de un bosque.

Rompieron, pues, a hablar gárrulamente. Sabían mucho más de culebras que yo, que ostentaba una, de sinople, en la partición de mi escudo. Les pregunté dónde se bañaban, y me condujeron al sitio en el cual el arroyo era más caudaloso. Juan Bautista y Porzia solían bañarse ahí, y también Girolamo, cuando éramos niños. De buena gana me hubiera quitado el jubón y me hubiera sumado a su entusiasmo, pero no osé descubrir mi joroba y me senté en un peñasco que tapizaba la felpa del musgo. Andrea, más nervioso que el mayor, más bullanguero, en seguida tornó a zambullirse, pero Zanobbi se acomodó a mis pies. Mantuvimos una conversación larga, desordenada, a media voz, que de tanto en tanto quebraban los gritos de Andrea. No sé como se me ocurrió referirle al muchacho cosas íntimas de mi vida, cosas que no acostumbraba a contar. Fue, claro está, para ganar su apego al entregarle una prueba insólita de confianza, porque me percaté de que no volvería a producirse una oportunidad tan excepcional como esa, y tenía que aprovecharla astutamente. Le hablé de mis recuerdos adolescentes, de mis años florentinos, de Abul, de Adriana, de Nencia, envolviendo el relato en una bruma de implicaciones, de indecisión, de suerte que si había algo que deducir de lo que evocaba ello correría por cuenta de la sagacidad de mi interlocutor. Él me escuchaba, maravillado por la fama de

Benvenuto Cellini, por la anécdota del elefante Annone, por la destreza de los africanos de Hipólito de Médicis, por la donosura de Adriana dalla Roza, por la fuerza elástica de Abul. Pero más que esa narración equívoca, lo que lo maravilló —y ello era evidente— es que el duque de Bomarzo lo tratara con tal familiaridad y exhibiera ante él facetas de su carácter que ni sospechaba. Para su humildad y su juventud, la preferencia resultaba inaudita. Me oía seriamente, introduciendo alguna interrogación en mi monólogo, y el esplendor de Florencia, la voluptuosidad veneciana, el solemne proscenio de Roma, la soberbia de los papas y de Carlos Quinto, el misterio de Paracelso y de Lorenzo Lotto, centelleaban ante sus ojos asombrados. Engalané la descripción cuanto pude, ansioso de mostrarme bajo las luces más favorables. De vez en vez mezclaba, en el lujo de las memorias ilustres, la mención fugaz de Pier Luigi Farnese, de Juan Bautista, de Segismundo, de su ambigua actitud ante la vida, como un director de orquesta que en mitad de la sinfonía imponente hace resaltar el matiz de un instrumento delicado, de una flauta, de un arpegio, y antes de que la nota se insinuara en demasía, tornaba al estruendo armonioso de los altos clarines marciales que pregonaban mi acción en Metz, en Théroutanne y en Hesdin, o a las sonoridades cortesanas que traducían mi vínculo con el duque de Urbino, con Isabel de Este, con escritores renombrados, con envidiadas beldades. La tarde caía alrededor rumorosa de pájaros, de lueños voces campesinas. Andrea se había vestido ya y se había echado más lejos, en la hierba, como si una percepción sutil le indicase que no debía interceptar el lazo que se había tendido entre nosotros, y Zanobbi seguía escuchándome, escuchando cómo me embriagaba yo con las palabras, aderezando embustes, reiterando prodigios, embarullando lo verdadero y lo imaginario, llamando inopinadamente y excluyendo a poco a figuras sensuales de tensa afinación, encantándolo con la pericia de un mago ágil que se prevalecía de su inexperiencia para elevar en su honor un edificio de fantasía ofuscaste.

Intempestivamente formuló una observación curiosa. Como si hubiera vencido la cortedad que lo oprimía, alzó hacia los míos sus ojos negros y murmuró:

—La vida de Su Excelencia es tan hermosa... tan rica... que pienso que en lugar de mandar que pintemos la historia de sus antepasados, debería ordenarnos que pintásemos su propia historia, en el castillo.

Permanecía en suspenso, como quien acaba de ser testigo de una revelación. Al muchacho se le había ocurrido lo obvio. Quizás porque era demasiado obvio, porque lo tenía excesivamente cerca y me faltaba la perspectiva para apreciarlo, necesité que otro me lo dijera. Eso, que me había rondado en vano, esforzándose para que lo comprendiera, salía de pronto a la transparencia de la tarde. Me puse de pie, como si me cegara la brusca claridad, y me apoyé en un tronco. Veía por fin lo que debía hacer. Mi *tema* y yo nos habíamos encontrado y formábamos desde ese segundo una indestructible unidad. Mi vida... mi vida transfigurada en símbolos... salvada para las centurias... eterna... imperecedera... He ahí lo que debía relatar en Bomarzo, pero no a través de los frescos efímeros de Jacopo del Duca, cuya posibilidad quedaría abandonada para siempre en el entrecruzamiento de los andamios, en una desierta galería del castillo, sino utilizando las rocas perennes del bosque. El bosque sería el Sacro Bosque de Bomarzo, el bosque de las alegorías, de los monstruos. Cada piedra encerraría un símbolo y, juntas, escalonadas en las elevaciones donde las habían arrojado y afirmado milenarios cataclismos, formarían el inmenso monumento arcano de Pier Francesco Orsini.

Nadie, ningún pontífice, ningún emperador, tendría un monumento semejante. Mi pobre existencia se redimiría así, y yo la redimiría a ella, mudado en un ejemplo de gloria. Hasta los acontecimientos más pequeños cobrarían la trascendencia de testimonios inmortales, cuando los descifrasen las generaciones por venir. El amor, el arte, la guerra la amistad, las esperanzas y desesperanzas... todo brotaría de esas rocas en las que mis antecesores, por siglos y siglos, no habían visto más que desórdenes de la naturaleza. Rodeado por ellas, no podría morir, no moriría. Habría escrito un libro de piedra y yo sería la materia de ese libro impar.

Fue tan intensa, tan deslumbrante la impresión, que me olvidé de Zanobbi. Me encaminé hacia la fortaleza, dejándolos a Andrea y a él a la vera del arroyo. ¡Qué estupenda sensación me embargaba y qué lejos quedaban de su euforia las tentativas estéticas que hasta entonces había ensayado, el retórico poema vacío, las pinturas destinadas a repetir la gesta redundante de los Orsini! Esto sería mío, sólo mío, único. Sería mi justificación, mi explicación, la proeza excepcional, el rasgo de inspirado genio que ubicaría perpetuamente a Vicino Orsini en ese largo cortejo de los suyos que tanto le costaba seguir, arrastrando su pierna y su joroba, y que lo humillaba con su fastuosa violencia. Un libro de rocas. El bien y el mal en un libro de rocas. Lo mísero y lo opulento, en un libro de rocas. Lo que me había estremecido de dolor, de ansiedad, la poesía y la aberración, el amor y el crimen, lo grotesco y lo exquisito. Yo. En un libro de rocas. Para siempre. Y en Bomarzo, en mi Bomarzo.

Las lágrimas me mojaban las mejillas. Sentí en los labios su salado sabor. Anchas nubes pasaban, desflecándose, esculpiéndose, sobre la masa ocre del castillo.

X

EL SACRO BOSQUE DE LOS MONSTRUOS

Envié un emisario a Caprarola, para urgirle a Jacopo que adelantara su regreso. Ardía en las ansias de comunicarle mis proyectos y de iniciar en seguida su realización. Volvió, el artista, malhumorado por las mudanzas de mi carácter, disimulando lo mejor que pudo su irritación frente a mis caprichos. Yo fingí no advertir su silencioso reproche, y lo conduje de inmediato al *Ninfeo*. La gran mesa había sido despojada de los esbozos pictóricos que la cubrían, rastros de la tentativa anterior, y en su lugar anchas hojas inmaculadas aguardaban la materialización de mis aspiraciones. Hablando atropelladamente, le expuse mi programa, todavía vago, porque no pasaba de una concepción general, y a medida que lo iba desarrollando y que respondía a sus preguntas sucesivas, la idea —que en realidad titubeaba en mi mente hacía muchos años, sin llegar a definirse, y que Zanobbi me había ayudado a concretar— se fue aclarando no sólo para él sino también para mí. Lo apasionó la nueva propuesta, no tanto porque la prefiriese estéticamente como por el hecho de que condecía mucho más con su especialidad propia, ya que lo que ante todo captó fue que se trataba de eliminar los esquemas pictóricos y de reemplazarlos por un vasto plan en el que la escultura y la arquitectura imponían la aplicación de técnicas y soluciones audaces. Nos movíamos, pues, en su dominio. Aquí pisaba firme. Y, como la vez pasada, entre Zanobbi y Andrea, dedicamos un largo espacio a analizar las posibilidades múltiples que se nos presentaban.

A la sala del castillo, enrejada de andamios, la sustituía ahora, ambiciosamente, el bosque entero, la confusión de sus matorrales, de sus arboledas, de sus arroyos, de sus elevaciones, de sus rocas. Era menester por lo pronto, descubrir la forma exacta de ese secreto paisaje que escondía la broza, para saber a qué atenernos. Con singular paciencia y lucidez, midiendo, calculando, deduciendo, adivinando, Jacopo del Duca y sus ayudantes hicieron un estudio del terreno y de sus accidentes, y la disposición oculta del lugar, que mis antepasados y yo habíamos ignorado hasta entonces, comenzó a perfilarse en los esbozos, despojándose de las costras inmemoriales que la cubrían. Vi surgir, día a día, el rostro amado y desconocido de Bomarzo, en los retratos rápidamente bocetados por el maestro y sus alumnos, y fue como si una efigie muy hermosa, rescatada de las entrañas de la tierra por hábiles arqueólogos, fuera mostrando, al limpiarse, pulirse y desembarazarse de viejas escorias y herrumbres, el suave moldeado de las líneas puras. Las perspectivas se escalonaban y distribuían sobre el papel en niveles nítidos, graciosos, más allá del jardín de mi abuela, más allá del *Ninfeo*. Sólo las rocas inmovibles, asentadas arbitrariamente, conservaban

sus rasgos extravagantes en medio de la civilizada extensión, y aun ellas, al convertirse en raras esculturas, participarían del prodigioso redescubrimiento. No quería yo, pues nada hubiera sido más contrario a mi originalidad imaginativa, que el bosque de Bomarzo se transformara en un parque simétrico, de exacta lógica, en el que cada construcción respondería a meditadas correspondencias y equilibrios. Eso quedaba para los parques de otros príncipes italianos. El mío, que sería el reflejo de mi vida, sería también distinto de todos, inesperado, inquietante. Lo que en él hubiera de rigor armonioso debía servir precisamente para exaltar su fantasía.

Pronto comenzaron las faenas de desmonte y aplanamiento. Cuarenta vasallos trabajaron durante meses alisando y moldeando la tierra morena en los planos de las terrazas, a la vera de las peñas aisladas y de los brotes de maleza áspera y umbría. Antiguos árboles cayeron de bruces. Cedieron las arrancadas raíces. Yendo de una ventana a la otra, en la planta superior del castillo, a veces con Jacopo y sus colaboradores, y a veces solo, mirándolos moverse a la distancia, microscópicos, blandiendo sus escuadras y sus compases mientras recorrían el revuelto hormiguero, el paisaje exhumado me recordó a ciertas pieles cálidas de campesinas que me habían impresionado de muchacho y que había acariciado en mis años mozos, y a ciertas axilas destapadas repentinamente en la tersura de un cuerpo de mujer, como, para mencionar un caso concreto que me turbó en especial, las de la joven madre de Fulvio Orsini, la amante aldeana de mi hermano Maerbale, porque el contraste que ofrecían la dócil tierra tostada y la enmarañada y fresca espesura, refugiada en algún recodo, era similar al que resultaba, tan excitante, de aquellas voluptuosidades opuestas.

Los lugareños que no intervenían en la labor la observaban estupefactos. Se los veía, con sus hatos de cabras, acechando desde las alturas próximas. No conseguían penetrar lo que perseguía el duque maniático aunque probablemente estaban convencidos de que la tarea esencial de los duques consiste en organizar sus antojos. La opinión de los habitantes de Bomarzo, según me informó el intendente, se había dividido en dos sectores: algunos, los más apegados a la tradición, los más *etruscos*, consideraban las modificaciones casi como un sacrilegio, pero eran numerosos los que pensaban que gracias a ellas Bomarzo se incorporaría a la serie de villas célebres del Lacio y que eso contribuiría a sacarlos de la monotonía heredada. Resulta paradójico que yo, el tradicionalista por excelencia, representara el papel de revolucionario. Si hubiese sido un político en vez de un artista, la falta de correlación aparente entre mis principios y mi actitud hubiera sido menos asombrosa. Pero yo sabía que la verdad estaba de mi lado y, por lo demás, a nadie debía explicaciones. También venía de tarde en tarde una cabalgata desde Mugnano, a inspeccionar las obras, y el rojo pelo de Pantasilea ardía como una antorcha en el crepúsculo, mientras se deslizaba por las terrazas incipientes sonriendo a los peones más musculosos. El señor y ella examinaban los diseños, caminaban contorneando las excavaciones, recogiendo la falda y cuidando que el fango no salpicase el jubón, y la envidia de mi primo, evidenciada en la insistencia con que calificaba mi propósito de locura, me colmaba de júbilo, porque me sentía, en medio de los operarios, como un voluntarioso faraón, enfrentado con la dura naturaleza.

En el fondo de la perspectiva, coronando las graduadas superficies cuyos niveles distintos se marcaron al cabo de poco tiempo con anchos tramos que a ningún sitio conducían, resolví emplazar el templete que atestiguaría mi homenaje a Julia. Sería pequeño, como una reducción de las grandes

construcciones del Vignola —y al Vignola fue atribuido después, tan de cerca siguió su modelo— y Jacopo debía esmerarse en su dibujo. Las láminas que me presentó me fascinaron. Su cúpula,alzada detrás del breve pronaos, sólo allí alcanzaría a catorce metros, y su largo total a otro tanto, con doce columnas libres y varias más rodeando el ábside, lo cual sugería soluciones de ángulo, heterodoxas, muy bellas. Quería yo que aquella, tan insólita en su sencillez, fuera la obra inicial, y así se hizo. Mi aporte consistió en la decoración agregada al podio, para cuyos relieves me inspiré en ornamentos etruscos de mi colección. Pero lo cierto es que el templete no me interesaba. Deseaba llegar cuanto antes a las esculturas, a las rocas, a la excentricidad. El templete, perfecto en su ritmo encantador, en su pulcra frialdad clásica, opondría a las extrañezas monumentales la misma antítesis que Julia Farnese había opuesto a mi personalidad compleja. En él culminaría el parque entero —en eso y en su desemejanza señorial con el resto de las desusadas estructuras fincaba el prestigio del homenaje—, mas lo que me concernía en realidad era el resto, lo mío, y si agregué a su base la orla etrusca fue para afirmar en cierto modo, simbólicamente, una posesión, un vínculo entre Julia y yo, a los que aspiré siempre y que no existieron en verdad. Jacopo del Duca, impregnado de los prejuicios estéticos de la villa de Caprarola, consagró todo su afán a esa arquitectura. A diferencia de mí, lo que formaba la particularidad de mi sueño no le atraía. Por ello presentí que para continuar la obra tendría que valerme únicamente de mí mismo, y ese desamparo me infundió nuevas fuerzas, ya que la obra temeraria sería entonces mi exclusiva creación.

Zanobbi, entre tanto, revelaba aspectos insospechados de su carácter. Se había percatado de la atención especial con que yo lo distinguía y, presintiendo su posición privilegiada, no le importó dejar entrever rasgos narcisistas y crueles. El muchachito callado, modesto, oscuro, reiteraba a la par que progresaban los trabajos del Sacro Bosque, las pruebas de su malicia, de su coquetería, de su avidez. Advertí al cabo de un tiempo, a través de un velo de alusiones de falsa inocencia, que aspiraba a suplantar a su jefe, y como eso se correspondía con mis anhelos íntimos, me apliqué a secundarlo en su maniobra. Jacopo, que no era tonto, husmeó la intriga y prefirió no provocar un estallido inmediato que rompería nuestras relaciones. Se limitó, pues, a la construcción del templete, y dejó que Zanobbi y yo nos encargáramos de la totalidad del parque. Viví junto a Zanobbi horas felices y angustiosas. Es notable, sin embargo, apuntar que yo, que había decidido la muerte de mi hermano en un raptó de cólera, fuera incapaz de dominar a un mozuelo cuyo ascendiente estribaba en atributos físicos por lo demás nada excepcionales. La complicación de los sentimientos que me inspiró creció paralelamente con la elaboración de mi obra maestra. Aún hoy, cuando evoco aquel período de mi vida del siglo XVI, no puedo separar el recuerdo de la evolución ardua del parque de los monstruos, concretado etapa a etapa en lucha con la piedra, y el de mi latente desazón frente a Zanobbi. Mi timidez, la famosa timidez imbécil que me afligió tanto como mi joroba, me impidió encarar resueltamente el asunto. Temí perderlo —cosa que en la actualidad, analizando las cosas despejadamente, me parece muy improbable— y me encerré en mi caparazón, afectando una indiferencia que estaba lejos de experimentar y que no engañó al sutil siciliano. Para conjurar el desvelo, recurrí a artimañas supletorias y llamé junto a mí a los fieles Violante y Fabio, proveedores permanentes de sensualidad, y, por decirlo todo en esta confesión retrospectiva, concluí, como otras veces, buscando alivio en el vicio de mi adolescencia y sustituyendo con simulacros serviciales que manejaba a mi arbitrio lo que la realidad me negaba.

Procedía así sin saberlo, como muchos artistas, para quienes nada opera en el dominio de la voluptuosidad con tanta eficacia como los fantasmas obedientes y perfectos que guía y combina su imaginación.

Fue una época singular, chocante, intensa. Me traslado hasta ella, por el aire de los siglos, con horror y con curiosidad. Zanobbi y Andrea, cómplice sin duda de su hermano en el objetivo de apoderarse de mí, no se apartaban durante el día de mi lado. Iba con ellos, no bien me levantaba, a contemplar el adelanto del templete, y luego me metía con los dos en el *Ninfèo* o me detenía delante de las rocas desnudas y los veía acumular los dibujos de acuerdo con mis indicaciones. Los colmé de regalos y la gente murmuró, lo que me estimuló a acentuar los obsequios. Los celos de Segismundo me hicieron reír. Le declaré que si él y Mateo se atrevían a incomodarlos, no pararía hasta cortar sus orsinianas narices. Vestidos como señores, los discípulos se henchían de orgullo, y aunque supe que los pajes los odiaban por el modo en que hacían sentir su privanza, los dejé jugar a los príncipes, obcecado, encantado. Se repetía el caso de mi agarrotamiento temeroso ante Abul, ante Adriana, ante Julia, jueces únicos de mi debilidad, y, para desquitarme, extremaba sobre los demás la tiranía.

Cuando el templo estuvo pronto, el cardenal Madruzzo lo consagró en una ceremonia a la cual asistieron mis vasallos y para la cual convoqué a amigos y parientes. Monseñor León Orsini, Claudio Tolomei, el capitán Camilo Caula, Capello, vinieron, a mi invitación. Betussi leyó los versos que había compuesto en honor de Julia Farnese:

*De nuestro ingenio angélico y celeste,
del alma bella y del ardoroso pensar,
de fuego inmortal y purísimo,
da fe clarísima a todos
la belleza que hubisteis por don del cielo.*

Eran, evidentemente, unos versos ramplones, pero fueron muy alabados. Madruzzo, en mitad de la misa, pronunció el elogio engolado de la pobre Julia y añadió algunos conceptos acerca de la manera en que yo exaltaba su nobleza para la eternidad. Me abrazaron mis cuñadas con hartos gimoteos, y llegué a la conclusión de que había pagado mi deuda a la mujer que había sido mi compañera distante y a quien empujé a pecar. De hinojos entre los cirios, me dije que, al fin y al cabo, yo le había procurado sus solas alegrías: sus hijos y los brazos fugaces de Maerbale. Horacio Orsini, de pie detrás de mí, apoyó su mano en mi hombro. Cecilia Colonna, Nicolás y mis vástagos me rodearon, y tuve la impresión irónica de que yo, hombre para quien la familia valía como parte de un mecanismo genealógico de espléndidas vanidades, era también un hombre de hogar.

Ese día partió Jacopo del Duca, al que recompensé pródigamente. Adujo que lo requerían los Zuccari, en Roma, y yo fingí creerlo. Las rojas mejillas de Zanobbi Sartorio me indicaron después que su maestro lo había abofeteado, pero jamás comentamos el incidente. Pensé enviar unos esbirros a acabar con Jacopo y vengar a quien ocupaba mi ánimo con tanta exclusividad pero mi cobardía me aconsejó que no aventara un asunto susceptible de suscitar, entre los de Mantua, los de Urbino y los de Florencia, ridículos comentarios. Por la noche, Silvio de Narni me sugirió que inauguráramos por nuestra cuenta el nuevo templo. Muy tarde, nos escurrimos hasta la capilla cuya cúpula espejeaba al claror de la luna,

presidiendo el laberinto de fosos, de piedras y de herramientas abandonadas extendido hacia las faldas de la colina que remata el castillo de Bomarzo. El astrólogo trazó en el suelo, debajo de la cúpula, los polígonos de la estrella de David, y colocó en sus ángulos delgados cirios negros. En el centro ubicó unos pergaminos anudados y yo de rodillas en el almohadón bordado con mis armas, desde el lugar que había ocupado durante el oficio religioso de la mañana, pálido, ojeroso, punzante la proa de la espalda, enfundado en un traje color humo (*le ténébreux, le veuf, l'inconsolé*), reconocí las cartas manoseadas del alquimista Dastyn. Dos ángeles del Perugino, que pertenecieron a mi abuelo Franciotto, nos espiaban con azoro desde el altar. Silvio balanceó el incensario y se esparció alrededor un perfume como de almizcle. Los nombres casi olvidados de Amón, Saracil, Satahiel y Jana, que yo había oído por primera vez de labios de Palingenio en la vía Flaminia, resonaron en la mágica invocación. Pero no acudió ningún demonio. Sólo un insecto entró, peludo, agresivo, revoloteando sobre las ceras y proyectando su sombra loca las bóvedas. Quizás fuese un embajador extraordinario, Silvio no se inmutó y continuó sus preces. Luego se acercó al altar, juntó las manos y rezó tres avemarías. El largo trato con los estudiosos del más allá le había enseñado a mantener buenas relaciones con Dios y con el Diablo. Su rito me pareció una pantomima, sin más valor que el meramente decorativo que tanto atraía a mi gusto por lo excepcional. Por si acaso, rogué también, silenciosamente, sin dirigirme en particular a ninguna potencia ultraterrena y abarcándolas a todas en mi devoción, para que se aclarara el misterio de los manuscritos y se me concediera la vida sin fin. Iba a pedir además que Zanobbi me acompañara en las alternativas de ese viaje eterno, pero se me ocurrió que no debía extremar la pretensión difícil, y permanecí inmóvil, unidas las palmas, mientras Silvio sacudía el incensario cuyo brasero subía y bajaba, como un pájaro rojo, entre los cirios. Salimos a la mudez de la noche. Nubes espesas ocultaban la luna y disimulaban las siluetas de piedra que emergían, como velámenes extraños, de la tristeza del valle talado, violado, desventrado, revuelto como las olas de un hosco mar. Me estremecí. Estaba en un hechizado paisaje del Ariosto, digno de sus héroes, y sin embargo me estremecí y hundí la cabeza en el capuz del *lucco*.

—Cuídate de ese niño, señor duque —murmuró el de Narni—. Cuídate de Zanobbi.

Me encogí de hombros. Nada me importaba mucho. Quería verlo al siciliano, tenerlo cerca. No quería más. El destino combinaría los detalles mediocres de nuestro vínculo. Quería verlo avanzar, grave y delicado, a la sombra de las esculturas inmensas que narraban mi vida. Él quedaría en las memorias como otra escultura, breve y movediza; quedaría como el resumen vibrante, en medio de los quietos colosos, de mi inquietud, de mi desesperación, de mi ansia de sobrevivir, de ser.

La realización material de los monumentos, dirigida por Zanobbi y por Andrea, estaría a cargo de los propios artesanos de Bomarzo. He referido, hace muchas páginas, la impresión que me causó, cuando regresé de Florencia al castillo y empecé a traducir a Lucrecio, observar que algunos de los obreros que llevaban a cargo las modificaciones arquitectónicas impuestas por mi padre, aprovechando el reposo, labraban piedras de blando *peperino* local, y dije que les daban unas formas fantásticas y toscas que traían al magín la tradición etrusca de nuestro suelo. Esos hombres serían quienes tomarían sobre sí la labor. Puesto que

yo deseaba madurar una obra distinta, también serían distintos sus ejecutantes: ni artistas famosos o avezados, ni sabios técnicos; sólo unos hombres del lugar, unos hombres, cualesquiera, crecidos en esas oquedades volcánicas y enraizados en su tierra rebelde; unos hombres de aquellos que, al cabalgar yo a través de la calleja aldeana, se ponían a las puertas de sus casucas, en las tardes de estío, charlando y tallando, para distraerse, para ocupar las manos hábiles, fragmentos de piedra dócil. Si Miguel Ángel Buonarrotti no podía esculpir las rocas de Bomarzo, no las esculpiría ningún otro maestro. Quedaría esa responsabilidad para sus hijos, para quienes, como yo, habitaban en esa zona desde el amanecer de los tiempos y la sentían como no sería capaz de sentirla ningún esteta contratado.

Por intermedio del intendente, cité a los que más condiciones parecían tener para la faena. Me escucharon con asombro y, no obstante que les anuncié remuneraciones tentadoras, trataron de esquivar mi capricho, porque los asustaba un compromiso tan inesperado, tan diverso de su heredada dedicación al pastoreo, a la labranza. Pero yo barrí con un ademán sus réplicas y mandé que sirvieran vino del mejor. Con los vasos en las manos, deslumbrados por la majestad de los bustos imperiales y por el espanto del Minotauro —pues los recibí aparatosamente en la galería espléndida, para conferir a la entrevista una ejemplar significación—, se miraban los unos a los otros. No mencioné, como es natural, la idea de que esos gigantescos monstruos simbolizarían episodios de mi existencia. Les dije, en cambio, que siglos atrás, cuando era mayor la grandeza cesárea de Roma, en los jardines del teatro de Pompeyo que fue luego palacio de los Orsini, había una colección de *fictae ferae*, de simulacros de quimeras y animales feroces, de mármol, y que lo que yo deseaba era dotar a Bomarzo de algo semejante, utilizando para ello las propias rocas en sus emplazamientos. Azuzé su ufanía lugareña, explicándoles que no sólo ni en Mugnano, ni en Bracciano, ni en Caprarola, ni en Bagnaia, sino tampoco en Roma y en Florencia, habría nada que se comparase con nuestras colosales esculturas. Mateo Orsini, escéptico, me oía desde un rincón. Para él, la única forma digna de destacarse fincaba en la gloria militar, y sus ojos se volvían con nostalgia hacia el estandarte que proclamaba nuestra lucha en Hesdin y que, a pesar de haber sido confeccionado con la falda de una gitana, investía ya los atributos de la definitiva autenticidad... que por lo demás merecía. Segismundo me prestaba atención también. Brillaba su ojo solitario, junto a la negrura del parche. Él era todavía más escéptico. Deslizaba sus dedos huesudos, como sobre las cuentas de un rosario, sobre el lapislázuli y las perlas del collar que conservaba como testimonio de su amistad con Pier Luigi Farnese, y calculaba sin duda que la notoriedad envidiable no deriva ni de la audacia artística ni de la victoria bélica, porque las satisfacciones del arte y de la guerra palidecen ante las que provee el triunfo mundano de la elegancia señorial en las cortes refinadas. Y los dos sicilianos, Zanobbi y Andrea, finos como ángeles morenos, pasaban con los pajes en medio de los labriegos aturdidos, llenándoles las copas y susurrándoles palabras de entusiasmo.

Desde entonces, por los caminos del Lacio, comenzó a florecer la leyenda de que el duque de Bomarzo proyectaba llevar a cabo, en su dominio medieval, algo nunca visto. El figoneo trajo hasta mis tierras a muchos patricios, ganosos de saber qué haría yo exactamente, porque las *villas* que se levantaban en los alrededores de Roma a imitación de las clásicas *delicias agrestes*, engendraban tormentas de soberbia, de rivalidad y de rencor. Pero no vieron más que unas

zanjas, unos parapetos y unos niveles incultos, y unas rocas en torno de las cuales se afanaban los aldeanos con escoplos de cantería y con martillos, guiados por dos muchachos inexpertos. Ni siquiera el cardenal Hipólito de Este, hijo de Lucrecia Borgia, gobernador de Tívoli, que por esos años se ocupaba de transformar la vieja residencia de esos funcionarios, antiguo convento, en el palacio más maravilloso, captó, con ser sutil, la singularidad de lo que yo planeaba. Estuvo a visitarme, acompañado por un séquito de tal boato que, como era en otoño, hasta los criados vinieron envueltos en pieles de zorro gris. Fue mi huésped durante dos días. Hablamos de nuestros lazos familiares, de mi admiración por Isabel de Este, de la gota que lo atormentaba, del zumbido que martirizaba sus oídos —y es curioso que optara por una solución tan sonora como la de las construcciones acuáticas, con sus murmullos y ecos incesantes, que debía enloquecerlo—, y de la osadía de su creación. Su *villa* se dibujaba como una arquitectónica ofrenda destinada a exaltar los trofeos del agua, mientras que la mía sería la exaltación de la piedra, de suerte que no conseguimos comprendernos. Él había llegado a Tívoli de muy lejos, imbuido de historias linajudas que no guardaban relación alguna con ese sitio, en tanto que yo estaba afincado en Bomarzo, espiritual y físicamente, desde el comienzo de las centurias. Yo era un etrusco y él era un cosmopolita, mitad italiano y mitad español. El agua que brotaba de mil fuentes entrelazadas, subrayaba en Tívoli, con su prodigiosa orquestación que se deshacía en chorros, en espumas y en frías irisaciones, la inconsistencia volandera, casual, de su vínculo. Las estatuas esparcidas entre las fuentes, las escalinatas, las grutas y los belvederes de Tívoli, parecían de agua también, agrietadas por las erosiones, bajo la felpa de los musgos húmedos, asomando entre los plumajes y las cortinas de fresca trémula que multiplicaron los sucesores del Ferrara Borgia. En cambio las rocas de Bomarzo expresarían solemnemente, reciamente, lo íntimo de las ataduras que a ellas me unían y que por su intermedio, hundiéndose en sus opacas materias y atravesándolas, alcanzaban al corazón de la tierra y de los sepulcros arcaicos. Dos conceptos se enfrentaban: el frívolo, el cortesano y el grandilocuente del cardenal Hipólito, que se destacaba sobre el fondo rumoroso de sus cascadas, y el feudal, esotérico, inquietante, personalísimo, del duque de Bomarzo, que se perfilaba sobre la perspectiva inmóvil y muda de sus monstruos de piedra. Por un lado, la vaporosa arrogancia, la transparencia de los penachos multicolores que se burlan del tiempo, porque el tiempo se desvanece en sus burbujas; por el otro, la asentada terquedad, la fuerza estática, petrificada, de los siglos. Y aunque esa disparidad no correspondía a la realidad misma de los promotores de ambos conjuntos plásticos, nos tocó a Hipólito de Este y a mí encarnar dos criterios divergentes de la vida y del mundo, puesto que nuestras obras, cuando son grandes, nos trascienden, nos dejan atrás en su libre evolución dinámica. Probablemente, mientras andábamos por las terrazas de mi propiedad —él apoyado en el brazo del giboso y quejándose de la gota—, los dos columbramos las esencias de ese antagonismo superior a nosotros, si bien ciertos rasgos del cardenal participaban del concepto afirmado por la alegoría de Bomarzo, y varias de mis características fundamentales correspondían a lo que la Villa de Este representaba; pero lo cierto es que no nos entendimos y que los elementos contrarios, el Agua y la Piedra, en los cuales se concretaba la raíz de nuestra disparidad, nos separaron. Me bastó oírle decir al prelado que en mi caso hubiera suprimido totalmente las rocas, sustituyéndolas por fuentes simétricas, o que de cualquier modo hubiera procedido de manera que no entorpecieran la exactitud

reiterada del diseño, para deducir que jamás nos comprenderíamos. El jardín de su *villa* era incomparablemente más vasto y suntuoso que el parque de mi castillo, pero el mío era mío y había sido siempre nuestro, en tanto que el suyo procedía de los gobernadores burocráticos de Tívoli. No podía interpretarme; no podía discernir lo que para mí significaban esas rocas. Y se fue, con su largo séquito, riendo, bromeando, disimulando sus dolores con ademanes majestuosos, dispuesto a contar, seguramente, que yo me aprestaba a arruinar un noble paraje con muñeques de feria, con engendros enormes y absurdos, que por suerte se elevarían lejos de las vías transitadas por los viajeros, porque conspirarían contra la célebre hermosura de la campiña romana.

Al partir, Hipólito de Este me dejó de regalo un cachorro de leopardo, al cual puse por nombre Djem, en recuerdo del desventurado musulmán, hermano de Bayaceto e hijo del conquistador de Constantinopla, a quien su carcelero, el papa Alejandro Borgia, abuelo del cardenal de Este, hizo matar con un veneno lento. Como él, el felino era un príncipe y un cautivo; como él era bello y elástico; y era peligroso como él, a pesar de su aparente sumisión. Lo entregué, para que lo adiestrase y cuidase, a Segismundo, quien se encariñó tanto con la fiera que fueron inseparables desde entonces. A mí me irritaba ese gran señor prisionero. Algo así me sucedió con el oso de la duquesa de Camerino, que el otro cardenal Hipólito, mi adorado Hipólito de Médicis, obsequió a mi prima Violante. Me sacaba de quicio ver reducidos y humillados a los príncipes. Quizás, inconscientemente, removían en mi ánimo la triste imagen del que fui cuando Girolamo y Maerbale me acosaban. Pero el pequeño Djem no daba la impresión de una víctima. Se aferraba a la grupa del caballo de Segismundo, en las cacerías, y corría detrás de su amo, lanzándose en saltos cadenciosos que atemorizaban a los campesinos y que encendían la altanera sangre del decadente Segismundo con un ramalazo del poder pretérito, imperial, de su raza. Horacio, Nicolás y los demás muchachos de la familia jugaban con él en las salas del castillo, y en más de una ocasión fue necesario salvar nuestros tapices de sus zarpas nacientes.

Se alejaron de Bomarzo los últimos curiosos aristocráticos y rechacé a los que esporádicamente los siguieron. Algunas veces, en mitad de las obras, distinguí a la distancia grupos confusos que nos espiaban, pero la labor continuó como si no nos percatásemos de sus presencias, hasta que cesó aquel turismo interesado. Por fin, Bomarzo y yo nos quedamos solos. Por fin, en ese apartamiento que tenía impensados aspectos místicos, me entregué plenamente, como si anulara todo otro resorte de mi voluntad, al sortilegio de la inspiración.

Cada roca encerraba un enigma en su estructura, y cada uno de esos enigmas era también un secreto de mi pasado y de mi carácter. Había que descubrirlos. Había que despojar a cada roca de la corteza que cubría la imagen esencial. Durante mucho tiempo, con Zanobbi, anduve como un iluminado, como un loco, entre las peñas, observándolas y palpándolas. Andrea, entre tanto, copiaba sobre uno de los muros de la galería de los bustos imperiales, las figuras de mi horóscopo.

Por lo pronto resolví que la roca ubicada detrás del *Ninfeo*, a un lado del ancho plano superior, estaría destinada a evocar a Abul y al elefante Annone. Puse en seguida manos a la tarea, y Zanobbi realizó el dibujo correspondiente que mostraba al esclavo sobre la testa del paquidermo cuyo lomo sustentaba un castillo. Dirigidos por el muchacho, los artesanos comenzaron su quehacer, y la piedra atónita, atacada y trizada por primera vez, voló en esquirlas. No cedió

fácilmente. El trabajo era menos simple de lo que al principio pareciera, y los improvisados escultores lo acometieron con un calor en el que se traslucía el arrebatado de obedecer a una vocación desconocida pero cierta, que emanaba de umbrosas urgencias ancestrales, y de cumplir algo que los rescataba de su condición de rústicos, iluminando su brío y su sudor con la llama —tan amada por los hombres del Renacimiento— propia del artista. La primavera se insinuaba ya en el valle, en las colinas, con brotes y perfumes, con una dulce languidez. Cuando empezaban a entreverse las líneas groseras del diseño, en la efigie monumental, se me ocurrió que la pétreo masa que subsistía delante de la cabezota de la bestia podría metamorfosearse en un guerrero vencido, liado poderosamente por la trompa. Ese guerrero sería Beppo, muerto por Abul. Enorme, el elefante se perfiló en las anfractuosidades del parque de Bomarzo. Fue mi obra inicial. Satisfecha mi obligación hacia Julia Farnese, en el minúsculo edificio que recordaba con la elegancia severa de su columnata la serenidad ceremoniosa de mi mujer, mi pensamiento se volcó hacia Abul. Tenía que ser así. La imagen extraña de Abul regía una época de mi vida.

No quise emprender ninguna otra obra antes de concluir la que refrendaría nuestra capacidad. Pero mientras la escultura se realizaba, las ideas bullían en mi mente. Semana a semana, el parque, el Sacro Bosque de Bomarzo, se concretó en mi espíritu. Estaba dentro de mí, recortado con obsesionante nitidez, cuando todavía no se había terminado la inaugural de sus construcciones audaces. Y la mañana en que comprobé que la imagen de Abul, Beppo y Annone estaba pronta, y en que verifiqué que correspondía exactamente a la interpretación que yo anhelaba, porque su traza tenía un aire distinto de cuanto había visto hasta entonces, más tosco y recio, más elemental y cándido, a pesar de la suntuosa proporción de las formas —algo que, como las hechuras que lo acompañaron en ese refugio del monte Cimini, entre primulas y helechos, sólo puede parangonarse con determinadas tallas grandiosas y exóticas de la India, cuya existencia yo ni siquiera presumía a la sazón—, comprendí que había acertado con un vocabulario plástico único, tan estrechamente unido al lugar y a su alma, con ser forastera la figura, que apoyé mi frente contra el flanco rugoso de la piedra para ocultar mi emoción.

Desde ese instante se multiplicó el vasto esfuerzo. Me asistía una certeza ardiente, que me arrastraba con su impulso. Expuse a Zanobbi simultáneamente todas mis ideas, y era tan trascendente lo que pretendía hacer y lo que pretendía ver convertido en realidad presurosa, que Andrea abandonó las orlas prolijas y los dioses cortesanos del horóscopo, llamado a colaborar también en una faena que exigía la suma de nuestro ahínco. El valle se pobló, a medida que avanzaba el verano y el otoño y palidecía el invierno, con el estrépito desusado de los martillos, de las barras de hierro, de los arrancados bloques. Sobre la verde hierba, sobre las áureas hojas, sobre la tierra dura, sobre la nieve, ahuyentando serpientes y lagartijas, comadrejas y topos, escarabajos y pájaros, se levantó el muro misterioso de los exorbitantes fantasmas. Mis hijos se pasaban alrededor, yendo de un grupo al otro, interpelando a las cuadrillas, gritando y señalando como si fueran unos chicos de hoy y estuvieran en un fabuloso parque de diversiones, en un peregrino Luna Park de piedra —que tal es, por otra parte, la impresión que Bomarzo sugirió no hace mucho al escritor Moravia—, y sólo cesaba su algarabía cuando, a la vuelta de una roca o al descender una terraza, topaban de repente con el duque, con el pequeño jorobado que pasaba sin verlos,

grises los lacios mechones en las sienas, moviendo las manos cinceladas en su monólogo, entregado a la maravilla y al goce de su creación.

La peña más alta se transmutó en un Neptuno desmesurado que apoyaba el desnudo torso en un muro ciclópeo. Era, con sus barbazas y su cabellera derramadas sobre los hombros y el pecho, la alegoría pujante del mar, del infinito oceánico, de la eternidad, de la inmortalidad, del gran sueño que nació cuando abrí los ojos a la vida. Un monstruo horrible, sobre cuya testuz se irguió una esfera decorada con las barras del escudo de Orsini, fue mi propia figuración, la del contrahecho que sustentaba el fardo heráldico de la gloria familiar. Encima, mandé modelar una fortaleza, la fortaleza de Bomarzo. Los Orsini y Bomarzo me aplastaban, pero yo los sostenía, desde mi espanto, casi hundido en la tierra madre. Luego estaba la tortuga coronada por una figura musical, de la que un ingenioso mecanismo de aguas arrancaba sonidos suaves y que significaba la derrota y el ansia de mi poesía. Eruditos de hoy han declarado que esa escultura se inspira en un relato de Pausanias acerca de una estatua de Fidias, de una Afrodita que apoya su pie sobre una tortuga, y en un fresco de Vasari, de la Sala de los Elementos del Palacio Viejo de Florencia, en el que la Fortuna lleva una tortuga bajo el brazo, pero no hay tal. Tan lejos me hallaba de eso como de las quimeras hindúes. Estaba después la ballena colosal, labrada rudamente en honor del divino Ariosto, recordando la escena en que Astolfo —ese Astolfo en quien mi adolescencia intuyó una arbitraria encarnación de Benvenuto Cellini— se asiló en una isla que era en realidad un cetáceo. Historias portentosas, escuchadas en Roma, en Florencia y en Francia a antiguos marineros, me inculcaron también la incorporación de la ballena a mi bestiario, porque en ellas resonó para mí el eco de la prodigiosa fantasía ariostesca, mudada en verdad en el apasionante Nuevo Mundo. A Adriana le consagré una esfinge, que eso es lo que fue para el despertar erótico de mis años, una esfinge equívoca y adorable. Di a Pantasilea los rasgos de una ninfa abandonada, puesto que la primera vez que me ciñó con sus brazos la dejé sin poseerla; a Nencia, la de una opulenta hembra desnuda, tan enorme que los artesanos trepaban por los globos de sus senos, izándose como si escalaran un monte hasta el jarrón que resplandecía sobre su cabeza y del cual brotaba un árbol entero, queriendo expresar así que Nencia me había cubierto con su inmensa sombra, una sombra que me pareció tan amplia como el palacio de los Médicis, cuando se apoderó de mí. Y el esqueleto pavoroso que reafirmó el odio de mi padre, se delineó en la calavera y las tibias grabadas en una pilastra de pedestal triangular, en tanto que la persecución de la cual yo había sido objeto por parte de mis hermanos tuvo su alegoría en los dos personajes alados que disimulé en la base de la gigante y que tuercen boca abajo, la silueta impotente de un muchachito. El combate de un dragón y dos perros consolidó en piedra mis acciones militares. El dragón era Carlos Quinto y los dogos mis campañas de Metz y de Picardía. La muerte de Maerbale se expresaba, en cambio, por medio de la lucha de dos titanes idénticos, uno de los cuales descuartizaba al otro. Algunos han querido reconocer en el grupo feroz el episodio de Hércules y Caco, o han traído a colación a Polifemo despedazando a los compañeros de Ulises. Sólo yo sabía lo que representaba, como sólo yo sabía que una ninfa de regazo generoso, que carecía de pies porque éstos desaparecían en la negrura de la tierra, representaba a mi abuela Orsini, surgida del suelo maternal de Bomarzo. Y por fin, nadie, ni siquiera Zanobbi que esculpió esa doble cabeza, adivinó que el bifronte Jano, que mostraba un rostro femenino y uno masculino, inseparables, constituía para mí el emblema dual de Eros, que

desde que abrí los ojos al amor me acosó y acongojó con sus semblantes opuestos y complementarios.

Un mundo de imágenes y de incógnitas —mi biografía fantástica— brotó de las vísceras de la heredad. He tenido que repetir, para describirlo, las palabras enorme, inmenso, gigantesco, colosal, agotando hasta la saciedad los sinónimos. Todo era formidable en el Sacro Bosque, y a las figuras mencionadas se unían muchas más, como los tritones viejos y los tritones jóvenes de la fuente, como la sierpe bífida, como la arpía con cola de ofidio, y la serie de vasos ornamentales de más de cuatro metros de altura, y las piñas soberbias y los osos que alzaban la rosa de nuestro escudo y los Cerberos infernales. Su dédalo de actitudes calmas o violentas se entrelazaba e intrincaba con las inscripciones que yo mismo redacté para turbar al visitante del laberinto, como por ejemplo:

*Voi che pel mondo gite errando, vaghi
Di veder meraviglie alte e stupende,
Venite qua, dove son faccie horrende,
Elefanti, leoni, orsi, orchii et draghi,*

o:

*Cedan et Menphi e ogni altra meraviglia
Ch'ebbe già il mando in pregio al Sacro Bosco
Che sol se stesso e null'altro somiglia;*

o si no:

*Chi con ciglia inarcate
Et labbra strette
Non va per questo loco
Manco ammira
Le famose del mondo
Moli sette;*

o:

*Tu ch'entri qua pon mente
Parte a parte
E dimmi poi se tante
Maraviglie
Sien fatte per inganno
O pur per arte;*

o ésta, que puse junto al duelo mortal de los dos hermanos:

*Se Rodi altier fu del suo colosso
Pur di questo il mio Bosco anche si gloria
E per più non poter fo'quant'io poso*

Mi orgullo restallaba en esos textos que añadía a medida que progresaban las obras. Creía, sinceramente, que estaba realizando algo muy grande, y disfrazaba apenas mi vanidad bajo el irónico velo.

Determiné incluir un homenaje especial —ése, singularmente cáustico— a mis amigos intelectuales, cuando los trabajos habían avanzado tanto que se vislumbraba, si no su conclusión, por lo menos lo que sería el conjunto definitivo, e imaginé, en vez de una escultura, un edificio de proporciones reducidas, exquisitamente armoniosas, pero inclinado, levantado con un desnivel oblicuo sobre el suelo de manera que resultaba arduo caminar por sus aposentos exigüos, y en él fijé una placa en loor del buen Cristoforo Madruzzo, *príncipe Tridentino*, a la par que lo llené de breves pinturas relacionadas con el ejercicio de las letras.

En realidad los ordenamientos y las tareas del Parque de los Monstruos duraron lo que el resto de mi vida en Bomarzo. Siempre repercutió en el valle el tintineo lejano de un mazo, de un martillo; siempre hubo desde entonces grupos o siluetas solitarias, que se esforzaban, encaramados sobre una roca, por arrancarle su secreto. El tiempo siguió andando, displicente. Horacio Orsini recibió su bautismo de sangre, con Nicolás, en la última guerra del papa Pablo IV, desarrollada en la campaña de Roma; murió Carlos Quinto; murió, poco antes, el engorroso Ferrante Gonzaga; murió Enrique II en un torneo; todos morían y las coronas rodaban a sus pies, sobre los mantos ajados que se apresuraban a revestir a otros príncipes; la duquesa Margarita de Austria asumió el gobierno de los Países Bajos; Julia Gonzaga debió defenderse de las dentelladas de la Inquisición; una hija del duque Cosme casó con mi primo de Bracciano; se dio a la estampa el *Amadís*, que Bernardo Tasso leyó ante la corte de Urbino y en el que se han señalado alusiones a Vicino Orsini y a su Sacro Bosque, porque mi fama y la de mi invención aumentaban con el tiempo; Pablo Orsini, de desagradable memoria, fue creado duque de Bracciano; se publicó un libro de Pietro Crescentio Bolognese, nuevamente traducido por Sansovino, dedicado a las *villas* romanas, que me dejó frío, porque nada merecía cotejarse con mi bosque; el cardenal Madruzzo, para estar más cerca de mí, adquirió, detrás de los montes Cimini, la peña de Soriano; Horacio Orsini partió para Florencia, donde el duque Cosme de Médicis había instituido la orden de Santo Stefano, y el muchacho fue armado caballero de la misma, cosa que lo colmó de alegría (y a mí también, a pesar de que refunfuñé que para uno de nuestra casa el honor otorgado por un Médicis no pasaba de un palabreo ridículo), porque cundía en Italia —no se ha debilitado nunca— la pasión por los títulos y condecoraciones, que hacía perder la cabeza, como es natural, a los nietos de los banqueros y de los mercaderes... Y en Bomarzo proseguían las obras. Los incomparables monumentos se empinaban hacia el templo votivo de mi mujer, en el que dos franciscanos celebraban diarias misas por el reposo de su alma y en el que, en las noches sabáticas, a ocultas, Silvio de Narni oficiaba con una casulla negra sus ritos heterodoxos que yo atendía, desconfiado, de hinojos en mi almohadón.

Murió también, muy viejo, Messer Pandolfo. Lo enterramos con su Virgilio bajo la nuca. Previamente me había pedido que lo autorizara a recorrer en la silla de manos de mi abuela el parque mágico.

—Los Orsini —me dijo al regresar— son enemigos de la piedra. El condottiero Bertoldo, de la rama de Pitigliano, falleció en Oriente, donde comandaba fuerzas de la Serenísima contra los turcos, lapidado por una mujer durante el asalto de un bastión, y otro Bertoldo, senador de Roma con Luca

Savelli, fue masacrado y sepultado bajo las piedras por la hambrienta plebe, en el Capitolio.

Reí y le contesté que esas desgracias les sucedían a los Bertoldo Orsini, que yo estaba inmunizado.

—Estas piedras —murmuró—, estas piedras...

Zanobbi y su hermano habían partido. Se escabulleron, aprovechando una visita mía a Bracciano, llevándose mi gran cadena de oro y la espada que había esgrimido Carlos Quinto, con lo cual se verificó la predicción de mi astrólogo. Envié guardias a buscarlos, sin dar con ellos. Aquella felonía me dejó en los labios un amargo sabor, y me enclaustré en mi estudio del *Ninfeo* y en el laboratorio de Silvio. Salía de esas habitaciones para andar por el parque, donde conversaba con los obreros y con los huéspedes venidos de Roma. Todo era a la vez hermoso y triste. En el salón principal, mi horóscopo enlazaba sus signos promisorios con las alegorías de los dioses y de los astros, la ronda de Venus, Marte, Saturno, la Luna, el Sol. Pensé que ya nada me podía suceder, nada, nada, que mi historia estaba escrita en letras pétreas e indelebles. Casó mi hija Octavia; casó mi hija Orinzia. Sus maridos eran frívolos fatuos, y comprendí que me criticaban entre ellos, que me juzgaban algo demente. En varias oportunidades los sorprendí mirando muy de cerca mis cuadros, mis mármoles, mis alabastros, mis camafeos y mis relojes, como si los tasaran. Aquel Marcantonio Marescotti y aquel conde de Montegualandro... ¡bah!... El único de mis hijos que me interesaba era el frágil Maerbale, el jorobadillo. Traté de provocar un encuentro con él, una comprensión vanamente. El azar nos reunió una tarde en el parque; lo tomé del brazo, pretextando mi cojera, y lo conduje a lo largo de las obras, como si yo fuese un crítico o un archivero y circulásemos por una exposición de objetos históricos. Le fui revelando —disfrazaba mi intención con bromas, mentando individuos irreales a quienes atribuía mis propias aventuras y reacciones— los hechos salientes de mi vida y los meandros de mi temperamento y de mi conducta. Delante del monstruo que me configuraba con su cruel metáfora monolítica y que sustentaba la esfera del blasón de los Orsini, y delante de la doble cara del amor, en el busto del dios Jano, procuré despertar un eco, acaso un gesto de solidaridad, suscitado por las palabras con las cuales, confusamente, le revelaba intimidades oscuras. Me escuchó con atención, muy abiertos los ojos iguales a los míos y a los de mi hermano Maerbale, pero nada me indicó que me entendía, que compartía mi inquietud, que me perdonaba. Quizás fuese todavía demasiado joven para que yo intentase una experiencia así con él. Quizás el parecido que torcía nuestras espaldas fuese sólo externo y no se internase en las raíces de nuestras conciencias. Ya no volví a ensayar jamás un acercamiento y, a consecuencia de aquel sondaje infructuoso, me sentí más solo aún.

Un día —el día en que cumplí 52 años— me despertaron con un extraño cuento. Por el Tíber habían visto pasar una barca abarrotada de demonios cubiertos con armaduras verdes. Otros habían visto una segunda embarcación que tripulaban los santos de Bomarzo, con San Anselmo, a la proa, rutilante la mitra. Convoqué a los presuntos testigos del milagro y resultaron ser unas ancianas seniles, temblonas, a quienes guiaban y aconsejaban los franciscanos que cuidaban del templete de Julia. Las abuelas hablaban canturriando, entornando los ojos legañosos, levantándolos al cielo. Le di a cada una la limosna de una moneda de plata, y la crónica de los prodigios se enriqueció con sucesivos relatos curiosos. Una campesina, cuando atravesaba el parque al crepúsculo, se había

enfrentado súbitamente con el esqueleto de la capilla, al que había reconocido por la corona de flores secas. Cabalgaba un asno rojizo, portador de un bulto espeluznante, y lo describió tan minuciosamente que me hizo pensar en el que Miguel Ángel pintó en su casa de Monte Cavallo, poco antes de morir, y que acarreaba sobre los hombros su ataúd. Luego la hija de uno de los bufones juró que la deidad sostenida por la tortuga colosal giraba al alba lentamente, y que el monumento de los combatientes desnudos, la alegoría de la destrucción de Maerbale, vibraba y oscilaba a ciertas horas como si no hubiera cesado su lucha.

Proclamé que haría azotar al próximo difundidor de patrañas, y que si no cesaban los infundios haría desencadenar al leopardo Djem y lo soltaría en el parque al encenderse la primera estrella. Las gentes se calmaron, pero las escasas ocasiones en que Silvio descendía a la aldea, los moradores hacían la señal cabalística de los cuernos y de la higa, y huían a sus casas. La columna multicolor de humo que flotaba sobre su laboratorio, los paralizaba de miedo. Los frailes del Poverello calcularon que había llegado el momento de intervenir, y corté sus discursos tímidos con un golpe seco de mi fusta. Les informé categóricamente que si no me dejaban gobernar mis estados como me convenía, los mandarí a palacio del cardenal Franciotto, en Roma, en una de cuyas celdas tendrían tiempo de meditar hasta el fin de sus años sobre su audacia imprudente. En los labios del más viejo, me pareció ver titubear la palabra Inquisición y, liquidando el asunto, le recordé qué estrecha era la amistad y la alianza que vinculaba a los papas y a los Orsini desde el comienzo de los siglos. Luego, serenado, envié un cáliz que había pertenecido a Diana Orsini a la basílica de San Francisco, en Asís.

Por esa época, Zanobbi Sartorio regresó a Bomarzo.

Zanobbi traía con él la espada. Tal vez no se había atrevido a venderla, pues hubiese dado la pista del robo. Postrado delante de mí, abrazó mis piernas —la derecha, la defectuosa, también, lo cual me erizó de angustia y me obligo a desprenderlo con disimulada indignación— y gimoteó que Andrea había sido el culpable del saqueo, y que había huido a Sicilia, a su Agrigento natal, o a Cefalú, o más lejos, al corazón de la isla, a los alrededores montuosos de Enna, donde sería imposible darle caza.

—¡Pero yo lo encontraré algún día! —juraba, poniendo los dedos en cruz y besándolos ruidosamente—. ¡Se lo prometo a Su Excelencia! ¡Y ese día me vengaré! ¡Le haré sudar cada diamante y cada eslabón de oro!

Fingí creerlo. Me sentía feliz de volver a hallarlo, y lo hubiese perdonado de cualquier modo, aunque no se me ocultaba que el instigador de la traición había sido él, mucho más fuerte y dominante que su hermano. Por lo demás, se echaba de ver que el tiempo de ausencia lo había marcado con huellas hondas. Poco a poco, los días siguientes, porque, como se comprenderá, pretendí aprovechar la superioridad que las circunstancias me ofrecían y representar el papel del amo agraviado y despojado, me fui enterando de lo ocurrido durante su eclipse. Según él, Andrea se había dado a la fuga, abandonándolo, no bien llegaron a Roma. Un instante, la idea de volver y de prosternarse a mis plantas e implorar mi clemencia cruzó por su mente, pero no osó hacerlo. Escondió la espada que ansiaba restituirme y se dirigió a Florencia. Allí el futuro gran duque de Toscana lo empleó en diversos trabajos, pero la ola de crímenes que cubrió la ciudad del Lirio lo obligó a escapar nuevamente. Lucrecia, hija de Cosimino de Médicis, había sido envenenada por su marido, el duque de Ferrara, quien la acusaba de

infidelidad; sus hermanos Don García y el cardenal Giovanni habían muerto también, y se murmuraba que el primero había acuchillado al segundo, durante una cacería en las marismas de Pisa, y que el propio duque Cosme, ciego de furor, había ultimado a su hijo Don García. Como se deducirá, la gente no se sentía muy segura en la ciudad más bella de Italia. Y todavía faltaban crímenes resonantes: el asesinato de Leonor de Toledo, a manos de su esposo, el libertino Pietro de Médicis, y el de Isabel de Médicis, estrangulada por su cónyuge, mi primo Pablo Giordano Orsini, duque de Bracciano, quien casó luego con Victoria Accoramboni, que para ello había suprimido bárbaramente a su primer esposo, un sobrino del papa Sixto V. Y faltaban las muertes misteriosas del gran duque Francisco y de su mujer Bianca Capello, quien autorizó el homicidio de su anterior marido y acaso también el de la archiduquesa Juana de Austria, que era jorobada como yo. Zanobbi temblaba al narrarme lo que en Florencia se contaba de las atrocidades. Daba la impresión de estar auténticamente aterrorizado, y más tarde hasta barrunté que habría tenido algo que ver con ellas, pues de otro modo no se justificaba su insano pavor. Verdad es que aunque se hubiera enterado de que yo había permitido que se ahogase mi hermano Girolamo y de que había ordenado la muerte de mi hermano Maerbale, esas fechorías le hubiesen parecido tolerables, como las que en general se producían en el seno de las grandes familias de entonces, comparadas con el cataclismopasional que destruyó a los Médicis, como fuimos observando, y que manchó de sangre a todas las ramas de ese linaje advenedizo, apresurado (se diría) por ponerse a tono junto a las estirpes centenarias que habían espaciado sus respectivas tragedias ineludibles, a lo largo del tiempo.

Escuché de sus labios las versiones populares y palaciegas de los feroces delitos, como si oyera uno de los relatos truculentos que suelen referir los *cantastorie* de Sicilia. Aquellos personajes suntuosos, a quienes había conocido desde que eran muy jóvenes y con quienes estaba emparentado, se presentaban ante mi imaginación, esgrimiendo puñales y apretando gargantas, como las figuras de cera de un museo horrible, irreconciliables con la realidad. La realidad, para mí, residía a la sazón exclusivamente en las salas y en el parque de Bomarzo, en un mundo hermético que tenía por límites el laboratorio de un alquimista, el gabinete de un coleccionador de extravagancias, un templo donde se desarrollaban mágicas liturgias, y unos jardines en cuyas terrazas resplandecía, entre los árboles, la piedra de los monstruos gigantescos. En medio de esas originalidades me perdía yo, me desvanecía, oculto por las quimeras esculpidas y por las ceremonias enigmáticas, y mi joroba y mis pensamientos se esfumaban en el aire que olía a almizcle, a azufre, a las misturas ensayadas y rechazadas del Gran Elixir, a rosas, a jazmineros. Lo demás, lo que se apeñuscaba allende los montes Cimini, pertenecía al reino de lo inventado, de lo hipotético. La historia escarlata de los Médicis, que Horacio Orsini me había detallado también en una misiva, me asombraba, como es natural, pero no me asombraba más que muchas de las leyendas que solía contarme Messer Pandolfo, haciendo espejear los nombres fatales de mi progenie y los de los héroes de la literatura. En cambio Zanobbi, que había vivido en ese clima de zozobra, había traído de Florencia, con mi espada, los estigmas de un nuevo espanto.

He adelantado que su ausencia le había dejado huellas profundas. No era ya el adolescente gracioso que acompañaba, con un pincel o una escuadra en la diestra, a Jacopo del Duca. Se le habían ahondado las ojeras, y sus ojos tenían un brillo distinto. Pero conservaba la fascinación secreta con la cual me había

hechizado cuando lo vi por primera vez. Hasta se diría que su poder de seducción había aumentado al madurar. Como antes, sin confesárselo porque de eso no hablamos jamás, fui su prisionero. Siempre, desde los días de mi abuela, de Adriana, me embargó la necesidad de depender de alguien, de *pertenecer*. Yo, tan rebelde, tan orgulloso, fui un cautivo de los sentimientos. Mi invalidez se refugiaba en esa sujeción no expresada, como en un baluarte.

Para ocuparlo a Zanobbi y mantenerlo a distancia, pues me resistía a mostrarle en seguida hasta dónde prolongaba su dominio sobre mí, proyecté una vasta pintura, que se desenvolvería en la *loggia* frontera de la Sala del Horóscopo y que tendría por tema la lucha de los Gigantes. Me obsesionaba ese asunto, el mismo que había tratado en el monumento consagrado a la muerte de Maerbale. Quería algo semejante a la *Gigantomaquia* que Perino del Vaga realizó para Andrea Doria, en Génova, y a la que hizo Julio Romano para el Palacio del Té, de Mantua, pero más complejo, más ariostesco, más próximo a las concepciones prodigiosas de Briareo, el de los cien brazos, de Tifón, el de los tres cuerpos, una quimérica anatomía revuelta que extendería hasta el castillo el concepto fantástico del parque y que acentuaría la unidad estética de mi creación. Escribí con tal motivo una carta a Aníbal Caro, quien se hallaba a la sazón en Frascati, desvelado por el planeo de su villa tusculana, y siguió una breve correspondencia en la cual el secretario farnesino tuvo la audacia de indicarme que, a su juicio, los gigantes simbolizan a los malos señores que, siendo en la Tierra más grandes y aventajados que los demás, se lanzan a enfrentar violentamente a sus semejantes y a Dios. Me sugirió que, puesto que pensaba dedicar uno de los muros de Bomarzo a describir la eterna guerra de los mortales y de la inmortalidad, encargase los bocetos a Tadeo Zuccari. Pero yo disponía de mi propio pintor y lo envié a Roma a que conversara con Caro. La impresión (yo la descartaba) que le causó Sartorio, fue inmejorable. Supongo los artificios de que se habrá valido Zanobbi para encantarlos, las excentricidades, las falsas timideces, las adulaciones. Sin mencionarlo —por esa distracción no se consigna el nombre de Zanobbi en las crónicas que aluden a mí—, Aníbal me comunicó que el joven era muy entendido y que probablemente podría llevar a cabo la riesgosa empresa.

Esas cartas han corrido una suerte que mueve a reflexionar. De las incontables que recibí en el curso de mi larga vida, son las únicas que se han salvado, y cada vez que un historiador o un comentarista se refiere a Pier Francesco Orsini, las reproduce y detalla. Se han perdido las otras cartas que me dirigió Aníbal Caro, en ocasiones diversas, y que revistieron una trascendencia mucho mayor, las de mis dos abuelos, las de Julia Farnese, las de Hipólito de Médicis, de Lorenzino, de Pier Luigi, de Julia Gonzaga, de Miguel Ángel, de Madruzzo, de Molza, de Lorenzo Lotto, de Sansovino, de Aretino, de Betussi, de Hipólito de Este, de Benvenuto, de Paracelso, de Messer Pandolfo, de Pierio Valeriano, de la marquesa de Mantua, de Valerio Orsini, de Violante, de Juan Bautista Martelli, de Horacio Orsini, del duque de Mugnano, de Pantasilea; se han perdido las que le mandé a Julia durante nuestro noviazgo y que eran, en mi opinión, admirables. En esa época escribíamos enormemente y todo lo que me concierne se ha perdido. Yo, tan guardador y clasificador de cosas, no fui un archivero, como mi padre. Rompía, extraviaba. Cuando Bomarzo se vendió a los Lante della Rovere, hicieron fogatas con los papeles que habían quedado, amarillos, en el olvido de los cofres, sin ni siquiera fijarse en la fama de las rúbricas. Sólo han sobrevivido, irónicamente, de aquel tesoro, dos cartas de Aníbal Caro. Dedúcese de ello lo difícil que resulta juzgar a un hombre, después

de muerto, por los escasos documentos que flotan, absurdos, inconexos, arbitrarios, en la vaguedad de su estela. El biógrafo arma su *puzzle* a conciencia, valiéndose de los incoherentes, deshilvanados testimonios escritos que el capricho del azar preservó, y el resto, la intimidad del personaje y a menudo sus rasgos y datos esenciales, se le escapan. Cree haber apresado en las redes de la erudición y de la exégesis a alguien con quien lo vincula cierta incalculable afinidad, muerto hace muchos años, y no hace más que recoger los fragmentos heteróclitos de un naufragio. Si el inspirador de ese estudio pudiese apreciar el fruto de las investigaciones, estupefacto, no se reconocería. Yo soy una prueba de ello... Las cartas de Caro me persiguen. Se diría que nadie más se ha interesado por mí. Y el interés que evidencian es muy modesto. Felizmente he gozado de la prerrogativa sobrenatural de componer estas memorias, pues de lo contrario —y a pesar del inmenso trabajo que me he dado para proteger mi recuerdo del olvido— nadie conocería de mí más que ciertas informaciones genealógicas y ciertas menudencias biográficas en general equivocadas. Pero —preguntará el lector— ¿valía la pena consagrar un libro tan voluminoso a una vida tan intrascendente? Le responderé que para mí no lo es, que para nadie es intrascendente su propia vida, sino única y maravillosa, y que nadie lo obligó a leerla. Y le responderé que observe mi existencia con atención y que no tendrá más remedio que convenir en que fue maravillosa. Por algo, al fin y al cabo, se me ha concedido la posibilidad de narrarla punto por punto.

Armáronse en la *loggia* los andamios que se habían dispuesto en la otra galería lejana cuando Jacopo del Duca comenzó su interrumpida tarea, y Zanobbi se escondió allí con sus colores. Temía encontrarme, y yo, por mi lado, prefería al principio no verlo. Sin duda, aunque la oculté cuando ocurrió, la noticia del robo, unida a la de la partida brusca de los sicilianos, había trascendido, y nada me irritaba tanto como las habladurías derivadas de mis flaquezas, de modo que aparenté tratarlo como a un servidor más y me sacrificué suprimiendo las entrevistas. Asomado a la terraza del *Ninfeo*, miraba hacia la jaula de la *loggia*, hacia la jaula de finas columnas inventada por mi padre, en cuyo interior se movía, saltando de barrote en barrote, el pájaro moreno. El día entero se afanaba en su cárcel aérea, y no bien caían las sombras del atardecer, el remoto temblor de las luces anunciaba que Zanobbi seguía su obra. Pero a veces yo no resistía a la tentación, y fortalecido por el pretexto de que debía vigilar la prosecución de la pintura, entraba en el reducto del artista. En lo alto de la escalera, Zanobbi consultaba su dibujo y mojaba sus pinceles. Me sonreía desde su puesto elevado, buscando mi aprobación, y apenas cambiábamos palabras.

—Esta lucha de los gigantes —me dijo una mañana— es mi lucha.

Y yo pensé en la guerra que le daban a su juventud las pasiones, la ambición, el ansia de medrar, el ansia de lograr algo bello, descollante, que levantara su nombre como una bandera, y el ansia de recuperar lo malogrado y de alcanzar el pleno indulto de su perfidia.

—Es también la lucha mía —le contesté.

Creía, de buena fe, al expresarme así, que me refería sólo a mi batalla en pos de la inmortalidad, semejante a la que los titanes habían reñido para apoderarse del Cielo, pero por debajo de esa idea espléndida, que iluminaba mi vida con glorioso resplandor, pugnaba, ramplona, insinuándose, la idea mísera del combate que mi desesperación contrahecha libraba —entonces como siempre— a la desdeñosa hermosura.

Detrás de los andamios, la *Gigantomaquia* de Zanobbi Sartorio invadía las paredes con el ímpetu y el fuego de su convulsión. El trazo se apartaba mucho de lo perfecto, y sin embargo, de aquel entrevero barroco, de aquellos enlaces tentaculares ardientes, trenzados y crispados alrededor del seguro desprecio de los dioses, surgía una sensación brutal de fuerza que comunicaba a la *loggia* una especie de vibración cruel, producto del choque de los enconos. Parecía imposible que un muchacho tan débil y escurridizo, todo ojos y pelo alborotado, fuese capaz de una empresa de tal envergadura. Quizás el siciliano hubiese volcado en ella su ira, su odio de villano, de pobre artista dependiente, contra los señores a quienes lo sometían las circunstancias, pero lo cierto es que, si se lo propuso, los dioses, los príncipes, llevaban en su composición las de ganar, no sólo porque lo imponía el rigor del tema, sino porque de su parte estaba la firme certidumbre que brota del privilegio divino. El comprobarlo me infundió una paz nueva, como cada vez que mi angustia topaba con la confirmación de que a la larga sería mía la victoria, puesto que ese privilegio, para justificarse, debía tener un sentido supremo, y entonces, más allá de los resentimientos que nos separaban, creció en mí, hacia él, una indulgencia emancipada de las trabas de la pasajera y triste sensualidad,

Horacio y Nicolás retornaron a Bomarzo entre dos campañas. Venían de Venecia, donde el Senado había confiado sesenta galeras a Hierónimo Zane. La Cristiandad observaba con inquietud creciente los manejos de los turcos. Quío y Naxos cayeron en poder del sultán, y a Venecia no le quedaban, en el Levante, más que Chipre y Candia. Los dos Orsini abundaban en noticias frescas. Al escucharlas, medí cuán estrecho era mi encierro egoísta. Nombres que hasta entonces no había oído, de tropas otomanas, resonaron en las salas de Bomarzo; los *jenízaros*, instituidos por Morad II a imitación de la falange alejandrina; su jefe, el *Aga Grande*, que comandaba 12.000 hombres y era yerno de su señor; los *bolucbassi*, capitanes de cien jenízaros; los *deli*, los pintorescos y feroces *bravos* turcos, ceñidos con pieles de leopardo, érguidos sobre caballos cubiertos con pieles de león, y todos ellos erizados de plumas, hasta el escudo que parecía un ala abierta encima de la cual fulguraban el lanzón y la cimitarra. El extraño, peligroso Oriente invadió mi asilo, rodeando con su prestigio diabólico a los jóvenes militares. Eran ambos tan hermosos y tan honestamente viriles, que los objetos espléndidos de mi gabinete retrocedían ante su claridad. Hablaban de mujeres exóticas que se depilaban con sangre de vampiro, con jugo de hiedra y con hiel de cabra y que se lavaban la boca con vino de canela y de maíz. Describían sus cuerpos como si los abrazaran, crispando las manos. Hacían pensar en los héroes antiguos cantados por los rapsodas; evocaban el tiempo primitivo, eficaz y simple, en el que se ignoraban nuestras refinadas complicaciones y en el que los hombres responsables distinguían estrictamente al bien y al mal ubicándolos con justicia en campos adversos.

Los conduje a la *loggia*, para que apreciaran el adelanto de la pintura, y los oí criticar la *Gigantomaquia* no como artistas sino como soldados. Zanobbi descendió de su escalera y, cuando se inclinó delante de los príncipes me pareció mezquino, vil, insustancial: un mico entre cachorros de tigre, haciendo monerías, jugando con potes de color. Nos asomamos al parapeto, para mirar desde arriba el Sacro Bosque. Arrastrábase el ocaso, pesadamente, como un manto de turbios rojos y amarillos, sobre las esculturas. Los obreros regresaban a la aldea y, en la soledad del valle donde dialogaban los arroyuelos, las rocas esculpidas parecían

interpelarse, alzando los brazos enfáticos, torciendo las cabezotas cerriles. Pronto comenzó a flotar la luna sobre los montes, y el largo proscenio adquirió una majestad religiosa. Los chistidos de los búhos y de los murciélagos se mezclaron con las voces trémulas del agua.

Rieron los muchachos cuando les referí que los campesinos eran detenidos por espectros, en la espesura, y que en el Tíber habían divisado una barca tripulada por demonios.

—Los demonios van por el mar Adriático, por el mar Egeo —dijo Nicolás.

—Vienen de la Sublime Puerta, a matarnos —dijo Horacio Orsini.

Permanecemos en silencio. La bruma se insinuaba sobre el río distante. Se platearon los monstruos de piedra.

—Es como un teatro —murmuró Nicolás.

—Es muy bello —murmuró Horacio—. Es como si nos hallásemos fuera del mundo.

Zanobbi, que estaba a mi lado, me rozó con el codo, pero ese roce no era casual. Recordé, a años y años de lejanía, una sensación semejante, en Florencia. Adriana y yo nos rozamos levemente en la escalinata del palacio, en momentos en que partían los cazadores de Hipólito. Me volví hacia el pintor y lo enfrenté con dureza. Luego tomé por el brazo a los dos muchachos y pasé con ellos a la sala de los emperadores.

—Habría que dar aquí una gran fiesta —les comuniqué—, para celebrar vuestro regreso.

Encendiéronse los ojos de Horacio:

—En el parque... y con antorchas.

—Y con disfraces —añadió Nicolás— una maravilla... los trajes... las máscaras... entre los monstruos...

Les prometí que lo haría, aunque mi obra no estuviese pronta aún. Mandaríamos invitaciones a nuestros grandes parientes, a Roma, a todas partes. Un baile a la luz de las antorchas, con personajes disfrazados de sátiros, de ninfas... con escenas de la guerra turca en el archipiélago... con osos y aves raras y Djem adornado de guirnaldas púrpuras, llevado por Segismundo que vestiría de príncipe persa... la mitad de la cara bajo la venda tachonada de rubíes... Violante mostrando los pechos desnudos, frotados con cicuta, con alcanfor, con incienso y con vinagre, como los de Friné... y las emperatrices y las reinas seculares de la casa de Orsini entrando a caballo, detrás de pajes portadores de teas humosas, y fuegos de artificio y, alrededor, los monstruos, la tortuga, la ballena, las sirenas, los luchadores, el hermafrodita, los gigantes, los arcos de triunfo cargados de flores y de emblemas...

Los guerreros se convirtieron velozmente en cortesanos. Copiaban listas de nombres. No había que olvidar a las hijas de la duquesa de Poli, sobrinas de Julia Farnese, cuyos cuerpos eran tan rítmicos, cuando caminaban, que parecían estar danzando... ni al cardenal Hipólito de Este... había que deslumbrarlo... pero no vendría, porque le zumbaban los oídos... ni al duque de Bracciano, que pretendía, sin razón alguna, ser el jefe de los Orsini... ni al riquísimo León Orsini, el que había terminado por acumular ávidamente las propiedades de su rama... ni a las hermanas del conde de Montegualandro, que se aburrían en Perusa, entre tapices y orfebrerías fabulosas.

Yo los dejaba hacer. Tuve, de repente, la impresión de que no vivirían mucho, y fue como si un puño de metal me apretase el pecho. Reían, se frotaban las manos jóvenes, más habituadas a esgrimir los aceros que a deslizar las plumas

sobre papeles. Por el resquicio de la puerta que conducía a la *loggia*, Zanobbi nos espiaba. Durante cinco días, creció nuestro entusiasmo feliz. Bajábamos al parque, calculábamos emplazamientos... Aquí, Zanobbi Sartorio colocaría un obelisco de madera, rodeado de inscripciones latinas alusivas a las victorias del amor... allá, Silvio de Narni aportaría unos símbolos misteriosos... Al sexto día llegó una carta de la Señoría de Venecia. Los llamaban. Cuatro galeras musulmanas habían sido arrojadas a la costa, cerca de Fortor, y desde Fiume y Trieste avistaron al eterno enemigo, los estandartes de la media luna. Horacio y Nicolás partieron en seguida. Apenas aguardaron a que les herrasen de nuevo las cabalgaduras. Le entregué a Horacio mi espada, la de la cazoleta de perlas, la de Carlos Quinto. El baile de Bomarzo no se realizaría jamás. El castillo y el bosque quedaron desiertos.

Algún tiempo después, Silvio predijo la muerte del gran maestre de la Orden de Malta, Jean de la Valette. Se supo luego que varios astrólogos la habían previsto, al enterarse de que el gerifalte que le había regalado el rey de Francia, y su papagayo rojo de las Molucas y la leona domesticada que dormía en su aposento, habían muerto poco antes. Lo singular es que en el escudo del comendador provenzal que lo acompañaba en los instantes últimos de su tránsito, figuraban un gerifalte de plata y un león de oro. También se supo que el día en que entregó su alma a Dios, los señores reunidos en su cámara oyeron una terrible descarga de arcabuces, tan violenta que estremeció las paredes. La Valette envió a uno de sus ayudantes en busca de noticias. Nada excepcional acontecía bajo el cielo calmo en el cual, evidentemente, había reventado el súbito estruendo. Los peces huyeron del mar. Los hubo, más robustos que delfines, que se precipitaron sobre la bahía de Marsa Scirocco. Silvio ignoraba esos presagios y sin embargo anunció la muerte del príncipe. Desde entonces, resolví prestar más atención a sus vaticinios y renació mi fe en su conocimiento arcano, que había perdido cuando se equivocó tan feamente a propósito de Pier Luigi, duque de Parma.

Pero no pude aprovechar su sabiduría. Silvio de Narni falleció ese mismo año de 1568, en noviembre. Había visto con pasmosa lucidez el trance supremo del gran maestre de Malta, ocurrido a leguas y leguas y leguas de su laboratorio, en una isla que batía el olear del Mediterráneo, y no había sentido que su existencia se quebraría en breve. Lo hallaron desnucado, en uno de los fosos vecinos del templete votivo donde celebraba sus ritos nocturnos, a un paso del Cerbero infernal de tres cabezas. Me contaron que alrededor del cadáver flotaba un hedor espeso, fétido, que no podía atribuirse a ninguna bestia conocida. Le arrancaron de las manos rígidas los manuscritos de Dastyn. No conseguí durante meses, a pesar de los sahumerios, borrar aquel olor que, cuando desplegabamos el pergamino, se levantaba como un aliento nauseabundo.

La muerte de Silvio, la partida de Horacio y Nicolás y el alejamiento de mis vástagos casados —Faustina había contraído matrimonio, entre tanto, con el barón de Paganica y Marzio con la hija de Vincenzo Vitelli— despoblaron al castillo. Sólo me quedaban los menores de mis descendientes, Corradino y Maerbale. Algunos nietos comenzaron a nacer, vagamente, en Perugia y en Bolonia. Los llevaban a Bomarzo, pero quedaban apenas allí. Mis yernos y yo no nos entendíamos. Se sentían más cómodos entre sus propios deudos. Desaprobaban mi parque, mis colecciones, mi excentricidad, lo que habían averiguado de mi vida. Sobre todo, desaprobaban mis gastos. Aparecían por el

castillo, levantadas las narices, como si husmeasen. En verdad, la despreocupación con que entregué, desde que recibí mi herencia, el gobierno de mis finanzas, las malversaciones y rapacidades de mis apoderados, las compras costosas que realicé incesantemente, las obras de Bomarzo y las dotes de mis hijos, socavaron una fortuna cuyos límites nunca conocí y que mi padre y mis abuelos habían comprometido seriamente. Faltábanme los sueldos y presas que enriquecían a los condottieri, con los que mis antecesores reparaban las fisuras, y la administración de mis propiedades se caracterizaba por su incongruencia. En distintas ocasiones, como otros príncipes, debí empeñar alhajas, y hasta vendí unos cuadros que jamás recuperé. Pero luego adquirí nuevas pinturas —como un Giorgione admirable y una serie de retratos de Tiziano— y la entrega por mi intendente Bernardino Niccolini de remesas inexplicables siguió manteniendo la ficción de una holgura que no existía, pero que me permitía continuar mi tren ostentoso de gran señor romano que satisfacía sin trabas sus gustos.

Esos problemas no me inquietaban. No medí su trascendencia, habituado a imponer mi capricho. En cambio me preocupaba mi soledad. El laboratorio de Silvio, cuya única llave conservaba yo, se llenó de polvo. Cuando, de tarde en tarde, me introducía en él, los crisoles apagados, los alambiques vacíos y los gruesos textos incomprensibles, me descorazonaban. Tampoco me atraía el gabinete del *Ninfeo*, donde, puesto que ya no escribía mi poema, nada tenía que hacer. Caminaba entre sus acumuladas rarezas, rozando al pasar los suspendidos esqueletos, que oscilaban levemente, como peregrinas lámparas de marfil, o deteniéndome a observar, alzándola con dos dedos, algunas delicada pieza de oro, que había perdido el brillo pues prohibí que las tocasen.

A Zanobbi lo veía durante las comidas. Nos reuníamos en el ancho salón, entre glaucos tapices y transparentes cristales, y conversábamos poco. Habían desaparecido varios objetos del *Ninfeo*, cosas nimias, más singulares quepreciadas, y deduje, por obvio, que él, que tenía acceso a ese lugar clausurado, era el autor de los despojos, pero no se lo reproché ni traté de recuperarlos. El hastío, la aversión, un ambiguo cansancio, me agarrotaban. Quizás, si hubiese podido acercarme a él, someterlo, hacerlo mío, mi actitud hubiese cambiado. Sabía que eso era imposible. Una maldición cruel me impedía, hasta físicamente, ganar a quienes en realidad me importaban, y mi pusilanimidad irresoluta se daba por bien servida con el equívoco premio de su presencia, con mirarlo ir por las salas, charlando con las criadas y los pajes. Adiviné y comprobé que otros habían obtenido lo que yo no osaba alcanzar, y al primer instante de furor lo sucedió la flaqueza del decaimiento. Que hiciese lo que se le antojase. Pero que no se fuese, que permaneciera en Bomarzo. A lograr esa pobre victoria dediqué mi ocio, vigilándolo, espiándolo, acompañándolo cuando la comezón del tedio lo obligaba a buscar en Mugnano o en Bagnaia pálidas distracciones. Había terminado la obra de la *Gigantomaquia*, y le propuse un segundo fresco, una escena de centauros, que no pasó de bocetos confusos. Me pedía, eso sí, reiteradamente, dinero, ropajes, joyas. Lo hacía sin disimular su desdén, seguro de que no le negaría nada. Mis huéspedes espaciados, con Madruzzo a la cabeza, advirtieron lo absurdo de la situación humillante y prefirieron dejar de verme.

Una noche, bajé de mi cámara a la biblioteca en pos de un libro. No conseguía dormir. El calor me adhería la camisa al pecho. De improviso, me encontré con Zanobbi en la galería de los bustos que iluminaba apenas la indecisión de la luna. Alguien se ocultaba detrás, a la sombra del Minotauro. Era una muchacha, que salió huyendo, escondiendo su nacarada desnudez en la

pantomima de los mármoles. Me aproximé para reconvenir al pintor, harto, asqueado, pero me dio un empujón y de sus labios brotó un insulto soez. La sangre corrió impetuosa por mis venas y experimenté una extraña delicia olvidada, porque sentí súbitamente como si renaciera, como si recuperasen su agilidad mis viejos miembros ateridos. Con un movimiento brusco desenvainé la daga, sin concederle tiempo para usar la suya, y apoyé la punta sobre su vientre. Me miró, atónito, desencajados los ojos negros, porque jamás se le hubiera ocurrido, evidentemente, que yo reaccionaría de tal suerte. Transpiraba, por el fuego de la noche estival, por el amoroso ejercicio en cuya prosecución lo sorprendí, por el miedo que lo sobrecogía. Su pavor me hizo un inmenso bien. Respiré a plenos pulmones y es seguro que me eché a reír. Oleadas ardientes me subieron al rostro. El puñal me temblaba en la diestra, le desgarraba el lino finísimo que yo le había regalado, y unas gotas de sangre mancharon su blancura. Apoyé un poco más y gritó. También grité yo, de alegría.

—Esto se acaba —le dije—. Hemos llegado al fondo.

Con la punta de la daga lo guié hasta el gabinete de mi padre. Zanobbi reculaba, tropezando, dirigiendo ojeadas despavoridas a su alrededor, balbuciendo. No, no lo mataría de ese modo. Mi estilete se enrojecía apenas con unas lágrimas carmesíes, sin trascendencia. Oprimí el resorte de la celda secreta, la celda donde mi padre me había encerrado con el esqueleto, y lo empujé hacia el interior oscuro. Pero antes le besé la mejilla que mojaba el sudor y deslicé mis dedos sobre su pelo húmedo. Cerré luego el panel, abandonándolo para siempre en su cárcel, y me detuve unos instantes en la cámara desierta que albergó a Lorenzaccio de Médicis. No se oía ni un rumor. Los muros de Bomarzo eran espesos, fieles. Lentamente, descendí al parque. Los monumentos se recortaban, amenazadores, en la luz casi celeste, zafirina, que surcaba el zumbiar de los mosquitos. Me interné en el bosque, como cuando era niño. Las zarzas me arañaron los pómulos, los brazos, mientras avanzaba por el sendero tétrico a cuya vera peroraban los batracios. Llegué por fin al arroyo y, sin despojarme de la ropa, de un salto grotesco que perfiló mi joroba y la agrietada madurez de mi cara en los espejos lunares, me zambullí en el agua fría. Junté las palmas que bañaba la bendición del líquido nacido del seno, de la entraña de Bomarzo, y me puse a rezar. Que no se me exijan explicaciones. Yo sólo puedo contar lo que hice.

Bomarzo, tan deshabitado, se pobló de pesadillas. Donde antes hubo hombres, había espectros. En mitad de la noche me despertaba gimiendo, y mandé que dos alabarderos durmieran atravesados delante de mi puerta, y que los pajes se turnaran en el escaño vecino de mi cama. A veces abría los ojos, tras las zozobras de un sueño horrible y distinguía, alargadas por el vaivén de las velas exangües, las borrosas siluetas de los pajes que cabeceaban cuidando el reposo de su señor. Pero el señor no reposaba. El señor, cuando se cruzaba con Cecilia Colonna que avanzaba tanteando los mármoles, se sacudía con irrefrenables escalofríos. Sentía que el castillo estaba emponzoñado. Otra carroña sustituía a la del viejo esqueleto, en el corazón de la piedra, y su veneno impregnaba los muros con una pestilencia que sólo yo era capaz de percibir y que me recordaba el tufo maléfico adherido a los manuscritos de Dastyn después de la muerte de Silvio de Narni.

Beppo, Abul, Girolamo, Maerbale, Silvio, Zanobbi surgían en mis delirios. La intensidad de las alucinaciones crecía a medida que se acentuaba el

crepúsculo e imperaba la noche inexorable. Resolví que todas las habitaciones del castillo, aun aquellas en las cuales nadie entraba nunca, se iluminaran al atardecer con cirios y antorchas. Los aposentos semejaban enormes altares, y como me obsesionaban las miradas de las pinturas, ordené que descolgaran las efigies de los abuelos o que las volvieran contra las paredes, e hice cubrir con altos lienzos la *Gigantomaquia*. Únicamente conservé en su sitio mi retrato por Lorenzo Lotto, con la ilusión pueril de que su juventud me infundiría ánimos. También dispuse que en el parque encendieran fogatas, no bien se insinuaban las tinieblas, y el resultado fue peor que cuanto pude imaginar, porque el frenesí del viento, retorciendo las hogueras, enloqueció las sombras e infundió una vida atroz a los colosos intimidantes que, cuando yo los acechaba por el entreabierto postigo, se desplazaban pesadamente, como siniestros muñecons sabáticos, hacia los muros del caserón.

¿Por qué no huí entonces? ¿Qué fuerza oscura me retuvo en Bomarzo? De mañana asistía a las misas rezadas por los franciscanos en el templo de Julia, y escapaba del oficio, espiado recelosamente por los frailes, porque había visto, detrás del ara, asomar la forma rígida de Maerbale o de Zanobbi. Tampoco hallé la calma, de día, entre las rocas del Sacro Bosque, moldeadas precisamente con el objeto de que a su amparo se refugiaban mis angustias. Las peñas se convertían en aquellos que más deseaba olvidar. Poco a poco advertía que el inmenso Neptuno se mudaba en Girolamo, y que la figura cogida por la trompa del elefante, que simbolizaba a Beppo, se parecía demasiado a él.

Como otras veces, recurrí a Violante y a Fabio. Necesitaba colmar el castillo, inundarlo de gente, conjurar a los fantasmas con la algarabía jubilosa, con los cantos ebrios, con las músicas, con los gritos sofocados y los crujidos del amor sin trabas. Trajeron un nuevo séquito adolescente.

El papa, el descarnado Pío V, un santo, que sufría de la vesícula y se alimentaba sólo de achicoria hervida, de malva, de salvia y de aromáticas hierbas de San Juan, había reemplazado las pompas anteriores con una severidad de anacoreta. Se terminaron en el Vaticano las ceremonias espléndidas, las triunfales vestiduras; Su Beatitud ceñía su magro cuerpo con telas ásperas y desataba su cólera sobre el desenfreno de sus dominios. Las meretrices de *lujo* debieron salir de Roma, y las *recoletas*, confinarse en el Trastévere y de allí en los alrededores del mausoleo de Augusto. En vano intervinieron los embajadores de España, de Francia, de Florencia, inquietos por la partida de las mujeres más hermosas, que cambiaba la faz de la urbe. Se clausuró el teatro del Cortile del Belvedere; se prohibió que frecuentaran las hosterías quienes poseían su propia residencia. En cuanto al amor “que no osa decir su nombre”... hasta llegaron a quemar en simulacro a un príncipe, por atreverse a exhibirlo... De modo que la juventud, encandilada por los cuentos de sus mayores acerca de la vida vaticana en tiempos de León X y de Clemente VII y aun del reciente Pío IV, que había sido un Médicis de Milán, un falso Médicis, empeñado en afirmar su inexistente parentesco con la familia del Magnífico y de Cosme, aprovechaba cuanta oportunidad se le ofrecía de aflojar el yugo monjil.

Muchachos y mozas se abatieron sobre Bomarzo, con hambre. Violante y Fabio, ya maduros, los dirigían. De noche, yo dormía entre los dos, en la cámara de las cerámicas, mi cámara nupcial, pegados sus cuerpos al mío, y me hundía en un sopor al que entrecortaban, cuando renacía el insomnio, los rumores ratoniles formados por las carreras de pies desnudos y los cuchicheos ahogados que estremecían al castillo. Mis manos buscaban entonces la mano de Fabio Farnese y

la de Violante Orsini, que respiraban, tosían y se apelonaban contra mí, y si, en la penumbra del aposento, comenzaba a delinearse, lívidamente, como un íncubo, la estantigua de Zanobbi, hermana sobrenatural del esqueleto de la capilla, mis voces y mis temblores despabilaban a mis acompañantes que cubrían con las suyas mi boca espantada, hasta que recuperaba el sosiego y, vencido, sudado, caía en negra modorra.

Segismundo Orsini me comunicó por esos días algo tan disparatado que al principio me resistí a creerlo y pensé en una broma suya. Pero Segismundo no era ya hombre de bromas. Del mozalbete gentil, burlón, ágil y esbelto, que había fascinado a Pier Luigi Farnese, apenas si quedaban rastros en este caballero sosegado que ocultaba la mitad de su rostro bajo un lienzo retinto y que, muy pobre, encubría y velaba su penuria con los viejos ropajes que yo le regalaba cuando caía en cuenta de su necesidad. Iba con el leopardo por el valle, de cacería, y a veces no lo veíamos durante una semana o más, porque mi primo de Mugnano se había aficionado a él y, con Porzia y Pantasilea, jugaban unas largas partidas de naipes y charlaban de los temas que la limitada inteligencia de mi pariente y escudero podía abarcar; del lujo de Pier Luigi, duque de Parma, su grande amigo, de la campaña de Hesdin. El hermoso Mateo Orsini, el otro sobreviviente de los tres camaradas que heredé de Girolamo, había casado con una gran señora de Nápoles, unida a los Caraffa, y desapareció de Bomarzo. En cambio Segismundo continuaba siendo un solterón cortesano, preocupado por los usos, maneras y privilegios de la sociedad aristocrática, a quien no interesaba en especial el comercio femenino, pues sus inclinaciones lo habían llevado por opuesto rumbo.

Me sorprendió, por ello, sobremanera, lo que me transmitió con tímidos circunloquios. Quería casarse a su vez. Los años comenzaban a pasarle y se sentía solo en su casa de piedra vecina del castillo. La novia... la novia no sería muy joven, ni pertenecería a una estirpe que pudiese parangonarse con la nuestra, pero su belleza había sido célebre y, como resultado de una vida en la que mucho convenía cuidar el futuro, había apartado suficiente dinero como para asegurar la comodidad de ambos y hasta cierta holgura que merecía consideración. A su lado, el duque de Mugnano —me extrañó que lo acompañara en la entrevista, mas luego pensé que con ello trataba Segismundo de infundirle mayor solemnidad— guardaba silencio y, sin que lo advirtiese nuestro primo, me hacía muecas y abría y cerraba las manos y se encogía de hombros, como indicándome que se desentendía de la gestión. Por fin, con hartas dificultades, el nombre de la presunta prometida salió de los labios de Segismundo. Era Pantasilea. Mi primer movimiento fue de cólera, de rechazo. ¿Cómo? ¿Tanto habíamos descendido? ¿Un señor Orsini de la rama de Bomarzo... y esa prostituta archiconocida y archimanoseada, cuyos encantos, cuando los tuvo, habían sido usufructuados y pagados por toda una generación de la nobleza de Italia, en Roma, en Florencia, en Bolonia, doquier? La remota ira que me causaba el recuerdo de mi primer encuentro con la antigua amante de Benvenuto Cellini, fraguado por mi abuelo Franciotto, y de mi descalabro en el palacio de los pavos reales, me sulfuró, como si no hubiese transcurrido el tiempo desde entonces y como si Segismundo continuara siendo el príncipe adolescente que en Venecia decoraba las proas de las góndolas a modo de un objeto raro, precioso, de refinada suntuosidad. Mugnano me oprimió el brazo y esa presión me serenó. Mirábanos nuestro primo de hito en hito, avergonzado, aparentando una calma que no sentía. ¿Qué me

importaba, después de todo? ¿Acaso era yo el centinela del abolengo? ¿Acaso mi vida podía exhibirse como un paradigma? Pero, en medio de mis torpezas y mis maldades, había conservado yo intacta la inquietud de exaltar a nuestra casa, de resguardar, aunque fuese superficialmente y a los ojos del vulgo, su augusta jerarquía, y la perspectiva de dar nuestro nombre a aquella puta retirada, sin linaje —porque, si hubiese pertenecido a una familia de relativo empaque, es probable que mi instintiva reacción hubiese sido harto distinta—, hería y repugnaba a mi orgullo. De cualquier modo, ¿qué podía hacer? ¿Oponerme? ¿Por ventura tenía yo jurisdicción sobre la libertad de Segismundo Orsini? Le dije que procediera según su criterio, que para ello le sobraban años, que, por otra parte, la edad de los contrayentes y —no pude evitar la mención cruel— los gustos famosos del novio, nos garantizaban que la alianza carecería de sucesión. Me abrazó Segismundo, conmovido, y hasta le prometí, de acuerdo con Mugnano, que entre los dos buscaríamos la manera de que no llegase a la boda con las manos completamente vacías.

La noticia, que se difundió pronto, sacudió al castillo, a la aldea y a los contornos. Segismundo gozaba de popularidad en el grupo alegre de Violante, y el pueblo lo quería, a pesar de las pasadas aventuras que tuvieron por campo a los alrededores. Era sin duda un hombre simpático, ansioso de divertirse y, en consecuencia, de divertir. Los años lo habían tornado cada vez más humano, más indulgente. Y la idea de que iba a contraer matrimonio con Pantasilea, que disgustó a los aldeanos viejos, apegados a la tradición, sedujo a los más jóvenes, quizás porque ella les mostraba una fisura en la cota de mallas inmemorial que aislaba y afirmaba nuestra fuerza vanidosa.

Fabio había sentido siempre celos de él. Habían sido rivales en mi favoritismo. Fue Fabio quien inventó la farsa, quien convenció a Violante y a sus amigos de que la boda les ofrecía la oportunidad de añadir una más a las distracciones de Bomarzo. Había que planear la espléndida caricatura y disfrutar de ella como de una obra de arte. Los demás se enardecieron. Cualquier cosa, con tal de quebrar la diaria monotonía del placer repetido... cualquier cosa... Segismundo y Pantasilea, ¿cabía imaginar algo más absurdo, más antinatural, más estrambótico? Encararíamos aquel desatino como algo lógico, y el contraste nos depararía un regocijo que ni soñábamos. Era menester, para ello, celebrar la ceremonia con pompa magnífica. Pantasilea vendría desde Mugnano, como si fuera la duquesa de Mantua, o Julia Gonzaga, o Julia Farnese cuando se efectuó su enlace conmigo. La desalmada ferocidad de Fabio aguzó su ingenio. Pantasilea haría el viaje triunfal en el mismo carro alegórico en el que mi mujer entró en Bomarzo para ser su dueña. Vendría caparazonada de joyas, con Segismundo, su paladín, a un lado. Y nosotros nos deleitaríamos, desde las terrazas, a costa del esperpento. Ya no pensaron en otro asunto. Hasta yo relegué mis miedos, mis sobresaltos, mis cobardías, y me contagié del virus frívolo, sádico, que apeataba el castillo.

Sacaron de la cuadra la desvencijada carroza que había albergado a innumerables gallinas, luego que la arrinconaron allí, y que, al desperezarse sobre sus ruedas herrumbrosas, imitó, provocando la algazara de la compañía, los cloqueos tantas veces nacidos en su interior. Todavía se levantaba, en su respaldo, la gran osa dorada de madera, portadora del lirio de los Farnese, que hice esculpir en ocasión de nuestro ingreso ritual. Tuve la idea, acentuando la ironía —y, en realidad, no compartí esa agudeza con los otros testigos, por el secreto que implicaba y que me interesaba guardar—, de suplir el lirio con la

apócrifa bandera de Hesdin, confeccionada con una falda de gitana y unos retazos que reproducían el águila de Carlos Quinto, extendiéndola sobre una rígida armazón que mantenía con sus zarpas la osa de los Orsini.

Cuando todo estuvo pronto, envié el carromato a Mugnano. Lo escoltaba una docena de alabarderos. Nos acomodamos en las terrazas, en la *loggia*, y nos preparamos a reír. Sentí yo, gracias a aquellos preparativos, a aquellas locuras, como si me hubiesen quitado un duro peso de encima, como si tornase a ser el mismo muchacho feliz que se aprestaba a presentar a Julia a sus vasallos, el día de su casamiento y, oscuramente, me parecía que con esa liturgia grotesca me desquitaba de lejanas humillaciones, puesto que la llegada de Pantasilea y Segismundo, ridícula, antitética, pondría de relieve la alta calidad señorial del jorobado, vencedor con la majestad de su tono, de su séquito y de su mundo, sobre la arbitraria naturaleza y también sobre las pobres parodias.

La espera fue larga. La engañamos con músicas, con el ajetreo de los pajes que ofrecían refrescos y pasteles, con los epigramas de Fabio. Hasta que avistamos el cortejo que avanzaba por el camino, más allá de las atentas esculturas bronceadas por el sol. Era muy pequeño, a diferencia del mío, al que prolongaron el serpenteo de la vasta cabalgata familiar entre la cual iba el propio Segismundo, y los coches de las señoras de la casa de Farnese y los vehículos cargados de presentes y equipajes. Pantasilea ocupaba el carruaje del que tiraban seis blancas mulas. Su cabellera teñida de rojo y su vestido anchuroso, amarillo y violeta, bordado de rubíes, se encendían escandalosamente al sol, bajo el estandarte de la gitana, de suerte que a la distancia se diría que en la carroza ardía una hoguera. A un costado espejeaba la armadura de Segismundo, caballero en un caballo negro. Los seguían, también a caballo, el duque de Mugnano y Porzia. Los hombres de alabarda cerraban la comitiva. A medida que se aproximaban, recrudescían las pullas en los bastiones. Monté a mi vez, cuando estuvieron suficientemente próximos, y a la cabeza de ocho servidores fui a aguardarlos, de acuerdo con lo previsto, en la entrada del Sacro Bosque de los Monstruos. Saludé desde allí, con un ademán amplio, a los cómplices que quedaban atrás, en el castillo.

Pude ver a la pareja de cerca, pues, antes que los otros. Y en lugar de enfrentarme con un espectáculo de histriones irrisorios, lo que a mis ojos se presentaba me desconcertó con su maravilla. Los elementos que hubieran podido agravar lo bufonesco de la escena —la excesiva pintura de Pantasilea, que había engrosado y se mantenía muy derecha, como en un trono, en el balanceado sitial; las alhajas que Segismundo hacía relampaguear sobre su coraza y que atestiguaban la liberalidad erótica de Pier Luigi Farnese; el peinado complejo del novio, cuya calvicie había sido disfrazada por el arte de Porzia, con sutiles entrelazamientos del pelo sobreviviente; la fraguada bandera; la propia presencia de Porzia, viuda de mi astrólogo y querida del duque de Mugnano— en lugar de quitar brillo al conjunto, le añadían una especie de magia desconocida. Un paje llevaba a Djem, que tironeaba de la trailla; otro, en el puño, uno de los halcones de mi primo, encapirotado, aleteante. El duque de Mugnano, en cuyo jubón azul las piedras preciosas llameaban al menor movimiento, exhibía en alto la espada de Segismundo, como mi hermano Maerbale había alzado la mía. La belleza de Porzia, en la madurez, se brindaba como una soberbia fruta en sazón, y los rastros de la de Pantasilea se enriquecían con la singularidad de su atavío, con el incendio de sus trenzas rojas y sus párpados sombreados de verde, con el olímpico aire que le había otorgado el trato intenso de los hombres de alcurnia.

Segismundo, erecto, terriblemente aristocrático, regía con una mano su cabalgadura y con la otra sostenía en el brazo ahuecado el follaje del casco de guerra. Era como un caballero andante, como un personaje de leyenda, de novela. Amadís u Orlando, que proclamaba con su sola prestancia la dignidad de su señora. El pelo prolijamente estirado hacia adelante, a la cesárea, sobre las sienes y el parche negro, hacía pensar en laureles grises. Me sumé al grupo, junto a Mugnano, y así trepamos, con rechinar de arneses, la cuesta empinada.

La ceremonia se realizaría en la sala de los bustos imperiales. Inundaba la gente la escalinata, porque muchos habían acudido de las vecinas propiedades. Los había en las aberturas, en los balcones, y pajes puestos en equilibrio, como volatineros, sobre las balaustradas, y damas semiocultas tras los pañuelos y los ventalles. Desde antes de desmontar, oímos las risillas, los bisbiseos. El alboroto cesó cuando entramos y ascendimos en procesión los escalones. Segismundo, estirados tres dedos, guiaba a Pantasilea, extremando el cuidado exquisito. Ella caminaba como una diosa, como había aprendido a caminar luego de años y años de fascinar a los exigentes con su porte elástico. Detrás, Mugnano conducía a Porzia. No había por qué reír. Los señores de Bomarzo, los Orsini, volvían a su palacio, con esclavos y huéspedes. Un negrillo de mi primo, el duque, se puso de hinojos para estirar sobre las losas un tapiz oriental. No había por qué reír y la decepción deslumbrada se leía en todos los rostros. Hasta la risa de Fabio se heló en su boca. Si alguien podía provocar una mofa triste era el jorobado, el cuñado de ese mismo Fabio Farnese que paladeaba su chasco acerbo, y que se columpiaba, el último, arrastrando la espada sobre el tapiz. Violante se adelantó, se dobló en una reverencia y besó a Pantasilea en los labios. Se sonrieron. Al fin y a la postre, no eran tan distintas. Y el perfume del incienso subió en columnas zigzagueantes que envolvieron al Minotauro y a los emperadores, mientras los latines de los franciscanos se mezclaban, inesperadamente, con los rugidos malhumorados de Djem.

La distracción nacida de las bodas fue pasajera. Mucho me equivoqué — como erraron los camaradas de la banda de Violante— cuando pensé que el casamiento de Segismundo nos brindaría un tema precioso, que desarrollaríamos durante largo tiempo, descubriendo siempre en él nuevos motivos de burla. Al contrario. Ni mencionamos la ceremonia. Nos abochornaba nuestro desacierto. Nos abochornaba no haber discernido que Segismundo sería un príncipe, cualesquiera fuesen las circunstancias, y que Pantasilea llevaba las de ganar en lo que a usos de corte respecta. No presentimos que lo que había de grotesco en su alianza tardía era capaz de enternecer y de revestir una nobleza diversa, y una diversa, patética, perturbadora hermosura.

Los fantasmas tornaron a acosarme. Mi actitud maligna frente a mi primo no había hecho más que subrayar mi mezquindad, mi perversidad, mi sordidez. Volví a sentirme solo, más solo aun que antes, solo como merecía. La banda ávida, insensiblemente, se apartó de mí. Aquella situación tremenda culminó a fines del verano. Una vez más, los huéspedes trataron entonces de alegrarme y de alegrarse con un espectáculo especial. La escena de Pantasilea se había frustrado, pero ésta no fracasaría. La idea de un baile de máscaras había transportado a Fabio, cuando se la referí. Aunque no diésemos la gran fiesta que había planeado con Horacio y con Nicolás, y no invitásemos a la concurrencia ilustre que imaginé convocar para mostrar mi Bosque Sagrado, ¿por qué no sacar partido de la presencia en Bomarzo de tanta gente joven y bella, para ensayar lo que sería esa diversión rumbosa? Como cuando se enteraron de la proyectada boda de

Segismundo, la noticia cundió entre los ociosos, apasionándolos. Combinaron trajes y adornos y nuevamente, por una semana, los espectros desertaron el castillo. Carecían de lugar, entre tanta bulla. Yo dejaba actuar a la compañía. Los veía colocar guirnaldas entre los monstruos; fijar teas en las terrazas; preguntar por las reservas de garnacha, de trebbiano, de vinos sicilianos y griegos, de dulce malvasía y moscatel de Candia, de blancos de Gallípoli, de tintos del Asia Menor.

Cuatro días antes del que escogieron para la carnavalada, cedí a los reclamos de Fabio y los orienté hasta los desvanes. Nunca había vuelto allí, desde que Girolamo y Maerbale me humillaron con el atuendo de mujer, y el presunto heredero de Bomarzo me atravesó el lóbulo con una aguja. Seguía todo casi como lo habíamos abandonado entonces, hacía más de cuarenta años. Los pajes consiguieron empujar los ventanucos mohosos y la claridad entró, vacilando, sobre las desgarradas telarañas que contribuían a la traza fantástica del sitio. Ratones y polillas la habían emprendido contra los terciopelos y los brocados que asomaban sobre las arcas y cubrían el piso polvoriento. Gritaron los romanos de júbilo, mientras sacudían las telas y los aderezos arcaicos, y nubes de tierra y mugre se levantaron alrededor, con miasmas viejos que asqueaban a las mujeres y que desataban toses, lágrimas y estornudos. Yo los miraba, reviviendo la escena fatal de mi infancia, pero no dejaron tiempo para que se acentuara el pánico de la evocación. Descolorido, trémulo, iba de un cofre al otro, y los muchachos me tironeaban del *lucco*, indicándome tales o cuales gregüescos de comienzos de siglo, tal o cual tabardo de peladas pieles, tal o cual chato birrete cuyas plumas pendían, devoradas y mochas. Declamaban trozos de poemas cómicos, alzando como pliegues de clámides las inauditas bufandas de comadreja, de garduña. Y Fabio organizaba el saqueo y encauzaba hacia el caracol de la escalera la fuga de los desechos malolientes que saltaban de grada en grada, arrastrados, pisoteados. La gloria gótica, la esplendidez del primer Renacimiento, se transformaban así, como cualquier moda pasada, en motivos de befa. Bajé entre ellos, apretado por el dudoso oleaje que despeñaba en torno su cascada de géneros, de randas, de galones, de primores antiguos. Inconscientemente, me llevé la mano a la oreja y palpé el lóbulo abierto.

Las mañanas y las tardes siguientes, Bomarzo ofreció el aspecto singularísimo de un palacio que se preparaba para un agasajo excepcional, utilizando para ello, sin embargo, sus prendas más ruines. De todas las ventanas, de la *loggia*, de los parapetos, pendían, en lugar de nobles tapices, piezas rasgadas y arrancadas que se ventilaban al sol. Salieron a relucir agujas y tijeras. Se crearon máscaras, *baute*, extravagancias de raso, de encaje, de seda, de metales superpuestos. Cada una de las mozas de lujo que en Roma hubiera considerado un oprobio el trabajo manual, se encerró en su habitación, con sus servidores, a concebir y realizar el secreto de su indumento fantástico. Se murmuraba que Pantasilea encarnaría a la reina de las Amazonas. A mí me presentó Violante un ropón naranja de mangas infladas como globos, y un yelmo adornado de frutas y perlas, además de una careta prolongada en filosa nariz, como si fuera lógico que yo también, con mi imponente marca natal, incapaz de disimulo, me disfrazase.

La noche misma de la fiesta aconteció un episodio cuyo solo recuerdo, luego de tantos años acumulados en la memoria, me hiela la sangre. Estaba yo en la habitación de las cerámicas, al crepúsculo, vistiéndome. Me ayudaba aquel

negrillo gracioso, de unos trece años de edad, llamado Antonello, que desplegó el tapiz en la escalinata, cuando las bodas de Segismundo, para que lo hollara la comitiva nupcial. Su dueño, el duque de Mugnano, me había hecho el presente del pequeño esclavo, y desde que entró a mi servicio no paró de revolotear en torno, afanándose, llevando y trayendo, con mil ceremonias y apuros, cosas inútiles, mirándome en todo instante con sus ojos renegros, que fulgían como insectos, como escarabajos, alrededor de mi giba. No había, pues, nadie más en la cámara, fuera del leopardo Djem que dormitaba encadenado a una de las columnas del lecho. Sentado frente a un espejo, estudiaba yo la forma de ajustar la careta, demasiado grande. Por la abierta ventana, subían hasta nosotros los rumores del parque, algunas risas, la discordancia de los instrumentos ensayados. El aire era tan calmo que no se agitaba una hoja. Me aproximé a la terraza y observé las antorchas que comenzaban a encenderse cerca de los monstruos. A su claridad, dibujábanse las fontanas saltarinas, las mesas que cubrían pirámides de manjares, las andanzas de los criados que acarreaban más luces, el ajetreo de dos o tres máscaras —tal vez Violante y Fabio— que iban entre los domésticos y los músicos, gesticulando, desplazando unas guirnaldas para ornar con ellas la trompa del elefante enorme y, circundando la escena como las decoraciones que limitan un proscenio, los abrazados árboles y las colinas en cuya sinuosidad confusa se posaban las alas de la noche.

Regresé al espejo para encasquetarme, secundado por Antonello, el yelmo de frutas y sartas de perlas, arduo de armar. Por fin quedó terminado el apresto. Se oía, sobre el canto de los surtidores, el canto frágil de las violas, que desenroscaban, como una guirnalda más, una ondulante cadencia, respondiéndose las unas a las otras, recogiendo el tema, exaltándolo, complicándolo y reduciéndolo luego al esquema de un diseño nítido, tan suave, tan hermoso, tan conmovedor, que me detuve un instante frente al espejo, como aguardando. Veía, en la luna octogonal, mi rostro desconocido bajo el aderezo extraño que elevaba sobre mi frente su entrelazada diadema multicolor. ¡Cuánto, cuánto había envejecido! Arrugas hondas surcaban mis mejillas y descendían a los lados de mi boca. Lo único que permanecía intacto en aquella devastación, del muchacho pintado por Lorenzo Lotto, eran los ojos intensos, febriles, los labios ávidos siempre, que empezaban a palidecer. Antonello me tendió la careta. Alcé la vista una vez más y en el espejo distinguí, detrás de la mía, otra cara, que no era la del pequeño paje. Djem despertó, se estiró y gruñó sordamente. Pensé que alguien habría entrado en el aposento, sin anunciarse, pero cuando me volví hacia el interior de la cámara no había nadie. El leopardo, erizado, olfateaba y tironeaba de la cadena. Sorprendido, calculando que quizás había sido objeto de una de las alucinaciones que me perseguían, giré despacio hacia el espejo. En su agua quieta estaba aguardándome la cara alarmante, ubicada, al parecer, detrás de mí, en las sombras de la habitación. Me eché a temblar, pero procuré serenarme y apreté los puños. No podía apreciar sus rasgos, porque la envolvía una inexplicable vaguedad, como una bruma verdosa, o como si estuviera envuelta en finísimas telarañas. Tampoco hubiera podido decir si se trataba de una cara de hombre o de mujer. De lo que estaba seguro es de que antes no la había visto. No correspondía a ninguno de mis fantasmas. Un rugido feroz de Djem estremeció la estancia, y Antonello, asustado, se pegó a mí y rodeó con sus brazos uno de los míos. En el espejo, la cara hasta entonces inmóvil y que aparentemente no pertenecía a ningún cuerpo, se distorsionó en una mueca, y la telaraña se rasgó en jirones que colgaron, como andrajos de piel, alrededor del vacío de su boca. Yo hubiera

deseado huir pero estaba clavado al taburete. Sólo acerté a señalar el espejo y a preguntar, con una voz que sonó ronca, forastera, irreal, más insólita aun en medio del concierto que se elevaba desde el parque con el orden perfecto de sus cuerdas encantadas:

—Allí... allí... esa cara...

Antonello se apretó más todavía contra mí, tiritando de miedo, y escudriñó la luna.

—¿Dónde? —interrogaba—, ¿dónde?

Y sus ojos, sus escarabajos, saltaban sobre el espejo, como si quisieran penetrar su opaca superficie.

—Allí...

Nada. No veía nada. Y la cara, entre tanto, avanzaba lentísimamente hacia mí, como si ascendiera del arcano de un pozo tétrico, atravesando el vaho de la niebla. Era horrible. Su horror no procedía de los rasgos, velados por la curiosa materia verdegrís, que los arropaba como una secreción flotante, sino de la expresión, de la incomparable maldad que, bajo el tejido sutil de humores, de legañas que no eran tales sino algo semejante al moho que se adhiere a las momias, emanaba de sus ojos, adivinados, debajo de la putrefacción o de lo que fuese, como dos agujeros brillantes y oscuros, y de la sensualidad atroz que brotaba de sus labios, de su belfo, que tenía mucho de animal o de vegetal, de sobrehumano, y que delataba su lepra como algo aparte del resto, a modo de la carne incolora de un crustáceo que hubiera quedado aprisionada en la trampa de las redes sucias. Volví a mirar hacia atrás y, como la vez primera, comprobé que no había nadie. No había nadie y la habitación zozobraba en la penumbra. Nadie, fuera de Antonello. Djem, parado sobre las patas posteriores, guerreando con el collar de hierro y de turquesas, arañaba al aire y rugía. Su esfuerzo conmovía al lecho inmenso, pesado, que se agitaba como una barca, con su cortinaje. Una fuerza irresistible, una tremenda fascinación, me obligó a tornarme nuevamente y a enfrentarme con el cristal. La cara estaba ya junto a la mía, rozaba casi el yelmo absurdo, su cimera, sus lambrequines de frutas y de joyas. Antonello rompió a llorar. No era, insisto en que no era una cara de rasgos espantosos, de peludas orejas, de dientes lobunos. Carecía de rasgos y era, simplemente, horrible. La boca muy abierta, desproporcionada, se hendía como el acceso de una gruta. En los jardines estalló, con abanicos de estrellas, un fuego de artificio, y los aplausos vibraron sobre la placidez de la noche. El olor repulsivo que impregnó al cadáver de mi astrólogo y a los manuscritos de Dastyn, flotaba en la atmósfera y hasta el paje se estremeció al notarlo. Ya había intuido yo, a esa altura de la experiencia sobrecogedora, quién me visitaba así, en la intimidad de mi aposento. Mi formación, típica de un hombre de esa época, crecido a la vera de Messer Pandolfo y de Pierio Valeriano, que me impulsaba a entremezclar cuanto me sucedía con los recuerdos literarios, hizo bailotear en mi espíritu, en ese momento tan singular, tan pavoroso y tan poco propicio para las citas intelectuales, un verso burlón de Nicolás Maquiavelo, de aquella *Canción de los Ermitaños* que escuché a los estudiantes cuando con Silvio de Narni viajaba hacia Venecia: *Quien ve al Diablo verdaderamente no lo ve con tantos cuernos ni tan negro...*

Levanté, sin dejar de vigilar al espejo, hundidos mis ojos en las órbitas de la aparición, lo primero que hallé al alcance de la mano, e hice añicos la luna. Entonces Djem, de un tirón rabioso, arrancó la cadena y se abalanzó sobre mí. Sus garras se hincaron en mi hombro, en mi joroba; sentí en el brazo el filo de

sus dientes. Sangrando, gritando, me lancé por las escaleras, en pos de Antonello, al que el pánico puso alas en los pies. Llegamos a la galería de los bustos de los patriarcas de Aquileia, donde me aguardaban las máscaras, precedidas por los músicos y por los bufones del duque de Mugnano, y caí delante del Minotauro, enrojando las losas. Mi casco rodó y las perlas se esparcieron. La última visión que conservo de esa escena es el semblante demudado de Pantasilea, celeste de tan pálido, sus pechos desnudos y sus piernas nervudas e hinchadas por las várices. Escapó corredor arriba, vociferando que me habían asesinado, y a sus espaldas danzaban el carcaj y la piel de pantera de la reina de las amazonas.

No hubo fiesta esa noche en Bomarzo, ni la hubo nunca más. A Djem lo degolló el propio Segismundo, que lo adoraba, con su daga española. Los invitados partieron al amanecer. Yo oscilé durante mucho tiempo entre la muerte y la vida. Cuando recobraba la lucidez, reconocía, desvanecidos, transparentes, a Violante, a Fabio, a Antonello, a los franciscanos, al cardenal Madruzzo, venido de su castillo de Gallese, a algunos de mis hijos, que fluctuaban y vacilaban en torno de mi lecho. Y ese olor... Me habían instalado en otra estancia, junto a la *loggia* de la *Gigantomaquia*, y sin embargo su fetidez seguía emponzoñándolo todo. Reconocía a Horacio y a Nicolás, sus ágiles elegancias, sus brusquedades viriles, sus interrogaciones permanentes, pero no podía hablarles. Aquellas pausas de razón duraban apenas: se borraban las familiares figuras, y a poco Pier Francesco Orsini regresaba, como un condenado, a su Infierno, a sus monstruos, a sus larvas, a sus ícubos, a la gran boca sombría, a su no compartido terror.

Larga fue la convalecencia. Las heridas curaron, pero tardé en recuperar mi pleno dominio. Me ubicaron en la *loggia*, cuando el tiempo era bueno y la primavera avanzaba por el valle, con alguno de los libros nuevos que pensaban que podían distraerme. Pero el tratado de mi sobrino Fulvio Orsini, su colección de imágenes de los hombres ilustres de la antigüedad, me fatigaba, mientras volteaba los folios densos de inscripciones latinas, grabadas en medallas y en relieves, y en cuanto a los textos de Andrea Palladio sobre arquitectura, aunque el propio Vasari declarase que no existía ningún palacio más digno de un príncipe que el de Coleoni Porto, que Palladio había alzado en Vicenza, me irritaban, porque su obsesión de simetría, tan opuesta al espíritu barroco de la escuela romana, de Miguel Ángel, de Vignola, de Fontana, era lo más opuesto a mi carácter. ¿Qué me importaban, por lo demás, esos estudios? Me movía, me desperezaba, a mil leguas de ellos. A veces daba unos pasos por la terraza y me afirmaba sobre el antepecho para mirar, en el parque, mi extraña obra. ¿Qué había hecho yo, después de todo, al violentar así a la naturaleza, al distorsionarla hasta reducir aquellas rocas magníficas a objetos monstruosos? ¿De qué pecado más era culpable? ¿Qué podía justificar ese acto de soberbia, impulsado por la presunción de perpetuar los actos de mi vida aborrecible? ¿De qué tenía que enorgullecerme, que valiera su proclamación eterna? Allí estaban, acusadores, los grandes testigos. Yo mismo los había emplazado, les había transmitido mi imperio. Ahora era yo el vasallo suyo. Y estarían siempre. Volvía a la cuja que habían colocado bajo la cubierta *Gigantomaquia*, y me estiraba a olvidar. Era lo que más ansiaba: olvidar, diluirme, pulverizarme, y los monstruos, la enorme guardia de piedra, me lo vedaban. Había oído contar que los cabalistas de Safed, en Galilea, para alejar al Ángel de la Muerte que rondaba en torno de un hermano del misterioso duque de Naxos, habían cambiado su nombre, calculando que burlarían así a la inexorable, y también yo hubiera deseado que cambiaran el mío, y dejar de ser el duque de Bomarzo, con tal de que alejaran a mis recuerdos.

Entretanto, alrededor, mis parientes hablaban de las angustias de Europa. El arsenal de Venecia había volado y se aseguraba que la flota había sido destruida. Por esos días, el sultán Selim II, sucesor de Solimán el Magnífico, Selim el ebrio, el licencioso, el que gobernaba desde el serrallo, envió un ultimátum a la Serenísima, exigiendo la entrega de Chipre, y el mundo se preparaba para la guerra. Los judíos habían sido expulsados de los centros menores de los estados papales, porque se los suponía en connivencia con los turcos, sus protectores. Horacio y Nicolás partieron de Bomarzo. Apoyaron contra el mío sus pechos de hierro: ciñeron mis manos frágiles con sus guanteletes. Hasta tarde, hasta que su tropa se esfumó detrás de los montes, seguí oyendo en el patio el relincho brutal de sus cabalgaduras. Los caballeros de la orden de San Stefano debían sumarse en la lucha a los de Malta. Horacio me escribió después, contándome que la escuadra maltesa, a la cual pertenecía, había detenido en alta mar a un grupo de refugiados de Pésaro, que huían hacia Palestina, y que los habían reducido a la esclavitud. “Tengo para Su Excelencia —me decía con el propósito de entretenerme— un maravilloso esclavo, un escultor. Quizás se le pueda confiar la roca que permanece junto al elefante, sin tallar.” Pero yo no me interesaba más por esa roca, que reservé para un prodigio último. Meditaba, vagamente, en los riesgos de la guerra. Italia había sido hasta entonces el verdadero paraíso de los hebreos, donde los sabios de la raza peligrosa compartían con los cristianos los estudios graves y secretos que realizaban ahora en Tiberíades y en Safed, y donde la mayoría de los gobernantes utilizaba médicos judíos. Se murmuraba que el duque de Naxos en cuestión, el marrano José Nasí, a quien el sultán había otorgado ese título, arrojando de sus dominios al príncipe Giacomo IV, de familia veronesa, aspiraba a ser el rey de Chipre y a afincar allí a los hijos de Israel.

Exóticas figuras, turbantes como cúpulas de mezquitas, cetros y espadas como minaretes, atravesaban por mi mente que la fiebre excitaba al atardecer. Yo había conocido a algunos de los señores italianos del Egeo, a los Querini, a los Gozzadini, a los Sommaripa, a los d’Argenta, a este mismo Giacomo IV Crispi, cuya estirpe había sucedido a la de los Sanudo en el feudo de Naxos, que gobernaban hacía tres centurias. Los había visto en Roma, donde llamaban la atención, casi mitológicos, merced a sus archipiélagos poblados de fábulas, de viñas y de mármoles célebres. En Venecia, cuando el duque de Naxos descendía de su nave, cuatro nobles vestidos de escarlata lo escoltaban hasta la Sala de las Audiencias, precedidos por seis trompeteros y el dux se levantaba para estrecharlo en sus brazos y lo sentaba al lado de su trono. Y el Mediterráneo medieval, heroico y poético, se perdía... Se perdían para nosotros las Cícladas en las que Teseo abandonó a Ariadna, en las que yacen los gigantes destrozados por Hércules, en las que nació Apolo, las posesiones del duque de Naxos, conde de Andros y de Paros, señor de Milo y de las Islas, cuyo palacio, el *castro* histórico de Marín Sanado, se elevaba sobre la antigua acrópolis. Se perdía Chipre, donde un advenedizo, un banquero portugués amigo de visires, pretendía tal vez ceñir la corona de rey de los judíos, esa corona que, según narraban los viajeros, José Nasí guardaba en su casa, en el *Belvedere* de Constantinopla, junto a un estandarte bordado con las armas de la dinastía de Lusignan que había regido a Chipre durante trescientos años.

No... los libros sobre el arte actual y sobre el arte remoto no conseguían distraerme. A la inquietud que me causaban mis remordimientos, sumábase la de saber a Horacio en peligro. Además, sentía flotar a mi alrededor un espectro nuevo, más material que los que hasta entonces me habían acosado. Mis hijos

cuchicheaban con el intendente de mis tierras, con los notarios, con los leguleyos, y meneaban la cabeza de desesperación. La ruina postergada se cernía sobre nosotros. La herencia de Julia, cuyos restos picoteaban mis vástagos en medio del desorden, no bastaba para contener el desastre. A Fabio Farnese se le ocurrió la idea peregrina de que un segundo casamiento mío sostendría al edificio crujiente y aunque adiviné lo que tramaban no me inmiscuí en sus conversaciones. Allá ellos; que procedieran como juzgaran mejor. Yo ya carecía de voluntad. Casarme, al filo de los sesenta años, abrumado, enfermo... ¡bah! Entrecerraba los párpados y los espiaba, distantes...

Poco a poco, retornó la salud. Segismundo me acompañaba. Mi padre había sido pintado por Lorenzo Lotto, en el políptico de Recanati, bajo los rasgos de San Segismundo, realizando un retrato que nunca llegué a descifrar, y ahora, gracias a este otro Segismundo, era como si mi padre anduviese junto a mí, en las cortas caminatas de los jardines, un padre bondadoso, comprensivo, con la mitad del rostro oculta por un lienzo oscuro, un padre a quien no conocí jamás. Departíamos quedamente, como dos monjes, de cosas viejas, nuestras, que el resto no podría entender, y lo demás —la guerra, la bancarrota, la boda incoherente— retrocedía y se borraba como se desdibujaban los trasgos, los muertos amores, los muertos odios y hasta la cara horrible del espejo. Antonello, como una versión reducida de Abul, marchaba adelante, al hombro el mono favorito de Pantasilea que tiraba de su banda punzó. De tanto en tanto se volvía para sonreírnos. No advertí que Segismundo se había confabulado, por amistad, con nuestra prima Violante; que si no se apartaba de mí era porque él también barruntaba —acaso incitado por el flamante espíritu hogareño de Pantasilea, de Pantasilea Orsini— que la presencia de una mujer rica a mi lado contribuiría no sólo a enderezar mis tristes finanzas sino a devolverme la paz corrompida. Fue él quien me transmitió por fin el fruto de las indagaciones de Fabio y de Violante, él quien se encargó de proponerme el nombre de la que sería duquesa de Bomarzo, salvadora del Sacro Bosque. Se llamaba Cleria Clementini.

No se hubieran atrevido a formular la sugestión en distintas circunstancias. Se requería, en verdad, que yo estuviera muy quebrado, muy debilitado y que mi roída hacienda mostrara su podredumbre, para que osaran ir tan lejos. El origen de los Clementini —¿a qué disimularlo, si sería inútil?— no podía ser más equívoco y oscuro. Aunque se ufanaban de descender de los Clementini de Rímini (y ni siquiera eso era cierto) y de que su casa contaba con figuras relativamente prestigiosas, como Pietro, condottiero de mil hombres a las órdenes de Boemundo de Tarento; Giordano, que pasó a Oriente con Federico Barbarroja; y Juan, consejero de estado de Segismundo Pandolfo Malatesta el Grande; y aunque se preciaban de que su patronímico derivaba de su parentesco con el papa San Clemente —o con Clemente II o III, lo mismo da— y mi primo me enseñó, medio en serio y medio en broma, una genealogía loca que lo refrendaba, esta última disparatada pretensión sólo conseguía acentuar lo absurdo de sus aspiraciones. Lo que sí era cierto, en cambio, es que habían medrado enormemente, trabajando junto al banquero Mariano Chigi, padre de Agostino el Magnífico. A la sombra de los prósperos Chigi, que habían acelerado la ruina de mi abuelo Franciotto, de transacción en transacción, los Clementini habían alcanzado un auge que se complicaba con negocios de múltiple laya. Esa misma penumbra protectora, que facilitó su progreso material, había relegado a los ancianos de la familia en un segundo plano oportuno, más vago que los

condottieri de Rímíni, defendido por fardos de mercaderías y por altas columnas numéricas, al que únicamente tenían acceso los negociantes y prestamistas de Génova, de Venecia, de Amberes y de Lisboa, lejos de los escenarios fastuosos en los que los grandes señores se debatían contra la pobreza cuando la guerra no les brindaba la ocasión de rehacer sus economías.

Cleria Clementini declaraba cuarenta y siete años. Extrañamente, seguía soltera. Se destacaba, según me dijo Violante, por su acendrada piedad y por un orgullo que le obligó a rechazar las ofertas de matrimonio que se le presentaron, algunas no desdeñables, pues las juzgaba inferiores a sus méritos. En realidad, si no había contraído nupcias, es porque al comienzo, cuando aún no había recibido su fortuna, huérfana entre sus tíos sagaces, pensó entrar en un monasterio, cosa que fue postergando, tentada quizás por otras perspectivas, acordes con los rasgos vanidosos que completaban su carácter, y porque los candidatos que surgieron en su camino resultaban mediocres para su presunción. El sustancioso caudal llegó a sus manos bastante tarde, luego de sucesivas muertes que le crearon la posición con la cual soñaba. Era indiscutiblemente opulenta. Violante la había conocido en Roma, por la relación de esos comerciantes con Savelli, su marido, y le había hablado de mí, de mi solitaria viudez, de Bomarzo. Contaba mi prima que la mención dejada caer a la ligera, de una posible alianza, había encendido su imaginación. ¡Duquesa de Bomarzo, ella! ¡Unida a una estirpe en la que abundaban los papas (auténticos), los santos (auténticos también), los boatos, los mártires, los cardenales, los arzobispos, los caballeros de San Juan de Jerusalén, los templarios, cuanto podía seducir más a su afán devoto, y en la que ya estaba muy avanzada la áurea lista que daría once reinas Orsini a otros tantos tronos, y doce Orsini casados con hijas de reyes y emperadores, lo cual halagaba, estremecía, deleitaba y encandilaba maravillosamente a su empinada soberbia! ¡Qué gloria! ¡Qué perspectiva de lograr por fin, a los cuarenta y siete años, la suprema paz victoriosa que exigía su ánimo turbulento, solicitado contradictoriamente por los resplandores del cielo y de la tierra! El hecho de que yo fuese jorobado, endeble, difícil, sesentón, cargado de hijos y de deudas, había parecido importarle poco. Sin duda se había forjado de mí una efigie especial, algo así como la estatua ecuestre que corona en Venecia la tumba de Nicolás Orsini, a modo de un San Jorge, todo plumas y acero, el príncipe por antonomasia. Quien poseía por primer antecesor a un héroe amamantado por una osa, al que la emperatriz Pulqueria concedió castillos y torres, once siglos atrás, no debía ser, a los ojos de la deslumbrada Clementini, sino un señor admirable. La imagen suya que me fui formando a través de las descripciones de Violante no cuajaba en atributos tan bellos. Cuando Segismundo se refería a la majestad de su porte, yo conjeturaba, desde la distancia de mi debilidad, el empaque propio de una hembra compacta, maciza y voluntariosa. Y no me equivoqué. Mis primos y Fabio eludían las alusiones concretas a su aspecto y a su espíritu, y rebosaban de pormenores acerca de su caudal. Sobre ese tema sí se explayaban sin eufemismos. Cleria Clementini era rica, rica, rica... La nómina de sus propiedades se equiparaba con la de nuestros santos y nuestros reyes... ¡Alabado sea Dios!, ¡y cómo me persiguieron en el período indefenso de la convalecencia! ¡Cómo reiteraron las ventajas de una compañía serena, digna, la proximidad de alguien que, consciente de mi inmensa superioridad, viviría en perpetua sumisión! ¡Y lo otro... el río dorado...! Carecía de parientes, apenas unos vagos sobrinos... la ventaja de los linajes nuevos finca en que carecen de parientes...

Yo los oía, arrebuñado, absorto. Pero, ¿por ventura Segismundo Orsini no había casado con Pantasilea? ¡Ay!, recordaba que en la época en que se trató mi boda con Julia Farnese, algunos —y yo mismo— pensamos que aquel enlace implicaba una fiera desproporción y eso que los Farnese... Y yo era joven entonces, y Bomarzo florecía... Ahora, de mi juventud únicamente me quedaban los ojos y las manos, y de Bomarzo... el Demonio había entrado en Bomarzo, que no me pertenecía ya... Una mujerona, rezadora, milagrera, ambiciosa... y tanto, tanto dinero... la oportunidad de ordenar el porvenir de mis hijos... ¡quién sabe!... de obtener un equilibrio último... de enmendarme... de descansar...

Las nupcias fueron bendecidas en Bomarzo, dos meses después, por el cardenal Cristoforo Madruzzo, que había cedido la diócesis tridentina a su sobrino Ludovico y residía en Roma. Cleria no resultó con exactitud como preví. Situábase, física e intelectualmente, en la línea de Nencia, la que en la corte florentina se había apoderado de mi virtud. La situaban lo espeso y anquilosado del cuerpo, el bozo evidente, la mirada inquisitiva de los ojos azules, la pasión con que consideraba cuanto atañía a los Orsini, cierta masculina eficacia. Me trató ceremoniosamente desde el primer instante, y le devolví su actitud. Nos encontrábamos en las galerías, en el parque, en el templo, nos hacíamos unas profundas reverencias, y lo único que esperaba de mí era que le hablara de mis antepasados, que le refiriera alguna proeza, alguna singularidad y que la fuera incorporando, como si ello fuese lógico, dentro del marco ilustre de nuestra casa. Tuve la sensación rara de desandar el camino del tiempo, de regresar al palacio de la via Larga, de ser una vez más el muchachito a quien la hembra fuerte veneraba por todo lo que se acumulaba de siglos, alrededor de él. Claro que, al revés de lo que sucediera en aquella ocasión, en que desempeñó un papel tan preponderante, tan decisivo para mi adolescencia, el elemento sensual estaba excluido de nuestras relaciones. Al no ensayar yo contacto alguno, tampoco lo requirió Cleria. Probablemente, cuando comenzó a esbozarse el plan de nuestro casamiento, ella calculó que las cosas acontecerían de ese modo. Tampoco estaba yo, en la sesentena, giboso, flaco, descaecido, con la barba gris que me había dejado crecer y el pelo que raleaba, para hechizar a nadie.

Mi segunda mujer pasaba buena parte del día en la capilla y en el templete de Julia. El fervor respetuoso que me dedicaba era compartido por la memoria de Julia Farnese, pues la existencia de Cleria Clementini se deslizaba impulsada por la delicia de haber sucedido en el ducado a una sobrina de Pablo III. De tarde se vestía espléndidamente y presidía en la mesa a los convidados que, atraídos por la flamante holgura que se había aposentado en el castillo, acudían de ciudades remotas. Vi a mis hijos más a menudo. Marzio, y su esposa, Porzia Vitelli, se azararon inútilmente por conquistarme con mis nietos mayores, Horacio, el que fue capitán pontificio, Trifonia, monja futura... Lo más significativo, en el cambio, es que dejé de ver a mis fantasmas. Cleria impuso en Bomarzo un ritmo inédito. Para cruzar de una habitación a la otra, como una archiduquesa austríaca, se hacía escoltar por dos o cuatro damas. Se movía entre séquitos, entre azafatas, entre pajes, entre genuflexiones. Excluyó a Pantasilea de su círculo próximo, y no la suprimió totalmente por temor de dar un paso en falso, pues sabía mi intimidad con Segismundo y cuánto había contribuido éste a concertar mi nueva boda. Pantasilea la molestaba sin duda. Era, como ella, una Orsini exótica, y eso colocaba a la duquesa, a pesar de su fortuna y de su celosa honestidad, en el mismo sector aparte, advenedizo, de la ex meretriz. Pero Pantasilea, por su intenso trato con los grandes, se había adueñado con inconsciente (o consciente)

familiaridad de nuestros usos, de nuestro tono, de nuestros tics, hacía muchos años, mientras que Cleria tenía bastante que aprender, y la exageración ritual de su boato y su etiqueta, que hubiera asombrado a Julia, servía para disfrazar sus vacilaciones. A mi cuñada Cecilia Colonna la adulaba hasta el sometimiento. La pobre ciega, atónita, salió una vez más de su retiro y se encontró en el centro de la esfera mundana. Después de las comidas, Cleria se apartaba con la viuda de Maerbale, con el duque de Mugnano y con el cardenal Madruzzo. Charlaban sosegadamente, acompasadamente. Mi mujer —me cuesta llamarla así, por la flojedad indiferente de nuestro vínculo— irradiaba satisfacción. Antonello se echaba a sus pies, con los perros, con los papagayos, con algún enano de mi primo el duque. Hasta entonces yo había prohibido que trajeran esos personajes míseros, barulleros, forrados de cascabeles, cuya presencia me avergonzaba, pero Cleria entendía que eran inseparables de las ostentaciones cortesanas, y accedí a su deseo. Se susurraba que en Mugnano, como en la antigua Grecia —donde existió un vocablo para designar esos muebles torturantes: *glootokoma*—, había cofres especiales en los que se encerraba a los niños pequeñitos, con el fin de impedir su crecimiento, pero, si bien no lo comprobé, se me ocurre que serían invenciones de los aldeanos, cuya imaginación, cuando se trataba de describir nuestras vidas, sobrepasaba ampliamente la de sus príncipes, pues nunca les parecían suficientes a sus cálculos nuestros placeres, nuestras extravagancias y nuestras demasías. El cardenal Vitelli, tío de mi nuera, hizo servir en Roma un banquete a treinta y cuatro enanos, por aquel tiempo. Cleria aspiraría posiblemente a algo igual. Entre tanto, se limitaba a observar con altanero decoro a los bufones del duque, a oír y a aprender. Aunque arriesgaba escasas palabras y se reducía a asentir por medio de gestos solemnes, haciendo oscilar apenas su rostro empastado de banquero astuto, sus ojos azules brillaban de alegría. Era feliz y yo toleraba que lo fuese, mas no me inmiscuía en su coro litúrgico y aristocrático.

Meses después, el tedio, el tedio más atroz, se adueñó de mí, y comprendí que empezaba a detestar a la intrusa que representaba una parte que no le correspondía, jugando con esfuerzo, diversamente, a la abadesa y a la duquesa, y mentando sin cesar a los condottieri de Rímimi y al papa San Clemente. Nada hondo nos unía, nada genuino. En realidad, jamás me acomodé dentro de la anómala, humillante situación que Fabio y Violante habían fraguado aprovechando mi flaqueza. Percibí —Cleria no se hubiera arriesgado a manifestármelo— que la dama Clementini aborrecía a mi Sacro Bosque, sus quimeras y sus monstruos. No alcanzaba a discernir el entusiasmo que su originalidad suscitaba entre nuestros huéspedes más sutiles. Ella hubiera querido unos jardines imbéciles y lujosos, una de esas obras en cuya concepción convencional es imposible equivocarse, por obvias, con fuentes escalonadas, una caricatura reducida de la *villa* de Hipólito de Este. No me comprendía. No comprendía nada de mí, ni lo malo ni lo bueno. Asfixiada por el snobismo y por la devoción —que era en ella otra forma de snobismo, del apego a la pompa, a las dalmáticas, a los sahumeros, a las jerarquías— iba de sus conversaciones con los franciscanos a sus diálogos con Segismundo (porque advirtió mi rechazo y, prudentemente, se refugió en mi primo), para saciar sus dobles hambres en las que el vago misticismo se mezclaba con la recién aprendida heráldica, y hasta aflojó los nudos que eliminaban a Pantasilea de su grupo noble, con el objeto de engolosinar al frívolo cíclope. Segismundo, que valoró los beneficios que derivaban de la amistad de alguien tan poderoso, pues, a partir de la intromisión

sentimental de Pier Luigi Farnese en su incierta vida, creía, sinceramente, que su paso por la tierra debía ser costado por los demás, y que, luego de su connubio con la pelirroja Pantasilea, no estaba en situación de ponerle fea cara a ningún *parvenu*, le prodigaba sus atenciones y quizás obtenía algún bocado como fruto de las mismas, mientras desenroscaba para Cleria el tapiz de nuestros senadores, de nuestros prefectos, de nuestros gonfaloneros de Roma, errando, por supuesto, pues nunca dominó la ardua materia de nuestra dinastía enmarañada. La detesté a Cleria particularmente, deduzco ahora, por eso, tan penoso, que el poeta Géraldy explica con excepcional agudeza en su poema sobre los tontos: por lo que descubrí en mí que se le parecía... Sí, Cleria y yo, con ser lo más opuesto, poseíamos puntos de contacto que me indignaba percibir, por degradantes. De tal suerte llegó a mortificarme, que hasta pensé sugerirle que se fuera a Roma y que allí, en un proscenio más vasto, más propicio, se consagrara por entero a paladear, como un vino embriagador, el privilegio portentoso de ser Cleria Orsini, duquesa de Bomarzo.

Horacio me escribió por aquel tiempo, enumerando los acontecimientos que presagiaban la guerra inmediata contra el infiel. A mediados de junio, el contingente papal zarparía de Civitavecchia, en las doce galeras del gran duque de Toscana, bajo el comando de Marcantonio Colonna, general de la Iglesia, para reunirse con las fuerzas aliadas, venecianas y españolas, en Messina. Nicolás y él harían el viaje a bordo de *La Serena*, a las órdenes de Héctor Caraffa, duque de Mondragone.

Anduve una semana con la carta en la escarcela, dando vueltas a las ideas que me asediaban. El mar... el ancho mar... Constantinopla... Otros, de mi familia, habían partido en expediciones similares, para recuperar el Santo Sepulcro, para torcer la altivez del otomano. ¿Por qué no yo? ¿Por qué no iría yo? Ya estaba restablecido de mis heridas; los vapores que nublaban mi cerebro se habían disipado. ¿Por qué no yo? Puesto que me estaba vedada la inmortalidad por el camino de la alquimia, ¿por qué no lograrla, como tantos, por el de la hazaña épica? En Metz, en Théroutanne, en Hesdin, no me había conducido tan mal. Aquí debería conducirme mejor. Total... ¿qué tenía que perder?

Me decidió la propia Cleria. Una mañana, luego de sus tres misas, topé con ella en la *loggia*. Hacía mucho calor, el calor de junio que tumba a las bestias, que agosta los sembradíos. El invierno anterior había sido muy cruel. Y no llovía. Las ovejas, sedientas, balaban en lo amarillo de los campos. En alguna parte de los montes, a través de la atmósfera reverberante que comunicaba al paisaje una leve oscilación, y vibraba como si lo mirásemos tras un vaho tórrido, resonaban el llamado agónico, quejumbroso, de las trompas, los gritos espaciados de los ballesteros y los ladridos iracundos de los galgos. De vez en vez, un halcón remontaba el vuelo y planeaba, alto y seguro. Mi hijo Marzio andaba de caza con los hijos de León Orsini. Caían aves muertas entre los cipreses, y los azores traían otras en las garras. Era menester ser muy joven, para arriesgarse así bajo el sol que abrasaba las mustias heredades.

Cleria se había aligerado las ropas, pero el mazacote de las faldas rígidas y el rebozo la oprimían con su sofocación. Se dobló en una reverencia (siempre, sin motivo, me hacía unas grandes reverencias exageradas), y Violante, que estaba a su lado, sonrió ligeramente.

—Tengo que pedir algo —me dijo mi mujer.

Nunca me pedía nada. Le sobraban dineros para que su deseo más mínimo se cumpliera de inmediato. Poseía todo, todo. La transpiración le ponía en los labios un rocío trémulo. Enarqué una ceja y aguardé.

—Se trata de una nimiedad. Júzguelo Su Excelencia...

Y ella también sonrió, mientras me tendía una mano. Sentí entre mis dedos, los suyos, gordezuelos pero firmes, que el sudor humedecía, y me erizó una repugnancia inaguantable. Ahora los halcones, dos halcones, abrían sus alas sobre el plomo del cielo. Se quemaban allá arriba, fijos.

—Nuestras armas... —añadió Cleria, amenguando el tono, buscando con sus duros ojos azules los míos, pero la rehuí— Su Excelencia las conoce... las tres estrellas... el escudo de Clementini... de nuestro pontífice...

Mi ceja derecha ascendió más todavía.

—Quisiera... quisiera que las mandarais labrar, en las murallas del castillo... o en alguno de los aposentos...

Guardé silencio y eso pareció alentarla. Me abombaban, me ofuscaban el calor, su estupidez, su pretensión. La odié; la odié cabalmente.

—También se hallan aquí las de los Farnese —prosiguió Cleria— y creo que sería justo... en la capilla, encima del portal...

Separé mi mano de la que me oprimía, pegajosa.

—He pensado que se podría hacer venir de Roma un buen artífice... sin reparar en gastos... la osa... la rosa... las estrellas de plata...

Respiré hondo. Se me entró por la nariz el aire candente, el aire de Bomarzo. Fue como si lo aspirara a Bomarzo, a mi Bomarzo etrusco, infinitamente viejo, los campos, las colinas, las rocas. Quedé colmado de Bomarzo, denso. Cortante, pronuncié, recalcando las palabras:

—No. Eso no se hará. No se debe hacer.

Giré para alejarme, pero antes vi, en su cara que enrojecía el bochorno del verano, la soflama de la afrenta. Violante me tomó del brazo y salimos. No formulamos comentarios. Me besó en la mejilla, cuando entraba en mi estancia. Esa tarde misma le escribí a Marcantonio anunciándole mi propósito de incorporarme a sus fuerzas. No necesitaba su venia; un Orsini no necesita la autorización de un Colonna, cuando se trata de defender a la Cristiandad, a San Clemente y a Pío V y a los papas que habíamos entregado, a lo largo de las centurias, al santo solio. En seguida, con Segismundo, con Antonello, con diez pajes atareados, abriendo y cerrando arcas, probando espadas, golpeando corazas y cotas, alegre por fin después de mucho, mucho tiempo, inicié los preparativos. Me iba a la guerra. El duque de Bomarzo se iba a la guerra una vez más, quizás a morir. Y lo extraño, lo estupendo, es que no experimentaba miedo alguno.

XI

MI LEPANTO

Segismundo no me acompañó en aquella empresa, como en la de Francia. Quedó en Bomarzo, con mi mujer y con la suya, seguramente atenaceado por el remordimiento de no enfrentar al destino a mi lado. Pantasilea opuso a su partida el peso de su tenacidad, pues habiendo logrado un marido tan noble, tardía e impensadamente, no se decidía a arriesgarlo en el juego macabro y espléndido. Además, los achaques de Segismundo lo transformaban más en un estorbo que en un auxilio. Lejanos placeres, úlceras y reumatismos, exigían el pago de sus cuentas antiguas, y lo obligaban, de tanto en tanto, a permanecer en el lecho, a acurrucarse junto al fuego, como un anciano, renovando emplastos y bebiendo tisanas. Tampoco era yo un modelo de garbo y de fiereza, pero precisamente los atractivos que podían tentar a Segismundo a no salir de nuestras tierras —la quietud del hogar, los mimos sabios, las almohadas, las suaves comidas, los recuerdos, el sentirse más señor en mi ausencia, consultado y halagado, algún libro... pues Segismundo descubrió la lectura en la melancolía crepuscular de su existencia, cuando los avariciosos lectores veteranos, ahítos, solíamos posponerla o abandonarla— se convertían para mí en razones que me movían a huir de aquel marasmo, donde la obsesión de Cleria Clementini y de memorias siniestras se conjugaban para indicarme que mi salud se hallaba fuera de Bomarzo. Y además estaba de por medio el asunto de la inmortalidad, de la gloria, de la deuda contraída con mi nombre. Y estaba la perspectiva de encontrarme con Horacio, de conquistar su voluntad definitivamente, pues, a esa altura de mi vida, cuando avanzaba palpando las sombras entre angustias, oprobios y resquemores, harto del saldo mezquino que perduraba alrededor, luego de tanta muerte injusta, Horacio constituía para mí la única, la última luz del desolado paisaje.

Cleria no intentó retenerme. Carecía para ello de influencia y de argumentos, y probablemente le gustaba la idea de que su marido, cuya proximidad la incomodaba, se sumara a los próceres que en esos momentos mismos aprestaban sus armas y sus almas para la gran acción. Me despedí de ella gravemente, en una ceremonia en la cual, delante de mis vasallos reunidos, besé su mano húmeda de la que colgaba siempre, apresado entre el índice y el pulgar, un largo pañuelo flotante. Y me fui, seguido por seis arcabuceros, cuatro pajes y Antonello, que llevaba con ufanía, suspendida en el arzón, su espada virgen. Soplaba en torno el aliento del ancho estío. Abarqué con los ojos a los monstruos recalentados, y tomamos el rumbo del mar. Pálidas hogueras humeaban en el amanecer.

Marcantonio Colonna, duque de Pagliano, me acogió cordialmente en Civitavecchia pero mi ánimo quisquilloso me insinuó que no se ocupaba de mí como debía. Suspendió tres veces la conversación, que giraba, vagamente, sobre el estado de Cecilia y sobre las obras de Bomarzo que no alcanzaba a comprender y que imaginaba como una horrible feria, con gigantes y cabezudos, para atender a oficiales que entraban llevando despachos y para ladrar sus órdenes insolentes.

Tenía veinte años menos que yo y se destacaba por su experiencia bélica. Sin embargo se murmuraba que ignoraba cuanto se refería al arte de la lucha en el mar, pues no en vano pertenecía a un linaje que, siendo tan rico en capitanes ilustres, no había dado a Roma ni un solo almirante. A nosotros nos execraba, aunque era casado con una Orsini, hermana del duque de Bracciano: por lo menos a mí, perpetuamente desconfiado, se me antojó, no bien lo vi, que nos aborrecía, y eso que la recepción, repito, fue cordial. Continuaban en pie testimonios bastante recientes que proclamaban su encono. Durante la campaña de Pablo IV, en la que intervinieron Horacio y Nicolás Orsini en favor del pontífice, Marcantonio había combatido contra el papa, sirviendo al duque de Alba, y luego había asumido la responsabilidad de la conducción de la guerra y había hecho prisionero a Julio Orsini, una de las figuras descollantes de nuestra estirpe, y lo había tratado muy mal. Pablo IV lo había excomulgado ya en aquella época, lo mismo que a su padre, el patriarca Ascanio Colonna, despojándolo de sus feudos, y ahora otro papa, un santo, Pío V, lo nombraba general de la Iglesia y le entregaba el estandarte de la Liga. Así es de contradictorio el mundo. ¡Bah!... podía pensar de nosotros lo que quisiera. No me importaba un ardite. Se lo devolvíamos con creces. Lo cierto es que en el momento de mi arribo lo agobiaba una inmensa responsabilidad. Civitavecchia hervía de gente. Y me ofreció un lugar, con los míos, en su galera, la *Capitana*, que tenía por jefe (como es natural) a otro Colonna, su primo y lugarteniente Pompeyo, que había andado a su vera en las porfías herejes de la citada campaña de Roma y antes había asesinado, por lucro, a su suegra, una Colonna más. Horacio y mi sobrino habían sido trasladados a esa nave. Encontré a bordo a amigos y enemigos viejos: a Pier Francesco Colonna (sobraban los Colonna), defensor de Malta; al duque de Mondragone, yerno de Marcantonio (era un Caraffa, y Pablo IV había desposeído a Marcantonio en beneficio de los Caraffa, sus parientes, porque todo se guisaba entonces en familia); a Miguel Bonelli, hermano del cardenal y sobrino del Santo Padre; al valiente Pirro Malvezzi, a Pompeyo Gentile, a Lelio dei Massimi, a algunos caballeros de Malta, a Camilo Malaspina... pero ninguna sorpresa fue equiparable a la alegría de estrechar en mis brazos a Horacio y a Nicolás.

Tostados, curtidos, no había en la flota mejores capitanes. Resplandecían. Sobre todo Horacio. Quiso devolverme la espada de Carlos Quinto, pero la rechacé. Él la blandiría con más eficacia que yo. A guardarla, pues, rutilante como una joya, y a desenvainarla para espanto del turco y nombradía de los *editus Ursae*. Se asombraban de tenerme entre ellos, de que arrostrase los riesgos de la expedición. ¿No conservaba huellas de las zarpas de Djem?, ¿no hubiera sido más adecuado que permaneciera en Bomarzo, dedicado a mí mismo, a mi gabinete de artista, a mi parque, a mis fantasías de piedra, a gozar de la solicitud de mi nueva esposa? Cuando los oí formular esa postrera pregunta, me eché a reír y me esforcé por que mi risa fuera ronca, áspera, militar. Vamos... vamos... Cleria Clementini... Entre nosotros, unidos por la sangre y por la camaradería, no podía haber secretos. Cleria no representaba absolutamente nada, no existía. Sólo existíamos nosotros, los Orsini. Y los palmeaba, mientras los muchachos intercambiaban, sin duda, miradas de divertido sobresalto.

Para acentuar la complicidad que ansiaba establecer entre los jóvenes héroes y el giboso caduco que hacía las veces de improvisado recluta, les pedí que me ayudasen a esconder a Antonello. Pío V había prohibido solemnemente dos cosas a Marcantonio Colonna y a Honorato Caetani, general de su infantería en el ejército de la Liga: que embarcaran en la flota mozalbetes sin barba, y que

toleraran blasfemias. Y Antonello, mi negrilla, no tenía ni un solo pelo en el mentón. Accedieron, gozosos. Era tan pequeño que cabía en cualquier parte. Lo metimos dentro de un cesto y lo ocultamos en el estrecho cuartujo que con ellos compartía. De noche, al amparo de la oscuridad, mientras seguimos fondeados en Civitavecchia, descendía a tierra por una escala de cuerdas, brincando como un mono. Y juntos vivimos, los cuatro, unos días que brillan en mi memoria entre los más hermosos de mi existencia, mientras esperábamos la orden de levar anclas.

Pronto se sumó a nosotros un quinto personaje, recién venido de Roma, Samuel Luna, el judío de Pésaro que le correspondió en la distribución a Horacio, cuando la escuadra de Malta, a la que pertenecía circunstancialmente mi heredero, se apoderó de la nave en la que numerosos emigrados sefardíes escapaban hacia Palestina, a radicarse en Tiberiades, atraídos por la propaganda de José Nasí, *soïdisant* duque de Naxos, favorito del sultán. Recordé que Horacio me había hablado de su condición de escultor, y hasta me había propuesto que le encargara el labrado de la roca que continuaba intacta detrás de la figura del elefante Annone. Era un hombre de las características de Jacopo del Duca, recio, musculoso, circunspecto, que frisaba los cuarenta años y se expresaba con lentitud. Me referí delante de él a la posibilidad de que realizara esa obra, y se iluminaron sus ojos grises, sombreados por las cejas espesísimas, pero en seguida recuperó la expresión taciturna que únicamente cedía en los momentos en que Samuel se hallaba frente a algo —un edificio, un objeto— que conmovía sus fibras sensibles, muy ocultas, que vibraban ante el espectáculo de la belleza.

Integrábamos un grupo curioso —el duque corcovado; los dos caballeros de Santo Stefano, ágiles, con sus grandes cruces rojas sobre el pecho; el morenito menudo, que enseñaba los dientes y agitaba al danzar las cuentas de su turbante; y el esclavo judío, robusto y silencioso, que cerraba la marcha con el aparato imponente de las dagas cruzadas en el abdomen— y la gente se volvía a mirarnos, no bien nos internábamos por las callejas del puerto de Trajano en pos de las tabernas y de las casas de las prostitutas. Mi papel era, aunque parecía el centro de la compañía, meramente secundario. Me sentaba a beber, servido por Samuel y por Antonello, a quienes los bodegoneros presentaban los jarros con especial deferencia y, mientras los dos caballeros —que no habían formulado, por cierto, el voto de castidad, pues la orden fundada por el gran duque de Toscana se ocupaba estrictamente de perseguir piratas, liberar cristianos y difundir la fe católica— apretaban contra sus rojas cruces los senos blancos de las meretrices de los muelles, me inundaba la dicha de no estar solo, de haber establecido una verdadera intimidad con ambos muchachos. Únicamente muy tarde, cuando la embriaguez derribaba mis defensas y me devolvía, inerme, al mundo de mis culpas, sentía confusamente que aun en esas horas privilegiadas la carga de la ansiedad gravitaba sobre mi espalda contrahecha. Entonces, palabras aisladas, sibilinas para los Orsini, temblaban en mis labios. La reminiscencia de Julia Farnese traicionada, cuyo fruto probable tenía ante mis ojos, en la forma de ese hijo querido que no me atrevía a considerar como tal, y la muerte de Maerbale, cuyo vástago oprimía con afecto mi mano entre las suyas, alternaban con la evocación de Zanobbi Sartorio, que acudía también, imposible de reprimir, a la cita de mis memorias atormentadas. Zanobbi había sido tan hermoso, tan hermoso como Abul, y artista y extraño. Me había emocionado, encantado alguna vez, y yo se lo pagué sepultándolo vivo. Al verme así, decrepito, balbuciente, medio ebrio, Horacio y Nicolás apartaban a las mujeres y retornábamos al barco.

Samuel me cargaba en brazos, como si fuese un niño, para ascender la escalerilla, seguidos por Pompeyo Malaspina, Lelio de Massimi o el duque de Mondragone, que regresaban simultáneamente, oliendo a vino y vanagloriándose de violaciones presuntas, y por Antonello que se disimulaba como un gato entre las capas de los caballeros de la cruz.

El 21 de junio zarpamos de Civitavecchia. Antes se pasó revista. Imponentes damas, mi prima, la mujer de Marcantonio Colonna, y Ana Borromeo, acudieron a despedirnos. Los soldados papales habían sido enganchados en todas las ciudades de Italia y trajeron sus propias armas, sus arcabuces, sus alabardas, sus morriones, lo cual contribuyó a la heterogeneidad del pasaje. Hacía bastante frío en el mar. No poseía yo, como en Metz, una armadura soberbia. Segismundo me había compuesto una, con el herrero de Bomarzo, ajustando y repuliendo piezas antiguas. Sobre ella eché un manto descomunal, agobiante, de pieles de oso. El viejo oso de los Orsini iba también en la escuadra, a pelear contra el turco. Si se entreabría su pelambreira que la fresca brisa despeinaba, se distinguía, en el pecho, su carne de acero bruñido. Marcantonio me dijo, al día siguiente, en momentos en que nos aprontábamos a ancorar en Gaeta, que me cuidase, porque el aire del Tirreno era capaz de implacables perfidias. Añadió, poniéndome una mano en el hombro, que estaba al tanto de que llevaba conmigo un niño negro, un pajecito de Mugnano, y que a pesar de la interdicción del Santo Padre me autorizaba a conservarlo, teniendo en cuenta mi edad, mis achaques y la buena voluntad que evidenciaba en pro de la causa de Cristo. Todo ello me enfadó sobremanera, y me sacudí como un oso para eludir su presión protectora. El 24 entrábamos en el puerto de Nápoles, donde estuvimos casi un mes. Las operaciones se efectuaban en aquella época con increíble morosidad. Yo bullía por salir al combate, y Horacio y Nicolás reían de mi impaciencia. El cardenal Granvela, virrey de Nápoles, nos invitó a comer en varias ocasiones. Era de origen francés, de Ornans, algo menor que yo, nieto de un forjador o de un cerrajero, sumamente galante, y había sucedido en el cargo, hacía dos meses, al duque de Alcalá. Su galantería no lo privaba de haber mandado, en esos días, unas mujeres al cadalso, por heréticas. En Messina nos encontramos con la flota veneciana de Sebastián Veniero, y nos dedicamos a esperar a los españoles que venían de Barcelona, con Don Diego de Austria.

Las novedades que tenían para nosotros los de Venecia no podían ser peores. Chipre ardía por los cuatro costados. Famagusta seguía resistiendo, y las mujeres, desde las murallas, arrojaban pequeñas bolsas rellenas de pólvora contra los fuegos turcos. Las fuerzas del sultán habían saqueado, a un paso de la tierra firme de Grecia, la isla de Zante, y luego se habían dirigido a la de Cefalonia, con el propósito de tornar inexpugnable al golfo de Patrás. Pero ahí estaban, en Messina, para reconfortarnos, los bajeles de la Serenísima República: cincuenta y siete galeras y once galeazas. Faltaban todavía once galeras, que a las órdenes de Canale y Quirini se aprontaban a abandonar a Candia para incorporarse al pabellón de Veniero.

La hija de Marcantonio, Dona Giovanna, esposa del duque de Mondragone, murió por esos días, y el general dispuso que su casa militar y sus guardias vistieran de luto, y que sobre la pintura roja de sus naves extendieran una capa de color negro, fúnebre. Fue, con breve distancia, el segundo mal presagio que nos aquejó, pues poco antes había fallecido el marqués de Pescara, virrey de Sicilia.

Había sido un notable espadachín, inventor de estocadas famosas. En casa de su padre, el marqués de Guasto, lo vi una tarde poner de rodillas a cinco contrincantes.

Los españoles tardaron un mes más en llegar. Se reunieron con nosotros el 23 de agosto de ese glorioso, fatigoso año de 1571. No he olvidado las fechas. En Génova, Juan Andrea Doria, almirante de Felipe II, que desde la edad más tierna había participado en todas las campañas del gran Andrea, su ilustre tío, ofreció un baile de disfraz en honor de Don Juan. Don Juan tenía veintitrés años. Su belleza irradiaba, como la de los arcángeles. Danzó admirablemente, en la diestra, en vez del bastón de mando, la máscara inútil. Los ecos de ese baile lo precedieron hasta Messina, con los de la recepción napolitana, durante la cual el cardenal Granvela le confió el estandarte bendecido por Pío V, mientras murmuraban los hidalgos lugareños porque los duques de Urbino y de Parma, muy jóvenes ambos también, acompañaban al bastardo de Carlos Quinto en las ceremonias, cuando en realidad dicha honra correspondía a los barones del reino. Aburridos en el puerto siciliano, esas noticias suntuosas estremecían de nostalgias a la mocedad romana. Horacio y Nicolás, en un burdel, locamente, bailaron con las meretrices una pavana y un pie de gibao, arqueándose, esponjándose, con tal donosura que Don Juan de Austria no lo hubiera hecho mejor. Antonello los remedaba gravemente.

El arribo de los españoles inundó a Messina de príncipes. El de Parma, Alejandro Farnese, vino a visitarme, por el parentesco. Lo recibí con mi primo, el duque de Bracciano. Me habló de Don Juan como si fuera un dios, un Apolo, un Marte. Todos hablaban así de él, el marqués Cibo, el conde de Santa Fiora, el de Procena, su hermano, que unían las sangres de Sforza y de Farnese. Rodeado de tantos deudos, mayor que ninguno, viví momentos de singular prestigio. La edad comporta también ventajas. Me entusiasmaron esos aristócratas italianos, tan vehementes, tan puntillosos, empenachados como gallos de riña, como me entusiasmaron los de Iberia, el bizarro, legendario Don Álvaro de Bazán, Don Juan de Cardona, Don Luis de Requeséns, gran comendador de Castilla; como me habían entusiasmado, en Metz, el duque de Guisa, el de Aumale, el de Enghien, el príncipe de la Roche-sur-Yon. Pero a los demás (esto no lo revelé a nadie) preferí los españoles, vestidos de negro, entintados de la cabeza a los pies, sin más luz en el traje que una cadena de oro y una breve golilla, parcos, sombríos, llameantes las miradas; de suerte que se dijera que se quemaban por dentro, contrastando con el lujo multicolor de italianos y franceses, como aguiluchos en una faisanería. Y por encima del resto me maravilló Don Juan, cuando acudí a rendirle pleitesía a bordo. Por algo se llama *bastarda*, en las galeras, la vela mayúscula, la que más viento recoge. El hijo del amor —y Dios sabe si detesté a los bastardos, en una época, empero, en que los vástagos de los papas fundaban líneas dinásticas—, el hijo espurio de Carlos Quinto iluminaba las naves y los salones, con su presencia, como una antorcha.

Reanudé durante mi estada en Messina, mi relación con el expoliado duque de Naxos, Giacomo IV Crispi, gentilhombre inteligente y superficial, infatigablemente mundano, cuya mínima corte había igualado en libertinaje, como la de su padre, los episodios que narran los antiguos historiadores de Roma. Fue, en ese sentido, un tradicionalista. Sólo dos años gobernó (sin gobernar) a su ducado, bajo el dominio turco. Luego, despojado de él, se lo vio en las antecámaras de Pío IV, contando diez y cien veces a los cardenales su fuga de Constantinopla, adonde había ido con la mira de sobornar a los funcionarios

de la Sublime Puerta. Con él escapó su hermana, la señora de la isla de Andros, casada con Gian Francesco Sommaripa, a las posesiones venecianas del sur de Grecia, y de ahí, por Ragusa, a la capital de la Cristiandad. El papa lo agasajó rumbosamente y le fijó una pensión; también la Señoría de Venecia. Hasta acaudilló un grupo de partidarios y se trasladó a la isla de Tinos, para tratar de recuperar el perdido bien, pero el sultán se pronunció rotundamente en favor del judío Nasí... y ahora el duque marchaba, bajo las enseñas pontificales, a vengarse del turco. Tantas desgracias no habían corroído su humor. Era sumamente ingenioso. Cuando platicaba sobre sus propiedades perdidas, sobre su castillo de la acrópolis, sobre su amado archipiélago que se estiraba al sol, en la espuma del Egeo transparente, como un conjunto de sirenas perezosas, Giacomo se volvía súbitamente medieval. Hasta su rostro asumía una expresión de otro tiempo, una patricia rigidez, como pintado en una tabla arcaica, y quienes lo escuchábamos teníamos la impresión de que a sus ojos se asomaban, como a velados balcones, con relámpagos de espadas, sus antepasados heroicos. Pero en seguida, juzgando sin duda poco elegante su actitud, en desacuerdo con su delicada ironía, y temiendo que lo tomáramos por un provinciano cargoso —algo así habían insinuado los cardenales—, soltaba una insólita burla, recitaba un epigrama del Aretino, se mofaba de los empleados otomanos y del propio sultán, abundaba en detalles alarmantes sobre los eunucos del serrallo, rompía a reír y nos proponía que saliéramos a aventar de la memoria, entre cómodas mujeres obedientes, las desventuras de Milo, de Thira, de Syros, de Ios, de Anafi y de su duque vagabundo que conservaba como amuleto, en un precioso joyel suspendido sobre el pecho, un trocito de mármol de su isla de Paros, con el cual jugueteaba sin cesar. Se advertía, sin embargo, cuánto le dolía la ruina de sus rocas celebérrimas que pertenecían a los Crispi de Verona desde el siglo XIV, y en nuestra guerra se condujo, al frente de quinientos hombres, con un denuedo inesperadamente ejemplar para alguien de tan frívola apariencia. No obstante nunca recobró a Naxos.

Una noche, regresaba yo al puerto, con Giacomo Crispi y Antonello. Las naves fondeadas componían un espectáculo mágico, balanceándose suavemente, con las farolas encendidas en sus mástiles. Desaparecía el mar, bajo el entrecruzamiento de mascarones, de palos, de cordajes, de velas, bajo el parpadeo de los fuegos que se confundían con la temblorosa luminaria estelar, de modo que era imposible medir dónde empezaba y dónde terminaba el firmamento nocturno. Había allí trescientos bajeles, todos encendidos, todos vibrantes, como aves inmensas, del papa, de España, de Venecia, de Nápoles, de Saboya, de Génova, de Sicilia, de Malta... Casi ochenta mil soldados se agolpaban en la dársena, en las tabernas y en los figones, en los lupanares y en las calles que resonaban con el estrépito. Se topaba con ellos doquier. Y no disimulaban su inquietud. Reñían por cualquier futesa, pese a las severas prohibiciones, a los duros castigos.

Más o menos donde se encuentra hoy la estatua de Don Juan de Austria, frente a la iglesia normanda de la Annunziata del Catalani, caímos sobre una pandilla de genoveses beodos, enzarzados en una disputa incoherente con varios sicilianos. El duque de Naxos quiso intervenir y separarlos. Nunca lo hiciera. Los contendientes, frenéticos por efecto del vino, no reconocieron nuestra calidad. Ni tiempo nos dejaron de declarar quiénes éramos. Se nos arrojaron encima, repentinamente solidarios y desentendidos de la querella inicial, y, antes de que desenvaináramos, de una estocada tendieron a Crispi y a mí me alcanzaron con

un garrote en el hombro, en el sitio mismo que el leopardo desgarró con sus zarpas agudas. Reabrióse la herida y me desvanecí, mientras Antonello chillaba como condenado, y los miserables, tambaleantes, abandonaban el campo de su fechoría.

Cuando recuperé el sentido, me hallé en mi cámara, entre el de Naxos, ya repuesto pues lo suyo había sido leve, gracias a la protección de la cota, los dos Orsini, Antonello, que seguía gimoteando, y Samuel Luna, que vigilaba la puerta, firme y sólido, para impedir el acceso de los intrusos. Me moví un poco y fue como si me hubieran hundido una daga en el hombro izquierdo. Lancé un grito.

—Sosiégate, amigo mío —dijo por lo bajo Giacomo Crispi—. Esto pasará. Con tanto infortunio, hemos tenido suerte. Se la debemos a este caballero.

De la penumbra del habitáculo emergió la fina cara aguileña de un joven, cuyo nombre pronunció el duque sin que yo lo captara, en mi turbación sufriente, pues vino embarullado dentro de un aluvión de palabras que describían la intromisión oportuna del extranjero y la forma en que, atraído por las voces de Antonello y del propio Crispi, que ya había vuelto en sí, me había recogido y me había llevado en brazos hasta la nave. Era un español, paje del cardenal Julio Aquaviva. Me esforcé por expresarle mi reconocimiento, pero no lo toleró el muchacho, que con tono vivaz respondió a las preguntas formuladas por quienes me rodeaban. Lo oí confusamente, tanto me entorpecía el largo desmayo. Hablaba de cómo había trabado relación con el cardenal en Madrid, en ocasión de la embajada que presidió ante Felipe II, para significarle el pesar de Pío V por la muerte de su hijo Don Carlos, y de cómo lo había acompañado luego a Roma, en su séquito. El cardenal —yo lo conocí en casa de su padre, el duque de Atri, y conversé con él después en la de mi suegro Farnese— se destacaba por su cultura, y el paje (nos lo confesó sonriendo) también había hecho ensayos poéticos y hasta compuso una elegía con motivo del fallecimiento de Doña Isabel de Valois, tercera esposa del rey. Luego, solicitado por el oficio de las armas, más acorde con su ánimo que el ajeteo de palacio, se incorporó a la compañía del capitán Diego de Urbina, de guarnición en Italia y separada de su tercio que presto se le reunió. Viajaba con él a bordo de la *Marquesa*.

La presencia de mi desconocido salvador me infundió nuevo brío. Emanaba de sus ojos, de sus ademanes, de su personalidad, un poderoso influjo. La mención de sus inclinaciones líricas me impulsó a manifestarle, sin desprenderme de mi aire condescendiente, que yo era asimismo poeta, y mandé a Antonello que buscara el ejemplar de Ariosto del cual no me separaba nunca. Lo entregué al paje de Aquaviva y le pedí que lo conservara, en recuerdo de mi gratitud. Él lo tomó con respeto y algo dijo de cuánto admiraba al *Furioso*.

—Permita Vuestra Excelencia —expresó— que a mi vez le deje el libro de un autor excelso, de un poeta de Castilla.

Sacó de su faltriquera un volumen muy manoseado, y Horacio leyó, a la luz escasa, que se trataba de las obras de Garcilaso de la Vega, publicadas el año anterior. Añadió el huésped que me interesarían especialmente, por la influencia que sobre él habían ejercido Petrarca y Sannázaro, que estimuló Andrés Navajero, embajador de la Señoría de Venecia, cuando le sugirió a Garcilaso, en Granada, la posibilidad de utilizar los metros italianos en su lengua.

El duque de Naxos nos escuchaba, con desplantes de conocedor, si bien poco sabía de estas cosas y mucho de mujeres, de halcones y de manjares, y yo, aunque mi juicio no era muy claro, tampoco quise pasar por lego en el asunto, y le contesté que ya en Bolonia, hacía cuarenta años, durante las fiestas de la

coronación de Carlos Quinto, había tenido mentas de la hermosura de las églogas de Garcilaso, quien estaba allí entre los mancebos más próximos a la Majestad Cesárea. El cardenal Bembo lo había elogiado fervorosamente, y Bernardo Tasso fue su amigo en Nápoles.

—Garcilaso ha sido —añadió el muchacho— poeta y guerrero, como Su Excelencia. Murió en Francia, en el asedio de una fortaleza, camino de Fréjus. Lo destrozaron bajo una piedra enorme; cayó al foso. Tenía treinta y tres años.

Yo, tonto de mí, en lugar de alentarlo para que continuase refiriéndome episodios de la vida del héroe me puse a explicar lo que representaba mi propia creación literaria. Me referí a *Bomarzo*, mi poema inexistente, definitivamente descartado, como si en realidad lo hubiese escrito. Él me atendía con solicitud cortés. He guardado en la mente su imagen nítida: la frente alta, los ojos negros bajo las cejas de preciso dibujo, los pómulos modelados, la nariz fuerte y sensible, las sonrisas que lo esclarecían, los dedos largos que acariciaban las tapas del Ariosto

Entró el médico de Marcantonio Colonna para cambiarme los vendajes. Salieron todos, menos Antonello que, ufano de su responsabilidad, se quedó para presentar al físico los lienzos limpios y la escudilla, pero torcía la cara, rehuyendo la visión de los paños ensangrentados. Antes de que se fuese, pedí al paje del cardenal Aquaviva que tornase a visitarme. Prometió hacerlo, pero al día siguiente no apareció por la *Capitana*, y al otro, 8 de setiembre, se efectuó en Messina la revista general de la flota. Ya no lo vi nunca más, y concluí por olvidarlo. Siglos más tarde he pensado infinitas veces en él, con desesperación. Durante el resto del viaje, leí los poemas de Garcilaso. Sólo entonces noté en la segunda página del ejemplar, la firma de quien me lo diera. Estaba trazada en dos líneas unidas por el diseño de la rúbrica, y en ellas se apretaba un nombre que jamás había oído de labio alguno: Miguel de Cervantes Saavedra.

¡Ay, si yo hubiera sabido, si hubiera adivinado! Pero ni siquiera pude enterarme de la edición del *Quijote*, para la cual faltaban treinta y cuatro años todavía, ni de nada, ni de nada... Cervantes se redujo a eso, para mí: a un paje, un camarero del cardenal Aquaviva y Aragón; un soldado del capitán Diego de Urbina, del tercio de Don Miguel de Moncada, que me transportó en brazos desde la plaza de la Annunziata del Catalani hasta la galera del duque de Pagliano, como Samuel Luna me había trasladado otras veces; un poeta, un muchacho a quien di mi volumen de Ariosto y que me dio el suyo, de Garcilaso de la Vega... Unos ojos negros, una leve sonrisa... Mi sangre manchó sin duda su jubón, en tanto me sostenía, me abrazaba... Junto al mío, el corazón de Cervantes... Y yo, imbécil, le mentí mi *Bomarzo* retórico, en cuarenta cantos fantasmales, en un diluvio de estrofas invisibles, cuando él callaba y aprobaba mis pobres frases preñadas de vanidad... ¡Si hubiera sabido! Lo hubiera aposentado en mi castillo; lo hubiera festejado como a un monarca, mejor que al cardenal de Este, mejor que al duque de Urbino, mejor que a la marquesa de Mantua, mejor que a ninguno... Pero se esfumó de mi lado, temeroso quizás de importunarme, de incomodar al gran señor romano que escribía un poema destinado a los triunfos inmortales. Y el Garcilaso se extravió. Lo habrán perdido mis hijos, o mis nietos, o los Lante della Rovere. ¿Quién iba a fijarse en un librejo sobado? ¿Quién iba a fijarse, si ni yo, ni el duque de Naxos, ni Horacio, ni Nicolás Orsini —ni nadie, ni absolutamente nadie, dentro del ejército de ochenta mil hombres—, en momentos en que lo único que nos apasionaba era averiguar qué resolvía Don Juan, a quién favorecía Marcantonio, qué problemas creaba la testarudez del

viejo Sebastián Venerio, qué se contaba de Alejandro Farnese, del marqués de Santa Cruz, de los caballeros de Santo Stefano, de los malteses, nadie presintió que entre nosotros pasaba, recatándose, oscura, encarnada en un muchacho de Alcalá que dejó una mano en la empresa, la dolorosa gloria? Pero ahora, si pienso que mi sangre salpicó su jubón, acaso sus dedos y su rostro, en el acecho de Messina, se me calientan las venas y tiemblo.

La *Real* de Don Juan de Austria levó anclas la primera. Sesenta galeotes la impulsaban al ritmo de sus remos. El nuncio de Su Santidad, desde un bergantín, en la boca del puerto, bendijo la escuadra que partía hacia el mar de Grecia. Una a una desfilaron las galeras, las galeazas, las fragatas. Las había muy bellas, con áureas alegorías en las popas y en las proas, esculpidas como fachadas de palacios. En la de Juan Andrea Doria, servía de fanal un gran mapamundi de cristal transparente, regalo de su mujer. Ondulaban en la brisa las banderas que distinguirían las alas diversas de la flota: para el cuerpo de batalla dirigido por Don Juan, las azules; para la formación derecha, de Doria, las triangulares, de verde tafetán; para las de la izquierda, del proveedor general, el veneciano Agostino Barbarigo, las amarillas; las blancas, para la reserva del marqués de Santa Cruz; pero en la *Real* y en las naves capitanas, como la mía, en lugar de banderolas se izaron a los mástiles delgadas flámulas que provocaban a los aires.

Faltaban aún, antes de la batalla, veinte días. Las noticias que nos alcanzaron desde Corfú no eran como para alentar. Bogábamos al principio sin ayuda del viento, remolcando las galeazas pesadísimas, deteniéndonos a destacar algunas embarcaciones cuando nos informábamos de que en tierra nos aguardaban nuevos contingentes españoles de los presidios del reino de Nápoles, que vendrían a secundar a los galeotes, y milicias de la Pulla. Se oían, incesantes, el golpe acompasado de los remos, las voces y azotes de los cómitres, los gritos que de un puente al otro intercambiaban los cuatralbos, los crujidos de las arboladuras, el canto de los grumetes que pregonaban las horas. Una ciudad entera se desplazaba sobre la espuma, contorneando el extremo de Italia. Los jefes, reunidos en consejo, discutían, aunque cada capitán recibió, al abandonar Messina, un memorándum prolijo que le indicaba su ubicación y su ruta. En el cielo calmo, una noche plateada de estrellas en que soplabla el viento del norte, brotó una luz cegadora que atravesó el espacio con su fusta de llamas. Levantóse de las colas donde oteaban los vigías un vasto clamor. Dios nos daba la señal del triunfo. Yo fui testigo del signo candente. Estaba sentado en mi silla, junto al palo mayor, arrebuñado en las pieles de oso. Me dolía la carne desgarrada. Hubiera querido tener a mi lado a Silvio de Narni, para comentar con él el celeste presagio, pero Silvio había muerto, como Maerbale, como Girolamo, como Hipólito de Médicis. Todo el mundo había muerto, y nosotros navegábamos hacia la muerte que nos esperaba en el mar de Grecia, rodeada de maravillosos vaticinios.

En esa silla transcurría para mí buena parte de los días largos. Cuando Marcantonio Colonna me instó a fin de que permaneciera en Messina, porque lo aconsejaba la prudencia, me negué a hacerlo. Estériles fueron también los reclamos del duque de Bracciano, de Horacio, de Nicolás. Y Colonna, a quien se le sometían de continuo graves problemas, se desentendió del asunto. No podía malgastar su tiempo acalorándose por un jorobado tenaz, a quien ya le había concedido que llevara consigo su paje negro. De modo que, con Antonello a un costado, listo para plegarse a cualquier capricho que se le antojase a mi invalidez, arropado en las tibias pieles, dejé andar las semanas. Leía a Garcilaso

de la Vega en el ejemplar de Cervantes, como antes había releído a Ariosto, en Metz, y pensaba mucho. Puesto que no podría guerrear, lo vería guerrear a Horacio, guerrearía por medio de él, a través de él.

La memoria de aquel viaje se confunde para mí con la de Garcilaso. Hoy mismo, a medida que lo recuerdo, me resulta imposible separar de mi ánimo tres imágenes que se superponen y se amalgaman hasta constituir una sola: la de Garcilaso, la de Horacio Orsini y la propia mía. El duque de Naxos había averiguado, para divertirme y distraerse de sus preocupaciones, algunas noticias acerca del poeta español, de quien yo, en verdad, sabía muy poco. Había, en la *Capitana*, quienes lo habían tratado en Nápoles, los años de su destierro en la corte del virrey Villafranca; o en la conquista de Túnez por el emperador; o en el asedio de los florentinos; o durante sus embajadas ante Andrea Doria y ante Don Antonio de Leiva. Aquellas referencias completaron lo que sus versos me sugerían. Casado con Doña Elena de Zúñiga, había amado toda su vida a otra mujer, Isabel de Freyre. La había elevado en sus poemas hasta una ideal perfección, persiguiéndola, requiriéndola, y cuando por fin, a las cansadas, la poseyó —una sola vez—, resolvió no verla nunca más. Isabel revivía, eterna, en sus églogas. El lamentar, el dulce lamentar de los pastores que contaban los desengaños del amor, buscaba únicamente expresar el desconuelo de Garcilaso, quemado en los fuegos de Isabel. Un amor así, tan pujante, era como el viento que impulsaba nuestros navíos. La poesía se hinchaba a su influjo, como un velamen. ¿No amaría yo a Bomarzo como debía? ¿Era por eso que mi poema carecía de vigor y se derrumbaba? No: a Bomarzo lo amaba por encima de todo; lo evocaba continuamente; los ojos se me iban sobre las tensas velas rotundas, descubriendo en ellas las formas de las rocas de mi parque ancestral. ¿Y entonces? Si hubiera consagrado mi poema a Abul... a Julia... al desesperante Zanobbi... si hubiera indagado en mis sentimientos... Pero tampoco cuando escribí mis versos enamorados a Adriana dalla Roza, sirvieron de nada. Se deshacían en cenizas, hueros, inútiles. Faltaba en ellos la apasionada angustia que movía a los de Garcilaso, que los levantaba como vuelos majestuosos de gavilanes, entre nubes de oro. ¿No la habría amado a Adriana?, ¿a Abul? ¿Por quién me desangré llorando? ¿Por quién me olvidé de mí mismo, del duque de Bomarzo, del esteta retórico, de su exigente inmortalidad? ¿No habría amado, en realidad, a nadie, fuera de mí mismo? Mi amor por Bomarzo, ¿sería el amor del aire que me circundaba, y lo amaría por el mero hecho de que estaba impregnado de mí? Yo, que me odié tanto, que rehuía mi imagen en el espejo al cual asomaba la mueca del Demonio (que podía ser *el* Demonio y podía ser *un* demonio), que despreciaba mi joroba, mis piernas, mi caricatura, ¿habría sido el solo objeto de mi amor egoísta y, Narciso horrorizado, habré mendigado en los otros, en hombres y en mujeres, lo que me rehusaba mi espejo, buscándome siempre a mí mismo, al Pier Francisco perfecto que adoré?

Leía las églogas, los sonetos, y pensaba también en el amor de Horacio, porque aquella lectura invitaba a meditar en el amor, obligaba a meditar en él, mientras la flota de Don Juan de Austria bogaba, desplegadas las grímpolas y las flámulas multicolores, y los ochenta mil hombres de la expedición, desde los príncipes hasta los galeotes, se agitaban en medio de un incendio de banderas y recordaban a las amantes que quedaban atrás, en las aldeas y en los palacios, brumosos los ojos de lágrimas. ¿A quién amaría Horacio Orsini? ¿Amaría a alguien? ¿Quién sería su Isabel? Avanzaba ya el tiempo de casarlo. Con Nicolás, irrumpía en los burdeles, y las hembras lo dejaban todo para besarlos, tan

hermosos eran. Y en las cortes también, en Venecia, en Parma, en los estrados de Milán. ¿A quién amaba Horacio? ¿Por quién suspiraba en ese momento, fijos los ojos en el horizonte, allende los mástiles que balanceaban en sus lonas figuras de santos, de vírgenes, de leones con alas? Desde niño había vivido junto a Nicolás, su primo, quizás su hermano. Compartían las armas y las mujeres. Estaban ligados tal vez por juramentos terribles e ingenuos, como los jóvenes héroes que, hacía miles de años, en el mismo mar al cual apuntaban nuestras proas, habían luchado y amado con esplendor incomparable. Experimenté unos celos súbitos, violentos, de su amistad. El resentimiento era antiguo: ya me había inquietado en la época en que, siendo apenas dos criaturas, escapaban de mí dentro del bosque de Bomarzo y se ocultaban en las cavernas, inalcanzables, secretos. Maduraba ahora, a leguas y leguas de Bomarzo, en un ambiente hostil al cual yo, hombre de la tierra, hombre de las rocas del Cimini, de la inmovilidad etrusca, de las seguridades heredadas, no conseguía habituarme, porque aquí nada era de nadie, todo se sacudía y vibraba con loca indecisión fugaz y hasta nuestras vidas tenían el efímero valor del agua inconstante. Horacio y Nicolás poseían algo que yo no poseí nunca: el lazo, la cadena fuerte de la amistad. La habían forjado eslabón a eslabón, a través de la infancia, de la adolescencia, y era vano pretender separarlos. El amor no desanudaría su vínculo, que lograba la reciedumbre del amor, que mostraba otra forma del amor. Las mujeres entraban y salían en su atmósfera, sin perturbarla. Los héroes las gozaban y las dejaban ir. Luego regresaban a su pacto íntimo. A su vera, ¿qué significaba yo? ¿Acaso se acordaban de mí? ¿Acaso me veían? ¿Acaso veían al viejo duque que se mojaba el índice en los labios para volver las páginas de Garcilaso de la Vega y que, perdida la mirada en las olas, repasaba la legión de sus espectros? Se miraban el uno al otro; cambiaban sus cascos, sus corazas, sus dagas, sus rodela con relieves de Venus, de Marte, de Hércules, de Júpiter. Alrededor de mi silla débil, sonaban sus trajes férreos, como si fueran dos gigantes. Y yo levantaba los párpados del diálogo de Salicio y Nemoroso, que el poeta cantaba en su noble lengua española, y sentía de repente el guantazo de los celos en mitad de la cara.

Pero Garcilaso lograba después el portento de serenarme, al canalizar mi ansiedad por distintos caminos. Él y yo éramos uno solo, con Horacio Orsini; un solo ser exaltado, anheloso, denso de amor. Mágicamente, por virtud de unas rimas inflamadas —porque, como siempre, la literatura me daba lo que me negaba la vida avarienta—, así como me dije que guerrearía a través de Horacio, me dije que amaría a través de él. Yo ya no era yo. Me desprendía de mi aislado espejo. Y un extraño júbilo me embargaba y sucedía a mi tristeza febril, mientras observaba los aprestos militares del hijo de Julia Farnese y escuchaba las bromas que le dirigía a Nicolás. Desde entonces, viviría a través de él, me redimiría a través de él.

Entre tanto, la escuadra continuaba su marcha lenta. Don Jerónimo Manrique, de la ilustre casa de Lara cuya magnificencia retumba en el romancero, rezó la misa del Espíritu Santo, en la popa de la *Real*, teniendo por fondo a los personajes mitológicos que labró Juan Bautista Vásquez, de Valladolid. Yo oré por primera vez en muchísimo tiempo. Oré por Horacio, por Nicolás, por Don Juan, por nuestra flota. Le rogué a Dios que me hiciera la gracia de arrepentirme, de arrancar mi costra de pecado, pero todavía estaba demasiado hundido en el zarzal de las pasiones viejas. Me puse de hinojos al lado de mi silla, sostenido por Antonello, aunque el dolor me torturaba, y el duque de Urbino, que era sobrino de Horacio Farnese y por esa razón me demostraba una consideración

especial, sabiendo que su tío había muerto en Hesdin en mis brazos, me amonestó cariñosamente por mi locura, advirtiéndome que reservara mis fuerzas porque se acercaba la hora de la batalla.

Corfú... Don Juan y los jefes principales la recorrieron y regresaron a bordo transidos de pesadumbre. Me contó Horacio Orsini que habían hallado doquier las huellas del incendio, del saqueo, de la violación. Ardía su cólera. Luego que zarpamos de Gomenitza, en la costa de Albania, me refirió las disensiones que trastornaban a nuestra gente. Los venecianos se oponían a acatar las órdenes de Doria, almirante genovés, por el rencor que enfrentaba a las dos repúblicas navales; Veniero mandó ahorcar a un capitán español, que tumbó de un tiro de arcabuz a uno de sus jefes, y las cosas se pusieron ásperas; casi nos fuimos a las manos los unos contra los otros, olvidados de los turcos que acechaban, de los dominicos, los franciscanos, los capuchinos y los jesuitas que sin embargo habían distribuido a cada soldado un rosario bendito y un *Agnus Dei* de consagrada cera; Marcantonio Colonna fue llamado tres veces, en la alta noche, para asistir a las turbulentas reuniones del consejo; la ira de Don Juan era tanta, que si no lo apacigua Marcantonio quién sabe qué hubiera sucedido; nos hubiéramos acuchillado, los venecianos de una parte y los españoles y pontificios de la opuesta; pero Sebastián Veniero, cuyos setenta años irascibles se encaraban con la autoridad suprema de la expedición, con el *hijo querido* del Santo Padre, no participaría ya del consejo; en su lugar lo haría Agostino Barbarigo, que transmitiría sus instrucciones.

Nos comunicaron los espías que el enemigo estaba en Lepanto, y hacia Lepanto zarpamos en la bruma. Los galeotes remaban, empapados de sudor a pesar del frío del alba. Hasta mi cámara, en la que yo tiritaba bajo las pieles, ascendía su olor acre de encerradas fieras. El duque de Naxos me señaló por el ventanuco, como si fuese un naufragio en la vaguedad de la niebla, la isla de Itaca, la isla de Ulises. Me acordé de Messer Pandollo, del maestro Pierio Valeriano, de mis libros remotos, de Hipólito y Alejandro de Médicis, traduciendo palabra a palabra el texto de Homero, a los tropezones, en tanto los insectos revoloteaban en los rayos del sol florentino y, príncipes escolares, calculábamos el tiempo que nos faltaba para salir de la prisión del estudio a la felicidad de las cacerías, de las palestras, de Catalina de Médicis, de Adriana, de las hijas sonrientes de la marquesa Gibo, tan pequeñas y tan cortesanías, al alborozo de Lorenzaccio, de Giorgino Vasari, de Abul...

Un bergantín llegado de Candia nos trajo malas nuevas. Famagusta, último bastión de Chipre, había caído y Marcantonio Bragadino, capitán de la ciudad, luego que capituló bajo condiciones, había sido traicionado por Lala Mustafá, el cruel jefe turco, quien lo mandó desollar vivo, ante sus ojos, y ordenó que rellenaran su piel con paja y que expusieran grotescamente aquel trágico muñeco, para despacharlo a Constantinopla después. Imaginará el lector cómo repercutieron las noticias entre nosotros, particularmente sobre nuestro Bragadino y sobre nuestro Marcantonio. Años más tarde, el hermano de la víctima adquirió los despojos por una gruesa suma, y los depositó en una urna de mármol, en la iglesia de San Giovanni e Paolo de Venecia donde yace mi tío el conde de Pitigliano.

Era lo que nos faltaba para enardecernos definitivamente. Los miembros del consejo litigaban las posibilidades de asediar a Sopotó, Castel-Novo, a Santa Maura. Frente a aquellos contemporizadores y a la cercanía de la estación de las

tormentas que amenazaba transformar la colosal empresa en inútil, triunfó la audacia inspirada de Don Juan. Seguiríamos adelante, para evitar que el enemigo se refugiara en el Bósforo. Estábamos ya a un paso de los turcos. Cuando se desbrozaron las últimas estadísticas, luego de la batalla, se advirtió que nuestras fuerzas eran iguales: doscientas ocho galeras otomanas; doscientas nueve galeras y galeazas de la Cristiandad. Las nuestras contaban con parapetos protectores, mientras que las proas del sultán estaban abiertas; nuestros soldados se cubrían con yelmos, con morriones, con petos, con escudos; los adversarios se ceñían la cabeza con sus turbantes, con algún casco suntuoso, como la celada de Alí-Pachá que adornaban treinta y seis rubíes, los cuales descendían por las orejas mezclados con diamantes y turquesas; y empleaban armaduras también, de acero damasquinado realzado de inscripciones religiosas. Pero hasta que se produjo el fragoroso encuentro, nadie, ni ellos ni nosotros, tuvo exacta noción del poder que enfrentaba.

El domingo 7 de octubre, muy de mañana, se descubrieron ambas flotas. Al principio no pudimos decir, tan leves se distinguían las velas contrarias en la bruma, si se trataba de barcas de pescadores. Vi las primeras naos rivales —eran dos— tras el cristal del catalejo de Nicolás Orsini, como si observase una curiosa miniatura enmarcada en un aro de bronce, pero pronto la escena se colmó de manchas blancas, como si a la distancia aleteara un vuelo de albatros. En Lepanto nos aguardaba la escuadra entera del infiel. Entonces Don Juan de Austria nos ofreció un espectáculo estupendo, uno de esos espectáculos que el Renacimiento prodigaba en los momentos necesarios, con su incomparable sentido de la belleza teatral, algo que nos conmovió hasta la médula, que nos inundó, aun a los coriáceos pecadores escépticos, de radiante fervor místico, porque en el joven caudillo reconocimos no sólo al hijo de la pasión del César, al pequeño Marte esbelto, de largas piernas cinceladas por divinos orífices, perfecto como una joya de Benvenuto, sino también al enviado de Cristo, al elegido que arrancó al papa el grito famoso: “Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan.”

En una fragata recorrió el ala derecha de la flota. El gran comendador de Castilla recorrió entre tanto la izquierda. Iba Don Juan sin armas, con una cruz de marfil en la mano, pasó delante de Veniero, que se cuadraba fieramente, y le hizo un breve saludo amistoso que traslucía su perdón. Pasó delante de la galera de Spínola, donde navegaba el duque de Parma, nieto de Carlos Quinto y de Pier Luigi Farnese; delante de la de Gil de Andrada, de la del duque de Bracciano. Llevaba, como un monje guerrero, escapularios, rosarios y medallas. Se los arrebatában los generales y los marineros apiñados en las proas. Hasta el sombrero tuvo que dar y los guantes. De regreso, lo contemplé muy de cerca, pues Samuel Luna me había acarreado con la silla hasta la borda. Los veintitrés años de Don Juan se inflamaban, se tornaban densos como si súbitamente fuese mucho mayor que cualquiera de nosotros. Una gravedad dolorosa, responsable, pesaba sobre sus ojos que se ensanchaban como si ya supiese quién iba a morir y quién iba a vivir para llorar a los muertos. Nos miraba un segundo y se dijera que nos escogía, que nos señalaba para la vida y para la muerte, como un juez misterioso. Sus manos pálidas se confundían con el marfil de la imagen. Pronunciaba palabras de aliento, sonoras, viriles, pero se advertía que temblaba de emoción. Nos dijo: “Recordad que vais a combatir por la Fe; ningún cobarde ganará el Cielo.” El duque de Naxos me entregó uno de sus rosarios, negro, tosco. Lo enrosqué en mi muñeca sobre la misma mano en la que usaba, desde la niñez, el anillo de Cellini. Siempre lo llevé allí, desde entonces, como un

brazalete. A cada movimiento mío, su cruz brillaba en el aire o golpeaba las mesas y los muros. Luego el príncipe revistó su coraza y apareció en la *Real*, llameante. Izaron el estandarte de la Liga. El paño de seda se estiró sobre las mitologías de la popa, como si se despezara, y mostró el dibujo del crucifijo, entre los apóstoles Pedro y Pablo. Debajo, el Santo Cristo que declinó milagrosamente el pecho, cuando una bala iba a hundirse en él, abría los brazos de leño policromo. Don Juan de Austria se puso de rodillas y oró. Todos lo imitaron. Yo también, doliéndome la herida. En ese instante, en Roma, Pío V se levantó y exclamó ante su tesorero: “Id a dar gracias a Dios, porque nuestra flota va a combatir contra los turcos y Dios le otorgará la victoria.” Desde los conventos, desde las iglesias de la vasta Europa desvelada, rezaban por nosotros. Quizás rezaban en el templete de Julia Farnese, en Bomarzo, y Cleria Clementini contestaba a las avemarías de los franciscanos, oronda, cejijunta. Se alzó, en la nave de Alí-Pachá, la bandera del Profeta, blanca, bordada de versículos alcoránicos, mientras, a lo largo de la escuadra infiel, estallaba la algarabía de los musulimes que cantaban y bailaban en los puentes. Había de nuestro lado un silencio enorme. Los sacerdotes bendecían y daban la absolución en los distintos barcos. Alguien me llamó, perdido en medio de las apretadas arboladuras puestas en fila de combate:

—¡Duque! ¡Señor duque de Bomarzo!

Quien me interpelaba así —me costó descubrirlo— era un jesuita, sobre cuyo rostro caía la luz de uno de los fanales de la *Real*. Apoyado en el hombro de Antonello, me incorporé para mirarlo mejor. Entre él y yo, extendíase una revuelta trabazón de gentes agitadas, porque ya habían retumbado los primeros cañonazos que Don Juan hizo tirar provocando al enemigo a la lucha, y los soldados ocupaban sus sitios y preparaban las defensas. Bruscamente, reconocí al sacerdote. Era aquel Ignacio de Zúñiga que me había acompañado con Beppo, en calidad de paje, cuando me enviaron de niño a Florencia y que, a la hora en que Beppo acosaba a las mozas, se entregaba a solitarias meditaciones, escudriñando el cielo. Alcancé a distinguir, en el ajetreo creciente, su gesto de bendición, y fue como si el pasado, ante la inminencia del momento crucial, me perdonase. Por lo menos yo, sin merecerlo, quise creerlo así, pues la intensidad de la atmósfera mística que respiraba era tan aguda que obligaba a participar de ella y tornaba lógicos los prodigios arbitrarios. Intenté hablar con el jesuita para recabar de él la certidumbre del indulto, pero un golpe de remos desplazó las naves y con ellas a la imagen venida del fondo del tiempo, de modo que no pude saber si se trataba de una alucinación. Años y años de culpas, de crimen, de indiferencia, de fatal orgullo, oscilaron un instante sobre mí, con el vaivén del aliento y la desesperanza, en tanto las arboladuras giraban como aves heráldicas, con infinitas pinturas y banderas, mostrándome y ocultándome la bóveda azul, que entrecortaban de símbolos radiantes como una vidriera de catedral. Me dije que acaso yo también había tenido mi signo, como lo había tenido, probablemente, cada uno de los hombres de la escuadra, entre tantas supremas premoniciones y, sin renunciar aún a mi raíz pagana pero impelido por una nueva ansia neófito, besé la cruz del rosario de Don Juan y el aro del anillo de Benvenuto.

Horacio Orsini acudió hasta mi silla, forrado en la armadura escultórica de estilo grecorromano cuyo acero imitaba los músculos del torso, a modo de las que trajeron los césares antiguos y hermozeaban, en la galería de Bomarzo, a algunos de los bustos imperiales que habían pertenecido a los patriarcas de Aquileia. Parecía desnudo y de plata. Su menor movimiento lo encendía con fulgores que

obligaban a cerrar los ojos heridos. En las calzas cortas, ostentaba cabezas de sátiros, y en el escudo una ornamentación que se inspiraba en los *Triunfos del Amor*, de Petrarca. Brillaba, relampagueaba, recogiendo y devolviendo la luz, como en un duelo chisporroteante, gracias al juego de sus tornasoladas aristas, y de repente le exigió a mi memoria, como la aparición de Ignacio, algo muy remoto, que no conseguí ubicar y que me preocupó y distrajo en ese trance grave, hasta que lo situé por fin y resultó ser, por asociación fantástica, el poliedro de perfectos cristales de Pantasilea que yo había destrozado en su palacio de Bolonia. Nicolás, tan semejante a su amigo que, apagándola, reproducía su imagen, se agitaba alrededor, negro y empenachado como su sombra de acero oscuro.

Los pintores han exornado a la victoria de Lepanto con dilatadas alegorías. Como en los combates homéricos, para ellos la acción se desarrolló en dos planos, y mientras abajo los hombres se despedazaban, arriba, en ese mismo cielo que escondían los velámenes, santos guerreros, ángeles y demonios musulmanes luchaban cuerpo a cuerpo, observados por la inmutable Trinidad, segura del triunfo, y por los grandes de la Tierra —el papa, el rey Felipe, el dux— que desde una cómoda barca invisible asistían a la rabiosa pugna. Yo sólo vi la atroz batalla humana, aunque comprendo que las fastuosas versiones barrocas cumplen una finalidad reconfortante. No hubo para mí caballos alados, ni querubenes de fuego. Mis arcángeles fueron Horacio, Nicolás, Marcantonio Colonna, el duque de Urbino, el duque de Naxos, el duque de Bracciano, el duque de Mandragone, Alejandro Farnese, el marqués de Santa Cruz, el judío Samuel Luna, el paje Antonello; mi celeste mensajero iracundo fue Don Juan de Austria.

Horacio había encargado a Samuel Luna que me encerrase en mi cámara, para disminuir los riesgos, pero cuando el esclavo de Pésaro lo intentó me resistí tan fieramente que renunció a hacerlo, y permaneció junto a mi silla, protegiéndome. También estaba allí Antonello, con su espada virgen.

El entrevero tuvo proporciones horribles. Todavía hoy, mientras escribo en la quietud de mi biblioteca, resuenan en mis oídos los gritos salvajes de los turcos, los ayes de dolor, las órdenes, el estrépito de las galeras chocadas, de los estampidos, de los remos que volaban como insectos gigantescos, en mil pedazos. El ala izquierda tomó contacto con los mahometanos, y el primer jefe nuestro que cayó fue Barbarigo; le atravesó el cráneo una flecha. En seguida lo reemplazó su sobrino Contarini. Y los turcos cedieron. Los vi zambullirse y escapar nadando hacia la costa. El virrey de Alejandría, que dirigía esa parte de la operación, los interpelaba con tremendas maldiciones, en tanto Don Juan y Alí-Pachá, los dos almirantes, se enfrentaban. El espolón de la galera de Alí se hundió tan reciamente en la *Real* española, mordiéndola, que penetró hasta el cuarto banco. Quedaron trabadas y doquier retumbaron los arcabuces. Los barcos, golpeados, sacudidos, formaron una sola masa, bajo los desgarrados velámenes. Toda la inmensa sucesión de navíos que en los cuadros se alinean gallardamente, como en una revista o en una naumaquia teatral, quedó enclavijada, atascada, en grupos que, de puente a puente y de lona a lona, se contagiaban los incendios. Si los santos contemplaban nuestra lucha, les habrá parecido que un enorme dragón erizado de dardos y que lanzaba llamaradas por las escamas encendidas se retorció en el golfo, encapotando de humo tempestuoso el aire límpido. Los mercenarios del regimiento de Cerdeña, en la capitana de Don Juan, se opusieron

a los jenízaros y a los arqueros de Alí. Su Alteza estaba en la proa, al pie del estandarte, cubriéndolo con su cuerpo.

En nuestra galera, las hazañas se sucedían. Pasaban a escasos metros de mi silla, como relámpagos, Marcantonio Colonna, Pompeyo, Mondragone, Bonelli, Gentile, Lelio dei Massimi, el conde Castelar, Malaspina... Horacio descollaba en la refriega por la fosforescencia de su armadura, por la cruz de Santo Stefano que revoloteaba en su manto, por la sombra de Nicolás Orsini que bailaba locamente en torno. Nos apoderamos de la nave del bey de Negroponto y salimos a socorrer a Don Juan. Nuestra capitana se unció a la suya, crujiente, con la de Alí-Pachá y la de Mehemet-Bey. En un momento, arrancaron la insignia del Profeta, en la galera de Alí y fue tan evidente la derrota que el pachá, para evitar que lo prendiesen, se hincó la daga en la garganta. Cortaron su cabeza y, fija en una pica, la presentaron al de Austria quien, asqueado, mandó que la arrojasen a las aguas del mar de Corinto. Pero todavía faltaba para terminar. La batalla comenzó a mediodía y concluyó con el crepúsculo. Faltaba que Uluch-Alí, el estratega famoso, se alejase, llorando de despecho, llevándose el estandarte de Malta que el sultán hizo suspender de la bóveda de la mezquita de Santa Sofía. Faltaban horas de espanto... El clangor de las trompetas y el redoble furioso de los atabales se sumaban al escándalo de los mascarones estrellados en los abordajes. Vociferaban los galeotes, morían los venecianos heroicos de la flota de Veniero, hasta ese fascinador Juan Bautista Benedetti de Chipre, con quien yo había catado los vinos del Asia Menor, en Messina, Kara-Yusuf, hijo del terror, fue acuchillado por la escolta de Honorato Gaetani, general de las tropas pontificias; monseñor de Ligny, capitán de Saboya, se estremecía de convulsiones, herido; Pablo Ghislieri, sobrino de Pío V, se encaró con el corsario Karabaivel, íntimo amigo de un *reïs* cuyo esclavo había sido el propio Ghislieri, y puso fin a sus días de un tiro de arcabuz; Don Juan de Cardona salvó su vida merced a la coraza que le había regalado el gran duque de Toscana, pues para algo sirve la munificencia de los príncipes; mi primo de Bracciano, Pablo Orsini, quedó para siempre cojo de una flecha recibida al saltar, vibrante la espada, en la galera de Pertev-Pachá; por muy poco, muy poco, el *Quijote* no se hubiera escrito nunca... ¿A qué continuar enumerando, si donde quiera se mirase no había más que torsos y piernas inseparables, guardabrazos, petos y faldajes mezclados, como si todos aquellos hierros y aquellos miembros hubieran sido precipitados dentro de un crisol colosal? ¡Ay, como en Hesdin, como en Théroutanne, la belleza decorativa de la guerra de los poetas épicos y los pintores áulicos, con grandes actitudes estéticas, con frases célebres, con capitanes espléndidos que llevaban los aceros como cirios, cedía su lugar a un amasijo consternador, a una repugnante carnicería de vísceras sembradas entre ballestas y estoques rotos, en la cual era arduo reconocer al aliado y al contrario, y en el que el monstruo de metal y de espuma devoraba cuanto hallaba en su camino, vomitando fragmentos de plata cincelada, de esmalte, de oro, de marfil, que la sangre teñía, escarlata, obsesionantemente viva en medio de los estertores de la muerte, hasta que concluyó por confundirse también con las púrpuras serenas del ocaso!

Nuestro puente hervía de enemigos. Acudían de la nave de Alí y de la del sandjak del Negroponto, revoleando los alfanjes. Varios rodaron alrededor de mi refugio, exterminados por la maza de Samuel. Hasta Antonello esgrimió su espada, resguardándose, temeroso, detrás del judío corpulento. Y yo mismo me incorporé, radiante de júbilo, cuando se desclavó la bandera blanca del Profeta y en su sitio flamearon los colores de la Liga. Un clamor que corrió sobre las

embarcaciones, como otro incendio, proclamó el triunfo. Yo participaba de él, lo compartía, me fusionaba por fin, extasiado, con la tradición de los ilustres Orsini. Me redimía y gritaba palabras absurdas. Pensé que haría esculpir la estatua de Horacio Orsini, revestido con su armadura imperial, y que esa estatua sería también mi monumento. La última roca intacta de Bomarzo le estaría destinada. Celebraríamos nuestros consejos, como los primitivos señores, al amparo de la figura intrépida. En ese instante, un jenízaro imponente, que chorreaba sangre, avanzó hacia Samuel. La batalla estaba perdida, pero calculaba sin duda que si mataba a aquel hombre más, a aquel determinado enemigo, el paraíso de las huríes sería suyo. Levanté mi espada, para ayudar al esclavo. Horacio lo advirtió y vino en socorro nuestro. La agobiante armadura entorpecía sus pasos, y el jenízaro, tomado entre dos fuerzas, giró velozmente y de una estocada certera le abolló la celada, haciéndolo caer de rodillas. Ciego, Horacio lanzaba mandobles inútiles. Cuando Samuel reaccionó, ya era tarde. El turco alzó la cimitarra con ambas manos, como un hacha, y descargó su peso sobre el casco. Recuerdo que el jenízaro se desplomó a su vez, ultimado por Nicolás; recuerdo que me arrastré hasta el cadáver del infiel y que clavé en él mi espada, revolviéndola, sintiendo cómo se desgarraba la carne bajo el filo; recuerdo que Antonello logró desembarazar a Horacio de su yelmo, y que su hermosa cara apareció, roja de sangre, abiertos los ojos de vidrio opaco; recuerdo que, al enderezarme sostenido por Samuel, vi deslizarse a la deriva, abandonado en el columpio de las olas, un galeón cristiano de quebrados remos, que izaba la enseña de Doria en el árbol central y balanceaba su macabro cargamento de cuerpos inmóviles, como un buque fantasma; recuerdo que se nublaron mis ojos, que me flaquearon las piernas y que resbalé, gimiendo, sobre la forma trágica de Horacio; recuerdo el choque de nuestras armaduras, se destacarían, al sol crepuscular, los parches que el herrero de Bomarzo había puesto en mi espaldar, a causa de la giba: recuerdo el sabor de la sangre caliente que me empapó la boca.

El final de la empresa está envuelto en mi memoria dentro de una nube grisácea. Fue como si Horacio, al morir, se llevara con él todo el color y todo el brillo. Las armas y los ropajes, las empavesadas velas, las proas doradas, cuanto hasta entonces había contribuido a rodearnos de un halo maravilloso, palideció como si una carcoma sutil hubiese comenzado a roer la esencia misma de lo que constituía nuestro esplendor. Nunca pensé yo, hasta ese momento, que Horacio significara tanto para mí. O quizás empezara su significación a partir de ese momento. La muerte del héroe, de la encarnación juvenil y gloriosa de Garcilaso, se presentaba ante mis ojos como la muerte de algo muy mío, de algo que moría dentro de mí. Mis esperanzas de redención a través de él, de salvación de la inutilidad y la injusticia de mi vida, a través de la suya —porque su vida, iniciada con la corona de Lepanto, en la alegría de los sentimientos puros y en el centelleo de la viril belleza tranquila, hubiese sido la que para mí soñé en la adolescencia lejana—, mis esperanzas se derrumbaban y me dejaban solo, una vez más, con mi propia realidad sin consuelo. No tenía ya a quien recurrir para apoyarme en la ruta. Habían muerto, uno a uno, los que surgieron en mi camino, deslumbrándome con sus almas o con sus cuerpos y ayudándome a que me olvidara pasajeramente de mí, o por lo menos a tolerarme, sustituyendo con sus imágenes la mía. El amor no había sido para mi eterna angustia el descubrimiento de otro sino el olvido de mí mismo. Y ahora, cuando quedaba solo conmigo,

totalmente desamparado, el primer síntoma de esa evidencia se trasuntaba, físicamente, en la extraña palidez que se apoderaba de mi contorno y que me daba la impresión de que me movía entre espectros transparentes. Habíase esfumado el guerrero luminoso, y en su sitio quedaba su doble, el guerrero hecho de sombras. Nicolás, al reproducir los rasgos de su primo, decolorándolos, hasta en la circunstancia trivial de su vestidura, simbolizaba mejor que ninguna retórica fúnebre la mudanza fundamental que entrañaba mi pérdida. No lo había perdido yo a Horacio Orsini; Horacio me había perdido a mí, en Lepanto. Y la sensación de vacío que me embargaba y provocaba una náusea permanente, me condenaba a mirar dentro de mí, a mirar a mi interior como al arcano de una caverna habitada por monstruos fieros y tristes. Era una sensación desoladora. Hasta entonces, el duro caparazón de mi egoísmo, de mi recelo, me había protegido contra ella, pero la muerte de Horacio desmoronó mis baluartes. Estaba viejo; estaba cansado. El peso de otras desapariciones, de otras muertes, antiguas o próximas, la de Adriana, la de Abul, la de Maerbale, la de Julia, la de Zanobbi, se acumulaba conjuntamente sobre mis hombros. Me aplastaba y experimentaba, de golpe, lo que no había sentido en su plena hondura cuando se sucedieron esas etapas, porque en cada ocasión miré hacia adelante. Ya no había a dónde mirar. Y todo —las armas y los ropajes, las empavesadas velas, las proas doradas, el regocijo victorioso de la vida— se desmenuzaba en cenizas.

Vanas fueron las palabras de Don Juan, de Marcantonio, del duque de Naxos, de Ignacio de Zúñiga. No podían intuir la profundidad de mi abatimiento, porque no podían saber que con Horacio se iba de mi lado, más que un hijo, más que un acicate último de la emoción siempre inquieta que me estremecía de ansias confusas, la postrera posibilidad de darle un cauce a mi existencia y de justificarla. Además carecían de tiempo para ocuparse de mí. Los solicitaban demasiados desvelos.

Había muerto mucha gente en Lepanto. Dicen que siete mil quinientos cristianos y veinticinco mil turcos entraron entonces en la fama y en el olvido. Venecia sola vio sucumbir a diecisiete capitanes y a doce señores; Malta, a sesenta caballeros; los italianos y los españoles fueron más numerosos. Eso, para la nobleza. En cuanto a los restantes... por ejemplo casi todos los marineros y la chusma de la orden de Malta, perecieron; de los quinientos españoles del regimiento de Sicilia, apenas cincuenta regresaron... Pero, aunque las listas se alargaban sin cesar, a medida que los jefes se enteraban de nuevas bajas, el único muerto de Lepanto, para mí, fue Horacio Orsini. Otro Orsini, Virginio, de la rama de Vicovaro, pagó también su audacia, y Nicolás me condujo a que rindiera homenaje ante sus despojos, como miembro mayor de la estirpe. Fui como un sonámbulo, con el duque de Bracciano. Renqueábamos los dos. Cada cadáver amortajado en su armadura, delante del cual tuve que inclinarme —Barbarigo, Quirini, Malipiero, el marqués de Santo Eremo, Francisco de Saboya...— se transformó a mis ojos en Horacio Orsini. Las corazas reiteraban, de una a otra yacijas, las formas musculosas del peto de Horacio, mas, acaso porque las observaba a través de las lágrimas, acaso porque, como anoté antes, todo se había desvaído y había adoptado una fantasmal palidez, en lugar de labor de orfebres parecían obra de artesanos del vidrio. Los paladines de vidrio, frágiles, quebradizos, reposaban en las naves semidestruidas. Y sobre ellos flotaba una niebla que escondía el sol. Era una niebla húmeda y paciente, elaborada por mi inconsolable pesadumbre, que impregnaba lo mismo a los comensales reunidos en un banquete en la capitana de Juan Andrea Doria, la única intacta, que a los que

zarpaban con Pompeyo Colonna para anunciar al papa el triunfo que ya conocía milagrosamente; y a las ciento cuarenta embarcaciones capturadas que llevábamos a remolque, henchidas de cautivos y de cristianos liberados; y a la tarea de sacar la artillería que se pudiese de las galeras anegadas, bajo la dirección del marqués de Santa Cruz; y hasta al botín fructífero que nos repartimos inmediatamente después de la batalla, en Santa Maura, y que ocasionó tantas quejas, porque se murmuró que la parte asignada a cada soldado español superaba la recibida por el almirante de la Serenísima República. A Don Juan le correspondieron seis galeras y setecientos veinte esclavos. El sultán le envió luego varios presentes, trajes forrados de cebellinas y de lince, capas de martas, tapices, dos docenas de cimitarras de Damasco cuajadas de piedras preciosas, seis sillas de montar cubiertas de oro, arcos y flechas, estribos... A mí me tocaron, incluida la presa de Horacio, tres esclavos turcos. Sólo dos tuvieron el marqués de Ávila, el duque de Mondragone y Diego de Mendoza; pero Alejandro Farnese recibió treinta, y Bracciano veinticinco. Hubo, lo he dicho ya, airadas protestas. Nadie se consideraba satisfecho. Yo me limité a callar, si bien Nicolás y el duque de Naxos me azuzaban y urgían que reclamase. Una bruma plomiza, melancólica, envolvía al paisaje y a la gente, y ni fuerzas para hablar me quedaban.

Lentamente, tironeando a la zaga, con fuertes cadenas, los testimonios del desastre otomano, regresamos a Messina. Lloraban como hembras los dos hijos de Alí-Pachá, uno de los cuales contaba trece años, y que Don Juan regalaría al pontífice. Las naves avanzaban difícilmente, en medio de los cadáveres. Había sin duda, entre ellos, flotando sobre los fragmentos de los naufragios, muchos heridos y moribundos, pero ¿quién podía detenerse a rescatarlos? En la borda de la capitana de Colonna, apoyado en Samuel y en Antonello, vi, vueltos hacia nosotros, sus ojos desesperados, sus manos torcidas por crispaciones atroces. Recogimos algunos, como si pescáramos al azar, con arpones, con redes. En Corfú se desgranaron los príncipes. El de Urbino tornó a sus tierras por la vía de los Abruzos; partieron también el conde de Santa Fiora y el duque de Parma. Supe después que en Venecia los festejos habían sido incomparables; que el bajel de Giustiniato, portador de las nuevas, había entrado en el muelle de San Marcos, como una gran señora lujosa, arrastrando por el agua las banderas infieles, a modo de una cauda multicolor, bordada de medias lunas y de estrellas áureas; y que cuando el dux quiso llegar a la basílica para rendir gracias a Dios casi no logró abrirse paso, con la Señoría, en el apretujamiento de la muchedumbre vociferante.

Yo debía cambiar de navío en Messina, para seguir en el que conduciría los restos de los caballeros de Santo Stefano hasta Pisa, donde se hallaba el enterratorio de la orden. Mandé que le quitaran a Horacio el escudo adornado con una escena de los *Triunfos del Amor*, de Petrarca, pues deseaba conservarlo en Bomarzo, pero le dejé su espléndida armadura. Lo resolví automáticamente, y escuché mis pocas palabras como si procedieran de otros labios, remotos, en las tinieblas que oscurecían a la flota y que sólo mis ojos captaban. De tanto en tanto, aunque no hacía frío, temblaba en el abrigo de las pieles de oso. Las canciones y las risas de los marineros ascendían hacia los mástiles, entre el rítmico golpe de los remos, mientras yo palpaba, en mi rostro, sobre los pómulos magros, las arrugas, la definitiva vejez.

En Messina se incorporó a mi pequeño séquito el padre de Samuel. Hubiera podido ser su abuelo, aquel anciano cuyas características raciales se acusaban en

sus rasgos con más evidencia que en los de su hijo y que configuraba el tipo del judío tradicional de nariz ganchuda, barba rala, negros ojos averiguadores y manos sarmentosas; el del oscuro ropón que se despega del cuerpo escaso. Se llamaba Salomón Luna y venía de Tiberíades, donde se había enterado por azar de la mala suerte de su vástago, luego de aguardarlo inútilmente. Había salido de allí, en su busca, porque lo amaba por encima de todo. No bien lo conocí, a pesar de las circunstancias que me velaban el entendimiento y me apartaban de cuanto sucedía en torno, comprendí que me hallaba frente a un hombre de excepcional lucidez. Hablaba poco, mesándose las barbas como si las ordeñase. Samuel me dijo que entre los estudiosos de la Santa Cábala, adentrados en la sabiduría del *Zohar*, del *Libro del Esplendor* del rabí Simeón ben Yohay, su padre descollaba junto a Elías de Chelm, que con ayuda del libro *Yetzirah* fabricó al Golem, al hombre ficticio, y junto a Isaac Lurya y sus discípulos Moisés Cordovero, Hagiz, Vital y Josef Caro, autor del *Shuljan Aruj*, el código ritual de las misteriosas visiones. De Safed, centro de los cabalistas, se había trasladado a Tiberíades, atraído por el falso duque de Naxos. Vivía allí rodeado de manuscritos, meditando, orando, esperando a Samuel. Cuando éste cayó en manos de Horacio, después de que la nave que lo llevaba a Palestina fue hundida por los caballeros de Malta, el rabí Salomón no paró hasta enterarse de cuál había sido su destino y, no obstante los riesgos que entrañaba el viaje por un mar que infestaba la piratería barbaresca, regresó a Italia en pos de su hijo. Si Dios había dispuesto que Samuel fuese esclavo, él lo sería también. Lo seguiría siempre, mendigando, puesto que así lo exigía el Señor. Aquel relato extraño y conmovedor me dejó indiferente al principio. Toleré que el anciano subiera a bordo y nos acompañara a Pisa, y eventualmente que nos escoltara hasta Bomarzo, pero ninguna preocupación nueva podía distraerme de la que me embargaba. Durante el viaje, conversé con él en dos ocasiones. Los números y las letras no guardaban secretos para su clarividencia mágica. Cualquier palabra, cualquier signo, encerraba para él en el hermetismo de su contextura, otro vocablo y otra señal. Fue entonces cuando intuí que quizás Salomón Luna sería el único capaz de resolver el enigma de las cartas de Dastyn al cardenal Orsini. Samuel, entre tanto, modelaba una estatuilla de Horacio, revestido de su armadura grecorromana. Era bella y simple, hartamente diversa en su sencillez popular, del gusto suntuoso inseparable de la escultura de entonces. Pensé que dedicaría la última roca de Bomarzo a reproducir esa efigie, pero luego me convencí de que no, de que aquella piedra había sido reservada para recibir la imagen del Demonio, la imagen que había visto en el espejo y que no podía faltar en mi gigantesca galería biográfica.

Dios y el Demonio me inquietaban conjuntamente. Tornaba a ellos de continuo, en mis desazonadas especulaciones, mientras los galeotes nos impulsaban rumbo al enterratorio de Pisa, donde Horacio reposaría para siempre, bajo el manto de la roja cruz, entre sus hermanos de la orden de Santo Stefano. La aparición de la cabeza terrible en el espejo; la estampa de Don Juan de Austria, de hinojos en la *Real*, como un mensajero divino cuya santidad se comunicaba al contorno; la bendición imprevista de Ignacio de Zúñiga, surgida del fondo de los años y los años; y la muerte de Horacio Orsini, resumen de las grandes muertes que yo había provocado, alegoría de mi propia muerte y condena, se sumaban a modo de otros tantos indicios que me exhortaban a que me preparase. Los daños que había causado en aras de mi vanidad se presentaban ante mis ojos con relieves profundos, plenamente, como si me hubiesen arrancado una venda. El hombre de la Edad Media, el viejo Orsini esencial, cristiano,

cargado de culpas, desplazaba al hombre del Renacimiento y a su pagana indiferencia orgullosa. Los siglos en los cuales se afirmaba mi poder y que nutrían mi soberbia, me cobraban por fin la deuda del privilegio. Para ser un hombre del Renacimiento cabalmente, había que andar por el mundo sin más riqueza que la propia voluntad. Mi riqueza, en cambio, fue la de quienes me precedieron. Quise rebelarme contra ella sin dejar de usufructuarla, lo cual era imposible. Inventor de monstruos simbólicos, en el parque de Bomarzo, no me percaté de que yo mismo me había convertido en un monstruo, al tratar de realizar la síntesis astuta de las contradicciones. Y ahora la vida se me escapaba de los labios y carecía del tiempo necesario para redimirme y para alcanzar mi auténtica expresión. Ni yo mismo sabía, en ese instante crucial, qué era, qué significaba, tironeado por energías opuestas. Cuando me prometieron que mi vida sería eterna, vibré de loca arrogancia, como si le ofrecieran un incomparable instrumento a mi pasión de triunfar, de imponer mi extravagancia mediocre, tiránica, absurda, que no retrocedía ante la sangre de los otros, porque mi pobre físico se alimentaba de sangre para olvidar su pobre hechura y porque mi alma era mezquina como mi cuerpo, se había contagiado de mi cuerpo, se había retorcido como él; y a esta altura de la descomposición, respirando ya las miasmas de la muerte, comprendía que si había menester de prolongar mi pasaje por el mundo y de internarme en las sombras de un futuro sin término era porque lo requería la penitencia de mi pecado. El duque Orsini no debía hacer las cosas a medias. Cuanto le concernía —y al reflexionar así no advertía qué intacta seguía la maldición de mi orgullo— demandaba soluciones extremas, únicas. Desvariaba, alucinado, enfermo. Actuaba rodeado de pecadores, husmeando el aire turbio del pecado que impregnaba a mi época, como si fuese el solo pecador, como si fuese el solo culpable, el encargado de pagar todas las culpas. Los complejos que había creído destruir, me ahogaban en la soledad. Me aplastaban mi joroba, mi ruindad, mi infinita desesperación abandonada. El miedo fundamental me hincaba las uñas, y veía en el incesante batir de las olas contra los flancos del zarandeado bajel, mi emblema exacto. Repasaba las cuentas del rosario de Don Juan y me encomendaba a los santos de mi linaje, a los papas Boveschi. De dos judíos dependían, repentinamente, mi porvenir y mi salud sempiterna; Salomón Luna tendría que suministrarme la fórmula de la inmortalidad, y Samuel Luna tendría que edificarme, ahuecando la roca, la ermita evocadora del horror del infierno que me serviría de refugio. Les entregaría el castillo a Marzio, al barón de Paganica, a Vitelli, a quienes lo deseasen, y me encerraría, borrado de la memoria de todos, con un sayal y un rosario, en el terrestre infierno, a reconquistar, hora a hora y día a día, la perdida gracia. Románticamente, principescamente exagerado, así planeaba yo mi futuro ascético, cuando regresaba a Bomarzo por los caminos de la dulce Toscana. De cuantos pavores me aquejaron, el más intenso ha sido el de la soledad. Y ahora me sentía irremediablemente solo, entre fantasmas. Hasta le aseguré a Salomón que, si descifraba las cartas de Dastyn, le devolvería la libertad a su hijo. El rabí me respondió que ni él ni ningún cabalista otorgaban crédito a la leyenda del hombre inmortal sobre la tierra, que esas cosas quedaban —y sonrió levemente en el temblor de su barba caprina— para Teofrasto Paracelso, pero que, de cualquier modo, estudiaría los textos y trataría de interpretarlos.

Cleria Clementini había explotado mi ausencia para afirmar en Bomarzo su señorío. El dominio que ejercía sobre mis vasallos, fundado en dádivas

constantes, en nada se parecía al que logró la bondad de Julia Farnese. Era superficial; procedía de convenciones, de ventajas. La ridiculez de la castellana rayaba en lo insoportable. Más gruesa, más espesa, más cargada de joyas, cambiando constantemente los aderezos y los vestidos, se daba aires de reina. Ni siquiera la abnegación condescendiente de Cecilia Colonna pudo seguir tolerándola. La princesa ciega había terminado por recluírse en sus aposentos, restando así un elemento importante a la pequeña corte inventada por mi mujer. Ésta no contaba, para exhibir sus pompas infructuosas, con más testigos que el duque de Mugnano, a quien aquel teatro divertía sobremanera, Porzia, Segismundo, Pantasilea, Fabio y algún visitante de paso. De vez en vez, el cardenal Madruzzo, que moriría un lustro más tarde, descendía de su coche ante el portal y elevaba con su presencia el modesto nivel de las reuniones en las que los mimos y juglares de Mugnano desempeñaban la parte principal. Cleria había impuesto por cansancio a sus presuntos Clementini. El papa San Clemente y los condottieri de Rímini no se despegaban de sus labios. En el salón central, junto al horóscopo de Sandro Benedetto pintado por Andrea Sartorio, había hecho poner el escudo de la cabria de oro y las tres estrellas de plata, timbrado por un león con cuernos en la cimera, y no tuve ánimo para ordenar que lo quitasen. Allá ella. Sin duda interpretó mal mi actitud, pensando que cedía, que aprobaba, que yo también entraba en el juego irrisorio, porque, habiendo temido al principio que desalojara las armas intrusas, se regodeaba ahora de satisfacción. Pero mi indiferencia, que no era fruto del desdén sino de mi nueva compostura distante frente a todo, concluyó por chocarla más que mis pasadas ironías y prohibiciones. Había descontado que, al regresar yo a Bomarzo, el ritmo de la vida cambiaría radicalmente. Calculaba que, sumadas su holgura económica y mi posición, Bomarzo se transformaría —no bien transcurriese el período de duelo establecido por el fallecimiento del primogénito Horacio— en el gran eje mundano con el cual soñaba siempre. Había confeccionado listas de huéspedes, secundada por mi primo el duque y por su círculo, y mi declaración de que proyectaba deslizar mi vida en el retiro, la desconcertó al comienzo y luego la ofendió e irritó profundamente. Incapaz de captar la crisis espiritual por la cual yo atravesaba, repitiendo para tranquilizarse y para acallar los comentarios malévolos de Fabio, que ella se debía sólo al pesar provocado por el fin de mi hijo querido, y que el tiempo restañaría pronto las heridas, tascaba el freno y, cuando se convenció de la inexorable seriedad de mis propósitos, una hirviente furia sucedió a su primer entusiasmo. ¿Cómo?, ¿el duque volvía del golfo de Lepanto, ungido por la gloria, y aspiraba a desaparecer, a que se apagaran las luces de la fiesta palatina? ¿Acaso el duque no sabía que doquier se agasajaba a los héroes de la magna empresa; que el triunfo de Marcantonio Colonna, al entrar en Roma cubierto de brocado de oro, arrastrando a quinientos esclavos turcos, la cuerda al cuello, había superado al de Escipión, y que el banquete para honrarlo se había servido en el Capitolio? No, no lo ignoraba. Estaba al tanto de los carros cargados de armas, de despojos de los navíos del sultán; estaba al tanto de la recepción tributada por Pío V, en la basílica de San Pedro, donde había aguardado al vencedor con veinticuatro cardenales y parte del patriciado, que centelleaban como rubíes; estaba al tanto de la columna de plata —la columna de los Colonna— que el general había entregado a la iglesia de Aracoeli, donde el jefe de los Colonna y el jefe de los Orsini se habían purificado, dos siglos atrás, en un baño sembrado de pétalos de rosa. ¿Y entonces?, ¿por qué no había ido yo a Roma, a participar del desfile memorable?, ¿por qué no la había llevado a ella a

gozar de la notoriedad que le correspondía, mientras los séquitos atravesaban los foros imperiales y las voces se levantaban, sonoras, en el tedéum, sobre las lanzas y las banderas? ¿Acaso el duque de Bomarzo y su sobrino Nicolás Orsini no habían intervenido en la jornada naval más ilustre que la historia recuerda, más ilustre que Actium? Mi único beneficio, luego de una campaña fatigosa en la que había perdido a mi hijo, ¿consistiría en colgar el escudo de Horacio en medio de los trofeos de mi casa, y en dirigir, como un capataz de albañiles, a unos esclavos infieles que removían piedras en el parque?

Espiaba, colérica, mis andanzas entre los monstruos del Sacro Bosque, con los dos judíos. Cuando me enclaustraba junto a Salomón Luna en el gabinete de Silvio de Narni, que Samuel y Antonello habían limpiado de objetos inútiles, Cleria lo comentaba con Porzia. Habíase anudado entre ambas una curiosa relación. La melliza de Juan Bautista, la ex meretriz de Bolonia, se deleitaba con esa amistad como con un sahumero. Habituada, pese a su belleza, a que la tuvieran en menos, si abandonaba el amparo de los moros de Mugnano, y a que le hicieran sentir, con mínimas insinuaciones crueles, lo irregular de su situación, le agradecía a Cleria su cortesía afectuosa, sin columbrar que ésta emanaba de la necesidad de la duquesa de hacerse de aliados; y sin notar que el mejor camino que Cleria podía seguir, para ganarse la voluntad de mi primo, era halagar a su amante. Porzia también sufría la decepción que emanaba de mi conducta. Mientras esperaba con Cleria mi retorno, había compartido sus ambiciones. Se dijo que las cosas cambiarían para ella cuando yo volviese a Bomarzo; que, afianzada por la inmunidad que le aseguraba su insólito vínculo con la señora del lugar, desempeñaría un papel importante en la vida nueva del castillo; y ahora, con la de Cleria, se derrumbaba inopinadamente su confianza. ¿Qué les representaban a ambas las alhajas multicolores, los opulentos vestidos, los nocturnos procedimientos desagradables que utilizaban para conservar la frescura del cutis, como el de envolverse el rostro con vendas angostas que sujetaban tajadas de ternera cruda embebidas en leche? ¿Qué le representaban también a Pantasilea, que añadía a los de la duquesa y a los de la barragana del duque de Mugnano su propio apetito frustrado de miembro flamante de la familia Orsini y que, casada con un pobre hidalgo tuerto, que tenía por único bien un collar de perlas y lapislázuli, regalo de un príncipe vicioso, aspiraba a suplir con la compensación de las elegantes zalamerías la flaqueza de sus hogareñas finanzas? Conspiraban las tres, rodeadas por la bulla de los bufones y los saltimbanquis de Mugnano, que reiteraban las pruebas demasiado conocidas. Se asomaban a la *loggia* de la *Gigantomaquia* y me observaban de lejos, cuando iba, renqueando, apoyado en mi bastón y en el hombro de Antonello, del laboratorio del rabí a la obra de Samuel Luna.

Esta última progresaba arduamente. El judío había trazado, de acuerdo con mis indicaciones, el diseño de una cabezota de nariz achatada, redondos ojos vacíos, marcados arcos superciliares y bocaza abierta, remedo de los rasgos que espantaron a mi espejo. Lo más penoso de la tarea, a cargo de los esclavos turcos, al trasladar el dibujo a la piedra, consistía en ahuecar su interior como el de una caverna para convertir a la gran roca en la habitación del eventual ermitaño. Desde el amanecer, como cuando emprendí los trabajos anteriores, el parque resonaba con el golpeteo de los instrumentos duros, y los aldeanos, que no contribuían a la faena esta vez, se comunicaban su asombro al ver perfilarse, entre los prodigios del Bosque, la pesadilla de la testa infernal. Yo alentaba sin cesar a los obreros para que apresurasen la labor, aseverándoles mayores

recompensas, y otro tanto hacía con el rabí Salomón que, emparedado día y noche en el laboratorio, descomponía palabra a palabra los escritos de Dastyn, según un método totalmente distinto al de Fulvio y al de Silvio —cuyas impericias, en lo que atañe a los asuntos herméticos, corroboré—, y buscaba, dentro de cada vocablo que desmontaba como si fuese un mecanismo, el hilo rebelde de mensaje. Frente a sus dudas escépticas concernientes a la eficacia de lo que hallase, crecía mi certeza de que ahí, en esos sobados pergaminos, se escondía el secreto de la inmortalidad. Trémulo de impaciencia, no me quedaba tiempo para consagrarlo a mis propias desazones íntimas —dispondría, después, de espacios sin medida para dedicarlos a atormentarme y a serenarme alternativamente, con un masoquismo utópico—, ni a la abigarrada compañía del castillo, que no contaba con más aporte, en su afán de enterarse de pormenores inéditos de la batalla de Lepanto que explotaría en improbables conversaciones futuras, que los datos suministrados por el circunspecto Nicolás. Alguna tarde me detuve en el salón, atraído por las voces de Violante, de Madruzzo y del poeta Betussi, y los oí discutir acerca de los resultados del encuentro naval. Como siempre, quienes no habían actuado en la campaña se erigían en sus censores, quejándose de que no hubiéramos aprovechado la victoria para apoderarnos del Peloponeso, de las islas vecinas y acaso de Constantinopla. Cuando Nicolás arguyó que carecíamos de víveres, respondieron que podíamos hacerlos llegar de Sicilia y de los almacenes otomanos de Patrás; cuando habló de que nos faltaban galeotes, demostraron que sobraban en las capturadas galeras; cuando dijo que la cifra de nuestros muertos era muy alta, objetaron que la de los sobrevivientes era mucho mayor. Tenían réplicas para todo, esos tácticos caseros, especialmente el duque de Mugnano y Segismundo, que no se consolaban de no haber intervenido en la empresa. Arrellanado en mi silla, los escuchaba, lejano, como si ellos hubiesen sido los capitanes de la Liga, y Nicolás y yo su público obsecuente. Mis ojos iban hacia la estatuilla de Horacio Orsini, puesta sobre una de las mesas, entre las efigies rodeadas de perlas que me obsequió el papa Clemente VII el día de mi primera boda. Más que nunca, el anhelo de apartarme definitivamente, de enfrascarme en el análisis de mis inquietudes, devanando la madeja confusa de mi vida, me estremecía entonces. Y, mientras Cleria, Violante, Pantasilea y Porzia enmarcaban la púrpura de Madruzzo con el aparatoso ludir de sus ropajes, y Segismundo ensayaba, ante los mármoles de la chimenea, bélicas actitudes, la mano nerviosa en el puñal de la cintura, yo me retraía, taciturno y pesado como los osos de mi blasón, esperando que mi silencio bastaría para contrarrestar sus alusiones airadas a la desconsideración que significaba, por parte del duque de Bomarzo, no autorizar las fiestas conmemorativas que habían planeado para nuestro regreso.

Sus vínculos con los banqueros Chigi le habían enseñado a Cleria, desde niña, a disimular y a contemporizar, con tal de obtener sus objetivos, y aunque ante mi resolución de abstenerse de colaborar en sus codiciosos proyectos de escalamiento mundano, se había conducido con relativa astucia, rastreando la oportunidad de abatir mis defensas con su tenacidad, llegó el momento en que la certidumbre de su impotencia la obligó a poner en juego la carta que le había facilitado Porzia. Confieso que me desconcertó en el primer momento y que casi sucumbí frente a su extorsión. Me informó de que deseaba conversar conmigo una mañana, enviando un paje a la terraza del Sacro Bosque desde la cual yo asistía a los progresos de la Boca del Infierno que Samuel labraba a recios golpes de su martillo, secundado por los turcos.

Al iniciar el coloquio, Cleria me comunicó que Porzia había sabido, por una carta que Silvio de Narni, torturado por los remordimientos, le había mandado poco antes de su extraña muerte, cuál había sido mi responsabilidad en el fin de Maerbale. Lo singular es que Cleria no censuraba mi proceder; utilizaba mi crimen para hacerme víctima de un chantaje cuyos móviles eran tan frívolos que su desproporción resultaba absurda. En lugar de espantarse ante el fratricidio, ella y Porzia traficaban su secreto delictuoso a cambio de que yo abriese francas las puertas de Bomarzo a sus perspectivas de brillo superficial. He dicho que al principio vacilé. Al fin y al cabo, lo que se me exigía era muy fútil, casi pueril, pero comprendí que, sin percatarse de ello, Cleria obraba como un instrumento de la providencia y me brindaba la coyuntura de avanzar por el camino de la salvación. No cuestioné la autenticidad de lo que confesaba Silvio, reforzando así su revelación, y le contesté que podía emplear la carta como juzgase conveniente. La sorpresa, con la cual no contaba, la dejó absorta. Añadí que yo desaparecería en breve y que entonces Bomarzo sería suyo y la duquesa estaría en situación, con sus medios sobrados, de darle al castillo el destino que se le antojase. Eso — mi desaparición— era precisamente lo que más temía. Sin mí, Bomarzo perdería su atractivo principal, puesto que yo era el verdadero Orsini, el amigo de Hipólito de Médicis y de Julia Gonzaga, el creador de los monstruos originales que se comentaban en las cortes, el héroe también de Lepanto, y por otra parte Cleria se llevaba tan mal con mis hijos y con mis empacados yernos que no dudaba de que mi sucesor suprimiría cualquier tentativa suya de hacer valer su influencia. Rogó, braveó, conminó. Fue en vano. Nada me hubiera costado, en realidad, acceder a sus súplicas grotescas y obtener para su hambrienta vanidad el alimento que ansiaba desde que Madruzzo bendijo nuestra desigual unión, pero Cleria no advertía que con su intimidación le había mostrado el rumbo exacto a la posibilidad de liberarme. La dejé, asfixiada por la vergüenza y por la ira, mascullando amenazas, y, al descender al laboratorio donde el rabí meditaba sobre el horóscopo y el augurio de Sandro Benedetto respiré por primera vez en años el aire diáfano del alivio.

Mis relaciones con Nicolás Orsini no habían sido nunca muy estrechas. De niño, veía en el heredero de Maerbale a una prolongación de su inseparable Horacio, y de muchacho esa impresión continuó siendo la misma, pero el recelo que me causaba su amistad, la cual marcaba la distancia de las generaciones y subrayaba que los lazos que me unirían a mi primogénito no podrían ser jamás tan fuertes como los que lo vinculaban con su compañero de armas, me impidió aproximarme al hijo de Maerbale y de Cecilia. La muerte de Horacio sumió a Nicolás en un estupor que tardó en sacudir. Camarada invariable suyo en el amor y en la guerra, habituado a un diálogo permanente en el que los anhelos comunes acentuaban su solidaridad, andaba ahora como si hubiera sufrido una amputación. Rondaba alrededor de mí, como un perro triste, y se acostumbró a acompañarme, sin apenas cambiar palabra conmigo, cuando visitaba a Salomón Luna y cuando inspeccionaba la obra que dirigía Samuel. Me interrogaba, a veces, sobre los personajes de los retratos familiares y sobre la significación de las esculturas del Bosque. A pesar de su parecido con Horacio, que hacía de él una exaltación de mi propia imagen, hermosea y perfeccionada, no lograba quererlo. Quizás no le perdonaba, rehusándome a confesarlo, que él hubiera sido el sobreviviente y Horacio la víctima. Pero la manera como lo excluía de mi afecto aun entonces (diciéndome acaso, para tranquilizarme, que lo hacía porque el derrotero que me aprestaba a seguir me vedaba la gracia de nuevos cariños), no consiguió acaparar

mi atención de suerte que no advirtiera en Nicolás un cambio. Esa modificación de su actitud hacia mí, tan sutil que sólo mis antenas alertas pudieron percibirla, se produjo meses después de nuestra vuelta a Bomarzo y no se tradujo en ninguna reacción evidente sino en algo indefinible, que flotaba en la atmósfera que lo circuía. Por lo demás, la preocupación de acelerar mis dos proyectos complementarios me trababa para acoger otras inquietudes.

La aclaración del enigma del alquimista Dastyn y el término de los trabajos de la Boca del Infierno, se produjeron casi simultáneamente. Como su antecesor, el rabí Luna encendió los hornos y se cubrió el rostro con la máscara de cristal para manipular las materias herméticas, hasta que, aplicando la fórmula que escondían las cartas dirigidas al cardenal Napoleón Orsini, produjo el brebaje esperado que me procuraría la inmortalidad presunta. Eso ocurrió el 1° de mayo de 1572, fecha del deceso de San Pío V.

Quien haya tenido la paciencia de leer estas páginas desde su comienzo lejano, comprenderá la emoción que me invadió cuando el judío me hizo saber que sus esfuerzos habían sido coronados. Mi vida entera, a partir del instante en que Sandro Benedetto le comunicó a mi incrédulo padre mi destino prodigioso, estuvo gobernada por el misterio de ese anuncio. Como una lámpara mágica, de cegadora luz, la promesa se balanceó sobre mi frente dondequiera me hallase. Era algo tan mío, que esa claridad parecía surgir de mis entrañas. Ni en los momentos de mayor desvarío, en que el torbellino de las pasiones me arrastró como una brizna, dudé de la verdad de la profecía que me sirvió de impulso. Ahora entendía por fin su razón, que no penetré en mis años mozos, cuando imaginé que el privilegio extraordinario que me aislaba entre mis semejantes tenía por sola meta la eterna consagración de mi orgullo de hijo de una raza olímpica y mi triunfo sobre la carne contrahecha que me había asignado la fatalidad, porque la inminencia de una vida infinita se producía sabiendo yo que debería emplearla en purgar mis faltas. Las muertes crueles, los egoístas amores oscuros, la sujeción de cuanto me rodeaba a mi arbitrio de Narciso deforme, los diabólicos tratos y sobre todo el prescindir soberbio de Dios, a quien suprimí (como si ello fuera posible) de mi existencia, recurriendo a él sólo en las ocasiones contadas en que supuse que le impondría, de igual a igual, mis condiciones de príncipe güelfo engreído por su alianza con santos innumerables, requerían un pago trascendente. Aun entonces —insisto en que aun entonces— la pérfida arrogancia de la cual no me desprendí ni en la hora suprema en que creía haber encontrado la senda del perdón divino, clavó en mi pecho sus garras, porque no me percaté o no quise percatarme de que al proclamar que a la magnitud de mis culpas le correspondía la magnitud de la prerrogativa de la inmortalidad expiatoria, procedía como si yo mismo fuese Dios, concediéndome un derecho único. Prueba de ello son las tres inscripciones que hice grabar a la sazón en la terraza que mira hacia el oriente, donde invoqué con Silvio a los demonios poco antes del fallecimiento de mi padre en la asediada Florencia, la noche en que oímos en el parque los gritos agoreros del pavo real invisible y en que se derrumbó la armadura etrusca. El propio Samuel trazó sobre las palabras SIC ERIS FELIX las sentencias: NOSCE TE IPSUM; VINCE TE IPSUM y VIVE TIBI IPSUM; así serás feliz: concóctete a ti mismo; véncete a ti mismo: vive para ti mismo. Yo, yo mismo, siempre yo mismo, conociéndome, venciéndome y viviendo para mí y para alcanzar la felicidad.

En los días escasos que separaron el hallazgo de la clave del alquimista por el erudito de Safed, y la culminación de la escultura del Orco, sucedió un

episodio que en otras circunstancias me hubiera desesperado, pero que en momentos en que me aprestaba a renunciar a cuanto me pertenecía sólo obró como un estimulante para mi avidez de desprenderme del mundo. Hubo en Bomarzo un terrible incendio. Delante del *Ninfeo*, alguien amontonó, al favor de las sombras, algunos de los tesoros más preciados que guardaba allí: astrolabios, relojes, esferas de cristal, relicarios, espejos, autómatas, esmaltes, libros y manuscritos, y les puso fuego. Añadió a la hoguera varias de las piezas que se acumulaban en el gabinete de Silvio de Narni, los textos anotados que yo recordaba la *Tabula Smaragdina*, el *Quadripartitum* de Ptolomeo, la pintura del *Agatamidon* egipcio, con su diadema zodiacal de doce rayos, los quebrados alambiques, los crisoles, el *kerotakis*. Todo ello ardió, junto al carro triunfal que se utilizó en mi boda con Julia Farnese y en la de Segismundo con Pantasilea, y que había quedado en la terraza decorativa. También ardieron las cartas de Dastyn al cardenal Napoleón Orsini. Pero ya era tarde. La fórmula había sido hallada y estaba en mi poder, con el vaso que contenía el líquido brumoso.

Los aldeanos próximos y los criados del vecino Segismundo acudieron a combatir las llamas con inútil empeño. Las lenguas candentes crecieron alrededor de la osa áurea del carro, y fue como si mi vida pasada se quemase en la pira que evocaba los autos de fe que los Predicadores del Arrepentimiento, émulos de Savonarola, multiplicaban en las ciudades toscanas, al son de las trompetas, incinerando retratos de meretrices, volúmenes de pagana poesía, ropas de carnaval, peines, arpas, láudes, perfumes, y que los mercaderes venecianos trataban en vano de rescatar, ofreciendo por esos objetos muchos florines de oro. Bastante más valían las piezas de mi colección, que se perdieron, dignas de la de los sacros emperadores, pero no me inmutó el despojo. Nada podía inmutarme. A la claridad roja, verde y amarilla del incendio, que se retorció con acres olores entre bruscos estallidos, mostrándome, carbonizadas, extrañas figuras que para llegar a mis manos habían debido realizar penosos viajes, a veces desde las bárbaras fronteras, divisé, en el plano superior que dominaba el distante templete de Julia y en el cual se elevaban, caprichosamente, el elefante de Abul y de Beppo, el colosal Neptuno que representaba a mi inmortalidad, la opulenta mujer que simbolizaba a Nencia, y la lucha del dragón y los perros que aludía a mis guerras de Metz y Picardía, el enorme mascarón del Infierno, con la leyenda de inspiración dantesca en torno de la dilatada boca: *Lasciate ogni pensiero voi che intrate*. Allí estaba mi ermita, mi celda, mi última verdad. Le dije a mi hijo Marzio que a él le tocaría investigar el atentado pues muy en breve, tal vez dos o tres días más tarde, Bomarzo sería suyo. Aunque estaba al tanto de mi intención de retirarme, que nadie desconocía, la noticia lo sorprendió. El incendio lo privaba de magníficas posesiones, pero intuí su sobresalto, su estremecimiento de placer. Cleria, que estaba a un lado, detrás, y que ni aun en esa ocasión abandonaba el empaque de la etiqueta, me había oído. Sus ojos brillaron en la oscuridad. Acompañado por Segismundo, por Nicolás, por el rabí, por su hijo Samuel y por Antonello, ascendí la cuesta del castillo, lentamente.

Antes de subir los nueve escalones de la entrada de la Boca del Infierno, que según pensaba me desterrarían para siempre de Bomarzo, en el corazón mismo de Bomarzo, de Polimartium, decidí hacer una confesión general. De ello se ocupó el más viejo de los frailes franciscanos que custodiaban el templo de Julia, quien me escuchó alternando las expresiones del espanto cristiano con las de la mundana indulgencia ante las aberraciones del nieto del cardenal Franciotto, su

protector. Hubiera preferido yo que me absolviera Ignacio de Zúñiga, pero el jesuita hidalgo estaba lejos y no volveríamos a vemos. Comulgué después en la capilla, puesto de hinojos delante del esqueleto adornado de grises flores que había mandado depositar allí, dentro de una urna de cristal, y que no me resolví a desalojar de su colocación para no provocar un escándalo pueblerino, pues suscitaba a la redonda una veneración vasta, y las aldeanas le rezaban especialmente en las vísperas de su alumbramiento. También estaba yo en las vísperas de uno, de modo que más de una vez, mientras se desarrollaba la misa, levanté mis ojos hacia la misteriosa figura desdentada. Mirándolo, recordé a mi padre, a la tristeza de su crueldad. Había vestido para la ceremonia, a fin de otorgarle la máxima importancia, el ropaje ducal que me aderezaron cuando las fiestas en que el papa ungió a Carlos Quinto, el rojo manto arcaico con cuello de pieles, que disimulaba mi giba, y la media corona. Ni Cleria, ni Pantasilea, ni Porzia, asistieron al oficio; tampoco Cecilia, recluida en su lecho de enferma. Entre Segismundo y Marzio, teniendo detrás a mis hijos restantes, a mis yernos y nueras y a Nicolás Orsini, recorrí las cuentas del rosario de Don Juan de Austria. Luego de la bendición, me despedí de todos. Me besaron en la mejilla, y Segismundo me abrazó tiernamente. Quedé solo en mi habitación hasta el crepúsculo, meditando. Mis hijos calculaban sin duda que mis intenciones de anacoreta no se prolongarían mucho, que en breve regresaría al castillo, con reclamaciones, y comenzarían los pleitos. Reunidos en la *loggia* de la *Gigantomaquia* de Zanobbi, discutían apagando las voces hasta reducir las a unos vehementes susurros sobre los cuales se elevaba el timbre atiplado del barón de Paganica. Yo sabía que de mi parte no habría pleitos; que los dados habían sido echados concluyentemente y que si mi resolución alimentaba diferencias y litigios, ellos se producían ante mi abstención, entre mis herederos. Su zumbido crecía, como si el castillo se hubiera transformado en una colmena enorme y los zánganos riñesen sobre la disputada miel que cuidaba una reina insobornable, Cleria Clementini. Sonreí, a pesar de mis propósitos de contrición.

Cuando cayó la noche, abrí la puerta. Me aguardaban, de acuerdo con mis instrucciones, el rabí Salomón, Nicolás —a quien incluí en memoria de Horacio— y Antonello. El rabí tomó la copa, la entregó a Nicolás, que en la ocasión representaba a mi stirpe, y bajamos al Sacro Bosque. Adiviné, en las ventanas titilantes del castillo, cabezas curiosas. La de Cleria estaba a oscuras. Como me incomodaba el manto, que luego mudaría por un sayal, despojándome entonces también de la corona, Antonello levantó su extremo de terciopelo escarlata, como un paje caudatario. Hasta el final, el gusto innato, barroco, por el ritual solemne, me acompañó. La propia ermita fantástica que había escogido, participaba de esos caracteres. Todo lo mío debía ser excepcional.

Numerosas antorchas, que Segismundo había hecho encender en la noche perfumada de mayo, iluminaban el parque. Movíanse a su claridad, como vagos, pausados, soñados bailarines, las estatuas romanas que distribuí entre los laureles y las rosas del jardín de mi abuela. Avanzamos en medio del rumor de las fuentes. Si me volvía a observar a mi pequeña comitiva, veía brillar la copa de cristal en las manos de Nicolás, la estrella de plata que colgaba del cuello del judío, los dientes blancos de Antonello, el chorro trémulo de los surtidores, las antorchas humosas que ocultaban los cipreses y, detrás, en la altura, las ventanas amarillas de la fortaleza de Bomarzo.

—La noche es más hermosa que el día —dijo Nicolás.

—De noche —dijo Salomón Luna— estamos más cerca de Dios.

El concierto familiar de las ranas y los búhos ensayaba en el Bosque sus réplicas líricas. Las arquitecturas de la terraza del *Ninfeo*, donde persistían las huellas incendiarias, las de los obeliscos y de la casita inclinada que dediqué al cardenal Madruzzo, se destacaron en la lividez astral. Llegamos al plano superior, por una de las dos escalinatas graciosas que partían de ese *Ninfeo* que había albergado tantas ilusiones extravagantes. El rosario enroscado en mi muñeca, al golpear contra los balaustres, añadió un débil tintineo a los murmullos y tuve la impresión de que arrastraba una cadena, de que el sonido suave que medía mi ascensión correspondía a unos grilletos, porque yo también, como los galeotes de Lepanto, era un cautivo. Arriba, los monstruos nos aguardaban. Compañamos una estampa fabulosa, una ilustración para uno de esos libros mágicos que se titulan *Musaeum Hermeticum* o *Amphiteatrum Aeternae Sapientiae*: el rey jorobado; su paje negro que sacudía las plumas del turbante; el viejo hebreo barbudo del ropón fúnebre, con la estrella metálica; el príncipe del pelo lustroso y el jubón violeta, ceñidas las calzas en las piernas finas, que llevaba un cáliz como si fuera un presente para otro rey; el elefante de piedra, y la cabeza infernal que acechaba para devorarme. Y si se piensa en lo que la copa contenía, se concluirá que el símil no es exagerado.

Una tenue voz se sumó al parloteo de los batracios que parecían contar monedas concienzudamente. La reconocí al segundo: era la de un nieto de la madre de Fabio Orsini, un niño pastor que tañía el arpa. En la quietud de la noche, su canción se levantó, indecisa, y las notas del instrumento se recortaron una a una. Sentí entonces que una desgarradora nostalgia se apoderaba de mí: nostalgia de mi juventud, de mi adolescencia remota, nostalgia de la vida simple que había perdido, algo semejante a la melancolía, para muchos incomprendible, de Segismundo, el día en que me dijo que ya nunca, nunca volvería a bailar los bellos bailes cortesanos, ni a hacer las grandes reverencias, como cuando era joven, al compás de la música, en las salas que enardecía la emoción virgen de los que carecían de pasado y que se tendían las manos los unos a los otros, rozándose apenas las puntas de los dedos y gozando de ese instante intrascendente hasta que no podían soportar más su dulzura y cerraban los ojos para proseguir las rondas cadenciosas de la danza. Las notas del arpa vibraban y despertaban resonancias antiguas. El paisaje conocía bien ese tono que era el de las arpas etruscas. Suspiré, tomé el cáliz que me ofrecía Nicolás y subí los escalones del Orco. No torné la cara para expresarles mi adiós. Rezaba mecánicamente, deslizando las cuentas del rosario, sin pensar en lo que hacía, sin pensar tal vez en nada —*lasciate ogni pensiero*—, en nada fuera de la voz de ese zagal al que casi no había visto, que tañía el arpa y cantaba como los pastores etruscos.

La testa colosal reproducía, ensanchada, multiplicada, a la que se me había aparecido en el espejo, de modo que apreté los puños al ingresar en su interior, pero no experimenté ninguna angustia sino una bienandanza incomparable. Un psicoanalista explicaría que ello resultaba del hecho de que en aquella penumbra yo hallaba nuevamente la felicidad del claustro materno, el refugio de esa madre a quien no podía recordar, o acaso el abrigo del regazo de mi abuela, la maravillosa Diana Orsini. Una puerta de bronce clausuraba la boca del mascarón, y la cerré. Se insinuó delante de mí como una alegórica pintura de Botticelli, la escena del *Orlando Furioso* en que Astolfo obstruye la entrada del Infierno con árboles de pimienta y plantas de amonio, para que las arpías no escapen de su

prisión, antes de ser recibido en el Paraíso por San Juan. La diferencia fincaba en que yo quedaría adentro, con las arpias.

Un banco de piedra, adosado a los muros, contorneaba la habitación, alrededor de la mesa central de extremos curvos que parecía un catafalco. Todavía siguen allí. Antonello me había improvisado un lecho a un costado, y había puesto junto a él un cántaro de agua y algún alimento. Un cirio solo palpitaba sobre la mesa y coloqué a su lado la copa. Me desembaracé del manto y de la corona y me senté en el banco. Las oscilaciones de la llama desplazaban la forma de mi giba en la desnudez de las rugosas paredes. Ubicado en el medio de la caverna, como si estuviera en la garganta del Demonio, abrí la puerta y contemplé, desde mi encierro, la noche de luna. Perfilábanse, en la cavidad de la boca, bajo los dos grandes colmillos estalactitas, las sombras del bosque, y a través de los agujeros de los ojos brillaba el cielo de plata vieja. Bomarzo se desprendía de mí, que tanto lo amé, aguzando su dolorosa hermosura.

Antonello había acatado mis órdenes. Había dispuesto al alcance de mi mano varios libros de devoción. Los tomé, distraído, y comprobé que había agregado el Garcilaso de Miguel de Cervantes. Pero yo no quería leer ni reflexionar aún. Me acercaba a la cúspide de mi zarandeada existencia, aquella hacia la cual habían tendido, voluntaria o inconscientemente, todas mis discrepantes aspiraciones. El cáliz era alto, grueso, y había sido tallado como un inmenso joyel. El líquido lechoso que lo colmaba se conmovía y temblaba, turbado por secretas fuerzas que provocaban leves burbujas y se dijera que despedía una claridad de ópalo, como si otra lámpara iluminase la roca del recinto. Elevé el cáliz pausadamente, como se hace en los rituales consagradorios, y bebí. Me erizó un largo estremecimiento. Me acosté en el camastro, y la ermita se fue encendiendo de colores acuáticos, de verdes espumosos, de índigos y cobaltos vacilantes. Inciertas figuras —la de Maerbale, la de Girolamo, la de mi padre, la de mi abuela, la de Julia, la de Horacio, la de Zanobbi, la de Segismundo, la de Abul, la de Pantasilea, la de Silvio de Narni, la de Adriana, la de Beppo, la de Pier Luigi Farnese, la de Lorenzino de Médicis, la de Cecilia Colonna, la de Cleria Clementini, la de Juan Bautista Martelli— se dibujaron, titubeando, en el muro que resplandecía como los mosaicos de Venecia.

—¡Dios mío! —murmuré—. ¡Dios mío!

Todavía me alcanzó la lucidez para observar cómo se recortaba la silueta de Don Juan de Austria, en su proa de neblina, y la de Carlos Quinto, con la espada rota en la diestra, y todo se borró. La cantilena punzante de añoranzas y el arpa del pastor, reptaron hasta el zumbar de mis oídos. El tiempo no existía ya. Otras imágenes, extrañas, terribles, comenzaron a ascender de los arcanos. Pero el tiempo no existía. Desde muy lejos, vinieron unos gritos desesperados. Cecilia Colonna se había asomado a la ventana de su aposento, en el castillo y, horadando la negrura con sus ojos ciegos, repetía mi nombre:

—¡Vicino, Vicino, Pier Francesco... Vicino!

Entonces comprendí que iba a morir; comprendí que no iba a vivir para siempre, sino a morir en seguida; comprendí que Cleria, despechada, le había comunicado a Nicolás cuál era la parte esencial que me incumbía en la muerte de su padre, y que el muchacho había mezclado el veneno, mientras caminábamos rumbo al Orco, en el mismo cáliz donde Salomón Luna volcó el filtro que me procuraría la eternidad anunciada por Benedetto. Mi fin resultaba tan paradójico, tan digno de la contradicción de mi vida, tan perfecto, tan propio para fascinar,

con su exacta estructura, al poeta que soñé ser, que a pesar de mi espanto, sonreí. Pesadamente, me incorporé.

—¡Dios mío! —volví a murmurar—. ¡Dios mío!

Me acerqué a la mesa catafalco y caí de bruces sobre su superficie. Vibraba alrededor la frase que mi padre había escrito debajo de mi horóscopo, con su letra insolente, aristocrática: *Los monstruos no mueren*. Sí mueren: los monstruos mueren también; todos morimos; la inmortalidad —me lo había confiado mi abuelo, el cardenal, en su agonía— es la voluntad de Dios; la única; un día morirán los monstruos de piedra erigidos por mi orgullo.

Yo he gozado del inescrutable privilegio, siglos más tarde —y con ello se cumplió, sutilmente, la promesa de Sandro Benedetto, porque quien recuerda no ha muerto—, de recuperar la vida distante de Vicino Orsini, en mi memoria, cuando fui hace poco, hace tres años, a Bomarzo, con un poeta y un pintor, y el deslumbramiento me devolvió en tropel las imágenes y las emociones perdidas. En una ciudad vasta y sonora, situada en el opuesto hemisferio, en una ciudad que no podría ser más diferente al villorrio de Bomarzo, tanto que se diría que pertenece a otro planeta, rescaté mi historia, a medida que devanaba la áspera madeja viejísima y reivindicaba, día a día y detalle a detalle, mi vida pasada, la vida que continuaba viva en mí. Así se realizó lo que me auguró en Venecia, por intermedio de Pier Luigi Farnese, una monja visionaria de Murano, a quien debo esta profecía que ninguno de nosotros entendió a la sazón y que atribuimos a su mística locura: *Dentro de tanto tiempo que no lo mide lo humano, el duque se mirará a sí mismo...* El duque murió; el duque Pier Francesco Orsini que luego se miraría a sí mismo, asombrado, murió de veneno, sin originalidad, como cualquier príncipe del Renacimiento, en el instante preciso en que creía que tornaba a ser totalmente un ascético príncipe medieval, émulo de los santos insignes de su familia. Pero aun en eso, en la ironía trágica del emponzoñamiento con la pócima que aseguraba el perpetuo subsistir, el duque de Bomarzo fue distinto a los numerosos duques envenenados de su época, como su parque célebre fue distinto a todos los demás, porque cuanto con él se vinculaba fue distinto del resto. Murió esa noche de mayo de 1572 en que yo, tumbado sobre la mesa de la Boca del Infierno, sentí el frío de la piedra contra mi cara.

Un frío más intenso empezó a invadirme las piernas y la cintura y a helarme el corazón, y lo único que distinguía, pues casi no podía moverme, eran mis manos, los largos dedos del retrato de Lorenzo Lotto. Me estiré, gimiendo. Quería besar el rosario de Don Juan, el rosario bendito por San Pío V, que colgaba de mi yerta muñeca, y mis labios quedaron inmóviles a mitad de camino, entre la sarta de cuentas negras y el anillo de Benvenuto Cellini, el de acero puro, lo último, en mi meñique crispado, que mis ojos vieron, antes de que la noche implacable los cegara y me arrastrase, pobre monstruo de Bomarzo, pobre monstruo pequeño, ansioso de amor y de gloria, pobre hombre triste, hacia el bosque de los verdaderos monstruos y de la postrera, invencible, apaciguadora luz.